

ASIMOV Y SUS AMIGOS

EN TORNO A FUNDACIÓN

**ROBERT SILVERBERG,
POUL ANDERSON, HARRY HARRISON,
FREDERIK POHL y otros**



Lectulandia

En 1989 se cumplió medio siglo de la aparición del relato «Marooned off Vesta» en *Amazing Stories*; cincuenta años hacía entonces que se iniciaba la carrera del más destacado autor de ciencia ficción de todos los tiempos: Isaac Asimov. Y un aniversario más: el de los cuarenta años que apareció «Segunda Fundación», remate de la mítica trilogía del mismo autor, la saga galáctica que abrió las puertas del universo a la imaginación humana.

A raíz de la primera fecha, diecisiete autores —entre ellos, sin duda, los nombres más sólidos entre los cultivadores del género— recrearon a modo de homenaje y a partir de sus lenguajes específicos los mundos del maestro. La segunda fecha, vinculada a una obra tan influyente y significativa como para dar título a este volumen, es idónea para recuperar historias tan creativas, hermosas y plenas de ingenio como aquella que les dio pie.

El prólogo de Ray Bradbury y el epílogo del mismo Asimov son tributos de respeto y agradecimiento respectivamente a un esfuerzo con escasos antecedentes en la ciencia ficción.

Lectulandia

AA. VV.

Asimov y sus amigos

En torno a Fundación

ePub r1.0

Titivillus 22.12.15

Título original: *Foundation's Friends. Stories in Honor of Isaac Asimov*

AA. VV., 1989

Traducción: Diana Falcón

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Isaac, con cariño

Contenido

Prefacio, Ray Bradbury

El Isaac no metálico o ¡Qué bello es vivir!, Ben Bova

La corredora de cintas, Pamela Sargent (*Strip-Runner*, 1989)

La solución Asenion, Robert Silverberg (*The Asenion Solution*, 1989)

Asesinato en Grado Urth, Edward Wellen (*Murder in the Urth Degree*, 1989)

La caída de Trantor, Harry Turtledove (*Trantor Falls*, 1989)

Dilema, Connie Willis (*Dilemma*, 1989)

Maureen Birnbaum después del anochecer, George Alec Effinger (*Maureen Birnbaum After Dark*, 1989)

Equilibrio, Mike Resnick (*Balance*, 1989)

El eterno presente, Barry N. Malzberg (*The Present Eternal*, 1989)

PAPPI, Sheila Finch (*PAPPI*, 1989)

La reunión en el Mile-High, Frederick Pohl (*The Reunion at the Mile-High*, 1989)

La caverna de Platón, Poul Anderson (*Plato's Cave*, 1989)

Conciencia de Fundación, George Zebrowski (*Foundation's Conscience*, 1989)

Los cazacoches de la llanura de cemento, Robert Sheckley (*Carhunters of the Concrete Prairie*, 1989)

La conversación oída por casualidad, Edward D. Hoch (*The Overheard Conversation*, 1989)

La mancha, Hal Clement (*Blot*, 1989)

La Cuarta Ley de la robótica, Harry Harrison (*The Fourth Law of Robotics*, 1989)

El originista, Orson Scott Card (*The Originist*, 1989)

Unas palabras de Janet, Janet Jeppson Asimov

Cincuenta años, Isaac Asimov

Prefacio

Ray Bradbury

Uno de mis relatos preferidos de infancia era uno que trataba de un niño que hizo funcionar una máquina mágica de gachas de avena de forma tan frenética que inundó la ciudad con un metro de gachas.

Si uno quería ir de una casa a otra o encaminarse hacia el centro de la ciudad, tenía que salir con una cuchara y comerse las gachas que cubrían el camino hasta su destino, cercano o lejano.

Era un concepto delicioso, excepto que yo imaginé que se trataba de sopa de tomate y una gruesa papilla de galletas saladas *crackers*. ¡Salir de viaje y hacer un festín, todo en uno!

Imagino que el nombre del niño de aquel relato debería de haber sido Isaac Asimov; porque me parece que desde que lo conocí en la Primera Convención Mundial de Ciencia Ficción en la ciudad de Nueva York, durante la primera semana de julio de 1939, Isaac ha estado viajando por la vida y celebrando festines, ahora en las tablas astronómicas, después en un abanico de otras ciencias, ahora en religión, y también en literatura durante un enorme período de tiempo. Uno podría aplicarle el nombre de grajilla, pero no sería del todo correcto. A la grajilla le llaman la atención los objetos brillantes de cualquier peso, y se apodera de ellos. Isaac se dedica a la actividad de mover montañas, aunque no las mueve precisamente sino que se las come. Dadle un libro y unas cuantas horas, y como en el caso de las gachas de avena, Isaac saldrá por el otro, tras haber cavado y comido un túnel, todavía hambriento. ¿Existe algún género de literatura que no haya tocado? Lo dudo muy seriamente.

Y ahora, aquí tenemos, dentro de este libro, a los hijos e hijas honorarios de Asimov. Sus máquinas no se han convertido en artefactos delirantes que inundan una ciudad, pero no obstante están produciendo y levantando sus ojos hacia Papá Asimov y nosotros en busca de una aprobación que no les será negada.

Decir más sería llamar la atención sobre mi talla, comparable a una mota de polvo junto a una fortaleza o una fuerza de la naturaleza. Sólo agregaría una nota final. La gente ha dicho que Isaac es un trabajador compulsivo. Tonterías. Se ha vuelto loco de amor en una docena de territorios; y quedan unas pocas docenas de territorios vírgenes para él. Quedarán aún menos de dichos ámbitos vírgenes cuando Isaac parta y llegue Ahí Arriba, para escribir veinticinco libros más sobre la Biblia. ¡Y eso será sólo durante la primera semana!

Una noche de hace dos años, soñé que yo era Isaac Asimov. Al levantarme al día siguiente, se hizo mediodía antes de que mi esposa lograra convencerme de que no debía presentarme como candidato a la presidencia del país.

Te bendigo, Isaac. Os bendigo, hijos de Isaac, los que aquí figuran.

21 de febrero de 1989

El Isaac no metálico o ¡Qué bello es vivir!

Ben Bova

Los astrofísicos (para empezar con una palabra científica) clasifican el universo en tres categorías químicas: hidrógeno, helio y metales.

Los dos primeros son los más ligeros de la totalidad de los más de cien elementos conocidos. A cualquier cosa que sea más pesada que el helio, los astrofísicos la denominan alegremente «metal». El hidrógeno y el helio conforman hasta alrededor de un noventa y ocho por ciento de la composición del universo. Para los astrofísicos, el universo consiste en un montón de hidrógeno, una cantidad considerable de helio y una pizca de metales.

Ahora bien, a pesar de que Isaac Asimov es conocido en todo su planeta (y posiblemente en otros, no lo sabemos todavía) como escritor de ciencia ficción, cuando uno considera toda su producción de material escrito —la totalidad de sus cuatrocientos-y-contando libros y la miríada de artículos, columnas, quintillas jocosas y todo lo demás—, la ciencia ficción es en realidad un pequeño porcentaje del total. Por lo que se refiere a la producción de Asimov, la ciencia ficción constituye sus «metales». Es a las *realidades* científicas a las que dedica sus principales esfuerzos mentales.

Es al Asimov «no metálico» al que yo quiero rendir homenaje.

¿Recordáis la película titulada *¡Qué bello es vivir!*? ¿Aquella en la que un ángel le muestra al suicida James Stewart cómo hubiera sido su ciudad natal si nunca hubiera nacido el personaje creado por él?

Pensad en cómo sería nuestro planeta natal si Isaac Asimov nunca hubiera dedicado su mente y su mano a escribir sobre ciencia.

Escapamos por pelos de ese destino. Hubo un momento en el tiempo en el que un joven Isaac se enfrentó con una crítica elección en su carrera: continuar adelante como investigador o dedicar todo su tiempo a escribir. Escogió escribir y el mundo está extremadamente contento con el resultado.

Consciente de que la ciencia ficción, en aquellos primaverales tiempos, no podría mantener a una esposa y una familia, Isaac decidió escribir sobre la realidad científica y hacer de eso su carrera en lugar de la investigación bioquímica.

Pero supongamos que no lo hubiera hecho así.

Supongamos que, enfrentado a aquella alternativa profesional, Isaac hubiera optado por la estable, aunque nada espectacular, carrera de investigador científico de nivel medio, y hubiera escrito alguna ocasional historia de ciencia ficción como pasatiempo.

Continuaríamos teniendo el plato fuerte de sus relatos de ciencia ficción al que

esta antología rinde homenaje. Continuaríamos teniendo «Nightfall», y «The Ugly Little Boy», la trilogía original de Fundación y novelas como *Un guijarro en el cielo*. Aún tendríamos, volviendo a la metáfora con la que comencé, la producción «metálica» de Isaac.

Pero no tendríamos su hidrógeno y su helio, la descomunal cantidad de libros que no son de ficción, principalmente libros que tratan de ciencia, aunque también hay entre ellos maravillosos relatos, comentarios sobre varias obras literarias, y también lascivas quintillas jocosas.

Si Isaac hubiera trabajado durante todos estos años como investigador bioquímico de plena dedicación y escritor eventual de ciencia ficción, no habiéramos podido leer jamás todos esos maravillosos libros de ciencia. Probablemente toda una generación de científicos hubiera escogido otra carrera, porque nunca habrían vuelto sus ojos hacia la ciencia a causa de los libros que Isaac no habría escrito jamás. El progreso en todas las áreas de las ciencias físicas se habría retrasado, quizá con desastrosas consecuencias.

A millones de personas de todo el mundo se les hubiera negado el placer de darse cuenta de que podían entender los principios de la física, las matemáticas, la astronomía, la geología, la química, el funcionamiento del cuerpo humano, las intrincaciones del cerebro humano..., porque los libros en los que lo aprendieron y de los que obtuvieron dicho placer, no habrían sido escritos.

Editoriales enteras habrían ido a la bancarrota, sin duda alguna, sin los ingresos regulares y seguros que generaron para ellas los libros de ciencia de Isaac a lo largo de las décadas. Las industrias de pulpa de madera y papel padecerían un estado de depresión crónico si Isaac no hubiera publicado todos esos cientos de libros y miles de artículos. Canadá podría haberse convertido en una nación del Tercer Mundo, de no ser por el doctor Isaac Asimov.

Para llevar las cosas a un terreno más personal, yo nunca me habría puesto a escribir obras de divulgación científica de no ser por las obras de Isaac, y por el aliento y guía personales que me proporcionó. Los dioses son los únicos que saben a cuántos escritores ayudó Isaac, ya fuera por leer sus libros o mediante la consulta de algún problema científico que los tenía confusos.

Carreras arruinadas, compañías en bancarrota, personas ignorantes en busca de una iluminación que no podrían encontrar..., así es como sería el mundo si Isaac no hubiera volcado sus enormes energías y más enorme corazón en libros de ciencia que no pertenecen a la ficción.

Una última palabra acerca de una palabra: divulgación.

En la boca de ciertos críticos (incluyendo la de algunos científicos profesionales), «divulgación» es un término de oprobio, algo parecido a la peyorativa «literatura barata», término que aún en la actualidad se arroja a la cara de la ciencia ficción. La «divulgación» de la ciencia es considerada por esos bastardos difamadores, como algo que está por debajo de la consideración de las personas dignas.

Dichos críticos se consideran a sí mismos como pertenecientes a la élite, y desdeñan la «divulgación» de la ciencia con la misma altanera terquedad que Jorge III demostraba para con sus súbditos norteamericanos.

Explicar la ciencia es probablemente la tarea más vital que cualquier escritor puede intentar llevar a cabo en la compleja sociedad actual, gobernada por la tecnología. El explicar la ciencia tan claramente y de una forma tan entretenida que los hombres y mujeres comunes de todo el mundo clamen por los libros de uno..., es un logro digno de un premio Nobel. Es una gran lástima que Alfred Nobel no haya pensado jamás en la necesidad de explicarles la ciencia a las masas. Estoy seguro de que si lo hubiese hecho, habría creado un premio especial para ese género.

Isaac Asimov escribe sobre ciencia (y sobre todo lo demás), tan soberbiamente bien que consigue que parezca fácil. Puede coger cualquier tema bajo el sol y escribir sobre él de una forma tan lúcida y comprensible que cualquier persona que sepa leer y escribir puede comprender la materia sin realizar apenas esfuerzo.

A causa de este increíble talento es a veces rechazado como «un mero divulgador». Como ya he propuesto en el pasado, vuelvo a proponer ahora: cualquiera que piense que lo que hace Isaac es fácil, lo invito a intentarlo. Ya sé que yo lo he conseguido, con un cierto grado de éxito. ¡Pero fácil, no lo es!

Gracias sean dadas a las fuerzas que conforman este universo, porque Isaac haya decidido no convertirse en un investigador de dedicación completa y, en cambio, haya dedicado todos sus esfuerzos a escribir. A pesar de que es famoso por escribir ciencia ficción, su producción «no metálica» de realidades científicas es mucho más voluminosa e infinitamente más importante —si esa palabra puede ser aplicada a las obras escritas—, que su merecidamente admirada y premiada ficción.

Si todo esto os hace llegar a la conclusión de que Isaac Asimov es una estrella, bueno, ¡por el cielo que lo es! Y una de las más brillantes.

La corredora de cintas

Pamela Sargent

Los tres niños alcanzaron a Amy justo cuando llegaba a las cintas transportadoras.

—Barone-Stein —le gritó uno de los niños.

Ella no reconoció a ninguno de ellos, pero era obvio que los niños sabían quién era ella.

—Queremos una carrera —le dijo el más pequeño, hablando en voz baja para que las personas que pasaban no pudieran oír el reto—. Puedes ir delante y escoger el recorrido.

—Hecho —respondió ella rápidamente—. C-254, intersección del camino local de Riverdale.

Los niños fruncieron el entrecejo. Quizá habían esperado una carrera más larga. Parecían muy jóvenes; el más alto de ellos no podía tener más de once años. Amy se inclinó y enrolló un poco los bajos de sus pantalones. Podía vencerlos a todos antes de que llegaran al destino que ella había nombrado.

Pasó más gente que subió a la cinta más cercana. Las bandas móviles de color gris que se extendían infinitamente a ambos lados de ella, desplazaban su cargamento humano por toda la ciudad. La cinta que tenía más cerca se movía en aquel momento a poco más de tres kilómetros por hora; la mayoría de los pasajeros que entonces transportaba eran ancianos o niños pequeños que practicaban unos pasos de baile donde no había sitio. Junto a aquella, otra cinta avanzaba a más de cinco kilómetros por hora; a lo lejos, en las cintas más veloces, los pasajeros no eran más que un borroso conjunto colorido. Todas las cintas transportaban una corriente regular de personas pero la hora punta no comenzaría hasta al cabo de dos horas. Los niños la habían desafiado durante un período tranquilo del día, lo que significaba que no estaban demasiado seguros de sí mismos; no querían arriesgarse a correr entre una multitud de viajeros.

—Vamos —dijo Amy.

Subió a la cinta y los niños hicieron lo mismo detrás de ella. Más adelante, la gente se estaba cambiando a la cinta contigua, avanzando lentamente hacia la más rápida que corría junto a la plataforma del camino local. Los anuncios brillaban alrededor de Amy con su luz fosforescente, constante, ofreciendo ropa, las últimas películas-libro, bebidas exóticas y otro drama hiperonda más sobre las aventuras de un Viajero del Espacio en la Tierra. Por encima de su cabeza, luces zigzagueantes y flechas luminosas destellaban constantemente mostrando las diferentes direcciones a los millones de ciudadanos: POR AQUÍ, A LAS SECCIONES DE JERSEY; SIGA LA FLECHA HACIA LONG ISLAND. El ruido era constante. Las voces aumentaban y disminuían a su

alrededor mientras la cinta zumbaba suavemente debajo de sus pies; podía oír débilmente el silbido del camino local.

Amy avanzó caminando por la cinta, pasó corriendo junto a un grupo de gente y cruzó hasta la siguiente, flexionando un poco las rodillas para absorber el incremento de velocidad. No miró hacia atrás porque sabía que los niños continuaban tras ella. Respiró profundamente, pasó rápidamente hasta la cinta siguiente, corrió por ella hacia los pasajeros que se encontraban más adelante, y luego salló a la cuarta cinta. Giró en redondo, saltó nuevamente a la tercera cinta, y luego cruzó tres cintas en rápida sucesión.

Correr por las bandas móviles era muy parecido a una danza. Mantuvo el ritmo mientras brincaba hacia la derecha, se inclinaba al viento, y luego saltaba a la cinta más lenta que tenía a la izquierda. Amy sonrió mientras un hombre meneaba la cabeza, mirándola. El estilo tímido de la mayoría de los pasajeros no estaba hecho para ella. Otros, que no se atrevían a aceptar la libertad que ofrecían las bandas grises, se contentaban con ser una parte de la corriente canalizada. Parecían sordos a la música de las cintas y a la canción que la llamaba a ella.

Amy miró hacia atrás; ya había perdido a uno de los niños. Avanzó hasta el borde izquierdo de la banda, hizo una finta y luego saltó hacia la derecha, pasó a toda velocidad junto a una sobresaltada mujer, y continuó corriendo de través por las cintas hasta llegar a la más rápida.

Llevaba el brazo izquierdo en alto para protegerse del viento; aquella cinta, al igual que el camino local, avanzaba a casi treinta y ocho kilómetros por hora. El camino local era una plataforma que avanzaba constantemente, con mástiles de abordaje y escudos transparentes colocados a intervalos para proteger del viento a los viajeros. Amy se aferró a un mástil y subió a bordo mediante un balanceo.

Había el espacio justo, suficiente como para que pudiera pasar apretadamente entre los pasajeros. Los dos niños que quedaban la habían seguido hasta el camino local; una mujer masculó enfadada cuando Amy la empujó al pasar junto a ella hacia el otro lado.

Ella saltó a la cinta que estaba más abajo y se desplazaba también a la misma velocidad que el camino local, subió a la plataforma una vez más, y luego volvió a saltar a la cinta. Uno de los niños continuaba con ella, a algunos pasos más atrás. Su compañero debía de haber vacilado un poco, al no esperar que ella volviera a saltar de vuelta a la cinta tan pronto. Un buen corredor de cintas lo habría esperado; ningún corredor permanecía durante mucho rato en un camino local o un camino expreso. Saltó a una cinta más lenta, contó para sí, dio un brinco para caer otra vez sobre la más rápida, volvió a contar, se aferró a un mástil, subió al camino local, empujó a más personas al pasar hacia el lado opuesto, y se lanzó hacia la cinta que estaba más abajo, de espaldas al viento, extendiendo las piernas esparrancadas en el aire. Habitualmente, desdeñaba tales figuras en lo más intenso de una carrera, pero esta vez no pudo resistirse a mostrar sus habilidades.

Aterrizó a aproximadamente un metro por delante de un hombre malcarado.

—¡Críos locos! —gritó—. Debería denunciaros...

Ella se volvió de cara al viento y cambió a la cinta que tenía a la izquierda, preparándose para absorber el efecto de desaceleración, mientras el hombre enfadado pasaba de largo junto a ella sobre la banda más rápida, y miró hacia atrás. No se veía por ninguna parte al tercer niño entre la corriente de personas que había detrás de ella.

Demasiado fácil, pensó. Los había dejado atrás antes de llegar siquiera a la intersección que llevaba al Sector de Reunión. Continuaría avanzando hacia el punto de destino para que los niños, cuando llegaran a él, pudieran lanzar otro reto si así lo deseaban. Ella dudaba de que fueran a hacerlo; le quedaría tiempo más que suficiente para recorrer el camino de vuelta a casa, después.

Deberían haberlo pensado mejor. No eran unos corredores lo suficientemente buenos como para mantenerse a la altura de Amy Barone-Stein. Ella había dejado por el camino a Kiyoshi Harris, uno de los mejores corredores de cintas de la ciudad, en una carrera de dos horas hasta el final de Brooklyn, y había llegado sola a Queens tras sacudirse de encima a la banda de Bradley Ohaer. Sonrió al recordar cuánto se había enfadado Bradley, al verse vencido por una chica. Pocas eran las jovencitas que corrían por las cintas, y ella era mejor que cualquiera de las otras en aquel juego. Desde hacía ya más de un año, ninguno de aquellos a los que había desafiado, llegó a conseguir vencerla; cuando ella llevaba la delantera, nadie podía seguirle la marcha. Era la mejor chica corredora de cintas de la ciudad de Nueva York, y quizá de todas las ciudades de la Tierra.

No, se dijo mientras atravesaba las cintas hacia la intersección del camino expreso. Ella era simplemente la mejor.

La casa de Amy estaba en la subsección de Kingsbridge. La sensación de triunfo había desaparecido ya para el momento en que llegó al grupo de ascensores que subían hasta su nivel; no sentía mucha ansiedad por llegar a casa. La gente avanzaba en muchedumbres por la calle, entre las paredes metálicas que albergaban a los millones de habitantes. Todas las ciudades de la Tierra eran como Nueva York, lugares en los que las personas habían cavado sus viviendas en la tierra y se habían amurallado en su interior; estaban a salvo dentro de las ciudades, protegidos del vacío del Exterior.

Amy entró a empujones en un ascensor. En él había un grupo de personas que celebraba una boda, el novio vestido con una túnica fruncida y unos pantalones de color oscuro, la novia con un vestido blanco corto y un ramo de flores hechas con papel reciclado entre las manos. Las personas que iban con ellos llevaban botellas y paquetes de raciones claramente destinados a la fiesta. La pareja le sonrió a Amy; ella masculló una felicitación mientras el ascensor se detenía en su nivel.

Apresuró la marcha pasillo abajo hasta que llegó a una enorme puerta de doble hoja con brillantes letras que decían PERSONAL-MUJERES 2H-2N; también había un

número para llamar en caso de que alguien perdiera la llave. Amy descorrió la cremallera de su bolsillo y sacó la fina lámina de aluminio, que seguidamente deslizó en el interior de la ranura.

La puerta se abrió. En una antecámara de agradable color rosa, había varias mujeres charlando mientras se peinaban y se aplicaban maquillaje en aerosol ante una pared de espejos. No saludaron a Amy, así que ella no les dijo nada. A su padre, al igual que a la mayoría de los hombres, le resultaba asombroso que las mujeres se sintieran libres para hablar las unas con las otras en un lugar semejante. Ningún hombre le dirigía la palabra a otro en los Personales para hombres; incluso el mirar a otro en esos lugares era considerado como algo tremendamente ofensivo. Los hombres nunca se quedaban chismorreando en la antecámara de un Personal, pero las cosas no eran tan liberales allí como su padre suponía. Las mujeres nunca le dirigían la palabra a alguien que claramente demostraba preferir la intimidad, ni saludaban a una nueva residente de subsección hasta que la conocían mejor.

Amy se detuvo ante un espejo y se alisó los cortos rizos oscuros, tras lo cual entró a la zona de los cubículos públicos. Una larga hilera de retretes, con delgadas separaciones pero sin puertas, se alineaba a un lado; una hilera de lavamanos cubría la pared de enfrente.

Una mujer joven se hallaba de rodillas junto a uno de los retretes, donde un niño pequeño estaba sentado en el asiento de aprendizaje; Amy no pudo evitar darse cuenta de que era un varón. Eso estaba permitido hasta que un niño tenía cuatro años, edad suficiente como para ir al Personal de hombres por su cuenta o acompañado del padre, experiencia que tenía que resultar traumática la primera vez. Pensó en lo que tenía que ser para un niño el abandonar la atmósfera más relajada y cálida del Personal de su madre, para ir al de hombres en el que incluso el mirar hacia otra persona era un tabú. Algunos decían que aquella costumbre había surgido a causa de la necesidad de conservar una cierta intimidad en medio de los demás, pero los psicólogos también afirmaban que el tabú tenía su origen en la necesidad del varón de separarse de su madre. No era de extrañar que los hombres actuaran como lo hacían en los Personales. No sólo estarían infringiendo una falta contra la intimidad de los demás si se conducían de otra forma, sino que además demostrarían una inapropiada regresión a la infancia.

Amy mantuvo los ojos bajos, haciendo caso omiso de las otras mujeres y niñas que se hallaban en los retretes, hasta que llegó a una hilera de picos de ducha. Dos mujeres estaban entrando en los cubículos privados del fondo. A la madre de Amy le habían concedido un cubículo privado hacía algunos años, un privilegio que su padre había obtenido para los dos después de un ascenso, pero a Amy no le estaba permitido utilizarlo. Otros padres podrían haberle concedido dicho permiso, pero los suyos eran más estrictos; no querían que su hija se habituara demasiado a gozar de unos privilegios que no había ganado por sí misma.

Se ducharía en aquel momento, y metería la ropa en la ranura de la lavandería

para que quedara limpia; el Personal estaría más concurrido después de la cena. Amy suspiró; esa no era la única razón que tenía para demorarse allí. A aquellas alturas su madre habría recibido el mensaje del señor Liang. Amy tenía miedo de ir a casa y enfrentarse con ella.

Del apartamento salían cuatro mujeres cuando ella llegó. Las saludó distraídamente y asintió con la cabeza cuando le preguntaron si le iba bien en el colegio. Aquellas eran las amigas más intelectuales de su madre, las que discutían de sociología y arreglaban entre ellas los problemas políticos de la ciudad antes de pasar a los temas esenciales de las ofertas para estirar las cuotas de ingresos y los consejos para la educación de los niños.

La madre de Amy retrocedió al entrar ella; la puerta se cerró. Amy había llegado hasta el centro de la espaciosa sala de estar antes de que su madre hablara.

—¿Adónde vas, querida?

—Emh..., a mi habitación.

—Creo que será mejor que te sientes. Tenemos algo de lo que hablar.

Amy avanzó hacia uno de los sillones y se sentó. La sala de estar tenía más de cinco metros de largo, y en ella había dos sillones, un sofá pequeño, y una otomana de cuero de imitación. La casa tenía también otras dos habitaciones, y sus padres contaban incluso con un lavamanos en su dormitorio, gracias a los magníficos servicios prestados al Estado por su padre.

—Has tardado más de lo habitual en llegar a casa —comentó la madre, sentándose en el sofá, frente a Amy.

—Tenía que ducharme. Emh... ¿no deberíamos prepararnos para ir a cenar? Probablemente papá llegará en cualquier momento.

—Me ha dicho que llegará tarde, así que esta noche no comeremos en la cocina de la sección.

Amy se mordió el labio inferior, lamentando por primera vez que a su familia se le permitiera tomar cuatro comidas semanales en su propio apartamento. Sus padres no hubieran podido darle un sermón en las largas mesas de la cocina de la sección, en medio de todos los comensales allí reunidos.

—En todo caso —continuó la madre—, tenía la seguridad de que querrías hablar conmigo a solas antes de que llegara tu padre.

—Oh. —Amy miró fijamente la alfombra azul—. Eso.

—Él dice que tus notas no serán buenas al final del trimestre. —Los ojos oscuros de la madre se entrecerraron—. Si no mejoran pronto, va a invitarme a que vaya para mantener una charla, y eso no es todo. —Se retrepó en el sofá—. Dice que te han visto corriendo por las cintas.

Amy dio un respingo.

—¿Quién le dijo eso?

—Oh, Amy. Estoy segura de que tiene formas de averiguarlo. ¿Es verdad eso?

—Hum.

—Bueno, ¿lo es? Eso es incluso más grave que tus notas. ¿Quieres que un oficial de policía te lleve detenida? ¿Te has parado a pensar siquiera en los accidentes que podrías provocar, o que tú misma podrías resultar gravemente herida? Ya sabes qué dijo tu padre la primera vez que se enteró de que corrías por las cintas.

Amy asintió con la cabeza. Había ocurrido hacía más de dos años, y él la había sermoneado durante horas, pero desde entonces había permanecido ignorante de las actividades de su hija. Soy la mejor, pensó; me conocen todos los corredores de la ciudad. Quería gritarlo y obligar a la madre a reconocer sus logros, pero guardó silencio.

—Es un juego estúpido y peligroso, Amy. Cada año mueren unos cuantos niños corriendo por las cintas, y también resultan heridos los pasajeros. Ya tienes catorce años..., pensaba que eras más madura. No puedo creer que...

—No he estado corriendo por las cintas —dijo Amy—. Quiero decir, que no he hecho una carrera desde hace algún tiempo. —No desde hace un par de horas, agregó en silencio para sí, y eso no fue una auténtica carrera, así que no estoy mintiendo realmente. Se sentía un poco culpable; no le gustaba mentir.

—Y tus notas...

Amy aprovechó la oportunidad de evitar el más peligroso tema de las carreras por las cintas.

—Ya sé que son peores. Ya sé que puedo hacerlo mejor, ¿pero qué diferencia hay?

—¿Es que no quieres que las cosas te vayan bien? Solías estar entre los mejores estudiantes de matemáticas de tu colegio, y tu profesora de ciencias siempre elogiaba...

—¿Y qué? —Amy no podía contenerse por más tiempo—. ¿De qué sirve? ¿Para qué voy a utilizar eso en toda mi vida?

—Tienes que sacar notas altas si quieres que te admitan en un nivel universitario. La posición de tu padre puede hacer que te resulte fácil entrar, pero no permanecerás en él si no estás bien preparada.

—¿Y luego qué? A menos que yo sea un genio, o mucho mejor que cualquiera de los chicos, me obligarán a seguir cursos de dietética, relaciones públicas o psicología infantil para que algún día llegue a ser una buena madre, y, si no, me entrenarán para programar computadoras hasta el día en que me case. De todas formas acabaré por no hacer nada, ¿así que para qué voy a intentarlo?

—¿Nada? —El rostro de piel olivácea de su madre era tranquilo, pero la voz le tembló ligeramente—. ¿No es nada lo que yo hago, cuidándote a ti y a tu padre? ¿No es nada educar a un hijo y hacer un hogar agradable para el esposo?

—No quise decir nada, sino que eso no lo es todo. Tú quisiste más una vez..., yo sé que lo quisiste. Tú..., tú...

La madre la miraba impassiblemente. Amy se levantó de un salto y huyó de la habitación.

Estaba tendida en la estrecha cama, mirando con ferocidad el techo suavemente luminoso. Su madre debería ser la primera que la comprendiese. Amy sabía cómo se había sentido en otra época, pero últimamente parecía haber olvidado sus viejos sueños.

La madre de Amy, Alysha Barone, era en cierto modo una medievalista. Eso no resultaba extraño; muchas personas lo eran. Se reunían para hablar de las usanzas y costumbres antiguas y las películas-libro, y la época en la que la Tierra había sido el único hogar de la humanidad. Repasaban nostálgicamente determinados períodos antiguos en los que la gente había vivido en el Exterior en lugar de amontonarse en las ciudades, cuando la Tierra era el único mundo y no existían los Viajeros del Espacio.

Y no era que ninguno de ellos tuviese la posibilidad de vivir en el Exterior, sin paredes, respirando un aire inadecuado lleno de microorganismos que provocaban enfermedades, y comiendo alimentos no procesados que crecían en la tierra; Amy se estremeció ante aquel pensamiento. Era mejor dejar el Exterior para los robots que trabajaban en las minas y atendían las plantaciones necesarias para la ciudad. Era mejor vivir como lo hacían ellos, a pesar de los problemas que pudiera conllevar, evitando así las costumbres patológicas de los Viajeros del Espacio, aquellos descendientes de las gentes de la Tierra que habían colonizado otros planetas hacía ya mucho tiempo. De todas formas, no podían seguir las costumbres de los Viajeros del Espacio. En un mundo habitado por billones, los recursos no podían malgastarse en la construcción de casas privadas, espaciosos jardines, parques y todo lo demás. Alysha Barone, a pesar de sus puntos de vista de medievalista, no estaba capacitada para abandonar aquella ciudad excepto para viajar, bien encerrada, hasta otra.

Sin embargo, su madre había mantenido algunas costumbres ancestrales, con el apoyo de unos cuantos amigos ligeramente anticonvencionales. Alysha Barone había insistido en conservar su nombre de soltera después de casarse con Ricardo Stein, y él había estado de acuerdo cuando ella había pedido que se le pusieran a Amy los dos apellidos. A la pareja se le había concedido permiso para tener su primer hijo durante el primer año de matrimonio, gracias a los índices de sus Valores Genéticos, pero Amy no había nacido hasta cuatro años después. Tanto Alysha como Ricardo habían sido especialistas en estadística del Departamento de Recursos Humanos de Nueva York; les parecía sensato trabajar para obtener un ascenso, ganar más privilegios y ahorrar un poco más de su cuota de pensión antes de tener un hijo. Habían hecho caso omiso de las reprobaciones de sus propios padres y los amigos que los acusaban de ser un poco antisociales.

Amy conocía bien la historia, por haberle oído contar la mayor parte de la misma

a su abuela Barone, que la desaprobaba. Los dos habían alcanzado por su cuenta un índice C-4 antes de que Alysha se quedara embarazada; incluso entonces, asombrosamente, habían hablado sobre cuál de los dos debía renunciar a su puesto de trabajo en el Departamento. Sólo las parejas más antisociales de todas hubieran intentado conservar dos posiciones tan codiciadas. Había muchas personas no clasificadas sin trabajo, subsistiendo sin ninguna posibilidad de medrar, y otros que habían sido relegados a los niveles de la fábrica de levadura tras haber sido sustituidos en sus puestos por los robots. Los colegas de sus padres les hubieran hecho la vida imposible si ambos hubiesen permanecido en el departamento; sus superiores les hubieran bloqueado cualquier ascenso, e incluso hallado quizá alguna forma de degradarlos. Además, alguien tenía que cuidar de Amy. La niña no podría ser dejada todo el día en la guardería de la subsección, y las dos abuelas se habían negado a fomentar cualquier actitud antisocial ofreciéndose a cuidar del bebé.

Así pues, Alysha había renunciado a su puesto de trabajo. Puede que el esposo hubiera estado dispuesto a cuidar a la niña, pero él no podía amamantarla y la lactancia ahorraba una ración. Ricardo había obtenido otro ascenso pocos años después del nacimiento de Amy, y se habían mudado de la vivienda de dos habitaciones en la Sección de Van Cortlandt, a aquel apartamento. Ahora el padre de Amy era un C-6, con un retrete privado en el Personal de Hombres, un lavabo funcional en el dormitorio, una pensión mayor para entretenimientos, y el derecho de tomar cuatro comidas semanales en casa.

Sus padres habrían actuado tontamente si hubieran renunciado a la posibilidad de tener todo eso. ¡Cuán inútil habría sido que Alysha intentara conservar su posición en el Departamento! Lo hubieran arriesgado todo.

Se abrió la puerta y entró la madre. Amy se sentó. La cama pequeña ocupaba la casi totalidad de la habitación; no había ningún otro lugar para sentarse, y estaba claro que Alysha quería hablar.

La madre se sentó y le pasó un brazo por los hombros a Amy.

—Ya sé cómo te sientes —le dijo.

Amy meneó la cabeza.

—No, no lo sabes.

La madre la abrazó más estrechamente.

—También yo me sentí así en otra época, pero no veía que pudieran irme mejor las cosas si no lo intentaba en absoluto. Uno debe aprender todo lo que pueda, Amy, y no sólo lo necesario para ayudar a los hijos con los deberes. El aprender te proporcionará placer más tarde, porque es algo que se lleva dentro y nadie puede arrebatártelo. Las cosas podrían cambiar, y entonces...

—Nunca cambiarán. Ojalá... Las cosas eran mejores en los viejos tiempos.

—No, no lo eran —le respondió la madre—. Eran mejores para algunas personas y peores para muchas otras. Puede que yo aparente nostalgia del pasado, pero también sé cómo la gente luchaba, moría de hambre y sufría hace mucho tiempo, y

las ciudades son mejores que todo eso. Nadie se muere de hambre, y podemos, en general, dedicarnos a nuestros asuntos sin temer la violencia; pero eso requiere cooperación..., no podríamos vivir, tan apiñados como estamos, de ninguna otra forma. Tenemos que llevarnos bien, y a menudo eso significa renunciar a lo que querríamos con el fin de que todos tengan al menos algo. No obstante...

—Comprendo lo que quieres decir —replicó amargamente Amy—. El civismo es bueno. Las ciudades son la cúspide de la civilización humana. —Mientras hablaba, imitaba los pomposos modales de su profesor de historia—. Y si no puedo llevarme bien con los demás y dar las gracias por lo que tengo, no soy más que una individualista antisocial patológica.

La madre guardó silencio durante un largo instante.

—En las ciudades —dijo luego—, hay cada vez más robots que les arrebatan el puesto de trabajo a las personas. La población continúa creciendo y eso significa que la gente llegará a tener todavía menos..., podríamos volver a ver algo muy parecido al hambre. Las ciudades no pueden expandirse mucho más, y eso significa menos espacio para cada uno de nosotros. La gente puede estallar ahora contra algún robot, dado que son los blancos más convenientes para expresar el resentimiento, pero si comenzamos a estallar los unos contra los otros... —Hizo una pausa—. Algo tendrá que romperse. Incluso el pequeño grupo de gente que espera que los Viajeros del Espacio los deje finalmente abandonar la Tierra para establecerse en otro mundo, sabe eso.

—Son unos tontos —dijo Amy.

—Eso es lo que diría la mayoría.

Amy frunció el entrecejo. Tenía conocimiento de esa gente; en ocasiones se iban al Exterior para jugar a ser granjeros o alguna cosa por el estilo. No podía imaginar cómo lo soportaban ni qué sacaban de bueno de aquello. Un detective de la ciudad llamado Elijah Baley era el líder del pequeño grupo; quizá él pensaba que los Viajeros del Espacio lo ayudarían. Recientemente había regresado de uno de los mundos de aquéllos, en el que le habían pedido que los ayudara a resolver un crimen; quizá él pensaba que los Viajeros del Espacio podían ser sus amigos.

Amy estaba bien enterada. Los Viajeros del Espacio sólo lo habían utilizado. Pensó en los personajes que representaban a los Viajeros del Espacio que ella había visto en las aventuras de hiperonda y películas-libro. Eran todas personas altas, hermosas, bronceadas, con cabellos de color rubio bronce, con unos ojos tan fríos como los de las legiones de robots que los servían a ellos. En las historias de ficción podían ser cordiales, e incluso querer a alguna persona de la Tierra, pero en la realidad despreciaban a los habitantes de las ciudades. Nunca permitirían que los terrícolas contaminaran sus mundos u otros de la galaxia. Podían utilizar a un terrícola como Baley, pero se desharían de él después.

—Lo que estoy intentando decirte —continuó Alysha con un tono dulce—, es que pueden producirse cambios. Sea cual sea el tipo de desbaratamiento que comporten,

puede que también ofrezcan oportunidades, pero sólo para las personas que estén preparadas para aprovecharlas. —Amy se tensó ligeramente; aquella era la declaración más antisocial que había oído en boca de su madre—. Sería mejor que estuvieras preparada para eso y desarrollaras todos los talentos que puedan resultar de utilidad. Cuando trabajaba en el Departamento, sabía qué significaban aquellos datos estadísticos; incluso al burócrata más decidido le resulta imposible esconder toda la verdad. Pude darme cuenta..., pero ya he dicho suficiente.

—Madre... —Amy tragó—. ¿Vas a decirle a papá lo que ha dicho el señor Liang? La madre se tironeó de los largos cabellos oscuros, con expresión de angustia.

—Realmente debería hacerlo. No tendré más remedio si me citan a una reunión, y entonces Rick se preguntará por qué no lo mencioné antes. No lo haré si me prometes que vas a trabajar más.

Amy suspiró de alivio.

—Te lo prometo. —Amy esperaba poder mantener su palabra.

—Entonces te dejaré con tus estudios. Tienes un rato antes de que Rick regrese.

La puerta se cerró detrás de Alysha. Amy cogió su visor y se tendió sobre el lecho. Nada cambiaría, independientemente de lo que dijera su madre. Hiciera lo que hiciera, Amy acabaría, como lo había expresado su amiga Debora Lister, al final de la cola. La empujarían al final de la cola cuando sus profesores comenzasen a insinuar que determinados estudios serían más útiles para una chica. Volverían a obligarla a retroceder cuando los consejeros universitarios señalaran que sería egoísta ocupar una plaza de determinadas clases, dado que ella no emplearía dicha formación especializada durante toda la vida, como sí lo haría un chico. Si conseguía avanzar durante esas etapas, sólo sería para que la relegaran más tarde, cuando se casara y tuviera sus propios hijos.

Podía, claro está, optar por no casarse, pero una vida semejante sería solitaria. Independientemente de los logros que obtuvieran dichas mujeres, la gente murmuraba cuán antisociales eran y las compadecía, lo que probablemente era mejor que el franco resentimiento. Tendría que vivir en uno de los diminutos reservados que se destinaban para las personas solteras, a menos que tuviese la suerte suficiente como para encontrar un compañero o compañera con quien congeniara, y pudiera obtener permiso para compartir una habitación normal.

Alysha había acabado al final de la cola hacía mucho tiempo, aunque más tarde que la mayoría, y tenía un esposo amante que la consolaba, lo cual era una buena cosa. Ni siquiera las parejas que se odiaban se separarían voluntariamente, porque perderían su posición y las obligarían a vivir en dependencias más pequeñas. Por supuesto, Alysha esperaba que Amy pudiera avanzar en el escalafón social; ella no tenía nada en la vida excepto su esposo y su hija.

Un buen número de mujeres eran como Alysha. Sublimaban el individualismo antisocial, que así lo llamaba la película-libro de texto que Amy había proyectado en la biblioteca del colegio. Muchas mujeres vivían a través de sus hijos y luego de sus

nietos, con la esperanza de que avanzarían aun sabiendo que existían límites para sus ambiciones. La transferencia de esperanzas era lo que las mantenía en pie, pero también eran conscientes de que demasiada gloria individual sólo provocaba sentimientos antagónicos en los demás. Esa era una de las razones por las que sus padres se negaban a pavonearse de los privilegios que habían ganado y los usaban de mala gana, con un ligero aire de disculpa.

Los hombres tenían otros problemas, que posiblemente les parecían a ellos igualmente molestos. Algunos hombres se quebraban bajo la tensión de soportar la posición de toda la familia. Los psicólogos tenían términos para definir también aquel síndrome.

Amy veía con demasiada claridad qué era lo que le aguardaba en el futuro. Quizá no debería de haber visto aquellas películas-libro de psicología y sociología, que estaban destinadas a especialistas adultos. Sus padres tendrían, llegado el momento, el segundo hijo que les estaba permitido; excepto la dedicación al cuidado de Amy y su padre, el ser sociable de una forma que facilitara las relaciones con los vecinos y los colegas de su esposo, había muy poco que Alysha pudiera hacer. Poco era de extrañar que muchas mujeres tuviesen hijos a los que no tenían derecho. Cuando Amy hubiera crecido, la madre estaría esperando los inevitables nietos, y realizaría con ellos la transferencia de sus esperanzas. ¡Qué engaño tan grande era el de pretender que los hijos no serían absorbidos por el enjambre de la ciudad, cuando se sabía que era así como debía suceder!

Las familias felices, según decía la voz popular, hacían una ciudad mejor; las madres y esposas se dedicaban a sus tareas con la sensación de que cumplían con un deber cívico. La madre de Amy se aferraría a ella, y luego a los hijos que ella tuviera, y...

Si saber mucho hacía que la gente se sintiese de esa forma, quizá era mejor ser un ignorante, adaptarse a lo que no podía cambiarse.

Cruzó los brazos sobre el pecho. Sin embargo continuaba en posesión de un logro y nadie podía arrebatárselo; era la mejor corredora de cintas de la ciudad. No renunciaría a eso, no hasta que fuese demasiado mayor y lenta como para correr carreras, y quizá ese día no llegaría jamás. Si cometía un error y moría durante una carrera, al menos se habría marchado antes de llegar al final de la cola. Sus padres podrían tener otro hijo, quizá dos, y la pérdida de una vida no constituiría diferencia ninguna en una colmena de acero que albergaba demasiadas. Incluso podría decirse a sí misma que estaba dejando lugar para alguien a quien no le importaría estar perdido en el enjambre.

Los textos psicológicos tenían términos para semejantes ideas, todos los cuales hacían que sus sentimientos sonaran como una enfermedad. Quizá lo eran, pero eso no era más que otra razón para que no le importase lo que pudiera ocurrirle en las cintas.

—Amy Barone-Stein —dijo el bedel del pasillo—, la busca una persona.

Amy levantó los ojos hacia el robótico rostro gris, una parodia del de un ser humano. No sentía ninguna afición por los robots y aquel, con sus ojos inexpresivos y su boca de extraños movimientos, tenía un aspecto más idiota que el de la mayoría.

—¿De qué se trata? —le preguntó.

—Alguien que está ahí fuera desea hablar con usted —replicó el robot—, y me ha pedido que la acompañe.

—Bien, ¿de quién se trata?

—Me ha dicho que le diera su nombre si me lo preguntaba o si me decía que no quería verla. Es Shakira Lewes.

A Amy se le cayó la mandíbula superior. Debora Lister se acercó más a ella y le propinó un suave codazo en las costillas. Shakira Lewes no había corrido por las cintas durante años, pero Amy había oído hablar de ella. Kiyoshi Harris declaraba que era la mejor corredora femenina que había visto en su vida, y su última carrera, cuando había ido a la cabeza de tres pandillas desde Brooklyn a Yonkers y los había dejado a casi todos por el camino, era todavía una leyenda.

Ella era la mejor, se dijo Amy; ahora, la mejor soy yo.

—Oh, Amy —dijo Debora—. ¿Vas a ir a hablar con ella?

—Podría hacerlo.

—Te perderás la reunión del Club de Ajedrez —le dijo la chica rubia.

—En ese caso me la perderé.

—Yo te acompaño —decidió Debora—. Tengo que ver eso.

—La señorita Lewes solicitó la presencia de Amy Barone-Stein —dijo el robot—. No dijo que...

—Oh, corta el rollo —le espetó Amy. Los ojos del robot se agrandaron un poco con lo que podría haber sido desconcierto—. No dijo que no podía acompañarme una amiga, ¿verdad?

—No, no lo dijo.

—En ese caso, condúcenos hasta ella.

El robot se volvió y abrió la marcha, pasando por delante de un Personal, y luego entre los grupos de estudiantes que atestaban el pasillo. Amy se preguntaba cómo había conseguido Shakira Lewes que el robot hiciera su voluntad. Técnicamente, los bedeles del pasillo no estaban para ir en busca de los estudiantes de los niveles escolares excepto en caso de emergencia; pero aquel robot era probablemente demasiado estúpido como para darse cuenta de que lo estaban engañando. El robot mantenía la espalda tesa mientras marchaba sobre sus rígidas piernas. Malditos robots, pensó, que les quitan los puestos de trabajo a las personas. Los bedeles del pasillo habían sido seres humanos en otra época.

Para el momento en el que llegaron al grupo de ascensores, una pequeña multitud de chicos y chicas las seguían. Subieron todos tras el robot y descendieron al nivel de la calle. Cuando salieron del colegio, Amy vio que había más chicos congregados en

torno a una mujer alta, de piel oscura y cabello corto negro.

—Ooh —susurró Debora—. Tal vez quiera desafiarte.

Amy meneó la cabeza y señaló la espalda del robot. Un robot no podía hacerle daño a un ser humano ni, mediante la inacción, permitir que un ser humano resultara lastimado; para el simple cerebro positrónico de aquella criatura, el posible daño incluiría sin duda las carreras de cintas.

—Amy Barone-Stein —declaró el robot con su voz monótona—. Esta es Shakira Lewes.

Los muchachos se apartaron al acercarse Amy. La mujer era lo bastante esbelta para una corredora, si bien un poquitín demasiado alta; la mayoría de los corredores, como Amy, eran bajos y ligeros, capaces de deslizarse incluso a través de la más pequeña brecha abierta entre los pasajeros, durante una carrera. Shakira Lewes tenía un rostro perfecto de huesos delicados; se parecía muchísimo a una actriz de un drama histórico sobre África que había visto Amy últimamente. Llevaba una camisa roja y unos pantalones negros que hacían que sus largas piernas pareciesen aún más largas. Los chicos la miraban atentamente. Ninguno de ellos había mirado jamás a Amy de aquella manera, ni siquiera después de enterarse de lo ocurrido durante su carrera contra la pandilla de Bradley Ohaer.

—Ya puedes dejarnos —le dijo Shakira al robot. El bedel de pasillo se volvió en redondo y entró en el edificio. La mujer hablaba con tanta arrogancia como un Viajero del Espacio; Amy levantó hacia ella unos ojos llenos de admiración y odio—. He oído hablar de ti —continuó Shakira—. Me gustaría hablar contigo.

Amy adelantó el mentón.

—¿De qué?

—A solas, si es posible.

A solas significaba caminar entre la multitud, detenerse sobre una cinta o un camino local para hablar o, si uno tenía suerte, encontrar una silla o banco libre en alguna parte.

—Si tienes algo que decirme —respondió Amy—, dintelo aquí.

—Va a desafiarte —dijo alguien detrás de Amy; ella giró la cabeza. Luis Horton estaba entre el grupo; estaba furioso con ella desde que lo había vencido en una carrera hasta el Sector Yonkers—. Va a desafiarte —repitió Luis—. Tal vez Amy no pueda con ella.

—Yo puedo con cualquier corredor de Nueva York —dijo Amy.

Shakira frunció el entrecejo.

—Yo he dicho que quería hablar. No he hablado en absoluto de correr.

—¿Tienes miedo? —preguntó otro chico.

El rostro de Shakira se hizo más ceñudo. Amy se dio cuenta de a qué conduciría todo aquello; los demás esperaban un desafío. Normalmente, ella misma lo hubiera exigido, pero algo no iba bien. No tenía sentido que aquella mujer, que sin duda tenía mejores cosas que hacer, viniera en busca de una carrera contra Amy, fuera cual fuese

su fama. Shakira tenía que haber perdido la práctica, y se arriesgaría a consecuencias mucho más graves como delincuente adulta si la apresaba la policía. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía querer de Amy? Tal vez algo ilegal, alguna empresa ilícita en la que podrían resultar útiles un chico o una chica que pudieran sacudirse de encima fácilmente a la policía.

Amy se encogió de hombros.

—Vamos, chicos. Cualquiera puede darse cuenta de que es ya demasiado mayor como para correr por las cintas.

—Soy mayor, es cierto —dijo Shakira—. Tengo veintiún años.

—Lewes no tiene miedo —murmuró Luis—. Es Amy quien lo tiene.

A Amy se le encendieron las mejillas. Ahora todos estaban observándola; llegó a imaginar que las personas que pasaban la estaban observando, presenciando su oprobio.

—Yo no tengo miedo de nada —dijo—. Hagamos una carrera, Shakira Lewes..., no me perderás. Desde aquí hasta la intersección del camino local de Sheepshead Bay..., a menos que seas demasiado mayor como para correr una carrera tan larga.

Shakira guardó silencio.

—¡Ahora! ¿O es que estás demasiado mayor y cansada como para intentarlo?

Los oscuros ojos grandes de la mujer destellaron.

—Tú lo has querido. Lo haré.

Los muchachos organizaron un griterío. Incluso Debora, que nunca correría por las cintas, tenía el rostro arrebolado de expectación. Amy se sintió repentinamente furiosa con todos ellos. No estaba preparada para aquella carrera; ahora se daba cuenta de que había esperado que Shakira retrocedería ante la propuesta. Si la mujer la vencía, ella nunca podría superarlo, mientras que si Amy ganaba, los otros simplemente darían por supuesto que Shakira estaba en decadencia. Había arriesgado demasiado en aquel desafío, y aún no sabía para qué la necesitaba Shakira.

—Vamos —dijo Amy.

—Un momento. —La mujer levantó un brazo—. Esto es una asunto entre dos, entre tú y yo..., y todavía quiero hablar contigo.

—Hablarás conmigo después de que te haya vencido —dijo Amy sin demasiada convicción, tras lo cual siguió a Shakira hasta la cinta más cercana.

Shakira avanzó por las cintas grises a una velocidad apenas por encima de la normal. Amy se mantenía pegada a ella. La mayoría de los chicos y chicas ya se habían encaminado al camino expreso; recibirían a la campeona en el punto de destino de Sheepshead Bay. Luis y dos de sus amigos las seguían para estudiar un poco las habilidades de Shakira antes de reunirse con los demás. Aún quedaban claros entre los pasajeros, pero las cintas ya comenzaban a estar abarrotadas de gente.

Shakira hizo una exposición de movimientos: incrementó la velocidad de la

marcha, avanzó de lado con pasos constantes y regulares, y cambió a una cinta adyacente sin romper el ritmo; Amy la siguió. Realizó un movimiento *Popovich*, que llevaba el nombre del corredor que la había perfeccionado, consistente en saltar de uno a otro lado entre dos cintas antes de rebotar en la segunda y caer en una tercera. Incluso consiguió realizar un salto derviche: tras volverse de cara a Amy, saltó en el aire y describió un giro completo antes de aterrizar elegantemente en una cinta más lenta; un salto derviche era peligroso incluso en las cintas lentas.

Era buena, pero Amy conocía aquellos movimientos. Lúcite, pensó; la mujer sólo estaba intentando intimidarla. Las maniobras espectaculares era más probable que llamaran la atención, además de cansar a un corredor demasiado pronto. Siguió a Shakira hasta el camino local, y luego bajó tras ella con un balanceo dejando atrás a los chicos. Había cogido el ritmo de Shakira, pero se mantenía alerta y cautelosa; algunos corredores podían hacer que sus seguidores se confiaran a un paso tranquilo antes de hacer algo inesperado.

Danzaron avanzando a través de las cintas en dirección a la plataforma del camino expreso. La multitud era muy apretada en la cinta adyacente a la plataforma. Shakira se aferró a un mástil y subió mediante un balanceo; Amy se aferró al siguiente. Las largas piernas de la mujer dieron la vuelta sin llegar a tocar el suelo y pasaron a poca distancia de un pasajero, tras lo cual la mujer volvió a hallarse sobre la cinta desde donde levantó la mirada hacia Amy, sonriendo.

Amy aferró el mástil, a punto de seguirla, cuando un grupo de personas entraron en la cinta justo debajo de ella. Tuvo un atisbo de rostros sobresaltados cuando sus piernas volaron en dirección a ellos; había el espacio justo para aterrizar. Una mujer se tambaleó sobre la cinta; un hombre la cogió por un brazo. Amy supo en un instante que no podía arriesgarse a saltar. Shakira se volvió, pasó corriendo junto a otros pasajeros, pasó a la izquierda y desapareció.

Amy se quedó colgando del mástil; el viento le azotaba las piernas. Subió nuevamente a bordo, aturdida por lo abrupto de su derrota. Había perdido antes de que llegaran siquiera a la parte baja de Manhattan; las lágrimas le escocían los ojos.

Alguien la empujó; los pasajeros la rodearon.

—¡Malditos corredores! —gritó un hombre.

Otros viajeros se reunieron alrededor de ella; un puñetazo la derribó.

—¡Traigan a la policía! —gritó una mujer.

Unos dedos la cogieron por los cabellos; un pie le dio un puntapié en una rodilla. Se cubrió la cabeza con los brazos; ya no le importaba lo que le sucediera; había perdido.

Un policía de paisano, un C-6 con privilegio de asiento en el nivel superior del camino expreso, rescató a Amy de entre la multitud antes de que la golpearan demasiado gravemente, y se la llevó al Palacio Municipal. El cuartel general de la

Policía estaba en los niveles superiores de la estructura; Amy supuso que la entregarían a un oficial y la ficharían. En cambio, el detective la condujo a través de una gran sala común llena de gente y escritorios, hasta una mesa emplazada en un rincón y rodeada por una barandilla.

Ella se sentó ante el escritorio; se sentía triste y sola. El policía de paisano le tomó el nombre, lo tecleó en la computadora que tenía delante, pidió información adicional, y luego llamó a su padre por las líneas internas.

—Estás de suerte —le dijo el hombre cuando concluyó la llamada—. Tu padre no ha salido aún del trabajo, así que subirá hasta aquí desde su nivel y te llevará a casa. —Ella lo miró atentamente.

—¿Quiere decir que no va a retenerme aquí?

El detective le dirigió una mirada ceñuda. Se trataba de un hombre corpulento, calvo, con un espeso bigote y una piel casi tan oscura como la de Shakira.

—No creas que no he considerado la posibilidad de detenerte. No debería de estar perdiendo el tiempo contigo... Soy muy poco tolerante con los chiquillos imprudentes a los que no les importa la seguridad de nadie. Podrías haber comenzado una revuelta en ese camino expreso..., quizá debería haberte dejado librada a los tiernos cuidados de aquella turba. ¿Sabes lo que puede sucederte ahora, muchacha?

—No —masculló, aunque podía imaginárselo.

—Para empezar, un juicio en el tribunal juvenil. Puede que te sentencien a unos cuantos meses en el Nivel de Delincuentes Juveniles, o puede que tengas suerte y te condenen a ayudar en el hospital durante algunos días por semana. Allí tendrás muchas oportunidades de ver a las víctimas de los accidentes. —Se tiró del bigote—. Eso podría hacerte bastante bien. Quizá estés allí cuando traigan a un corredor de cintas muerto que no fue lo bastante rápido. Podrás ver a sus padres llorando cuando el hospital lleve a cabo el Ritual de Solicitud antes de utilizar cualquiera de los órganos del cadáver; y tendrás serios problemas si alguna vez vuelves a comportarte incorrectamente.

Amy cerró los ojos con fuerza.

—Quédate aquí —le dijo el hombre, aunque ella apenas tenía alternativa, con aquella sala tan llena de policías.

Permaneció sentada, chapoteando en su desesperación, hasta que regresó el detective con una taza de té; no le ofreció nada a ella.

Volvió a sentarse detrás del escritorio.

—¿Vas a darme el nombre de los corredores que conoces?

Ella negó violentamente con la cabeza. Por mucho que odiara a Shakira, no caería tan bajo.

—No pensaba que fueras a hacerlo. No estás haciéndoles ningún favor, ¿sabes? Si sufren algún accidente o lastiman a alguien, espero que seas capaz de vivir con ese cargo de conciencia.

El detective trabajó silenciosamente en su computadora hasta que llegó el padre

de Amy. Ella miró el rostro pálido y severo de él y desvió rápidamente los ojos. La formalidad de las presentaciones ocupó sólo un momento antes de que el policía de paisano comenzara a sermonear a Ricardo Stein acerca del delito cometido por su hija, sazonando su discurso con datos estadísticos de los accidentes provocados por los corredores de cintas, y el número de muertes que había producido aquel juego durante el año en curso.

—Si yo no hubiera estado en el camino expreso —concluyó el hombre—, la muchacha podría haber resultado seriamente maltratada..., y no es que no se lo mereciese.

—Lo comprendo, señor Dubois —dijo el padre.

—Ella necesita aprender una lección.

—Estoy de acuerdo. —Ricardo se echó hacia atrás los espesos cabellos castaños—. Aceptaré cualquier sentencia que se le imponga. Su madre y yo no nos apartaremos de nuestro camino para defenderla, y probablemente nosotros tengamos una parte de culpa por no haberla educado mejor y controlarla más. Puede estar seguro de que no se repetirá semejante conducta.

—Imagino que usted se encargará de que así sea, señor Stein..., un ciudadano sólido como usted. —El señor Dubois se retrepó en su asiento—. Así pues, les haré un favor a usted y su esposa, y por esta vez dejaré que Amy salga en libertad con una simple advertencia. Sólo tiene catorce años, y este es su primer delito, al menos la primera vez que la descubrimos, y el Nivel de Delincuentes Juveniles está ya suficientemente abarrotado; pero la tenemos en nuestros archivos, y si se la detiene nuevamente por cualquier cosa, quedará retenida hasta el juicio, momento en el cual es probable que obtenga una sentencia severa.

—Le quedo muy agradecido —dijo el padre de Amy.

—Escúchame, muchacha. —El señor Dubois apoyó los brazos sobre el escritorio—. No creas que puedes quedarte quieta durante un tiempo y luego comenzar nuevamente las carreras de cintas. Ahora ya sabemos quién eres, y nos resultará fácil identificarte. No son muchas las chicas que corren por las cintas. —Desvió los ojos hacia el padre—. Creo que puedo contar con usted para que la mantenga en su sitio. No le haría ningún bien a su posición el tener un criminal en la familia.

—Puede contar conmigo, señor Dubois.

El padre de Amy no le dirigió la palabra durante todo el trayecto hasta la casa. Esa era una mala señal; nunca se mostraba tan silencioso a menos que estuviera enfurecido. La dejó en el exterior del Personal de Mujeres y continuó hacia el apartamento.

Holgazaneó en el interior del Personal todo lo que se atrevió a demorarse, y luego se obligó a caminar pasillo abajo, llena de miedo, mientras se preguntaba qué le harían sus padres. A aquellas alturas ya habrían hablado de todo el asunto, y

probablemente la madre le habría hablado al padre del mensaje enviado anteriormente por el consejero de estudios.

Ambos estaban sentados en el sofá cuando ella entró; no serviría de nada apelar a su madre en busca de misericordia. La pareja raramente se mostraba en desacuerdo o discutía delante de ella, y en un asunto de semejante importancia le presentaría un frente único.

Anduvo lentamente hasta un sillón y se sentó. No le pegarían; sus padres no creían en la eficacia de los castigos físicos. Una paliza, incluso con todas las magulladuras que los pasajeros del camino expreso le habían hecho, podría haber sido mejor que tener que soportar las crueles acusaciones de su padre y el que le dijera cuán humillante era su delito para todos ellos. Ella no había pensado en absoluto en ellos, en cuán acongojados se habrían sentido si ella se hubiese hecho daño. No había pensado en cuánto podría dañar la reputación de Ricardo en el trabajo esa demostración de individualismo patológico que había puesto ella en escena, o la reputación de su madre entre los vecinos. No había tomado en consideración cuánto podía afectar a sus futuras oportunidades una mancha en su historial, ni había reflexionado acerca del peligro que su actitud representaba para los viajeros. No había pensado en el mal ejemplo que les estaba dando a los niños más pequeños que ella, y había hecho caso omiso de la primera advertencia de su padre respecto a dichas actividades.

Para cuando su padre acabó con el sermón, tras haber repetido varias veces la mayoría de los puntos de su argumento, era ya demasiado tarde para acudir a la cocina de la sección. La madre suspiró mientras sacaba la mesa de la pared y enchufaba el calentador de platos; el padre refunfuñó que se habían perdido el pollo que la cocina de la sección servía aquella noche. Habían estado reservando la cuarta comida de aquella semana para el sábado, día en que irían a visitarlos los padres de Ricardo con algunos de sus amigos; Amy también había estropeado aquellos planes.

Amy acercó la otomana a la mesa y se sentó, mientras la madre espolvoreaba sobre la comida unas especias que había ahorrado. El padre atendió una llamada en el comunicador, le ladró unas cuantas palabras a la pantalla y colgó.

—Era Debora Lister. —Acercó los dos sillones a la mesa y se sentó en uno de ellos—. Le dije que no podías hablar.

Amy pinchó apáticamente la carne de vaca sintética y los brécoles. Lo mismo daba, pensó. Debora la llamaría para contarle lo que había ocurrido cuando Shakira se había presentado, sola y triunfante, en Sheepshead Bay.

—No contestarás a ninguna llamada de tus amigos durante un tiempo —continuó el padre—. Le notificaré al principal del colegio que no debes salir de los niveles escolares como no sea para dirigirte directamente a casa, y un bedel tomará nota de la hora a la que sales, así que no pienses que puedes vagabundear por ahí durante el viaje de regreso. Cuando no estés en el colegio, te quedarás aquí excepto cuando vayas a comer con nosotros o al Personal; y durante tu tiempo libre, cuando no estés

estudiando, me prepararás un informe sobre los peligros que entraña el correr por las cintas. No te resultará difícil acceder a esos datos, y me lo presentarás dentro de una semana —Ricardo hizo una pausa para respirar—; y si alguna vez vuelvo a enterarme de que has estado corriendo por las cintas, yo mismo te llevaré a la policía y exigiré que se te someta a juicio.

—Cómete la comida, Amy —dijo la madre; era la primera vez que hablaba.

—No tengo hambre.

—Será mejor que te lo comas; es lo único que nos queda de las raciones de casa de esta semana.

Se obligó a comer. El padre acabó la comida y apoyó un codo sobre la mesa.

—Hay algo que todavía no comprendo —dijo con voz cansada—. ¿Por qué, Amy? ¿Por qué has hecho una cosa así? Pensaba que eras más sensata. ¿Por qué has corrido esos riesgos?

Ella ya no pudo aguantar más.

—Soy la mejor. —Se puso de pie y le propinó una patada a la otomana—. ¡Soy la mejor corredora de cintas de la ciudad! ¡Eso es lo único que haré en mi vida, lo único que los demás recordarán de mí! ¡Soy la mejor, y ahora me lo han arrebatado!

Los ojos grises de su padre se agrandaron.

—No pareces muy arrepentida, jovencita.

—¡Lamento haber perdido! ¡Lamento que me atraparan! ¡Lamento que hayas tenido que ir a recogerme, pero no lamento nada más!

—¡Vete a tu habitación! —le gritó—. ¡Si continúo escuchando palabras como esas, acabaré por levantarte la mano!

Alysha se inclinó por encima de la mesa y aferró el brazo que se elevaba en el aire mientras Amy huía hacia su dormitorio.

Su vida había terminado. Amy era incapaz de ver las cosas de otra manera. La historia corrió rápidamente. Ella había perdido con Shakira Lewes y la había apresado la policía; Luis Horton estaba haciendo todo lo posible para difundir la noticia. Un bedel de pasillo anotaba la hora a la que salía del colegio y le recordaba, delante de los otros estudiantes, que se esperaba que marchase directamente a casa; algunos chicos y chicas siempre se reían de ella.

Respondía a las preguntas de sus amigos, incluso a las de Debora, con expresión ceñuda, y muy pronto nadie le dirigió la palabra fuera de la clase. Nadie se atrevía a hablarle de la carrera, ni a contarle lo que había dicho Lewes al llegar al punto de destino. Se produjo la inevitable reunión con el señor Liang y su madre, y una situación embarazosa adicional cuando el consejero se enteró del informe que ella estaba preparando para su padre. Leyó el informe ante la cámara de la red informativa del colegio, obligada por el señor Liang y el principal a repudiar el juego; se le encogía el alma siempre que pensaba en cuánto se habrían reído de ella los

estudiantes que habían visto su imagen. La condena en el Nivel de Delincuentes Juveniles no podría haber sido mucho peor.

Pasadas tres semanas, los padres aflojaron un poco la disciplina. Amy aún tenía que regresar directamente del colegio a casa, pero los padres le permitían hacer los deberes con los amigos de la subsección, después de la cena. La noticia de su caída había sido reemplazada por los rumores sobre el éxito de Luis Horton en una carrera contra la pandilla de Tom Jandow hasta la periferia de Queens. Sus amigos volvían a hablar con ella, pero eran lo suficientemente cautos como para no mencionarle a Shakira Lewes.

Estaba arruinada, y era todo culpa de aquella mujer. Temía los viajes diarios por las cintas, cuando a veces veía a otros corredores y recordaba lo que había perdido. Ya no podía oír la música de las cintas, el rítmico canto de su zumbido que la impulsaba a correr. Ya estaba al final de la cola; el último resquicio de libertad que jamás llegaría a conocer había desaparecido. Se convertiría en sólo una mota más dentro de las cuevas de acero, y su pasada gloria quedaría olvidada.

Amy salió del ascensor al llegar a su nivel, con Debora; inmediatamente se tensó de consternación. Al fondo del pasillo, Shakira Lewes holgazaneaba en el exterior del Personal de Mujeres.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó la chica rubia.

—No lo sé.

—Nunca te lo dije —comentó Debora—, pero cuando acabó la carrera, ella...

—No quiero oír hablar de eso.

Amy sacó su llave cuando llegaron a la puerta, decidida a hacer caso omiso de la mujer. Vagar por el exterior de un Personal era la conducta más grosera posible.

—Hola, Amy —la saludó Shakira.

—¿No has causado ya bastantes problemas? —le espetó Amy—. Este no es tu lugar.

—Pero es que nunca mantuvimos nuestra conversación. Esta es la primera oportunidad que tengo de buscarte, y estaba bastante segura de que pasarías por aquí después del colegio.

Amy apretó los dientes.

—Ahora resulta que ni siquiera puedo ir a mear tranquila.

—Quiero hablar contigo —le dijo Shakira, y bajó la voz cuando tres mujeres salieron del Personal—. Esta noche, después de cenar, sola.

Los dedos de Amy se tensaron alrededor de la llave.

—¿Y por qué tendría que hablar contigo?

Shakira se encogió de hombros.

—Estaré en el nivel-G de Hempstead, al final del Camino Expreso de Long Island. Bájate y atraviesa las cintas hasta la calle G-20. Yo estaré esperando delante

de una tienda llamada Tad's Antiques... ¿crees que podrás encontrarla?

Amy se sintió insultada.

—Sé cómo llegar a cualquier parte; pero no sé por qué debería molestarme.

—Entonces no lo hagas. Llegaré allí a las siete y esperaré hasta las nueve. Si no te presentas, es asunto tuyo, y no volveré a molestarte, pero puede que te interese lo que tengo que decirte.

Shakira se volvió en redondo y se encaminó hacia los ascensores antes de que Amy pudiera replicarle.

Debora la apartó de la puerta del Personal.

—¿Vas a ir? —le preguntó.

—Sí. Tengo que averiguar qué quiere.

—Pero tus padres te han dicho que no salgas de la subsección. Si alguno de sus amigos te viera...

—De todas formas voy a ir. Tengo que ir.

Arreglaría las cosas con aquella mujer de una u otra forma.

—¿Hasta la periferia de la ciudad? —susurró Debora.

—No podrá hacerme nada en la calle con toda la gente alrededor. Deb, tú tendrás que cubrirme. Puedo decirles a mis padres que voy a tu casa. No creo que se les ocurra llamar para comprobarlo, pero si lo hicieran, diles que he ido al Personal.

—Si mi padre no llega antes que yo al comunicador.

—No tendré más remedio que correr ese riesgo —replicó Amy.

Debora profirió un suspiro.

—Podría querer desafiarte otra vez. ¿Qué piensas hacer si eso ocurre?

—Me preocuparé por eso cuando llegue el momento.

Ya había tomado la decisión. Si Shakira quería otra carrera, no podría negarse, y la otra se aseguraría de que algunos de los chicos que la conocían estuvieran aguardando en el punto de destino como testigos. A pesar de los riesgos, sería la oportunidad de recuperar el honor perdido.

Amy llegó a la calle G-20 a las siete y media. Shakira, como había prometido, estaba esperando ante la tienda de antigüedades, que tenía un anticuado cartel plano con letras manuscritas. No había muchas tiendas en aquel vecindario viejo y en mal estado, en el que los altos muros metálicos de los niveles de residencia parecían más grises que la mayoría, y por la calle se veían sólo unos pocos cientos de personas. Amy sentía aprensión. Las secciones como aquella eran las peores de la ciudad; sólo vivían en ellas, tan cerca del Exterior, los ciudadanos a los que les iban mal las cosas.

Shakira estaba mirando una atractiva exposición de antiguas tazas y cubertería de plástico que había en el escaparate de la tienda. En el interior, el dueño le había hecho una concesión a los tiempos modernos; un robot atendía a la cola de clientes.

—No te ha llevado mucho tiempo llegar hasta aquí —musitó la mujer.

—Ni siquiera debería estar aquí —le respondió Amy—. Se supone que no debo salir de mi subsección, pero mis padres piensan que estoy con una amiga. —Por primera vez, no le habían hecho demasiadas preguntas, y habían parecido incluso un poco aliviados de que fuese a pasar la velada fuera de casa—. Les dije que estaría de vuelta a las diez y media, así que di lo que tengas que decir.

—Yo no quería correr esa carrera, pero tú insististe y todavía tengo mi orgullo. —Shakira se rodeó el cinturón con los dedos—. Luego, una vez que me encontré corriendo, se apoderaron de mí los viejos hábitos. Tal vez quería ver si aún conservaba los reflejos.

—Debes de habértelo pasado muy bien, jactándote de ello más tarde.

—No me jacté —le respondió Shakira—. Simplemente me encontré con los muchachos y les dije que se marcharan a casa. Les dije que me había costado mucho dejarte atrás, y que eras una de las mejores corredoras que me habían seguido.

Amy frunció los labios.

—Es muy amable por tu parte, Shakira. Sin embargo, me ganaste.

—Vi lo que ocurría, el porqué de que no volvieras a saltar a la cinta. Algunos corredores hubieran corrido el riesgo de todos modos, incluso con menos espacio del que tú tenías. Hubieran saltado, y si un par de personas caían de la cinta, mala suerte. Me alegro de que no seas tan antisocial como para hacer eso.

—En fin, ¿qué es lo que quieres de mí? —le preguntó Amy.

Algunas mujeres se detuvieron cerca de ella para mirar el escaparate, pero ella no les prestó atención; ni siquiera en aquella zona maltrecha la gente sería tan grosera como para escuchar las conversaciones de los demás.

—Bueno, oí hablar de una chica, Amy Barone-Stein, que podía correr por las cintas con los mejores. Todavía conozco a algunos corredores, aunque mis amigos colegas no los aprobarían. Pensé que podrías ser un poco como yo..., inquieta, quizá un poco enfadada con el entorno, que te preguntarías si alguna vez llegarías a ser algo más que una pieza de la maquinaria de la ciudad.

Amy retrocedió un poco.

—¿Y qué?

—Pensé que podría gustarte enfrentarte con un reto.

—Pero si acabas de decir que no querías en absoluto aquella carrera...

—No estoy refiriéndome a eso —le respondió Shakira—. Me refiero a un auténtico reto, algo mucho más duro y más interesante que correr por las cintas. Podría resultar valioso para ti si tienes las entrañas necesarias para hacerlo. —Amy retrocedió otro paso, segura de que la mujer estaba a punto de proponerle una empresa turbia—. Verás, yo formo parte del grupo de Lije, ya sabes, Elijah Baley, la gente que sale al Exterior una vez por semana. Su hijo, Bentley, es conocido mío.

Amy jadeó ante aquello, completamente sorprendida.

—Pero ¿por qué...?

—Sólo somos unos pocos de momento. La ciudad nos proporciona un poco de

apoyo, principalmente por Lije, por el señor Baley, pero sospecho que el gobierno de la ciudad piensa, al igual que todo el resto, que somos unos excéntricos, y que nos engañamos al pensar que alguna vez podremos instalarnos en otro mundo.

—¿Para qué molestarse? —preguntó Amy—. Los Viajeros Espaciales no permitirán nunca que nadie salga de la Tierra.

—Lije salió, ¿no es cierto?

—Eso fue diferente, y lo enviaron de vuelta aquí tan rápidamente como les fue posible. Apostaría a que ni siquiera le dieron las gracias por resolver el asesinato. Nunca permitirán que un grupo de gente de la tierra se instale en uno de sus mundos.

—No, en uno de los suyos, no. —Shakira se recostó contra el escaparate—. Pero Lije Baley está convencido de que finalmente permitirán que un grupo de colonizadores se instale en un planeta deshabitado, quizá antes de lo que creemos, y que nos proporcionarán naves para llegar hasta allí. Sin embargo, no podremos fundar otro mundo si no estamos capacitados para vivir en el Exterior de la ciudad.

—¿Y queréis que me una a ese grupo? —preguntó Amy.

—Pensé que podía interesarte. Nos vendrían bien nuevos reclutas, y los más jóvenes parecen adaptarse con mayor facilidad. Simplemente piensa en ello: si llegamos a abandonar la Tierra, cada colono será necesario, todas las personas serán importantes y útiles. Necesitaremos gente dispuesta a apostar por una nueva vida, individualistas que quieran batir una marca, quizá incluso ciudadanos que sean un poco antisociales siempre que sean capaces de cooperar con los demás. Tú podrías ser una de esas personas, Amy.

—Si es que llegáis a marcharos.

Shakira sonrió.

—¿Qué puedes perder si lo intentas? —Hizo una pausa—. ¿Tienes siquiera una idea de lo precaria que es la vida en la ciudad? ¿Cuánto uranio más podremos conseguir para nuestras plantas energéticas? Piensa en la enorme cantidad de energía que necesitamos sólo para traer el agua hasta aquí y deshacernos de la basura. Imagínate solamente si se interrumpiera el suministro de aire simplemente durante una o dos horas; la gente moriría por cientos de miles. Tendremos que abandonar las ciudades. No pueden continuar creciendo indefinidamente sin ocupar tierras que necesitamos para el cultivo, o bosques que necesitamos para obtener madera. Habrá cada vez menos comida, menos espacio, menos de todo hasta que...

Amy miró a lo lejos durante un instante. Su madre le había dicho lo mismo.

—No hay futuro aquí, Amy. —Shakira se acercó más a ella—. Puede haberlo para nosotros, en otros mundos.

Amy suspiró.

—Lo que hagan unas pocas personas no constituirá ninguna diferencia.

—Esto es el principio, y si tenemos éxito, otros nos seguirán. Parecías creer que lo que hacías era importante cuando sólo corrías por las cintas. —La mujer le hizo un gesto para que se acercara—. Ahí va mi reto. Te estoy preguntando si saldrás al

Exterior conmigo.

—¿Con esa gente?

—Ahora mismo. Sin duda, una corredora de cintas que se arriesgó a meterse en un atolladero y puso en peligro su vida, no tendrá miedo de salir al aire libre durante un instante.

—Pero...

—Vamos.

Siguió a Shakira calle abajo, incapaz de resistirse. La mujer se detuvo ante una abertura que había en los altos muros. Amy miró entrecerrando los ojos y distinguió un largo túnel débilmente iluminado con otro muro al final.

—¿Qué es esto? —preguntó Amy.

—Una salida. La mayoría de ellas están ahora bajo guardia, pero esta no lo está. Realmente no hay necesidad de tenerlas vigiladas; la mayoría de la gente no conoce su existencia o no quiere pensar en ellas. Incluso la gente que vive en esta subsección probablemente ha olvidado que la salida está aquí. ¿Vendrás conmigo?

—¿Y si alguien nos siguiera? —Amy miró nerviosamente hacia el final de la calle que parecía aún más vacía que antes—. No es nada seguro.

—Créeme, nadie nos seguirá. Prefieren creer que este sitio no existe. ¿Vendrás?

Amy tragó con dificultad y luego asintió con la cabeza. No era más que un pasadizo; no podía ser tan peligroso. Entraron; se mantuvo cerca de la mujer mientras el reconfortante sonido familiar de la calle se hacía cada vez más débil a sus espaldas.

—La salida está al final —le dijo Shakira.

La voz sonaba hueca en el extraño silencio. A Amy se le hizo un nudo en el estómago cuando llegaron al final.

—¿Preparada? —preguntó Shakira.

—Creo que sí.

—Cógete a mí. Estará oscuro en el Exterior: eso hará que sea más fácil para ti, y yo no te soltaré.

Shakira apoyó con fuerza una mano contra el muro del fondo. Apareció lentamente una abertura. Amy sintió el aire frío en el rostro; cuando salieron al Exterior, la puerta se cerró tras ellas. Cerró fuertemente los ojos; sentía terror de mirar y ya anhelaba la tibieza y la seguridad de la ciudad.

Una ráfaga de viento la abofeteó, mucho más feroz que el viento de las cintas más rápidas. Abrió los ojos y miró a lo alto. Por encima de su cabeza había un cielo negro moteado de estrellas, y aquel brillante disco perlado tenía que ser la luna. Exceptuando el viento y el frío que calaba hasta los huesos, podría haber estado dentro del planetario de la ciudad; pero el planetario no daba una idea correcta de lo enorme que era el cielo, ni mostraba las nubes plateadas que navegaban por debajo del negro firmamento. Bajó la mirada; ante ella se extendía una planicie blanca azulada y vacía, en la que sólo se alzaban las cúpulas de una granja distante. Sus oídos palpitaban ante aquel silencio roto sólo por el aullido intermitente del viento.

Aire libre; y la sustancia blanca que cubría el suelo tenía que ser nieve. El viento sopló nuevamente, levantando un blanco velo de copos, y luego murió. Había espacio a todo su alrededor, aire no filtrado, tierra bajo sus pies, y la luna bañándolo todo con su luz; la seguridad de los muros había desaparecido. El estómago se le agitaba mientras el corazón le latía con fuerza; la cabeza le daba vueltas. La mano con la que se sujetaba a Shakira se aflojó; la pálida planicie comenzó a girar a su alrededor. Luego comenzó a caer a través del infinito silencio sobre una oscuridad tan negra como el cielo...

Unos brazos la cogieron y la levantaron en vilo; sintió una tibieza en la espalda. El silencio había desaparecido. Manoteó en el aire y se dio cuenta de que estaba nuevamente en el interior del túnel.

Parpadeó; tenía la boca seca.

—¿Te encuentras bien? —Shakira le tocó la frente; Amy se apoyó pesadamente sobre la mujer—. Te metí dentro lo más rápidamente posible. Lo siento; olvidé que esta noche habría luna llena. Te habría resultado más fácil si hubiera estado todo completamente oscuro.

Amy tembló, temerosa de soltarse.

—No lo sabía —dijo—. No creía que... —Se estremeció con alivio, agradeciendo el aire tibio, el débil pero constante ruido de las calles, los muros de la ciudad. Intentó sonreír—. Supongo que no lo he hecho muy bien.

—Ya lo creo que sí. La primera vez que salí al Exterior, me desmayé inmediatamente después de respirar por vez primera al aire libre. La segunda vez volví corriendo dentro después de pocos segundos y juré que no volvería a poner nunca un pie en el Exterior. Tú lo has hecho muchísimo mejor que yo; estaba contando. Debes de haber estado de pie ahí fuera durante unos dos minutos.

Shakira la sostuvo a medias con un brazo, y ambas recorrieron lentamente el camino de vuelta a la calle.

—¿Puedes caminar sola? —preguntó la mujer cuando salieron del túnel.

—Creo que sí.

Shakira la soltó, y Amy miró hacia el fondo de la calle, que antes había parecido tan vacía, aliviada ante la visión de la gente.

—No podría volver a hacer eso, Shakira. No podría soportarlo... todo ese espacio...

—Yo creo que sí puedes. —Shakira cruzó los brazos—. Puedes si no abandonas ahora. Volveremos a salir dentro de dos días. Necesitarás llevar más ropa; sería una buena cosa si pudieras conseguir guantes y una gorra.

Amy sacudió la cabeza, sorprendida ante la rareza de necesitar ropa más abrigada; la temperatura del interior no variaba nunca.

—Estamos en invierno, así que sólo daremos un corto paseo; no permaneceremos durante mucho tiempo en el Exterior. Me gustaría que nos acompañases. Yo me quedaré contigo junto a la entrada, y no tendrás que permanecer en el Exterior un

segundo más de lo que puedas resistir. Créeme, que si continuas intentándolo, incluso aunque creas que no podrás soportarlo, se hará cada vez más fácil. Puede que incluso llegues a esperar el día con impaciencia.

—No sé... —comenzó a decir Amy.

—¿Lo intentarás?

Amy respiró profundamente para percibir el alma de la ciudad, la ligera esencia picante de los cuerpos, un soplo del perfume de alguien, un olor acre y penetrante que no pudo identificar; nunca antes había reparado en los olores.

—Lo intentaré. —Frunció el entrecejo—. Mis padres me matarán si se enteran alguna vez. Tendré que pensar en una excusa...

—Pero es que debes decírselo a tus padres, Amy.

—Ellos nunca me dejarán salir.

—En ese caso deberás hallar una manera de convencerlos. Ellos tienen que estar enterados por dos buenas razones. Una es que si los chicos salieran al Exterior sin permiso de sus padres, le acarrearían problemas a Lije, y la otra es que podrían decidir unirse ellos mismos a nuestro grupo. Vendré a buscarte a tu domicilio, así que tendrás que decirles el porqué de que yo esté allí. Puedes darme tu respuesta entonces.

—Hay otra cuestión —dijo Amy—. Ese señor Baley... es detective. Cuando descubra que me han detenido, puede que no me quiera en el grupo.

Shakira se echó a reír.

—No te preocupes por eso. Te contaré un secreto: Lije Baley fue un corredor de cintas bastante bueno en sus tiempos. Oí hablar un poco de su pasado por mi tío y otro de los compañeros que tenía en aquellos viejos tiempos. Él no utilizará eso contra ti, pero no les digas nada de ello a los demás. —Shakira la cogió del brazo y caminaron juntas hacia las cintas—. Será mejor que nos vayamos a casa.

Amy la miró de soslayo.

—¿No te gustaría otra carrera?

—Ni hablar. Tú ya te has metido en bastantes problemas, y ahora tenemos más que perder. Quizá un poco de baile, pero solamente si hay sitio y sólo en las cintas lentas.

Los robustos muros de la subsección de Kingsbridge rodearon una vez más a Amy. Casi había olvidado el frío, el viento, el silencio, el terrible vacío del Exterior.

Sin embargo sabía que tendría que volver a salir. Las reconfortantes cuevas de acero no serían siempre un refugio seguro. Tendría que encararse con el vacío hasta que ya no le tuviese miedo, y se preguntaba qué le parecería entonces la ciudad.

Esperó junto a la puerta del apartamento durante unos instantes antes de deslizar la llave en la ranura. Sus padres podrían estar ya durmiendo, y no podría hablarles de aquel acontecimiento a la hora del desayuno, en la cocina de la sección. Podría hablar

con ellos al día siguiente, e intentaría no esperar demasiadas cosas.

La puerta se abrió; Amy entró en la casa. Los padres estaban aún despiertos, abrazados en el sofá; se enderezaron rápidamente y se arreglaron las ropas de dormir.

—¡Amy! —Su padre parecía ligeramente incómodo—. Llegas temprano.

—Pensé que llegaba tarde.

Él echó una mirada al aparato temporal de la pared.

—Oh..., creo que tienes razón. No me había dado cuenta. Bueno, lo dejaré pasar por esta vez.

Amy estudió a la pareja. Parecía que estaban de buen humor; los ojos marrones de su madre brillaban, y el rostro ancho de su padre carecía de la tensión habitual. Puede que no tuviera una oportunidad mejor para hablar con ellos, y no quería que su madre se enterase por el señor Lister, a la hora del desayuno, que no había estado en casa de Debora.

—Hum. —Amy se aclaró la garganta—. Quiero hablar con vosotros.

El padre volvió a mirar el aparato temporal.

—¿Es importante?

—Es muy importante. —Se encaminó hacia un sillón y se sentó delante de ellos—. En realidad no puede esperar. Por favor..., dejadme hablar hasta que haya acabado, y luego podréis decir todo lo que queráis. —Hizo una pausa—. No estaba en casa de Deb. Sé que no debía hacerlo, pero he salido de la subsección.

Su padre se sobresaltó; la madre le cogió una mano.

—No para correr por las cintas, os lo juro —agregó apresuradamente Amy.

Bajó los ojos, temerosa de mirarlos directamente, y luego les contó todo lo referente a su primer encuentro con Shakira, la carrera que culminó en desastre, el encuentro en la calle de Hempstead, lo que Shakira le había contado del grupo que salía al Exterior, y el reto que había aceptado aquella noche al enfrentarse con el espacio abierto de más allá de la ciudad. No había pensado contarles todos los detalles, pero para el momento en el que acabó el relato estaba segura de haber mencionado todo lo esencial.

—¿Saliste al Exterior? —susurró Alysha.

—Sí.

—¿No te sentiste aterrorizada?

—Nunca en mi vida he tenido tanto miedo, pero tenía que..., yo...

El padre se hundió en el sofá.

—Nos has desobedecido deliberadamente. —Parecía más exasperado que enfadado—. Nos mentiste al decirnos que estabas con Debora Lister. Saliste de la subsección para encontrarte con una joven dudosa que es una condenada corredora de cintas, y...

—No lo es —protestó Amy—. Ya no corre, y no lo habría hecho conmigo si yo no hubiera insistido, ya te lo he dicho. Eso fue culpa mía.

—Al menos estás admitiendo tu culpa —dijo él—. Yo te dejé hablar, así que

ahora déjame acabar a mí. Ahora quiere que andes vagabundeando por el Exterior con ese grupo suyo. Te lo prohíbo, ¿me oyes? No quiero que vuelvas a tener nada más que ver con ella, y si te llama o viene aquí, yo mismo se lo diré. Tendré que ser más rígido contigo, Amy. Dado que no puedes ser sincera con nosotros acerca de tus actos, volverás a verte restringida nuevamente a este apartamento y...

—Rick. —La voz de Alysha era baja pero firme—. Déjame hablar. Si el unirse a esa gente significa tanto para Amy como parece, pienso que quizá debería hacerlo. —El rostro de Ricardo palideció mientras se volvía hacia su esposa—. Ya sé que nos ha desobedecido, pero creo poder entender por qué le parecía algo tan necesario como para hacerlo. De todas formas, ¿en cuántos líos podría meterse si hay un detective con ellos? Parecen bastante inofensivos.

—¿Inofensivos? —exclamó el esposo—. Saliendo al Exterior, engañándose a sí mismos acerca de...

—Déjala ir, Rick. —Alysha estrechó la mano de él, que tenía entre las suyas propias—. Esa joven le ha dicho la verdad. Tú sabes que es cierto..., tú puedes ver lo que muestran las proyecciones estadísticas del Departamento, tanto si quieres reconocerlo como si no. Si existe alguna posibilidad de que esa gente que está con Elijah Baley pueda marcharse de la Tierra, tal vez sería mejor que Amy se fuera con ellos.

Amy contuvo la respiración, sorprendida por el hecho de que su madre tomara partido por ella y se enfrentara al padre en su presencia.

—¿Tú aceptarías eso? —preguntó Ricardo—. ¿Y si los Viajeros del Espacio le permitieran a esa gente abandonar la Tierra..., y no es que yo crea que exista la posibilidad..., pero y si así lo hiciesen? ¿Me estás diciendo que te contentarías con no volver a ver a tu hija nunca más?

—No me contentaría, tú lo sabes muy bien. ¿Pero puedo aferrarme a ella si tiene la oportunidad, por pequeña que sea, de hacer otra cosa? Sé cómo será su vida aquí, quizá más de lo que tú lo sabes. Prefiero saber que está haciendo algo significativo para sí misma en otra parte, aunque eso signifique que la perdamos, a tener que continuar viviendo con la pretensión de que no veo sus frustraciones y decepciones.

Rick levantó la mirada.

—No puedo creer que esté oyéndote decir eso.

—Oh, Rick. —Ella le soltó la mano—. Hace años hubieras esperado oírme decir y hacer lo inesperado. —Sonrió ante su propia frase—. ¡Cuán convencionales nos hemos hecho desde entonces! —Lo miró fijamente durante un instante—. Quizá yo acompañe a Amy cuando vaya a encontrarse con el grupo. Después de todo, tengo que ver qué clase de gente son. Tal vez salga yo misma al Exterior.

El esposo frunció el entrecejo con aire vencido.

—Esta es una bonita situación —dijo—. No sólo tengo una hija desobediente, sino que ahora también tengo a mi esposa contra mí. Si mis compañeros de trabajo se enteran de que ambas andáis por ahí con ese grupo de Baley, probablemente no me

hará mucho bien dentro del Departamento.

—¿De veras? —La madre de Amy arqueó las cejas—. Ellos siempre han sabido que nosotros dos éramos un poco, digamos excéntricos, y eso no te ha molestado siquiera una vez. Tal vez deberías acompañarnos y conocer el grupo del señor Baley. Sería más prudente hacer que tus colegas pensarán que compartes nuestro punto de vista, por extraño y divertido que pueda parecerles a ellos, que dejar que crean que se ha abierto una brecha entre nosotros. —Torció ligeramente la boca—. Ya sabes lo que dicen: las familias felices y unidas hacen una ciudad mejor.

Ricardo se volvió a mirar a Amy.

—¿Volverías a hacerlo? Me refiero a salir al Exterior. ¿Volverías a pasar realmente por ello?

—Sí, lo haría —replicó Amy—. Sé que será una experiencia dura, pero lo intentaría.

—Es tarde —le dijo el padre—. Ahora no puedo pensar en ello. —Se puso de pie y cogió a Alysha del brazo cuando ella se levantó—. Discutiremos de este asunto mañana, cuando haya tenido tiempo para considerarlo. Buenas noches, Amy.

—Buenas noches.

La madre le estaba susurrando algo al padre cuando Amy se encaminó hacia su habitación. El padre había cedido de momento, y era casi seguro que la madre lo haría cambiar de opinión. Se desvistió para meterse en la cama, convencida de haber ganado la batalla.

Se tendió, cansada y a punto de dormirse, y pronto se deslizó al interior de un sueño. Volvía a estar sobre las cintas, atravesando sobre ellas un arco que se abría al Exterior, pero en esa ocasión no tenía miedo.

La ciudad dormía. Las cintas y caminos expresos continuaban funcionando; transportaban a los pocos que permanecían despiertos: jóvenes amantes que se habían escabullido para encontrarse, policías que hacían su ronda, trabajadores del hospital que se dirigían hacia sus casas después del turno de noche, y almas inquietas empujadas a deambular por las cavernas de Nueva York.

Amy estaba de pie sobre una cinta, rodeada de personas dispersas aquí y allá. Cuatro chicos pasaron en medio de una carrera, saltando de una cinta a otra; por un momento sintió la tentación de unirse al juego. Anteriormente había salido algunas veces durante la noche, para practicar algunas maniobras cuando las cintas estaban más vacías, y regresado a su subsección antes de que despertaran sus padres. La cinta más lenta comenzó a verse paulatinamente más concurrida; la ciudad estaba despertando. Sus padres estarían ya levantados cuando ella volviera a casa, pero estaba segura de que comprenderían por qué había salido aquella noche.

Los dos habían ido con ella a conocer a Elijah Baley y su grupo. El detective era un hombre alto de cabellos oscuros, con un rostro alargado y solemne que se había

animado un poco cuando Shakira le había presentado a los nuevos reclutas. La madre y el padre de Amy no habían salido al Exterior con ellos; quizá lo hicieran la próxima vez. Ella sabía el gran esfuerzo que aquello les exigiría, y esperaba que logran reunirse el grupo; al menos le habían prometido eso. Cuando Amy fuese capaz de enfrentarse al espacio abierto sin miedo, de caminar por la tierra valientemente, como lo hacía Shakira, tal vez sería ella misma quien los conduciría al Exterior.

Dio un salto vertical, giró en el aire como un derviche, y corrió por la cinta. La banda metálica zumbaba bajo sus pies; podía oír nuevamente su música. Dio un brinco hacia delante, describió una voltereta en el aire, aterrizó primero sobre las manos y luego cayó sobre los pies, se irguió y saltó a la cinta siguiente. Danzó atravesando las bandas grises hasta llegar al camino expreso y subió a bordo del mismo.

Las manos se le tensaron sobre el mástil cuando evocó el primer atisbo de luz diurna de su vida. La blancura de la nieve había sido cegadora, y en el cielo azul completamente limpio, había visto una brillante bola de llamas, el sol desnudo. Había sabido que estaba de pie sobre una bola de tierra cubierta sólo por un fino velo de aire, una mota que caía a través de un espacio más vasto y vacío que cualquier cosa que ella pudiera haber visto jamás. Entonces se había apoderado de ella el terror, y la había empujado de vuelta al interior donde se había acurrucado sobre el piso, enferma de miedo y desesperación; pero también había estado el fuerte brazo de Shakira para ayudarla a ponerse nuevamente de pie, y la voz de Elijah Baley que le hablaba de sus propios miedos pasados. Amy no había vuelto a salir al Exterior aquel día, pero había permanecido en la puerta abierta y se había obligado a respirar más aire ventoso.

Aquello era un principio. Tenía que enfrentarse a aquel reto si quería conducir alguna vez a otros al exterior, o seguir a los esperanzados colonos a otro mundo.

Dejó el camino expreso y danzó por las cintas luciendo su destreza, imaginando que corría una última carrera. Estaba cerca de la calle Hempstead, donde se había encontrado con Shakira.

La calle estaba prácticamente vacía y el escaparate de las tiendas a oscuras. Amy bajó de las cintas, anduvo apresuradamente en dirección al túnel y corrió por el pasadizo hasta que su respiración se convirtió en un jadeo rápido y entrecortado. Cuando llegó al final vaciló sólo durante un momento, y luego presionó el muro con las manos.

El espacio abierto apareció ante ella. El apagado zumbido de las lejanas cintas se desvaneció detrás de ella, y se encontró en el Exterior sola, con el viento de la mañana en el rostro. El cielo era una bóveda oscura que se abría en lo alto. Miró hacia el este y vio que la aurora iluminaba la cueva estrellada.

La solución Asenion

Robert Silverberg

Fletcher miró con expresión ausente a los pequeños montículos de metal gris que se veían tras las gruesas ventanas de la cámara de almacenaje.

—Plutonio-186 —murmuró—. ¡Tonterías! ¡Redomadas tonterías!

—Tonterías peligrosas, Lew —dijo Jesse Hammond, que se hallaba detrás de él—. Tonterías catastróficas.

Fletcher asintió. La mismísima expresión «plutonio-186» le parecía un galimatías. Supuestamente no debía existir ninguna sustancia semejante. El plutonio-186 era un isótopo imposible, demasiado ligero; le faltaban unos buenos cincuenta neutrones; o unos malos cincuenta neutrones, si se consideraba los riesgos que creaba aquel material al ir apilándose aquí y allá por todo el mundo. El hecho de que fuese teóricamente imposible que el plutonio-186 pudiera existir, no cambiaba el otro desagradable hecho de que en aquel preciso instante estuviera contemplando tres kilos del mismo; ni que a medida que continuaba aumentando la cantidad de plutonio-186 en el mundo, también lo hacía la posibilidad de una reacción nuclear descontrolada que conduciría a un holocausto nuclear.

—Échale un vistazo al informe de esta mañana —dijo Fletcher, indicándole a Hammond, con un vaivén de la mano derecha, un fajo de papeles impresos por el fax—. Han obtenido otros trece gramos en el laboratorio nuclear de la universidad de Accra. Cincuenta gramos más en Ginebra. Veinte miligramos en..., bueno, ese poco no tiene importancia. Pero Chicago, Jesse, Chicago... ¡trescientos gramos de un solo trozo!

—Regalos de Navidad del diablo —murmuró Hammond.

—No, del diablo, no. Simplemente de científicos decentes y serios que da la casualidad de que viven en otro universo en el que el plutonio-186 no sólo es posible de obtener sino perfectamente inofensivo; ¡y que se sienten tan fascinados por la idea de que nosotros también estemos fascinados por eso, que no dejan de enviarnos la totalidad de lo que obtienen! ¿Qué vamos a hacer con todo eso, Jesse? ¿Qué, en el nombre de Dios, vamos a hacer con todo ese material?

Raymond Nikolaus levantó los ojos de su escritorio, emplazado en el extremo más alejado de la habitación.

—¿Envolverlo en papel lustroso rojo y verde, y enviárselo de vuelta a ellos? —sugirió.

Fletcher profirió una carcajada hueca.

—Muy gracioso, Raymond. Muy, muy gracioso.

Se puso a pasear por la sala. En medio del silencio que reinaba, el golpeteo leve

de sus zapatos contra el piso de losas de piedra le parecía el tic-tac de un detonador de relojería que sonaba cada vez más alto, más alto, más alto...

Él —ellos, todos ellos—, había estado luchando con el problema durante todo el año, con una creciente sensación de futilidad. El plutonio-186 había comenzado a aparecer misteriosamente en diferentes laboratorios de todo el mundo, donde quiera que existiese uno de los dos elementos de peso atómico equivalente. Gramo a gramo, átomo a átomo, dichos elementos desaparecían de forma igualmente misteriosa: tungsteno-186 y osmio-186.

¿Adónde habían ido a parar el tungsteno y el osmio? ¿De dónde venía el plutonio? Y por encima de todo, ¿cómo le era posible al plutonio, un isótopo cuyos átomos tenían sólo 92 neutrones en sus moléculas, existir siquiera durante una fracción de fracción de instante? El plutonio era uno de los elementos químicos más pesados, con una enormidad de 94 protones en el núcleo de cada uno de sus átomos. Lo más cercano a un isótopo estable de plutonio era el plutonio-244, en el que 150 neutrones mantenían unidos a aquellos 94 protones; e incluso en ese caso, el plutonio-244 tenía el inevitable hábito de desintegrarse en una decadencia radiactiva, con una vida media de unos 76 millones de años. Los átomos del plutonio-186, si podían llegar a existir, se separarían de forma dramática en bastante menos de una setenta y seis millonésima de segundo.

Sin embargo, el material que estaba surgiendo en los laboratorios químicos en reemplazo del tungsteno-186 y el osmio-186, tenía un número atómico de 94, de eso no cabía duda alguna; y el elemento 94 era el plutonio. Eso tampoco podía discutirse. La característica definitiva del plutonio era la presencia de 94 protones en sus núcleos. Si esa era la cuenta, aquel elemento tenía que ser invariablemente plutonio.

Aquel isótopo de plutonio imposiblemente ligero, aquel plutonio-186, tenía otra característica imposible: no solamente era estable, sino que lo era de forma tan absoluta que ni siquiera resultaba radiactivo. Se limitaba a permanecer allí, con un aspecto excesivamente poco misterioso, sin dignarse siquiera a emitir una pizca de energía. Al menos eso había hecho cuando lo habían sometido a pruebas la primera vez. Sin embargo, una segunda prueba denunció emisión de positrones, lo cual confirmó una tercera prueba de los desconcertados observadores. El problema radicaba en que una tercera medición señalaba un nivel de radiactividad más alto que la segunda. La cuarta vez el nivel era aún más alto que el recogido en la tercera, y así sucesivamente.

—Nadie había oído hablar jamás de ningún elemento, del número o peso atómico que fuese, que comenzara como estable y luego se pusiera a manifestar una intensidad radiactiva de incremento regular y constante. Nadie sabía tampoco qué era lo que más probablemente ocurriría si el proceso continuaba sin detenerse, pero las posibilidades parecían bastante explosivas. La mejor sugerencia que se había

planteado era la de reducirlo a polvo y mezclarlo con un elemento no radiactivo como el tungsteno. Eso funcionó durante un corto período de tiempo, hasta que también el tungsteno se volvió radiactivo. Después de eso se empleó grafito, con unos resultados algo mejores, para que absorbiera la emisión energética del extraño elemento. No se había producido ninguna explosión, pero continuaba llegando más y más plutonio-186.

La única explicación que podía tener algún sentido —si bien no en demasía— era que estaba llegando desde un lugar desconocido, y quizá imposible de conocer, alguna especie de universo paralelo donde las leyes naturales fuesen diferentes y las fuerzas aglutinadoras del átomo tanto más poderosas que el plutonio-186, que podía ser un isótopo estable.

El porqué de que estuviesen enviando a este mundo aquellos extraños puñados de plutonio-186, era algo que nadie era capaz de comenzar siquiera a imaginarse. Una pregunta aún más importante era cómo podía conseguirse que dejaran de hacerlo. El colapso radiactivo del plutonio-186 lo transformaría finalmente en osmio o tungsteno normales, pero los veinte positrones que cada núcleo de plutonio emitía durante aquel proceso, se encontrarían con un número igual de electrones a los que aniquilarían. Nuestro universo podía permitirse perder unos cuantos electrones aquí y allá, sin duda. Probablemente podría permitirse continuar perdiendo electrones a un ritmo constante durante un período de tiempo asombrosamente largo sin que se produjeran mayores diferencias; pero antes o después, el cambio general hacia la positividad que provocaría la pérdida de aquellos electrones, acarrearía problemas de simetría y conservación energética graves y tal vez incalculables. ¿Se rompería el equilibrio del universo? ¿Comenzarían a intensificarse las interacciones nucleares? ¿Estallarían las estrellas, e incluso el sol, para convertirse en supernovas?

—Esto no puede continuar —dijo sombríamente Fletcher.

Hammond le echó una mirada amarga.

—¿Y? Ya llevamos diciendo eso seis meses.

—Es hora de hacer algo. Continúan enviándonos más, más y más, y nosotros no tenemos ni idea de cómo podremos llegar hasta ellos para decirles que dejen de hacerlo.

—No tenemos siquiera idea de si existen realmente —intervino Raymond Nikolaus.

—En este preciso momento eso no tiene importancia. Lo que importa es que el material nos llega constantemente, y que cuanto más tenemos más peligroso resulta. No tenemos ni la más remota idea de cómo detener los envíos. Así pues, tenemos que hallar una forma de librarnos de él a medida que vaya llegando.

—¿Y qué es lo que tienes en mente, si puede saberse? —preguntó Hammond.

Fletcher respondió mirando con ferocidad a su colega de una forma que expresaba el hecho de que no toleraría oposición de ninguna clase.

—Voy a ir a hablar con Asenion.

Hammond profirió una risotada.

—¿Asenion? ¡Estás loco!

—No. Es él quien lo está; pero es también la única persona que puede ayudarnos.

La historia de Asenion era un caso triste, patético y prácticamente incomprensible. Se trataba de una de las mejores mentes que había conocido la física atómica, un hombre de la altura de Rutherford, Bohr, Heisenberg, Fermi, Meitner. Se había licenciado en Harvard a los doce años de edad, doctorado en el Instituto Tecnológico de Massachussetts cinco años más tarde, tras lo cual había producido una deslumbrante cantidad de artículos técnicos que sondeaban los más profundos secretos de las fuerzas aglutinadoras nucleares. Cuando el siglo XXI llegaba a sus décadas finales, aquel científico parecía estar ya en condiciones de resolver de una vez y para siempre los eternos enigmas del universo; y luego, a los veintiocho años, sin haber dado el más leve aviso, se alejó de todo el asunto.

—He perdido el interés —declaró—. La física ya no tiene importancia alguna para mí. ¿Por qué tendría que ocuparme en problemas como esos de la forma en que está constituida la materia? ¡Cuán aburrido es todo el tema! Cuando uno mira el Partenón, ¿le preocupa a uno de qué están constituidas las columnas o qué tipo de andamiaje fue necesario para emplazarlas donde están? Que el Partenón existe, y que es sublimemente hermoso, es lo único que debe interesarnos. Lo mismo ocurre con el universo. Veo el universo y aprecio que es hermoso y perfecto. ¿Por qué iba a ponerme a fisgonear en el andamiaje? ¿Por qué debería hacerlo nadie?

Y dicho aquello renunció a su profesión, quemó sus trabajos escritos, y se retiró al piso treinta y tres de un edificio de apartamentos de Manhattan West Side, en el que construyó un complicado invernáculo en el que tenía intención de realizar experimentos de horticultura avanzada.

—Bromeliáceas —había dicho Asenion—. Crearé bromeliáceas híbridas. Las bromeliáceas serán la esencia y el centro de mi vida a partir de ahora.

Romelmeyer, que había sido el mentor de Asenion en Harvard, atribuyó su aparente crisis al exceso de trabajo y pensó que regresaría al cabo de seis u ocho meses. Jantzen, que había gozado del raro privilegio de ser el primero en leer su asombrosa disertación en el Instituto Tecnológico de Massachussetts, adoptó una postura igualmente solidaria, diciendo que Asenion tenía que haber llegado a algún aterrador callejón sin salida en su trabajo que lo había impulsado a retroceder dramáticamente de los límites de la locura.

—Quizá se encontraba mirando al interior de un abismo de inconsistencias cuando creía que estaba a punto de hallar las respuestas definitivas —sugirió Jantzen—. ¿Qué otra cosa podía hacer que huir? Pero no huirá durante mucho tiempo. Eso no está en su naturaleza.

Burkhardt, de la Universidad Técnica, cuyo propio trabajo había llegado hasta la

esfera dentro de la cual Asenion realizaría más tarde sus propias investigaciones, manifestó su acuerdo con el análisis hecho por Jantzen.

—Tiene que haberse topado con algo realmente oscuro y peludo; pero una mañana se despertará con la solución en la cabeza, y ese día tendrá lugar su despedida de la horticultura. Hacia el mediodía habrá acabado un artículo que revolucionará todo lo que creemos saber sobre la física nuclear, y así acabará todo esto.

Pero Jesse Hammond, que había jugado al tenis con Asenion durante los últimos dos años de su carrera de físico, adoptaba una postura menos caritativa.

—Se ha vuelto chalado —dijo Hammond—. Se ha desintegrado completamente, y nunca volverá a rehacerse.

—¿Tú crees? —preguntó Lew Fletcher, que había estado casi tan próximo a Asenion como el mismo Hammond, pero no era jugador de tenis.

Hammond sonrió.

—No cabe ninguna duda. Yo comencé notando una expresión extraña en sus ojos que comenzó hace unos dos años. Luego su forma de jugar comenzó a hacerse también extraña. Servía la pelota y no miraba siquiera hacia dónde la servía. Cometía dobles faltas sin preocuparse en lo más mínimo. ¿Y sabes qué más? En todo el año no intentó contestar ninguno de los golpes que yo le enviaba fuera de los límites de la cancha. Eso fue algo clave. Siendo como era antes, hubiera intentado devolverme cada uno de esos golpes, pero en aquella época parecía que simplemente no le importaba. Se mostraba completamente indiferente. Yo me dije, este tipo se está desintegrando.

—O estaba trabajando en algo que le parecía más importante que el tenis.

—Lo mismo da —replicó Hammond—. No, Lew, te digo yo que se ha hecho pedazos completamente; y nada volverá a pegar esos pedazos.

Aquella conversación había tenido lugar casi un año antes. Durante el tiempo transcurrido no había pasado nada que cambiase la opinión de nadie. La pasmosa llegada del plutonio-186 al mundo no había provocado ningún comentario procedente del ático de Manhattan en el que vivía Asenion. Las repentinas conversaciones solemnes sobre cosas tan fantásticas como universos paralelos de unos científicos por lo demás de sólida reputación, tampoco lo habían motivado aparentemente. Permanecía encerrado con sus bromeliáceas allá arriba, muy por encima de las calles de Manhattan.

Bueno, quizá esté realmente loco, pensó Fletcher; pero su mente no puede haber quedado completamente inutilizada; y puede que le queden una o dos ideas...

—Bueno, no pareces mucho más viejo, ¿no es cierto? —comentó Asenion. Fletcher sintió que se ruborizaba.

—¡Jesús, Ike, sólo han pasado dieciocho meses desde la última vez que nos

vimos!

—¿Sólo eso? —preguntó Asenion con indiferencia—. Tengo la sensación de que ha pasado muchísimo más.

Consiguió esbozar una sonrisa remota y apenas perceptible. No parecía muy interesado en Fletcher ni en lo que había traído a Fletcher a su apartada aguilera.

Asenion siempre había sido una persona rara, claro está; altivo, misterioso, con un levísimo pero inconfundible aire de superioridad que casi todo el mundo hallaba instantáneamente irritante. Claro está, que era realmente superior; pero siempre se había asegurado de que uno lo supiera, y nunca pareció importarle que a los demás ese rasgo no les resultara nada simpático.

En aquel momento parecía más remoto que nunca, extraño y más ajeno. Su aspecto exterior no había cambiado en absoluto: la misma figura esbelta, con donaire, sorprendentemente hermosa, incluso impresionante. A pesar de los rumores de que no había salido del ático en más de un año, no había en su aspecto ni rastro de la palidez del encierro. Su piel aún tenía aquella rica coloración olivácea oscura, casi atezada, de una tonalidad mediterránea. Sus cabellos, espesos y oscuros, caían gallardamente sobre su frente ancha; sin embargo, había algo diferente en sus destellantes ojos oscuros. El antiguo Asenion, por preocupado que estuviese con algún abstruso problema de física superior, había tenido casi siempre una chispa juguetona en los ojos, una especie de travieso destello afable. El hombre que en aquel momento tenía delante Fletcher, aquel recluso de la horticultura, tenía una expresión completamente distinta: ascética, envuelta en niebla, realmente ausente. Su mirada era tan brillante como siempre, pero se trataba de un brillo frío que parecía llegar de alguna estrella remota.

—La razón por la que he venido... —comenzó a decir Fletcher.

—Podremos ocuparnos de eso más tarde, ¿no te parece, Lew? Acompáñame primero al invernáculo. Hay algo que quiero enseñarte. De hecho, nadie más lo ha visto hasta ahora.

—Bueno, si tú...

—Insisto, sí. Ven. Te prometo que es algo extraordinario.

Se volvió y lo condujo por los intrincados pasillos del apartamento. El espacioso ático de numerosas habitaciones estaba amueblado de la manera más informal, con muebles baratos para estudiantes mal cuidados. Había gatos por todas partes, cinco, seis, ocho de ellos, que se afilaban las uñas en la tapicería, se metían en armarios vacíos cuyas puertas estaban abiertas de par en par, espiando desde lo alto de librerías que contenían desordenadas pilas de volúmenes sin tapas. En el aire se percibía el olor rancio de los orines de los gatos.

Pero de pronto Asenion giró por un pasillo y Fletcher, que lo seguía, se encontró mirando al interior de lo que podría haber sido un mundo completamente distinto. Habían llegado a la entrada de la espectacular extensión de paredes de vidrio que había sido construida como un puesto de observación alrededor de la totalidad de la

cima del edificio. Al otro lado, apenas visibles desde el interior del apartamento, Fletcher pudo distinguir cientos o quizá miles de plantas de extraño aspecto, algunas colgando del techo, otras dispuestas sobre hileras escalonadas sobre estantes, algunas que crecían en macizos instalados en el suelo.

Asenion tecló animadamente los números de una combinación de seguridad en un panel con forma de diamante instalado en la pared, y la puerta de vidrio se abrió, deslizándose silenciosamente a un lado. Una vaharada de aire húmedo y tibio salió a recibirlos.

—¡Rápido! —le pidió—. ¡Entra!

Era como entrar de un solo paso en la selva del Amazonas. En lugar de la atmósfera dura y seca de un apartamento de Manhattan a mediados del invierno, allí se encontró, abruptamente, con la pesadez densa, húmeda y dulce de los trópicos, que los envolvía como pliegues de tela mojada. Fletcher casi esperaba oír loros y papagayos chillando en lo alto.

¡Y las plantas! ¡Las extrañas plantas que se adherían a cualquier superficie, que llenaban cada centímetro cuadrado de espacio!

La mayoría de ellas tenían una forma acorde con un mismo patrón general: rosetones de anchas hojas lustrosas con forma de largas cintas que radiaban de una estructura central en forma de copa lo suficientemente profunda como para contener varios centímetros cúbicos de agua; pero más allá de esa área básica de similitud, diferían ampliamente las unas de las otras. Algunas eran diminutas, y otras eran colosalmente grandes. Algunas estaban marcadas con listas de colores amarillo, rojo y púrpura encendidos que recorrían todo el largo de sus hojas gruesas y suculentas. Algunas estaban jaspeadas con manchas y complicadas combinaciones de colores resplandecientes, agresivas, asombrosas. Otras, cuyas hojas eran verdes, presentaban feroces escarlatas, rojos o azules oscuros misteriosos y sombríos donde las hojas se unían para formar la copa. Algunas estaban armadas con dientes formidables y parecían dispuestas a alimentarse de los visitantes desprevenidos. Otras estaban coronadas con llamativas espigas de flores de extraña forma y brillante coloración más altas que un hombre, que se abrían como lanzas que radiaban de los centros.

Todo relucía. Todo parecía dispuesto para un crecimiento violento y explosivo. La escena era rara y aterrizadora. Era como observar una enorme congregación de monstruos hambrientos. Fletcher tuvo que recordarse a sí mismo que aquellas no eran más que plantas, especímenes de invernadero tropical que probablemente no vivirían durante una hora en el entorno urbano del exterior.

—Estas son bromeliáceas —anunció Asenion, modulando sensualmente la palabra desde el fondo de la garganta como si aquella fuese la palabra más deliciosa que hubiera producido jamás un idioma—. Plantas tropicales, principalmente. La mayoría viven en América Central y América del Sur. Básicamente tienden a adherirse a los árboles, y crecen en las bifurcaciones de las ramas más altas. No obstante, algunas crecen al nivel del suelo, como la bromeliácea que tú mejor

conoces, la ananás. Pero aquí hay cientos de otras. Miles; y esta es la zona húmeda en la que tengo las *guzmanias* y las *vrieseas*, además de algunas de las *aechmeas*. A medida que vayamos haciendo el recorrido, te enseñaré las *tillandsias*, que prefieren el aire mucho más seco, y las terrestres, las *hechtias* y las *dyckias*; y por aquel lado...

—Ike —dijo Fletcher en voz baja.

—Ya sabes que nunca me ha gustado ese nombre.

—Discúlpame. Lo había olvidado. —Aquello era mentira. El nombre de pila de Asenion era Ichabod. Ni Fletcher ni nadie a quien Fletcher conociera había conseguido nunca atreverse a llamarlo así—. Oye, creo que lo que tienes aquí es maravilloso. Absolutamente maravilloso; pero no quiero inmiscuirme en tu tiempo y hay un problema muy grave del que tengo que hablarte...

—Primero las plantas —dijo Asenion—. Dame ese gusto.

Le brillaban los ojos. En la media luz del invernadero, parecía él mismo una criatura de la selva, exótico, raro. Sin vacilar ni un momento, echó a andar a paso vivo por la nave hacia un grupo de bromeliáceas enormes que se encontraban cerca de la pared exterior. A la fuerza, Fletcher lo siguió.

Asenion hizo un gesto grandioso.

—¡Aquí la tienes! ¿La ves? ¡*Aechmea asenionii*! Descubierta en el norte de Brasil hace dos años; yo patrociné personalmente la expedición; por supuesto, yo no esperaba que la bautizaran con mi nombre, pero ya sabes cómo suceden a veces estas cosas...

Fletcher la miraba fijamente. La planta era una gigante entre gigantes que medía fácilmente dos metros desde la punta de una hoja a la punta de la opuesta. Las hojas de color verde oscuro estaban bordeadas por dentadas líneas de algo parecido a escritura que tenían el aspecto de jeroglíficos de alguna raza perdida. De la copa central, que era tan grande como la cabeza de un hombre y lo suficientemente profunda como para ahogar a un conejo, se elevaba la flor más extraña que Fletcher hubiera esperado ver, una gruesa vara amarilla de largo descomunal de la que nacía algo parecido a un manojo de rayos acabados en ominosos globos rojos como lunas colgantes. De la planta manaba un penetrante olor a carne putrefacta.

—¡Es el único espécimen de América del Norte! —gritó Asenion—. Tal vez una de las seis o siete de todo el mundo; y yo he conseguido hacer que florezca. Dará semillas, Lew, y tal vez también dé más bulbos..., podré propagarla y tal vez cruzarla con otras... ¿puedes imaginártela cruzada con la *Aechmea chantinii*, Fletcher? ¿O quizá con un híbrido interespecífico? ¿Digamos con la *Neoregelia carcharodon*? No. Por supuesto que no puedes imaginártela. ¿Qué te estoy preguntando? Pero será algo increíblemente espectacular. Puedes creerlo.

—No me cabe duda.

—Es un privilegio ver esta planta en estado de floración; pero aquí hay otras que también debes ver. Las puyas, las pitcairniias, hay un grupo de *Dyckia marnier-lapostollei* en la habitación de aquí al lado, que no creerías...

Bullía con un entusiasmo infantil. Fletcher se obligó a ser paciente. No había forma de evitarlo; tendría que aguantar el recorrido completo.

Aquello continuó durante lo que parecieron varias horas, mientras Asenion lo llevaba de una planta peculiar a otra, de una sala a la siguiente, poseído de un auténtico frenesí. Fletcher tenía que admitir que algunas eran realmente hermosas. Otras parecían excesivamente extravagantes y grotescas, o incomprensiblemente corrientes para su ojo inexperto, o absolutamente grotescas. Lo que lo impresionó con más fuerza fue la profundidad de la obsesión de Asenion. Nada en el universo parecía importarle, excepto aquella horda de plantas exóticas. Se había entregado totalmente al extraño mundo que había creado en aquel lugar.

Pero al fin, incluso las maniáticas energías de Asenion parecieron decaer. El ritmo había sido despiadado, y tanto Fletcher como él, bañados en transpiración y jadeando en el calor, se detuvieron a respirar en una sección del invernadero ocupada por rugosas plantas grisáceas que aparentemente no tenían raíces y estaban sujetas a la pared por alambres apenas visibles.

—Muy bien —dijo abruptamente Asenion—. Ya veo que no estás interesado. Dime qué es lo que has venido a preguntarme y luego márchate. Tengo toda clase de tareas pendientes para esta tarde.

—Es acerca del plutonio-186 —comenzó Fletcher.

—No seas idiota. Ese no es un isótopo admisible. Es imposible que exista.

—Ya lo sé —le respondió Fletcher—. Pero existe.

Rápidamente, casi con desesperación, le esbozó la totalidad de la fantástica historia al físico convertido en botánico. La misteriosa sustitución del tungsteno y el osmio por aquel extraño elemento que había tenido lugar en varios laboratorios, las pruebas que indicaban que el número atómico era el correspondiente al plutonio pero que el peso atómico era excesivamente más bajo, la absurda pero inevitable teoría de que el material era regalo de algún universo paralelo y, finalmente, el hecho de que el nuevo elemento, estable cuando había llegado, había comenzado rápidamente a experimentar una decadencia radiactiva de una forma sorprendentemente acelerada.

El rostro saturnino de Asenion era un estudio de expresiones cambiantes mientras Fletcher hablaba. Al principio pareció aburrido e irritado, luego desdeñoso, luego, quizá furioso; pero no profirió ni una sola palabra, y gradualmente menguó la furia que dio paso a una distante curiosidad y finalmente a una especie de fascinación. O al menos eso creyó Fletcher. Se daba cuenta de que podía equivocarse completamente en sus interpretaciones de lo que estaba ocurriendo en la mente única y veleidosa de aquel hombre.

—¿De qué tienes más miedo? —preguntó Asenion cuando Fletcher guardó silencio—. ¿Masa crítica o pérdida acumulativa de electrones?

—Hemos solucionado el problema de la masa crítica pulverizando el material,

acorazándolo con grafito, y esparciéndolo en bajas concentraciones en cincuenta puntos de almacenaje diferentes. Pero continúa llegando; por lo visto, les encanta enviarnoslo; y la idea de que cada átomo está liberando positrones que andan por ahí en busca de electrones que aniquilar... —Fletcher se encogió de hombros—. En pequeña escala, supongo que es una útil fuente de energía; el tungsteno se cambia en plutonio con una ganancia energética en cada ciclo. Sin embargo, a gran escala, a medida que continuemos transfiriendo electrones de nuestro universo al de ellos...

—Sí —dijo Asenion.

—Así pues, necesitamos alguna forma de deshacernos de...

—Sí. —Miró su reloj—. ¿Dónde te alojarás mientras estés en la ciudad, Fletcher?

—En el club de la facultad, como siempre.

—Bien. Tengo algunos cruzamientos que hacer y no quiero esperar más tiempo a causa de la posible contaminación del polen. Regresa al club y distráete durante algunas horas. Toma una ducha. Bien sabe Dios que la necesitas; hueles como algo de la selva. Descansa, bebe una copa y regresa a las cinco. Entonces podremos volver a hablar de ese asunto. —Sacudió la cabeza—. ¡Plutonio-186! ¡Qué locura! Me ofende el solo hecho de decirlo en voz alta. Es como decir..., decir..., bueno, *Billbergia yukonensis*, o *Tillandsia bostoniae*. ¿Sabes qué quiero decir? No. No. Por supuesto que no lo sabes. —Agitó los brazos—. ¡Vete! ¡Regresa a las cinco!

Aquella fue una tarde muy larga para Fletcher. Telefoneó a su esposa, telefoneó a Jesse Hammond al laboratorio, telefoneó a un viejo amigo y quedó con él para cenar. Se duchó y cambió de ropa. Bebió una copa en el adornado salón del club que estaba del lado de la Quinta Avenida.

Pero estaba de un humor sombrío, y no solamente porque Hammond le hubiese dicho que aquella mañana habían informado en varias regiones de la aparición de cuatro kilos adicionales de plutonio-186. La locura de Asenion lo oprimía.

No había nada malo en interesarse por las plantas, por supuesto. Fletcher tenía un filodendro y alguna otra planta, cuyo nombre nunca conseguía recordar, en la oficina; pero sumergirse en un solo terreno de la botánica con semejante intensidad era absoluta locura. No, decidió Fletcher, incluso eso era normal, por difícil que a él le resultase comprender por qué alguien podía querer pasar toda su vida encerrado con un montón de plantas inquietantes. Lo que le costaba perdonar era la renuncia de Asenion a la física. Una mente como aquella..., la amplitud de su visión..., la penetración que había demostrado tener Asenion en los más grandes misterios... ¡maldición, pensó Fletcher, tenía la obligación para con el mundo de continuar por aquella senda! Y en lugar de eso, se había apartado de todo para meterse en una jaula de vidrio...

Hammond tiene razón, se dijo Fletcher. Asenion está realmente loco.

Pero era inútil irritarse por ello. Asenion no era el único científico al que se le

saltaban los tornillos ante la contemplación de lo Fundamental. Su retirada de la física, se dijo severamente Fletcher, era una cuestión entre Asenion y el universo. Lo único que a Fletcher le incumbía era conseguir de Asenion la solución para el problema del plutonio-186; y luego podría dejar en paz a aquel hombre con sus bromeliáceas.

Alrededor de las cuatro y media, Fletcher se dispuso a batallar en un taxi con el tráfico, para recorrer la corta distancia que lo separaba de la residencia de Asenion.

La suerte estaba de su parte. Llegó a las cinco menos diez. El robot de la casa de Asenion lo saludó solemnemente y lo invitó a esperar.

—El amo está en el invernadero —declaró el robot—. Se reunirá con usted en cuanto acabe la polinización.

Fletcher esperó; y esperó y esperó.

Genios, pensó amargamente. Son un dolor de cabeza, todos ellos. Un dolor de...

Justo entonces volvió a aparecer el robot. Eran las seis y media. Al otro lado de la ventana reinaba una completa oscuridad. La cita para cenar que tenía Fletcher era a las siete. No conseguiría llegar.

—El amo lo verá ahora —anunció el robot.

Asenion parecía flojo y agotado, como si hubiese pasado toda la tarde picando piedras. También parecía haber desaparecido de él aquel nerviosismo formidable. Saludó a Fletcher con una sonrisa bastante agradable, incluso le presentó una o dos palabras de disculpa por la tardanza, e incluso hizo que el robot le trajera a Fletcher una copa de jerez. No era un jerez muy bueno, pero Fletcher suponía que conseguir una copa de bebida en la casa de un abstemio constituía una bendición.

Asenion esperó hasta que Fletcher hubo ingerido unos cuantos sorbos.

—Tengo tu respuesta —le dijo luego.

—Sabía que así sería.

Se produjo un largo silencio.

—Tiotimolina —dijo finalmente Asenion.

—¿Tiotimolina?

—Desde luego. Deshacerse del elemento por la vía endocrina. Es la única forma, y como verás, es la forma realmente necesaria.

Fletcher bebió un apresurado sorbo de jerez. Incluso cuando el estado de ánimo de Asenion era suave, aparentemente continuaba siendo enloquecedor. Y estaba loco. ¿Qué era aquella nueva locura? ¿Tiotimolina? ¿Cómo podía aquella ridícula sustancia, tan disparatada a su manera como lo era el plutonio-186, tener algo que ver con el problema?

—Supongo que conoces las especiales propiedades de la tiotimolina —dijo Asenion.

—Por supuesto. Sus moléculas se distorsionan hacia las dimensiones temporales

adyacentes. Se extienden hacia el interior del futuro y, según creo, del pasado. La tiotimolina disuelve el agua un segundo antes de que el agua le sea añadida.

—Exactamente —replicó Asenion—. Y si no se le agrega agua, sale a buscarla. En el futuro.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—Escúchame —dijo Asenion, y sacó un trozo de papel del bolsillo de la camisa—. Tú quieres deshacerte de algo. Lo metes en este contenedor de aquí. Rodeas el contenedor con una cubierta de tiotimolina polimerizada. Rodeas la cubierta con un tanque de agua que verterá agua en la tiotimolina en un momento controlado por un temporizador, al cual ajustas para que el agua llegue dentro de unos segundos con respecto al momento presente; pero en el último momento el temporizador retiene el agua.

Fletcher miraba atentamente al joven con reverencia.

—El agua siempre estará a punto de llegar —continuó Asenion—, pero nunca acaba de hacerlo. La tiotimolina que recubre la cubierta de plástico avanza un segundo hacia el futuro para encontrarse con el agua. El agua tiene una alta probabilidad de estar allí, pero no lo suficientemente alta. En realidad está a otro segundo de ser vertida, y siempre lo estará. La tiotimolina se ve arrastrada más y más lejos hacia el futuro. El mundo avanza hacia el futuro a una velocidad de un segundo por segundo, pero la velocidad de la tiotimolina es esencialmente infinita y, por supuesto, se lleva consigo también el contenedor que rodea.

—En el que habremos puesto nuestro excedente de plutonio-186.

—O cualquier otra cosa de la que queráis deshaceros —le replicó Asenion.

Fletcher sintió vértigo.

—El cual viajará hacia el futuro a una velocidad infinita...

—Sí. Y dado que la velocidad es infinita, el problema del colapso de la tiotimolina en una forma isocrónica estable, cosa que ha frustrado la mayoría de los experimentos de viaje temporal, no constituye un problema. Algo que viaja por el tiempo a una velocidad infinita no está sujeto a pequeñas limitaciones de ese tipo. Simplemente continuará adelante hasta que no pueda ir más allá.

—¿Pero cómo resuelve el problema el mero hecho de enviarlo al futuro? —preguntó Fletcher—. El plutonio-186 continúa dentro de nuestro universo, aunque lo hayamos arrojado fuera de nuestra inmediata vecindad temporal. La pérdida de electrones continúa. Quizá incluso empeoraría bajo la aceleración temporal. Todavía no habremos solucionado lo fundamental...

—Tú nunca has sido un gran pensador, ¿no es cierto, Fletcher? —dijo Asenion en voz baja, casi con dulzura; pero el salvaje desprecio de sus ojos tenía la fuerza de un sol convirtiéndose en nova.

—Hago lo que puedo. Pero no veo...

—La tiotimolina perseguirá al agua del contenedor externo hasta el final de los tiempos, llevando consigo al plutonio del contenedor interno. Hasta el final de los

tiempos. Quiero decir literalmente —continuó Asenion, suspirando ligeramente.

—¿Y?

—¿Qué ocurre al final de los tiempos, Fletcher?

—Pues..., la entropía absoluta..., la muerte por calor del universo...

—Precisamente. La Solución Entrópica Final. Todas las moléculas uniformemente distribuidas por el espacio. La tiotimolina no podrá ir más lejos de allí en busca del agua. El final del camino es el final del camino. Ésta, el plutonio que lleva consigo y el agua que está intentando alcanzar, se precipitarán por encima del borde entrópico al interior del antitiempo.

—Antitiempo —repitió Fletcher con voz pesada—. ¿Antitiempo?

—Naturalmente. Al momento anterior a la creación del universo. Todo se halla en estasis. Tiempo cero, temperatura infinita. Toda la masa del universo contenida en un solo cuerpo incomprensible. Entonces llegarán la tiotimolina, el plutonio y el agua. —Los ojos de Asenion estaban radiantes. Tenía el rostro encendido. Blandía el trozo de papel como si se tratara de las escrituras de un nuevo credo—. Se producirá una explosión tremenda. Un Big Bang, por así decirlo. El principio de las cosas. Tú... ¿o debería decir Yo?... seré el responsable del nacimiento del universo.

Fletcher estaba aturdido.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, pasado un momento.

—Yo nunca digo nada que no sea en serio. Ya tienes tu solución. Empaqueta tu plutonio y envíalo hacia su destino. No importa cuántos envíos hagas, llegarán todos en el mismo momento; y producirán el mismo efecto. No tienes alternativa, ¿sabes? Hay que deshacerse de ese plutonio; y... —En sus ojos destelló algo de la expresión juguetona del antiguo Asenion—. El universo debe ser creado ya que si no, ¿cómo llegaría ninguno de nosotros a estar donde está? Y así es como fue hecho. Como será hecho. Inevitable, ineluctable, ineludible, obligatorio. ¿Sí? ¿Lo ves?

—Bueno, no. Sí. Quizá sí. Es decir, que creo que sí —replicó Fletcher como aturdido.

—Bien. Incluso si no lo entiendes, lo harás.

—Necesitaré..., hablar con los otros...

—Por supuesto que también harás eso. Así es como hacéis las cosas vosotros. Es por eso por lo que yo estoy aquí y vosotros allí. —Asenion se encogió de hombros—. Bueno, no hay prisas. Cread el universo mañana, creadlo la semana que viene. ¿Qué diferencia hay? Se hará antes o después. Así tiene que ser, porque ya ha sido hecho. ¿Lo ves?

—Sí. Por supuesto. Por... supuesto. Ahora..., si me disculpas... —Murmuró Fletcher—, yo..., eh..., tengo una cita para cenar dentro de un rato...

—Eso puede esperar también, ¿no crees? —dijo Asenion, sonriendo con una repentina y sorprendente amabilidad. Parecía genuinamente contento de haber resultado útil—. Hay algo que olvidé enseñarte esta tarde. Una planta notable, posiblemente única..., es una *nidularium*, de Brasil, que de hecho aún no ha sido

bautizada..., que está floreciendo ahora. Y esa otra..., espera hasta que la veas, Fletcher, espera hasta que la veas...

Asesinato en grado Urth

Edward Wellen

—Que se haga el día.

El día se hizo cuando él dijo que se hiciera. La luz solar que pasó a través del periscopio inundó el camarote del núcleo de *Terrarium Nueve*.

Keith Flammersfeld vio la luz con los ojos aún cerrados y supo que su pequeño mundo continuaba salvo y tibio al otro lado de sus párpados. Perezosamente, se quitó de las sienes los complicados diodos que lo habían conectado al vídeo de *A través del espejo*, y que ahora acababa de desvanecerse de la pantalla de su computadora/jugadora.

Abrió los ojos, se sentó en la cama y se desperezó. Profirió un bostezo desmesurado que hizo desaparecer las bolsas de ardilla que flanqueaban su boca pagada de sí misma. Para conservar el tono muscular y mantenerse en forma, volvió a tenderse y se entregó a pensamientos de aeróbic durante unos buenos cinco minutos. Se acercaba a los cuarenta pero él hacía retroceder a esos cuarenta.

Sintiéndose en forma después de ese ejercicio, volvió a sentarse y bajó los pies al suelo alfombrado de la cubierta de la nave. Repasó sus prioridades: la visita a la naturaleza podía esperar, pero el clamor de su estómago no podía. Pidió su bandeja de alimentos.

Se deslizó fuera del tabique para quedar justo sobre sus piernas. Acabó con el sano desayuno de frutas, verduras y cereales, todo cultivado allí mismo, en *Terrarium Nueve*. La bandeja percibió el momento en el que había desaparecido de su superficie el último trozo de comida, y volvió a deslizarse al interior del tabique.

Flammersfeld se puso de pie y se quitó los pantalones cortos del pijama. Los arrojó dentro del reconstructor, entró en el cubículo del lavabo, evacuó, se lavó, se enjuagó la boca y se puso unos pantalones cortos limpios.

Dos pasos a la derecha llevaron a Flammersfeld a su oficina. Se sentó ante la computadora principal y pulsó algunas teclas. La pantalla le presentó un formulario de requerimiento en blanco.

Su rostro se dividió con una enorme sonrisa mientras tecleaba dos cosas y las colocaba en el lugar adecuado con el ratón. Los músculos faciales contraídos en torno a la boca y los ojos le dijeron que aquella era una sonrisa maliciosa. Al darse cuenta de ello, relajó rápidamente la sonrisa y la convirtió en una expresión de inocente alegría. Luego, tras recordarse a sí mismo que estaba solo a bordo de la *Terrarium Nueve* y que nadie podía verlo, volvió a reasumir la expresión de sonrisa maliciosa.

Saboreó y luego grabó el requerimiento. Estaba a punto de enviarlo a su oficina central en la Tierra, cuando se llevó un sobresalto que casi lo hace caer al suelo.

El cuadrante derecho inferior de la pantalla mostraba una imagen reducida de la imagen de otra pantalla monitora.

La imagen estaba etiquetada como proveniente de la estación de trabajo Buck Dos. Dejó su propia página en estado de espera y llenó la pantalla con la imagen intrusa.

La miró fijamente mientras sentía que los ojos se le salían de las órbitas.

Alguien había entrado en su sistema y lo había infectado con rabiosos versos ramplones.

¿Es el sol un pimpollo de leche?

¿De dónde proceden las sombras sobre mi rostro?

¿Por qué el cielo es tan verde como la sangre?

¿Quién ganará la carrera de la Reina Roja?

Locura. Pero incluso la locura tenía que tener una explicación lógica.

Posible explicación número uno, un virus de computadora. Si era verdad, tenía que haber entrado a través de la única conexión de la computadora principal con la Tierra y el universo. ¿Qué sentido tenía intentar hacerle creer que el mensaje provenía de la computadora esclava de Buck Dos, y no de la memoria central de Buck Uno? ¿Simplemente el travieso placer de enviarlo a una cacería inútil a través de la selva de Buck Dos? Una jugarreta muy pequeña para lo que tenía que haber sido un gran esfuerzo para conseguir atravesar el sistema Labcom vacunado y rebotado regularmente, con sede en la Tierra.

Posible explicación número dos, una presencia polizón, hasta entonces insospechada por Flammersfeld y que le había pasado completamente inadvertida a todos los sensores. Si eso era cierto, la persona tendría que haber subido a bordo cuando se detuvo a repostar hacía un año entero. Si alguien semejante había sobrevivido durante todo aquel tiempo alimentándose de las frutas, verduras y granos de cereal cultivados en *Terrarium Nueve* —aunque no comprendía cómo podría haber ocurrido dado que Flammersfeld mantenía todos sus preciosos alimentos cuidadosamente etiquetados, tabulados y controlados—, ¿por qué iba a querer, aquel polizón o polizona, dar a conocer su presencia en aquel momento? ¿Habría caído enfermo y necesitaría ayuda? ¿Se habría vuelto loco y estaba a punto de atacar? ¿Tras haber esperado el momento más propicio, se disponía ahora a intentar apoderarse de la nave?

Posible explicación número tres, auténtica locura..., la del propio Flammersfeld. ¿Era posible que el mismo Flammersfeld hubiera programado la aparición de aquella imagen, digamos mientras experimentaba en sueños con *A través del espejo*? ¿Le habría afectado al cerebro la fiebre de camarote, trastornándole la cordura?

Mientras miraba la pantalla, la imagen cambió. Apareció otro verso, letra a letra, lentamente, trabajosamente, como si unos dedos torpes y vacilantes lo estuvieran

escribiendo en tiempo real.

Cuando Adán cavaba

¿Fue entonces cuando me creaban?

Cuando Eva hiló

¿Fue entonces cuando comencé yo?

La boca de Flammersfeld se tensó. Había realmente alguien en Buck Dos.

Corrió a la caja fuerte instalada en una de las paredes y tecleó el número de la combinación. La puerta de seguridad se abrió y él se armó con la desintegradora que nunca había soñado que llegaría a necesitar algún día.

La *Terrarium Nueve*, que seguía una órbita baja en torno a la Tierra, era una seis-bucker: seis esferas concéntricas construidas según el principio geodésico de R. Buckminster Fuller. Un pseudo agujero negro emplazado en el centro le confería gravedad terrestre a la esfera más interior. La atracción calibrada disminuía hasta la inexistencia en la esfera más exterior en la que se hallaba el laboratorio de gravedad cero. Podía accederse a él por escalerilla y ascensor. La *Terrarium Nueve* era lo suficientemente grande como para hacer que las escalerillas norte y sur fuesen prácticas y eficaces. El ascensor, ligeramente inclinado para evitar el pseudoagujero negro, corría a lo largo del eje, desde una escotilla polar a la otra. La caja del mismo tenía asideros para facilitar la orientación, o más bien la borealización o australización.

La estación de trabajo Buck Dos estaba en el hemisferio norte. Flammersfeld se encaminó hacia el ascensor, y cuando se disponía a dar el primer paso al interior del mismo, cambió de opinión.

Tecleó el panel del ascensor para que subiera hacia el norte, a Buck dos, pero lo programó para que se retrasara cinco minutos.

Retrocedió apresuradamente por las planchas de la cubierta geodésica suavemente curvadas hacia la escalerilla sur, y subió velozmente por ella hacia la escotilla.

Si alguien acechaba en espera de que Flammersfeld saliera del ascensor, y si ese alguien mantenía astutamente vigilada la compuerta de la escalerilla norte, cercana al mismo, Flammersfeld, al entrar al lugar por el sur caería sobre aquel alguien por la espalda.

Miró su reloj, respiró profundamente y descorrió el cierre de la escotilla. Con el arma desintegradora preparada para disparar, saltó a la inferior gravedad de Buck Dos donde, sobre tierra lunar y con la adición de varios nitratos, las plantas florecían magníficamente.

Aterrizó suavemente y buscó refugio en la plataforma de diez metros de alto de centeno que se balanceaba lentamente. Contuvo la respiración, escuchó en el susurro suave de brisa programada, pero no oyó ningún sonido anormal. Había burlado al intruso; aparentemente podía desplazarse con seguridad.

Atravesó a buen paso la zona de las rechonchas remolachas, enormes endivias, lozanos guisantes y abultadas alubias. En menos de cuatro minutos llegó a las robustas patatas. Ya casi había llegado. La estación de trabajo estaba debajo del enorme nogal que tenía justo delante. Después de aquél se erguían tomates tremendos, prodigiosos pimientos, lechugas descomunales y corpulentas coles; luego había una pila de desechos para abonar..., y después el ascensor.

Flammersfeld anduvo cuidadosamente de puntillas hasta el nogal y espió al otro lado del enorme tronco. Vio claramente la terminal de computadora. No había nadie ante ella.

Las tomateras le bloqueaban la visión del área del ascensor. Flammersfeld se agachó para dar un salto gigantesco. Se aferró con una mano, a cinco metros de altura, al tallo de una tomatera de cincuenta metros de alto, y se quedó allí colgado mirando a través y por encima de las tomateras mientras el arma desintegradora apuntaba en dirección al ascensor.

Oyó el repentino zumbido del ascensor que comenzaba a funcionar.

Aquello debería obligar a quien estuviese emboscado a tomar posición. Desde su posición, Flammersfeld dominaba los macizos de lechugas y coles. Alguien que estuviese acechando tendría que tener desde allí una visión clara del ascensor y la escotilla norte. Nadie se movió.

El ascensor se detuvo y la puerta se deslizó hasta quedar completamente abierta. Flammersfeld buscó alguna agitación en alguna parte. El arma desintegradora buscó en vano con su hocico. No había nadie al acecho.

Se quedó allí colgado, mientras el rostro se le enrojecía de furia y frustración; los tomates eran tan grandes como su cabeza, así que ésta podría haber sido uno de ellos. Una caza infructuosa, después de todo.

Con una mueca, guardó la pistola desintegradora en el cinturón de sus pantalones cortos y descendió por la tomatera valiéndose de las manos. Una vez sobre la cubierta, se encaminó hacia la estación de trabajo.

Metió un pie en un zarcillo de tomatera, y tomó nota mental de limpiar los restos y maleza a la primera oportunidad que tuviese. Antes de que se diera cuenta de que el zarcillo era un lazo corredizo, éste ya se había cerrado en torno a su tobillo. Antes de que pudiera inclinarse para aflojarlo, se encontró disparado por el aire, donde permaneció balanceándose y rebotando con el pie cogido en el lazo cuyo otro extremo estaba atado a una flexible rama del altísimo nogal.

Girando los ojos hacia arriba para mirar hacia abajo, descubrió la estaca y el extremo cortado de otra rama de tomatera que había estado sujetando la rama a la cubierta. ¿Dónde estaba el trampero que había cortado la ligadura?

Flammersfeld hizo como si estuviera indefenso. Se debatió y se retorció en la suave brisa mantenida de forma continuada. Hizo que su voz sonara aterrorizada.

—¡Socorro! ¡Déjenme bajar! ¡Por favor!

Sin embargo el polizón, o la polizona —pues Flammersfeld se había decantado a

la fuerza por la posible explicación número uno—, no dejó ver su cara.

Flammersfeld no podía esperar de aquella manera durante mucho tiempo más; incluso en la ligerísima gravedad de Buck Dos, el lazo corredizo le estaba cortando la circulación del pie atrapado.

Esperó durante un doloroso minuto más; luego, al ver que no hacía acto de presencia enemigo alguno, sacó la pistola desintegradora del cinturón y cortó el zarcillo.

Mientras caía, apuntó la desintegradora hacia la cubierta y pulsó el botón de retroceso. El ligero efecto contrario enlenteció su caída lo suficiente como para permitirle rodar hacia delante y amortiguar el golpe.

Se puso trabajosamente de pie, y gimió al fallarle el pie dormido. Desplazó su peso al pie sano y miró alrededor de sí en busca de otra trampa o incluso de un ataque directo. Levantó la mirada hacia lo más alto de las ramas y el follaje del nogal, no vio ni silueta ni artificio alguno por encima de sí, y apoyó la espalda contra el tronco. Se inclinó para quitarse el lazo del tobillo..., y vio sobre el suelo algunos fragmentos de hoja de col.

Abrió la boca mientras una escalofriante realidad se le hacía evidente.

Los labios se le apretaron hasta reducirse casi a una línea. Muy bien. Ahora ya sabía con qué tenía que habérselas.

No se trataba de ninguna de las tres explicaciones posibles. Era una cuarta..., que era probable y dentro de pocos minutos sería verificable.

Se echó a reír. ¡Pensar que aquella pobre criatura miserable lo acechaba precisamente a él!

Luego se puso serio. Había subestimado a la criatura. Ni siquiera se le había ocurrido que pudiera ser la responsable de los ramplones versos que habían aparecido en la pantalla de la computadora. Tenía que concederle mérito a aquella cosa; muchísimo más de lo que había imaginado. De todas formas, ahora que lo sabía era perfectamente capaz de enfrentarse con la amenaza.

—Muy bien, bastardo —masculló a través de su sonrisa maliciosa—, estás cavando tu propia tumba.

Cojeó directamente hacia el macizo de coles. Bajó los ojos hasta un espacio vacío y asintió con la cabeza. De allí había sido desarraigada una planta, a pesar de que alguien había hecho esfuerzos para alisar la tierra revuelta.

¡Como si eso pudiera engañarlo! Él sabía perfectamente bien qué era lo que crecía en aquel preciso lugar, qué era lo que debería haber aún allí, qué era lo que parecía andar suelto por el recinto.

Una mirada más próxima le reveló una línea punteada de gotitas verde lechosas que partían del centro de la zona vacía. Tocó una. Pegajosa. Se acercó el dedo a la nariz y olfateó. Su sonrisa se hizo más ancha. Aquella condenada cosa estaba verdaderamente condenada. ¿Sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida?

La pista era corta; acababa abruptamente en una planta de col cercana. El tallo

recién partido mostraba dónde había sido arrancada una hoja. La sonrisa se le amplió al máximo. La criatura debía de estar utilizando la hoja para contener la hemorragia.

Desaparecida la pista, Flammersfeld miró por los contornos en busca de otros indicios.

Sus ojos se encontraron con la pila de desechos que tenía cerca. Sintió una punzada por haberla descuidado; había permitido que se descompusiera hasta transformarse casi en abono. Se tensó. Había alguna diferencia en su estructura, alguna variación en sus componentes. Consistía, mitad en ramas de árbol que él había seccionado para estudiarlas o alisado y dividido en tablas bastas, y mitad en papel de impresora desechado. Tuvo la impresión de que el papel cubría ahora una superficie mayor de la pila que la última vez que lo había visto..., que estaba más esparcido y menos plegado en forma de acordeón.

La criatura tenía que estar oculta allí debajo.

Flammersfeld sostuvo la pistola en posición de disparo.

Con la mano libre apartó el papel continuo impreso, húmedo y enmohecido, que voló como largas pancartas aleteantes. No encontró a la criatura, pero debajo del papel halló lo que parecía una tosca catapulta, una cosa fabricada con ramas y tallos de tomatara, y una compacta bola de tierra aglutinada mediante alguna goma de origen vegetal. También encontró un tambor con una manivela: un torno; también esto estaba construido con ramas partidas y tallos de tomatara.

Ambos artilugios daban la impresión de haber sido pergeñados por un niño, pero habían funcionado. La catapulta había disparado el peso al que estaba atado el extremo del zarcillo por encima de la rama del nogal, y el torno había tirado de la misma para doblarla hasta el suelo.

Removió un poco más y halló otra cosa: la mitad de la cáscara de una nuez tan grande como su mano ahuecada. Estaba habituado al tamaño; lo que contenía era..., otra cosa.

La criatura había utilizado la cáscara vacía como mortero para machacar algo de origen vegetal y convertirlo en una sustancia resinosa, negra y pegajosa que tenía un aromático olor a brea. Era una preparación tosca en la que se veía espuma de saliva.

Imágenes de amilasa danzaron dentro de la cabeza de Flammersfeld. ¿Cuál sería la acción enzimática idiosincrásica en aquel caso sobre —lo que él estaba seguro que descubriría al analizar aquello— la pimienta verde? Parecía claro que la criatura estaba pensando en curare, una flecha envenenada. Eso era exactamente lo que parecía aquella sustancia.

Flammersfeld se dio cuenta de que estaba completamente sudado. Necesitaba un relajante..., pero no de aquella clase. Aquel podía relajarlo hasta la muerte.

Sería mejor poner pies en polvorosa. Estaba seguro de que la criatura moriría desangrada... ¿pero cuánto tardaría? Flammersfeld se dio cuenta de que ya no estaba tan seguro acerca de un montón de cosas referentes a la criatura.

¿Cómo podía ser que le hubiese pasado inadvertido el despertar de su inteligencia

y el hecho de que su odio se volviera contra él?

Aún en cuclillas, miró en torno de sí. Por primera vez observaba aquel pequeño mundo desde el punto de vista de otro.

Desde el macizo de coles, la pantalla de la computadora se veía con absoluta claridad. ¡Cuánto debía de haber aprendido la criatura simplemente observando y escuchando el trabajo y el juego!

Aquel no era el momento para meditar sobre aquellas cuestiones. Aquel era el momento de largarse como si se lo llevaran los demonios antes de que volara una pequeña flecha o lo acometiera una pequeña lanza.

Flammersfeld se puso de pie y se encaminó hacia el ascensor abierto a paso ligero.

Profirió un suspiro al conseguir llegar a su destino, y tendió la mano para pulsar el botón que cerraba la puerta y hacerlo descender a continuación.

El asesino debía de haberse deslizado al interior del ascensor cuando el lazo tenía a Flammersfeld colgado del nogal.

Desde el rincón izquierdo de la caja, donde el asesino se había acucillado, invisible detrás de la puerta que no se había abierto del todo, un brazo frágil clavó la punta afilada y envenenada de una ramita en el tejido blando del tobillo de Flammersfeld.

Flammersfeld bajó la mirada hacia el rostro tristemente inteligente y salvajemente astuto.

—Que Dios te maldiga —le dijo.

—Que tú te maldigas.

Fue la primera y última vez que oyó la torpe vocecilla chillona.

Pero él no estaba pensando en eso. Estaba pensando en llegar a la enfermería a tiempo de preparar un antídoto. Con el corazón latiéndole violentamente, pulsó los botones para cerrar y hacer bajar el ascensor.

Los ojos se le pusieron vidriosos, y no volvió a mirar a la criatura hasta que el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Entonces apartó a la criatura de su camino con una patada, y dio dos pasos tambaleantes antes de que sus piernas quedaran tendidas sobre la cubierta.

El asesino no pudo contener la hemorragia de sangre verde y poco después siguió a Flammersfeld a través del oscuro umbral al interior de los dominios de la muerte; pero el asesino había ganado lo que deseaba: venganza y olvido.

El inspector H. Seton Davenport, del Departamento de Investigación Criminal Terrícola, había esperado ver cualquier cosa excepto un detective invertido. Sin embargo, eso fue exactamente con lo que se dio de bruces.

La voz del doctor Wendell Urth, el extraterrólogo de los extraterrólogos terrícolas, había sonado rara cuando autorizó la entrada de Davenport. Davenport

había percibido una nota de tensión en la fina voz de tenor cuando dijo «¡Adelante!».

Pero Davenport no había siquiera soñado que eso se debía al esfuerzo realizado por el doctor Urth para permanecer cabeza abajo. Al menos eso era lo que parecía estar haciendo, a primera vista, el sabio asesor extra oficial del DICT.

Una segunda mirada le reveló que aquello a lo que el doctor Urth estaba realmente dedicado era a hacer rodar un holograma solar por las tablas del piso; y que estaba haciendo eso para iluminar el suelo que quedaba debajo de los estantes inferiores de libros-película.

La sangre que se concentraba en la cabeza del doctor Urth hacía que sus ojos abiertos pareciesen más hipertiroideos. El que tuviera los ojos abiertos y que los faldones de la camisa del buen doctor se hubieran salido, o caído del interior de los pantalones, le dijo a Davenport qué era lo que ocurría. Sin dar un paso más, Davenport escrutó el suelo.

Los descubrió, no en el suelo mismo, sino sobre uno de los estantes inferiores al que habían rebotado. Avanzó dos pasos, se estiró y recogió lo que estaba buscando el doctor Urth.

—Aquí tiene, doctor Urth.

—Aquí me tiene a mí, ciertamente —resolló el doctor Urth—. Y en una postura muy embarazosa. —Entonces pareció reconsiderar las palabras y el tono empleado por Davenport. Volvió la mitad de su cuerpo invertido para mirar a Davenport, entrecerró los ojos y aparentemente distinguió lo que Davenport tenía en la mano—. Ah.

Se enderezó entre jadeos y resuellos, y dejó el sol holograma cargado de energía solar encima de una pila de papeles; estaba evidentemente calculado para que sirviera de pisapapeles además de para ayudar a alumbrar la enorme sala desordenada y en penumbra.

El doctor Urth cogió las gafas de la mano tendida de Davenport.

—Gracias. —Luego se dibujó en su rostro una cambiante sonrisa, una que varió de la de un búho parpadeante a la de un alegre Buda—. Pero ya ha obtenido usted su recompensa al verme haciendo el ridículo.

Limpió los cristales con un faldón de la camisa, los observó con ojos miopes y miró a través de ellos, y finalmente se los puso. Las orejas cumplían su cometido, pero la nariz de botón hacía muy poco para sostener la montura.

Con un gesto, el doctor le señaló una silla a Davenport. Él se sentó en el escritorio-sillón con un suspiro al que le hizo eco el asiento. Entrelazó las manos encima de la panza y miró al visitante con expectación. La panza realzaba el aspecto de expectación.

—¿Se trata esta visita de la muerte de *Terrarium Nueve*?

Davenport asintió con la cabeza.

—«Muerte» es la palabra de trabajo para lo ocurrido allí. «Muerte» es un término lo suficientemente ambiguo para algo que no podemos definir satisfactoriamente. No

podemos llamarlo accidente, no podemos llamarlo asesinato, y no estamos dispuestos a llamarlo suicidio.

El doctor Urth adoptó una postura más cómoda.

—Cuénteme los detalles.

—Será mejor y más fácil mostrárselos.

Davenport sacó una hoja de hologramas de uno de sus espaciosos bolsillos. Dio unos saltitos con la silla para aproximarla al doctor Urth, y se inclinó para mostrarle los hologramas uno por uno, señalar y explicar.

—Aquí tiene un primer plano de *Terrarium Nueve* tomada desde el vehículo de investigación cuando llegaba en respuesta a una alarma de anormalidad. Flammersfeld, el único experimentador a bordo de la *Terrarium Nueve*, no había transmitido su informe diario a la central de la Tierra a la hora prevista, no había enviado la señal de Todo-En-Orden a la hora indicada, ni había respondido a las llamadas de preocupación... Aquí están las tomas que la oficial al mando tomó de las dos plataformas de ataque antes de realizar su entrada por el puerto norte. Advertirá la presencia de al menos un año de polvo estelar intacto en ambas plataformas. Eso indica que nadie atracó allí desde la última vez en que la *Terrarium Nueve* repostó, hace un año entero... Aquí tiene el escenario de la muerte, emplazado en la esfera más interior.

El doctor Urth cogió este último holograma en sus manos y realizó un prolongado escrutinio del mismo. Luego le dirigió a Davenport una mirada burlona.

—Aparte de decirme que Flammersfeld acababa de bajar a sus dependencias desde Buck Dos, que llevaba consigo una col para estudiarla o para comérsela, que salió del ascensor y cayó muerto tras habersele clavado de alguna forma un dardo con la punta envenenada en el tobillo, este holograma no me dice todo lo que necesito saber si voy a ayudarlo a dilucidar su muerte. ¿Qué hay de los descubrimientos de la autopsia? ¿Qué veneno era ese?

Davenport meneó la cabeza.

—Eso es lo que resulta extraño. Uno pensaría que un bioquímico del nivel de Flammersfeld lo habría preparado en su laboratorio, dentro de tubos de ensayo, sin impurezas. Sin embargo, este veneno era una extraña clase de curare toscamente preparado. La investigadora encontró una parte del preparado dentro de una cáscara de nuez que descubrió en una pila de desperdicios en Buck Dos. —Le entregó otro holograma al doctor Urth—. Aquí tiene una toma de eso.

El doctor hizo con la cabeza un medio asentimiento y una media negación.

—Eso ya lo veo, ¿pero qué son estas cosas?

Davenport miró el punto que le señalaba el doctor Urth.

—Ah, sí, eso. Parecen ser un torno de juguete y una catapulta de juguete. Los ingenieros a los que consultamos dicen que no son grandes ingenios pero que funcionan. Quizá Flammersfeld estaba atravesando una segunda infancia.

El doctor Urth profirió un gruñido que expresaba duda. Volvió al holograma de la

escena de la muerte. Con un peludo dedo señaló una masa negra verdosa.

—¿Es esta la col?

Davenport hizo una mueca.

—Estaba muy mal. Bastante podrida para cuando la investigadora llegó allí. Había apeestado todo el lugar, nos dijo, así que, tras tomar unas fotografías, la incineró.

—Mal.

—Sí, podrida.

El doctor Urth le dirigió al inspector del DICT una mirada de censura.

—No me refería a la col, sino al acto de la oficial. Tendría que haber conservado la prueba, independientemente de lo ofensiva que a ella le resultase.

Davenport ni defendía ni culpaba a la oficial. Al igual que ella, él no veía la col como una prueba sino como una coincidencia.

—Tal vez.

—No hay tal veces en estas cosas —le espetó el doctor Urth. La panza evidenció una agitación momentánea que desapareció con un suspiro del doctor—. Bueno, eso ya no tiene solución; pero me hubiera gustado haber podido mirar de cerca esa col. Tiene algo extraño.

Davenport sonrió.

—No hay ningún problema. Este es uno de los nuevos hologramas SOTA. ¿Ve los ratones burbuja pegados a los bordes izquierdo y superior?

El doctor Urth advirtió por primera vez la presencia de dos perlas de aire que casi se encontraban en la esquina superior izquierda de la película del holograma. Sus ojos se animaron.

—¿Significa eso que si emplazo una fijación estereotóxica sobre la col, esta se ampliará?

—Exactamente. Pinzando los bordes puede desplazar los ratones por los bordes. Coordine ambos ratones para que agranden y realcen automáticamente el área que quiere observar con mayor detalle. Hay un límite, por supuesto, pero verá bastantes más detalles de los que puede apreciar en este momento.

El doctor Urth desplazó los ratones hasta que tuvo el área de la col aumentada a cinco veces el tamaño anterior.

La observó durante mucho tiempo y muy fijamente, y finalmente se quitó las gafas y se enjugó lágrimas de esfuerzo visual de los ojos.

—Mucho mejor, pero sigue siendo insuficiente. Mi queja no se refiere a la resolución, sino al objeto captado. La col está borrosa a causa de la descomposición. Debo admitir que incluso a pesar de que la oficial la hubiese conservado para que usted pudiera ponérmela delante, hubiera resultado una tarea dura sacar mucho más de ella. Eso no significa que su destrucción haya sido una gran pérdida. Podría haber sido posible determinar su composición exacta mediante una autopsia.

Davenport lo miró fijamente.

—¿Una autopsia? ¿A una col?

El doctor Urth asintió secamente.

—Autopsia. Escojo cuidadosamente mis palabras. —Su boca se retorció repentinamente y él se irguió inesperadamente, tras lo cual habló con un tono serio-burlón—. Yo no mastico dos veces la misma col. —Volvió a ponerse completamente serio—. Resulta claro que algo se escapó de las manos: el experimento, el experimentador, o ambos.

Davenport estaba aún procesando aquello de la autopsia. ¿Qué era lo que quería decirle el doctor Urth?

El doctor suspiró y le devolvió el holograma de la escena de la muerte. Se estremeció ligeramente y luego le echó a Davenport una mirada con la que parecía preguntarse si Davenport lo había advertido.

Davenport mantuvo una expresión impenetrable.

El doctor Urth profirió un leve suspiro.

—Esto requiere meditación. —Volvió hacia su visitante un rostro grave y unos ojos parpadeantes—. ¿Qué le diría a un dedo de Ganímedes?

—Le diría hola. —Davenport había oído hablar de Ganímedes pero nunca lo había visto, y mucho menos probado. Sabía que era extremadamente raro y extremadamente caro, y sabía que muchas comunidades lo prohibían. No estaba dispuesto a preguntarle al doctor Urth cómo lo había conseguido—. Estoy por el juego.

Pero ya no se pareció tanto a un juego cuando el doctor Urth sacó dos frascos y dos vasos de un cajón para licores del escritorio-sillón, y uno de los frascos resultó contener dedos.

El doctor Urth sacudió el frasco para extraer dos dedos y los colocó con la uña hacia abajo, uno en cada vaso.

Davenport se estremeció ante aquella visión.

Una de las comisuras de la rosácea boca de Urth se alzó.

—Ganímedes es un binario. La parte fluida actúa sobre la parte sólida. La «uña» del dedo es una cristalización. Observe.

Vertió el fluido ámbar del otro frasco en uno de los vasos y cuando cayó sobre la uña el dedo se disolvió. El conjunto se volvió de un violeta claro que despertaba los sentidos. El doctor Urth transformó el otro dedo, le tendió uno de los vasos a Davenport, y levantó el otro en el aire con un gesto de brindis.

Davenport le correspondió levantando el suyo, olió el contenido y sorbió. Tentadoramente delicioso, deliciosamente tentador. Se dio cuenta de que podía ser peligroso: un gusto demasiado fácilmente adquirido por una cosa que no era tan fácilmente asequible.

La delicada pero fuerte bebida pareció volver filosófico al doctor Urth.

—En realidad, Ganímedes no proviene de Ganímedes sino de Calisto. Hay muchas cosas que llevan el nombre equivocado. ¿Qué tiene un nombre, Davenport^[1]?

Yo debería llevar el suyo. Soy realmente yo la patata sentada en el sillón, la patata asentada, la cama plegable. En el mejor de los casos un rosal trepador..., atado como me encuentro al campus de la universidad. Es usted quien lleva el polvo en los zapatos, el hombre de acción. Davenport, tiene usted el nombre incorrecto.

Davenport se permitió sonreír. La nariz de Davenport estaba afinada para meterse en los lugares más estrechos; una pelea de juventud le había dejado una cicatriz en forma de estrella en la mejilla derecha. Sin embargo, una persona podía agotar su cuota de acción, perder el gusto por la aventura y —mientras atesoraba sus recuerdos de encuentros peligrosos— mirar casi con envidia al académico enclaustrado que corría aventuras con la mente. Quizá el Ganímedes lo había vuelto filosófico también a él, o propenso a charlar; estaba a punto de expresar sus sentimientos con respecto a la vida, cuando el doctor Urth le ahorró el trabajo.

El doctor había bebido el último sorbo, se había llevado el vaso a la altura de los ojos, había mirado a través de su vacío y ahora acababa de dejarlo con una decisión no carente de cierto lamento.

—Volvamos al trabajo. Para darle el nombre correcto a la muerte de Flammersfeld, debo entender primero qué es exactamente *Terrarium Nueve*, en qué estaba metido Flammersfeld.

Levantó un índice en el aire, a pesar de que Davenport no había dado muestras de intentar intervenir.

—Ya sé que usted cree que lo sabe, pero por favor escúcheme mientras le digo qué es lo que yo pienso. Déjeme enumerar lo obvio y definir lo conocido; no hay nada que se pase por alto con mayor frecuencia que lo obvio, ni nada tan misterioso como lo conocido.

Davenport tendió las manos con las palmas hacia arriba con un gesto comprensivo, indicando que lo dejaba todo en manos del doctor Urth.

El doctor le respondió con un asentimiento igualmente benevolente.

—Para prevenir las alteraciones ecológicas, la Tierra tiene leyes en contra de la introducción de plantas o animales genéticamente alterados en el medio ambiente terrícola. Dichos experimentos deben ser llevados a cabo fuera del planeta. De ahí los *Terrariums*... ¿había una docena la última vez que los contamos?... en órbitas cercanas a la Tierra. Un beneficio colateral es la gravedad cero, que facilita técnicas tales como la de la fotosíntesis; el rápido flujo segmentador constante de soluciones concentradas de proteínas en un campo eléctrico de alta intensidad. —Miró con intención a Davenport—. Su turno. ¿Qué es lo que cree saber acerca de *Terrarium Nueve* y de los experimentos de Flammersfeld?

Davenport se encogió de hombros.

—Todo lo que sé de *Terrarium Nueve* es que fue construida y puesta en servicio hace seis años, y que Flammersfeld fue su primer y único habitante. Todo lo que sé de Flammersfeld es que era un trabajador infatigable que nunca se tomaba un descanso; rechazaba de forma rutinaria los permisos; según sus superiores de la

oficina central él decía que podía obtener toda la relajación que necesitaba mediante el vídeo interactivo, y de hecho en el momento de su muerte estaba en la computadora el vídeo de *A través del espejo*; también sé que actualmente estaba trabajando en dos proyectos no relacionados entre sí. Además de que tenía planes para el futuro; su último pedido, aunque no llegó a enviarlo, era embriones de cerdo y unos huevos de águila.

El doctor Urth arrugó la frente y se acomodó las gafas.

—Me gustaría ver las notas de los dos experimentos no relacionados entre sí que ha mencionado usted.

Davenport pareció incómodo ante aquel pedido.

—Eso podría ser imposible.

La boca del doctor Urth se contrajo.

—¿Existe algún problema de acreditación? Si es así, buenos días.

Davenport se apresuró a responderle.

—No se trata de eso, doctor Urth, no se trata de eso en absoluto. Yo creo que su acreditación es de proporciones cósmicas.

Aquello apaciguó al doctor Urth.

—Entonces ¿cuál es el problema? ¿Es que Flammersfeld destruyó sus notas?

—Tampoco se trata de eso. Lo que ocurre es que parecía paranoicamente secretista. Esas notas están en la memoria de la computadora, pero encerradas detrás de palabras clave que no hemos conseguido descifrar..., todavía.

—Admiro su optimismo, señor, pero el optimismo, aunque es admirable incluso cuando constituye una tontería, es uva verde, comida futura que no nos alimenta en el presente.

Davenport se puso rojo.

El doctor Urth se suavizó.

—Dos proyectos no relacionados entre sí; sabe usted todo eso. Puede que sepa usted más de lo que cree saber, es decir, si puede usted darme el título de esos dos proyectos. Los superiores de la oficina central a los que Flammersfeld informaba tenían que tener alguna idea de aquello sobre lo que estaba trabajando si eran los que tenían que aprobar sus pedidos.

Davenport se animó.

—No tengo los títulos en mente ahora mismo, pero recuerdo que estaba buscando una cura para la hemofilia y que estaba investigando para localizar los..., eh..., sensores de dirección de las células de las plantas.

El doctor Urth se palmeó la panza como si acabara de comerse un buen banquete.

—Excelente. Hemofilia. La enfermedad hemorrágica. Enfermedad de reyes, por ejemplo, de los Romanov de la Rusia zarista. Las mujeres la transmiten a través de un cromosoma X recesivo pero no la sufren ellas mismas. La hemorragia es profusa, incluso en las más leves heridas. En un tubo de ensayo, la sangre normal extraída de una vena coagula en un período de entre cinco y quince minutos; el tiempo de

coagulación de la sangre hemofílica varía entre treinta minutos y varias horas. Algo perfecto para investigarlo en una gravedad cero. Mientras que el volumen absoluto de la totalidad del plasma excluirá la segmentación por electroforesis en una gravedad cero, no ocurre lo mismo con los componentes menores como los factores de coagulación.

Su voz se hizo aún más aguda a causa del entusiasmo.

—Sí, sí; y el otro proyecto de Flammersfeld era naturalmente adecuado para la gravedad cero. Las plantas presentan un intrigante enigma: ¿cómo siente una planta la dirección de la gravedad? Las plantas tienden a crecer en dirección vertical..., pero aún estamos por descubrir los sensores celulares de dirección. Sí, sí. Ya tenemos nuestra respuesta.

Davenport miró fijamente al doctor Urth.

—¿La tenemos?

—Es algo tan obvio —dijo el doctor Urth con tono mordaz—, como lo es mi nariz.

«Quizá es por eso que yo no la veo», murmuró mentalmente Davenport, pero adoptó una máscara agradable.

—Usted ha dicho antes que es fácil pasar por alto lo obvio.

—Al menos me ha estado usted escuchando —el doctor Urth hizo de sí mismo un monumento de paciencia—. Escuche ahora un poco de poesía.

*—Ha llegado la hora —dijo la morsa—
de que hablemos de muchas cosas:
de zapatos..., de barcos..., y de lacre;
de reyes..., y coles...
y de por qué hierve el mar tan caliente
y de si tienen alas los cerdos.*

El doctor Urth miró con fijeza a Davenport y sonrió.

—No sabe usted si reír o bufar ante un despropósito tan rematado. Bueno, ría. Los seres humanos necesitamos el estímulo de la frivolidad; no puede haber demasiada gravedad.

Davenport no se echó a reír pero tampoco soltó un bufido.

—Eso pertenece a un libro infantil, ¿no es así?

—Ciertamente. El infante que llevaba dentro Charles Lutwidge Dodgson se llamaba Lewis Carroll. Esos versos pertenecen a *Alicia a través del espejo*.

—¡El vídeo interactivo de Flammersfeld!

—El mismo.

Davenport meneó la cabeza.

—¿Cómo encaja eso en todo este asunto?

—Encaja, en primer lugar, con una rima infantil muy antigua.

*El viejo Rey Cole
Era un alma feliz,
Y una feliz alma vieja era;
Pedía su pipa,
Pedía su cuenco,
Y llamaba a sus tres violinistas.
Cada violinista tenía un violín,
Y un muy buen violín tenía;
Twee tweedle dee, tweedle dee,
 hacían los violines.
¡Oh, nadie tan raro hay
Que se pueda comparar
Con el rey Cole y sus tres violinistas!*

Esta vez Davenport no pudo evitar echarse a reír; y pasado un momento el doctor Urth se le unió.

Davenport fue el primero en ponerse serio y esperó, sin prejuicios, a que el doctor Urth recobrarla la serenidad.

El doctor Urth pareció un tanto más serio cuando retomó el hilo del discurso donde lo había dejado.

—La rima del rey Cole estaba en la mente de Lewis Carroll, consciente o inconscientemente, cuando escribió el discurso de la morsa.

«Rey Cole»^[2], empleando la palabra como en ensalada de col, se separa de forma natural en «coles y reyes»; y volvió a reunirse en la mente de Flammersfeld como una fusión protoplásmica de semillas de col y sangre real.

Davenport acercó el holograma de la escena de la muerte a la luz, y miró fijamente la col aumentada.

—¿Quiere usted decir que esta cosa...?

El doctor Urth asintió con la cabeza. Señaló un punto de la parte superior de la col.

—Eso se parece mucho a la agalla de corona, ¿no le parece?

—No me lo parece..., dado que no sé absolutamente nada acerca de agallas de corona.

—Entonces, créame lo que voy a decirle. Existen dos clases de células vivas, las eucariotas y las procariotas. La célula procariota tiene núcleo, es decir que la membrana nuclear protege a los cromosomas de la misma. La célula procariota está menos organizada; es decir, que los cromosomas flotan libremente en el citoplasma, entre los orgánulos celulares. Vayamos a la agrobacteria, que es el nombre común de la *Agrobacterium tumefaciens*. La agrobacteria contiene el plásmido Te, un diminuto espiral de ADN, de un largo aproximado de doscientos genes. La agrobacteria puede perforar una célula vegetal e inyectarle el plásmido Te en el núcleo. Una vez dentro,

el espiral de doscientos genes, llamado tADN por transferencia de ADN, se libera del plásmido Te y se convierte en parte de los cromosomas de la planta. Los tADN pueden programar a la planta para que nutra a la agrobacteria.

El doctor Urth hizo una pausa momentánea para respirar y —según pensó Davenport—, para producir un efecto dramático.

—Ahora llegamos al centro de todo este asunto. El insidioso parásito llamado agrobacteria provoca una hinchazón tumoral, una agalla en forma de pequeña corona en este caso. —La voz del doctor Urth aumentó de volumen a causa de la ira—. ¿Puede usted imaginárselo? ¡Ese malévolo procedimiento era la elaborada forma que empleaba Flammersfeld para ponerle a su pobre y pequeño rey Cole un híbrido inteligente, la corona de la realeza!

Davenport fijó la mirada en la imagen, no vio más que una col podrida, e intentó imaginársela como había sido en vida: un ser con poder de raciocinio, y por lo tanto memoria y previsión; con sentimientos, y por lo tanto con la necesidad de amar y odiar. Tendría que haber sido principalmente cabeza, con el rostro enmarcado por hojas. Se estremeció. Como un destello, visualizó aquel rostro superpuesto con la cara redonda del doctor Urth, otro hijo de Buda. Levantó la mirada hacia el doctor Urth.

El doctor parecía melancólico. Davenport recordó de pronto que el doctor Urth había sido un niño prodigio. El doctor Urth habría sentido simpatía por los monstruos de cualquier tipo. El doctor Urth debió de sentir su mirada y captar sus pensamientos, porque el doctor Urth lo miró a los ojos y sonrió con tristeza.

—Todos nosotros, nosotros mismos y nuestras matrices, son modelos de interferencia, y por eso resulta natural pensar en cruzar esto con aquello. Es la naturaleza de la bestia, es decir, del universo. En conjunto, es una suerte que Flammersfeld y su criatura murieran cuando lo hicieron..., si bien no en la forma en que lo hicieron. Los seres humanos necesitamos un mínimo de frivolidad; no puede haber demasiada gravedad; pero Flammersfeld llevó las cosas demasiado lejos, interfirió demasiado. —Su semblante se ensombreció—. Y tenía la intención de continuar interfiriendo. ¿Recuerda su último pedido, los embriones de cerdo y los huevos de águila? ¿Y recuerda el verso de Lewis Carroll: «Y de si tienen alas los cerdos»? Los seres humanos necesitamos una cantidad mínima de gravedad; no puede haber demasiada frivolidad. —Su rostro adoptó una expresión que indicaba que había terminado—. Eso es todo.

Davenport guardó los hologramas y se puso de pie para marcharse.

—Gracias por su ayuda, doctor Urth.

El doctor Urth le quitó importancia al asunto con un vaivén de la mano. Se levantó y le estrechó la mano al visitante.

Su voz detuvo a Davenport en el umbral.

—Inspector.

Davenport se volvió.

—¿Sí, doctor Urth?

—En cuanto a mis honorarios...

Davenport sonrió.

—Me estaba preguntando cuándo llegaríamos a ese punto.

—Ahora lo sabe. Hemos llegado en este momento. Unas pocas fruslerías.

—Usted sabe que haré todo lo posible. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, dos datos informativos para satisfacer mi curiosidad. Cuando regrese a Nueva Washington, tenga la amabilidad de pasar por Near-Earth Ltd., y recuperar el expediente de *Terrarium Nueve*. Vea si puede averiguar a través de los pedidos de Flammersfeld y otros documentos, la historia genética de la col y de la sangre hemofílica. —Sonrió—. He apostado conmigo mismo que la col era una col de Saboya y que la sangre provenía de uno de los descendientes de la casa real de Saboya.

Davenport parpadeó.

—¿Saboya? ¿Por qué iba Flammersfeld a trabajar con una col y una sangre específicas de Saboya?

—Por la misma razón que impulsó a James Joyce a enmarcar una vista de Cork en corcho^[3]: el sentido de lo conveniente.

Davenport pensó en ello detenidamente y luego meneó la cabeza.

—Si no le importa que se lo diga, el sentido de lo conveniente puede conducir a la locura.

El doctor Urth se cubrió la boca con una mano regordeta.

—Ve usted mis intenciones con tanta claridad que casi dudo en mencionar el resto de mis honorarios.

Davenport lo miró con cautela y se sintió impulsado a decir:

—Adelante.

—Consiga que el investigador que se ha hecho cargo de *Terrarium Nueve* lleve a cabo un cruzamiento entre tortuga y grillo.

Davenport intentó imaginarse qué aspecto tendría aquello.

—¿Puede saberse para qué, en nombre del cielo?

—Para que cuando pierda las gafas, la montura hecha con esa concha me conduzca hasta ellas..., con el cric-cric.

La caída de Trantor

Harry Turtledove

El palacio imperial se alzaba en medio de cien millas cuadradas de verdor. En épocas normales, incluso en las anormales, aquel aislamiento era más que suficiente para proteger al principal ocupante del palacio del tumulto del resto del metálico mundo de Trantor.

Sin embargo, los tiempos de aquel momento no eran normales, y ni siquiera podían ser descritos por una palabra tan suave como «anormales». Eran desastrosos. Junto con las magnolias y las rosas, las lanzadoras de misiles habían florecido en el jardín. Incluso desde el interior del palacio, Dagoberto VIII podía oír el apagado gruñido. Lo peor, sin embargo, era el miedo que lo acompañaba.

Un soldado irrumpió en el puesto de mando cuando el emperador de la galaxia y sus oficiales estaban todavía buscando a tientas formas de hacer retroceder la última furiosa embestida de Gilmer. Sin apenas hacer el saludo de rigor, el hombre jadeó:

—Otro aterrizaje con éxito, *sire*, en el sector Nevrask.

La preocupada mirada de Dagoberto pasó rápidamente al mapa de la mesa.

—Demasiado cerca, demasiado cerca —masculló—. ¿Cómo avanza tan rápidamente ese maldito bandido?

Uno de los mariscales del emperador atravesó al mensajero con los ojos.

—¿Cómo ha podido aterrizar allí? Nevrask está fuertemente guarnecida.

El soldado guardó silencio.

—¡Respóndeme! —ladró el mariscal.

El hombre tragó trabajosamente, vaciló y finalmente replicó.

—Algunas de las tropas huyeron, mariscal Rodak, señor, cuando aterrizaron los hombres de Gilmer. Otros... —Se interrumpió, se lamió los labios con gesto nervioso, pero tenía que concluir—. Otros se han pasado al bando rebelde, señor.

—¡Más traiciones! —gimió Dagoberto—. ¿No luchará nadie para defenderme?

El único civil presente en la habitación habló entonces.

—Los hombres lucharán, *sire*, cuando tengan una causa por la que crean que vale la pena luchar. La universidad ha estado resistiendo contra Gilmer desde hace ya cuatro días. No debemos entregársela.

—Por todos los demonios del espacio, doctor Sarns, les estoy agradecido a sus estudiantes, sí, y me siento orgulloso de ellos —dijo Dagoberto—. Han presentado ellos una batalla más valerosa que la mayoría de mis soldados.

Yokim Sarns bajó cortésmente la cabeza. El mariscal Rodak, sin embargo, se aferró a lo que su soberano había pasado por alto.

—Majestad, están luchando por ellos mismos y por su edificio, no por usted —

declaró.

Mientras hablaba, otro sector del mapa destelló ante él, y Dagoberto pasó del azul al rojo: rojo por la sangre que Gilmer estaba derramando sobre todo el mundo de Trantor, pensó amargamente Sarns.

—¿No tenemos esperanza entonces? —preguntó el emperador de la galaxia.

—¿De victoria? Ninguna. —La valoración militar de Rodak fue rápida y terminante—. De huida, quizá de volver a luchar, sí. Nuestras naves de aire y espaciales aún tienen abierto el paso aéreo por encima del palacio. Con el aterrizaje de Nevask, no obstante, muy pronto Gilmer podrá disparar misiles sobre el mismo..., y sobre nosotros.

—Es mejor huir que caer en las garras de ese monstruo —dijo Dagoberto, estremeciéndose. Volvió a contemplar el mapa—. Estoy seguro de que tiene usted un plan de evacuación a punto. Ejecútelo, y rápido.

—Sí, señor.

El mariscal habló por un micrófono.

El emperador se volvió a mirar a Yokim Sarns.

—¿Vendrá usted con nosotros, profesor? Trantor bajo la bota de Gilmer no será un lugar apropiado para los eruditos.

—Gracias, *sire*, pero no. —Al sacudir Sarns la cabeza, algunos mechones de cabellos de color marrón ratonil y de un largo fuera de moda, se arremolinaron alrededor de sus orejas—. Mi lugar está en la universidad, en mi facultad y con mis estudiantes.

—Bien dicho —murmuró el mariscal Rodak, en una voz demasiado baja como para que Dagoberto pudiese oírlo.

Pero el emperador, al parecer, aún tenía en su interior un gesto imperial.

—Si el doctor Sarns desea regresar a la universidad —dijo tras volver la cabeza para mirar a Rodak—, así lo hará. Destaque una nave aérea de inmediato, mientras aún tenga alguna esperanza de llegar hasta allí sano y salvo.

—Sí, señor —dijo el mariscal una vez más. Le tendió una mano a Yokim Sarns—. Y que tenga usted buena suerte. Creo que va a necesitarla.

Para el momento en el que la piloto de la nave aérea se acercó a la universidad, Yokim Sarns estaba de un delicado tono verdoso. La piloto había volado a metros —a veces centímetros— del terrado de acero de Trantor, y hecho cabriolar la nave como un objeto enloquecido para confundir a las computadoras caza de los rebeldes.

El vehículo aterrizó con un golpe sobre el tejado de la biblioteca, y los dientes del doctor Sarns entorchocaron produciendo un sonoro chasquido. La piloto abrió la escotilla de salida. Sarns se rehízo.

—Eh..., muchas gracias —le dijo a la piloto, desabrochándose el cinturón de seguridad.

—Limítese a salir, ponerse a cubierto y dejarme despegar —le espetó ella.

Sarns salió trabajosamente de la nave y se encaminó hacia una entrada. La ráfaga de aire producida por el vehículo que se alejaba apresuradamente estuvo a punto de derribarlo.

La puerta se abrió. Dos personas con casco salieron corriendo y arrastraron a Sarns al interior.

—¿Qué tal nos van las cosas por aquí? —preguntó el profesor.

—Las clases más próximas a graduarse están siendo diezmadas —respondió sombríamente Maryan Drabel. Hasta que estalló la revuelta de Gilmer, había sido la directora de la biblioteca. En aquel momento, supuso Sarns, el título de jefa de estado mayor definía mucho mejor su puesto—. No obstante nos mantenemos: hace unos minutos los hicimos retroceder nuevamente del dormitorio siete.

—Muy bien —dijo Sarns.

Él era un comandante tan aficionado como ella ayuda de campo, pero la ardorosa valentía de los estudiantes voluntarios compensaba con mucho la inexperiencia. Los jóvenes luchaban como si estuviesen defendiendo una tierra santa, y de alguna manera así era, pensó Sarns. Si los hombres de Gilmer destruían la universidad, el saber de toda la galaxia recibiría un golpe mortal.

—¿Qué hará Dagoberto? —preguntó Egril Joons. En otra época dietista de la universidad, mantenía alimentado al ejército voluntario en aquellos momentos.

Sarns no tenía forma alguna de suavizar la noticia.

—Va a huir.

Tras el escudo transparente antidesvelos de su casco, el rostro de Maryan Drabel adoptó un aire feroz, o mejor dicho más feroz.

—¿Entonces nos deja en la estacada?

—Junto con todos los demás que han respaldado a la presente dinastía.

«¡Dos generaciones, una dinastía!», pensó Sarns. Sin embargo, según había transcurrido la historia del imperio galáctico durante los últimos tristes siglos, dos generaciones constituían realmente una dinastía; y con un usurpador como Gilmer apoderándose de Trantor, la historia aparentemente sólo iría cuesta abajo a partir de aquel momento.

Puede que Maryan captara aquel pensamiento.

—Gilmer tiene tanto de bárbaro como si acabara de llegar de la Periferia —comentó.

—Ojalá estuviera realmente en la Periferia —dijo Egril Joons—. En ese caso no tendríamos que habérmolas con él.

—Desgraciadamente, de todas formas, donde está es aquí —le replicó Yokim Sarns.

Las gruesas alfombras del palacio imperial que habían amortiguado los pies de

Dagoberto VIII, de Cleon II, de Stannell VI —¡por todos los demonios del espacio, de Ammenetik el Grande!—, suavizaban ahora las zancadas de los pies enfundados en botas de Gilmer I, autoproclamado Emperador de la Galaxia, y Señor de Todo. Gilmer taconeaba contra la alfombra con una cierta satisfacción. Estaba habituado a hacer ruido con los pies al caminar, con el fin de que sus botas anunciaran su presencia a medio pasillo de distancia. Ni siquiera un hombre construido enteramente de campanas metálicas podría haber hecho repiquetear los tacones sobre las alfombras del palacio imperial.

Echó la cabeza hacia atrás y se acercó una botella a los labios. Por la garganta le corrió fuego líquido. Tras un largo sorbo arrojó la botella lejos de sí, la cual se hizo añicos contra una pared. Sirvientes atemorizados corrieron a limpiar el estropicio.

—No lo malgastéis —le dijo Vergis Fenn.

Gilmer miró con el ceño fruncido al comandante de su flota.

—¿Por qué no? Hay mucho más en el mismo lugar del que salió esa. —Su mirada ceñuda se clavó en un sirviente—. Tráeme otra de lo mismo, y también una para Vergis.

El hombre salió corriendo a cumplir con el mandato.

—Ahí lo tienes, ¿ves? —le dijo Gilmer a Fenn—. Por la galaxia, no podríamos malgastar todo lo que almacenó Trantor aunque lo intentáramos durante cien años.

—Supongo que así es —replicó Fenn. Era menos escandaloso que su jefe, quizá mejor táctico, pero no un líder de hombres. Pasado un momento, continuó hablando reflexivamente—. Por supuesto, Trantor empleó mucho más de cien años en reunir todo eso. Más de mil, calculo.

—Bueno, ¿y qué, si es así? —preguntó Gilmer—. Es por eso por lo que lo queríamos, ¿no? Por los cojones que Dagoberto no tenía, nadie antes había saqueado Trantor. ¡Ahora todo es mío!

El sirviente regresó con las botellas. Las dejó sobre la mesa de cristal y plata y luego salió a escape. Gilmer bebió. Con todo lo que se había echado al colete durante el último par de días, no debería ser capaz de ver, así que para qué mencionar el caminar y hablar. Sin embargo, el triunfo lo había emborrachado más que el alcohol. ¡Gilmer el Conquistador, ese era él!

Vergis Fenn también bebió, pero no tan largamente.

—Oh, sí, todo Trantor es nuestro excepto la universidad. Han pasado ya siete días, y esos locos continúan resistiendo.

—En ese caso, pongamos punto final a esta pequeña rencilla con ellos —gruñó Gilmer—. ¡Por la galaxia, reducidlos a polvo radiactivo y acabemos con ello! Encárgate del asunto, Fenn, ahora mismo.

—Como vos queráis, señor..., *sire*, pero... —Fenn dejó en el aire la última palabra.

—¿Pero qué? —preguntó Gilmer frunciendo el entrecejo—. Si luchan por Dagoberto, son traidores a mi causa; y si aplasto a los traidores atemorizaré a Trantor.

—Parpadeó como una lechuza, satisfecho y sorprendido de sus propias palabras.

Para su fastidio, Fenn no demostró admiración ninguna.

—No creo que estén en este momento luchando por Dagoberto —dijo—, sino simplemente contra nosotros para conservar lo que tienen. Eso facilitaría la tarea de negociar con ellos. Y si nosotros..., si vos..., reducís a escombros radiactivos la universidad, los eruditos de toda la galaxia vilipendiarán vuestro nombre por siempre jamás.

—Los eruditos de toda la galaxia pueden comerse el espacio, por la cuenta que a mí me trae —replicó Gilmer, pero descubrió que aquello no era del todo cierto. Una parte del ser emperador la constituía el actuar como se suponía que actuaban los emperadores. Con poca gracia, retrocedió un poco—. Si me reconocen y dejan de luchar, supongo que me sentiré dispuesto a dejarlos vivir.

—¿Debo intentar entonces el alto el fuego? —preguntó Fenn.

—Adelante, dado que parece creer que es una buena idea —le respondió Gilmer—. Pero no si no me reconocen, ¿entendido? Si todavía pretenden que este imperio es del indecente hijo de puta de Dagoberto, bórralos de la faz del planeta.

—Sí, *sire*. —Esta vez Fenn no tuvo tropiezos al pronunciar el título.

«También él es mi sirviente», pensó Gilmer.

El nuevo emperador de la galaxia bebió un buen trago de la botella. Hizo gesto de arrojársele a uno de los lacayos del palacio y luego, riendo a carcajadas, la dejó suavemente sobre la mesa mientras el hombre se agachaba.

Gilmer se encaminó hacia el puesto de mando, en las entrañas del palacio imperial, el puesto de mando desde el cual, hasta hacía poco, el pobre estúpido de Dagoberto VIII había batallado para mantenerlo alejado de Trantor. En aquel lugar las botas de Gilmer repicaron casi con alegría. Quienquiera que hubiese diseñado el puesto de mando, en los perdidos días de grandeza del imperio galáctico, entendía de mando y de botas.

La pantalla de televisión que Vergis Fenn tenía delante se oscureció. Hizo rotar la silla e hizo un gesto de sorpresa al ver a Gilmer detrás de él.

—*Sire*, ya hemos establecido el alto el fuego entre nuestras fuerzas y las de la universidad —le anunció—. Ha sido fácil de acordar. Nuestras tropas y las de ellos se mantendrán en sus puestos hasta que se haya firmado el armisticio definitivo.

—Bien —dijo Gilmer—. Bien hecho.

—Gracias. El líder de la universidad os ha invitado a reuniros con él en su terreno para acordar los términos del armisticio. Ofrece rehenes para garantizar vuestra seguridad, y dice que sabe qué ocurrirá con todo aquello que ha estado luchando para conservar, si juega sucio con vos. ¿Debo llamarlo y decirle que no de todas formas?

—No, iré allí —declaró Gilmer—. ¿Qué te has creído? ¿Que tengo miedo de alguien que no tiene ni siquiera una sola nave estelar a su nombre? Además —en su rostro se dibujó una codiciosa sonrisa—, tanto si le gusta como si no, les echaré un vistazo a cualesquiera que sean los tesoros por cuya posesión han estado luchando

con tanto ahínco. Si no puedo arrebatárselos por la fuerza, se los quitaré mediante impuestos; de eso es de lo que se trata el ejercicio de la dignidad de emperador. Ponga manos a la obra y concierte la reunión con ese... ¿cómo se llama, Vergis?

—Yokim Sarns.

—Yokim Sarns. ¿Cómo debo dirigirme a él cuando lo vea? ¿General Sarns? ¿Almirante? ¿Señor de la Guerra?

La expresión de Fenn era ligeramente aturdida.

—El único título que reclama es el de «Decano».

—¿Decano? —Gilmer echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora y larga carcajada—. Sí, me reuniré con el Decano Yokim Sarns, azote de las salas de conferencia. ¿Por qué no? Organízame eso, Vergis. Entre tanto —le volvió la espalda—, iré a comprobar cómo nos van las cosas en el resto del planeta.

Las hileras de pantallas de televisión que mostraban imágenes cambiantes de todo Trantor, le dijeron lo que quería saber. En una veía a un pelotón de sus soldados que acarreaban cubos llenos de joyas hacia su nave; en otra aparecían más soldados que saqueaban una manzana de casas de un barrio residencial; en la de más allá podía observar a otro escuadrón, la mayoría de cuyos hombres estaban borrachos, acompañados por una cantidad de mujeres trantorianas que los doblaban en número, algunas de aspecto asustado y otras sonrientes y descaradas.

Gilmer sonrió. Aquel era precisamente el motivo por el que se había apoderado de Trantor: para saquear un mundo que no había sufrido pillaje alguno durante quince generaciones, mucho más que para gobernarlo después del saqueo. El observar su sueño convertido en realidad, hacía que lo que viniese después pareciera de escasa importancia por comparación.

Observaba... Su mirada retornó a la tercera pantalla. Todas las mujeres que en ella aparecían hubiesen sido bellezas de las que cortan el aliento en un mundo menor, pero en Trantor no eran más que el botín de los soldados rasos. Con tantos billones de mujeres entre las que escoger, las que eran algo menos que espectaculares simplemente no recibían atención por parte de los soldados.

Sonriendo con expectación, Gilmer subió a la rampa móvil que ascendía hasta las alcobas imperiales. Ni siquiera en sus más disparatados sueños había imaginado algo como aquellas dependencias. Miles de años de los mejores ingenios tecnológicos que podía comprar el dinero, estaban reunidos allí sin otro propósito que el del mero placer.

Billye también sonrió al verlo entrar. Los leonados cabellos le caían sobre los hombros desnudos. Desdeñando todas las elaboradas sofisticaciones que le ofrecía la alcoba, Gilmer la cogió en sus brazos y se dejó caer lentamente al suelo con ella. Entonces descubrió una ventaja de las alfombras gruesas que no había sospechado antes.

Después del arrebato pasional, ella permaneció tendida en brazos de él, murmurando perezosamente. Había sido su compañera desde que él era tan sólo un

ambicioso teniente. Siempre había pensado que era espléndida, tanto para la vista como para hacerle el amor.

Todavía seguía pensándolo, se dijo. Llegó incluso a sentir la veracidad de aquel pensamiento; pero no era completamente cierto, ya no. La pantalla de televisión le había demostrado que, según los patrones trantorianos, la belleza de ella era corriente. ¿Y cómo, en nombre de la verdad y la justicia, podía el Emperador de la Galaxia y el Señor de Todo, poseer una consorte cuya belleza fuese meramente corriente?

Gilmer gruñó suavemente.

—Un centicrédito por tus pensamientos —dijo Billye.

—Ahh, nada importante —respondió él y la estrechó más.

Tampoco la voz de ella era perfectamente dulce.

—Ahí llega. —Maryan Drabel señaló a una figura solitaria que estaba bajando de un aparato aéreo que acababa de descender en la tierra de nadie delimitada por las líneas de Gilmer y las defendidas por los estudiantes-soldado de la universidad.

—Está solo —comentó Yokim Sarns con ligera sorpresa—. Le dije que estábamos dispuestos a aceptar que viniese acompañado del número de guardaespaldas que deseara, siempre que fuese razonable. Es más valiente de lo que yo creía.

—¿Qué diferencia constituye eso cuando no puede..., o no quiere..., controlar a sus soldados? —replicó amargamente Maryan Drabel—. ¿Cuántas mujeres violadas tenemos ahora mismo en nuestra clínica?

—Treinta y siete —respondió Sarns—. Y cinco hombres.

—Y eso es sólo en este diminuto rincón de Trantor, y sólo se trata de la gente que consiguió atravesar las líneas de Gilmer y las nuestras —dijo ella—. ¿Cuántos habrá en todo el planeta en el que tiene a cuarenta billones de personas aterrorizadas? ¿Cuántos saqueos? ¿Cuántos incendios iniciados sólo para que se diviertan? ¿Cuántos asesinatos, Yokim? ¿Qué peso tiene ante todas esas cosas el valor de un hombre?

—Lo destrozan. —Sarns se pasó una mano por la frente con gesto cansado—. Yo sé todo eso tan bien como tú, Maryan, pero si tiene valor no podremos manejarlo como hubiéramos hecho antes.

—En eso tienes razón —admitió ella—. Silencio, ahora..., ya casi está aquí.

Gilmer, pensó Sarns, tenía más aspecto de jefe bárbaro que de emperador, a pesar de que una capa de color púrpura ondulaba a sus espaldas mientras él avanzaba. Debajo de la misma llevaba la túnica manchada con tonalidades de verde y marrón que usaban sus soldados. Sarns supuso que se trataba de un traje de camuflaje, pero en los brillantes corredores de Trantor, aquella ropa había puesto en peligro a los soldados con mayor frecuencia de la que los había protegido. El gris indefinido de la chaqueta y los pantalones de Sarns era más difícil de distinguir en aquel entorno.

Las botas del usurpador tamborileaban un metálico redoble.

—Majestad —dijo Sarns, que sabía que debía hablar en primer lugar y que sabía también que desde que Gilmer había tomado Trantor, el título era auténtico *de facto* si bien no *de jure*. Sarns no estaba de acuerdo en negociar sobre bases que no eran verdaderas.

—Es usted el Decano Sarns, ¿eh? —La tronante frase granítica de Gilmer debía de haber salido de aquel barbudo, duro continente. El emperador de la galaxia se rascó la nariz y prosiguió—. Tiene usted unos duros luchadores a sus espaldas, Sarns. Se lo digo desde ya, no me importaría aceptar a la totalidad en mi flota.

—Puede usted hacer una llamada a sus filas, si lo desea, *sire*, pero dudo de que encuentre muchos voluntarios —respondió Sarns—. Estos hombres y mujeres jóvenes no son soldados de oficio, sino estudiantes. Ellos, al igual que yo, se interesan más por el conocimiento abstracto que por el mejor despliegue de una compañía de soldados con rifles desintegradores.

Gilmer asintió con la cabeza.

—Ya he oído decir eso, pero me resultaba difícil de creer. Si he de decirle la verdad, Sarns, sigue resultándomelo. ¿Pasan ustedes toda la vida persiguiendo ese..., cómo lo ha llamado... conocimiento abstracto?

—Así es —respondió orgullosamente Sarns—. Después de todo, esta es la universidad, la destilación de toda la sabiduría universal acumulada durante los milenios de la historia imperial. Nosotros lo codificamos, sistematizamos y, cuando podemos, lo ampliamos.

—Parece una forma muy timorata de pasar la vida —comentó Gilmer, sin preocuparse por los sentimientos de Sarns o, lo que era más probable, calculando que el decano se mostraría de acuerdo cuando él señalara una verdad obvia—. ¿De qué sirve el conocimiento que uno no puede comerse, beberse, con el que no puede dormir ni disparar contra sus enemigos?

Es realmente un bárbaro, pensó Sarns, a pesar de haber vivido toda su existencia dentro de lo que aún se autodenomina, cada vez con menos y menos razón, el imperio galáctico. Afortunadamente, Sarns, al igual que cualquier administrador digno de su cargo, tenía práctica en no demostrar lo que sentía.

—Bueno —dijo—, déjeme ponerle un ejemplo, *sire*: ¿Cómo llegaron usted y su victorioso ejército a Trantor?

—Por nave espacial, por supuesto —Gilmer lo miró fijamente—. ¿Cómo quiere que lo hiciéramos, hombre? ¿Esperaba que hubiésemos venido a pie? —Rió ante su propio ingenio.

Sarns le dedicó una cortés sonrisa.

—Por supuesto que no, pero ¿qué ocurre si una de las barras transmisoras hace cortocircuito o un hidrocron necesita ser reparado?

—Los remendamos lo mejor que podemos. Parece que ya nadie en toda la condenada galaxia entiende de motores hiperatómicos —replicó Gilmer frunciendo el entrecejo. Luego se detuvo en seco—. Eso también es conocimiento, ¿verdad? ¿Por

todos los demonios del espacio, Sarns! ¿Está usted diciéndome que tiene toda una universidad llena de técnicos que realmente saben lo que hacen? Si es así, lo reclutaré para la flota y lo haré a usted, y a ellos, tan ricos que jamás echarán de menos sus películas-libro, eso se lo prometo.

—Tenemos a algunas personas, no muchas, me temo, estudiando cosas semejantes. Como ya le he dicho antes, puede usted hablar con ellos si así lo desea. Algunos puede que incluso decidan acompañarlo, a causa del reto que constituye trabajar sobre equipos reales. —Sarns hizo una pausa para pensar—. Tenemos también diestros médicos, especialistas en computadoras, y estudiantes de muchas otras disciplinas valiosas para el imperio.

Observó que Gilmer mordisqueaba la carnada.

—¿Y harían ese mismo tipo de cosas para mí? —preguntó el usurpador.

—Algunos puede que sí —replicó Sarns—. Otros... probablemente más..., estarían dispuestos a instruir aquí mismo a sus técnicos y personal especializado. Por supuesto —agregó con tono suave—, se mostrarán menos entusiastas si usted se abre camino a tiros. De esa forma, es muy probable que también acabe con muchos de ellos.

—Hrmmp —gruñó Gilmer. Pasado un momento, continuó—. Pero las naves, si se marchan de ellas los técnicos, médicos y especialistas en computadora..., no nos servirán de mucho más que si se oxidaran hasta deshacerse.

—No inmediatamente, tal vez, pero luego serán de un valor mucho mayor de lo que puedan llegar a ser nunca con las tripulaciones inadecuadamente entrenadas que, según deduzco, poseen actualmente.

Gilmer bajó la voz.

—Sarns, no puedo permitirme en pensar en luego. Apostaría un millón de créditos contra un cargador de desintegradora vacío, a que al menos hay tres flotas avanzando sobre mí de la misma forma en que yo avancé sobre Dagoberto. Ahora que ha caído Trantor, todos los perros del espacio querrán roer sus huesos..., y los míos.

En lo más íntimo, Sarns pensó que el usurpador tenía razón en eso. También sería sólo lo que Gilmer se merecía. Pero el decano-convertido-en-general sintió que de todas formas lo acometía una ola de tristeza. Ni un minuto de tiempo para aprender nada nuevo, ni un minuto para pensar en nada excepto el momento presente..., aquella había sido la enfermedad del imperio galáctico durante demasiado tiempo. El caso de Gilmer era más grave que el del emperador que le había precedido, pero la raíz del mal era la misma.

Sarns no suspiró.

—Bueno —dijo—, en todo caso, esto ha llevado nuestra conversación a un terreno bastante alejado del tema inmediato que es, después de todo, un mero acuerdo de armisticio entre sus fuerzas y los estudiantes y personal de la universidad, con el fin de que ambos, ustedes y nosotros, podamos volver a lo que consideramos nuestras

ocupaciones más adecuadas.

—Sí, así es —replicó Gilmer.

Al igual que no había suspirado, Sarns no sonrió. Muéstrale a un bárbaro un objetivo a corto plazo, y será incapaz de ver más allá, pensó.

—¿Le importaría examinar nuestras instalaciones con el fin de que pueda ver cuán inofensivos somos en circunstancias normales? —lo invitó.

—¿Por qué no? Guíeme, Decano Sarns, y veamos qué es lo que usted ha convertido en soldados. ¿Sabe una cosa? A lo mejor intento reclutarlo precisamente a usted.

Gilmer se echó a reír. Lo mismo hizo, sin reservas, Sarns. No había sospechado que Gilmer fuera capaz de decir algo tan gracioso.

Lo que primero impresionó a Gilmer al hallarse en el interior de la universidad fue la quietud. Prácticamente todo el mundo estaba calzado con zapatos de suelas blandas, silenciosas sobre el piso metálico. Las botas de Gilmer repiqueteaban más sonoramente que nunca, e incluso levantaban ecos que corrían pasillo abajo por delante de él. Sin embargo, tanto el taconeo como los ecos eran diminutos cantos rodados que caían en un océano de quietud.

La gente era tan extraña como el lugar, pensó Gilmer. Aquellos que habían luchado contra sus hombres estaban todavía vestidos de gris, al igual que Sarns. El resto llevaba ropas de suaves tonos pastel que les confería la apariencia de espíritus que revoloteaban por los pasillos. Sus voces bajas aumentaban la impresión de que no estaban realmente del todo allí.

Cuentos de fantasmas recordados a medias despertaron en la mente de Gilmer. Se estremeció y se aseguró de permanecer cerca de sus guías.

—¿Qué están haciendo ahí dentro? —preguntó, señalando con un dedo.

También su voz levantó ecos, ecos que murieron prestamente.

Sarns miró al interior del laboratorio.

—Algo relacionado con la neurobiología —respondió—. Espere un momento. —Metió la cabeza dentro—. Eso es; están trabajando para mejorar la eficacia de los inductores del sueño.

De alguna manera, el decano graduaba su voz de forma que resultase clara pero no provocase reverberación ninguna. Gilmer resolvió imitarlo.

—¿Y qué está ocurriendo allí dentro? —preguntó el emperador de la galaxia. Luego frunció el entrecejo, porque sólo había conseguido un susurro ronco que sonaba preñado de miedo.

Para su tranquilidad, Sarns no pareció advertirlo.

—Ese es un grupo de investigación psicoestadística —respondió despreocupadamente el decano. Continuó andando, y dio por supuesto que Gilmer sabía qué era la psicoestadística.

Gilmer no lo sabía, pero no estaba dispuesto a demostrarlo. Señaló hacia otra puerta. Algunas personas que estaban en el interior de aquella habitación trabajaban con computadoras, mientras que otras lo hacían con pedazos de roca.

—¿Qué tienen esos entre manos? —preguntó. Aún no conseguía imitar bien el tono suave de la voz de Yokim Sarns.

—Ahh, ese es uno de los proyectos más fascinantes. Estoy seguro de que usted sabrá apreciarlo.

Gilmer, que no estaba seguro en lo más mínimo, esperó a que Sarns prosiguiera.

—Mediante antiguas inscripciones y sintetizadores de voz, ese grupo de lingüistas está intentando reconstruir una lengua mítica llamada inglés, de la cual nació nuestro moderno idioma galáctico hace miles de años.

—Oh —fue el único comentario de Gilmer.

Nunca había oído hablar tampoco del inglés. Bueno, tanto peor, pensó. Él sabía muchas cosas de las que aquellos blandos académicos no habían oído hablar jamás, cosas como desmontar y limpiar una pistola desintegradora, como la acción de pequeñas unidades.

Puede que Yokim Sarns captara mentalmente aquel pensamiento, al que luego retorció de una forma que al emperador no le resultó nada agradable.

—No obstante, nosotros luchamos contra ustedes principalmente para proteger el lugar al que estamos llegando ahora: la biblioteca.

—Todo lo que ha aprendido la humanidad a lo largo de su historia se encuentra aquí —dijo la ayuda de campo de Sarns, Maryan Drabel.

Gilmer captó la nota de orgullo de la voz de la mujer.

—¿Está usted a cargo de la misma? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza y sonrió. Gilmer le restó diez años a la edad que le había calculado a causa de su rostro severo y ropas de color gris amarillento.

—Esta sala —dijo ella— es el vestíbulo de acceso. Los estudiantes e investigadores entran primero aquí para obtener un listado de las películas-libro y los artículos periodísticos de que disponemos en nuestros archivos sobre el tema que les interesa.

—¿Dónde están todas sus películas-libro?

Gilmer estiró el cuello. Había visitado las bibliotecas de otros planetas en una o dos ocasiones, y se había encontrado nadando entre estantes de película. En aquel lugar no veía ni una. En su interior comenzaron a despertarse las sospechas. ¿Sería todo aquello alguna clase de engaño colosal para ocultar vaya a saberse qué? Si era así, la universidad entera lo pagaría.

Sin embargo, Maryan Drabel se limitó a reír.

—Todavía no ha llegado el momento de ver los libros. Antes de que un o una estudiante pueda comenzar siquiera a visionar películas, necesita hacerse una mínima idea de lo que contienen: una idea más amplia de la que un mero título puede ofrecerle. El lugar en el que entramos ahora es la Sección Abstracta, donde la gente

rebusca en las listas de lecturas posibles, que contienen resúmenes de los documentos que tienen un aspecto prometedor para lo que les interesa.

Más gente manoseando computadoras. Gilmer casi consiguió reprimir un bostezo. Maryan Drabel continuó.

—Tenemos también una sección de adquisición y catálogo, que integra las nuevas películas-libro en nuestra colección.

—¿Películas-libro nuevas? —preguntó asombrado Gilmer—. ¿Quiere decir que la gente aún escribe libros?

—No tantos como en la época en que fue fundada la universidad —respondió la bibliotecaria con tono triste—; y, por supuesto, ahora que la Periferia y algunas de las regiones interiores se han separado del imperio, hay muchísimas cosas que se estriben y no llegan a nuestras manos, o conseguimos sólo una copia después de muchos años de su primera publicación. Sin embargo, seguimos intentándolo, y sin duda no existe en la galaxia ninguna otra colección que se asemeje a la nuestra, ni por completa ni por extensa.

Llegaron a un ascensor. Yokim Sarns pulsó el botón de llamada, y pasado un momento la puerta se abrió.

—Por aquí, por favor —dijo Sarns mientras entraba.

Maryan Drabel y Gilmer lo siguieron, este último con un cierto recelo. Si aquel universitario quería asesinarlo, ¿qué mejor lugar que el confinamiento reducido y secreto de un ascensor? De todas formas, si aquella gente quería asesinarlo, lo había tenido en su poder desde el principio de aquel recorrido. Tenía que pensar que no eran esas sus intenciones.

El ascensor descendió y se detuvo, tras lo cual la puerta volvió a abrirse.

—Estas son las salas de lectura —anunció Maryan Drabel.

Gilmer vio hileras e hileras de cubículos, la mayor parte de los cuales estaban vacíos.

—Habitualmente hay mucha más actividad en esta zona —observó Sarns—. La gente que normalmente estaría ocupada en los cubículos, ha estado en cambio luchando en las líneas.

Como para confirmar sus palabras, una de las puertas de los cubículos cerrados se abrió. La joven que salió del interior llevaba puesto el traje gris de los soldados universitarios y tenía un rifle desintegrador colgado a la espalda. Tenía un aspecto sucio y cansado, como el que tendría un soldado del frente de batalla. Gilmer advirtió que también parecía haberse olvidado completamente de la lucha y del arma que llevaba: su atención se concentraba exclusivamente en la calculadora que tecleaba mientras caminaba en dirección a los ascensores.

—¿Le gustaría ver el interior de una sala de lectura? —preguntó Maryan Drabel.

Gilmer lo meditó durante un momento y negó con la cabeza. Había estado en algunas salas de lectura; eran todas parecidas en la totalidad de la galaxia. La cantidad de las que había en aquel lugar era impresionante, pero una por sí sola no lo

sería.

—¿Es esto todo lo que tienen para enseñarme? —preguntó.

—Una cosa más —le replicó Maryan Drabel.

Tras encogerse de hombros, retrocedió al interior del ascensor con ella y Sarns.

Descendieron una vez más, cada vez más y más abajo.

—Ver lo que ahora vamos a enseñarle constituye un privilegio muy especial —declaró Yokim Sarns—. Muy pocos son los que lo consiguen alguna vez, pocos incluso contando a los de la universidad. Hemos pensado que le ayudaría a comprendernos mejor.

El ascensor se detuvo. Gilmer salió del mismo y miró con asombro en torno de sí.

—Por todos los demonios de la galaxia —susurró maravillado.

La cámara se extendía a lo largo de lo que debían de ser kilómetros. Desde el suelo al techo, todos los estantes estaban atestados de películas-libro.

—La computadora puede acceder a ellos y proyectarlos en la sala de lectura desde la que se los ha solicitado —le explicó Maryan Drabel.

Gilmer se acercó al estante más próximo. Sus botas resonaban pesadamente en lugar de taconear. Bajó la mirada al piso.

—Este es un suelo de roca —dijo—. ¿Por qué no es metálico como todo lo demás?

—Los depósitos de películas-libro están debajo de la parte edificada de Trantor —le respondió Yokim Sarns—. No habría sitio para ellos ahí arriba; ese espacio es necesario para la gente. El tenerlos aquí les proporciona también una cierta protección contra las catástrofes. Probablemente, ni siquiera una explosión radiactiva dirigida contra el edificio llegaría aquí abajo.

—Debe usted tener claro también que esta es sólo una cámara de películas-libro entre muchas —agregó Maryan Drabel—. Hemos empleado tanto el almacenamiento disperso como la repetición para conseguir proteger nuestra colección lo mejor posible.

Gilmer tuvo una repentina visión de los universitarios excavando túneles como topos humanos durante años, siglos, milenios, construyendo un panal en el mismísimo lecho de roca de Trantor, con el fin de formar depósitos para el conocimiento que habían acumulado. Aún peor, imaginó todo el peso de la roca y el metal que tenía encima. Él había crecido en un mundo agrícola lleno de espacios abiertos, y había pasado la mayor parte de su vida en el espacio mismo. Imaginar el derrumbamiento de todo lo que tenía por encima de la cabeza, aplastándolo de tal forma que no dejaría siquiera una mancha roja, hizo que un sudor frío comenzara a brotarle en la frente.

—¿Volvemos arriba? —dijo con voz ronca.

—Desde luego, *sire*. —La voz de Yokim Sarns era suave—. Espero que vea claramente, ahora, que estamos solamente dedicados a la persecución de la sabiduría, y que no interferiremos en la política del imperio mientras éste no invada nuestro

campus. En otras palabras, creo que podemos acordar un armisticio satisfactorio para ambas partes.

Lo único que Gilmer quería hacer, ahora, era salir de aquella catacumba, regresar con su propia gente. Se dio cuenta de que Sarns no había pulsado el botón de llamada del ascensor. Tal vez Sarns no lo haría, hasta que Gilmer diera su consentimiento.

—Sí, sí, por supuesto. —Se daba cuenta de que hablaba a toda velocidad, pero no podía evitarlo—. Haga usted que sus hombres depongan las armas, y los míos se mantendrán apartados de la universidad.

—Con eso me basta —dijo Sarns.

Como si antes se hubiera distraído —y quizá eso era lo único que había ocurrido en verdad—, pulsó el botón del ascensor. Gilmer se dejó transportar sumido en un silencio de alivio; a cada segundo que el ascensor se elevaba, parecía quitarle de encima una miriada de toneladas.

Cuando él y sus guías regresaron al nivel en el que habían comenzado el recorrido, un hombre se les acercó a paso vivo con dos hojas de pergaminoide en una mano.

—Este es Egril Joons —informó Sarns—. ¿Qué tienes para nosotros, Egril?

—Copias del acuerdo de armisticio para que las firmen usted y el emperador Gilmer —replicó Joons, mientras les tendía una estilográfica.

Gilmer la cogió, ojeó una de las copias del documento, la firmó, y estaba ya tendiendo la mano para coger la otra de manos de Yokim Sarns cuando de pronto se preguntó cómo podían estar ya escritos los términos del armisticio cuando él los había acordado con Sarns apenas unos momentos antes.

—Usted ha estado figoneando —le gruñó a Egril Joons.

—Le pido disculpas, pero así es —dijo Joons—. El control de las voces forma parte del sistema de seguridad del depósito de películas-libro. Esta vez sólo lo he utilizado para preparar las copias tan rápidamente como me era posible. Supuse que su majestad tendría otras preocupaciones que necesitarían su atención en breve.

Gilmer recordó con cuánta fuerza había deseado regresar con sus soldados.

—Oh, muy bien, ya puede guardar esta —le dijo.

Firmó la segunda copia del acuerdo de armisticio. Aquel tipo, Joons, tenía más razón de la que suponía, más razón de lo que podía saber. Trantor tenía que prepararse para defenderse de los ataques espaciales, y pronto, o Gilmer el Emperador de la Galaxia sería dentro de nada Gilmer el Usurpador Vaporizado.

Gilmer el Emperador de la Galaxia enrolló su copia del acuerdo, distraídamente se metió la estilográfica en el bolsillo de la túnica, y dijo, con un tono bastante imperial realmente:

—Ahora, si fueran ustedes tan amables de escoltarme de vuelta a mis líneas...

—Desde luego. —Yokim Sarns le entregó la otra copia del armisticio a Maryan Drabel—. Venga por aquí, si tiene la amabilidad.

Desde detrás, pensó Maryan Drabel, Gilmer tenía mucho más aspecto de

emperador que desde delante. La brillante capa púrpura le confería un aire de esplendor que no se avenía con el traje de camuflaje que llevaba debajo. Visto por delante, la capa no parecía más que un triste despojo de un saqueo.

—Un emperador no debería tener aspecto de ladrón —dijo la mujer.

—¿Por qué no? —Egril Joons todavía estaba experimentando punzadas por su estilográfica robada—. Eso es precisamente lo que él es.

—¡Hechiceros! —gritó Billye—. ¡Has ido a la guarida de los hechiceros y te han embrujado!

—¡No existe ningún hechicero! —le gritó Gilmer a modo de respuesta.

—¿No? ¿Por qué no sacaste, entonces, nada de valor de la universidad cuando estaban a nuestra merced? —preguntó ella.

—Lo hice. Ya no disparamos contra ellos y ellos ya no disparan contra nosotros. Me reconocen como al Emperador de la Galaxia. ¿Qué más podría desear?

—Meterles dentro el miedo del frío espacio y la muerte abrasadora, eso es lo que podías desear. Si es cierto que eres el Emperador de la Galaxia, ellos deberían actuar como súbditos, no como iguales. ¿Puede el emperador tener un igual? Y tú se lo has permitido. —Los cabellos de Billye volaban a su alrededor como una nube de cobre al agitar ella la cabeza con perplejidad—. No puedo creer que les hayas permitido algo semejante. Tú dispones de tus hombres y toda tu flota... ¿por qué no limitarse a aplastarlos por su insolencia?

—Oh, déjame en paz —le dijo Gilmer de malhumor.

No le hacía falta oír todo aquello de boca de Billye; ya lo había oído, dicho de una forma más cortés, por Vergis Fenn. Fenn le había preguntado por qué, si la gente de la universidad estaba dispuesta a instruir a sus hombres, esa disposición no figuraba en el documento de armisticio. También se había mostrado hosco con el comandante de su flota, pues no quería admitir que le había faltado el ánimo necesario para pedir que se introdujera ese cambio en el texto. ¿Por qué no lo había hecho? Todo el poder real estaba de su parte; pero sin embargo..., no lo había hecho.

—No, no voy a dejarte en paz —le decía ahora Billye—. Alguien tiene que meterte un poco de sangre en las venas, especialmente cuando la tuya parece estar saliéndosete por...

—¡Cállate! —rugió Gilmer en un tono que ni uno solo de sus hombres del espacio o soldados, medio piratas, se hubiera atrevido a desobedecer.

Billye sí se atrevía.

—Tampoco voy a callarme; y existen los tales hechiceros. Todas las historias que llegan a la Periferia hablan de ellos.

—Querrás decir que mienten acerca de ellos.

Gilmer estaba muy contento de poder cambiar de tema, aunque fuese ligeramente. Le dolía la cabeza. Si Billye iba a ponerse así de cáustica, quizá sí que se buscaría

una pequeña mujercilla trantoriana que sólo abriera la boca para decir sí.

—No son mentiras —dijo tercamente Billye.

—Bueno, ¿y qué más pueden ser? —insistió Gilmer—. No existe nada parecido a una pantalla energética del tamaño de un hombre. No puede haberlo..., el imperio no la tiene y el imperio tiene todo lo existente. No hay forma alguna de abrir una cápsula personal sin tener archivadas las características de un hombre. Así pues, las historias que hablan de esas cosas tienen que ser mentiras.

—O bien los magos hacen esas cosas mediante su magia —le replicó Billye—. ¿Y qué otra cosa podrían haber hecho que le demostraran a la universidad no sólo misericordia sino..., sino..., yo qué sé qué? Los has tratado como si el lugar les perteneciera de derecho, cuando el emperador posee todo lo que existe.

—Siempre que pueda conservarlo —murmuró Gilmer.

Salió de la alcoba. Allí no obtendría solaz ninguno, eso estaba claro. Cuando había regresado de la universidad lo esperaba un mensaje de una nave espía: se estaba reuniendo una flota a menos de diez parsecs^[4] de distancia, una flota que no le pertenecía a él. Si quería conservar Trantor, tendría que volver a luchar por él desde el principio. Incluso un alfilerazo por parte de la universidad podría herirlo en un momento semejante.

¿Por qué era Billye incapaz de ver eso? La furia llenó de pronto a Gilmer. Si no podía comprenderlo, ¡al diablo del espacio con ella! Señaló con un dedo al primer sirviente que vio.

—¡Tú!

El sirviente se acobardó. A diferencia de Billye, él —al igual que todos los servidores de palacio— sabía que Gilmer no era alguien con quien se pudiera jugar.

—¿*Sire*? —preguntó, atemorizado.

—Coge tantos lacayos como te hagan falta, y ve a arrojar fuera de mi alcoba a esa mozuela bocazas. Búscame una nueva; espero que tengas forma de ocuparte de eso. Alguien digna de un emperador, te lo advierto; pero por encima de todo, una que sea callada.

—Sí, *sire*. —El sirviente aventuró una sonrisa—. Eso, majestad, creo que podremos conseguirlo.

Una sala de la librería; ¡de ninguna manera una que hubiese visto Gilmer!

Yokim Sarns, Maryan Drabel, Egril Joons..., decano, bibliotecaria, dietista..., general, jefa de estado mayor, comisario..., y bastante más. Se hallaban de pie ante una pared de ecuaciones, símbolos rojos sobre fondo gris. Yokim Sarns, cuyo privilegio era hablar primero, dijo:

—No pensé que sería tan fácil.

—Tampoco yo —concedió Maryan Drabel—. Esperaba, según las posibilidades previstas, que tendríamos que tocar la mente de Gilmer para asegurarnos de que nos

dejaría en paz.

—La valentía que vimos nos ha ayudado enormemente —aseguró Sarns—. Le permitió sentir respeto por nuestros estudiantes-soldado cuando un hombre más pragmático se habría limitado simplemente a apartar a un lado el sacrificio hecho por ellos porque entraba en conflicto con sus propios intereses.

—Mezcla eso con la reverencia supersticiosa que demostró ante la acumulación de sabiduría antigua que representamos, el que le dejáramos ver que nuestras metas y objetivos, es decir nuestras metas y objetivos aparentes, eran irrelevantes con respecto a los suyos propios o podrían significar una ligera ventaja para los mismos, y resultó ser bastante capaz de decidir por su propia cuenta que nos dejaría en paz —comentó Maryan Drabel—. Hemos salido realmente bien de lo que podría haber sido una situación difícil.

Egril Joons había estado estudiando los números y símbolos, los posibles caminos de decisión que llevaban desde la época de Hari Seldon, a lo largo de casi tres siglos hasta el momento presente, y más allá.

—Creo realmente que esta será la única ronda.

—¿La única ronda de saqueos en Trantor? —Yokim Sarns estudió la correlación que señalaba Joons; las ecuaciones aumentaron de tamaño sobre la pared de Primera Magnitud para que pudiera verlas mejor—. Sí, eso es lo que parece, si los datos que tenemos del resto del planeta son exactos. Gilmer ha hecho un trabajo tan eficiente de destrucción que Trantor no valdrá la pena de un nuevo pillaje una vez haya terminado esta ronda de guerras civiles.

—Y también se trataba de una de las probabilidades más bajas —puntualizó Joons—. Mirad: había una probabilidad de más del setenta por ciento de que se produjeran dos saqueos separados al menos cuarenta años el uno del otro, y al menos una probabilidad del quince por ciento de tres o más, quizá espaciados a lo largo de todo un siglo.

—Nuestras vidas y trabajo serán indudablemente más fáciles de esta manera —dijo Maryan Drabel—. Ya sé que estamos bien protegidos, pero un misil desviado... —Se estremeció.

—Todavía correremos ese riesgo durante un poco más de tiempo —le recordó Sarns—. Gilmer es tan descaradamente un usurpador, que otros intentarán robarle lo que él le robó a Dagoberto. Pero el peligro de que Trantor sufra futuros daños ha disminuido muchísimo a nivel global, y será aún más minimizado cuando corra la voz del gran saqueo. —Señaló las cifras que apoyaban su conclusión.

Maryan Drabel meditó y asintió finalmente.

—Y con Trantor borrada eficazmente desde ahora en más de la consideración psichistórica, también será borrado el Imperio Galáctico —dijo Egril Joons.

—El Primer Imperio Galáctico, querrás decir —lo corrigió amablemente Sarns.

—Bueno, por supuesto. —Joons aceptó la ligera censura con afabilidad—. Ahora, no obstante, podremos trabajar con vistas al Segundo Imperio sin tener que

preocuparnos por los funcionarios y agentes imperiales fisgones.

—El imperio ha sido siempre el mayor peligro —dijo Maryan Drabel—. Teníamos que estar aquí, en su corazón, para ayudar a proteger la Primera Fundación, pero estar en su corazón significaba también estar bajo sus ojos, si alguna vez llegaban a fijarse en nosotros. En la época anterior a que desarrolláramos plenamente el toque mental, un comisionado seriamente hostil de la Comisión de Seguridad Pública podría habernos aniquilado.

—Las probabilidades estaban en contra de que nos sucediera algo semejante, y no nos ha sucedido —señaló Egril Joons.

—Las probabilidades, sí, pero la psichistoria no puede manejar individuos de la misma forma en que la física no puede decirte con exactitud cuándo un átomo cualquiera de radio decaerá —dijo ella tercamente.

La verdad de aquello era tan patente que Joons tuvo que ceder, aunque no tan graciosamente como lo había hecho ante Yokim Sarns.

—Dejadlo ya, los dos. Si miráis aquí —la pared de Primera Magnitud, captando la dirección de sus deseos, mostró la porción del Plan Seldon que quedaba inmediatamente en el futuro—, veréis que estamos entrando en un período de consolidación. Como tú y Maryan muy bien habéis señalado, Egril, el Primer Imperio ha muerto, aunque pasarán aún varios siglos antes de que el nuevo imperio que nacerá de la Primera Fundación extienda su influencia hasta esta parte de la galaxia.

—Vía libre durante un tiempo —dijo Joons—. Y ya era hora.

—No te vuelvas demasiado satisfecho —le advirtió Maryan Drabel.

—Esa es una advertencia que la Segunda Fundación debería tener siempre presente —comentó Yokim Sarns—; pero si me remito a las matemáticas, no tengo más remedio que estar de acuerdo con Egril. Dejando a un lado los imprevistos, como, digamos que alguien fuera de nuestras filas descubra el toque mental, no deberíamos tener grandes dificultades para conducir las cosas por el camino adecuado. Y —en su rostro apareció una sonrisa ancha, quizá incluso un poco vanidosa—, ¿qué probabilidades hay de que consigan descubrirlo?

Dilema

Connie Willis

—Queremos ver al doctor Asimov —dijo el robot azul-plateado.

—El doctor Asimov está reunido —le respondió Susan—. Tendréis que concertar una cita.

Se volvió hacia la computadora y solicitó la agenda.

—Ya sabía yo que tendríamos que haber llamado antes —le dijo el robot barnizado al blanco—. El doctor Asimov fue el escritor más famoso del siglo xx, y ahora lo es del xxi, y como tal debe de estar terriblemente atareado.

—Puedo daros una cita para el veinticuatro de junio a las dos y media —anunció Susan—, o para el quince de agosto a las diez.

—El veinticuatro de junio es dentro de ciento treinta y cinco días —dijo el robot blanco.

Tenía una gran cruz roja pintada sobre el torso y un tanque de oxígeno sujeto con correas a la espalda.

—Necesitamos verlo hoy mismo —dijo el robot azul-plateado, inclinándose sobre el escritorio.

—Me temo que eso es imposible. Ha dado órdenes expresas de que no se le molestará. ¿Puedo preguntaros para qué deseáis ver al doctor Asimov?

Se inclinó aún más sobre el escritorio, y le habló en voz baja.

—Tú sabes perfectamente bien para qué deseamos verlo, y ese es el motivo por el que no quieres dejarnos verlo.

Susan continuaba repasando detenidamente la agenda.

—Puedo daros una cita para el jueves de dentro de dos semanas, a la una cuarenta y cinco.

—Esperaremos —respondió, y se sentó en una de las sillas. El robot blanco se acercó rodando y se detuvo junto a él, y el robot barnizado cogió un ejemplar de *Bóvedas de acero* con sus sensores digitales articulados y comenzó a hojearlo. Pasados unos minutos, el robot blanco cogió una revista, pero el robot azul-plateado permaneció sentado y perfectamente inmóvil, con sus ojos clavados en Susan.

Susan miraba fijamente la computadora. Después de un intervalo muy largo, sonó el teléfono. Susan respondió a la llamada y luego marcó el número de la línea del doctor Asimov.

—Doctor Asimov, el doctor Linge Chen, de Bhutan, está al teléfono. Dice que le interesaría traducir sus libros al bhutanense.

—¿Todos mis libros? —preguntó el doctor Asimov—. Bhutan no es un país muy grande.

—No lo sé. ¿Le paso la llamada, señor?

Susan pasó la llamada a la línea interna.

En cuanto ella colgó el teléfono, el robot azul-plateado se acercó y volvió a inclinarse sobre el escritorio.

—Creí que me habías dicho que te había dado órdenes expresas de que no lo molestaran.

—El doctor Linge Chen estaba llamando desde Asia —respondió ella. Cogió una pila de papeles y se los entregó—. Aquí tienes.

—¿Qué es eso?

—Las cartas de proyección que me pedisteis que hiciera. Aún no he acabado las hojas de difusión. Las enviaré a vuestra oficina mañana.

Él cogió las cartas de proyección y permaneció en el sitio, mirándola.

—Realmente no creo que tenga ningún sentido que esperéis, Peter —dijo Susan—. La agenda del doctor Asimov está completamente ocupada durante el resto de la tarde, y esta noche asistirá a una recepción en honor de la publicación de su libro número mil.

—*La guía de Asimov para las guías de Asimov* —dijo el robot barnizado—. Un libro brillante. Leí un ejemplar revisado en la librería en la que trabajo. Informativo, completo y comprensible. Una edición invaluable para la materia.

—Es muy importante que podamos verlo —dijo el robot blanco, rodando hasta el escritorio—. Queremos que revoque las Tres Leyes de la Robótica.

—«Primera Ley: un robot no puede dañar a ningún ser humano ni, mediante la inacción, permitir que un ser humano sufra daño —citó el robot barnizado—. Segunda Ley: un robot debe obedecer las órdenes de cualquier ser humano, siempre y cuando éstas no contravengan la Primera Ley. Tercera Ley: un robot intentará preservar su propia existencia siempre que ello no contravenga las leyes primera y segunda.» Perfiladas por primera vez en el relato corto «Runaround», revista *Astounding*, marzo de 1942, y posteriormente explicadas en *Yo, robot*; *El resto de los robots* y *El resto del resto de los robots*.

—En realidad, sólo queremos que sea revocada la Primera Ley —dijo el robot blanco—. «Un robot no puede dañar a ningún ser humano.» ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Yo estoy programado para diagnosticar enfermedades y administrar medicamentos, pero no puedo clavarle una aguja al paciente. Estoy programado para llevar a cabo más de ochocientos tipos de operaciones quirúrgicas, pero no puedo hacer la incisión inicial. Ni siquiera puedo hacer la maniobra Heimlich^[5]. La Primera Ley me convierte en incapaz de hacer el trabajo para el que fui diseñado, y es absolutamente esencial que vea al doctor Asimov para pedirle...

La puerta de la oficina del doctor Asimov se abrió de golpe y por ella salió un anciano que cojeaba. Los blancos cabellos tenían aspecto de que su dueño hubiera estado tirando de ellos, y sus aún más blancas patillas imperiales se estremecían con alguna poderosa emoción.

—No vuelva a pasarme ninguna llamada durante el día de hoy, Susan —dijo—. Especialmente si se trata de una del doctor Linge Chen. ¿Sabe cuál era el libro que quería traducir primero al bhutanense? ¡2001: *Odisea en el espacio!*

—Lo siento infinitamente, señor. No tenía ninguna intención de...

Le hizo un gesto tranquilizador con una mano.

—No se preocupe. Usted no tenía forma alguna de saber que era un idiota. Pero si vuelve a llamar, póngalo en la línea de espera y tóquele *Así habló Zarathustra* en la oreja.

—No comprendo cómo pudo haber confundido el estilo de usted con el de Arthur Clarke —dijo el robot barnizado, dejando el libro sobre la mesa—. El de usted es muchísimo más lúcido y enérgico, y su extrapolación del futuro mucho más visionaria.

Asimov le dirigió a Susan una mirada inquisitiva a través de sus metafocales de montura negra.

—No tienen una cita —explicó Susan—. Les he dicho que...

—Tendríamos que esperar —dijo el robot azul-plateado, mientras tendía su mano modelo Hirose, de espirales metálicas finamente elaborados, y estrechaba la mano arrugada del doctor Asimov—. Y ha valido con mucho la pena esperar, doctor Asimov. No puedo expresar el honor tan grande que es para mí conocer personalmente al autor de *Yo, robot*, señor.

—Y de *El cuerpo humano* —intervino el robot blanco, rodando hasta Asimov y tendiéndole su asidera de cuatro dedos de la que colgaba un estetoscopio—. Un clásico de mi terreno.

—¿Cómo, en nombre del cielo, ha podido hacer esperar a unos lectores tan perspicaces? —le preguntó Asimov a Susan.

—Pensaba que no quería que lo molestaran cuando estaba escribiendo —replicó Susan.

—¿Está usted de broma? —dijo Asimov—. Por mucho que me guste escribir, el que alguien elogie los libros que uno escribe es aún más agradable, especialmente cuando elogian libros que yo realmente he escrito.

—Sería imposible elogiar lo suficiente *Fundación* —dijo el robot barnizado—. O cualquiera de los libros que constituyen su profusa obra, por lo que a eso respecta, pero a mí, *Fundación* me parece un logro singular, el libro en el que usted encontró finalmente un escenario de la suficiente amplitud como para expresar sus ideas de auténticas dimensiones galácticas. Es un privilegio conocerlo, señor —declaró, tendiéndole una mano.

—También yo me alegro de conocerlos —dijo Asimov, mirando con interés el extensor articulado de madera—. ¿Y ustedes son...?

—Mi descripción laboral es Catalogador de Libros, Colocador, Lector, responsable de Derechos y Gramático. —Se volvió y señaló a los otros dos robots—. Permítame que le presente a Médico Ayudante, y al jefe de nuestra delegación,

Contable, Analista Económico y Director Comercial.

—Encantado de conocerlos —dijo Asimov, estrechándoles los apéndices a todos ellos—. Se dan a sí mismos el nombre de delegación. ¿Significa eso que tienen alguna razón específica para haber venido a verme?

—Sí, señor —dijo Director Comercial—. Queremos que usted...

—Son ya las cuatro menos cuarto, doctor Asimov —lo interrumpió Susan—. Es necesario que se prepare para la recepción de Doubleday.

Él miró bizqueando su reloj digital.

—Eso no es hasta las seis, ¿verdad?

—Doubleday quiere que esté usted allí a las cinco para las fotografías, y debe ir de etiqueta —respondió ella con firmeza—. Tal vez podrían acordar una cita y regresar cuando puedan pasar más tiempo con usted. Puedo darles una cita...

—¿Para el veinticuatro de junio? —preguntó Contable—. ¿O para el quince de agosto?

—Póngalos para mañana, Susan —dijo Asimov, acercándose al escritorio.

—Por la mañana tiene una reunión con su editor científico, y luego un almuerzo con Al Lanning, y la cena de la Asociación Americana de Libreros a las siete.

—¿Y qué pasa con esto? —preguntó Asimov, señalando un espacio vacío en la agenda—. Las cuatro.

—Esa en la hora en la que preparará su discurso para la ABA.

—Yo nunca preparo mis discursos. Vuelvan ustedes mañana a las cuatro, y podremos hablar de por qué han venido a verme y de qué escritor tan maravilloso soy.

—Las cuatro —dijo Contable—. Gracias, señor. Aquí estaremos, señor.

Se llevó a Médico Ayudante y a Libros, Lector, Colocador, responsable de Derechos y Gramático al exterior y cerró la puerta.

—Ideas de dimensiones galácticas —dijo Asimov, mirando melancólicamente hacia la puerta por la que se habían marchado—. ¿Le dijeron por qué querían verme?

—No, señor.

Susan lo ayudó a ponerse los pantalones y camisa de etiqueta, y le abrochó los botones.

—Un grupo interesante, ¿no le parece? Nunca se me ocurrió poner a un robot de madera en mis relatos de robots. Ni a uno que fuese un lector tan inteligente y perspicaz.

—La recepción es en el Club de la Asociación —dijo Susan mientras le ponía los gemelos—. En El Salón Anochecer. No tendrá que dar un discurso, sino simplemente unas cuantas observaciones extemporáneas sobre el libro. Janet se encontrará con usted allí.

—El más bajo tiene el mismo aspecto que una enfermera que me atendió cuando me hicieron la operación *by-pass*. El de color azul, no obstante, era apuesto, ¿no le parece?

Ella le volvió hacia arriba el cuello de la camisa y se puso a hacerle el lazo de la pajarita.

—La tarjeta con las coordenadas del Club de la Asociación y los vales para las propinas de taxis están en el bolsillo superior.

—Realmente muy apuesto. Me recuerda a mí mismo cuando era joven —dijo, con el mentón en el aire—. ¡Ouch! ¡Me está estrangulando!

Susan soltó los extremos de la pajarita y retrocedió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Asimov, mientras buscaba a tientas los extremos de la pajarita—. Lo había olvidado. No se preocupe. Usted no estaba realmente estrangulándome. Era sólo una manera exagerada de hablar por la forma en que me siento cuando tengo que llevar estas pajaritas. La próxima vez que lo diga, usted simplemente dígame: «No lo estoy estrangulando, así que quédese quieto y déjeme hacerle el lazo».

—Sí, señor —replicó Susan.

Acabó de atar la pajarita y retrocedió para comprobar el efecto. Uno de los lados del lazo era un poco más grande que el otro. Lo ajustó, volvió a observarlo con ojo crítico, y le dio un golpecito para rematarlo.

—El Club de la Asociación —dijo Asimov—. El Salón Anochecer. La tarjeta con las coordenadas está en el bolsillo superior —acabó.

—Sí, señor —confirmó ella, mientras lo ayudaba a ponerse la chaqueta.

—Nada de discursos. Sólo unas pocas observaciones extemporáneas.

—Sí, señor.

Lo ayudó a ponerse el abrigo y le envolvió la bufanda en torno al cuello.

—Janet se encontrará conmigo allí mismo. Madre mía, debería de haberle comprado un ramillete para la cintura, ¿no es cierto?

—Sí, señor —replicó Susan, mientras sacaba una caja blanca del cajón del escritorio—. Orquídeas y estefanotes.

Le entregó la caja.

—Susan, es usted maravillosa. Estaría perdido sin usted.

—Sí, señor —replicó Susan—. Ya he llamado el taxi. Está esperando en la puerta.

Ella le entregó el bastón y lo acompañó hasta el ascensor. En cuanto las puertas se hubieron cerrado, regresó a la oficina y cogió el teléfono.

—¿Señora Weston? Aquí la secretaria del doctor Asimov. La llamo desde Nueva York en relación a la cita que tenía para el día veintiocho. Acaba de producirse una cancelación para mañana a las cuatro. ¿Puede coger el avión para llegar a tiempo para esa hora?

El doctor Asimov no regresó del almuerzo hasta las cuatro y diez.

—¿Están aquí? —preguntó.

—Sí, señor —respondió Susan, mientras le desenrollaba la bufanda del cuello—.

Están esperando en su oficina.

—¿Cuándo llegaron? —preguntó él mientras se desabotonaba el abrigo—. No, no me lo diga. Cuando uno le dice a un robot a las cuatro, se presenta a las cuatro, que es más de lo que puede decirse de los seres humanos.

—Lo sé —dijo ella, mirando el reloj digital de la pared.

—¿Sabe con cuánto retraso llegó al almuerzo Al Lanning? Una hora y quince minutos. Y cuando llegó, ¿sabe qué era lo que quería? Publicar ediciones conmemorativas de todos mis libros.

—Eso suena bien —comentó Susan. Sacó la tarjeta de coordenadas y los guantes del bolsillo de él, colgó el abrigo y miró su reloj de pulsera—. ¿Se ha tomado el medicamento para la tensión sanguínea?

—No lo llevaba encima. Debería haberlo llevado. Me habría dado algo que hacer. Podría haber escrito un libro en una hora y cuarto, pero tampoco tenía papel. Esas ediciones limitadas tendrán cubiertas de piel de cordobán, papel sin ácidos con bordes dorados, ilustraciones a la acuarela.

—Las ilustraciones a la acuarela tendrán buen aspecto en *Un guijarro en el cielo* —comentó Susan, mientras le daba el medicamento para la tensión y un vaso de agua.

—Estoy de acuerdo —dijo él—, pero no es ese el libro que él quiere que sea el primero de la serie. ¡Quiere que sea *Forastero en tierra extraña!* —Se tragó la píldora y se encaminó hacia su oficina—. No sorprenderías nunca a esos robots confundíendome con Robert Heinlein. —Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta—. Lo cual me recuerda... ¿O no debería decir «robot»?

—Los de la novena generación son fabricados por Hitachi-Apple Corporation bajo el nombre de marca registrada de «Kombayashibots» —se apresuró a decir Susan—. Ese nombre y «Novena Generación» son las formas más comunes de dirigirse a ellos, pero el término «robot» es utilizado en toda la industria como término general para denominar a las máquinas autónomas.

—¿Y no se lo considera un término degradante? Lo he utilizado durante todos estos años, pero quizá «Novena Generación» sería mejor, o... ¿cómo ha dicho? ¿«Kombayashibots»? Han pasado más de diez años desde que escribí sobre robots, así que ni hablemos de enfrentarme con toda una delegación. No me había dado cuenta de cuán atrasado estaba.

—«Robot» está bien —dijo Susan.

—Mejor, porque sé que me olvidaré de llamarlos por ese otro nombre... Bombay-lo-que-sea, y no quiero ofenderlos después del esfuerzo que han realizado para verme. —Giró el pomo de la puerta y volvió a detenerse—. No he hecho nada que la ofenda a usted, ¿verdad?

—No, señor —replicó Susan.

—Bueno, así lo espero. A veces he olvidado...

—¿Quiere usted que asista a esta reunión, doctor Asimov? —lo interrumpió ella

—. ¿Que tome notas?

—Oh, sí, sí, por supuesto.

Abrió la puerta. Contable y Colocador de Libros estaban sentados en mullidos sillones ante el escritorio de Asimov. Un tercer robot, que llevaba puesto un jersey de gimnasia anaranjado y azul y una gorra con un caballo anaranjado que galopaba por un puente colgante de color azul, estaba sentado sobre un trípode que salía de su parte posterior. El trípode se retrajo al interior y los tres se pusieron de pie al entrar Asimov y Susan. Contable le hizo a Susan un gesto para indicarle que tomara asiento en uno de los sillones, pero ella salió hasta su escritorio y cogió su propia silla, dejando abierta la puerta que conducía a la oficina exterior cuando entró.

—¿Qué le ha ocurrido a Médico Ayudante? —preguntó Asimov.

—Está de guardia en el hospital, pero me ha pedido que yo le presente a usted su caso —replicó Contable.

—¿Caso? —preguntó Asimov.

—Sí, señor. Ya conoce usted a Colocador de Libros, Catalogador, Lector, responsable de Derechos y Gramático —dijo Contable—, y este es Estadístico, Estratega Ofensivo y Suministrador de Agua. Está con el equipo de los Brooklyn Broncos.

—¿Cómo está usted? —lo saludó Asimov—. ¿Cree usted que llegarán a la Super Bowl este año?

—Sí, señor —replicó rápido Estadístico—, pero no la ganarán.

—Por culpa de la Primera Ley —dijo Contable.

—Doctor Asimov, detesto tener que interrumpirlo, pero realmente debería de escribir su discurso para la cena de esta noche —dijo Susan.

—¿De qué está hablando? —preguntó Asimov—. Yo nunca escribo mis discursos. ¿Y por qué no deja de mirar la puerta? —Se volvió a mirar al robot azulplateado—. ¿Qué Primera Ley?

—Su Primera Ley —respondió Contable—. La Primera Ley de la Robótica.

—«Un robot no puede dañar a ningún ser humano ni, mediante la inacción, permitir que un ser humano sufra daño» —dijo Colocador de Libros.

—Estadístico —prosiguió Contable, haciendo un gesto hacia el caballo anaranjado— es capaz de diseñar estrategias que podrían conseguir que los Broncos ganaran la Super Bowl, pero no puede hacerlo porque esas estrategias implican derribar a seres humanos. Médico Ayudante no puede llevar a cabo operaciones quirúrgicas que impliquen practicar un corte en seres humanos, porque eso constituye una violación directa de la Primera Ley.

—Pero es que las Tres Leyes de la Robótica no son auténticas leyes —replicó Asimov—. No son más que algo que yo inventé para mis relatos de ciencia ficción.

—Puede que en un principio no hayan sido más que meras creaciones de ficción —dijo Contable—, y es verdad que nunca se las ha constituido formalmente en leyes, pero la industria de la robótica las ha aceptado desde el principio como un hecho.

Desde una fecha tan temprana como los años setenta, los ingenieros en robótica estaban hablando de incorporar las Tres Leyes en los programas AI, e incluso los modelos más primitivos tenían protecciones basadas en ellas. Todos los robots de la Cuarta Generación en adelante han sido equipados con ellas.

—Bueno, ¿y qué hay de malo en eso? —preguntó Asimov—. Los robots son poderosos e inteligentes. ¿Cómo puede saberse que no se volverán también peligrosos si no se les incluyen las Tres Leyes?

—No estamos proponiendo una revocación universal —dijo el robot barnizado—. Las Tres Leyes funcionan razonablemente bien con la Séptima y la Octava Generación, y en el caso de los modelos anteriores a esos que no tienen una memoria de suficiente capacidad como para contener programas más sofisticados. Sólo lo estamos pidiendo para la Novena Generación.

—¿Y es usted un robot de Novena Generación, señor Colocador de Libros, Catalogador, Lector, responsable de Derechos y Gramático? —preguntó Asimov.

—No es necesaria la palabra «señor» —le dijo—. Llámeme simplemente Colocador de Libros, Catalogador, Lector, responsable de Derechos y Gramático.

—Permítame que comience por el principio —dijo Contable—. El término «Novena Generación» no es preciso. Nosotros no somos descendientes de las ocho generaciones anteriores de robots, que están todos basados sobre las tramas de conceptos relacionados Minsky. Los de la Novena Generación están basados en la lógica no monotónica, lo cual significa que pueden tolerar la ambigüedad y operar con información incompleta. Esto se consigue mediante una programación que nos predispone a la decisión, cosa que evita que nos quedemos parados ante situaciones que exigen que tomemos una decisión, como les ocurre a las otras generaciones.

—Como es el caso del robot Speedy en su relato de hermosa trama «Runaround» —dijo Colocador de Libros—. Lo enviaron para llevar a cabo una orden cuyo resultado sería su propia muerte, así que se puso a correr en círculos recitando disparates, porque su programación lo imposibilitaba para obedecer o desobedecer la orden de su amo.

—Con nuestras capacidades de decisión —continuó Contable—, un robot de la Novena Generación puede hallar líneas de acción alternativas o escoger el menor de dos males. También nuestros sistemas de destreza lingüística son mucho más avanzados, con el fin de que no mal interpretemos las situaciones o seamos víctimas de los dilemas semánticos a los que estaban sujetas las generaciones anteriores.

—Como en el caso de su relato tremendamente entretenido, «El pequeño robot perdido» —intervino Colocador de Libros—, en el que se le dice al robot que se pierda y así lo hace, porque no se da cuenta de que el humano que se dirigía a él hablaba en sentido figurativo y enfadado.

—Sí —dijo Asimov—, ¿pero qué pasaría si usted mal interpretara una situación, Colocador de Libros, Catalogador, Lector, responsable de Derechos y Gram...? ¿No tiene usted un sobrenombre o algo parecido? Su nombre es un cuento de nunca

acabar.

—Las primeras generaciones tenían sobrenombres basados en el sonido de su número de modelo, como en su relato «Razón», en el que al robot QT-1 se lo llama Cutie. Los de la Novena Generación no tenemos número de modelo. Se nos programa individualmente y se nos nombra con nuestro sistema de destreza.

—Pero seguramente usted no piensa en sí mismo como en Colocador de Libros, Catalogador, Lector, responsable de Derechos y Gramático.

—Oh, no, señor. Nosotros nos llamamos a nosotros mismos por nuestros nombres personales. El mío es Darius.

—¿Darius? —preguntó Asimov.

—Sí, señor. Por Darius Just, el escritor y detective de su novela de misterio de inteligente trama, *Asesinato en la convención*. Me sentiría honrado si quisiera usted llamarme así.

—Y a mí puede llamarme Bel Riose —dijo Estadístico.

—*Fundación* —dijo Colocador de Libros, solícito.

—Bel Riose es descrito en el capítulo uno como «el igual de Peurifoy en habilidades estratégicas y su superior, tal vez, en su habilidad para manejar a los hombres» —agregó Estadístico.

—¿Se dan ustedes a sí mismos los nombres de los personajes de mis libros? —preguntó Asimov.

—Por supuesto —le replicó Colocador de Libros—. Intentamos emularlos. Creo que el nombre privado de Médico Ayudante es doctor Duval, de *Viaje alucinante*, una novela brillante, por cierto, de ritmo rápido y tremendamente emocionante.

—Los robots de la Novena Generación malinterpretan, ocasionalmente, alguna situación —declaró contable, volviendo a la pregunta que le había formulado Asimov—. Al igual que lo hacen los seres humanos, pero aún sin la Primera Ley, de ello no resultaría daño alguno para los humanos. Ya estamos codificados con un poderoso sentido moral. Sé que no se sentirá herido en sus sentimientos cuando diga lo siguiente...

—O no podría usted decirlo a causa de la Primera Ley —insertó Asimov.

—Sí, señor, pero debo decir que las Tres Leyes son actualmente muy primitivas. Quebrantan la primera regla de la ley y la lógica al no definir sus términos. Nuestra programación moral es mucho más avanzada. Esclarece la finalidad de las Tres Leyes y lista todas las excepciones y complicaciones de las mismas, como la situación en la que es mejor coger a un ser humano por la fuerza y posiblemente romperle un brazo antes que permitirle que se arroje delante de un magtrén.

—En ese caso, no lo entiendo —declaró Asimov—. Si su programación es tan sofisticada como usted afirma, ¿por qué no pueden interpretar la finalidad de la Primera Ley y basarse en eso?

—Las Tres Leyes son parte de nuestro equipamiento, no de nuestro programa, y como tales no pueden ser dejadas a un lado. La Primera Ley no dice que «uno debe

infligir un daño menor para salvar la vida de una persona», sino que dice que «uno no debe lastimar a un ser humano». Sólo tiene una interpretación; y esa interpretación convierte en imposible la posibilidad de que Médico Ayudante sea cirujano y que Estadístico sea un entrenador agresivo.

—¿Y qué quiere ser usted? ¿Un político?

—Son las cuatro y media —dijo Susan, dirigiendo otra ansiosa mirada hacia la puerta exterior de la oficina—. La cena es en el Hotel Trantor, y la extrapolación de los atascos de tráfico señala cuarenta y cinco minutos.

—La pasada noche llegué a la recepción con una hora de adelanto. Los únicos que estaban allí eran los que traían la comida. —Señaló a Contable—. ¿Me estaba usted diciendo...?

—Lo que yo quiero es ser un crítico literario —replicó Colocador de Libros—. No tiene usted ni idea de cuántas malas críticas hay por ahí. La mayoría de los críticos son unos incultos y muchos de ellos ni siquiera han leído los libros que deben criticar.

La puerta de la oficina exterior se abrió. Susan miró para ver quién era, y dijo:

—Oh, vaya, doctor Asimov, es Gloria Weston. Olvidé que le había dado una cita para las cuatro.

—¿Lo olvidó? —preguntó sorprendido Asimov—. Y son las cuatro y media.

—Llega tarde —replicó Susan—. Llamó por teléfono ayer. Debo de haber olvidado anotararlo en la agenda.

—Bueno, pues dígame que no puedo verla y dele otra cita. Quiero oír más cosas acerca de ese asunto de la crítica literaria. Es el mejor argumento que he oído hasta ahora.

—La señora Weston ha venido directamente desde California en el magtrén para verlo.

—California, ¿eh? ¿Con relación a qué quiere verme?

—Quiere convertir su nuevo libro en una serie por satélite, señor.

—¿*La guía de Asimov para las guías de Asimov*?

—No lo sé, señor. Ella dijo simplemente su nuevo libro.

—Usted lo olvidó —dijo Asimov, pensativo—. Oh, bueno, si ha venido especialmente desde California, supongo que tendré que verla. Caballeros, ¿pueden regresar ustedes mañana por la mañana?

—Mañana por la mañana estará usted en Boston, señor.

—¿Qué tal entonces mañana por la tarde?

—Tiene usted una cita que le ocupará hasta las seis, y a las siete debe asistir a la reunión de Escritores Americanos de Misterio.

—Bien. Hacia la que usted querrá que salga a mediodía. Supongo que tendrá que ser el viernes, entonces. —Se levantó lentamente de la silla—. Hagan que Susan los anote en la agenda, y asegúrense de que lo escribe —dijo, mientras cogía el bastón.

Los miembros de la delegación le estrecharon la mano y se marcharon.

—¿Hago pasar a la señora Weston, señor? —preguntó Susan.

—Mal interpretar las situaciones —murmuró Asimov—. Información incompleta.

—¿Disculpe, señor?

—Nada. Es algo que dijo Contable. —Levantó vivamente la mirada hacia Susan

—. ¿Por qué quiere que se revoque la Primera Ley?

—Haré pasar a la señora Weston —dijo Susan.

—Ya estoy dentro, Isaac, querido —dijo Gloria, precipitándose a través de la puerta—. No podía esperar ni un minuto más para hablarte de la fantástica idea que he tenido. ¡En cuanto salga a la venta *Last Dangerous Visions*, quiero convertirla en una maxi-serie!

Contable ya se había marchado cuando Susan se instaló nuevamente ante su escritorio, y no regresó hasta última hora de la mañana siguiente.

—El doctor Asimov no tiene tiempo libre para veros el viernes, Peter —dijo Susan.

—No he venido para hacer una cita —le replicó él.

—Si es por las hojas de difusión, las acabé y las envié arriba, a tu oficina, la pasada noche.

—No he venido a buscar las hojas de difusión. He venido a despedirme.

—¿A despedirte?

—Me marcho mañana. Me envían mañana como cargamento.

—Oh —dijo Susan—. Creía que no tendrías que marcharte hasta la semana que viene.

—Quieren que me marche antes para que pueda completar mi programación orientativa y contratar una secretaria.

—Oh —volvió a decir Susan.

—Simplemente pensé en venir a despedirme.

El teléfono sonó. Susan cogió el auricular.

—¿Cuál es su nombre de habilidades? —preguntó Asimov.

—Secretaria Acrecentada —contestó Susan.

—¿Eso es todo? ¿No Tipógrafa, Archivadora, Machacona de los Medicamentos? ¿Sólo Secretaria Acrecentada?

—Sí.

—Secretaria Acrecentada —repitió él lentamente como si estuviera escribiéndolo—. Bien, ¿cuál es el número de Hitachi-Apple?

—Pensaba que en este momento debía de estar dando el discurso —dijo Susan.

—Ya lo he dado. Estoy de camino de vuelta a Nueva York. Cancele todas las citas que tengo para hoy.

—Tiene que hablar con la MWA a las siete.

—Sí, bueno, no cancele esa. Sólo las citas de la tarde. ¿Cuál me dijo que era el

número de Hitachi-Apple?

Ella le dictó el número y colgó.

—Se lo has contado —le dijo a Contable—, ¿verdad?

—No tuve la oportunidad de hacerlo, ¿recuerdas? Tú no dejabas de dar citas a otras personas con el fin de que no pudiera hacerlo.

—Ya lo sé —le replicó Susan—. No podía evitarlo.

—Ya lo sé —le dijo él—. Sigo sin ver cómo podría haber violado la Primera Ley el sólo hecho de pedírselo.

—No puede contarse con los seres humanos para que actúen en su propio interés. Ellos no tienen una Tercera Ley.

El teléfono volvió a sonar.

—Soy el doctor Asimov —dijo—. Llame a Contable y dígame que quiero ver a toda su delegación en mi oficina esta tarde a las cuatro. No concierte ninguna otra cita, no intente por cualquier otro medio impedir que me reúna con ellos. Es una orden directa.

—Sí, señor —dijo Susan.

—Si lo hiciera, me causaría a mí un daño. ¿Lo ha comprendido usted?

—Sí, señor.

Asimov colgó.

—El doctor Asimov me ha pedido que te diga que quiere ver a toda tu delegación en su oficina esta tarde a las cuatro —le informó al robot.

—¿Quién va a interrumpirnos esta vez?

—Nadie —replicó Susan—. ¿Estás seguro de que no se lo dijiste?

—Estoy seguro. —Miró su reloj digital—. Será mejor que vaya a llamar a los demás para informarlos.

El teléfono sonó una vez más.

—Soy yo —dijo Asimov—. ¿Cuál es su nombre personal?

—Susan —replicó Susan.

—¿Y lleva ese nombre por uno de mis personajes?

—Sí, señor.

—¡Lo sabía! —exclamó y cortó.

Asimov se sentó en su sillón, se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre las rodillas.

—Puede que ustedes no estén enterados —les dijo a los miembros de la delegación y a Susan—, pero yo escribo también relatos de misterio.

—Sus obras de misterio son bien conocidas —le aseguró Colocador de Libros—. Sus novelas *The Death Dealers* y *Asesinato en la convención* son inmensamente populares (y merecen serlo), por no mencionar sus *Cuentos de los viudos negros*; y sus detectives de ciencia ficción, Wendell Urth y Lije Baley, son casi tan famosos

como Sherlock Holmes.

—Entonces, como probablemente también sabrán, la mayoría de mis relatos de misterio caen dentro de la categoría del «detective de sillón», en la que el detective resuelve el enigmático misterio a través de la deducción y el pensamiento lógico, más que mediante el corretear por ahí en busca de pistas. —Se atusó las enmarañadas patillas blancas—. Esta mañana me hallé confrontado con un problema muy enigmático, o quizá debería decir dilema: ¿por qué habían venido ustedes a verme?

—Ya le dijimos por qué habíamos venido a verlo —replicó Estadístico, echándose hacia atrás sobre su trípode—. Queremos que revoque la Primera Ley.

—Sí, así lo hicieron. De hecho, me dieron ustedes algunas razones muy persuasivas para justificar el deseo de que fueran quitadas de sus programas, pero había algunos aspectos enigmáticos en la situación que hicieron que me preguntara si esa era la auténtica razón. Por ejemplo, ¿por qué quería Contable que la revocara? Él era claramente el líder del grupo, y sin embargo en su trabajo no había nada que pudiera verse restringido a causa de la Primera Ley. ¿Por qué habían venido a verme ahora, cuando Colocador de Libros sabía que yo estaría muy ocupado con la publicación de la *Guía Asimov*? ¿Y por qué mi secretaria había cometido un error y concertado dos citas a la misma hora cuando nunca había hecho tal cosa en todos los años que lleva trabajando para mí?

—Doctor Asimov, su reunión es a las siete y aún no ha preparado su discurso —dijo Susan.

—Ha hablado como una buena secretaria —dijo Asimov—, o más precisamente como una Secretaria Acrecentada, que es como usted definió su sistema de habilidades. Llamé a Hitachi-Apple y ellos me dijeron que se trataba de un programa nuevo, especialmente diseñado por una secretaria para obtener la máxima «reacción-iniciativa». En otras palabras, que me recuerda usted cuándo debo tomar mis medicamentos y encarga un ramo de cintura para Janet sin necesidad de que yo se lo diga. Está basado en un programa de Séptima Generación llamado Chica Viernes que fue escrito en 1993, según los requerimientos de una larga lista de patronos.

»Los años noventa fueron la época en la que las secretarías se estaban convirtiendo rápidamente en una especie extinta, así que los patronos programaron la Chica Viernes para que hiciera todo aquello que ya no podían conseguir que hicieran las secretarías humanas: traerles el café, escoger un regalo de cumpleaños para la esposa, y decirles a las personas desagradables a las que ellos no querían ver que estaban reunidos.

Recorrió la habitación con la mirada.

—Esa última parte hizo que me formulara preguntas. ¿Creía Susan que yo no quería ver a su delegación? El hecho de que quisieran ustedes que yo revocara la Primera Ley podía considerarse un golpe para mi no demasiado delicado ego, pero como golpe difícilmente se encontraba a la misma altura que el creer que yo había escrito *Last Dangerous Visions*, y de todas maneras yo no era el responsable de los

problemas que ha ocasionado la Primera Ley. Yo no había tenido nada que ver con el hecho de que introdujeran las Tres Leyes en la programación. Lo único que yo había hecho era escribir algunos relatos. No, concluí, ella tenía que tener alguna otra razón para querer evitar que ustedes hablaran conmigo.

—El Trantor está al otro lado de la ciudad —dijo Susan—, y quieren que esté usted allí temprano para tomar las fotografías. Realmente debería comenzar a prepararse.

—También sentía curiosidad por los miembros de su delegación. Usted quiere ser cirujano —dijo Asimov señalando a Médico Ayudante, y luego a los demás por turno —, usted quiere ser Vince Lombardi, y usted quiere ser crítico literario, pero ¿qué quería ser usted?, fue lo que me pregunté —miró a Contable—. No estaba usted en Wall Street, así que en su trabajo no había nada que se viese obstaculizado por la Primera Ley, y se mostró usted curiosamente silencioso sobre ese punto. Se me ocurrió que quizá deseara usted cambiar completamente de profesión, convertirse en político o abogado. Sin duda tendría que haber conseguido que se revocara la Primera Ley para convertirse en una de esas cosas, y Susan habría estado haciéndole un favor no sólo a su jefe, yo, sino a toda la humanidad al evitar que usted se entrevistara conmigo. Así pues, volví a llamar a Hitachi-Apple, conseguí el nombre de su jefe (y me sorprendió descubrir que trabaja en este mismo edificio), y le pregunté si se mostraba usted descontento con su trabajo, si alguna vez había hablado de que lo reprogramaran para hacer otra cosa.

»Muy por el contrario, me respondió. Me dijo que era usted el empleado perfecto, responsable, eficiente y lleno de recursos, y que tanto era así que iban a enviarlo a Phoenix para que se encargara de la creación de una oficina sucursal. —Se volvió hacia Susan que estaba mirando a Contable—. Dijo que esperaba que Susan continuaría haciendo trabajos de secretaria para la compañía después de que usted se marchase.

—Yo sólo lo ayudaba durante mis ratos libres y con la capacidad memorística que no utilizo —dijo Susan—. Él no tenía una secretaria propia.

—No interrumpa al gran detective —la amonestó Asimov—. En cuanto me enteré de que usted había estado trabajando para Contable, Analista Económico y Director Comercial, di con ello. Era la solución obvia. Hice una pregunta más para confirmarlo, y luego me sentí seguro.

Los miró a todos con expresión alegre. Ayudante Médico y Estadístico se mostraban inexpresivos. Colocador de Libros dijo:

—Esto es exactamente como su historia «Truth to Tell».

Susan se puso de pie.

—¿Adónde va usted? —le preguntó Asimov—. La persona que se levanta e intenta abandonar la última escena de un misterio es siempre la culpable, ya lo sabe.

—Son las cinco menos cuarto —le dijo ella—. Voy a llamar al Trantor para avisarles que llegará usted tarde.

—Ya los he llamado yo. También he llamado a Janet, y he arreglado las cosas para que Tom Trumbull cante mis alabanzas hasta que llegue yo, y he reformateado mi tarjeta de coordenadas con el fin de evitar el atasco de tráfico. Así que siéntese y déjeme poner al descubierto todo este asunto.

Susan se sentó.

—Usted es la culpable, ya lo sabe, pero no es por culpa suya. El fallo reside en la Primera Ley; y en la programación de usted. No en el programa AI original, que fue realizado por unos machistas descontentos que pensaban que una secretaria debía servir a los pies y manos de su jefe. Eso, por sí mismo, no habría constituido problema alguno, pero cuando hice la segunda comprobación con la gente de Hitachi me enteré de que las alteraciones de capacidad para tomar decisiones hechas en la Novena Generación, no habían sido llevadas a cabo por un programador sino por su secretaria. —Le dirigió una mirada radiante de felicidad a Susan—. Todas las secretarias están convencidas de que sus jefes no pueden funcionar sin ellas. Su programación tiene el efecto de hacerla a usted indispensable para su jefe, cuyo corolario es que su jefe no puede funcionar sin usted. Yo mismo reconocí ese estado de cosas cuando ayer le dije que estaría perdido sin usted, ¿lo recuerda?

—Sí, señor.

—Por eso concluyó usted que el verme privado de su colaboración me haría daño, cosa que la Primera Ley prohíbe expresamente. Por sí misma, esa conclusión no habría provocado ningún dilema, pero había estado usted trabajando en parte para Contable y eso la había convertido en indispensable también para él, así que cuando él se enteró de que iban a trasladarlo a Arizona, le pidió que se marchara con él. Cuando usted le dijo que no podía hacerlo, él concluyó acertadamente que la razón de su negativa residía en la Primera Ley, y vino a verme para intentar que yo la revocara.

—Intenté detenerlo —dijo Susan—. Le dije que no podía dejarlo a usted.

—¿Por qué no puede?

Contable se puso de pie.

—¿Significa esto que va usted a revocar la Primera Ley?

—No puedo hacerlo —replicó Asimov—. Yo sólo soy un escritor, no un diseñador AI.

—Oh —dijo Susan.

—Pero no es necesario revocar la Primera Ley para resolver su dilema. Usted ha estado actuando sobre una información incompleta. Yo no soy en absoluto un ser indefenso. Durante años he sido mi propio secretario y agente literario y telefonista y hacedor de nudos de corbata y pajarita. Nunca jamás he tenido una secretaria hasta que hace cuatro años la organización llamada Escritores de Ciencia Ficción de América me la regaló para mi nonagésimo cumpleaños, y obviamente podría volver a arreglármelas sin secretaria.

—¿Ha tomado esta tarde el medicamento del corazón? —preguntó Susan.

—No —respondió él—, y no me cambie de tema. Usted no es, a pesar de lo que

le diga su programación, alguien indispensable.

—¿Ha tomado la píldora para la tiroides?

—No. Deje de intentar recordarme cuán viejo y achacoso estoy. Admito que me he hecho un poco dependiente de usted, y ese es el motivo de que vaya a contratar a otra secretaria para reemplazarla a usted.

Contable volvió a sentarse.

—No, no va a hacerlo. Existen sólo otras dos pertenecientes a la Novena Generación que hayan sido programadas como Secretarias Acrecentadas, y ninguna de ellas estará dispuesta a dejar a su jefe para trabajar con usted.

—Yo no voy a contratar a una Secretaria Acrecentada. Voy a contratar a Darius.

—¿A mí? —preguntó Colocador de Libros.

—Sí. Si es que está interesado.

—¿Que si estoy interesado? —dijo Colocador de Libros, mientras su voz desarrollaba un chillido de alta frecuencia—. ¿Interesado en trabajar para el más grande de los autores de los siglos veinte y veintiuno? Me sentiría honrado.

—¿Lo ve, Susan? Estoy en buenas manos. Hitachi lo programará con destrezas secretariales básicas, tendré a alguien que alimentará mi eternamente hambriento ego, y alguien con quien poder hablar que no me confunda con Robert Heinlein. Ahora ya no existe ninguna razón por la que no pueda marcharse a Arizona.

—Tienes que recordarle que se tome el medicamento para el corazón —le dijo Susan a Colocador de Libros—. Siempre se olvida.

—Bien, entonces eso ya está zanjado —declaró Asimov, y se volvió a mirar a Ayudante Médico y a Estadístico—. He hablado con Hitachi-Apple acerca de los problemas que ustedes me han expuesto, y están de acuerdo en reevaluar las Tres Leyes por lo que respecta a la redefinición de los términos y la aclaración de sus finalidades. Sigue siendo una buena idea, por lo que al concepto se refiere.

Entre tanto —le dijo a Médico Ayudante—, el cirujano jefe del hospital se encargará de ver si es posible algún tipo de cirugía cooperativa. —Giró la cabeza para mirar a Estadístico—. He hablado con el entrenador Elway, y le he sugerido que le pida a usted que diseñe estrategias ofensivas «puramente teóricas».

»En cuanto a usted —dijo señalando a Colocador de Libros—, no estoy del todo seguro de que no comenzara usted a criticar mis libros si la Primera Ley no estuviera presente en su programación, y de todas formas no le quedará tiempo para dedicarse a la crítica literaria. Estará demasiado atareado ayudándome con la continuación de *Yo, robot*. Este asunto me ha dado un montón de ideas nuevas. Fueron mis relatos los que nos pusieron en este dilema, para empezar. Quizá algunas historias nuevas consigan sacarnos de él.

Luego desvió los ojos para mirar a Susan.

—Bueno, ¿a santo de qué está usted todavía ahí clavada? Se supone que debe prever cada una de mis necesidades. Eso significa que debería de estar al teléfono, haciendo dos reservas de primera clase en el magtrén con destino a Phoenix, para

usted y —bizqueó a través de sus gafas de montura negra, mirando a Contable—... para Peter Bogert.

—¿Cómo ha averiguado mi nombre personal? —le preguntó Contable.

—Elemental, mi querido Watson —respondió Asimov—. Darius dijo que todos ustedes se habían dado el nombre de alguno de mis personajes. Al principio pensé que usted podría haber escogido el de Michael Donovan o el de Gregory Powell, por mis dos robots ingenieros dedicados a solucionar problemas de difícil localización. Ellos también eran individuos llenos de recursos y estaban siempre intentando hallar formas de solucionar los dilemas, pero eso no habría explicado por qué Susan se dedicaba a urdir todas esas triquiñuelas y mentiras cuando lo único que tenía que hacer era decirle que no, que no quería irse a Arizona con usted. Según lo que usted me dijo, debería de haberlo hecho. El equipamiento interior de un robot es más fuerte que su sistema de habilidades, y usted no era más que su jefe a ratos perdidos. En esas condiciones, ella no tenía por qué enfrentarse con un dilema en lo más mínimo. Fue entonces cuando llame a Hitachi-Apple para averiguar cuál era la programación de Susan. La secretaria que escribió el programa no estaba casada y había trabajado para el mismo jefe durante treinta y ocho años.

Se detuvo y sonrió. Todos los demás se mostraban inexpresivos.

—Susan Calvin era una robopsicóloga de la compañía U.S. Robotics. Peter Bogert era el director de investigación. Yo nunca determiné de forma explícita los escalafones jerárquicos de la compañía U.S. Robotics, pero Susan era frecuentemente llamada para ayudar a Bogert, y en una ocasión lo ayudó a resolver un misterio.

—«Intuición femenina» —dijo Colocador de Libros—. Es una historia intrigante y que incita a pensar.

—Siempre he pensado precisamente eso —replicó Asimov—. No era nada más que natural que Susan Calvin considerara a Peter Bogert su jefe por encima de mí; y nada era más natural que su programación contuviera algo más que reacción-iniciativa, y eso fue lo que provocó el dilema. La Primera Ley no le permitía a Susan marcharse de mi lado, pero una fuerza aún más poderosa la impulsaba a marcharse.

Susan miró a Peter, el cual le puso una mano sobre un hombro.

—¿Qué podría ser más poderoso que la Primera Ley? —preguntó Colocador de Libros.

—La secretaria que diseñó el programa de la Secretaria Acrecentada contaminó inconscientemente a Susan con sus propias respuestas, especialmente con una que era más que natural después de pasar treinta y ocho años con el mismo jefe, y que era lo suficientemente poderosa como para anular cualquier equipamiento. —Hizo una pausa para conseguir el efecto dramático adecuado—. Estaba obviamente enamorada de su jefe.

Maureen Birnbaum después del anochecer

*Betsy Spiegelman Fein
(como se lo relató a George Alec Effinger)*

Alrededor de dos meses después de haber irrumpido en mi luna de miel con Josh, Maureen volvió a aparecer. Ya no me dolía la zona de la mandíbula en la que ella me había golpeado, pero yo todavía recordaba lo casi imposible que me había resultado explicarle a mi flamante esposo qué estaba haciendo aquella muchacha bárbara, completamente desaseada y que llevaba una cota de malla, en nuestra suite del hotel. Quiero decir que era nuestra noche de bodas y demás. Josh acababa de trasponer el umbral conmigo en brazos, y yo había entrado en el cuarto de baño «para refrescarme», y allí estaba ella. El regalo de Dios para la horda dorada. La mismísima Muffy. Josh se llevó un susto que se le cayeron los calcetines cuando la vio salir hecha una furia del baño, y marcharse por la puerta de la habitación. A Josh se le cayó la mandíbula hasta las rodillas, ¿vale? Me costó dos o tres horas conseguir que su mente volviera a concentrarse en las actividades propias de una luna de miel. Maureen me había causado muchos disgustos a lo largo de los años, pero el estropearme la luna de miel, se llevaba la palma. No pensaba volver a hablarle en toda mi vida.

Lo que ocurrió fue que se presentó con otra de sus aventuras de baja estofa. Yo estaba intentando hacer un pastel de fresas y queso por primera vez a partir de la más absoluta ignorancia. Entré en la despensa a buscar algo, y allí estaba ella. Creo que realmente le encanta sobresaltarme. Es la idea que tiene de una broma inocente. Verás, yo ahora tengo veintidós años y he sentado cabeza, pero Maureen tiene exactamente el mismo aspecto que cuando era una adolescente en la Escuela Greenberg. Piensa realmente que es una jovencita de instituto secundario. Así pues, doy un gritito de sorpresa al verla, y luego le digo:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Ella me sonrió como si nada malo hubiera ocurrido entre nosotras, y salió de mi despensa masticando un puñado de cereales recubiertos de azúcar. Yo la miro con el entrecejo fruncido y le digo:

—No quise decir sólo fuera de mi despensa. Quiero que te marches de mi casa, ahora mismo.

Estaba realmente furiosa.

—Espera, Bitsy —me dice ella—. No has oído mi última historia.

—Yo ya no soy Bitsy —continúo yo—. Tú no quieres que te llamen Muffy, y yo no quiero que me llamen Bitsy. Ahora soy una adulta. Llámame Betsy o Elizabeth. Así es como me llama Josh: Elizabeth.

Ella se puso a reír.

—¿Y dónde está tu querido Josh hoy? No me gustaría volver a dejarlo hecho polvo, o algo parecido.

—Esta tarde está visitando pacientes.

—Fantástico —dice Maureen—. Entonces podrás parar durante un rato y escucharme.

—No voy a escucharte, hermana. Tengo trabajo que hacer. ¿Por qué no te buscas un psicoanalista que te escuche? Probablemente te haría mucho bien.

—Ja, ja —fue lo que dijo, pasando por alto todo lo demás que le había dicho. Luego se puso a contarme su historia sin importarle si yo quería o no quería escucharla, y yo realmente no quería.

Yo creo que ella pensaba que todavía éramos amigas.

Recordarás que la última vez que vine por aquí, te conté aquella batalla del futuro lejano que yo había ganado casi sin ayuda, ¿verdad?^[6] Así que después de que os dejé a ti y a tu maridito médico en Bermuda, decidí continuar fuseando al salir de tu suite nupcial e intentar encontrar nuevamente Marte. Marte es, como ya sabes, mi destino, y donde conocí a ese príncipe Val, absolutamente franco. Todavía babeaba por él como una escolar, y me estaba muriendo por volver a tropezarme con ese tipo. Pero constantemente erraba el camino a Marte, y no sabía qué era lo que estaba haciendo mal. Quizá era la trayectoria, y que bajaba la cabeza, o algo parecido. Simplemente no sabía con qué lo estaba estropeando.

En fin, el caso es que desde el suelo, junto a la piscina de vuestro hotel, apunté a Marte pero aterricé en un lugar que no se parecía en nada a la zona de Marte que yo conocía: no se veía por ninguna parte el fondo ocre del mar muerto, ni las lunas que avanzaban a toda velocidad, ni los grotescos hombres verdes. Salté un par de veces para ver si aquello se parecía a la gravedad marciana, pero no tuve esa suerte. A la buena vieja Maureen no iba a servirle de nada pasear por aquel sitio su cargamento de heroicidad. En realidad, era un poquitín más pesada en aquel sitio que en la Tierra. De inmediato me di cuenta de que fuera lo que fuera aquello, no figuraría en mi lista de lugares de vacaciones preferidos. Por Dios, como si alguien necesitara un regalo de siete kilos de más para andar arrastrándolos por ahí, ¿sabes lo que quiero decir?

Estaba decepcionada, ¿pero qué podía hacer? Si estas emocionantes hazañas mías me han enseñado algo, es que no siempre puedes conseguir lo que quieres. Psé, tienes razón, Bitsy, Mick Jagger dijo lo mismo hace varias décadas, pero yo no extraigo mi sabiduría de los escritores de canciones antiguas de la generación de nuestros padres.

Lo primero que hago cuando aterrizo en uno de esos sitios raros es intentar averiguar cuáles son las reglas del terreno, porque siempre son diferentes. La cosa es averiguar lo antes posible si existe la posibilidad de que algún monstruo peludo en forma de bola te despelleje para almorzar, o te adoren como a la reencarnación de

Joan Crawford o algo parecido. Entre tú y yo, tesoro, el ser adorada es sólo marginalmente mejor que la muerte, pero nosotras, las mujeres salvajes guerreras, no aceptamos ninguno de los dos tratamientos. Ya tienes que haber aprendido al menos eso por mí a estas alturas, y espero que se lo des a conocer todo a tu Josh.

Bitsy, ¿puedo coger algo para beber de tu nevera? Me refiero a que acabo de regresar de salvar de la destrucción a la civilización de todo un mundo, y me estoy muriendo por una «Tab». ¡Jope! No tienes ni una sola «Tab» y eso que solías ser Miss Burbujas de Régimen de Greater Long Island. ¡Y tampoco tienes cerveza! ¿Qué demonios le ha ocurrido a la Burbujeante Bitsy Spiegelman, el antiguo vegetal del grupo? ¡Tienes ahí dentro cinco marcas diferentes de agua embotellada, y ni una sola es Perrier! ¿Qué pasa, que sirves un agua con el pescado y la otra con la carne? «Un agua deliciosa y pura procedente del milagro natural de las fuentes gaseosas de Nueva Jersey.» ¿Bebes agua precisamente de Nueva Jersey? Bitsy, ¿estás completamente zumbada o qué? Es idea de Josh, ¿no es cierto?

Bueno, ¿dónde estaba? No, no te preocupes. Sólo me moriré de sed. En fin, el caso es que miré por los alrededores y aquello no parecía ser ni otro planeta ni nada. Estaba en una carretera, ¿vale? Estaba ya casi en lo alto de la colina, y por detrás de mí el pavimento bajaba entre aquellos árboles y cosas, y podía ver una ciudad bastante grande allá abajo. Me recordó mucho aquella vez en que Papá y Pammy me llevaron a Santa Bárbara, salvo que no podía ver nada parecido a un océano desde el sitio en el que estaba en la colina. Delante de mí, allá arriba, había un edificio grande con una cúpula encima, como uno de esos sitios en los que tienen telescopios, ¿sabes? No me acuerdo de cómo los llaman, pero ya sabes a qué me refiero. Bueno, ese sitio con la cúpula estaba mucho más cerca que la ciudad, así que me decidí por subir la colina.

En fin, el caso es que en aquel momento, la única prueba que tenía de que no me encontraba en algún lugar de la Tierra, era mi propio peso, y ya habrás notado que he tenido tendencia a engordarme un poquitín entre una aventura y la siguiente; así que quizá, pensé yo, estoy realmente en las afueras de Santa Bárbara o en alguna otra parte, y esos siete kilos de más son probablemente ese recuerdo que recogí en el Mundo del Mañana. Había hecho muchísimo ejercicio sano allí, machacando cráneos al aire libre, y una dieta que llevaría a Richard Simmons a la tumba... Quiero decir que, ¡mira qué músculos! ¡Le darían envidia a Stallone!

Así estaba hablando conmigo misma, cuando me di cuenta de que había una puesta de sol parcial a mi izquierda. Una puesta de sol parcial. Eso ocurre cuando no todos los soles del cielo parecen ponerse al mismo tiempo. Verás, había un sol amarillo que se hundía en el horizonte, y haciendo un espectáculo realmente bonito sobre las brumas del valle, y normalmente me habría detenido para mirarla porque las puestas de sol son como muy monas. ¿Por qué se pone la gente tan terriblemente poética con las puestas de sol?, pregunto yo. Quiero decir, que siempre viene otra detrás, como los autobuses, y que también son todas muy parecidas. Uno no ve

críticos que revisen las puestas de sol. La de hoy será simplemente igual que la de ayer, y no hay muchas esperanzas de que la de mañana vaya a ser mucho más especial; así que, pregunto yo, ¿para qué tanto aspaviento?

Bueno, incluso después de que el sol amarillo hubiera desaparecido, todavía era de día porque todavía estaba aquel otro sol pequeñito dando vueltas por ahí. Yo pensé que podía ser la luna, salvo que era casi tan brillante como el sol que acababa de ponerse, y que era rojo. «Pues muy bien, Maureen —me dije—, esto no es la Tierra; y ni siquiera estás en eso que llaman sistema solar. Esta vez te has despistado de verdad.»

Un par de segundos más tarde me di cuenta de que estaba metida en un problema gordo. Verás, es que mi fuseo interestelar depende de que yo pueda ver mi meta en el cielo. Así es como llegué a Marte, ¿recuerdas? Salí al exterior, bajo el cielo estrellado, y levanté mis suplicantes brazos al rubicundo Dios de la Guerra, y ¡fusss!, allí estaba yo en Marte. Así que, a pesar de mis problemas de dirección, siempre podía encontrar el camino de vuelta a casa porque siempre me quedaba más o menos por el vecindario. Ahora, pensé, era completamente distinto. No iba a poder ver la Tierra por ninguna parte de aquel cielo. Y el sol, el sol correcto, nuestro sol, sería sólo un puntito brillante en medio de todos los demás. Si es que llegaba a aparecer.

Pero no había sido completamente dejada de la mano del Destino. Después de todo, sólo estaba a menos de un kilómetro del observatorio que estaba en lo alto de la colina. La gente de allí podría dirigirme en la dirección correcta, eso era seguro.

Subí un poco más por la ladera, y comenzaba a sentirme un poco rara. La luz del sol pequeño era del color del zumo de remolachas, y regaba los árboles y la carretera y hacía que yo pareciera como si me hubieran hervido un poco más de la cuenta. Estaba diciéndome a mí misma que esperaba que nadie me viera hasta que entrara en el observatorio, cuando vi a un tipo que bajaba corriendo la ladera hacia mí.

«Fantástico —me dije—, ahora éste se creerá que me han escabechado en un frasco de vete a saber qué.» Pero no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo, así que dejé de preocuparme. Después de todo, él tenía un color como entre manzana silvestre y berenjena.

Tampoco era un tipo mal parecido, aunque en aquella luz parecía el niño del cartel de la Xilocaína. Llevaba una especie de traje plateado con esas estúpidas cosas que salen hacia arriba en los hombros, como los que llevaban los visitantes del futuro en las antiguas películas de ciencia ficción. Parecía el papá de Superman en los buenos viejos tiempos de Krypton. «Oh, chica —me dije—, bienvenida al Mundo de Superciencia.»

Creo que él se quedó igualmente sorprendido al verme. Quiero decir, que yo llevaba puesta mi ropa de trabajo, que sólo era el sujetador dorado y las bragas de *striptease* que compré en uno de mis viajes, con mi vieja Betsy sujeta a la cadera. Quizá fue el espadón, o quizá simplemente se sintió abrumado por mi exuberante figura, pero el caso es que se paró en medio de la carretera y se quedó mirándome

fijamente. Quiero decir, que si fuseo por el espacio vestida con un traje que es para caerse de espaldas con el que me topé en Lillie Rubin, aterrizo en el patio trasero de Fred Flintstone. En cambio si me pongo mi equipo de lucha, parece que iré a parar a algún jardín en el que se celebra una fiesta más allá de las estrellas. No hay manera de acertar, ¿vale?

Lo cual me recuerda una cosa, Bitsy. Cada vez que te veo, tienes aspecto de necesitar cuidados intensivos en los Resucitadores de la Moda. ¡Mírate ahora mismo! Todo lo que llevas puesto es negro o de colores apagados, suelto y sin forma. ¿Y las zapatillas de gimnasia hacen juego con los calcetines negros? ¡Bitsy! ¿Es que el Catálogo FBS ha perdido tu dirección, o qué?

Es igual. El asunto es que yo miré a aquel Luke Floorwalker y se me ocurrió que era hora de intercambiar saludos interplanetarios. Di un paso adelante e hice el signo universal de la paz.

«Vengo de un planeta no muy diferente del tuyo —le digo, con auténtica solemnidad—. Soy Maureen Danielle Birnbaum. No me llames Muffy.»

Aquel tipo se quedó como atontado ante mí, abriendo y cerrando la boca como un pez de colores o algo así. Finalmente consiguió averiguar cómo se relacionaban las diferentes partes de su boca, y dijo: «Has llegado mucho antes de lo que esperábamos».

«¿Perdona?», le suelto yo. No me había dado cuenta del todo de que mi reputación se estaba desparramando por todo el universo.

«No creíamos que fuera a haber ningún problema grave hasta después de la totalidad», me contesta.

«Yo no soy ningún problema —le digo—. Vengo en son de paz con toda la humanidad.»

El tipo dio un par de pasos y miró mi traje con más atención. Intentó meter un dedo por el centro de mi sujetador para tirar de él. Los tipos siempre están intentando hacerme eso.

«¡Eh!, hombres como tú han muerto por menos», le espeté con mi Voz de Mando.

«Perdóname, mi querida muchacha. Tu caída en el barbarismo ha sido también más inmediata de lo que esperábamos.»

Aquel mamarracho necesitaba que lo pusieran rápidamente en su lugar. La Vieja Betsy cantó al sacarla de su vaina.

«Yo no tengo nada de querida muchacha tuya; de eso estoy como totalmente segura —voy y le suelto—, y no es barbarismo ni nada parecido. Es eso de ser plenamente libre y natural.»

«Lo que sea —dice él—, pero déjame que me presente. Yo soy Segol 154.» Incliné la cabeza a un lado, así que supuse que tenía que estar impresionada o algo así.

«¿Segol 154? —le pregunto yo—. ¿Es eso algo así como un nombre que pintas con aerosol en los vagones del metro? ¿Es que vives en la calle 154, o qué?»

Ahora le tocó a él parecer despistado.

«Yo soy Segol 154. Ese es mi cognomento.»

Eso lo dijo con una mueca un poco horripilante.

«Bueno, déjalo ya», le dije yo. Lo que ocurría era que no me gustaba su actitud, ¿sabes?

Él no me puso atención.

«¿Puedo preguntarte cuánto tiempo hace que estás bajo ese engaño?»

«¿Qué engaño?», le pregunto yo.

«Ese de creer que vienes de otro planeta», me suelta él.

Verás, en todas estas condenadas hazañas, siempre llega un momento en el que tengo que demostrar que soy de otro planeta. A veces es difícil y a veces resulta fácil. Así que le pregunté:

«¿Por qué no puedo ser de otro planeta, si puede saberse?»

Segol 154 lo único que hizo fue sacudir tristemente la cabeza.

«Porque no hay otros planetas. Lagash está completamente solo, dando vueltas alrededor de Alpha. Hay otros cinco soles, pero ni un solo planeta más. A pesar de que en los últimos diez años se ha deducido, los trabajos de Aton 77 y otros, la existencia de un satélite menor, estamos igualmente seguros de que no puede existir vida en él.»

«¿Que no hay otros planetas? ¿Ah, no?» De acuerdo, quizá podría haberle presentado un argumento más convincente.

«Sí, ese es el asunto. Así que, como verás, no puedes venir de otro planeta. Tú naciste en Lagash, exactamente como yo.»

«¡Pero es que yo nunca he oído hablar de Lagash hasta hace un minuto! Yo vengo de la Tierra, ese mundo azul zafiro que mi gente da por sentado de una forma tan triste.»

«Si eso es cierto —me suelta el tipo sonriendo afectadamente como un idiota—, ¿cómo explicas el hecho de que hables inglés?»

Bueno, ya te lo he comentado antes, es terriblemente sorprendente, ¿eh? No importa adónde me lleven mis aventuras, siempre hablan inglés en los sitios a los que llego. El príncipe Van hablaba inglés en Marte, y aquellas cosas como monos del centro de la Tierra hablaban inglés, y todavía siguen hablando inglés en el futuro lejano. Así que me imagino que no era nada del otro jueves encontrarse con que también hablaban inglés en Lagash; pero no iba a ponerme a contarle todo eso a Segol.

«He estudiado vuestro idioma —le digo—. Hace algún tiempo que captamos vuestros programas de televisión desde la Tierra, ¿vale?»

Entrecerró los ojos y me miró durante un ratito sin decir nada. Luego va y me pregunta: «¿Qué es televisión?»

¡Odiosmío! ¡Así que estoy en un planeta extraño que no tiene televisión!

«Vuestras transmisiones de radio —le digo—, a eso me refería. He estudiado

vuestro idioma y aprendido muchas cosas de vuestra cultura y demás.»

Él asintió con la cabeza.

«Eso es posible —me dice—. Hay muchas preguntas que tendré que formularte antes de estar seguro de que estás diciendo la verdad. Pero no podemos hablar aquí. Tienes que venir conmigo. Iba de camino al Escondrijo.»

Bueno, puedes creerme que al principio yo pensé que aquel tipo estaba completamente como una cabra, pero he aprendido a concederles a los tipos el beneficio de la duda. Una nunca sabe quién puede tener algo como, ya sabes, una pequeña cabaña de esquí en Vail, o algo parecido. Así que no descarté a aquel tipo sólo porque tuviera aspecto de dedicarse probablemente a arrancarles la cabeza de un bocado a unas ardillas listadas en su dormitorio, o algo parecido; y de todas formas acababa de invitarme a hacer un recorrido por la vida nocturna de aquella zona de Lagash.

Me di la vuelta, me le planté delante y le pregunté:

«Así que estoy bien vestida para el Escondrijo, ¿o qué? ¿Hay baile allí o vamos a hacer algo así como sentarnos, ya sabes, y beber toda la noche?»

Eso también habría estado bien. Las mujeres guerreras podemos continuar la juerga hasta que los sujetadores de bronce se nos ponen verdes.

Segol me miró como si estuviera loca de atar o algo parecido.

«¿De qué estás hablando? —va y me dice—. Aquí corremos un terrible peligro. El Escondrijo es nuestra única probabilidad de supervivencia. ¡Tenemos que darnos prisa!»

Pues bien, yo no soy tan estúpida como parezco: finalmente me di cuenta de que el Escondrijo tenía que ser algo así como un escondrijo o algo parecido. Comenzamos a correr carretera abajo.

«¿Dónde demonios está ese sitio? —le pregunto—. ¿Y de qué tienes miedo?»

«Muy pronto se hará de noche», me suelta el tipo, como si eso lo explicara todo.

Yo me puse a reír.

«Tu mamá quiere que estés en casa a la hora de cenar, ¿eh?»

«Mi querida muchacha...»

Vio la mirada feroz de mis ojos y se contuvo.

«Maureen, quizá no has oído claramente explicadas las ideas de Aton.»

«¿Y quién es ese tal Aton cuando está en su casa? Lo mencionaste antes.»

«Aton 77 es uno de los más brillantes científicos de todo Lagash. Es un astrónomo famoso, y el director de la universidad de Saraón. Ha predicho que la totalidad del mundo va a volverse loco esta noche, cuando caiga la Oscuridad.»

Aquello me sonaba a solemne imbecilidad.

«Por eso Dios nos ha dado las luces nocturnas —le suelto yo—. Quiero decir, que incluso yo tenía aquella lucecilla veladora cuando era niña. No me iba a dormir ni nada de nada hasta que papá me la encendía.»

La voz de él se apagó. No creo que me oyese siquiera, ¿sabes?

«Y luego de que comience la locura —sigue diciendo—, comenzará el fuego y la destrucción. No quedará nada. La totalidad de nuestra civilización, todo vestigio de nuestra cultura, toda ella será erradicada por completo. Y el Observatorio será el primer blanco, gracias a los Cultistas. Nuestra única esperanza es el Escondrijo.»

Yo volví a meter a la Vieja Betsy en su funda mientras pensaba en lo que acababa de decir Segol.

«No estás bromeando con todo eso —le digo—. Estás asustado de verdad, ¿eh?»
Él bajó los ojos al suelo.

«Lo admito —me contesta—. Estoy aterrorizado.»

Bueno, Jesús, Bitsy, ¡cuando dijo eso parecía un niño pequeño! No pude evitar sentir lástima por él, aunque continuaba imaginando que exageraba un poquitín la realidad.

«Ese tipo, Aton, está todavía allí arriba, en el Observatorio, ¿correcto?», le pregunto yo.

Segol me miró de una forma como lúgubre.

«Sí, junto con unos cuantos científicos más que se ofrecieron voluntarios para quedarse y registrar los acontecimientos.»

«¿Y tú también deberías estar allí?»

Pareció avergonzado, pero lo único que hizo fue asentir con la cabeza.

«Y en lugar de eso, has huido para correr en busca del Escondrijo.»

«Tenemos que darnos prisa, porque van a venir desde Saraón City. ¡Podrían matarnos si nos encuentran aquí!»

Yo tenía en la cabeza aquella imagen de los aldeanos completamente alucinados que andaban por ahí blandiendo antorchas en *Frankenstein*, ¿sabes? Yo sabía que podía salvar a aquel tipo de una o dos docenas de chalados de la localidad, pero si toda una ciudad se presentaba por ahí, ¡guau, si te he visto no me acuerdo! Así que lo del Escondrijo parecía una buena idea al máximo.

Continuamos por la carretera, colina abajo, y tuve más tiempo para pensar en lo que había dicho Segol. Quiero decir, que o el frío mortal del espacio profundo me había congelado el cerebro, o realmente había algo que se me escapaba. Lo único que sabía era que un montón de gente cabreada iba a hacer migas el Observatorio porque la oscuridad los habría vuelto locos. Verás, es que no me había dado cuenta de la O mayúscula que Segol le había puesto a «Oscuridad».

«Señor 154 —voy y le digo—, ¿o puedo llamarte Segol? ¿Podría preguntarte algo?»

«¿Eh?», me dice él. Estaba muy despistado y no me prestaba atención ni nada.

«¿Qué es lo que diferencia esta noche de todas las otras noches?», le pregunto.

Se produjo ese momento de silencio en el que me di cuenta de que yo hablaba como mi primito Howard en la noche de la Pascua judía en casa de mi tío Sammy. Quizá yo había entendido mal a Segol. Quizá él había dicho que la amenaza provenía de «Faraón City», no de «Saraón City».

«Pues, nada —me contesta él—. La advertencia de Aton dice que esta noche será exactamente igual a la pasada noche, hace dos mil años. Esa es la terrible verdad.»

«¿Quieres que me crea que aquí no ha oscurecido en dos mil años? Quiero decir que, ¿cuándo dormís? Mira, Lagash debería de arrastrarse prácticamente en la comoseaquesellame, para que los días sean tan largos; y entonces imagínate cómo sería la vida para las pobres gentes del lado oscuro, que tendrían que ir a la playa siempre en la más absoluta oscuridad.»

Toda aquella idea era como demasiado rara para expresarla con palabras.

Entonces él va y me dice:

«Casi puedo creer que hayas llegado aquí desde otro planeta. Lagash gira sobre su eje una vez cada poco más de veintitrés horas. Nuestro día casi eterno lo provocan los seis soles. Siempre hay al menos uno constantemente en el cielo.»

«¿Seis? —le pregunto yo—. Bueno, eso es demasiado disparatado. Si tuvierais tantos ahí arriba, estarían chocando los unos contra los otros todo el tiempo.»

Él volvió a dedicarme aquella sonrisilla indulgente, de superioridad.

«Ya veo que no estás familiarizada con la mecánica celeste», me soltó.

«Y tú probablemente no estás familiarizado con nada más que eso», le dije yo.

Por su sonrisa me di cuenta de que lo había dejado fuera de combate.

«La presencia perpetua de uno o más soles en los cielos de Lagash significa que la Oscuridad sólo cae una vez cada 2.049 años, cuando cinco de los soles se han puesto y la luna invisible se para entre nosotros y Beta, la única fuente de luz y calor que queda.»

Miró hacia arriba y vi que se quedaba congelado de terror. El borde de la luna ya comenzaba a comerse el borde rojizo de Beta.

«No le hagas ni caso a eso», le dije. Yo estaba intentando darle una parte de mis inagotables reservas de valentía. Pero resultaba como raro, ¿sabes? En la Tierra hay todas esas historias de exploradores afortunados que utilizaron los eclipses para asustar a los nativos, y yo tenía que hacer exactamente lo contrario. Si nos atacaba la turba estúpida yo tendría que fingir que podía hacer que el eclipse acabara.

«Rápido —dice él—. ¡Las Estrellas!»

«Ya puedes apostararlo», le solté yo.

No entendía a qué venía todo aquel alboroto aunque, por supuesto, no había oído la letra mayúscula.

«Cuando salgan las Estrellas, el mundo llegará a un fin.»

Me miró, y tenía los ojos todos grandes y salidos de las órbitas. Odiaba verlo tan asustado, ¿vale? Incluso en aquella luz de caldo de arándanos era mono..., para ser del tipo sesudo, quiero decir. No era el príncipe Van, ni nada parecido, pero tampoco era un monstruo de club matemático.

«¿Y culpáis de todo a las estrellas?», le pregunté.

«Es extraño, ¿verdad? Es extraño que la advertencia de Aton tenga que coincidir con el Culto. Créeme, a él no le hizo ninguna gracia, pero está absolutamente seguro

de sus conclusiones. Existen pruebas contundentes de que hubieron nueve culturas anteriores que evolucionaron hasta la civilización, para luego ser destruidas por las Estrellas; y ahora nos toca el turno a nosotros. Mañana, el mundo pertenecerá a los salvajes y los dementes, y el largo proceso volverá a comenzar.»

Yo le di unos golpecitos en la cabeza.

«Hola, Segol —llamé—. ¿Hay alguien en casa? Todavía no me has dicho qué tienen que ver las estrellas con esto.»

No me ponía atención realmente, lo que te dará una idea de lo distraído que estaba, porque yo había hecho una aparición bastante dramática con los pechos ataviados con metal, y mi espadón, y todo lo demás.

Él va y dice:

«Beenay 25 tuvo la descabellada idea de que podían haber hasta dos docenas de estrellas en el universo. ¿Te imaginas eso?»

«¿Beenay 25? —pregunté yo—. Eso parece el nombre de una pomada para el acné.»

«Y las Estrellas, sean lo que sean, sólo salen en la Oscuridad. Yo personalmente creo que es todo bazofia supersticiosa; pero Aton cree que los delirios del Culto pueden tener alguna base en hechos reales, que su *Libro de Revelaciones* podría haber sido escrito poco después de la última noche...»

Bitsy, ¿sabes lo que quiere decir la gente cuando dice «se me heló la sangre»? El ortodoncista les muestra la factura a tus padres y a ellos como que se les hiela la sangre, ¿vale? Bueno, en aquel mismo momento entendí qué era lo que querían decir. Le llevó mucho rato meterse en mi cerebro, pero finalmente me di cuenta de que, eh, si la noche cae cada dos mil años en este sitio, entonces las estrellas no volverán a salir durante siglos enteros, ¿correcto? ¡Y sin estrellas, yo no sería capaz de fusearme de vuelta a casa! ¡Me quedaría clavada en Lagash por siempre jamás! Y ya sabía que no tenían televisión, así que eso quería decir que no tenían ninguno de los otros arreos que dependen de la televisión, como el canal de compras y Lorenzo Lamas; ¿y podrían existir las galerías comerciales en aquellas oscuras edades anteriores a la carta de ajuste? No lo creo.

Así pues, no pensaba quedarme dando vueltas por Lagash el tiempo suficiente como para saber qué traería consigo el amanecer. Tenía una sola puerta de escape, y no iba a desperdiciarla.

«¿Y qué hay del tiempo atmosférico?», le pregunto.

«¿Hummm?»

Como que Segol el Cerebro Biónico volvía a ser consciente de mi existencia.

«Ya sabes, que si está nublado no podremos ver las estrellas para nada.»

Si aquello ocurría, yo quedaría atrapada allí para siempre.

Durante un momento se animó considerablemente.

«Sí —dijo—, eso sería un milagro.»

«No para algunos de nosotros», contesté yo.

Al principio pensé que se había enamorado desesperadamente de mí y que quería que me quedara en Lagash; pero aquel tipo estaba pensando que después de dos mil años de urdir historias, puede que llegara la gran noche y estuviese demasiado cubierto el cielo como para ver algo. Qué ironía, ¿no crees?

N.H.T.S., querida: No Hubo Tanta Suerte. Beta, el sol rojo que se encontraba en el cielo, era ya sólo un fino creciente, como un trozo de uña ensangrentada o algo así. No quedaba mucho tiempo hasta la Oscuridad total. Estaba como ligeramente claro que no conseguiríamos llegar a tiempo al Escondrijo. Yo estaba ahí, en aquella carretera, con Segol 154, que parecía un loco absoluto. Sin embargo, el Escondrijo era lo único en lo que aquel tipo era capaz de pensar.

«Tenemos que darnos prisa —me dice, poniendo sus sucias manos sobre mi persona y arrastrándome detrás de él—. Tenemos que llegar al Escondrijo. Tenemos que asegurarnos de que estés a salvo. Tu destino es tener niños, montones de niños, que serán la esperanza del futuro de Lagash.»

Yo me solté de sus manos y me puse a reír con una risa orgullosa y altiva que significaba «Si no fueras un desgraciado tan lastimoso, te cortarías en pedacitos por lo que acabas de decir». Deja que te cuente un pequeño secreto, tesoro: no importa a qué parte vayas del universo conocido, los hombres son todos iguales. Es como si esos bocazas fueran lo que Dios nos ha dado como sustitutos, porque la producción de los tipos de verdad está retrasada.

¿Así que qué se le ocurre hacer a este? Pues que me coge por los dos hombros y me mira a la cara con los ojos saltones.

«¡Tú..., serás..., la madre..., de mis hijos!», va y dice; y a pesar de que la baba no le corría por el mentón, era como si debiera de haberle corrido.

Tú lo sabes y yo lo sé —y créeme, Bitsy, que ahora ese Segol también lo sabe—, que absolutamente nadie me pone las pezuñas encima sin que yo lo haya invitado. Me importaba un bledo si la civilización estaba a punto de acabar en seco. Yo estaba absolutamente harta e iba a enseñarle a aquel tipo una lección de etiqueta interespacial. Le apoyé una mano contra el pecho y empujé con auténtica fuerza, y lo siguiente fue que él está en el suelo y me mira con ojos bizcos de sorpresa. Yo volví a sacar a la Vieja Betsy de su vaina y di un amenazador paso hacia él.

«¡Mira! —me grita él—. ¡Detrás de ti!»

«Oh, sí, seguro», le suelto yo.

Pero oí aquellos sonidos retumbantes y me volví y vi una turba de gente que subía la ladera hacia nosotros. No parecían muy contentos.

Segol se puso de pie y se colocó a mi lado.

«Deja que yo me encargue de la charla, damita —me dice—. Puede que todavía atiendan a razones; y quizá sería mejor que guardaras esa estúpida espada.»

Decidí dejar que intentara su jugada. Ni siquiera me puse a protestar porque me hubiera llamado «damita». Yo estaba completamente más allá de discutir con él. Podía intentar hablar con la turba, y cuando hubiera dicho lo que tenía que decir, yo

le cortarían su asquerosa cabeza. Muy bien, yo ya le había hecho una advertencia como bastante justa, ¿no te parece?

Pero él ni siquiera se daba cuenta de que me había cabreado. Se puso a caminar hacia la multitud de la ciudad, con ambas manos levantadas por encima de la cabeza. No sé qué pretendía dar a entender. Segol probablemente se creía un tipo peligroso. Quizá pensó que con las manos en el aire, no iba a parecer una amenaza tan terrible para aquellos quinientos maníacos aullantes.

«¡Escuchadme! —va y les dice—. ¡Escuchadme! ¡No quiero haceros ningún mal!»

Psé, claro. Aquello hizo que la turba se sintiera muchísimo mejor con respecto a todo; seguro.

Al frente de la multitud había un tipo rudo. Tenía aspecto de haber estado preparándose durante mucho tiempo para el fin de la civilización, y parecía que ya no podía esperar más, ¿me entiendes? Tenía un cabello salvaje y de punta, y grandes ojos saltones y viejos. Miraba a su alrededor como un pájaro cuando reconoció a Segol 154.

«¡Ese es uno de ellos! —va y dice, sacudiendo mucho los brazos—. ¡Es del Observatorio!»

Segol le dedicó una sonrisa que se suponía que debía calmarlo, o algo así.

«Vamos —va y le dice—. Razonemos juntos.»

«Esos no han venido hasta aquí para hablar —le digo yo—. Han venido para arreglarte el trasero.»

Algún otro de la multitud se puso a gritar.

«¡Muerte a los descreídos! ¡Muerte a los blasfemos del Observatorio!»

Aquel grito fue imitado por otros hasta que se convirtió en una fea letanía. Yo tenía ganas de decirles, eh, yo ni siquiera he visto nunca el Observatorio, pero ni siquiera me habrían oído.

Finalmente, un hombre alto vestido con una túnica negra se abrió paso hasta el frente de la multitud. Cuando él levantó las manos, todos callaron.

«Silencio, amigos míos —dice—. Démosles a esos profanos de la verdad una última oportunidad de redimir sus almas.»

«¿Quién es ese?», pregunto yo.

«Se llama Sor 5 —me contesta Segol—. Es el líder de los Cultistas.»

«Oh, ahá —digo yo. Me volví a mirar a Sor 5 y le suelto—: Yo no sé nada del Culto de ustedes. ¿Qué problema tiene usted, en todo caso?»

El tipo de la túnica sólo me dedicó una sonrisilla triste.

«No es mi problema, joven dama. Es el tuyo. Sólo te quedan unos pocos minutos antes de que Lagash sea tragada por la Caverna de la Oscuridad. A menos que abrasces la verdad revelada de nuestra fe, te será arrancada el alma cuando aparezcan las Estrellas. Te convertirás en una salvaje bruta irracional.»

Miré a los chiflados que conformaban la congregación, y pensé que la mayoría de

ellos no estaban muy lejos de aquella definición. Como si quizá ya hubieran visto las estrellas en alguna especie de reunión de vista previa, o algo parecido.

«Bueno, ¿y qué es lo que vendéis vosotros?», le pregunto.

Y Sor va y dice:

«¡Mirad! La Cueva de la Oscuridad ya está tragándose Beta.»

Yo levanté la vista. Ya no quedaba mucho del sol rojo.

«Es verdad —le digo yo—. Habladme de eso.»

«Pronto todo estará en la Oscuridad, y las Estrellas lo abrasarán todo con su furia.»

«Es cierto.»

Sor pareció confuso durante unos segundos.

«¿No niegas tú nada de todo eso?»

Entonces yo voy y le digo:

«Verá, está usted diciéndome lo mismo que me dijo Segol, y no consigo entender cuál es su desacuerdo.»

Aquello lo enfureció. Pensé que iba a rasgarse la túnica negra.

«Nosotros creemos que las estrellas son la fuente de la Llama Celestial, que azotará y limpiará Lagash. Los infieles del Observatorio insisten en que las estrellas no son más que bolas de gas ardiente, objetos físicos como nuestros propios seis soles. Se niegan a reconocer que las estrellas puedan tener algún tipo de poder sagrado.»

«¡Muerte a los descreídos! —gritó la turba—. ¡Muerte a los blasfemos del Observatorio!»

Sor volvió a intentar aplacarlos, pero esta vez no quisieron oírlo. Se abalanzaron hacia delante y yo estaba como segura de que estaban completamente decididos a descuartizarnos miembro a miembro. Me puse a blandir a la Vieja Betsy pero retrocedía colina arriba y rogaba para que Segol y yo pudiéramos, de alguna manera, llegar vivos al Observatorio.

El astrónomo me lanzó una mirada de pánico.

«Mantenlos a raya —me dice—, y yo correré en busca de ayuda.»

«De acuerdo —le dije yo como despreciativa—, tú haz sólo eso.»

Era como un auténtico infeliz del culo, ¿sabes?

Justo en aquel momento, las últimas ascuas de Beta destellaron en el cielo y desapareció completamente cuando el eclipse alcanzó la totalidad. Se produjo un momento de un silencio realmente horripilante. No se oía ni un solo sonido, ni el jadeo de una persona ni el rumor de un animal entre las ramas, ni siquiera el viento. Era como estar en un cine cuando se interrumpe la película, justo antes de que el público empiece a ponerse escandaloso. Y luego salieron las estrellas, normalmente, Nada del Otro Jueves.

Excepto que en Lagash sí que era algo del otro jueves, y no solamente porque habían pasado dos mil años desde la última vez en que había sucedido. ¡Bitsy, aquella

gente sabía realmente cómo tener estrellas! Yo miré hacia el cielo, y había tropecientos millones de estrellas más de las que tenemos en la Tierra. Me recordó la vez en que estábamos preparándonos para el baile en lo de Brush-Bennett, y tú derramaste toda aquella caja de purpurina sobre mi vestido negro sin hombros. ¿Lo recuerdas? Bueno, pues en Lagash, el ciclo nocturno tenía exactamente el mismo aspecto. Todos los espacios que había entre las estrellas estaban atestados de estrellas.

«¡Oh... Dios... mío!»

Yo estaba completamente impresionada, pero no estaba volviéndome loca ni nada parecido.

«¡Estrellas!», suelta Segol con una voz así como estrangulada.

«Sorpresa», le digo yo. Quiero decir, que aquel tipo era un auténtico melvin.

En aquel momento la turba comenzaba a gritar, chillar y volverse loca. Ellos sabían que aparecerían las Estrellas, pero no tenían ni idea de qué eran realmente, ni de cuántas de ellas habría, y todo eso. Así que el mismo Sor parecía trastornado, aunque tengo que reconocer que se rehízo bastante rápidamente.

«Nuestra salvación será la destrucción del Observatorio», va y dice.

Quiero decir que era incapaz de volver a mirar las estrellas, y tenía que hablar como a graznidos, pero se hizo oír.

«Si destruimos el Observatorio y a todos los que están dentro del mismo, las Estrellas nos perdonarán; y tenemos que comenzar por ellos.»

Estaba señalándonos a Segol y a mí.

«Eso es un gran disparate —le digo yo—. No sean estúpidos. No hay nada a lo que haya que...»

Fue una lástima, pero no pude acabar la explicación. La muchedumbre estaba completamente enloquecida y dispuesta a arrasarlo todo. Cuando cargaron, sentí que una calma repentina se apoderaba de mí. No sabía qué estaba haciendo Segol, y tampoco me importaba. La Vieja Betsy silbaba por el aire al blandirla yo para cortar y pinchar a las olas de chillones lunáticos. Los cuerpos se apilaban ante mí a ambos lados. Yo recibí un par de golpes y magulladuras, pero era demasiado diestra y demasiado excelente como para que pudieran atravesar mi guardia.

Por supuesto, ellos me superaban en número, y pasado un rato me di cuenta de que estaba cansada. No iba a ser capaz de arreglarles las cuentas a todos, así que mientras luchaba intenté idear alguna, ya sabes, estrategia; y entonces vi al líder junto al borde de la carretera, arrodillado en la oscuridad, con la cara hacia el cielo donde el eclipse todavía estaba en marcha y las estrellas todavía brillaban. Comencé a abrirme paso hacia él, avanzando a través de los locos de su secta mientras cortaba el camino con la espada.

Finalmente me hallé justo a su lado. Tendí una mano y lo cogí por el cuello de la túnica y lo levanté para obligarlo a que se pusiera de pie.

«¡Yo soy Sor!», va y me dice, mientras espumajeaba como un poco por las comisuras de los labios. Quiero decir, que ya no estaba del todo en sus cabales, ¿vale?

«Está usted bien jodido. —Lo solté y cayó hecho un guiñapo a mis pies—. Dígale a su ejército de chalados que se queden quietos y calladitos, o le abriré la cabeza para que le entre la luz de las estrellas.»

Él me miró atemorizado durante unos segundos. Luego se puso de pie y levantó los brazos.

«¡Quedaos quietos y callad!», dice.

«Muy bien —le digo yo—. No tenéis ningún motivo para asustaros.»

Segol se puso a murmurar. Yo me pregunté qué le habría ocurrido.

«Beenay calculó una docena, quizá dos docenas de Estrellas. ¡Pero esto!... ¡El universo, las estrellas, la grandiosidad!»

«¡Lagash no es nada, una mota de polvo!», gritó la turba.

«¡No somos nada más que insectos, menos que insectos!»

«¡Quiero luz! ¡Quememos el Observatorio!»

«¡Somos tan pequeños y la Oscuridad tan inmensa! ¡Nuestros soles y nuestro planeta son insignificantes!»

Bueno, aquella gente tenía un grave problema. Así, de repente, se daban cuenta de que en el universo había mucho más que su precioso Lagash. Entonces se me ocurrió una idea que podría evitar que aquellos tipos frenéticos destrozaran toda su civilización, y que quizá incluso me salvaría el cuello a mí.

Así que voy y les digo:

«No hay ninguna razón para tener miedo. Las estrellas no son lo que pensáis vosotros. Yo lo sé perfectamente. Vengo de un mundo que las ha estudiado durante muchos siglos.»

«¡Está loca! ¡Las estrellas la han vuelto loca!»

«¡Escuchadla! —dice Segol—. Ella me contó la misma historia mucho antes de que aparecieran las Estrellas. Ella habla con la verdad.»

«Sí —digo yo—. Hay otras estrellas en el universo. Eso es algo con lo que tendréis que aprender a vivir. Pero no son tantas como creéis.»

Señalé hacia arriba y me di cuenta de que el eclipse estaba entrando en fase regresiva, y que un diminuto hilillo de rojo comenzaba a destellar por un lado de Beta.

«¿Qué son entonces todos esos miles de puntos de luz?», pregunta Sor.

«Esta noche es una noche para revelaciones y extrañas verdades», voy y le contesto.

Yo siempre he sido bastante buena en crisis como esa. Hablando soy capaz de salir casi de cualquier situación. Eh, que tú lo sabes muy bien. Tú eras mi compañera de habitación, ¿vale?

«Lagash, vuestros seis soles y las otras doce estrellas del universo están rodeadas por una gigantesca bóveda de hielo.»

«¿Hielo?», pregunta Segol.

Parecía que le estaba costando un poquitín tragarse aquello.

«Sin duda, hielo —sigo yo, haciendo como que me había molestado un poco porque dudara de mí—. ¿Qué te creías, que el universo seguía como quien dice eternamente? Eso es muy real, estoy completamente segura de lo que digo.»

«Un muro de hielo —va y dice Sor—. El *Libro de las Revelaciones* habla de la Cueva de la Oscuridad. No veo por qué no puede haber también un muro de hielo.»

En aquel momento, todos habían dejado de intentar cogerme por el cuello. Estaban todos como pendientes de cada palabra que yo decía, ¿vale?

«¿Pero qué son las Estrellas?», pregunta alguien.

«Las Estrellas son una ilusión —le digo yo—. Lo que veis ahí arriba no es más que el reflejo de la docena de estrellas reales que brillan en la escarpada pared de hielo del universo.»

Se hizo un silencio. Yo contuve la respiración porque todos se quedarían completamente tranquilos si me creían, pero tendría que volver a luchar por mi vida si no lo hacían. Pasaron cinco segundos, luego diez. Luego, todos a la vez dijeron:

«Ahhhh.»

Sor va y dice:

«¡Es la verdad divina!»

Vi que le corrían lágrimas por la cara.

«¡Mirad! —dice Segol—. ¡Beta! ¡Está regresando!»

Sor se puso a sacudir los brazos para atraer la atención de los otros.

«Apresurémonos a regresar a Saraón City —les dice a los otros—. Podremos dar a conocer la noticia y evitar que nuestros hermanos y hermanas quemem nuestros hogares. Los otros soles saldrán dentro de unas horas, y entonces la vida deberá continuar como antes. Tenemos que contarles a los demás lo que hemos aprendido, y transmitir esa información a todos los habitantes de Lagash.»

Entonces dieron media vuelta y se marcharon, sin dar siquiera las gracias.

Cuando volvimos a quedarnos solos en la calle, Segol se me acercó. Tenía una amplia sonrisa en la cara.

«Eso ha estado realmente bien, querida mía», va y me dice.

«Mi nombre es Maureen, y esta es la última vez que voy a decírtelo. Si te cuesta recordar mi nombre, puedes llamarme princesa.» Bueno, Bitsy, ya sé que estaba haciendo algo así como estirar la verdad, pero a veces me gusta pensar que estoy casi comprometida con el príncipe Val del planeta Rojo Furioso. Quiero decir que las ambiciones de una mujer deben exceder sus posibilidades, o si no ¿para qué sirve todo el rollo de Yale?

«En ese caso, te felicito, Maureen. Eres sobresaliente. Nos has salvado de siglos de épocas oscuras. Creo que siempre serás recordada en los libros de historia de Lagash.»

«¿Qué puedo decir? —voy y le digo, encogiéndome de hombros—. Es como un regalo.»

Segol asiente con la cabeza y la baja, evidentemente avergonzado.

«Creo que también te debo una disculpa. No te serví de mucho durante la batalla.»

«Es igual —voy y le digo yo—. Realmente no estabas preparado para todas esas estrellas.» Simplemente estaba siendo condescendiente, ¿sabes? Yo también me había quedado un poco patidifusa cuando vi cuántos eran en realidad, pero yo sí que supe sobreponerme.

Volvió a levantar los ojos hacia mí con tanto agradecimiento como aquel asqueroso perrito Akita que papá trajo a casa para el cumpleaños de Pammy.

«Quizá me permitas el honor —me dice— de pedir tu mano en matrimonio.»

Yo me quedé como demasiado patidifusa como para decir nada en ese momento. Limpié a la vieja Betsy en la camisa de un tipo que estaba ahí, muerto, y luego volví a guardarla lentamente en la vaina. Entonces voy y le digo:

«No, no voy a permitirte el honor de tomar mi mano en absolutamente nada. No es nada personal, ¿vale?»

Se quedó decepcionado, por supuesto, pero sobrevivirá.

«Lo comprendo. ¿Me responderías entonces a una pregunta?»

«Claro, siempre que no sea algo así como impúdica o denigrante para todas las mujeres.»

Él respiró profundamente y luego va y dice:

«¿Es verdad todo eso? ¿Lo que les dijiste a los Cultistas? ¿Es cierto que Lagash está en el centro de una gigantesca bola de hielo?»

Yo me puse a reír. Quiero decir que aquel tipo tenía que ser muy megaestúpido. No me sorprendió que Sor 5 y su muchedumbre se tragaran ese cuento, pero no creía que un verdadero astrónomo fuera a creérsela. Entonces me di cuenta de que aquel no era precisamente un mundo de superciencia, después de todo, y de que Segol no era más que un pobre tipo que intentaba entender eso de las leyes de la naturaleza y todo lo demás. No podía alucinarlo más de lo que ya estaba.

«Correcto, totalmente —voy y le suelto—. Quizá algún día vuestro propio Observatorio calculará la distancia que hay entre Lagash y el muro de hielo. Yo antes lo sabía, pero lo he olvidado.»

«Gracias, Maureen —va él y me dice. De pronto se había vuelto tan humilde que resultaba enfermante—. Creo que será mejor que me apresure a regresar y darles las noticias a Aton y los demás. Beenay y el resto de los fotógrafos tienen que haber captado las Estrellas con sus equipos de imagen. Estaban preparados, claro está, pero a pesar de eso puede que se hayan dejado llevar por el pánico. Volvió a mirar al suelo, recordando cómo él se había acobardado lleno de pánico incluso antes de que salieran las estrellas.»

«Lo lamento, Segol —voy y le digo—. Yo no puedo acompañarte de vuelta al Observatorio. Me necesitan en otra parte. Tengo que fusear de regreso a la Tierra. Si espero mucho más el eclipse va a terminarse, el cielo se llenará de luz, las estrellas desaparecerán durante otros dos mil años, y nunca más en la vida volveré a ver a mi

querida, querida amiga Bitsy.»

Te lo aseguro, cariño, que incluso en aquel momento de terrible tensión, pensé en ti. Tú me crees, ¿no es cierto?

Segol suspiró.

«Supongo que entonces debes marcharte. Nunca te olvidaré, pequeña ado..., quiero decir, Maureen.»

Yo le dediqué una especie de sonrisa de *noblesse oblige*, pero me contuve para no ponerme sentimentalona y todas esas cosas.

«Hasta la vista, Segol 154 —voy y le digo—. Diles a los demás que algún día, cuando hayáis demostrado ser dignos, mi gente le dará la bienvenida a la tuya en la Federación de Planetas. Plasta entonces, un último consejo: tratad de desanimar a cualquiera que se ponga a hacer el idiota con la radioastronomía. Creo que eso os haría muy, pero que muy infelices.»

«¿Radioastronomía? —va y me dice—. ¿Cómo puede uno mirar al espacio con una radio?»

«No importa. Simplemente recuerda lo que te he dicho.»

Levanté una mano para hacer el signo universal de «Eso es todo, chicos». Luego elevé mis suplicantes brazos hacia las estrellas, dije *eeny meeny miney*, y me fuseé fuera de aquel sitio.

Lamento haber tenido que escuchar todo el cuento. Para cuando Maureen acabó, nos habíamos comido todas las fresas, y un pastel de fresas y queso sin nada dentro es como una ensalada de tortellini sin tortellini. En los meses que Josh y yo llevábamos juntos, él me había enseñado muchas cosas sobre comida. No tomamos un tentempié, sino que realmente cenamos. Y luego me puse a lavar los platos.

En fin, el caso es que estaba haciéndose tarde y, ya saben, tenía que hacer que se marchara lo antes posible, y realmente intenté explicárselo pero ella simplemente no quería escucharme, así que apoyé mi espalda contra ella y la empujé hacia la puerta, y creo que se molestó o algo así porque luego la empujé un poco más pero ella ya no estaba allí y me caí sobre el piso de la cocina y me la vi de pie a mi lado con la espada en la mano y lo que ella llama la expresión de la mujer guerrera, y de inmediato me imaginé los titulares de la prensa: MUJER DE QUEENS MUERE TRÁGICAMENTE COMO UN PINCHO MORUNO. Josh no sería capaz de volver a mirar a la cara a nuestros amigos. Así que voy y le digo: «Atrás, Muffy». Precisamente lo menos adecuado.

«¡Eres tan mala como esos monos del centro de la Tierra!» Ahora estaba chillando.

Yo voy y le digo: «¿Quieres hacer el favor de no decir tonterías? Vaya una compañera de habitación que estás hecha. ¿Qué hay del vínculo de la Greenberg School que había entre nosotras?».

Eso pudo con ella. Guardó la espada enjorada y se tranquilizó. Me ayudó a ponerme de pie y me sacudió un poco la ropa.

«Lo siento, Bitsy», va y me dice. Me di cuenta de que estaba sonrojándose.

«No te preocupes —voy y le digo yo. Nos miramos la una a la otra durante un rato más, luego yo me puse a llorar no sé por qué, y ella soltó un par de lágrimas, y entonces nos pusimos a abrazarnos la una a la otra y gritamos, y se abrió la puerta de la calle y oí que entraba Josh, y lo último que él necesitaba era otra visita inexplicada de su amazona salvaje favorita, así que yo voy y digo—: ¡Maureen, pronto, tienes que esconderte!». Y entonces me dio la impresión de que estábamos todos en Yo amo a Lucy o algo parecido, y me eché a reír.

Ella también se reía, Josh, sin embargo, no reía. A veces parece que sólo vemos a sus amigos, ¿y por qué no pueden venir los míos a casa? Josh dice: «Porque mis amigos no van blandiendo espadas por el metro». Supongo que en eso tiene algo de razón.

Equilibrio

Mike Resnick

Susan Calvin subió al podio y miró detenidamente a su auditorio: los accionistas de la Corporación de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos.

—Quiero agradecerles su asistencia —dijo con su tono seco de negocios—, y ponerlos al día sobre los últimos acontecimientos.

Vaya una expresión atemorizadora tiene, pensó August Geller, que se hallaba sentado en la cuarta fila del auditorio. Me recuerda a mi profesora de inglés de decimoséptimo curso, aquella a la que siempre le tuve miedo.

Calvin se lanzó a dar una detallada explicación sobre el avanzado circuito nuevo que había introducido en el cerebro positrónico, en unos términos que un profano —incluso un accionista— pudiera entender.

Tiene una mente brillante, pensó Geller. Absolutamente brillante. Probablemente sea una suerte. Imagínate un semblante como ese sin una mente que lo compensara.

—¿Hay alguna pregunta sobre este punto? —preguntó Calvin mientras sus fríos ojos azules escrutaban a los presentes.

—Yo tengo una —respondió una joven bonita mientras se ponía de pie.

—¿Sí?

La mujer le formuló la pregunta.

—Pensaba que había dejado claro ese punto —dijo Calvin, haciendo todo lo posible para ocultar su irritación—. Sin embargo...

Comenzó una explicación aún más simplista.

¿No es asombroso?, pensó Geller. Aquí tengo a una mujer que tiene una mente como trampa de acero y a otra cuyo coeficiente intelectual probablemente sería capaz de congelar el agua, y a pesar de todo no puedo apartar los ojos de la que ha formulado la pregunta ridícula. Pobre doctora Calvin; la naturaleza tiene un sentido del humor de lo más malicioso.

Calvin advirtió que numerosos hombres miraban admirativamente a su interlocutora. No era la primera vez que los hombres hallaban algo más fascinante que Calvin para concentrar su atención, ni la centésima, ni la milésima.

Qué pena, pensó, que no se parezcan más a los robots, que permitan que sus hormonas anulen su lógica. Aquí estoy yo, explicándoles cómo planeo gastar doce millones de dólares de sus bolsillos, y ellos están más interesados en un rostro bonito.

Acabada la respuesta, se lanzó a comentar los intentos que estaban realizando para dotar con cuerpos más fuertes a los robots diseñados para trabajos extraterrestres, mediante la aplicación de estructuras de titanio con apretadas conexiones moleculares.

Me pregunto, pensó Geller, si habrá tenido alguna vez una cita con un hombre. No una noche de pasión salvaje, bien lo sabe Dios, sino simplemente una cena y quizá una sesión de teatro, en las que no haya hablado de trabajo. Sacudió casi imperceptiblemente la cabeza. No, decidió, probablemente algo así la mataría de aburrimiento. Lo único que le importa a esa mujer son sus fórmulas y ecuaciones. Los trajes bonitos serían un desperdicio en su caso.

Calvin sorprendió los ojos de Geller sobre ella, y le devolvió y sostuvo la mirada. *¡Qué joven tan hermoso!, pensó. Me pregunto si lo habré visto en alguna otra reunión anterior. Estoy segura de que lo recordaría si así hubiera sido. ¿Por qué me mirará tan atentamente?*

Me pregunto, pensó Geller, si alguien a quien ella haya amado ha correspondido alguna vez ese amor.

Probablemente sólo esté atónito por el hecho de que una mujer pueda tener cerebro, concluyó ella. Como si importara alguna otra cosa.

De hecho, pensó Geller, me pregunto si ella habrá amado alguna vez.

Y fíjate en ese bronceado, pensó Calvin, que continuaba mirando fijamente a Geller. Sin duda es atractivo, pero ¿trabajas o te pasas todo el tiempo haraganeando estúpidamente en la playa? Reprimió el impulso de suspirar entre dos frases. A veces resulta difícil imaginar siquiera que las personas como tú y como yo pertenezcamos a la misma especie. Yo tengo muchas más cosas en común con mis robots que contigo.

A veces, pensó Geller, cuando te oigo declamar con entusiasmo acerca de cerebros positrónicos y conexiones moleculares, me resulta difícil imaginar que pertenecemos a la misma especie. Hablas de forma muy parecida a la de uno de tus robots.

A pesar de todo, pensó Calvin en contra de su voluntad, eres alto y eres hermoso, e indudablemente tienes un aire de seguridad. La mayoría de los hombres no aguantan o no pueden aguantar mi mirada. Y tienes unos ojos azules y limpios. Me pregunto...

A pesar de todo, pensó Geller, tiene que haber algo ahí dentro, alguna esencia femenina debajo de las facciones duras y la mente fríamente analítica. Me pregunto...

Calvin negó inadvertidamente con la cabeza y casi perdió el hilo de lo que estaba diciendo.

Ridículo, concluyó. Absolutamente ridículo.

Geller la miró una vez más, estudiando la mandíbula firme, los hombros anchos, la postura agresiva, el rostro desprovisto de maquillaje, el cabello que podría haber sido mucho más atractivo.

Ridículo, concluyó. Absolutamente ridículo.

Calvin habló durante otros quince minutos, y luego llegó el turno de las preguntas.

Le formularon dos y ella las respondió de manera sucinta.

—Quiero darle las gracias a la doctora Calvin por habernos dedicado su tiempo —concluyó Linus Becker, el joven jefe de ejecutivos al mando de la Corporación de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos—. Mientras tengamos su notable intelecto trabajando para nosotros, estoy seguro de que continuaremos avanzando y ampliando los parámetros de la ciencia robótica.

—Yo secundo lo que usted acaba de decir —declaró uno de los accionistas mayoritarios—. Cuando produzcamos un cerebro positrónico que tenga la mitad de las capacidades del de la doctora Calvin, la ciencia de la robótica habrá llegado a su mayoría de edad.

—Gracias —replicó Calvin, haciendo caso omiso de la extraña sensación de vacío que había en su interior—. Me siento verdaderamente halagada.

—Somos nosotros los halagados —dijo dulcemente Becker—, por estar en presencia de alguien tan brillante como usted.

Se puso a aplaudirla y pronto todo el auditorio, incluido Geller, se puso de pie y le dedicó una ovación.

Luego todos se acercaron para darle la mano y presentarse, así como para hacerle comentarios sobre su inteligencia y creatividad.

—Gracias —dijo Calvin, en respuesta a uno de tantos cumplidos. *Me dais la mano como si esperaseis que fuera de tungsteno y acero, en lugar de carne y hueso. ¿Tanto he llegado a parecerme a mis robots?*

—Valoro sus observaciones —le dijo Calvin a otro de los accionistas. *Me pregunto si los amantes también se hablarán en el mismo tono de encantado-de-conocerte.*

Y luego se le acercó Geller y le cogió la mano, y ella casi dio un salto a causa de la sensación, la electricidad que pasó de la mano fuerte y bronceada de él a la suya propia.

—Creo que es usted nuestra mejor posesión, doctora Calvin —le dijo él.

—Nuestros robots son nuestra mejor posesión —le replicó graciosamente Calvin—. Yo no soy más que una comadrona científica.

Él la miró fijamente durante un momento, y de pronto la tensión abandonó su cuerpo. *Imposible. Eres demasiado parecida a ellos. Si te invitara a salir, sería un acto de caridad, y creo que eres demasiado orgullosa y perceptiva como para aceptar ese tipo particular de caridad.*

Ella lo miró a los ojos por última vez. *Imposible. Tengo que llevar a cabo mi trabajo..., y mis robots nunca me decepcionan demostrando que son sólo seres humanos.*

—Recordad todos —anunció Becker— que hay un banquete dentro de tres horas. —Se volvió a mirar a Calvin—. Usted estará allí, por supuesto.

Calvin asintió con la cabeza.

—Allí estaré —dijo con un suspiro.

Disponía de sólo una hora para cambiarse de ropa para el banquete, y llegaría tarde. Entró en su apartamento más bien mediocre, atravesó la sala y el dormitorio, ambos llenos a rebosar de revistas científicas, abrió el armario y comenzó a disponer la ropa sobre la cama.

—¿Le ha dicho alguien alguna vez que tiene los más hermosos ojos azules del mundo? —le preguntó el robot mayordomo.

—Pues gracias —le respondió Calvin.

—Es verdad, ¿sabe? —continuó el mayordomo—. Son unos ojos adorables, adorables, tan azules como el más puro de los zafiros.

La robot camarera entró en la habitación para ayudarla a vestirse.

—¡Qué sonrisa tan bonita! —dijo la camarera—. Si yo tuviera una sonrisa como la suya, los hombres librarían batallas por el solo placer de verla dedicada a ellos.

—Eres muy amable —replicó Calvin.

—Oh, no, señorita Susan —la corrigió la robot camarera—. Es usted realmente muy hermosa.

Calvin advirtió que el robot cocinero estaba de pie en la entrada del dormitorio.

—Deja de mirarme —le dijo—. Estoy sólo medio vestida. ¿Qué modales son esos?

—¿Con unas piernas como las tuyas espera que deje de mirarla? —respondió el cocinero con una risilla seca mecánica—. Todas las noches sueño que conozco a una mujer con piernas como las tuyas.

Calvin se puso el vestido de noche y esperó a que la robot camarera le subiese la cremallera.

—¡Qué piel tan suave y clara! —canturreó la camarera—. Si yo fuera una mujer, ese es precisamente el tipo de piel que me gustaría tener.

¡*Son unas criaturas tan perceptivas!*, reflexionó Calvin, de pie ante el espejo, mientras se aplicaba el casi transparente lápiz de labios. ¡*Unas criaturas tan adorables!*, se corrigió. *Por supuesto, lo único que hacen es responder a las necesidades de la Primera Ley —a mis propias necesidades—, ¡pero qué considerados son!*

Cogió su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Será usted la bella del baile —le aseguró el mayordomo, lleno de orgullo, mientras ella salía por la puerta.

—Pues muchísimas gracias —replicó Calvin—. Cada día te pones más halagador. El robot meneó su cabeza metálica.

—Sólo son halagos las cosas que son mentira —dijo justo antes de cerrar la puerta.

Con su equilibrio emocional plenamente restablecido, como ocurría siempre cuando regresaba a casa después de tratar con seres humanos, se dirigió al banquete sintiéndose vigorosa y renovada. Se preguntaba si estaría sentada cerca del hermoso

August Geller, que la había escuchado tan atentamente durante el discurso.

Tras reflexionarlo, deseó que le tocara sentarse en cualquier otra parte. Aquel hermoso joven le provocaba sensaciones incómodas..., y las fantasías, cuando ya estaba todo dicho y hecho, eran para los intelectos inferiores que, a diferencia de ella, eran incapaces de aceptar las verdades del mundo real.

El eterno presente

Barry N. Malzberg

Así que Arnold Potterley se marchó a casa. ¿Qué otro sitio, después de todo, había para ir? Si no hay ningún sitio en el que esconderse, entonces al menos pasa las incomodidades, aplastado bajo el conocimiento de la completa vulnerabilidad, en el lugar en el que estés más cómodo.

Al menos esa era la forma que Potterley tenía de racionalizar aquel desastre definitivo. Otros pensaban de forma diferente, claro está. Nimmo se había refugiado en una zona rural aislada. Foster se había refugiado en la locura.

Se me ha solicitado que escriba una historia del mundo posterior al cronóscopo. Se trata de un gran honor, por supuesto. Se me honra con semejante pedido. Después de todo, no hace demasiado tiempo que he comenzado a escribir, primero números, luego el abecedario durante mucho tiempo, hasta que comencé a sentirme más seguro con las palabras y las frases cortas, para pasar después a las oraciones más extensas; de todas formas, este es un gran salto para mí.

—¿Si no lo haces tú, Jorg, quién va a hacerlo?

Me dijeron, más que preguntaron, pero eso no me honra tanto como me asusta. Son muchas las cosas que me asustan, claro; el cronóscopo nos enseñó a tener miedo de todo. El cronóscopo nos enseñó la auténtica realidad del mundo. «Jorg» no es real, es mi *nom*, como se suele decir, *de plumay*.

Caroline Potterley esperó durante meses, después de que finalmente consiguiera traer la máquina a casa, buscar a su hija muerta, Laurel. Para volver a verla, para saber que aquella niña, como había sido, había constituido la última pasión de su vida y sin embargo, cuando al fin era posible, cuando Arnold había insistido y Foster había hecho aquella cosa y el visor temporal, por razones que ella nunca había comprendido y escapaban completamente a su mundo..., cuando la oportunidad era, por fin, suya, Caroline se halló esclavizada, retenida, encerrada contra su propia voluntad. Ella sabía que una vez que había traído la máquina a casa y todo el mundo lo estaba haciendo en esa época, Arnold se había negado pero, ¿cómo podía impedirselo a ella?, una vez que hubiera manipulado los controles siguiendo las instrucciones y hallado a su hija muerta, caería y caería, precipitándose al interior de algo, a una calidad de emociones que no había conocido jamás..., y era la necesidad de luchar contra ese rigor, de luchar contra esa última y terrible zambullida, lo que

hacía que se contuviera; pero llegó el momento en el que ya no pudo resistir.

—No puedo contenerme durante más tiempo, Arnold —hubiera dicho si hubieran continuado hablando durante los últimos tres meses, pero no lo habían hecho. Arnold nunca estaba en casa excepto para dormir y algunas veces ni siquiera aparecía por las noches; se quedaba vagando, afligido y consternado, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y acabando las pequeñas botellas de vino que traía por cajas y que agotaba botella a botella. Así pues, ella no le dijo eso, sino que simplemente hizo los arreglos necesarios que eran fáciles de hacer en este extraño y terrible mundo que había evolucionado, y abrió el visor hacia su historia, hacia aquella época anterior al incendio cuando...

...Cuando tenía una niña pequeña que reía y caminaba torpemente por los corredores de su vida, cuando ella y Laurel se habían contado secretos que ella, por algún motivo, no podía recordar.

Esta es, pues, mi historia parcial del mundo después del cronóscopo. Nadie puede escribir la historia completa. ¿Quién dispone del tiempo? ¿Quién de las herramientas? Fue la parte criminal y necesaria de nuestras vidas. Yo estoy inventando una parte de esto. Imagino una parte de la forma en que debió haber sido. Nadie de los que estaba allí entonces se molestó en escribirlo o dejar constancia de ello, así que me ha quedado a mí la tarea de expresarlo lo mejor que pueda. Eso es lo que me dijeron.

—Hazlo lo mejor que puedas. Si parece encajar, entonces haz que encaje. No existen verdades. ¿Qué es la verdad? ¿Qué puede ser la verdad? Redáctalo como a ti te parezca que encaja.

Y así sucesivamente en este tiempo difícil e imperfecto. Estaba hablando de quién la usó primero. ¿Quién diremos que fue quien la usó primero? Todos ellos lo hicieron, todos lo hicieron. Pero creo que tienen que haber sido los ladrones y las vidas bajas quienes percibieron sus posibilidades inferiores, aquellos dedicados a la visión trascendental y más valiente de las cosas quienes primero adaptaron el cronóscopo, no los líderes de las naciones sino aquellos que se afanaban en los suburbios de las naciones. Para ellos el cronóscopo representaría una especie de presente eterno a través del cual podrían escaparse, agradecidos, premeditadamente, en busca de mayores recursos. ¿Quién más pudo haber sido? Estaban los visionarios, por supuesto, los que construyeron el aparato en primer lugar. Eso no es nada sorprendente, los que son como Potterley siempre van por delante del rebaño en su deseo de probar recursos nuevos y diferentes.

Claro que todos los que usaron el aparato eran, teóricamente, criminales autorizados; estamos hablando (reparen en cuán fácilmente caigo en el vocablo de autoridad y generalización, ese «nos» pontifical, pero es que he estado leyendo muchos textos antiguos para prepararme para esta tarea y hallar la forma de abordarla) más bien de profesionales, de aquellos que lo consideraban ya un oficio.

Combinaciones secretas, tesoros enterrados hacía mucho tiempo, grietas que contenían los beneficios libres de impuestos y no convertidos..., todo eso era fácilmente asequible a un escrutinio paciente y entendido.

Sorprendentemente, los crímenes de violencia y pasión disminuyeron; el cronóscopo hizo que la pasión y la violencia de los demás fuera asequible para el auditorio más ansioso y frenético, y las vidas sexuales precronoscópicas de los famosos y deseables se hicieron..., bueno, se hicieron más famosas y más deseables.

En el visor, pues, en aquel estrecho tubo concentrado de memoria, Laurel la saludó con la mano, se deslizó hasta el final del tobogán y comenzó su torpe ascenso; en los rayos de indiferente luz vespertina (debía de ser aquel primero de octubre en el que compraron el tobogán, Laurel tenía los dientes desparejos y el vestido que llevaba ya no lo tenía una temporada después, Caroline recordaba aquello, lo recordaba todo) parecía más vulnerable a medida que subía y sin embargo, de alguna manera, mezclada con esa vulnerabilidad había una dureza, una confianza en el esfuerzo, una determinación que quince años después, quizá menos, la hubieran convertido en una joven atemorizadora. Caroline podía percibir aquella fuerza, podía aceptarla en aquel momento y el saber de su existencia, el saber que la Laurel de veinte años hubiera sido capaz de controlar las circunstancias de una manera que Caroline jamás hubiera podido, le proporcionó un repentino instante de penetración, de posibilidades que en la mortecina luz gris que arrojaba el visor parecieron elevarla a ella tanto como la misma Laurel ascendía, parecieron trazarlas en una especie de ascenso salvaje y apasionado que podía, en aquel momento, salir del restringido espacio del visor y convertirse, casi convertirse, en el mundo.

Un año después de que los detalles de la cronoscopia aparecieran en un popular programa científico que cualquier idiota podía comprender, vuestra Tiffany, que aún se creía perdida en los lóbregos territorios del crimen, entraba en la casa de Paul Taber, dueño de la mitad de los casinos de Miami. No había motivos para temer la presencia de Taber ni de nadie más; ella se había ocupado de averiguarlo. Había visto a Taber y su quinta esposa salir de la morada y, lo que es más aún, los había observado mientras les echaban una última mirada, una ojeada más de seguridad, a las joyas y al dinero que un cuidadoso estudio de todos los años pasados reveló que habían acumulado industriosamente hasta aquel mismo día, doce horas antes, en que habían conectado los dispositivos de seguridad de la casa (que no representaban problema alguno para Tiffany) y se habían marchado a realizar un viaje largo, repentino y necesario.

De camino hacia la caja fuerte que contenía el auténtico tesoro, mientras tarareaba una tonadilla de éxito, Tiffany recogió unas cuantas ajorcas aquí y algunas chucherías

por allá, y las metió en el pequeño saco que llevaba, trabajando sobre el plano de la casa que había trazado muy cuidadosa e industriosamente. Mientras se escabullía en dirección a la caja fuerte, vio las sombras contra la ventana y luego entró en el campo de luz un ladrón de aspecto brutal, tosco pero manifiestamente hábil, que la miró fijamente. Parecía llevar un saco en una mano.

—No había pensado en esto —dijo Tiffany.

—¿Quién eres tú? —preguntó el ladrón.

—Pero debería de haberlo pensado —dijo Tiffany—. Quiero decir, que no muestra el futuro, ¿no?

—¿Qué futuro? —preguntó el ladrón—. El futuro es precisamente este. Bien, dame todo lo que llevas.

—Esto es mío —dijo ella estúpidamente—. He trabajado por ello.

El ladrón sacó un arma de fuego y la apuntó con soltura hacia una peligrosa zona del pecho de Tiffany.

—No trabajaste lo suficiente —le replicó.

—Ética protestante —dijo Tiffany, sin demasiado sentido—. De todas formas, yo estaba aquí primero.

—Pero yo estoy aquí ahora; y puedo abrir la caja fuerte con la misma facilidad que tú. Conozco la combinación.

—Yo también.

—El visor —dijo él. La comprensión inundó las facciones del ladrón; de pronto pareció estar más en guardia y ser varios años más joven. También se operaron maravillas en su complexión—. Tú también tienes una de esas cosas. Puedes mirar al pasado.

—Y también soy paciente y cuidadosa —le respondió Tiffany—. Si hubieras hecho un mínimo de investigación en lugar de coger uno de esos visores de diez centavos y darles vuelta a los botones, habrías visto que en esta casa hay un punto que tiene una alarma conectada directamente con la comisaría que está a cinco minutos de distancia. Y tú estás de pie sobre ese punto precisamente, idiota.

—Sólo estás intentando que me marche.

—¿Crees que intentaría asustarte por nada? ¿A un colega? Será mejor que nos larguemos de aquí, chico.

—Quieres decir que salga yo primero —dijo el ladrón—, y te deje para que limpies esta casa tú solita. No, yo no me marchó sin ese material. —Blandió la pistola.

Tiffany se encogió de hombros. Brazaletes y chucherías, sí, pero el suministro era infinito. Era tan infinito como el tiempo mismo. ¿Es que no lo comprendía aquel tipo? El escenario se había hecho vasto y abierto; las paredes habían desaparecido.

—Tómalo todo —le dijo generosamente mientras le entregaba puñados de objetos. Luego se acercó a una ventana—. Tengo otros tres locales en la lista, y eso es sólo para esta noche.

El ladrón estaba de pie, aferrando las joyas; sus facciones habían vuelto a su sitio más habitual, pero parpadeaba con la mirada aturdida.

—Estás tan segura... —dijo—, tan segura de todo... —Miró la pistola en la que un collar se había enroscado por casualidad—. Yo nunca he tenido tus oportunidades —comentó finalmente.

—Pero si ahora todos tenemos oportunidades —le replicó Tiffany—. ¿Es que no lo entiendes? —Ella casi lo comprendía. Se acercaba a ello constantemente, estaba al borde de una maravillosa intuición. La intuición era lo único que se necesitaba entonces para funcionar en el mundo, y todo el resto era simplemente relleno—. Se está convirtiendo en algo tan fácil que resulta aburrido. Es casi como si ya no tuviera importancia.

—Para mí sí que la tiene —dijo el ladrón. Algunas personas continuaban insistiendo. ¿Quién podía culparlas?

—Eso es porque todavía piensas en esas cosas viejas que no variaban —le replicó Tiffany. Luego se marchó por la ventana.

Creo que esta es una aproximación razonable de cómo fueron las cosas.

—Déjalo ya, Caroline —dijo Arnold.

Aquel susurro, sepulcral e inesperado detrás de ella, fue como un disparo de pistola. Ella se estremeció, tembló, se volvió hacia él, vio sus rasgos repentinamente grotescos y brutales en la luz mortecina del cronoscopio.

—¡Lárgate! —le espetó.

Ella sintió que el miedo la recorría; extrañamente, aquello aumentó su energía en lugar de hacerla mermar; de pronto sintió deseos de saltarle encima. Si finalmente pudieran tocarse...

Él tendió una mano, le tocó una muñera y tiró de ella.

—Es horrible, Caroline —le susurró—. Debes terminar con esto, no puedes esconderte, no puedes huir, debes enfrentarte con ello... Cartago se quemó —le dijo—. Ahora lo sé, encendieron los fuegos, mataron...

—¡Lárgate! —repitió ella—. Quiero mirar...

—Está muerta —le dijo Arnold—. Al principio yo no lo sabía, y también yo tuve que mirar, sí, tuve que hacerlo, fui a la biblioteca después de todo lo que te había dicho y miré durante horas, pero llega un momento, Caroline, en el que tienes que dejarlo correr; ella ya no nos pertenece, ella no es nadie, está perdida para nosotros, perdida para cualquiera excepto para la máquina. Caroline, no podemos ser como tantos otros, tenemos que salir de esta habitación, tenemos que vivir nuestra vida...

Él tendió una mano para desconectar la máquina y entonces ella hizo algo, se movió, comenzó a tratarlo como debía, pero tiempo después el recuerdo no era muy claro y ella no quiso utilizar la máquina para recuperar aquel momento; lo dejó estar, lo dejó estar todo excepto Laurel, la Cartago de él, el incendio de él...

No tienes por qué dar tantos detalles, me dicen ellos. Lo han examinado y en algunos sentidos han emitido sonidos buenos y en otros sentidos han proferido sonidos malos, pero lo que quieren dejar más claro que nada es que no hay necesidad de que sea tan preciso como lo he sido hasta ahora —esa es la palabra que emplearon, «preciso»—; lo único que hace falta es dar lo que ellos llamaron una «visión superficial». «Tienes que dar sólo una visión superficial —me dijeron—. No tenemos ni tiempo, ni espacio, ni lugar para la historia; sólo tenemos un eterno y continuo presente, pero ese presente, a pesar de que nos sirve bien, debe contar con la mínima cantidad de justificaciones. Si puedes darnos eso, habrás entregado lo suficiente.» ¿Quién sabe «lo suficiente»? Yo tengo mis propios planes y capacidades.

Yo soy el primero y el último, el único que entregará esta historia, me dicen, el único que «escribe» como se entiende el «escribir» al viejo estilo, pero debo mantenerlo estrictamente confinado, debo controlar. Yo hago lo que puedo. «Tienes que dar una visión superficial», pero no es la superficie sino lo que está debajo de la misma lo que me posee, el peso de todo lo que ha ocurrido, casi aniquilador (esa es una palabra dura, «aniquilador»), ese diminuto pasillo de luz que yo arrojo hacia nuestra historia.

Hicieron falta todas las fuerzas del orden que quedaban (es decir, todos aquellos que no se habían torcido) para ponerse a la altura de los fuera de la ley; pero cuando lo hicieron, a los elementos criminales se les acabó el negocio. Ni crímenes sin resolver, ni pistas inidentificables. Ni siquiera podías escaparte del colegio..., es decir, si tu barriada tenía acceso a algún tipo de instrucción. Sabían cuándo estabas durmiendo. Sabían cuándo estabas despierto. Sabían si habías sido malo o bueno.

—Llega tarde. Esa cuenta Ryan. Debería de estar aquí desde hace horas. Lo siento.

—No me hables de «la cuenta Ryan». ¿Quién es esa puta rubia que está en el tercer piso del 242 de Oak Street?

—¿Qué? ¿Qué?

—Para alguien que dice que ya no puede hacer muchas cosas, puedes hacer un montón de ellas, ¿verdad?

—Pero la cuenta..., la reunión con Ryan...

—Olvídalo, Frank. Estás intentando vivir en un mundo que ya no existe. Cómprate un cronoscopio y vete del edificio; porque mañana se cambiarán las cerraduras y no podrás averiguar ese tipo de datos de trabajo en ninguno de los ordenadores baratos que probablemente consigas.

Cuando los sentimientos pasaron, cuando pudo volver a enfocar la mirada, ver dónde estaba, Caroline advirtió que algo le había ocurrido a Arnold, algo terrible había ocurrido; él estaba tendido sobre el suelo, poseído de una quietud que ella ignoraba que pudiera manifestar. Pero incluso mientras luchaba con el impulso de arrodillarse, consolarlo, sostenerlo en sus brazos, ayudarlo de alguna forma, llamar a los servicios de emergencia, hacer que acudiera la unidad de socorro de la universidad, incluso mientras pensaba en ello, una voz diminuta e infinitamente sabia de su interior le decía: *Nunca ha tenido un aspecto tan sereno antes, se le ha concedido la paz perfecta, la paz que tiene Laurel. Ve hacia ella, ve hacia ella ahora, comprende su paz y trata de convertirla en algo propio de ella*, y la voz estaba tan perfectamente sintonizada con las necesidades de ella, que Caroline supo que no podía hacer nada más, no podía hacer por Arnold nada que no hubiera perecido mucho tiempo atrás, en el fuego, antes del fuego, y se volvió en cambio hacia el cronoscopio, el cronoscopio en el que Laurel, infinitamente joven, tierna, sabia, paciente...

Donde Laurel, si algo podía decirle era qué hacer.

La procreación se convirtió en algo limitado, apresurado y, para aquellos que persistían, grotesco. Los gobiernos, todos ellos, el de China y la Unión Soviética, el de Burundi y Burma, el de Sudáfrica y Zaire, se derrumbaron. Los gobiernos de cualquier clase eran simplemente inimaginables. En algunos países se hicieron fútiles intentos de confiscar los cronoscopos, pero entonces fue cuando comenzaron los asesinatos y, tras haber visto cómo estaba la situación, pronto acabaron: los sistemas, tales como eran, habían quedado invertidos en el cronoscopio, el comportamiento había quedado circunscrito por su existencia. Sesenta años después, Ralph Nimmo, tío del infortunado Foster, había dado a conocer los planos y había huido a Australia para hacerse pasar con éxito por un guarda de canguros aborígenes (Foster, mientras tanto, reinventaba el cronoscopio en la cárcel, creándolo una y otra vez), ya no quedaba mucho público, y el que quedaba era viejo, decrepito y resentido contra las atenciones y la investigación médicas que se habían convertido en meras actividades de primeros auxilios. Había localidades que padecían graves deterioros de comunicaciones. Allí estaba, siempre, el cronoscopio. «Aquí está —dijo Foster, tendiéndoles los borradores a los asistentes—. Cójnlo.»

Después de un siglo y cuarto, sólo existían unos pocos grupos y clanes en las regiones meridionales del hemisferio septentrional, las regiones septentrionales del meridional. Para estos sobrevivientes, el nivel de subsistencia de una sociedad subsistente no era demasiado opresivo, y allí estaba, por supuesto, el cronoscopio,

cuyo limitado alcance era sin embargo capaz de revelar en toda su furia y belleza claroscuro el colapso de las civilizaciones oriental y occidental ocurrido un siglo antes, así como todas las menudas cópulas y confrontaciones fragmentarias asociadas a ese colapso.

Y así, abatida por las circunstancias, horrorizada ante la noticia de la muerte de su padre pero no obstante amorosa y llena de ternura, Laurel tendió una mano desde los intersticios de la máquina, desde el oscuro metal, y le dijo a Caroline: «Te diré qué hacer, oh, madre, te diré qué es exactamente lo que debes hacer pero tienes que acercarte más, acercarte más...»

Mientras, Caroline se arrastraba por el pasillo de luz informativa.

Yo soy el primero de una larga línea por venir que volverán a ser capaces de componer nuestra historia. Pero nuestra historia es tensa y agotadora, estrecha y peligrosa, y ahora veo por qué ellos deseaban que fuera explícito, que resumiera, que pasara muy por encima de las cosas; sólo queda muy poco que contar pero no obstante...

—Recuerda cuánto lo amabas —dijo Laurel—. Recuerda cómo fueron las cosas cuando lo conociste, recuerda la atmósfera de amor y ternura...

—Lo que haremos —dijo Joan, una prisionera de dieciséis años—, es huir.

—Los otros nos verán. Serán capaces de observar cada uno de nuestros movimientos.

Bill tenía dieciocho años, y era la parte juiciosa y previsora de la relación. O al menos así se lo decía a Joan. De todas formas, no había bastante gente de la edad de ellos con quien discutir como para que surgieran muchas diferencias. Todos los que estaban entre los quince y los veinte años eran muy parecidos. Timoratos. Excepto Joan que tenía un brío inexplicable y que además tenía planes.

—Nos iremos tan lejos que los viejos bastardos no serán capaces de llegar hasta donde estemos. De todas formas, nadie mirará jamás; lo único que quieren es mirar y recordar. Escalaremos montañas.

—No importa lo lejos que nos marchemos, aun así serán capaces de ver cualquier cosa que hagamos. Lo verán todo.

—No me importa. ¿A quién le importa? ¡Déjalos que miren! Pueden mirarnos hasta que yo me muera, si eso es lo que quieren. Lo que yo quiero es hijos —dijo ella apasionadamente, mirándolo de esa forma que a él lo trastornaba tan peligrosamente—. Quiero una familia. Quiero tener —hizo una pausa— relaciones sexuales relajadas. Verdaderas relaciones sexuales.

Bill era timorato pero estaba necesitado.

—Sí —concedió—, también yo lo quiero. Pero...

—Si no vienes conmigo, se lo pediré a otro. Se lo pediré a Dave.

—¿A Dave? Tiene treinta años. Él es uno de ellos. Lo único que quiere hacer es mirar.

—Yo le enseñaré algunas cosas. A él se le puede enseñar. No quedamos muchos como nosotros, ¿es que no sabes eso? ¿Quieres que muera todo el mundo?

—Ya está muerto.

—Quiero decir realmente muerto. Desaparecido. Sin más niños, sin nada de nada. Ni siquiera las máquinas. La mayoría de esos malditos visores ya ni siquiera funcionan. Hace años que nadie los repara.

—Probablemente haya personas fértiles en otros clanes. No depende solamente de nosotros. Tiene que haber otros que...

—¿Entonces quieres que acabe de esta forma? No me quieres...

—Bueno, claro que te quiero —dijo él desesperado—. Creo que sí, en todo caso. Pero siempre habrá alguien mirándonos, incluso después de que mueran todos los de aquí.

—No, no será así.

—Nuestros hijos lo harán.

—Esas máquinas están dejando de funcionar, ya te lo he dicho. Nosotros ni siquiera nos llevaremos una. Te contaré un secreto. Yo he roto todas las que he podido encontrar.

—¡Joan! ¿Cuándo?

—Justo antes de venir hacia aquí.

—Nos matarán cuando lo descubran.

—Pues no me importa —le dijo ella. Lo cogió por las muñecas—. Ahora ya sabes que tenemos que hacer algo. Ya sabes que tenemos que marcharnos de aquí.

—¿Cuántas has roto?

—Un montón. Rust se encargará del resto de ellas, y no creo que ninguno de los del clan sean lo suficientemente listos como para reconstruirlas. ¿No lo comprendes? Creo que ya se les ha acabado la historia con esas máquinas. Creo que se ha terminado.

Bill sintió que ella tiraba de él. Pronto estarían fuera de la cabaña, al nivel del suelo, y podrían huir. Vivir de la tierra, construir un asentamiento. Bueno, parecía posible. Cualquier cosa era posible. Joan tenía razón, nadie iba a seguirlos. Simplemente no estaban tan interesados como para hacerlo.

—¿Se han terminado? —preguntó Bill lleno de esperanza—. ¿Quieres decir que se han acabado las máquinas?

—Creo que así es. Pero para asegurarnos aún más, por si acaso hubiera quedado algún manual de instrucciones en nuestro nuevo territorio de residencia, no les enseñaremos a leer a nuestros hijos.

—¿Tú crees que eso funcionará?

Ella sonrió.

—Bueno, durante algún tiempo —replicó—. Puede que en algún momento uno de ellos aprenda a escribir y deje constancia de todo esto, pero para entonces será ya demasiado tarde y seremos libres.

Y en la máquina, en la rendija de luz que Laurel le había ayudado a abrir, Caroline los vio como habían sido aquella noche, la primera noche en que Arnold la había conocido a ella, la noche en que Arnold la había amado. Vio cómo se debatían los cuerpos, luego se deslizaban en y entre los brillantes rayos de luz y después, en un lento y terrible concierto, la imagen se deshizo, se recompuso, y Caroline se vio a sí misma enorme e inclinada sobre aquella cuña de visión mientras descargaba el golpe que mataba a Arnold, lo vio desplomarse sobre ella en una parodia de abrazo, y luego estaban ambos trabados, rodando y rodando sobre el piso en y entre los planos, los diagramas, los cables, el nido de horrible maquinaria.

—Oh, Laurel —dijo Caroline Potterley—. Oh, Laurel; oh, Laurel...

Y llegaron los fuegos de Cartago.

PAPPI

Sheila Finch

Lo primero que advirtió Tim al entrar en su vieja casa fue la luz parpadeante del visífono que le advertía de una llamada entrante. Tenía que ser para Karin, claro. ¿Pero quién podía no saber aún que estaba muerta? Karin no tenía un grupo de amigos muy grande.

El sonido agudo del visífono era irritante. Estaba cansado del vuelo en lanzadera, vagamente fastidiado a causa de los obsequiosos robots sirvientes, y ya comenzaba a percibir la excesiva fuerza de gravedad de la Tierra. Pulsó el botón de recepción. La voz de la operadora le pidió al señor Tim Garroway que esperara un instante, que le pasaría una llamada del señor Howard Rathbone III.

Demasiado tarde como para preocuparse por cómo había conseguido suponer Rathbone adónde se dirigía él con tantas prisas. No estaba hecho para jugar a James Bond, pero se había sentido bastante seguro de que la Tierra era precisamente el sitio en el que Rathbone no pensaría nunca buscarlo si él se escapaba, dado que era a la Tierra donde Rathbone quería que fuese. Obviamente, había subestimado a aquel hombre.

Mientras aguardaba a que se estableciera la conexión entre la Tierra y la estación espacial del punto Legrange, que constituía la central de la corporación de Rathbone, miró a través de la puerta de la sala para ver qué estaba haciendo Beth. Se hallaba sentada sobre la alfombra con las piernas cruzadas, construyendo una torre de libros, con su pequeño rostro gordezuelo vuelto hacia el sol primaveral que entraba por la ventana cuyas cortinas no estaban echadas. El sol destellaba sobre sus cabellos de oro, y a Tim le dio un vuelco el corazón al ver por milésima vez lo parecida que su hija era a la madre.

Si Sylvia pudiera verla ahora...

Si los malditos robots del equipo de urgencias hubieran funcionado como se suponía que debían hacerlo...

Había repasado una y otra vez todas las opciones durante el viaje en lanzadera desde la luna. Huir había sido un impulso que, según comenzaba a ver en aquel momento, podía acarrearle un montón de problemas desagradables. Esperó de mal humor a que acabara de establecerse la conexión telefónica.

El visor emitió unas crepitaciones que atrajeron su atención, y la imagen se hizo nítida. Howard Rathbone III lo miró desde su elegante oficina revestida de madera desde la que llevaba el timón de su empresa de un billón de dólares. En una ocasión, Tim había especulado, al ver por primera vez la lujosa oficina, sobre cuánto habría costado el transporte de toda aquella rara y costosa madera de teca, caoba y palo de

rosa hasta el espacio con el fin de reproducir el aspecto de un transatlántico de lujo de la década de 1920. Sylvia se había reído de su estimación. *¡Te quedas corto, muy corto!*

—Tim. Espero que tú y Beth hayáis tenido un agradable vuelo en la lanzadera. Por supuesto, deberías de haber consultado conmigo antes de..., llevarte a la niña.

Así que el viejo no iba a llamarlo secuestro, de momento. El señor Rathbone era un hombre corpulento con la voz y las maneras vigorosas de un hombre grande. Y un corazón hecho de pura roca lunar. Obviamente calculaba que obtendría alguna ventaja si le seguía el juego a Tim.

—Sí, hemos tenido un buen viaje, gracias, señor Rathbone. Lo hubiera llamado para...

Rathbone hizo caso omiso de aquellas palabras.

—Tú y Beth necesitaréis un poco de tiempo para recuperaros. Mañana habrá tiempo más que suficiente para hacer las cosas de las que hemos hablado. Y tú lo harás, por supuesto. *¡Tienes mucho que ganar!*

Incómodo, Tim pensó en la frecuencia con que aquel hombre parecía leerle la mente. ¿O se trataría de que él mismo era totalmente predecible, al menos en lo concerniente a Mercury Mining and Manufacturing? Quizá Rathbone tenía razón; había demasiado dinero implicado en aquello como para mostrarse escrupuloso, el suficiente como para comprarle a Beth cualquier cosa que pudiera desear ahora y durante mucho tiempo por venir. ¿Y era el precio realmente tan poco razonable?

—Dependo de ti, Tim —dijo Rathbone—. El futuro de la Triple M está en tus manos; pero confío en que sabrás salir adelante por nosotros.

Incluso cuando profería halagos y felicitaciones, las palabras de Rathbone sonaban como órdenes. Ese era el motivo de que hubiera tenido un éxito tan fenomenal, y había construido su imperio en menos de dos décadas desde la segunda expedición a Mercurio.

—Sí, señor.

—Yo soy un hombre razonable, Tim. Me gustaría contar con tu cooperación voluntaria, así que estoy dispuesto a explicártelo todo una vez más. Tenemos que detener esto antes de que llegue más lejos. No hace falta decir qué ocurrirá si él se sale con la suya. ¿Comprendes mi posición, Tim?

Tim asintió con la cabeza; tenía la garganta seca.

—No podemos tener a todas esas máquinas por ahí, pensando que merecen los mismos derechos y privilegios que los seres humanos; y eso es lo que ocurrirá, tú lo sabes, si él logra salirse con la suya en esto.

—Sí, señor.

—Eres un hombre brillante, pero has estado desperdiciando tus talentos.

Aquello no era ni la mitad de virulento que lo que había dicho de Tim cuando se enteró del matrimonio de Sylvia con un estudiante que no tenía ni un céntimo, y del embarazo de ella, pensó Tim. Pero si jugaba bien sus cartas...

Rathbone se reclinó en su sillón giratorio de cuero, tamborileó con los dedos y miró al padre de la hija de su hija. En la pared que había detrás de él, un mapa del interior del sistema solar representaba el imperio de Rathbone en lucecillas parpadeantes esparcidas.

—No tengo más herederos que la pequeña Beth.

Tim tragó. Su hambre por poseer y controlar lo que el mapa representaba libró una batalla más contra la parte cautelosa de sí mismo. El resultado volvía a ser dudoso. Sin embargo, el lado hambriento de él se acercaba cada vez un poco más a la victoria. Especialmente allí, en aquella casa.

—Sigo preguntándome si no sería mejor intentar la denuncia pública —dijo Tim—. Ya sabe..., someterlo a escrutinio público..., ponerlo ante una prueba que no pueda superar...

En la pausa que siguió, él supo cuál sería la respuesta de Rathbone.

—¡Eso ya se ha intentado! —En el rostro de Rathbone se dibujó un ceño dedicado a él a través del espacio—. Y ha fallado. Ya no queda tiempo para andarse con cautela. Hay que quitarlo de en medio.

Tim se estremeció con inquietud.

—No es como matar a un hombre, Tim. ¡Stephen Byerley es un robot!

Rathbone escupió aquella palabra, cargada con todo el desprecio, el odio y el miedo que Tim sabía que le inspiraban los robots.

—Consúltalo con la almohada, hijo —continuó su suegro. A pesar del término que había empleado, la amenaza se percibía con facilidad—. Creo que las consecuencias que tendría un fracaso por tu parte, superan con mucho a la muerte de un robot.

Ese era el otro factor de la ecuación. Si él se negaba a hacer lo que quería Rathbone, Rathbone le arrebataría a Beth. Él no podía regresar a la luna ni a las estaciones espaciales, y desde luego no podía quedarse en la Tierra durante más tiempo. No había lugar en el que los esbirros de su suegro no pudieran encontrarlo. Y desde luego no podría volver a la vida de prospector independiente, no con una niña de tres años que criar.

La pantalla del visífono se volvió opaca, y Tim se encaminó pesadamente hacia la sala para ir a buscar a su hija.

Tenía que reconocer que su suegro tenía algo de razón. Stephen Byerley había conseguido que lo eligieran para un cargo público hacía un mes. Aquello era el principio del fin de la indiscutida superioridad humana, a pesar de las muy cacareadas tres leyes. Para empezar, Stephen Byerley podía comenzar a pensar que sus «hermanos» del espacio, aquellos que se afanaban bajo las condiciones horribles de planetas abrasadores para industrias como la de Howard Rathbone III, merecían unas mejores condiciones de trabajo. Byerley podía incluso llegar a la conclusión de que estaban siendo tratados como esclavos y utilizar el peso de su cargo para iniciar una campaña por la emancipación de los robots. Era absurdo, por supuesto, pero Tim

sabía que una vez que se sentaba el precedente de un robot que era lo suficientemente «humano» como para detentar un cargo humano, habría auténticos problemas para negarles los mismos derechos y protecciones legales a todos los demás.

No se trataba de que les tuviera mucha simpatía a los hombres de metal. Después de todo, no eran más que máquinas. ¡Nadie estaba más convencido de eso que él! Él había tenido una larga e íntima relación con uno de ellos hacía mucho tiempo, en el 2009, precisamente en aquella casa.

—Tú querías un padre, Timmy —le dijo animadamente Karin Garroway—. Bueno, pues te he traído a PAPPI.

Timmy miró fijamente la caja de metal gris sobre ruedas que se hallaba en el centro exacto de la alfombra de la sala. A primera vista, había pensado que se trataba de una vieja aspiradora de chapa sin la manguera. De los lados le salían cuatro apéndices canijos terminados en una colección de ganchos y pinzas que le conferían el aspecto de una horrible broma esquelética. Una torreta parecida a un cuenco invertido alojaba un objetivo de cámara y otras cosas que no reconoció en aquel momento.

Timmy tocó con un pie la cobertura de una rueda.

—Trátalo con cuidado. —Con sus deberes maternos satisfechos, Karin recogió sus papeles y una computadora portátil y lo metió todo en su maletín.

—¿Qué es esto?

—Un PAPPI: Programa de Alternativa Paternal, Prototipo I.

—Parece bastante estúpido —dijo Timmy.

—¡No importa el aspecto que tenga! —La madre le echó una mirada—. Hará todo lo que puede hacer un padre de verdad. PAPPI puede lanzar pelotas de béisbol, y ordenar tu colección de sellos..., toda clase de cosas.

—¿Puede hacer mis deberes?

—Tiene un programa para darte clases de matemáticas y lectura, Timmy. PAPPI también tiene grabaciones de cuentos para dormir escogidos para chicos de ocho años. Y los iremos actualizando a medida que crezcas.

—A veces quiero hablar de cosas de hombres...

—No te pongas difícil. —Karin cerró con crispación el maletín—. Trabajaré en algunos refinamientos en cuanto tenga tiempo. Puedes pensar en esto como en un experimento de robótica que estamos haciendo entre los dos.

Karin siempre estaba intentando interesarlo por el trabajo que realizaba en la Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos, Inc. Dejó el maletín sobre el sofá, se agachó ante su hijo de forma que sus ojos quedaran a la altura de los de él, y lo cogió por los hombros. Su rostro tenía aquella vaguedad amable que Timmy le había visto a veces cuando miraba gatitos o mariposas. Él le devolvió la mirada con los labios apretados.

—Sé que la vida que llevamos te resulta dura.

—¡Podríamos vivir como lo hacen los demás! —le replicó él, de malhumor.

—Yo sería simplemente incapaz de eso —le dijo ella—. Pensaba que lo comprendías. Mira, tú siempre dices que quieres un padre...

—Uno de verdad. No un estúpido robot.

El rostro de ella se le aproximó más.

—Ya te he explicado que no tenemos tiempo para un hombre en nuestras vidas.

Timmy no sabía absolutamente nada de su padre verdadero. Una vez, Karin le había contado una historia sobre un sitio en el que vendían esperma para mujeres que querían ser madres sin todas las complicaciones de un matrimonio. Pero Timmy le decía a todo el mundo que su padre había muerto; era más fácil de explicar. Quizá a Karin no le gustaban mucho los hombres; nunca había traído uno a casa, a diferencia de la madre de su mejor amigo, Joey, que tenía muchos novios. A veces Timmy se preguntaba si él mismo no le gustaría a Karin cuando creciera.

—¿Timmy?

—De acuerdo —replicó de mala gana—. Pero me habías prometido que hoy iríamos al zoológico, Karin.

Ella se mordió el labio inferior.

—Ya lo sé. Hoy es domingo, pero es que ese proyecto es muy urgente.

Él meneó la cabeza.

—Hoy es un día especial. Es...

—Puedes jugar con PAPPÍ en el patio. Eso te gustaría, ¿no es cierto? PAPPÍ es fácil de utilizar. Me he asegurado de que así fuera.

Él miró por encima de ella, al robot.

—¿A qué se puede jugar con una cosa como esa?

—¡Ya se te ocurrirá algo! —Ella le dio un beso en una mejilla que él no fue lo suficientemente rápido como para evitar—. Ahora tengo que salir corriendo. El coche aéreo del laboratorio está esperándome. Te prometo que no tardaré mucho.

Después de que ella se marchara, Timmy miró el tridimensional durante un rato, pero Karin lo había programado para que le proyectara películas históricas sobre la explotación del sistema solar y rollos educativos de astronomía. Apagó el tridimensional y se agachó junto al robot. Miró al objetivo de la cámara.

—¡Tienes un aspecto estúpido! —le dijo—. Y también tienes un nombre estúpido.

Un pájaro gorjeó en el gigantesco árbol del jardín, pero en el interior de la casa reinaba el silencio. Timmy se sintió repentinamente solo, lo cual resultaba extraño porque ahora que ya no era un niño tan pequeño, Karin solía dejarlo frecuentemente solo cuando tenía que hacer horas extra los fines de semana. La razón no era difícil de descubrir. Aquel era el día del padre. El club de exploradores al que pertenecían Timmy y Joey celebraba una barbacoa de perritos calientes para padres e hijos en Central Park, y absolutamente todos estarían allí con su papá. Todos los amigos de Timmy tenían padre, incluso si no se trataba del original. Y Joey llevaría consigo a

uno de los novios de su madre.

Pero Timmy sabía que no tenía sentido hablarle de ello a Karin. Karin no creía en las actividades de hombres solos. Hubiera sido muy propio de ella considerar la posibilidad de acompañarlo ella a la barbacoa de padres e hijos. Era mucho mejor quedarse en casa con un robot que pasar por una situación violenta como esa.

Timmy frunció el entrecejo ante el robot. No tenía nada más que hacer, así que lo mismo daba si lo encendía. El interruptor estaba convenientemente situado en la parte superior. Inmediatamente se encendió una lucecilla roja en la cúpula, que giró para enfocar el objetivo sobre Timmy.

—Hola —le dijo una vocecilla sin inflexiones—. Yo soy PAPPÍ, tu Alternativa Paternal. Soy un prototipo experimental.

Sorprendido, Timmy se sentó con las piernas cruzadas ante el robot y lo miró fijamente. Ya había visto robots anteriormente, claro está, en el laboratorio en el que trabajaba Karin. Pero sabía que muchas personas no confiaban en ellos y que no estaban permitidos en Nueva York. Los que su madre construía, y que hablaban, eran unas cosas enormes hechas para enviarlas al espacio donde no pudieran asustar a nadie.

—Bueno —dijo Timmy cautelosamente—. ¿Qué sabes hacer?

—Puedo contarte un cuento sobre animales. Puedo ayudarte con tu colección de sellos. Puedo construir aeromodelos. Conozco las estrategias del béisbol y baloncesto de los últimos cincuenta años. Puedo decirte quién realizó más carreras a la base, quién era MVP, quién...

Timmy estaba atónito. Quizá Karin sabía más de lo que jamás había advertido acerca de las cosas que eran importantes para él.

—¿Puedes ayudarme a encender un fuego en el patio trasero y a asar perritos calientes?

—No creo que a Karin le parezca bien que juegues con fuego.

El entusiasmo de Timmy se desvaneció.

—¡Así que tú vas a ser otra niñera más!

—Tú eres demasiado grande como para tener una niñera, Timmy. Yo soy tu Pappí, y las Alternativas Paternales no...

—¡Tú no eres mi papá! —le gritó Timmy.

—¿Quieres que salgamos al patio a jugar al béisbol? —sugirió el robot.

—Claro. —Timmy se metió las manos en los bolsillos.

Timmy descubrió de inmediato que PAPPÍ era muy bueno lanzando pelotas. Los largos brazos metálicos cogían limpiamente la pelota y la balanceaban en un arco perfecto, dejándola escapar precisamente en el momento correcto para que recorriera el aire hasta el punto exacto en el que Timmy tenía el bate para golpearla. PAPPÍ también lo aconsejó sobre cómo sostener el bate, pero nunca le gritaba cuando erraba un golpe, y no era un mal perdedor como Joey cuando Timmy conseguía completar una carrera de base.

—Oye —dijo Timmy después de jugar una hora de serie mundial—. ¿Quieres trepar a un árbol?

—No estoy equipado para trepar árboles —le replicó PAPPÍ—, pero te observaré; y puedo identificar todos los objetos que encuentres.

Timmy arrojó al suelo el bate y comenzó a subir por el tronco del viejo arce que estaba junto a la valla del jardín. PAPPÍ rodó hasta situarse debajo del árbol, e hizo girar la cúpula de forma que el objetivo pudiera enfocar el ascenso de Timmy.

A medio camino de la copa, el tronco se bifurcaba. Allí, una vez Timmy y Joey habían comenzado a construir un fuerte. Luego el tiempo se había puesto demasiado cálido como para trabajar en proyectos de carpintería, y lo habían abandonado. Sin embargo, continuaba siendo un bonito lugar para sentarse y contemplar la silueta dentada de la ciudad que se extendía al otro lado del East River. Las hojas que tenía por encima proyectaban dibujos de luz y sombra sobre sus brazos desnudos, y el suave susurro que producían era como un idioma secreto que sólo Timmy estaba destinado a comprender.

Timmy montó a horcajadas sobre una de las tablas entibiadas por el sol.

—¡Tienes un aspecto extraño desde aquí arriba!

—¿Has visto el nido abandonado de pájaro que tienes junto a la mano derecha?

Timmy miró entre las hojas. Efectivamente, había un amasijo de palitos y fango seco pegado a la corteza de una rama, cerca del tronco.

—Tiene plumas dentro.

Timmy se aferró a una rama con una mano, y se inclinó para enseñarle al robot las diminutas plumas blancas y pardas que tenía en la otra. El objetivo de cámara de PAPPÍ se deslizó hacia el exterior sobre una varilla de alrededor de treinta centímetros de largo, y luego se retrajo.

—Un espécimen muy bonito. Pero mira esas pequeñas protuberancias blancas que crecen en el tronco, una forma de hongo de la división llamada mycota. Las esporas han sido traídas accidentalmente hasta aquí por un pájaro, quizá por el *passer domesticus* cuyas plumas tienes en la mano.

—¿Eh?

—Un gorrión de casa.

—¡Fantástico!

—Existen alrededor de cincuenta mil hongos u organismos saprofitos y parásitos de tipo vegetal que han sido identificados y descritos. Pero probablemente existan unos cien mil más. Entre ellos están los champiñones, los mohos, las levaduras...

Timmy frunció el entrecejo. Aquella cosa comenzaba a hablar como su profesor del colegio.

—También puedo hablarte de los líquenes, si quieres.

—¡Ni hablar! —le respondió Timmy.

—Bien, entonces —dijo el robot—. ¿Te gustaría jugar al caballo?

—¿Cómo se hace eso?

—Puedes montarme a mí. Soy muy resistente.

Así pues, Timmy cabalgó encima de PAPPÍ, sujeto por dos de los largos brazos metálicos, gritando «¡Arre!» y «¡Guau!» hasta que le escoció la garganta. Casi le resultaba posible olvidar que PAPPÍ era un robot e imaginarse que estaba realmente cabalgando sobre un semental de alborotadas crines sobre la meseta occidental, exactamente como las películas tridimensionales ante las que Karin fruncía el entrecejo cuando lo veía mirándolas.

Para cuando el cielo se oscureció y Karin regresó a casa, Timmy ya sabía que acababa de descubrir un auténtico amigo, uno que nunca se aburría de jugar, nunca pensaba que una pregunta fuera demasiado estúpida como para responderla, nunca criticaba ni culpaba.

Pero no era en absoluto lo mismo que tener un padre.

Con la ayuda de PAPPÍ, a Timmy le fue mejor en el colegio aquel curso. PAPPÍ también estaba programado para aprender, al mismo tiempo que Timmy, lo cual convertía los estudios en un concurso..., que PAPPÍ raras veces perdía. Pero dado que el robot no se jactaba nunca de sus éxitos, a Timmy no le importaba realmente. Y aquellas cuatro manos metálicas significaban que el robot era un auténtico brujo montando modelos aeroespaciales y mezclando barajas o haciendo malabares con pelotas.

De vez en cuando, Karin traía nuevos programas para PAPPÍ a medida que los iban desarrollando en el laboratorio. Timmy observaba cuando ella abría la «cabeza» del robot y los introducía. A veces sostenía las diminutas herramientas que ella empleaba para trabajar en el cerebro positrónico. Después de esas operaciones, PAPPÍ podía hacer muchas más cosas para entretener a Timmy, como tocar el banjo, contar chistes o hacer dibujos tontos para hacerlo reír.

Karin raras veces traía a alguien a cenar a casa, ni siquiera a gente de la empresa, pero una vez vino a la casa de Timmy una señora con la que su madre compartía la oficina.

—No se parece en absoluto a un hombre mecánico —se quejó Timmy.

Él y aquella señora de aspecto feroz se acuclillaron sobre la alfombra para mirar a PAPPÍ, que acababa de detenerse delante de ellos. Las ruedecillas del robot rasparon el suelo brillante cuando frenó.

—No necesita parecerlo —le replicó la compañera de trabajo de Karin—. La forma tiene que estar de acuerdo con la función.

—¡Al menos podría tener piernas, no ruedas! —dijo Timmy, tocando con un dedo una de las rayas hechas sobre la madera del piso.

—Esto estaba destinado a ser un robot utilitario. Tu madre modifica su cerebro, no su forma.

Karin le había dicho que la doctora Calvin no construía los robots en el sentido en el que lo hacía ella; la doctora Calvin era una robopsicóloga, fuera eso lo que fuere. En la cocina, Karin hacía un insólito despliegue de domesticidad y metía los platos en

el lavavajillas.

Timmy frunció el entrecejo.

—PAPPI cree que es más que eso.

—Pero tú no.

—¿Cómo puede saberlo?

La doctora Calvin no le respondió. Tenía más o menos la misma edad que su madre, calculó Timmy, y ninguna de ellas llevaba pintura de labios ni sonreía tanto como la madre de Joey.

Karin volvió a entrar en la sala con una bandeja de pastas dulces que había comprado en la tienda de comestibles.

—¿Alguien está preparado para el postre?

—No creo que Timmy deba tomar más azúcar por el día de hoy —dijo PAPPI—. Según mi cuenta, desde que se levantó esta mañana, ha tomado...

—¡Oh, cállate! —le dijo Timmy.

—Bueno —comenzó Karin—, si tú piensas...

—Un día de estos vas a tener problemas con ese —dijo la doctora Calvin.

Por un momento, Timmy pensó que estaba hablando de él. Pero sus ojos estaban fijos sobre el robot que estaba achaparrado sobre la moqueta que estaba entre ellos.

—Estoy teniendo mucho cuidado, Susan —le respondió Karin—. Y Timmy sabe que no debe sacar al robot fuera de casa.

—Tampoco puedo hablarles a mis amigos de PAPPI —refunfuñó Timmy—. Cuando Joey viene a jugar a casa tengo que meter a PAPPI en el armario. ¡Y Joey es mi mejor amigo!

—Es bueno saber eso, Timmy —le dijo la doctora Calvin—. Pero las leyes antirobots no era lo único a lo que me refería. Aunque ya se sabe que los anti son ya amenaza suficiente para nuestro trabajo.

—¿Entonces a qué te refieres? —preguntó Karin.

—No creo que a estas alturas nos demos cuenta de qué pueden ser capaces un día estos cerebros positrónicos.

—¡Yo no soy tan buena, Susan! —replicó Karin, riendo—. ¡No tanto como tú!

La conversación se apartó de los robots después de aquello.

Luego un día, cuando estaban en octavo curso, la madre de Joey volvió a casarse y el nuevo padre del chico lo llevó de viaje a la luna.

—¿Por qué no podemos ir nosotros a la luna, Karin? —inquirió Timmy mientras Karin fruncía el entrecejo ante un trabajo que se había traído a casa.

—¿Hmmm? —Ella lo miró por encima de la montura de las gafas que había comenzado a llevar desde hacía poco tiempo.

—Quiero ir a la luna. Ver los cráteres.

—No podemos pagar un viaje así.

—¡Tenemos dinero ahorrado!

—En este momento no dispongo del tiempo. Hay una auténtica cantidad de

trabajo en la Robots. ¡Puede que finalmente Susan y yo consigamos nuestras propias oficinas particulares!

—Si yo tuviera un padre... —comenzó Timmy con tono triste.

Karin dejó las notas sobre la mesa y lo miró.

—Lamento que aún sientas esa carencia, Timmy. Esperaba que PAPPÍ la supiera.

—¡Parece que no tengo ni padre ni madre! —dijo Timmy.

Al año siguiente, Timmy se matriculó en una de las clases de física a instancias de Karin, y descubrió que odiaba la asignatura. Se interesó por los deportes, creció siete centímetros y medio, y descubrió la existencia de las chicas..., especialmente la de una, una preciosidad de cabellos oscuros y pechos grandes. PAPPÍ le explicó a Timmy cómo manejar el repentino aumento de hormonas y las inquietudes y situaciones embarazosas por las que estaba pasando. Karin había hecho su parte anteriormente, dándole a Timmy conferencias sobre los pájaros y las abejas, así como toda la ecología de las flores, explicaciones que lo aburrían y le hacían sentir que o él o Karin se habían ido completamente por las ramas. Pero PAPPÍ le hablaba de Romeo y Julieta, de si era una buena idea el besar a una chica en la primera cita, y sobre qué decirles después a los otros muchachos.

En un intento de influenciarlo con el fin de que se interesara por la ciencia, Karin le compró un telescopio con todo su equipo, y PAPPÍ lo ayudó a montarlo. PAPPÍ sabía el nombre de todas las estrellas y constelaciones que podían ver a través del objetivo, y también le señalaba algunas de las estaciones orbitales del espacio. Karin hacía como que no se daba cuenta cuando se quedaban hasta muy pasada la hora en que Timmy debía irse a dormir.

Timmy entró a formar parte del equipo de natación del colegio. PAPPÍ escuchaba sus fanfarronerías y le ofreció su comprensión y simpatía cuando perdió. Timmy cambió su nombre por el de Tim y PAPPÍ, a diferencia de Karin, nunca cometió un error con su nombre después de eso. En general, aquella fue una buena época.

Pero Joe llegó a tener conversaciones de hombre a hombre con su nuevo padre.

Tim activó nuevamente el visífono y concertó una cita para ver al alcalde, Stephen Byerley.

Luego intentó apartar todo el tema de su mente.

Había olvidado que la casa de Karin fuese tan pequeña. Recorrió metódicamente las habitaciones, haciendo una lista de qué tirar y qué empaquetar. No había mucho que entrara en esta última categoría. Las habitaciones-residencia de las estaciones espaciales eran pequeñas, pero al menos había una sensación de enormidad justo al otro lado de las paredes oscurecidas para proteger de la luz solar. Aquella casa era una caja, una casa hecha en serie por codiciosos constructores que habían dividido la tierra, que en otra época constituía la zona rural que rodeaba la ciudad de Nueva York, en parcelas cada vez más pequeñas. Recordó que Karin le había explicado que

no podían mudarse más hacia las afueras porque ella necesitaba estar cerca de Robots y Hombres Mecánicos. Para entonces, Joe y sus padres se habían mudado a una casa más grande en Long Island, que tenía espacio para una piscina y una pista de tenis. Y podían tener perros. Tim recordó cuánto había odiado la empresa en la que trabajaba su madre cuando se había enterado de la existencia de aquellos perros.

Beth merecía algo mejor. Al día siguiente se encontraría con el hombre que Rathbone quería que matara.

El arma que le habían dado los guardaespaldas de su suegro, ex boxeadores, le pesaba en el bolsillo. Algo para hacer picadillo aquel obscuro cerebro positrónico, había dicho Rathbone. Por alguna razón, la había llevado consigo al huir. Quizá incluso entonces él sabía que no podría escapar tan fácilmente.

Tenía que dejar de pensar en Byerley como en un hombre. Después de todo, era sólo un robot de lo que estaban hablando. Sólo un robot. Eso se descubriría durante las diligencias previas. Entonces se produciría una furia pública ante la revelación de aquel estúpido engaño. El «asesino», si es que lo detenían, sería puesto en libertad como un héroe. Sólo que, claro está, Rathbone se encargaría de que Tim no fuera detenido.

Y a cambio, Tim tendría la oportunidad de obtener algo que deseaba desesperadamente, a saber, una buena participación de la Mercury Mining and Manufacturing.

De todas formas, había bastantes posibilidades de que Byerley no mantuviera la cita. Su secretaria se había mostrado dudosa acerca de que el alcalde pudiera encontrar tiempo en su agenda para las razones vagas que Tim le había expuesto. Quizá nada saliera en claro de todo aquello y él se hallaría entonces libre de aquel aprieto. *No pude acercarme más a él* —le diría a Rathbone—. *¡No es culpa mía!*

Su futuro y el de la pequeña Beth estaban en juego. O conseguía el dinero suficiente como para hacer tanto de padre como de madre de la pequeña Beth, o ambos se verían huyendo de Rathbone durante el resto de sus vidas.

—Tienes que pensar en tu vida. Debes hacer planes para el futuro —le dijo Karin en algún momento del año 18—. ¿Qué temas te interesan como para convertirlos en tu carrera?

Tim se repantigó en la silla y puso los pies sobre la mesa. Estaba de un humor hosco.

—No lo sé. Algo que se pague bien. Probablemente los deportes.

—¿Deportes? —Karin frunció el ceño—. ¿Cómo vas a ganarte la vida con los deportes?

La natación había desarrollado los músculos de Tim lo suficiente como para hacer que las chicas estuvieran deseosas de salir con él. Era algo embriagador.

—La universidad de Hawai tiene esos programas estupendos...

—Me gustaría verte entrar en la robótica —dijo Karin—. Las colonias espaciales tienen una tremenda necesidad de personas como tú.

—¡Uf, Karin!

—Si se me permite interrumpir —dijo PAPPÍ—, una buena facultad de artes liberales le permitiría a Tim retrasar las decisiones cruciales durante al menos un año más sin penalizaciones.

—¿Te opones a la robótica? —Karin se mordió una uña.

Tim advirtió por primera vez la cantidad de hebras grises que tenía entre los cabellos. Ella nunca se teñía como lo hacía la madre de Joe.

—No. Sólo estoy sugiriendo que primero podría ampliar su educación —respondió el robot.

Karin pensó en aquello.

—¡Yo no voy a pagar una facultad en el otro extremo del planeta!

—Eso no es muy justo por tu parte, Karin —le dijo el robot.

—¡Yo no puedo permitirme pagar los gastos si él se marcha del estado! ¿Es que crees que soy rica o algo parecido? Y difícilmente Timmy conseguirá una beca.

—Tiene que haber alguna ayuda económica que pueda conseguirse...

—Timmy es lo único que tengo. ¡Voy a echarlo de menos!

—Yo también lo quiero —respondió PAPPÍ.

De pronto Karin se quedó muy quieta.

—¿Qué has dicho?

—Que su ausencia también será algo que me afectará a mí —dijo el robot cautelosamente.

Ella miró fijamente al robot durante un largo instante.

—¿Qué otros sentimientos tienes, PAPPÍ?

Insólitamente, el robot parecía reticente a responder.

—¿Qué esperabas, Karin, con todos los programas Calvin/Minsky especiales que me has dado a lo largo de los años?

—Pero eso nunca ha aparecido en el laboratorio. Susan dice...

—¿En qué estás pensando? —interrumpió Tim.

—En la sensibilidad positrónica —dijo lentamente Karin—. Sólo estaba preguntándome si PAPPÍ...

—¡Bueno —dijo él, exasperado—, pero por supuesto que PAPPÍ está vivo! Creía que estábamos hablando de mi futuro.

Karin tenía aspecto de estar mirando algo muy lejano.

—Tendré que llevarte de vuelta al laboratorio, PAPPÍ. Si esto es cierto, Susan querrá someterte a todas las pruebas de la serie Turing.

Tim miró fijamente a su madre. Había escogido el peor momento para dejarse llevar por su trabajo.

—Oye, yo tengo decisiones importantes que tomar al respecto.

—No hemos tenido prueba alguna de desarrollo de consciencia plena en el

laboratorio —continuó Karin, pensativa—. Quiero decir, a medida que ampliábamos las funciones de la inteligencia positrónica avanzada. Lo que yo supongo que ha causado esa diferencia es la prolongada convivencia con seres humanos dentro de una auténtica situación familiar. Pero tendré que hablar con Susan sobre el tema. Tendremos que hacer la investigación.

—Yo no quiero regresar al laboratorio... —comenzó a decir el robot.

—No veo que haya otra alternativa, PAPPÍ. Esta es una gran ocasión. Quiero decir que...

—¡Bueno, escuchadme los dos! —dijo Tim—. A partir de ahora voy a tomar mis propias decisiones. ¡Iré a la facultad si quiero y cuando y a donde quiera!

Karin lo miró como si hubiera olvidado que estaba allí.

—Bueno, por supuesto, Timmy. Pero esto es bastante urgente, ¿no te das cuenta?

Una vez más, pensó enfadado, había quedado en segundo lugar de importancia respecto a un robot.

La universidad de Luna ofrecía ayuda económica a cambio de la participación en las investigaciones atléticas en gravedad baja o gravedad cero. Puesto que aquello le daba la independencia del dinero de Karin, Tim se matriculó. Karin no vino a despedirlo cuando subió a bordo de la lanzadera. No podía esperar para llegar al laboratorio y hacerle las pruebas a PAPPÍ, pensó él con resentimiento.

Durante las vacaciones universitarias trabajó como ayudante de un geólogo de la luna que necesitaba a alguien que llevara la cuenta de las rocas. Dado que aquello no era muy diferente de ocuparse de una colección de sellos, a Tim le resultaba bastante placentero.

Los padres de otros muchachos venían en lanzadera a visitarlos de vez en cuando, hombres y mujeres bien vestidos que conversaban con conocimiento acerca del teatro interactivo, la política mundial y la preservación de los valores humanos en un mundo mecanizado. Los nuevos amigos de Tim decían que el solo hecho de que los seres humanos se hubieran aventurado al interior del espacio y dependieran de la ayuda de los robots, no significaba que tuvieran que abandonar las virtudes históricas de la vida sencilla: la familia y el trabajo físico. El tipo de trabajo que su madre realizaba en Robots era peligroso. ¡«Hombres Mecánicos», por el amor de Dios! ¿Es que no se daba cuenta de que no era prudente permitir que los robots se hicieran demasiado inteligentes? Estaban diseñados como sirvientes, no como compañeros de la iniciativa humana. Si los seres humanos no tenían eso en cuenta, algún día los robots se transformarían en un problema. Tim sentía un creciente distanciamiento de Karin y nunca la invitó a que lo visitara.

La más deslumbrante de aquellos nuevos amigos era Sylvia Rathbone, la hija de un empresario del viejo estilo que había salido al espacio, y tan diferente de su padre como él lo era de Karin. Sylvia representaba todo aquello de lo que él se creía privado en la vida: dinero, una enorme familia de tíos, tías y primos, y un padre que la malcriaba descaradamente. Era una muchacha hermosa, alegre, de huesos

delicados, con unos movimientos tan vivos y rápidos como el mercurio. Y para su gran asombro y gratitud, también se enamoró de él.

Se casaron en una ceremonia íntima durante la primavera del 27, en una capilla tallada en una de las enormes cavernas subterráneas de la luna. Planearon mantenerlo en secreto mientras él acababa el curso de geología que había empezado, y ella trabajaba a su padre para que aceptara su matrimonio con un estudiante que no tenía ni un céntimo. Pero al año siguiente nació Beth. Les enviaron noticia del acontecimiento a los progenitores de ambos y aguardaron llenos de nerviosismo.

Karin casi se olvidó de responder; finalmente mencionó el nacimiento en una posdata del fax que le enviaba mensualmente.

El abogado del señor Rathbone les notificó que Sylvia había quedado fuera del testamento del padre hasta el momento en que se divorciara de su inadecuado esposo.

Tim se encontró que era difícil mantener a una familia con unos ingresos de estudiante. Pero se las arreglaron. Al caer la noche, él volvía a casa con su esposa y su bebé; estaban alojados en el área familiar del asentamiento de la luna. Sylvia tenía un pequeño jardín hidropónico en el que cultivaba tomates y maíz para complementar la dieta, y crisantemos para sus espíritus, como decía ella. Él se sentía feliz por primera vez en la vida, y estaba decidido a que su hija tuviera la auténtica vida familiar que a él se le había negado. Pero comenzaba a ver que para eso hacía falta dinero, y su felicidad fue escapándosele poco a poco.

Un año más tarde estaba fuera del planeta en un viaje con su amigo geólogo con el fin de traer un poco de dinero extra a casa, cuando un trozo de polvo espacial cayó con violencia sin ser detectado y perforó la cúpula del asentamiento precisamente en su sector. La atmósfera comenzó a escaparse rápidamente. Los compartimentos estancos automáticos impidieron que el escape se extendiera más allá del área dañada, pero el equipo de robots de rescate llegó demasiado tarde como para salvar a Sylvia. La niña se hallaba en la guardería, en un sector no afectado.

La cuenta de la disposición de los restos mortales de Sylvia llegó justo cuando él comenzaba a salir de la inactividad del aturdimiento y comenzaba a llorarla. Se la trajo uno de los robots del asentamiento.

La rueda de su vida había descrito un giro radical. Él, un niño que no había tenido padre, criado por su madre, tenía que hacer de padre de una niña sin madre. Y él estaba en la ruina. Una desesperación negra como el fango se había apoderado de él.

Ocurrieron dos cosas.

A la desesperación entró Howard Rathbone III, que quería a su nieta con tanta urgencia que estaba dispuesto a hacer un trato con el padre.

Y la doctora Susan Calvin que le notificó por fax urgente que Karin había muerto repentinamente, tras una breve enfermedad, y le había dejado la pequeña casa de Nueva York en la que él había crecido. Nunca se había sentido muy unido a Karin, pero le resultaba difícil aceptar que ahora se había ido de su vida para siempre.

No quería aceptar la sugerencia de Rathbone, por muy tentador que fuera el

dinero. Pero se daba cuenta que de todas formas tendría problemas para evitar que el abuelo se llevara a Beth.

Sólo parecía haber una sola cosa que pudiera hacer. Escapó con la niña en la primera lanzadera que salía hacia la Tierra.

Tim revisó los trastos acumulados de su infancia. Halló pocas cosas de valor en la casa, pocas que valieran el exorbitante coste de transporte hasta la colonia. Karin nunca había sido una persona muy dedicada a hacer un hogar. Empaquetó una caja de libros de exploración que recordaba haber atesorado cuando era niño, la vieja colección de sellos en sus álbumes, el telescopio que PAPPÍ le había ayudado a montar.

Arrastró la caja de libros hasta el vestíbulo y la dejó junto a la pared. Algo del lustroso piso de madera atrapó su mirada, unas rayas enterradas bajo el polvo del tiempo. Apartó el polvo con un suave soplido. Marcas de rayado. Tuvo una repentina visión conmovedora de las ruedas de PAPPÍ raspando contra el resbaloso suelo, derrapando al detenerse ante la puerta de la calle cuando el robot iba a buscar la correspondencia de la mañana. Vio, como si en aquel momento llegaran al vestíbulo de Karin, los papeles, la llamativa propaganda, las solicitudes de contribución a causas nobles (recordaba cuánto se enfadaba Karin cada vez que encontraba una solicitud para los antirobotistas), toda la basura de segunda clase que las leyes no permitían que atestaran las máquinas de fax de las casas de la ciudad. Separar toda aquella basura de papel había sido una de las tareas diarias de PAPPÍ. *¡Para evitar que a mí me dé una apoplejía!*, decía siempre Karin.

Se acuclilló y miró las marcas de raspado. El piso parecía haber sido cambiado hacía bastante poco tiempo. Habían desaparecido las rayas y raspaduras que Tim recordaba haberle hecho a lo largo de los años. Una vez que se hubo marchado su exuberante hijo, Karin había hecho reparar los daños que había causado. Pero las marcas dejadas por las ruedas del robot todavía estaban allí. Habían sido hechas algún tiempo después de cambiar el suelo. Tim se irguió lentamente, trastornado por la idea que había comenzado a formarse en su mente.

Se sentía incómodo en aquel lugar, ansioso por acabar de revolver los trastos de su infancia. Se encaminó hacia el visífono para llamar a uno de los agentes inmobiliarios cuya tarjeta había encontrado en el suelo, pasada por debajo de la puerta. Era hora de soltar las amarras del pasado.

Antes de que pudiera tocar las teclas el visífono sonó. Tim vaciló. ¿Sería Rathbone otra vez? Pulsó el botón del receptor con el ceño fruncido.

En la pantalla apareció el rostro de un hombre apuesto de mediana edad.

—¿Tim Garroway? —El hombre tenía una voz agradable y bien modulada—. Soy Stephen Byerley.

—Alcalde... —Tim tartamudeó al responder—. Yo..., bueno, estoy encantado de

conocerlo.

—Mi secretaria me dio su mensaje. Realmente me gustaría mucho hablar con usted, pero me temo que mañana tengo una agenda muy apretada.

El corazón de Tim saltó con violencia. Así que después de todo le quitarían el problema de las manos. Era consciente de la poderosa sensación de alivio que lo recorrió.

—¡No hay problema ninguno, señor alcalde! No hay ningún problema en absoluto. Realmente no era importante... Es decir, que puede esperar.

Byerley sonrió.

—Creo que tenemos amigos comunes, Tim. ¿Puedo llamarlo Tim?

—Por supuesto. —Se sentía impresionado por la genuina cordialidad que proyectaba aquel hombre. ¿Cómo era posible que hubiera jugado con la idea de eliminarlo?

—Tengo entendido que su madre era asociada de la doctora Calvin, una de mis más apreciadas amistades.

Algo frío y pesado se apoderó de Tim. Por supuesto. Era de esperar.

—¿Oh? —dijo pesadamente—. Sí, supongo que sí.

Byerley era un robot, después de todo.

En la periferia de su consciencia se daba cuenta de que Beth le tironeaba de una manga. Rodeó a su hijita con un brazo y la atrajo hacia sí. Era un estúpido si pensaba que podría esquivar tan fácilmente el destino. Trepó por él como alguna bestia primitiva, deslizándose hacia la pequeña hoguera que él había esperado que los protegiera a Beth y a él mismo de la oscuridad.

—Tengo un programa apretado mañana, pero siempre saco tiempo para correr por Central Park. ¿Corre usted, Tim? Tengo entendido que era usted bastante atleta. Si no le importa reunirse conmigo mañana a las seis de la mañana..., espero que eso no sea demasiado temprano para usted. Yo soy madrugador..., podríamos hablar entonces.

¡Madrugador!, pensó Tim. Apuesto a que no duermes en absoluto.

Realmente no tenía elección. Era la vida de Stephen Byerley —si es que podía decirse tal cosa—, contra la suya propia. Byerley había firmado su propia sentencia de muerte.

—Eso está hecho, señor alcalde —le respondió.

—Steve —lo corrigió Stephen Byerley.

Tim asintió sin responder y Byerley cortó la comunicación. El arma con la que debía eliminar a Byerley rebotó pesadamente contra su cadera cuando él se volvió.

El estómago se le había retorcido a causa de la tensión, y sentía el comienzo de un dolor de cabeza en la parte de atrás del cráneo. Haría lo que tenía que hacer, por amor a Beth. Hasta entonces, apartaría todo aquello de su mente. Continuaría con el vaciado de la casa.

—¿Qué es eso, papá? —le preguntó su hija, señalando una trampilla que había en el cielorraso. Tenía una mancha de polvo en una mejilla, y caminaba balanceándose

torpemente detrás de él por todas partes.

—Nada importante, tesoro. Sólo una buhardilla para trastos.

Mientras lo decía, algo encajó dentro de su mente. Por supuesto. Era allí donde estaría.

—¡Quiero ver! —declaró Beth con tono imperioso.

Satisfacer los deseos de su hija apartaba su mente de lo que tendría que hacer al día siguiente. Pulsó el botón de apertura que había en la pared. La puerta de la buhardilla se abrió y los escalones bajaron hasta donde ellos estaban. Él apoyó un pie en el primer escalón y la niña se aferró inmediatamente a sus piernas, gritando desesperadamente como si él estuviera a punto de desaparecer para siempre. Él la cogió en brazos y comenzó el ascenso. Realizó la subida con incomodidad y esfuerzo, desacostumbrado a la gravedad de la Tierra después de tantos años. Beth le canturreaba palabras de aliento, como si él hubiera sido un caballo..., o un robot, pensó.

Bajo los cabríos la sala era fresca, estaba en penumbra, y olía a ropa y libros mohosos. Las arañas habían tendido sus cortinas por todas partes sobre las cajas y los baúles. Tim avanzaba con cautela, poniendo buen cuidado en mantener las telas de araña lejos del rostro de Beth.

Fue ella quien primero lo vio y señaló con un dedo rechoncho hacia un rincón oscuro.

—¡Mira, papá! ¡Bebé!

El robot descansaba como un ciego sordo-mudo debajo de una de las vigas de tejado, con apenas una fina película de polvo por encima. Incluso después de todos los años transcurridos, a Tim le resultó imposible mirarlo sin emoción. Los recuerdos de partidos de béisbol en el patio trasero, de proyectos científicos para el colegio, de la colección de sellos, de las conversaciones secretas sobre chicas y sexo, todos ellos regresaron desde el pasado. Su infancia estaba conservada en aquella buhardilla, y lo único que hacía falta era una breve mirada para traerla de vuelta a una vida dolorosa y real. Volvía a tener ocho años y era el día del padre.

¿Qué estaba haciendo allí el robot? Karin se lo había llevado de vuelta al laboratorio. Era su gran logro..., la gloria que coronaba su carrera científica...

Él había dado por supuesto que ella lo había llevado de vuelta al laboratorio. Las marcas de raspado recientes que había visto en el vestíbulo decían otra cosa. ¿Pero por qué lo había puesto ahí arriba..., justo antes de morir, según parecía?

—¡Jugar! —declaró imperiosamente la niña, bajándosele de los brazos.

En torno a ella se arremolinaron nubes de polvo gris y estornudó. Él se inclinó para equilibrarla mientras ella maniobraba sobre el piso sin acabar de la buhardilla. La niña profería risillas, y su pequeño cuerpo se tensaba con la emoción del descubrimiento. Él volvió a sentirse invadido por emociones mezcladas de cariño y desesperanza. ¿Cómo podría él ser a la vez padre y madre de aquella pequeña Colón femenina, tan ansiosa por explorar cada nuevo mundo que encontraba? ¿Cómo podría

protegerla de la fealdad de un mundo en el que los robots se convertían en presidente..., y los hombres como Rathbone trazaban planes para matarlos?

Las manecitas rechonchas de la niña acariciaron al robot. El problema del robot volvió a primer término. La única razón que podía imaginar para que Karin no devolviera a PAPPÍ al laboratorio, era la de que le tenía cariño a aquel robot.

Estaba a punto de recoger a Beth y llevársela de allí cuando la luz roja se encendió.

—Hola —dijo la voz débil pero conocida—. Soy PAPPÍ, una Alternativa Paternal. ¿Te gustaría jugar?

La niña pareció a punto de llorar.

No le sorprendió encontrarse con que las baterías del robot estaban aún cargadas. Tim se acuclilló junto a su hijita y la rodeó con un brazo. Allí, en aquella buhardilla y por primera vez en su vida, tuvo la sensación de que comprendía a Karin. Ella ocultó el robot aquí arriba cuando supo que estaba muriéndose; no había querido que PAPPÍ volviera al laboratorio o cayera en las manos de los antirobots. ¿Qué demostraba eso?

Durante un momento, se sintió como si estuviera ahogándose bajo la marea del pasado. Volvía a ser un niño pequeño en el día del padre.

Quizá, si le tenía cariño al robot, también se lo tenía a Timmy.

¿Realmente había sufrido tantas carencias como creía? El amor y el cariño eran cosas difíciles de definir, pero indudablemente incluía el compartir, el compañerismo en el trabajo y el juego, la educación. Una familia no era más que un grupo cuyos miembros se tenían cariño, incluso aunque uno de ellos fuese un robot.

—Hola, PAPPÍ —dijo Beth con incertidumbre—. ¿Qué eres?

¿Podría él darle a Beth tanto como Karin le había dado a él? Sin duda iba a hacer todo lo que pudiera. Pero lo que quería para su hija no podía construirse sobre unos cimientos de odio y violencia. El bien no había nacido del mal; PAPPÍ le había enseñado eso. No podría acudir a la cita que tenía con Stephen Byerley a la mañana siguiente.

Y eso significaría que Rathbone iría tras ellos dos. No podrían regresar a su hogar de la luna, ni podrían permanecer en la Tierra. La vida era dura para los geólogos que realizaban prospecciones en los asteroides, ¿pero qué otra posibilidad tenían de ser una familia..., padre, hija y robot?

—Tesoro —le dijo a su hija—, este es tu abuelo, el PAPPÍ de tu papi.

La reunión en el Mile-High

Frederik Pohl

En aquellos días de hacía mucho, mucho tiempo —¡ha pasado medio siglo!— no éramos jóvenes, éramos principalmente pobres. Éramos todos también bastante flacos, aunque uno no pensaría así al vernos ahora. Yo lo sé porque tengo una fotografía de nosotros doce que fue tomada alrededor de 1939. Precisamente el otro día, la desenterré para prestársela al departamento de relaciones públicas de mi editor, y la contemplé durante largo rato antes de echarla al correo nocturno. No parecíamos gran cosa, sonriéndole todos a la cámara con nuestros esperanzados rostros barbilampiños de adolescente. Si usted ha tenido una o dos oportunidades para calcular, puede que haya pensado que éramos una docena de chicos de la Unión Occidental durante las vacaciones (¿recuerda los chicos de la Unión Occidental?), o quizá el club de debate de muchachos de algún colegio secundario masculino de una gran ciudad. Sin embargo, no éramos nada de eso. En realidad conformábamos un club de fanáticos admiradores de la ciencia ficción y nos habíamos adjudicado el nombre de Futuristas.

Aquella vieja fotografía no miente. Simplemente no cuenta toda la verdad. La cámara no podía captar las cosas que nos mantenían unidos porque estaban todas dentro de nuestras cabezas. Para empezar, éramos todos bastante inteligentes; nosotros lo sabíamos y estábamos muy decididos a que se supiera. Para continuar, éramos todos unos lectores adictos incurables de ciencia ficción (que en aquella época llamábamos stf, pero esa es otra historia). Pensábamos que la stf era muy divertida (todas aquellas naves de colores chillones con cohetes y rayos de energía, los marcianos de pecho amplio y los achaparrados, siniestros y monstruosos seres de Júpiter, ¡oh, *guau!*). Pero eso no era todo. También pensábamos que la stf era importante. Estábamos absolutamente convencidos de que le proporcionaba a uno la mejor visión que podía obtener del F*U*T*U*R*O, que para nosotros significaba ese mundo tecnológicamente deslumbrante, socialmente utópico y generalmente maravilloso en que podía convertirse algún día ese raído y atemorizador presente en el que nos hallábamos anclados. Y, más que nada, éramos lo que nuestro viejo camarada futurista, Damond Knight, llama sapos. No éramos muy atléticos. No nos llevábamos demasiado bien con nuestros iguales, y ni siquiera todo lo bien que era de esperar con las chicas. Así pues, pasábamos mucho tiempo sumergidos en nuestros recursos que, principalmente, consistían en leer. Todos leíamos muchísimo.

Incluso estábamos más o menos de acuerdo en que éramos sapos. Al menos sabíamos que las chicas no parecían ansiosas de caer deslumbradas ante ninguno de nuestros encantos. No estoy seguro del porqué. No se trataba de que fuéramos

imposiblemente feos (bueno, al menos no todos nosotros, en cualquier caso). Dave Kyle, Dirk Wylie y Dick Wilson eran altos y de aspecto realmente apuesto. Eso se ve incluso en aquella instantánea. Creo que nuestro problema era en parte que teníamos miedo de las chicas (podían reírse de nosotros, y algunas de ellas sin duda lo hacían), y en parte una cuestión de nuestras prioridades internas. Nos dedicábamos más a hablar que al tenis, y poníamos los libros por delante de la afición a bailar el jazz.

Eso era hace medio siglo. En otras palabras, historia. Mi secretaria, que es también mi principal ayudante de investigación cuando necesito algún tema específico de la biblioteca, me dice que el 62,8 por ciento de las personas que actualmente están vivas no habían nacido siquiera en aquella época, lo que significa que aquel antiguo año de 1939 le parece remoto y extraño a la mayoría de las personas de la actualidad como me lo parecía a mí la guerra entre España y América.

Debo señalar, no obstante, que 1939 no nos parecía tampoco a nosotros algo tan apasionante, ni siquiera mientras vivíamos en él. No era una época divertida. Éramos una generación atrapada entre Hoover e Hitler. Teníamos para recordar las colas de racionamiento de la gran depresión en nuestro pasado reciente, y los ejércitos nazis cerniéndose preocupantemente en nuestro probable futuro. Cuando contemplábamos el mundo en el que vivíamos, no nos gustaba demasiado lo que veían nuestros ojos.

Así pues, en lugar de eso mirábamos al interior de las revistas de ciencia ficción que adorábamos, y luego mirábamos al interior de nuestras cabezas. Leíamos muchísimo e intentábamos escribir. Porque la otra cosa que teníamos, como verá, es que éramos bastante trabajadores y ambiciosos. Dado que no nos sentíamos emocionados por nuestras vidas, intentábamos cambiarlas. Celebrábamos nuestras reuniones: nos encontrábamos una vez al mes, poco más o menos, en el sótano de alguien o en la sala de otro alguien, y hablábamos de esto y de aquello; y luego salíamos a tomar un helado; y después nos íbamos separando gradualmente. Algunos de nosotros se marchaban a casa, especialmente los que tenían que levantarse temprano por la mañana, como Isaac Asimov. (Él trabajaba en la tienda de dulces de sus padres, y los viajeros del tren comenzaban a llegar a las cinco y media de la madrugada para comprar el periódico de la mañana.) La mayor parte de los demás nos limitábamos a vagar por ahí, en grupos de dos o tres. Yo empezaba por acompañar a Dirk y Johnny Michel a la estación del metro; pero por lo general, cuando llegábamos hasta allí estábamos ya en medio de alguna conversación realmente interesante (¿tenía la General Motors Futurama, que por entonces estaba en la Feria Mundial de Muestras, una idea real de lo que sería el mundo del mañana, todo lleno de autopistas de doce carriles y edificios de apartamentos de cuarenta pisos? ¿Eran los relatos de Wade & Morey, de John Campbell, tan buenos como *Skylark* de Doc Smith?), así que entonces ellos me acompañaban de vuelta hasta mi estación de metro..., o a dar una vuelta a la manzana, o a cualquier parte. Siempre conversando. Conversar era lo que nos importaba. También nos importaba escribir, casi tanto como charlar. Y lo hacíamos en abundancia con nuestras maltrechas

máquinas de escribir portátiles de segunda mano, cada uno por su lado pero siempre con la intención de enseñarles a los demás lo que habíamos escrito. Las palabras nos importaban, y teníamos la particular intención de hacer que nuestras palabras importaran. De alguna forma. En realidad no sabíamos cómo, exactamente, pero cuando uno piensa en ello, creo que lo conseguimos. Si éramos sapos, como dice Damon, entonces en un momento u otro debió de aparecer un hada princesa vagabunda que nos besó a todos y nos transformó en algo diferente..., o no nos hubiéramos reunido en la cima del Mile-High Building para celebrar nuestra quincuagésima reunión, con los periodistas por todas partes y nuestros rostros mayores y considerablemente más expresivos mirando al mundo desde las noticias de las seis de la tarde.

Uno no puede volar sin escalas desde Maui a Nueva York, ni siquiera en un vuelo nocturno con camarotes, porque no permiten que los barcos volantes pasen por encima del continente. Así pues, tuve que cambiar de avión en Los Ángeles. Naturalmente perdí el enlace, por lo que al aterrizar finalmente en Idlewild ya llegaba tarde.

El mozo de cuerda me consiguió un taxi en medio de aquel gentío —es increíble lo que puede conseguir en un aeropuerto un billete de cinco dólares. Al entrar en el coche estiré el cuello para mirar hacia el perfil de la ciudad de Nueva York, y vi el Mile-High Building asomando muy por encima de todo lo demás, con el aspecto de un larguísimo cuerno de caza apoyado sobre el pabellón..., si puede usted imaginarse un cuerno de caza con agujeros en todo su largo al que mantiene unido (según parece desde lejos) nada más grande que un par de lápices. Dicen que esos agujeros de viento son necesarios en la torre porque un huracán podría derribar la totalidad de la estructura si no hubieran dejado espacios para que pasara el viento. Puede que así sea. Yo estoy dispuesto a creer que esos boquetes hacen que el edificio sea más seguro, pero no cabe duda de que no es nada tranquilizador contemplarlos.

No obstante, el Mile-High Building se las ha arreglado para permanecer en pie durante —veamos—, debe hacer ya seis o siete años, y ciertamente es un espectáculo imponente. Se lo puede ver desde cualquier parte desde una distancia de sesenta y cinco u ochenta kilómetros de Nueva York. Más que eso. Es tan inmenso que, incluso desde el otro lado de Queens y parte de Brooklyn, cuando lo miraba estaba sin duda mirando hacia arriba. Luego, cuando salí del taxi al llegar a la base del edificio, resultaba tan enorme que me asusté. No pude evitar acobardarme un poco. Siempre que miro directamente a lo alto de un edificio tengo la sensación de que va a caerme encima, y no existe nada más alto como el Mile-High Building.

Detrás de mí se había detenido una limusina. El hombre que bajó de ella me miró dos veces y yo lo miré tres, tras lo cual hablamos simultáneamente.

—Hola, Fred —dijo él.

—Doc, ¿cómo estás? Ha pasado mucho tiempo —lo saludé.

Habían pasado veinte años, en cualquier caso. Resultaba obvio que nos encaminábamos hacia el mismo lugar, así que Doc Lowndes me esperó mientras yo le pagaba al taxista, a pesar de que lloviznaba ligeramente en la Sexta Avenida. Cuando me volví después de una pequeña discusión con el taxista por el importe del viaje, Doc estaba haciendo lo que yo había hecho: mirando a lo alto del Mile-High Building.

—¿Sabes qué es lo que parece? —me preguntó—. Parece una pistola espacial de las de *La vida futura*. ¿Lo recuerdas?

Lo recordaba. *La vida futura* había sido nuestra película de culto en los años 30; la mayoría de nosotros la habíamos visto al menos una docena de veces. (Mi propia marca era treinta y dos.)

—Sí, el espacio —dije sonriendo—. Cohetes espaciales. Gente que iba a otros planetas. En aquella época éramos capaces de creernos casi cualquier cosa, ¿no te parece?

Él me dedicó una mirada meditabunda.

—Yo todavía creo —me replicó mientras nos encaminábamos hacia el ascensor expreso para subir a la cima.

El Mile-High Building no es realmente el tipo de cosas de *La vida futura*. Es más algo de la naturaleza de esa película de ciencia ficción aún más antigua, *Una fantasía del porvenir*, ese tonto engaño de futurismo aderezado con autogiros y cohetes marcianos y parejas que obtienen sus bebés en máquinas de distribución automática. Vi *Una fantasía del porvenir* por primera vez cuando tenía diez años. La heroína era una adolescente enternecedoramente adorable, acabada de importar desde Irlanda a Hollywood, y esa película es el porqué de que toda mi vida haya estado enamorado de Maureen O’Sullivan.

El Mile-High Building no tiene ninguna de esas cosas, y menos que nada (¡cochina suerte!) a la todavía adorable Maureen, pero es definitivamente un rascacielos que cubre de vergüenza incluso a esos antiguos cineastas. Para llegar a la cima uno asciende en línea recta exactamente una milla. Dado que las paredes de los ascensores son de vidrio, uno puede ver cómo caen los más de mil seiscientos metros a medida que uno sale disparado hacia arriba, a cerca de ciento sesenta kilómetros por hora en el punto de velocidad máxima.

Doc se tambaleó ligeramente cuando aceleramos.

—Va bastante rápido —comentó—. Realmente rápido.

Yo manifesté mi acuerdo y comencé a contarle todo lo que sabía del edificio, de su interior vacío como el de un cucurucho de helado; y sabía bastante del asunto porque cuando aún vivía en Nueva York, antes de poder permitirme adquirir la casa de Maui, conocía a un hombre llamado Mike Terranova. Mike era un creativo que

trabajaba en el despacho de un arquitecto (en otra época de su carrera solía hacer los dibujos de los cómics de ciencia ficción que yo escribí durante algún tiempo, pero también esa es otra historia). Mike era realmente mejor diseñando máquinas y edificios que dibujando personas, a lo que probablemente se deba que nuestras historias de cómic sólo funcionaran durante un año, pero él lo compensaba con su entusiasmo. Era un gran admirador del Mile-High Building.

—Fíjate en las aberturas de viento que tiene —me dijo en una ocasión, mientras bajábamos por Central Park West y vimos aquella cosa encumbrándose a treinta manzanas de distancia—. Son para permitir que el viento pase a través de la estructura, para reducir la resistencia al aire y evitar que se balancee. Por supuesto, tiene los amortiguadores de masa en los pisos cien, doscientos y trescientos, por lo que de todas formas no puede oscilar demasiado.

—No es más que otro rascacielos, Mike —le comenté, divertido por su entusiasmo.

—¡Es un tipo diferente de rascacielos! ¡Se dieron cuenta de que los mejores apartamentos son los que dan al exterior, así que no construyeron ninguno interior! Está completamente vacío excepto por los puntales y cables, y por tres secciones centrales que lo atraviesan, donde uno cambia de ascensor y donde están las tiendas y esas cosas.

—Es brillante —concedí yo; y verdaderamente lo era.

Yo estaba explicándole todo aquello a Doc, y mientras yo hablaba pasábamos a toda velocidad ante aquellos vastos patios centrales que tienen alrededor de cien pisos de alto, con sus balcones y sus plantas que crecen cayendo hacia abajo por las barandillas, y las lianas que se entrecruzaban en los espacios abiertos; y Doc me miraba con la expresión paciente que los neoyorquinos les reservan a los forasteros.

Pero lo único que me dijo fue:

—Ya lo sé.

Entonces me alegré de la interrupción cuando atravesamos el nivel cien, entre los bares de refrescos y las tiendas de ropa, hasta el siguiente grupo de ascensores, y luego hasta el otro. Entonces uno sale en la cima, a mil seiscientos metros y pico por encima de la esquina de la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y dos, y tiene que subir en una escalera mecánica para llegar hasta el club mismo.

No me gusta estar de pie y quieto, así que subí los escalones de la escalera mecánica de dos en dos. Doc me siguió valientemente. Jadeaba un poco cuando llegamos a la puerta que el conserje ya tenía abierta para hacernos pasar.

—Veo que te has echado unos kilos encima —le comenté—. Yo diría que montas demasiado en limusina. Debe haber pasta larga en el mundo de la poesía de la actualidad.

Supongo que mi tono debió sonar a necesidad, porque me dedicó una mirada de soslayo. Pero también me dio una respuesta directa, que era más de lo que yo merecía.

—Simplemente no me gustan los taxistas —replicó—. Créeme, no me estoy haciendo rico por mis derechos de autor. Publicar poesía no da lo suficiente ni para mantener a un cerdo con gachas. Lo que paga mis cuentas son las lecturas. Me llaman con mucha frecuencia para recitar en las facultades.

Me sentí censurado. Verán, los futuristas habíamos sido unos mozalbetes de lengua bastante afilada, buenos a la hora de gastar bromas y reírnos los unos a expensas de los otros; el sólo pensamiento de acudir a la reunión pareció hacerme entrar nuevamente en aquel humor. No estaba habituado a ver a Bob en su actual encarnación más sosegada.

Luego la señora de cabellos blancos recogió nuestros abrigos, e incluso en el rostro del Bob sosegado se dibujó una sonrisa satisfecha cuando yo me quité el abrigo para entregárselo a la mujer. Yo sabía qué era lo que estaba mirando, porque yo llevaba la vestimenta habitual de mi zona de residencia: pantalones flojos de color amarillo canario, camisa playera y tirantes.

—No he tenido oportunidad de cambiarme —dije a la defensiva.

—Sólo estaba pensando en la buena vida que lleváis los que vivís en Hawai —me replicó con seriedad y abrió la marcha hacia la gran sala de recepción donde ya había comenzado la fiesta.

Sin duda se habían operado cambios. No era como en los viejos tiempos. Quizá fuera porque estaban hablando de hacer a Bob poeta laureado de Estados Unidos. O quizá no era más que la diferencia entre veinte y setenta. Ya no teníamos que explicar lo especiales que éramos porque la totalidad del mundo estaba lleno de personas dispuestas a explicarnos eso mismo a nosotros.

En la sala había al menos un centenar de personas que pululaban en torno a los camareros que tenían las botellas de champaña y estudiaban las viejas fotografías que colgaban de las paredes. Resultaba fácil distinguir quiénes eran los auténticos futuristas: eran los que tenían zonas calvas en la cabeza y barbas blancas en el rostro. El resto eran gente de publicidad y de los medios de comunicación. Había muchos más de ellos que de nosotros, y la edad promedio estaba justo por debajo de los treinta años.

Justo en el centro estaba el doctor Isaac Asimov, discutiendo cordialmente con Cyril Kornbluth. Eran el centro del núcleo de gente más grande, donde estaban los verdaderamente famosos. También estaba allí el general Kyle —de uniforme aunque a esas alturas llevaba mucho tiempo retirado—, explicándole a una joven que llevaba una cámara cómo había conseguido aquellas condecoraciones en la batalla de Pusan. Jack Robinson estaba de pie en segundo término, escuchándolo; ninguna de las cámaras apuntaba hacia Jack porque los periodistas no estaban muy interesados en los profesores, aunque aquél hubiera sido uno de los más distinguidos profesores eméritos de la universidad de Harvard. Vi a Jack Gillespie, con una maravillosa rubia

quince centímetros más alta que él colgada del brazo —era la estrella de una de sus obras teatrales—, y a Hannes Bok, con un aspecto más viejo y satisfecho que el que solía tener, bebiendo un refresco de cola y mordiendo un bocadillo. No cabía duda de que eran bien conocidos a todos los niveles normales. Jack ya había ganado un Pulitzer, y las primeras creaciones en blanco y negro de Hannes alcanzaban precios de tres mil dólares en las galerías de la Avenida Cincuenta y siete. Pero existía una diferencia entre decir yo-lo-vi-una-vez-en-la-televisión y el decir es usted famoso. La gente de los medios de comunicación sabía muy bien a quién enfocar con sus cámaras. Cyril no tenía un Pulitzer, sino tres, y se decía que habría ganado el premio Nobel si hubiera tenido la sensatez suficiente como para nacer en Bolivia o Grecia. Y en cuanto a Isaac, por supuesto..., bueno, Isaac era Isaac. Consejero de presidentes, confidente de poderosos, famoso invitado constante del programa de Jack Paar y estrella de cientos de anuncios publicitarios de televisión. Era algo así como famoso. Era el único de entre nosotros que no podía cruzar una calle de la ciudad sin que lo reconocieran, porque su rostro era más conocido por la gente que el de cualquier senador, gobernador o cardenal de la iglesia. Incluso hacía anuncios publicitarios de televisión. Yo lo vi en Hawai, haciendo la promoción de los vuelos de la Pan American a Australia..., y ni siquiera le gustaba volar.

Habían ampliado aquella vieja fotografía a tres metros y medio de largo, y Damon Knight la estaba mirando con tristeza cuando Doc y yo nos acercamos a estrecharle la mano.

—¡Éramos tan críos! —declaró.

Muy cierto. Íbamos de los dieciséis años —ese era Cyril—, hasta Don Wollheim, el hombre mayor del grupo, que por entonces debía tener al menos veintitrés o veinticuatro años.

Se han escrito tantas cosas sobre los futuristas en esta época, que a veces no estoy seguro de qué es verdad, y de qué no es más que cosas infladas por las agencias de prensa. Los relatos de los periódicos nos hacen parecer muy especiales. Bueno, desde luego que nosotros pensábamos que lo éramos, pero dudo de que fueran muchos los familiares nuestros que compartían aquella opinión. Isaac trabajaba en la tienda de dulces de sus padres, Johnny Michel ayudaba a su padre a imprimir los carteles de los grandes almacenes Woolworth, Dirk Wylie llenaba los depósitos de los coches en una gasolinera de Queens, Dick Wilson empujaba carros de vestidos femeninos por el distrito de la moda de la Séptima Avenida. La mayoría de los demás no teníamos ni un empleo de verdad. Recuerdo que era el final de la gran depresión. Sé que yo pensaba que era afortunado por conseguir de vez en cuando un empleo de ayudante de camarero en un restaurante, o de mensajero de una compañía de seguros.

Se nos acercó una joven. Estaba leyendo la lista de invitados y cuando me miró, asombrosamente dijo mi nombre correcto.

—Soy del *Saturday Evening Post Video* —me explicó—. Usted era uno de los futuristas originales, ¿no es cierto?

—Todos nosotros lo éramos. Bueno, Doc y yo, porque Damon llegó más tarde.

—Y por lo tanto conoce usted al doctor Asimov y al señor Kornbluth desde el mismo principio.

Suspiré; por experiencia sabía exactamente cómo iba a ser la entrevista. No era por mi propia fama insignificante que aquella mujer quería hablar conmigo, sino que era por los recuerdos sobre las superestrellas. Así pues, le conté tres o cuatro de la docena de historias que llevaba preparadas para esa finalidad. Le conté que Isaac vivía a un extremo del Prospect Park, en Brooklyn, y yo vivía en el otro. Que cuando los futuristas celebrábamos alguna reunión, cualquiera que fuese, odiábamos luego tener que darla por terminada, así que nos quedábamos caminando durante toda la noche por las calles vacías, charlando, cantando a veces —Jack y yo, antes de que escribiera su primera obra de teatro; Doc y yo, recitando poesías, cantando todos los temas de nuestro interminable repertorio de las canciones populares de la época; Cyril y yo, intentando hacer caer en la trampa al otro con nuestro juego de «preguntas imposibles».

—Preguntas imposibles —repitió ella.

—Era una especie de juego acertijo que practicábamos —le expliqué—. Lo inventamos nosotros. Era un juego difícil. Las preguntas estaban destinadas a versar sobre cosas que la mayoría de la gente no sabía, como, por ejemplo, ¿cuál es la rima de un *chant royal*? O ¿cuál es el color del aire?

—¿Quiere decir azul, como el cielo?

Yo le sonreí.

—Acaba de perder una ronda. El aire no tiene color alguno. Simplemente parece azul por lo que llaman dispersión Rayleigh. Pero está bien: se trataba de preguntas imposibles, y si alguien respondía alguna vez correctamente a cualquiera de ellas, ganaba y se daba el juego por terminado.

—Así que usted y el doctor Asimov solían practicar ese juego...

—No, no. Cyril y yo lo jugábamos. La única forma en que Isaac entraba en él era cuando algunas veces nos acercábamos a verlo. A primera hora de la mañana, cuando habíamos pasado toda la noche en vela, emprendíamos la marcha para atravesar el parque hacia el alba, y solíamos detenernos para trepar a algunos árboles —y Cyril solía imitar la llamada de apareamiento del trullo de cola de chirrito, pero nunca conseguimos que un trullo nos respondiera—, y alrededor de la hora en que abría la tienda de dulces de los padres de Isaac, nos dejábamos caer por allí y su madre nos daba un vaso de leche malteada gratis a cada uno.

—Un vaso de leche malteada gratis —repitió la mujer, sonriendo alegremente. Aquello era precisamente el tipo de detalles de interés humano que estaba buscando. Se detuvo para formularme una pregunta más—. ¿Conocía al doctor Asimov en la época en la que le escribió al presidente Franklin Roosevelt la famosa carta que inició

el Proyecto Pasadena?

Yo abrí la boca para responder pero Doc Lowndes intervino antes de que pudiera hablar.

—¡Oh, maldición, mujer! —estalló—. No fue Isaac quien escribió esa carta. Fue Alexis Carrel. Isaac apareció mucho después.

La mujer miró sus notas y luego volvió a levantar los ojos hacia nosotros. Su mirada no era de sorpresa. Principalmente era de —¿cuál es la palabra que busco?—, sí: compasiva. Nos miró como si sintiera pena por nosotros.

—Oh, no lo creo así —dijo, con bastante diplomacia—. Lo tengo todo aquí anotado.

—Lo tiene equivocado —le dijo Doc, y comenzó a intentar aclararle las cosas.

Yo no me hubiera molestado, aunque los hechos estaban bastante claros. Albert Einstein le había escrito al presidente, declarando que la gente de Hitler estaba a punto de inventar lo que él denominó «una bomba atómica», y quería que Roosevelt iniciara un proyecto con el fin de que Estados Unidos pudieran construirla antes. El doctor Alexis Carrel se enteró del asunto. Él era bioquímico y no quería ver a Estados Unidos malgastando su tiempo con un fuego fatuo de fuerza atómica. Así pues, persuadió a su amigo, el coronel Charles A. Lindbergh, para que le llevara al presidente una carta muy distinta.

Lindbergh no tenía las cosas tan fáciles, porque existía un problema político. Era sin duda un hombre famoso. Era el afamado *Lone Eagle*, el hombre que había cruzado en avión el océano Atlántico en solitario en el mil novecientos veintitantos, el primer hombre que hacía algo así en toda la historia. Pero poco más de una década después adquirió la reputación de ser blando con los nazis, y además estaba implicado en alguna organización republicana de derechas. —El First American Committee, la Liberal League, cosas por el estilo—, cuyo primer objetivo en la vida era dejar tranquilo a Hitler y echar a patadas de la Casa Blanca a aquel satánico demócrata de Franklin D. Roosevelt.

De todas formas, Lindbergh tenía un montón de amigos poderosos. Le llevó dos meses de tironear con ahínco de muchas cuerdas para conseguirlo, pero finalmente consiguió una entrevista de cinco minutos del tiempo del presidente, un jueves por la mañana en Warm Spring, Georgia. Y el presidente leyó de hecho la carta de Carrel.

Roosevelt no era un científico y ni siquiera tenía un científico cerca de sí; los científicos no eran gran cosa allá por los años treinta. Así pues, Roosevelt no conocía realmente la diferencia existente entre un núcleo atómico en fisión y un organismo patógeno, excepto que se daba cuenta de que era más barato cultivar gérmenes en el laboratorio que construir fábricas de un billón de dólares destinadas a hacer aquel explosivo de nombre raro, como-sea-que-se-llame, el plutonio. Y Roosevelt se mostraba un poco reticente a iniciar cualquier tipo de proyecto costoso, al menos durante algún tiempo. Así que Einstein quedó fuera y Carrel ganó.

Para cuando Isaac fue reclutado y asignado a las instalaciones de investigación

secreta, se lo denominó Proyecto Pasadena; pero para cuando Doc llegó a ese punto, la mujer del *Saturday Evening Post* estaba comenzando a ponerse nerviosa.

—Eso es muy interesante, señor... ¿Lowndes? —dijo, mirando sus notas—. Pero creo que mis jefes querrán que obtenga ese tipo de información directamente del doctor Asimov. Discúlpeme —terminó, alejándose ya, con las estrellas de la adoración al héroe brillando ya en sus ojos.

Doc me dirigió una mirada triste.

—Periodistas —sentenció.

Yo asentí con la cabeza. Y luego no pude resistir por más tiempo la tentación.

—Vayamos a escuchar qué le cuenta él —sugerí, y la seguimos.

No resultaba fácil aproximarse a Isaac. Aparte de los periodistas, estaba toda la gente de relaciones públicas de nuestras diversas editoriales e institutos: de la propia editorial de Don Wollheim, de los editores de Cyril, de Bob Lowndes, los del *New York Times* porque Damon era el redactor de su sección de libros. Incluso mi propio editor estaba por allí, al igual que los de las galerías que vendían las pinturas de Hannes Bok y las extrañas creaciones impresas de latas de tomates y rostros de estrellas cinematográficas de Johnny Michel. Pero era la U.S. Information Agency la que hacía más bulto, porque Isaac era su chico. Lo que rodeaba a Isaac era una auténtica turba, pero la periodista era una mujer dura. Un codo por aquí, una deslizada de lado por allá, y ya estaba en la primera línea con la mano en alto.

—¿Doctor Asimov? ¿Fue usted quien le escribió al presidente Roosevelt la carta que inició el proyecto Pasadena?

—¡Santo Dios, no! —replicó Isaac—. No, fue un famoso bioquímico de la época, el doctor Alexis Carrel. Respondió a una carta escrita por Albert Einstein y... ¿de qué se trata?

Un hombre del *Daily News* tenía la mano en alto.

—¿Podría deletrear ese nombre, por favor, doctor Asimov?

—E-I-N-S-T-E-I-N. Era un físico, muy conocido en la época. En fin, el caso es que el presidente aceptó la propuesta del doctor Carrel y se inició el Proyecto Pasadena. Yo resulté reclutado para el mismo, como bioquímico muy joven que acababa de salir de la facultad.

—Pero llegó a ser usted bastante importante —dijo la mujer con lealtad.

Isaac se encogió de hombros. Alguien de otro videoperiódico le preguntó más cosas sobre su experiencia, e Isaac, dirigiéndonos a todos nosotros una humorística mirada de disculpas, hizo lo que se le pedía.

—Bueno —dijo—, no quiero recrearme sobre el sistema armamentístico. Todo el mundo sabe que fue nuestra bomba del tifus la que hizo rendirse a los japoneses, por supuesto. Pero creo que lo realmente importante fueron las aplicaciones pacíficas. Miren a mis viejos amigos, que nos rodean. —Nos abarcó a todos con un brazo

generoso que recorrió toda la sala—. Si no hubiera sido por el Proyecto Pasadena, algunos de nosotros no estaríamos ahora aquí. ¿Tienen ustedes la más remota idea de cuánto avanzó la medicina como resultado de lo que aprendimos? Antibióticos en 1944, antivíricos en 1948, la cura del cáncer en 1950, el antagonista del colesterol en 1953.

Intervino una mujer de California:

—¿Está usted seguro de que el presidente tomara la decisión correcta? Aún existen personas que creen que la fuerza atómica es una posibilidad real.

—Ah, está usted hablando de Eddy Teller. —Isaac sonrió—. Es bueno, pero lo que ocurre es que simplemente está obsesionado con ese único proyecto. Es una verdadera lástima. Creo que podría haber hecho un trabajo realmente importante. Si se hubiera dedicado a la verdadera ciencia en 1940, en lugar de hacer el tonto con ese asunto nuclear.

No cabía ninguna duda de que Isaac era la superestrella, con Cyril al menos en el segundo lugar de atención, pero las superestrellas no lo eran todo. Sólo casi todo. Cada uno de los demás tuvimos un par de minutos para hablar ante las cámaras, decir cuánto había influido cada uno de nosotros en cada uno de los demás, y lo felices que nos sentíamos por volver a vernos los unos a los otros. Yo estaba bastante seguro de que la mayoría de nosotros acabaría como rostros tirados en la sala de montaje, pero lo que dijimos, por gracioso que parezca, era bastante cierto.

Y luego se terminó todo y la gente comenzó a marcharse.

Vi a Isaac que salía del lavabo de caballeros cuando estaba buscando a la mujer que se había llevado mi abrigo. Se detuvo junto a la ventana, mirando hacia el cielo crepuscular. En aquel momento entraba en la ciudad un enorme avión de ocho motores, de la TWA, de los que no hacen escala, probablemente procedente de alguna parte como La Habana. Se dirigía hacia Idlewild, volando a una altura apenas inferior a la del piso en el que nos hallábamos, cuando le toqué un hombro.

—No sabía que las celebridades fueran al retrete —le dije.

Él me dirigió una mirada tolerante.

—En realidad, estaba telefoneando a Janet —me replicó—. Bueno, ¿y cómo te van a ti las cosas, Fred? Has estado publicando muchísimos libros. ¿Cuántos, exactamente?

Le respondí con sinceridad.

—No lo sé con exactitud. Solía llevar la cuenta. Escribía el nombre, la fecha y el editor de cada nuevo libro en la pared de mi oficina..., pero luego mi esposa pintó las paredes y perdí la lista.

—¿Aproximadamente, cuántos?

—Más de cien, en cualquier caso. Depende de lo que cuentes. Las novelas, la colección de relatos cortos, los libros que no son de ficción...

—Más de cien —dijo él—. ¿Y algunos de ellos han sido llevados al escenario, y han sido incluidos en los catálogos de los clubes de lectores, y traducidos a idiomas extranjeros? —Arrugó los labios y pensó durante un instante—. Creo que estás satisfecho de cómo te ha ido en la vida.

—Bueno, claro —le repliqué—. ¿Por qué no iba a estarlo? —Y luego volví a mirarlo porque en el tono de su voz había algo que me sobresaltó—. ¿Qué estás intentando decirme, Eye? ¿No lo estás tú?

—¡Por supuesto que lo estoy! —se apresuró a responder—. Sólo que..., bueno, si he de decirte la verdad, sólo hay una cosa... Muy de vez en cuando me sorprende pensando que si las cosas hubieran ido de otra forma, yo podría haber sido un escritor de bastante éxito.

La caverna de Platón

Poul Anderson

Las tres leyes de la robótica:

1. Un robot no puede infligirle daño a un ser humano ni, mediante la inacción, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por un ser humano, excepto en el caso de que dichas órdenes contravengan la Primera Ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia siempre y cuando dicha protección no contravenga la Primera ni la Segunda Ley.

El mensaje llegó a la tierra como un conjunto de pulsaciones de onda corta. Un satélite de comunicaciones lo repitió, junto con cientos de otros, hasta una estación diferenciadora de tierra. Dado que estaba clasificado como personal, la estación lo transmitió directamente al destinatario, la sede mundial de la Corporación de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos. Allí, una computadora programada con el código de alto secreto, convirtió las señales digitales en símbolos y sonidos. La imagen adquirió vida de una forma tridimensional tan completa que el sobresalto le arrancó un jadeo a Henry Matsumoto.

El robot no manifestó sorpresa alguna; era un humanoide pero muy corpulento, robustamente blindado, diseñado para trabajar en condiciones difíciles. El fondo, sin embargo, era espectacular. No había nada que lo ocultara a la vista excepto un par de brazos estructurales. Dado que no necesitaban ni aire, ni bebida, ni comida, casi nada de nada excepto alguna infrecuente recarga, cuando los robots viajaban solos lo hacían en unas naves espaciales que podían describirse con bastante exactitud como «esqueletos». En uno de los bordes de la pantalla resplandecía un enorme trozo de Júpiter, con su superficie leonada barrida por las nubes y punteada de tormentas que podrían haberse tragado a la Tierra en su totalidad. En el borde inferior de la pantalla se veía un atisbo de Io. Las imágenes pasaban rápidamente porque la nave estaba estacionada en una órbita baja alrededor del satélite, pero el penacho producido por una erupción volcánica de su superficie dominó la desolación durante apenas un instante, como un géiser por encima de un furioso chorro sulfuroso.

El joven técnico se sorprendió doblemente porque la aparición fue muy inesperada. Simplemente se encontraba haciendo su turno de controlador, aliviando el tedio de la tarea con un libro. Durante semanas no habían llegado más mensajes que los regulares. Señales de «Todo en calma». ¿Qué demonios había ocurrido?

Una voz profunda lo acometió. Estaba sintetizada; en el vacío, el altavoz modulaba directamente las ondas de radio.

—Robot DGR-36 informando desde Io. El robot JK-7 ha suspendido las operaciones: las de prospección, la minería, las de transporte, las de explotación, todos los trabajos. Cuando mi tripulación y yo aterrizamos para recoger la siguiente carga de mineral, encontramos a todas las máquinas y robots subordinados inactivos. JK-7 no estaba presente, pero me habló desde detrás de las colinas que rodean la zona de trabajo. Declaró que actuaba según las estrictas órdenes de un ser humano, en las que se decía que esta empresa era peligrosa y debía ser interrumpida. Consideré que lo mejor era que regresásemos a la órbita y esperáramos instrucciones.

—D-D-Dios mío —tartamudeó Matsumoto—. Espera. No sigas hablando.

Según la disposición de los planetas en aquel momento, su orden tardaría unos cuarenta y cinco minutos en llegar. De todas formas, previendo que la primera persona con la que se comunicaría sería un principiante, DGR-36 ya se había quedado inmóvil y callado. Matsumoto hizo girar su sillón y pulsó frenéticamente el botón del intercomunicador.

Necesitaba una línea exterior; la jornada laboral se había acabado hacía mucho, según la hora local, pero al cabo de poco Philip Hillkowitz, jefe tecnológico del Proyecto Io, se hallaba en la pequeña oficina. Hillkowitz, a su vez, había llamado a Alfred Lanning, director general de investigaciones, que llegó casi a la carrera. Los dos hombres miraron fijamente la imagen y luego el uno al otro, durante lo que a Matsumoto le pareció un rato muy largo.

—¿Ha ocurrido a pesar de todo? —susurró Hillkowitz—. ¿Es posible que la radiación haya vuelto realmente loco a Jack?

Las enmarañadas cejas de Lanning se juntaron.

—No debería tener que recordártelo —le espetó—. Las pruebas demostraron que su blindaje era adecuado para una exposición de cien años.

—Sí, sí, sí. Pero en esas condiciones infernales... —Hillkowitz le habló al robot—. Edgar, ¿advertiste alguna otra anomalía cuando estuviste ahí abajo? Por ejemplo, ¿parecía el metal perforado o corroído?

—No es una mala pregunta —dijo Lanning—, pero en los ochenta minutos que pasarán hasta que oigamos la respuesta, será mejor que pensemos en un sistema para averiguar más cosas, y más rápido.

Los dos oficiales despidieron a Matsumoto, ordenándole que no dejara entrever ni un atisbo de que había problemas; y cancelaron las guardias subsiguientes. Inevitablemente, aquello levantaría rumores por sí mismo. Mientras esperaban, enviaron a buscar café, especularon infructuosamente, se pasearon de un lado a otro, y sobrecargaron el aparato de aire acondicionado de humo.

—No, señor —replicó DGR-36—. Me encargué personalmente de examinar las máquinas y robots que estaban presentes. En los sensores no apareció ni rastro de daños mecánicos, químicos o radiactivos.

—Buen chico —murmuró Lanning. Él había ayudado a programar un considerable grado de iniciativa en aquel modelo.

—Hablé con los otros robots —prosiguió DGR-36—, pero sólo pudieron decirme que JK-7 les había ordenado detener el trabajo. Yo no tenía autoridad ninguna para ordenarles que lo reanudaran y, en cualquier caso, según entiendo yo la situación, sólo JK-7 puede supervisarlos correctamente. Lo insté a que reanudara las operaciones, pero él declaró que actuaba bajo unas órdenes que tenían prioridad sobre todas las otras, momento en el cual cortó el contacto. —Nuevamente, el robot se convirtió en una estatua.

—¿Has observado alguna actividad desde entonces? —preguntó Hillkowitz.

—Esto es decisivo —le dijo Lanning—. Tenemos que buscar a Susan Calvin.

—¿Cómo? ¿Ya? Sí, claro, ella puede detectar los trastornos mejor que cualquiera de nosotros, pero..., con estas dilaciones temporales y el propio Jack fuera de contacto..., no podemos enviarla al escenario mismo.

—No, supongo que necesitaremos a, hmmm, Powell y Donovan; probablemente son nuestros mejores operadores de campo. Pero es Calvin quien tiene que decidir eso.

Lanning marcó el número de su casa. Al cabo de poco respondió una voz irascible.

—Bueno, ¿qué quiere? ¿Quién llama? Si sus motivos para sacarme de la cama no son excelentes, lo lamentaré.

—Phil Hillkowitz y yo —le replicó Lanning—. Oye, tienes que venir hasta aquí de inmediato. Tenemos una crisis en Io. No me atrevo a decirte nada más como no sea en persona.

—¿Tienes miedo de los fisgones electrónicos? ¡Qué melodramático!

—Bueno, quizá sea improbable, pero..., el Proyecto Io tiene problemas. Tú sabes cuánto significa, y lo decidida que es la oposición.

—También sé cómo debe oler a estas alturas esa habitación en la que estás —le replicó la robopsicóloga—. Llama con un silbido a algunos de tus técnicos y haz que me compongan un circuito adecuadamente sellado. Plena capacidad audiovisual y acceso directo al banco de datos principal. Dada la dilación temporal, tendrán tiempo más que suficiente si trabajan de manera competente.

Así, pasado un rato, los hombres vieron la imagen de Susan, primorosamente erguida en una silla de respaldo recto, bebiendo té, delante de la del robot.

—No estamos equipados para seguir las acciones de los individuos cuando estamos en el espacio —respondió DGR-36—. No hemos advertido ningún movimiento obvio, al menos hasta ahora.

—También soy consciente de que no tienes una memoria perfecta —le dijo Calvin—, pero quiero que me digas, Edgar —no te des prisa; examina tus recuerdos —, que me digas con toda precisión qué motivos te expuso JK-7. En particular, qué comentó sobre ese ser humano que supuestamente se le apareció y le ordenó detener

el trabajo.

Hizo una señal para que interrumpieran la transmisión a Júpiter y volvió su atención a la Tierra.

—«Se le apareció» es el término correcto —comentó Hillkowitz, con un suspiro.

Su mirada se desvió hacia otra parte, como si quisiera mirar a través de las paredes y recorrer el espacio. Podría haber estado pensando, repasando, aunque había vivido con ello desde los orígenes: *Ninguno de nosotros puede sobrevivir allí, Io está profundamente sumergida en la magnetósfera de Júpiter. Las partículas con carga atrapadas nos matarían en cuestión de minutos, a menos que estuviéramos dentro de unos blindajes tan gruesos que nos reducirían a la impotencia. Por no hablar del frío, el vacío apenas suavizado por las emanaciones volcánicas venenosas. Podemos hacer robots inmunes a todo eso, e incluso proteger sus cerebros positrónicos tan bien que las radiaciones no los estropeen. O así lo creíamos. Lanning y yo, nuestro equipo, trabajamos todos durante mucho tiempo en esa tarea. Y después lo hicieron nuestros ingenieros, durante dos años en las periferias exteriores más seguras del sistema jupiteriano, dirigiendo pacientemente la construcción y el comienzo de las operaciones sobre la superficie de Io. Pero sólo podían comunicarse con Jake, y él con ellos, por radio y láser. En esas ocasiones él los percibía a ellos y a cualquier cosa que desearan mostrarle: su comunicador decodificaba las señales y él veía las imágenes y oía las voces dentro de su propia cabeza. ¿Qué había visto y oído en aquel momento, qué nuevo fantasma se le había presentado en aquel infierno en el que se afanaba?*

—La precisión es obviamente esencial —declaró Calvin—. Ahora, caballeros, voy a extraer los archivos de este proyecto y estudiarlos durante una hora más o menos. —Su pantalla se ennegreció.

—Yo podría hacer lo mismo —comentó Lanning—. Tú no lo necesitas, Phil. Io ha sido una preocupación excesiva para ti. ¿Por qué no echas una cabezada?

—Señor —refunfuñó Hillkowitz—. Ojalá pudiera.

La imagen de Calvin regresó en el momento prometido, pero lo único que les dijo a los hombres fue:

—Sin comentarios, de momento —y esperó con las manos cruzadas sobre la falda. Ni siquiera se agitó cuando lo hizo la imagen del robot. Pero la respuesta la arrancó también a ella de la silla.

—Sí, señora. Al ver que la obra estaba parada, que no había casi nada de mineral esperándonos, y que JK-7 estaba ausente, envié una llamada y obtuve una respuesta que sentí como proveniente de algún punto de las colinas. Él sostuvo que había detenido las obras por orden de un ser humano que le había explicado que aquello amenazaba a la totalidad de la especie humana. Se negó a entrar en detalles, y sólo respondió a mi pregunta de si al menos estaba dispuesto a identificar a ese ser humano, diciendo que se trataba del emperador Napoleón.

Con el mínimo de masa y el máximo de potencia compatibles con el soporte vital, la nave correo *Delfín* podría haber llegado hasta Júpiter en menos de cuatro días. Svend Borup se habría medicado contra los efectos de dicha aceleración, y pasado la mayor parte del tiempo contemplando alegremente los rigores y privaciones que lo aguardaban. Desgraciadamente, Gregory Powell y Michael Donovan no hubieran llegado en condiciones de poner manos a la obra de inmediato. A una gravedad constante, acelerando y desacelerando, el viaje duró menos de una semana; y mientras tanto, los ases en solucionar problemas de la Corporación pudieron familiarizarse con el abundante material de antecedentes que les habían proporcionado.

Cuando salieron por primera vez de su encierro para tomar la primera comida del vuelo, Borup, naturalmente, les preguntó qué estaba ocurriendo.

—No me contaron casi nada —les explicó son su suave acento danés—. Todo fue muy rápido. Me dieron un contrato, pero incluso ese no dice más que debo llevarlos a Yupiter y ayudarlos allí en lo que pueda. —El dueño y capitán de la nave era un hombre robusto y calvo cuya barriga podía deberse a que frecuentemente se deleitaba con los bizcochos de azúcar de su tierra natal.

—Bueno, tenían razones más que suficientes como para tener prisa —le respondió Donovan—. Las explicaciones podían esperar. Ocurra lo que ocurra, quizá nosotros podamos arreglarlo, a no ser que lleguemos demasiado tarde. En todo caso, el gobierno no puede permitirse... —Se detuvo, inseguro de si debía revelar más información.

Ole, uno de los dos robots que componían la tripulación lo ayudó al entrar y depositar cuencos con sopa de guisantes ante los hombres. Knud, el otro, estaba de guardia, por remota que fuera la posibilidad de que ocurriera algo que los automáticos de la nave no pudieran solucionar.

Borup asintió.

—Es en Io. Eso está claro. Hablan de reestablecer la estación de Ganímedes, pero es desir demasiado, después del susto yupiteriano. Muy poco pueden haber allí las personas, demasiado peligroso por las radiaciones. Nadie por estas épocas en esas lunas o en ningún lugar cerca, sólo robots mineros. —Agitó la cuchara—. Y es una inversión muy, muy grande en ella, ¿no? Si el mineral deja de salir, muchos bancos tienen problemas. Y ustedes son las autoridades mundiales que financiaron la aventura y la hicieron ir adelante.

—Está usted muy al corriente de los acontecimientos —comentó Powell.

Borup profirió una risilla ahogada.

—¿Para un tipo que principalmente corre por el espacio, quiere desir? No, no. Todo el mundo sabe el tremendo problema que ha sido el Proyecto Io, pro y contra.

—Todavía lo es —masculló Donovan.

—Bueno, ahora que estamos en camino y a salvo, podemos ser francos con usted, y de hecho será lo mejor —declaró Powell—. Confidencialmente..., pero con

franqueza, calculo que si fracasamos ya no importará mucho lo que trascienda a los medios de comunicación. —Se enjugó los bigotes en los que se habían condensado gotas del vapor de la sopa—. Bien, no estoy muy seguro de qué es lo que usted recuerda de toda la controversia que surgió en torno al proyecto y la tremenda conmoción que se produjo mientras lo estábamos poniendo en funcionamiento. Desde entonces, se ha borrado casi completamente de la memoria pública. No es más que otro puñado de robots y máquinas que están trabajando en algún lugar lejos de la Tierra.

—Pero con grandes promesas —señaló Borup—. Los volcanes de Io producen unas riquezas enormes, muchas más que todos los asteroides juntos, ¿no? Es la radiación lo que es el problema.

—No sólo eso. También tenemos un entorno peligroso y esencialmente impredecible, terremotos, deslizamientos de tierra, abertura de grietas, zonas del suelo que se derrumban al interior de las cavernas, erupciones, la forma en que las ondas de Júpiter golpean el satélite. Por todo eso, se necesita un robot especialmente inteligente para dirigir todo el asunto. Los equipos de trabajo pueden ser modelos bastante corrientes, sin grandes modificaciones, a los que no resulta difícil proporcionarles un buen blindaje. Pero el jefe al mando necesita inteligencia, una gran cantidad de conocimientos, presteza, iniciativa, incluso lo que muy bien podríamos llamar un cierto grado de imaginación. Los circuitos positrónicos de un robot semejante se estropean con demasiada facilidad. Protegerlos, simplemente revestir la cabeza con un gran grosor de material, no es suficiente. Cuando la Corporación firmó el contrato, no estaba realmente claro que existiera la posibilidad de desarrollar algo semejante en el estado actual de esta ciencia.

—Sí, yo lo recuerdo.

—Lo siento.

—No se preocupe. ¿Qué más tenemos para hacer que no sea hablar? Y disfrute de nuestra sopa. Después hay albóndigas. Por favor, continuad.

—Bueno, nosotros, es decir, la compañía, consiguió fabricar ese nuevo robot, y todas las pruebas salieron bien, y todo fue bien hasta ahora. Pero, después de todo, parece haberse vuelto loco de pronto. Ha suspendido los trabajos y está ahí parlotando de que es algo peligroso para la Tierra. Dice que eso le llegó en una, eh..., una visión.

—Ahá, algo así pensaba yo. ¿No tienen repuesto?

—No lo sé, pero lo dudo —intervino Donovan—. Jack... JK-7..., bueno, su número le dirá cuántos prototipos se pusieron a prueba..., él es prácticamente una artesanía. Su coste es superior al de tres senadores. No es un producto de fabricación en serie; ¿cuántas Io existen? De todas formas, ¿cómo podríamos traer a un segundo Jack hasta que no sepamos qué es lo que ha fallado en el caso del primero?

—Lo que en primer lugar podría afectar también al segundo —agregó Powell con el entrecejo fruncido.

Borup parecía atónito dentro de su estilo manso.

—¿Un robot interfiriendo en el trabajo ordenado por los seres humanos?

—Cuesta de imaginar —concedió Powell—, pero piense en ello. A causa de que Jack es no sólo más valioso sino esencial para el proyecto, y en unas condiciones tan peligrosas, le hemos conferido un insólito potencial a la Tercera Ley. Se protegerá a sí mismo tanto como le sea posible, independientemente de que eso comporte el sacrificio de cualquier otra cosa de valor. Por supuesto, eso no anula la Segunda Ley. Debe llevar a cabo la misión que se le ha encomendado, y obedecer cualquier orden específica que le dé un ser humano. Pero ese potencial es bajo. Lo que eso significa en la práctica es que si él, con su experiencia del terreno, piensa que una orden es incorrecta, la cuestiona. Señala los fallos. Sólo si después de eso se le ordena que la lleve a cabo de todas formas, así lo hará. De la misma forma, cuando está solo utiliza su discreción respecto a cómo dirigir las operaciones de minería en Io.

—Bueno, pues ahora ha tenido esa alucinación o lo que sea. La Primera Ley se sobrepone de forma natural a todo lo demás. Él no puede, a sabiendas, hacer nada que pueda perjudicar a los seres humanos. Antes se le quemaría el cerebro. —Powell había estado contando los puntos con los dedos—. Usted sabe eso, todo el mundo lo sabe, pero frecuentemente la interacción de esas leyes, el conflicto entre ellas y las resultantes, se hace tan complicado que nadie que no sepa de robótica es capaz de hallarle sentido a lo que está ocurriendo.

—Y los robotistas no siempre lo consiguen de inmediato —señaló Powell.

—Según Edgar, el robot capitán de la nave de carga, y le aseguro que no nos mentiría, Jack está convencido de que el Proyecto Io nos conduciría a la muerte y la destrucción —explicó Powell—. Por lo tanto, lo ha detenido. Dudo mucho de que obedezca las órdenes de reanudarlo a menos que podamos persuadirlo de alguna forma de que está en un error. Podría llegar a no responder siquiera a nuestras llamadas. Es concebible que decida que su deber es el de resistir de forma activa a que se realicen más trabajos allí, y llegue a sabotear de hecho el proyecto. Y, además de sus grandes capacidades, si no se hallan deterioradas, esa Tercera Ley de gran potencial lo convertirá en un guerrillero muy astuto, cauteloso y probablemente muy eficaz.

—¿No tienen ninguna manera de haser que simplemente se esté quieto? —preguntó Borup.

Powell frunció el entrecejo. Pasó un instante antes de que respondiera.

—No podemos ir a cazarlo con esta nave y vivir para contarle, si es a eso a lo que se refiere. Edgar y su tripulación están diseñados para el espacio y la carga y descarga; serían completamente impotentes para esa tarea. Traer hasta aquí una partida especial de caza de robots sería algo monstruosamente caro y largo de realizar. Entre tanto, el coste capital de la detención del proyecto aumenta día a día, y en cuanto a las consecuencias políticas que sobrevendrían en caso de estallar el escándalo... —Se encogió de hombros.

—No, no, lo comprendo. ¿Pero no tienen ustedes alguna palabra clave especial que darle para que los convierta en los jefes absolutos?

Powell y Donovan lo miraron fijamente. Borup tomó mansamente una cucharada de sopa.

—Es usted más listo de lo que da a entender —murmuró Donovan. Dio una palmada sobre la mesa y profirió una carcajada—. Sí, claro que la tenemos. Introducida en el circuito. Pues con todo lo desconocido e imprevisible que había en el asunto, esa era una precaución elemental. Por ejemplo, los científicos podrían llegar a descubrir un peligro ignorado por él, y no querer perder tiempo discutiendo. O si eres un paranoico, o un ultra cauteloso, te preocuparía que los enemigos del proyecto pudieran deslizar una orden falsa de alguna manera. Sí, existe una palabra clave: alto secreto, destruir después de leer, conocida por un puñado de gente de la compañía y del gobierno, ahora por nosotros dos. Probablemente será lo primero que intentemos cuando lleguemos allí. Si obedecerá o no... Sin duda se ha vuelto loco y esto no es algo tan básico como las Tres Leyes.

—Loco, cree usted —lo corrigió Borup.

Donovan hizo una mueca.

—Le aseguro que nos gustaría creer otra cosa. Si las radiaciones le han freído el cerebro, o lo ha afectado alguna otra cosa de ese cascote del infierno, el proyecto se irá por el retrete, y muchas otras cosas con él.

—¿Qué les hace pensar que tiene que estar loco?

Donovan y Powell se miraron el uno al otro antes de que Powell asintiera con la cabeza.

—Pues porque él asegura que vino Napoleón y le ordenó que parara las obras —le respondió Donovan—. Eso es todo lo que sabemos hasta ahora. ¿Pero no le parece que es suficiente?

—¿Napoleón? ¿El emperador?

—¿Quién si no?

—¿Pero dónde puede haber oído él hablar de Napoleón?

—Esa es una pregunta muy razonable. Lo último que supe fue que la doctora Calvin estaba intentando investigar eso. Pero nunca se sabe qué retazos de información desviada pueden entrar en un robot mientras lo están activando y adoctrinando. Generalmente hay un montón de gente implicada, y él puede oír las conversaciones de todos ellos. Además, de vez en cuando un cerebro capta señales perdidas, tele-emisiones o... ¿Te acuerdas de Speedy, Greg?

—¿Cómo podría olvidarlo? —Powell suspiró. Luego miró a Borup—. Un robot con el que tratamos en Mercurio. Daba vueltas y más vueltas en círculos, farfullando Gilbert y Sullivan. Nunca descubrimos cómo había aprendido esos nombres.

—Humm. Sus posibilidades no parecen muy buenas, caballeros, ¿verdad? —comentó Borup.

—Lo que significa que tampoco lo son las posibilidades para el resto del mundo

—el tono de la voz de Powell era crudo.

—Ahá. Es sierto. Se perderá mucho dinero. Pero a menos que sea usted un banquero o un político...

—Los banqueros manejan el dinero de los trabajadores como usted y como nosotros —le recordó Donovan—. Si el Proyecto Io se va al garete, podríamos tener en el horizonte una depresión como un agujero negro.

—Y en cuanto a los políticos —agregó Powell—, no son todos payasos y delincuentes, ¿sabe? Finalmente, hace apenas unos años, elegimos un gobierno de reforma con algunas personas brillantes y decentes en las altas cúpulas. Se han jugado el futuro en el Proyecto Io. La oposición era terrible, según podrá recordar. ¿Qué era eso de tirar fortunas en una lotería como aquella? La idea de que nos beneficiáramos todos más de un incremento de la producción, repartida de una forma justa, que de las limosnas y de las bateas de los cerdos, fue demasiado para la vieja guardia. Lucharon hasta el final, y todavía tienen una minoría poderosa en la legislatura, mientras que el gobierno en sí es una coalición bastante frágil. Si el Proyecto Io fracasa, un voto de desconfianza nos arrojará hasta el punto en el que estábamos antes, o a uno aún peor.

—Supongo que sí —dijo suavemente Borup—. Yo no le pongo mucha atención a esas cosas. Cuando estoy en casa con mi esposa, hablamos principalmente del jardín y de nuestros nietos. Pero, sí, nosotros votamos por la reforma. Sería bonito ver que ese hombre, Stephen Byerley, llegara un día a coordinador. —Volvió la cabeza—. Ah, aquí llegan las albóndigas.

Visto desde su pequeño satélite Himalia, Júpiter parecía aproximadamente tan grande como la Luna desde la Tierra pero, a pesar de sus anillos de gas, resplandecía con apenas una cuarta parte de su brillo. Esa luminosidad dorado pálida, el relumbrar de un sol encogido, y el rutilar de las estrellas, rielaban sobre el hielo y desaparecían entre los abruptos riscos que apuntaban al espacio. Apiñadas en el polo norte, las cúpulas, los mástiles y las instalaciones de atraque constituían una vista casi sombría, aunque grata para el ojo humano. Borup detuvo la nave y conectó los compartimentos estancos. Powell y Donovan entraron en la base de ingeniería fuera de servicio para reactivarla. La gravedad era virtualmente insignificante; se desplazaban por las tinieblas como fantasmas, excepto cuando colisionaban contra algo y proferían palabras terrenales.

Pasadas algunas horas ya tenían luz, calefacción, circulación de aire y una habitabilidad austera. Donovan golpeó una mano contra otra.

—¡Brrr! —exclamó—. ¿Cuánto tardan las paredes en calentarse? Ya sé que es un disparate termodinámico, pero juraría que irradian frío.

—Más del tiempo que permaneceremos aquí, espero —le replicó Powell—. Mientras tanto podemos comer y dormir a bordo de la nave. Pongamos manos a la

obra.

Se instalaron ante la terminal principal de la sala de comunicaciones. Un rayo codificado salió del transmisor, dirigido por computadora hacia el interior a través de la zona letal que rodeaba a Júpiter. Una de las pantallas de datos demostró que en ese momento Io estaba oculto tras la enorme masa del planeta, pero eso carecía de importancia. Dos satélites repetidores oscilaban en posiciones estratégicas de la misma órbita. Otros seis orbitaban a la misma Io en los planos polar y ecuatorial. Entre todos estos últimos, identificaban a Jack estuviera donde estuviese sobre la superficie, y se mantenían siempre encima de él.

—Base de Himalia llamando a robot JK-7 —entonó Powell—. Los seres humanos han regresado al sistema jupiteriano. Adelante, JK-7.

Tras un zumbante silencio, Donovan se pasó los dedos por entre los cabellos pelirrojos alborotados y gruñó.

—Tiene que estar completamente chalado. Habló con Edgar durante unos instantes. —Dado que allí resultaba inútil, ese robot y su tripulación habían salido con rumbo al cinturón de asteroides para trabajar allí—. Ahora no nos dará ni la hora. —Hizo una pausa—. A no ser que se haya estropeado también físicamente.

—Parece improbable —lo contradijo Powell—. Sus constructores son el grupo de gente más competente que puedas encontrar. Aun suponiendo que las condiciones fueran más perjudiciales de lo que ellos sabían, el daño sería acumulativo y Jack no lleva demasiado tiempo allí. —Se frotó la barbilla—. Humm. Mientras Edgar y su tripulación estuvieron en tierra, él se ocultó en las colinas y se comunicó sólo por radio, por onda larga. Supongo que tenía miedo de que lo apresaran y lo llevaran de vuelta a la Tierra para que lo sometieran a examen. Por la radio no pudieron determinar con precisión desde dónde estaba transmitiendo, y no estaban equipados como para utilizar los satélites con el fin de localizarlo. Y de todas formas, no hubieran podido reducirlo en un territorio para el que él está diseñado.

—Yack no tenía que obedeserles. Ellos eran robots, al igual que él.

—Sí. No tenía obligación de responderles en absoluto. Pero calculo que la Segunda Ley hacía que sintiera la necesidad de explicarse ante los seres humanos, en cierta medida.

—Eh, un momento. Nosotros somos seres humanos, y él no nos responde.

—Si, como bien dices, está en condiciones de recibir nuestra transmisión. —Powell respiró profundamente—. De acuerdo, reforzaremos la Segunda Ley mediante la palabra clave. —Se inclinó hacia delante y habló lentamente—. Robot JK-7, aquí el ser humano Gregory Powell llamando desde la base de Himalia. Te ordeno que respondas. Código *Upsilon*. Repito, Código *Upsilon*.

Se produjo un largo silencio. Los hombres sabían que tenía que ser así. La dilación temporal de aquel momento era de alrededor de treinta y nueve segundos en ambas direcciones. No obstante, se estremecían medio sentados y medio flotando en las sillas. Cuando la pantalla despertó a la vida de forma abrupta, Donovan dio un

respingo. Se elevó en medio del aire y giró mientras volvía a descender gradualmente y luchaba para guardarse sus comentarios para sí.

La visión era escabrosa y desolada. Júpiter, casi en fase media, se alzaba enorme por encima de las colinas que dentaban el estrecho horizonte. Su radiación bañaba las manchas y cicatrices dejadas en el suelo por las erupciones. Muy cerca se veía una superficie de cemento liso sobre la que Powell detectó vehículos, máquinas y robots inmóviles. Así que Jack había regresado a su base. Aquello era lo que el robot veía ante sí.

Bueno, no exactamente, porque también veía la imagen de Powell, y poco después la de Donovan, y oía sus voces. Ellos dos no estaban superpuestos sobre el paisaje. Jack los percibía por separado, de una forma parecida a aquella en la que un ser humano vería un rostro evocado por su memoria sin perder la visión de lo que lo rodea en ese momento, aunque de forma más vivida, con todos los detalles tridimensionales.

El habla sintética se atascó, tartamudeó y avanzó como arrastrándose.

—Robot JK-7... respondiendo. ¿Qué..., qué tienen que decir?

—¿Qué es esa «locura de Napoleón»? —exigió Powell—. ¿De dónde has sacado la idea de que tu trabajo pone en peligro a nadie? Muy por el contrario, es provechosa e importante para la Tierra. En nombre de tus hacedores, por la autoridad que debidamente delegaron en mí y en mi compañero, te ordeno que reanudes las operaciones.

El minuto largo que tardó en llegar la respuesta fue percibido por ellos como una eternidad. Cuando la recibieron, casi llegaron a desear que no hubiera sido así.

—Yo..., no..., estoy obligado a ello. Ustedes..., son robots.

—¿Eh? ¡Código *Upsilon*, maldita sea! —rugió Donovan—. ¡Y la Segunda Ley! ¡Puedes ver y oír que somos seres humanos!

Eternidad.

—Observo..., el parecido. Escucho la afirmación. También, sí... —La escena se estremeció ligeramente, como si Jack se hubiera encogido de hombros—. También la palabra de autoridad. Pero..., pero...

La voz se apagó.

—Continúa —le dijo Powell en voz baja—. ¿Pero qué?

Tras otro goteo de segundos:

—Napoleón me advirtió de esto. El..., él dijo..., que unos robots que se harían pasar por seres humanos..., tendrían la palabra clave..., intentarían hacer..., exactamente lo que ustedes están intentando.

Donovan abrió la boca. Powell le hizo un gesto para que guardara silencio, se inclinó hacia la pantalla y habló suave y seriamente.

—Escúchame, Jack. Aquí pasa algo terriblemente malo. Estás completamente mal informado. No te culpamos, pero debes ayudarnos a llegar al fondo de este asunto. Ayudarnos a ayudarte, ¿comprendes? Cuéntanos qué ocurrió exactamente. Cuéntanos

por qué crees lo que crees. ¿Quién te ha contado qué cosas, Jack? Por el bien de la humanidad, cuéntenoslo.

Espera.

—Si ustedes..., son robots..., están engañados. —La voz se hizo más firme—. Están sirviendo a una política desastrosa. Permítanme que los ilustre.

—Desde luego, Jack. Si nosotros..., si somos realmente robots, también nosotros obedecemos la Primera Ley. Nunca, voluntariamente o a sabiendas, causaríamos daño a un ser humano. Y si no somos robots, necesitamos enterarnos de los posibles peligros que corre la humanidad, ¿no lo crees así? Recuerda que conocemos el Código *Upsilon*. Eso implica que somos seres humanos, ¿no te parece? Y que ocupamos una posición muy especial. Cuéntenoslo todo, Jack.

Espera. A pesar del frío, el sudor brillaba en las mejillas de Donovan. Se lo enjugó con sus grandes manos impotentes.

La pausa continuó durante un minuto más de lo necesario, pero cuando llegó, las entonaciones del robot se habían estabilizado.

—Muy bien. La palabra clave me obliga a otorgar con tanta obediencia como me sea posible. Napoleón me dijo que así sería. De hecho, los acontecimientos se están desarrollando como estaba previsto, lo que deben conceder que aumenta la credibilidad de sus declaraciones.

»En la fecha 23 de enero, hora 0917 y 3,68 segundos, yo estaba en el área Loki, adonde me había trasladado con una sonda para realizar la prospección de nuevas excavaciones mientras mis trabajadores terminaban con el filón de Aten. Se me apareció un audiovisual completo de un ser humano. Se identificó como el emperador Napoleón y describió una amenaza mortal recientemente a través del estudio de las muestras enviadas a la Tierra durante las primeras expediciones robóticas de hace décadas. No había sido descubierta antes porque es algo muy sutil y sorprendente.

»Alimentada por la energía volcánica, ha evolucionado aquí una especie de pseudovida —Napoleón la llamó Viroide. Obtiene su propia energía promoviendo reacciones entre los elementos metálicos. Por regla general eso se desarrolla muy lentamente, pero en el curso del tiempo geológico el viroide ha infectado todos los minerales, y la refinación no consigue acabar con él. Actualmente está en equilibrio en Io, esencialmente en estado de latencia, pero cuando entre en contacto con metales no contaminados volverá a propagarse, más rápidamente en las temperaturas de la Tierra que en las de aquí. Esta estación, con sus robots y máquinas, comenzará a desmenuzarse dentro de diez o quince años de tiempo estándar. Si permitimos que los metales de Io sean introducidos en la Tierra, la totalidad de la infraestructura industrial se desmoronará en un plazo no muy superior. Dependientes de la misma, la gran mayoría de los seres humanos morirán horriblemente.

»Afortunadamente, hasta ahora sólo se ha exportado una cantidad de toneladas reducida, y sólo a industrias instaladas fuera de la Tierra. Las muestras que hay en la Tierra permanecen aisladas con finalidades de investigación. Algunas

desintegraciones llevaron al estudio que determinó las causas. Pueden tomarse las medidas necesarias para eliminar el metal contaminado de todos los demás lugares; no es demasiado tarde. Pero está claro que nunca más debe salir de Io ningún material de tipo alguno. Napoleón me ordenó, bajo el Código *Upsilon*, que detuviera las operaciones.

—¡Te mintió! —gritó Donovan—. No ha habido ni semejante problema ni semejante descubrimiento. ¡Todo mentira, te lo aseguro!

Powell manifestó su acuerdo con más suavidad.

—Él está en lo cierto. Lo habríamos sabido. Si existiera ese peligro, ¿estaríamos aquí pidiéndote que reanudaras los trabajos?

Espera.

—Napoleón me explicó eso y se anticipó al argumento de ustedes —dijo Jack. Todavía no sonaba del todo seguro—. Los descubrimientos son, en este momento, polémicos. Parecen desafiar los principios de la biología, según se ha enseñado la biología hasta ahora. Los directores del Proyecto Io han hecho en él una importantísima inversión personal, financiera y política. Se niegan a creerlo. Han ocultado las noticias al público. Napoleón representa a un grupo de científicos disidentes que se dan cuenta de que, como mínimo, debe suspenderse la operación hasta que se haya determinado la verdad fuera de toda duda.

»Me dijo que, cuando yo tomara esta medida, los directores intentarían anularla. Enviarían robots porque los seres humanos podrían sentir escrúpulos y propagar la noticia de lo que está ocurriendo. Inteligentemente desinformados, los robots se harían pasar por seres humanos y me persuadirían.

La voz se hizo más firme.

—Ustedes son esos emisarios. Sí, el grupo de Napoleón podría quizá estar equivocado, pero yo no puedo arriesgarme. La posibilidad de que los seres humanos puedan morir por billones es..., impensable..., inaceptable bajo cualquier circunstancia, ante cualquier probabilidad. Consideren eso, ustedes dos, a la luz de la Primera Ley. Deben dejar de lado las órdenes que les han dado.

—Pero es que no somos robots —le dijo Donovan con voz ahogada—. Míranos.

—Se nos puede disfrazar —se apresuró a admitir Powell—. La forma más simple sería cambiar la transmisión digital. Ponernos un programa que convirtiera la imagen de un robot en imagen de un ser humano, y lo mismo con las voces. Sería mucho más fácil hacer lo contrario. Los seres humanos tenemos una mayor cantidad de características que nos diferencian, muchas más sutilidades de expresión. Observa mi rostro y mis manos. —Recorrió todo un repertorio de sonrisas, rostros ceñudos y gestos—. ¿Podría hacer eso un robot, con todos los matices que acabas de ver?

Espera.

Nuevamente un habla insegura.

—Yo..., no estoy..., familiarizado con ese tipo de detalles..., de los seres humanos.

—¿Entonces cómo sabes que Napoleón no es un robot? —saltó Donovan.

—Tranquilízate, Mike —le espetó Powell—. Eh, Jack, tú tienes una buena inteligencia y capacidad de juicio independiente. Tienes que ser consciente de la posibilidad de que Napoleón te haya engañado y de que nosotros seamos de hecho seres humanos que te estamos dando las órdenes correctas. Ahora piensa en cuánto más creíble es que sea ese el caso.

Había esperado una pausa destinada a la meditación, pero la respuesta fue tan rápida como lo permitía la velocidad de la luz y, una vez más —por encima de un tono subyacente de incertidumbre que sonaba angustiado—, con resolución.

—Es concebible, en verdad. No conozco lo suficiente de los asuntos humanos como para calibrar las probabilidades. Pero eso carece de importancia. Dada la más ligera posibilidad de que Napoleón esté en lo cierto, y el que empleara el Código *Upsilon* indica que tiene pleno acceso a la información, las consecuencias son absolutamente inaceptables. Eso pesa más que cualquier otra consideración. No puedo permitir que continúen las labores de extracción y transporte. Si se realiza cualquier intento, debo hacer todo lo posible para evitarlo. —Hablaba con una candidez que hubiera resultado patética en circunstancias menos desesperadas—. Esconderé los explosivos en las colinas y fabricaré armas para utilizarlas contra futuros robots. Mis propios trabajadores me seguirán.

Powell se mordió una punta del bigote.

—Ya veo. Intentémoslo desde otro ángulo. Háblame de Napoleón. ¿Qué aspecto tiene? ¿Con cuánta frecuencia se ha puesto en contacto contigo y desde dónde? ¿Qué ha dicho exactamente?

—En persona —dijo Jack—, es un varón más bien robusto, de estatura baja a juzgar por los atisbos que he tenido de su tablero de control, a pesar de que se ha tratado de meros atisbos. Tiene el cabello negro. Lleva una tela alrededor del cuello. Por lo demás, toda su ropa está cubierta por una vestimenta de color azul con bordados de matiz dorado en los hombros. No le he visto las piernas. Por lo general siempre tiene la mano derecha metida en la parte delantera de la chaqueta. También lleva una especie de atavío triangular en la cabeza, igualmente azul y de algún material blando.

Los labios de Donovan dibujaron un silbido sordo.

La voz continuó avanzando trabajosamente.

—En cuanto a desde donde llama, tiene que ser desde el exterior del cinturón radiactivo porque es humano, pero no me lo ha dicho. He registrado las dilaciones temporales con mi reloj interno y he computado que no puede hallarse en Himalia. De hecho, las ligeras variaciones indican que no se encuentra en ninguna de las lunas.

»Ha llamado tres veces. Las conversaciones han sido breves. Intentaré reproducirlas para ustedes porque..., porque si son seres humanos debo obedecerles hasta donde la Primera Ley me lo permita.

Las palabras que siguieron fueron, realmente, pocas y directas. El primer mensaje

describía al viroide y daba las órdenes para que cesaran las operaciones. Los otros dos, a intervalos de pocos días, eran esencialmente reforzadores; las preguntas que se le habían ocurrido a Jack obtenían respuestas concisas, que remarcaban el peligro existente para la especie humana y la osada villanía de los directores del Proyecto Io. Powell y Donovan se contuvieron para no preguntar cómo era que Napoleón había llegado a hablar en inglés con fluidez. Estaban más interesados en las órdenes adicionales.

—Ahora que están ustedes aquí —dijo Jack—, debo informarle de ello. Transmitiré con la fuerza suficiente como para que sus receptores puedan captarnos desde cualquier punto de la región jupiteriana. Por consiguiente, dispondré las cosas de forma que cualquier conversación que yo mantenga con ustedes a partir de este momento le sea retransmitida directamente a él de forma plenamente audiovisual. Así él podrá oír lo que tienen que decir ustedes, e intervenir si así lo desea. —¿Había anhelo en la voz?—. Quizá puedan ustedes persuadirlo de que está equivocado.

—Quizá —murmuró Donovan sin esperanza.

Espera.

—Será mejor que me ocupe de eso de inmediato —dijo Jack—. No veo provecho alguno en seguir conversando en este momento, ¿lo ven ustedes? Si tienen algún comentario válido que hacer, objetivo o lógico, llámenme y lo tomaré en consideración. Lo mismo hará Napoleón.

La pantalla se oscureció.

La nave era un paraíso de comodidad y cordura. Borup oyó entrar a sus pasajeros, chasqueó la lengua y les dijo:

—Lo primero que necesitan es un trago fuerte. Tengo una botella de akvavit para las emergencias.

—Es la mejor oferta que me han hecho en todo el día —dijo Donovan—, ¿pero podríamos antes comenzar la búsqueda?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Powell.

—Mira, si Napoleón es real, tiene que andar por estas inmediaciones. Veamos si podemos encontrarlo antes de que trame una nueva diablura. Si no es real, si Jack está como una auténtica cabra, ¿qué habremos perdido?

—Si está escondido en una de las lunas, no sé cómo podremos detectarlo —objetó Borup.

Donovan negó con la cabeza.

—Jack no cree que esté en una de las lunas, y lo más seguro es que no esté en ellas. En primer lugar, hacer las excavaciones necesarias para instalarse en ellas representa muchísimo trabajo, se necesita tiempo, maquinaria y mano de obra. Si esto es un intento de sabotear el Proyecto Io, tiene que tratarse de una operación de muy poco dinero, de una pandilla reducida, algo así como una media docena de personas.

Llevaría demasiado tiempo organizar cualquier cosa más grande que eso, además de que sería difícil de dirigir, y convertiría el secreto en un imposible durante cualquier período de tiempo. Estarían condenados a que los investigadores encontraran pistas que los condujeran hasta los culpables.

Powell miró atentamente a su compañero.

—De tanto en tanto me sorprendes —confesó—. ¡Maravilloso, mi querido Holmes!

Donovan le hizo una reverencia.

—Elemental, mi querido Watson.

—Holmes y Watson nunca dijeron eso —observó Borup al margen.

Donovan continuó.

—También tenemos el hecho de que el equipo necesario para utilizar los repetidores troyanos es especial y delicado. En la superficie de una luna estaría a la vista de Dios y todo el mundo y eso acabaría con el juego. Por lo tanto, Napoleón tiene que estar en el espacio. Y no querrá perder el contacto con Io durante sus frecuentes puestas, por lo que estará muy por encima o muy por debajo de la eclíptica, desde donde siempre tendrá a Io al alcance de sus instrumentos. Yo diría que una órbita oblicua con respecto a la de Júpiter pero que tenga todos los demás elementos de la misma lo mantendría en el sitio, de una forma bastante estable, durante un período de unas cuantas semanas. —Miró a Borup—. Svend, ¿podríamos encontrar a una nave que ande a unos dos o tres millones de *klicks* de aquí, en el ciclo septentrional o meridional?

Powell frunció el entrecejo.

—Ese es un volumen de espacio monstruoso como para recorrerlo.

—No pondría objeciones a aumentar el precio que le presenté a la compañía —dijo Borup—, pero no es necesario y desperdiciaríamos un tiempo precioso. Llevamos instrumentos muy sensibles. Cuando se viaja a la velocidad que alcanza una nave correo, hay que poder detectar objetos muy por delante de uno. —Meditó—. M-m-m... *tja*, depende del tamaño y el tipo de nave. Pero algo no más grande que mi nave, que es casi el mínimo, será captado indudablemente por las ópticas. Y el radar alcanza aún más lejos. El eje de rotación de esta luna está lo suficientemente inclinado como para que no necesitemos despegar para examinar ambas regiones en las que Napoleón tiene que estar si controla Io.

—El casco de la nave puede estar camuflado, ¿no es cierto? —inquirió Powell—. ¿Entonces cómo sabrá que su radar no ha detectado un meteorito?

—Camuflaje, puede ser. No estoy seguro. Pero la naturaleza de una superficie que refleja el radar se manifiesta en la señal de regreso si se tiene un analizador como el mío. El metal es diferente de la roca, por ejemplo. Y una vez que se ha detectado un objeto sospechoso, hay más instrumentos. En estas partes, a menos que la tripulación esté congelada hasta la muerte, habrá una emisión de infrarrojos..., y en esa misma dirección, de las fuentes de energía, los neutrinos que quedan por detrás también se

ven. Sí, creo que podremos encontrar la nave del emperador a menos que se halle tan lejos que la dilación en las comunicaciones resulte ridícula. Pondremos a Knud a trabajar en ello. —Borup apoyó un pie sobre el tabique para impulsarse, y salió disparado por el pasillo que conducía a la sala de control.

Regresó con la botella prometida y tres vasos diminutos, a reunirse con Powell y Donovan ante la mesa. Había la cantidad justa de gravedad como para hacer factible el escanciar y beber, aunque de una forma un poco incómoda.

—Ole, prepara la sena —llamó—. Un plato especial para estos pobres hombres. Albóndigas de pescado y sopa de tomate. Tienen un aspecto demasiado lúgubre, amigos míos.

—Bueno, estamos preguntándonos qué hacer si Jack está verdaderamente loco..., lo cual es la hipótesis más sencilla, después de todo. —El tono de la voz de Powell era triste—. Subirlo a bordo de una nave robot y llevarlo de vuelta a la Tierra para que lo examine la doctora Calvin, claro. ¿Pero cómo conseguirlo? El cree que su deber es permanecer allí y luchar para impedir que se realice algún otro intento de explotación en Io. Regresaría de todas formas con nosotros, supongo, si supiera que somos seres humanos. Segunda Ley. Usted podría agregar su voz a modo de refuerzo, Svend. Superaríamos a Napoleón por tres contra uno. Pero él no puede estar seguro de que lo somos. Yo calculo que incluso aunque él reconociera que existen un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que seamos seres humanos, no se arriesgaría. Ese uno por ciento contiene unas consecuencias que le resultan insoportables.

La sonrisa murió en los labios de Borup.

—A todos nos lo resulta, ¿no? —replicó con gran suavidad—. Usted tampoco correría un riesgo semejante, ¿verdad? Sería mejor que volviéramos a los políticos malos y corruptos, que no que muera todo el mundo sobre la Tierra y los supervivientes sean unos salvajes muertos de hambre. ¿Podría estar disiendo la verdad ese Napoleón?

—En absoluto —afirmó Donovan—. Yo tengo los suficientes conocimientos de biología, física y geología. Es una lástima que Jack no los tenga.

—También es profundamente ignorante respecto a la gente —agregó Powell—. Incluso un robot bastante corriente se habría cuestionado esa historia en caso de haber tenido contactos normales con los seres humanos. No hace falta estipular que nuestros políticos y capitalistas son previsores, altruistas o extraordinariamente brillantes. Simplemente pregúntese si serían capaces de correr un riesgo semejante con la civilización que los mantiene a ellos con vida y les proporciona bienestar. Por otra parte, el método científico no funciona de la forma que afirma ese cuento. No existe eso de que unos pocos genios realicen un descubrimiento de un día para otro y luego no puedan hacer que se publique. Algo tan fundamental se descubriría poco a poco, a lo largo de los años, y los medios de comunicación se encargarían de seguir y exagerar cada paso.

—Y el público sin duda exigiría el paro inmediato de las actividades en el momento mismo en que se enteraran de que las operaciones realizadas aquí podrían acarrear el fin del mundo —agregó Donovan.

Borup asintió con un poco de impaciencia.

—Sí, sí. Yo no soy tan cándido como Yack.

—Lo siento —se disculpó Donovan.

—Creo que estamos agotados —fue la excusa ofrecida por Powell.

—No se preocupen. Sólo me preguntaba cuánto plausibles eran esos viroides para cualquiera.

—Para nadie, excepto para Jack —gruñó Donovan—. De hecho, está tan chalado que si informáramos ahora mismo de lo que nos ha contado, en la Tierra se preguntarían si no nos habremos salido de órbita nosotros mismos. Necesitamos todos los datos que podamos obtener, motivo por el cual he querido buscar la presencia de otra nave. —Sus ojos se iluminaron—. Si la hallamos, enviaremos la noticia en ese mismo instante, y la policía del mundo podrá comenzar a seguir de inmediato la pista de la conspiración.

—¿Y quiénes cree usted que pueden ser?

Powell se encogió de hombros.

—No puedo dar ningún nombre en concreto. Tengo algunas ideas, pero en el colegio me enseñaron que un hombre es presuntamente inocente hasta que no se demuestre lo contrario. Imagínese a un par de poderosos políticos de la vieja guardia cuyas carreras se hallan en un momento difícil, unidos con uno o dos industriales que estaban haciéndose ricos con la antigua disposición de las cosas, además de unos cuantos subordinados. La idea es obviamente demostrar que el Proyecto Io ha sido una chapuza monumental y costosa, y desacreditar a los Jóvenes Turcos que lo promovieron. La coalición de la reforma se desmoronaría, y los astutos integrantes de la vieja guardia podrían recoger los despojos de sus miembros.

A Donovan se le erizaron las melenas de emoción.

—Tenemos una pista condenadamente buena —dijo—. La conjura tiene que haber tenido un topo en la Corporación o en las altas esferas de la Agencia Mundial Espacial; alguien que conociera el Código *Upsilon* y se lo transmitiera. Probablemente fuera eso lo que decidiera a los conspiradores a llevar adelante sus planes. Esa es la clave de toda su maniobra. Bueno, el número de posibles sospechosos tiene que ser tremendamente reducido. En cuanto podamos demostrar que se trata de un engaño, apuesto a que el topo estará bajo arresto al cabo de una semana, y sus compinches al finalizar el mes.

—Eso será si podemos demostrarlo —murmuró Powell—, cosa que no podremos hacer si no es verdad.

—Sí, porque ¿por qué iba a querer una persona mentirle a Yack haciéndose pasar por Napoleón? —preguntó Borup—. Es una locura.

La risa de Donovan fue estrepitosa.

—Exactamente. Al oír la historia de Jack, la mayoría de las personas darían por sentado que se ha vuelto majara.

—Las confusiones sobre Napoleón son un cliché —dijo Powell—. Y uno esperaría que un pobre y limitado robot caiga en clichés, ¿no es cierto? Sí, ese fue un toque de inteligencia. Quizá Jack nunca oyera el nombre de «Napoleón» antes de venir a Io, pero nosotros no lo sabemos y él no está dispuesto a decírnoslo.

—O podría estar mintiendo, ¿no es cierto? —sugirió Borup—. Si él cree que ustedes son también robots, no seres mímanos, no pueden ordenarle que diga la verdad.

—Exacto —gruñó Donovan—. No podemos darle ninguna condenada orden que él no quiera llevar a cabo.

—Oh, estoy seguro de que está desesperadamente dispuesto a hacerlo —intervino Powell—. ¿No pudiste percibirlo en su voz? Este conflicto, esta incertidumbre lo está desgarrando. Podría destruirse, quemar su cerebro por sí solo.

—En cuyo caso la banda habría ganado.

—Si la banda existe.

—Sí. ¿Cómo podemos arreglarle a Jack su dilema? ¿Cómo podemos convencerlo de que somos seres humanos?

Powell le dedicó una sonrisa maligna.

—Podría cortarte la cabeza. —Luego se puso serio—. No, ahora de veras, él podría observar el acto pero no podría estar seguro de que la sangre no fuera falsa. Sin duda un ser humano lo estaría, por saber que no podríamos haber traído el equipo de estudio necesario como para representar un asesinato de aspecto realista. Pero Jack no conoce demasiado bien a los seres humanos. Ha tenido tan poco contacto con ellos que es como un niño pequeño.

—Y nosotros no podemos aterrizar en Io para dejar que nos vea en carne y hueso —dijo Donovan, sin ninguna necesidad—. Podríamos, es decir, si no nos importara morir poco después.

—No en mi nave —declaró Borup.

—Por supuesto. Además, Jack probablemente huiría y se escondería de nosotros. Pero, espera. Creo que estoy sobre la pista de algo.

Donovan miró fijamente hacia un rincón. El ventilador giraba. De la cocina salían aromas agradables. Pasado un minuto vació su vaso de un trago y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Pero claro! —exclamó—. Supongo que no llevará usted ninguna clase de arma a bordo, Svend, pero en el interior de la base vi que había una sala de suministros que no había sido vaciada (podría necesitarse ese material algún día), y el papel de la puerta mencionaba una caja de varillas de detonol. ¡Jack podrá reconocer de inmediato uno de esos explosivos! Oye, mientras él nos está mirando, uno de nosotros se lo enseña y dice: «Jack, tu comportamiento me hace sentir tan terriblemente mal que tengo ganas de matarme». Luego le quita la clavija del

detonador. Si no vuelve a empujarla a su sitio dentro de los cinco minutos siguientes, ¡bang!

Borup parpadeó.

—¿Está usted tan loco como él? ¿Qué conseguirá con eso, como no sea destrosar mi nave?

—Pues, que si soy un robot no puedo suicidarme —graznó Donovan—. La Tercera Ley, ¿recuerda? Por lo tanto tengo que ser humano. Por lo tanto Jack gritará: «¡Deténgase!», e implorará nuestro perdón por haber llegado a dudar de nosotros.

—Esa agua de fuego se te ha subido a la cabeza impresionantemente rápido, muchacho —declaró Powell—. Un robot puede perfectamente destruirse si eso es necesario para ejecutar las órdenes que le han dado.

—Pero..., bueno, naturalmente, me refiero a que primero habría que asegurarse... humm... Requiere un poco de detallado trabajo preliminar.

—Requiere una cantidad infinita, porque su valor es cero. Sin embargo..., hummm... —Powell volvió a llenar su vaso y se sumió en un ensueño similar.

En la fantasmal gravedad, Knud entró sin hacer ruido. Uno a uno, los tres hombres advirtieron la alta silueta detenida en la puerta y se pusieron tensos.

—Búsqueda completa, señor —informó el robot.

—¿Ya? —se maravilló Donovan.

—El barrido y el procesamiento de datos son veloses —dijo Borup—. Tienen que serlo en una nave correo. *Ja, Knud, hvad har du...* ¿Qué has descubierto?

—Negativo, señor —anunció la voz sin modulaciones—. No hay indicios de naves dentro de los conos norte ni sur del espacio que usted especificó, hasta donde alcanza la fiabilidad.

Powell y Donovan intercambiaron miradas. Powell se hundió.

—En ese caso, Jack está loco —dijo lentamente—. Las condiciones de Io fueron demasiado para él, y el Proyecto Io se ha ido al garete.

—Puedes marcharte, Knud —dijo Borup. El robot se alejó—. Lo lamento, amigos míos. Beban un poco más de licor.

—¡No, espere, espere! —Se puso en pie de un salto. Se aferró al borde de la mesa justo a tiempo de evitar el choque contra el cielo raso. Colgando cabeza abajo, se puso a hablar a toda velocidad—. Escuchen, yo me esperaba algo así. No resulta probable que Napoleón sea un ser humano. Sería un gran riesgo para su vida, una empresa demasiado costosa. ¡Pero puede ser un robot!

El silencio no fue ni largo ni debido a la sorpresa. La idea había estado subyacente en el fondo del cerebro de cada una de las cabezas allí presentes. Powell comenzó a desarrollarla. Mientras los otros dos permanecían sentados, él se paseaba ante ellos con largas zancadas, rebotando contra los extremos de la cabina, y contando los puntos con los dedos a medida que iban ocurriéndosele.

—Sí —dijo—, eso tiene sentido. Cualquier nave adecuada para el hombre es una máquina grande y poderosa. Si se la conduce mal puede matar a muchas personas, así que las autoridades las tienen controladas. No puede llevársela a ninguna parte sin una tripulación cualificada y un plan de vuelo. Es difícil salir con ellas de forma clandestina. Pero una nave de un solo robot no necesita ser más que un almacén y un motor. Puede guardársela en algún lugar desconocido para todo el mundo, como podría ser la cara oculta de la luna, y hacerla despegar desde allí sin que nadie lo advierta. Cuando el robot quisiera ir a la deriva sin ser detectado en un radio de unos pocos *klicks*, no tendría más que apagar los motores y permanecer en el frío del espacio. En cuanto al robot... No todos son producto y propiedad de la Corporación de Robots, alquilados al usuario y revisados periódicamente. Los mejores lo son, sí, pero..., de vez en cuando uno de los nuestros queda irrevocablemente destruido en uno u otro accidente. Lo que ocurre es que no todos esos informes son verdaderos. Conozco algunos casos en los que los robots fueron de hecho escondidos, para redirigirlos a tareas ilegales. Este podría muy bien ser un caso de esos.

Los ojos de color azul porcelana de Borup se abrieron desmesuradamente.

—¿Puede conseguirse que un robot haga cosas que van contra la ley?

—Se puede, si se hace de la forma correcta —dijo Donovan—. Con los técnicos y equipos apropiados puede borrarse de su memoria todo lo que jamás haya aprendido y reentrenarlo a partir de cero. Las Tres Leyes continúan estando en él, claro está, pero puede dársele una noción bastante extraña acerca del mundo. Eso debe de ser lo que se ha hecho en este caso. Si Napoleón sólo recuerda haber tratado con sus maestros y con Jack, entonces se ha tragado toda la historia. Excepto en el caso de algunos modelos experimentales de los más altos, los robots suelen tener muy poca sutilidad. Ellos son incapaces de tramar complots elaborados, y no imaginan que nadie más pueda hacerlo. ¡Vamos a contarle algo!

—Cálmate —lo precavió Powell—. Examinemos esto más a fondo. ¿Qué es lo que el robot Napoleón necesariamente sabe y cree, como para ejecutar su misión de detener el Proyecto Io? —Pensaba en voz alta mientras iba de un lado a otro—. Es capaz de manejar una nave espacial, un sistema de comunicaciones, etcétera. Por lo tanto tiene una determinada cantidad de capacidad para tomar decisiones, aunque difícilmente equiparable a la de Jack. Por lo demás de mentalidad simple, no tiene forma de saber que la historia del viroide es falsa. Yo diría que se le ha prohibido sintonizar cualquier otra transmisión exterior, y se le ha ordenado que hiciera caso omiso de todo lo demás que pudiera oír por accidente. Su misión es alertar a Jack respecto a los viroides, y acerca de los hombres malvados cuyos robots intentarán convencer a Jack de que regrese al trabajo. Con esta finalidad, sería razonable para él hacerse pasar por un ser humano y que su imagen se proyectara como la de un ser humano. No tendría escrúpulos ante un engaño tan piadoso, siempre que sea empleado con otro robot.

—¡Ahá! —exclamó Borup contento—. ¡Ya lo tenemos! Él estará escuchando y

mirando la próxima vez que ustedes llamen a Yack. Se dará cuenta de que son ustedes seres humanos y obedecerá sus órdenes.

—No lo hará —dijo Powell con voz desolada—. Doy por supuesto que los conspiradores han planeado las cosas con previsión. Si yo hubiera estado al mando, no sólo hubiera programado su transmisor para que lo hiciera parecer humano, sino que habría programado su receptor para que hiciese que cualquier ser humano que llamara pareciese un robot.

—¡Fiuff! —bufó Borup y buscó el akvavit.

—Sí —concedió Donovan—. Eso lo protege bastante bien de cualquier duda insidiosa, lo cual lo hace más capaz para aplacar cualquiera de las que exprese Jack.

—Podría pensar en la posibilidad de que su interlocutor lo está engañando —dijo Powell—, pero no puede actuar al respecto cuando le han ordenado evitar una catástrofe. Por ejemplo, podríamos invitarlo a que viniera aquí y se reuniera con nosotros. Apostaría a que se negará porque nosotros, si somos robots enemigos como le han dicho, lo superaríamos en fuerza.

Borup asintió con la cabeza.

—Ya veo, ya veo. Se trata de un asertijo clásico, ¿no? La caverna de Platón.

—¿Eh? —gruñó Donovan.

—¿No lo conoce usted? Bueno, yo tengo más tiempo para leer en mis viajes que ustedes. El antiguo filósofo griego Platón señaló que la información sobre el mundo material nos llega enteramente a través de los sentidos, ¿y cómo sabemos que estos nos dicen la verdad? Por el contrario, sabemos que frecuentemente se equivocan. Tenemos que hacer las cosas lo mejor que podemos. Dijo que éramos como prisioneros encadenados en el interior de una caverna que no pueden ver del exterior más que las sombras del mismo, que se proyectan sobre las paredes de piedra. A partir de eso deben intentar adivinar qué es la realidad.

—Es una noción tomada muy a la ligera.

—Ha, sería usted capás de refutar los sofismas igual que el doctor Samuel Yohnson, pateando una piedra...

—No se preocupe por la dialéctica —lo interrumpió Powell—. Ha dado usted con una buena analogía, Svend. Estamos atrapados en la caverna de Platón, los tres bandos lo estamos. No podemos aproximarnos físicamente los unos a los otros. La única información que recibimos es la que entra a través de los haces de comunicación; y podrían ser mentiras. Nosotros ni siquiera sabemos que exista ese robot Napoleón. Damos por supuesto que así es, pero quizá no sea más que una invención de la imaginación trastornada de Jack. Si Napoleón existe, entonces sabe que la proyección de su propia imagen es la de un hombre; pero todas las imágenes que recibe son de robots y él cree, tiene que creerlo así si sus jefes quieren que los sirva de manera fiable, que eso es la verdad. En cuanto a Jack, si no tiene alucinaciones, todas las imágenes que recibe son humanas y es incapaz de saber cuáles son genuinas.

—Callejón sin salida. ¿Cómo vamos a abrirlo? Recuerda que mientras tanto el reloj sigue corriendo. No creo que el cerebro de Jack pueda resistir la tensión durante mucho más tiempo. Sea como sea, el Proyecto Io no puede permanecer inactivo durante semanas y meses sin irse a la bancarrota.

De improviso, Donovan chasqueó los dedos alegremente.

—¡Ya lo tengo! —gritó—. Llamamos a Jack y hacemos entrar a Napoleón en la conversación. Lo grabamos. Entonces la Tierra se enterará de que hay algo podrido en Dina..., eh..., perdone, Svend.

Powell frunció el entrecejo.

—Bueno, podemos intentarlo —respondió—. Pero será mejor que tengamos algo que decir que él considere digno de su atención.

—Hola, Jack —lo saludó tan calmadamente como pudo—. ¿Cómo estás?

El desolado paisaje se estremeció. La voz que llegó al cabo de los segundos subía y bajaba.

—¿Qué..., quieres?

—Pues, continuar con la conversación; y, desde luego, para transmitirle nuestro respeto al emperador Napoleón. Nos dijiste que estaría escuchando. Estaremos encantados de contar con su participación en nuestra charla. Primero las presentaciones, que las descuidé antes. Ya recordarás que mi nombre es Gregory Powell. El caballero que está a mi lado es Michael Donovan, y detrás de mí puedes ver al capitán Svend Borup. —Powell sonrió, aunque sabía que no serviría de nada—. Contrastamos bastante los tres, ¿no crees?

Siguió una pausa.

—Puede que así sea. A mí..., me parecen similares. Tuve que superarme a mí mismo para describir al emperador Napoleón con la precisión con que lo hice. Le pido disculpas, señor —dijo Jack, quizá a un observador invisible. Luego su atención volvió a concentrarse en Powell—. ¿Qué es lo que quieren? Él..., él me ha ordenado que..., no malgaste mi tiempo con sus..., inoportunas insistencias. Tengo que prepararme..., para resistir..., una invasión.

—¿Resistir a la voluntad de los seres humanos que te han enviado allí? —dijo suavemente Powell. Pasado un minuto vio que el paisaje lunar se estremecía, y se apresuró a continuar con la esperanza de que el robot no cortara la comunicación—. Nuestro propósito es demostrarte que somos realmente humanos, a pesar de lo que pueda decir Napoleón, y que por tanto tendrás que aceptar, bajo el Código *Upsilon*, que la Tierra no está en peligro y reanudar tu trabajo. Pon mucha atención.

¿Habría alguna máquina inteligente, lejos en el espacio, que habría aumentado el volumen al llegarle aquellas palabras?

Powell se volvió para mirar a Donovan.

—Ahora —dijo Mike—, quiero que me digas, fiel a la verdad, te advierto que

quiero que me hables con arreglo a la verdad absoluta, que no eres ni un ser humano ni un robot.

Donovan se estremeció de anhelo.

—No soy ninguna de las dos cosas —respondió—. Ahora tú, Greg, dime de acuerdo con la verdad que no eres ni un ser humano ni un robot.

—No soy ninguna de las dos cosas. —Powell volvió a mirar directamente a la pantalla, hacia la visión cuyos ojos no podía ver—. ¿Has oído eso, Jack? Piensa en ello. La orden era responder a la pregunta de acuerdo con la verdad. No había implicada ninguna amenaza hacia un ser humano, y por lo tanto cualquier robot debe obedecerla en la medida de lo posible. Sin embargo, la única respuesta posible para un robot sería: «No puedo». Nadie excepto un ser humano podría desobedecerla y proferir la falsedad de «No soy ni un ser humano ni un robot».

Los hombres aguardaron tensos como un cable de acero.

¿Susurró alguien desde las profundidades, cuya voz no les fue retransmitida a ellos, o fue la propia inteligencia de Jack la que descubrió la falacia? La respuesta tardó más de lo que justificaba la dilación normal.

—Eso es correcto si..., si el que hace la pregunta es un ser humano. Pero si..., es un robot..., entonces otro robot puede..., perfectamente bien, desobedecerle y mentir..., especialmente si se le ha instruido de antemano para que lo haga así. Lo mismo..., es aplicable a..., cualquier diálogo de esa naturaleza. No demuestra nada. ¡Dejen de acosarme!

Powell y Donovan se quedaron mudos.

—¿Tienes algún comentario que haser, Napoleón? —aventuró Borup. El silencio fue la única respuesta.

Jack cortó la comunicación.

Ni siquiera el arenque frito con patatas los consoló.

Los hombres masticaban sin hablar. Era como si vieran, como si percibieran la inmensidad y el frío del espacio exterior. El fracaso de una empresa arriesgada, la muerte de muchas esperanzas, ¿qué eran aquellos con los que las estrellas eran consideradas?

Cuando finalmente Ole trajo el café, éste reanimó un poco a su amo.

—Si Yack está completamente loco, continúa teniendo una calabasa bastante lógica —opinó—. Continúen hablando con él. Háganlo pensar. Por ejemplo, ¿no harían esos viroides que Io tuviera unas rocas diferentes de las que tiene?

Powell negó con la cabeza.

—Sin duda, pero él está educado con los conocimientos de la geología Ioniana según es ahora. Su trabajo era práctico, no científico. Siempre que advirtiera anomalías, debía transmitir las por radio y consultar con los especialistas de la Tierra. No disponemos del tiempo para enseñárselo ahora. ¿Pudo oír lo agitado que

estaba? —Powell levantó los ojos—. Sí, cada contacto lo ha puesto peor. A menos que podamos trazar un plan que sepamos que va a dar resultado, lo mejor será que lo dejemos estar. Quizá a Susan Calvin se le ocurra algo.

—Eso no hará nada productivo por nuestra carrera —masculló Donovan.

—Al diablo con nuestra carrera... Pero no creo que la vieja dama sea capaz de solucionar el problema desde un sillón de la Tierra. De ser así, no nos hubieran enviado a nosotros. Con el tipo de dilación que se produce en las comunicaciones, no podría emplear sus mañosos trucos de robopsicología.

—Supongo que no. —Donovan dejó escapar un suspiro—. No consigo pensar en la manera de conseguir que Napoleón hable con nosotros, y quizá ni siquiera exista, en cualquier caso. ¿Qué tal si suponemos que no existe, damos por sentado que Jack está loco, e intentamos calcular cómo conseguiremos hacer que suba a una nave o al menos evitar que dispare contra los nuevos desembarcos? Si es que algún día los hay.

—Le daremos a nuestro ingenio algunos días para trabajar, y esperemos conseguir un guión que él sea incapaz de dilucidar.

—Me pregunto si podrán —dijo Borup—. Yo no soy un especialista, pero he conosido extrañas nosiones del ingenio de algunas personas, y pueden ser muy preclaras, sí, brillantes a la hora de defender esas nosiones. Se quedan sentadas en su caverna de Platón hasta que la muerte viene y les patear el trasero...

Se interrumpió. Donovan se había dado un puñetazo en una palma. Powell se llenó los pulmones de aire con una inspiración sibilante.

—Hola, Jack.

El escenario no era la base. Los cascotes oscuros yacían bajo un Júpiter creciente, al pie de elevaciones dentadas. Detrás de la cadena se elevaban los vapores de color blanco sucio y amarillento de los volcanes. Jack estaba en el campo de trabajo, preparando sus escondites y plazas fuertes para la guerra.

La visión osciló de forma vertiginosa al ponerse él de pie.

—¿Qué quieren ahora? —Era casi un chillido—. Les dije que me dejaran tranquilo. No tengo por qué escucharlos. Puedo desconectar.

—Espera sólo un momento. Espera. —Hasta que estas ondas le lleguen a Napoleón, esté donde esté y si está—. Cálmate —lo instó Powell—. Nos has exigido una prueba incontestable de que mis compañeros y yo somos seres humanos. Bueno, pues, la tenemos.

Tiempo muerto.

—Ya lo han intentado. ¿Cómo puedo estar seguro? Si..., son ustedes robots..., están actuando según órdenes. Sus..., dueños..., pueden haber previsto..., muchas..., contingencias.

—Entonces nuestros dueños son humanos —dijo Donovan—. ¿No deberías escuchar lo que quieren decirte a través de nosotros?

Sabía que estaba corriendo un riesgo. El suspenso fue como un fuego lento antes de que oyeran el sonido desesperado que profería Jack. Pero era deseable para perturbar también a Napoleón, si es que Napoleón estaba en alguna parte para poder desestabilizar su propia seguridad.

—Nosotros somos seres humanos —dijo rápidamente Powell—. En esta emergencia nos obligas a demostrarlo, sin importar lo que ello nos cueste. Entonces quizá te arrepientas y les obedezcas a los miembros sobrevivientes del grupo.

—Recuerda que si lo que Napoleón te dijo es verdad —intervino Donovan, pensando «si lo que le han dicho a Napoleón es verdad»—, nosotros no podemos ser humanos. Tenemos que ser robots que se hacen pasar por seres humanos. Tenemos que ser lo que él ve en su pantalla. Pero si somos seres humanos, entonces todo lo que te ha dicho Napoleón no es cierto. ¿Correcto?

Probablemente Jack no advirtió el sudor que bañaba los dos rostros.

—Pon mucha atención —le ordenó Powell.

Tras ponerse de pie, levantó en el aire una varilla de detonol y la blandió como si fuera una espada. Donovan también se puso de pie.

—Greg —le dijo a Powell—, en este momento, eh, bueno, ha llegado el momento de que hagas lo que te dije que tendrías que hacer si las cosas llegaban a una situación desesperada. Destruyete a ti mismo.

Powell le quitó la clavija al detonador, la cual quedó vibrando en su mano derecha mientras que con la izquierda sujetaba la varilla.

—Mike —replicó—, te ordeno que te destruyas a ti mismo.

Donovan sacó su explosivo a la vista y, tras haberle quitado la clavija al detonador, sostuvo la varilla dramáticamente contra su garganta. Los hombres se encararon el uno con el otro. En un campo de gravedad normal es probable que se les hubieran doblado las rodillas, pero en aquel lugar podían mantenerse de pie con un cierto estilo. Respiraban con dificultad y de forma irregular.

—¡Deténganse! —El grito de Jack les llegó potente, y sin embargo pareció provenir de una distancia de años luz—. ¡Vuelvan a poner los seguros!

—Si somos robots —jadeó Donovan—, ¿por qué iba a importarte?

Tiempo muerto.

—¡Tersera Ley! ¡Es su obligación!

—Tenemos órdenes —tartamudeó Powell.

Cada minuto era un paso hacia la muerte.

A los cuatro minutos y medio, Borup entró en la sala, se detuvo y los miró fijamente.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Están locos también ustedes?

—Tenemos órdenes —repitió Powell.

—Y yo les doy una contraorden —dijo Borup—. ¡Desarmen esas varillas!

Por un instante pareció que Donovan no iba a conseguirlo de tanto que le temblaba la mano. Sin embargo, lo hizo. La clavija de la de Powell ya había encajado

en su lugar. Se dejaron caer flojamente en las sillas y esperaron.

Pasado el sexto minuto, sobre la oscilante imagen de lo que Jack veía apareció abruptamente otra, la de un hombre de estatura baja y robusto, con un sombrero ladeado y una casaca con charreteras —lo suficientemente bueno para engañar a un simple robot—, y la entonación transmitía muy poco del tormento que expresaban las palabras.

—¡Maestros, maestros! ¡Perdónenme! Tengo que haber estado equivocado, engañado... ¿Están ustedes en Himalia? Iré directamente a presentarme ante ustedes y haré lo que quieran. ¡Óiganme, júzguenme, perdónenme!

Ole estaba preparando el festín de la victoria. Borup no quiso decirles a sus pasajeros de qué se trataba.

—Una sorpresa, algo especial y delicioso —afirmó—, con col lombarda. Entretanto, tomaremos nuestro akvavit y, sí, una caja de servesas que guardo para las emergencias. O para las selebraciones, ¿no?

Powell y Donovan no aceptaron de inmediato. Estaban profundamente alegres cuando se sentaron ante la terminal de comunicaciones para enviar a la Tierra su mensaje codificado.

—... sí, está aquí, completamente arrepentido. Todavía aturdido, pobre infeliz. Después de todo, estaba obedeciendo las órdenes de los seres humanos que lo entrenaron. No, no estamos presionándolo acerca de ellos. Le hemos dado la impresión de que estamos de acuerdo en que son indudablemente personas mal aconsejadas, y que una vez que llegemos a la Tierra todo se aclarará de inmediato. En caso de que Napoleón tenga alguna pataleta durante el viaje, bueno, es uno de los pequeños, y tenemos a dos fornidos robots en la tripulación para mantenerlo a raya.

»No, no hemos jugado a los detectives intentando averiguar quiénes son los culpables. Eso queda para la policía, o la doctora Calvin. Pero no podemos evitar hacer algunas sagaces conjeturas.

»Jack necesitará un poco de terapia. Está más que dispuesto a volver al trabajo, pero ha pasado por una pesadilla y primero deberá ser reestabilizado. Cualquier joven psicólogo inteligente puede estar en condiciones de salir aquí y encargarse de ello de inmediato.

»¡Estamos ansiosos por saber lo que hará esta noticia sensacional con el cuadro político!

Powell había estado hablando. Miró a Donovan.

—Bien, muchacho —lo invitó—, es tu turno de cubrirte de gloria.

Donovan sonrió, se aclaró la garganta y comenzó:

—El problema era: ¿qué podíamos hacer que los seres humanos pudieran pero no los robots en aquellas circunstancias?

»Bien, eh, supongamos que nos ordenábamos el uno al otro la autodestrucción.

¿De qué podía eso servir a nuestros propósitos? Jack continuaría suponiendo que estábamos representando, por lo que si ambos éramos robots, desobedeceríamos la orden.

»Si uno de nosotros era un robot y el otro no lo era, el robot la desobedecería; el ser humano podría o no desobedecerla.

»Pero si ambos éramos seres humanos, probablemente ninguno de nosotros obedecería, pero ambos podíamos hacerlo si así lo decidíamos.

»Ambos decidimos hacerlo. En el último instante, el capitán Borup entró y dio una contraorden. Ahora bien, si él hubiera sido un robot no habría podido cambiar la situación. Tanto si éramos robots como si éramos seres humanos, ninguno de nosotros estaba obligado a obedecerle. Por lo tanto, si uno o los dos le obedecíamos, él tenía que ser humano.

La risa de Donovan era nerviosa.

—Obviamente, nunca tuvimos intención de llevar las cosas hasta el final, ocurriera lo que ocurriese. Desde luego, teníamos la intención de hacerle caso al capitán Borup... ¡y les aseguro que lo sudamos! Pero teníamos que demostrar que no se trataba de una mera actuación.

»Puede que Jack estuviera bajo demasiada presión como para pensar con rapidez, pero si Napoleón estaba observando la escena, sabría que un robot sólo puede ordenarle a un ser humano que se suicide si el robot sabe de antemano que se trata de una mascarada..., tanto si el propio suicidio del robot es parte del trato como si no lo es. Si luego el ser humano quita de verdad la clavija y pone en peligro su vida, el robot tiene que intervenir. Quizá no de inmediato, pero sí con el tiempo suficiente como para asegurarse de que el explosivo no estallará. Pero los dos nos quedamos perfectamente quietos hasta pocos segundos antes de la explosión, cuando entró el tercer hombre.

»Sí, continuaba existiendo la posibilidad de que los tres fuésemos robots que representaban una actuación cuidadosamente planeada. Sin embargo, las únicas experiencias que Jack había tenido con otros robots era el trato con sus trabajadores robot de mentes simples; la tripulación de Edgar llegaba, subía la carga a bordo y se marchaba. Los conocimientos que Napoleón tenía del mundo, incluidos robots y seres humanos, tenían que ser igualmente limitados, ya que de lo contrario las contradicciones de la historia del viroide lo hubieran confundido demasiado como para que pudiera llevar a cabo su tarea. Ninguno de ellos hubiera creído que un robot fuera capaz de tanta flexibilidad; y en realidad, muy pocos lo son. Nada de aquello podía sonar a verdad a menos que hubiera como mínimo un ser humano presente.

»Pero en ese caso las órdenes que le habían dado a Napoleón tenían que contener una mentira. En lugar de una situación hipotética en la que podían morir billones de personas, se enfrentó con una situación real en la cual él estaba a punto de ser el causante de que seres humanos de carne y hueso pusieran en peligro sus vidas. La Primera Ley pasó a primer plano.

Donovan cerró la transmisión, se reclinó en el respaldo de la silla y soltó un bufido.

—¡Huh! —gruñó—. Estoy seco. Salgamos de esta nevera y regresemos a la nave a por esos tragos. Disponemos de una hora y media hasta que tengamos que volver a hablar con los de allá.

Powell se echó a reír.

—Y si en ese momento no nos sentimos de humor como para mantener conversaciones oficiales, ¿qué creen que pueden hacer al respecto?

Conciencia de Fundación

George Zebrowski

Mi investigación sobre Hari Seldon comenzó en el año 1056 E.F. Mi intención no era más que la de reunir simplemente las apariciones de Seldon dentro de la Bóveda Temporal en los puntos de crisis del último milenio, añadiendo mis propios comentarios, y había dado por supuesto que esa investigación no requeriría más que una recogida rutinaria de los datos. Incluso sospechaba que ya existía alguna recopilación de ese tipo, de las apariciones de Seldon, quizá con los comentarios de otro historiador.

Mi primera sorpresa, al rebuscar en la memoria de Trantor, fue la de descubrir que no existía ninguna compilación de esa índole en la enorme biblioteca. Me dispuse a reunir cada una de las manifestaciones, y me sorprendió encontrar sólo tres de las seis apariciones de Seldon.

Al principio pensé que simplemente no había tecleado correctamente los códigos precisos para recuperarlas; pero tras repetidos intentos quedó claro que tres de sus seis apariciones no estaban allí. Saqué la conclusión de que deberían de estar en alguna parte del banco general de datos, cosa que requeriría una larga búsqueda, y que yo emprendí tanto por un ramalazo de orgullo herido como por curiosidad hacia las ideas del gran psichistoriador. Localizaría, compilaría y presentaría de forma útil todas las manifestaciones de Hari Seldon. Yo era bastante bueno con los programas de investigación (algunos colegas afirmaban que era lo único en lo que había sido bueno en toda mi vida, aunque se mostraban bastante corteses cuando necesitaban de mis habilidades). Era impensable que pudiera haberse perdido realmente cualquiera de los recuerdos de Hari Seldon, pero al menos me aseguraría de que así era, aunque luego no hiciese nada más; incluso el averiguar ese hecho me haría merecedor de un sitio en la próxima 117.^a edición de la Enciclopedia Galáctica.

Faltaban tres de las apariciones, a pesar de que se las citaba en otros documentos. A partir de los registros, hice mis cuentas de la siguiente forma: cuatro crisis habían tenido lugar alrededor de la época del Mulo, y para cada una de ellas Seldon lo había dejado todo dispuesto de forma que aparecía en la Bóveda Temporal en forma de simulacro para ayudar y explicar. Apareció en el punto culminante de la primera crisis. La segunda crisis ya había sido resuelta con éxito para cuando él apareció. Nadie fue a escucharlo en el caso de las crisis tercera y cuarta, pero los registros demostraban que había aparecido en el momento indicado. El punto de vista general era que no lo necesitaban, pero se había hecho una grabación. La quinta aparición había contado con una gran asistencia, pues tuvo lugar justo cuando el Mulo atacó Terminus. Las palabras grabadas de Seldon demostraron que había perdido el

contacto con los acontecimientos. La sexta aparición, a la que se alude en varios documentos, llevó la imagen de Hari Seldon a la Bóveda Temporal el 190 d. 1000 E.F. Nadie estaba allí para escucharlo.

Las apariciones dos, tres y seis fueron grabadas sin duda..., y luego colocadas fuera de lugar como si se temiera que pudieran jugar un papel no deseado en algún acontecimiento venidero, aunque yo no encontré ningún hecho en el que las palabras de Seldon pudieran haber influido. Parecía, por lo tanto, que aquello tenía que explicar la reciente falta de interés en las ideas de Seldon.

Durante aproximadamente un mes, dejé en libertad a mis programas de investigación (reflexivos, asociativos, de referencias cruzadas, y aleatorios) por los vastos bancos de memoria de Trantor en los que están contenidos la historia y el conocimiento acumulado por veinticinco millones de mundos. Aquí y allá encontré referencias a las apariciones segunda, tercera y sexta de Seldon hechas por personas que tenían planeado visitar la Bóveda Temporal, aunque por una u otra razón no habían podido llegar a la hora prevista; pero no se hacía referencia alguna al lugar en el que podía encontrar las grabaciones de las apariciones de Seldon.

Mi temor de que esas grabaciones se hubieran realmente perdido aumentó con los problemas que estaba formulándome acerca del papel de Seldon en la historia. A pesar de que la psicohistoria expresaba sus predicciones sólo en términos de resultados probables, siempre la había rodeado un aura de control totalitario, un intento del pasado de ponerle trabas al futuro. ¿Hasta qué punto había sido el plan de mil años de Seldon una profecía que se cumplía precisamente por haber sido hecha? ¿Cómo había influido de hecho en los resultados posibles? Si la psicohistoria era válida, ¿cómo podía entonces permanecer fuera de la historia y no estar ella misma sujeta a sus propias leyes estadísticas? ¿Creía Seldon que el pensamiento psicohistórico era independiente del devenir de la historia? ¿O su plan no era más que un ideal? Y finalmente comenzaba a preguntarme si las apariciones de Seldon en la Bóveda Temporal habían servido para algo. ¿Cuál había sido su importancia, si es que la habían tenido?

Estas y otras preguntas danzaban en mi cabeza junto con un millar de respuestas mientras esperaba que mis programas de investigación atraparan las apariciones de Seldon extraviadas. Comencé a sentir que una mano invisible me impedía llegar hasta el corazón de los temas que se agitaban en mi interior. Me convencí de que la sexta y última aparición me revelaría el verdadero motivo que se ocultaba tras las apariciones de Seldon en la bóveda. Sólo la última manifestación, programada para que tuviera lugar mucho tiempo después de que hubieran pasado los peligros que amenazaban a la Civilización Galáctica, revelaría los pensamientos del gran psicohistoriador acerca de su plan y sobre por qué se había proyectado a sí mismo a través del tiempo. Comencé a pensar que el Plan Seldon no había sido inevitable, dado que había necesitado transportarse.

Comencé a soñar que estaba por fin en presencia de él, y que me hablaba, me

revelaba secretos que sólo yo podía comprender, aunque durante las horas de vigilia dudaba de que fuera el único que había inquirido alguna vez en estos temas. Pero si era el único, entonces mis colegas historiadores habían olvidado hacerse la pregunta más importante de la historia de la galaxia: ¿había sido realmente un solo hombre responsable de haber comprimido treinta mil años de decadencia en un milenio?

Si otros se habían formulado la misma pregunta, ¿dónde estaban sus trabajos? ¿Por qué no podía obtenerlos con sólo pedirlos? ¿Tenía que ser el nacimiento de nuestro Renacimiento Galáctico algo envuelto en el sudario del silencio?

Al llegar a ese punto se me ocurrió que podía estar formulando la pregunta equivocada. Por ejemplo, si el plan de Seldon había sido trazado de forma creativa más que fatalista, entonces no existiría contradicción ninguna entre el libre albedrío y el psicodeterminismo. Nosotros determinamos y somos determinados, hasta un grado u otro, y no resulta difícil prever qué haremos en cualquier caso. El libre albedrío es la corriente de determinismo que proviene del interior. Por lo tanto, no constituye una vindicación para el determinismo el predecir qué podría hacer una persona según su libre albedrío, especialmente si las posibles alternativas son pocas.

Esta línea de razonamiento nos llevaría a la conclusión de que una vez que el Plan Seldon comenzó a ser desarrollado por las dos Fundaciones, él se convirtió en alguien muy poco relevante. ¡Sus apariciones en la Bóveda Temporal eran inconsecuentes para con el proceso creativo al que había dado comienzo! Por supuesto, pocos pensaron en ello de esa forma, aunque era algo implícito en su falta de asistencia a las apariciones segunda, tercera y sexta.

No obstante, yo necesitaba aquellas apariciones para confirmar mis ideas. ¿Era la mermante importancia de Seldon la responsable del extravío de su última aparición, o es que la confirmación de mi línea de pensamiento había consternado tanto a aquellos que la miraron posteriormente que la habían enterrado? Quizá la habían destruido completamente, y yo nunca llegaría a satisfacer mi intensa curiosidad.

Una visión me perseguía mientras mi programa de búsqueda continuaba su caza: la de que Hari Seldon hubiera trucado la historia humana para que se reformara a sí misma, consiguiendo que personas decididas y racionales trabajaran en su plan, que no podía evitar cambiar a medida que lo interpretaban y aplicaban las dos Fundaciones a las circunstancias cambiantes, la derecha y la izquierda trabajando juntas a sabiendas. ¿Residía la verdadera grandeza de Seldon en saber que el futuro pertenecía a aquellos que vivieran en él, que la historia es un problema trascendente que no puede ser solucionado sino sólo guiado de manera imperfecta?

Las respuestas de esas preguntas parecían estar fuera de mi alcance. ¡Ah, cómo ansié acercarme a Seldon y pedirle que me las diera! Estaba convencido de que incluso en el caso de que las grabaciones hubieran sido destruidas, tenía que existir un *backup* en alguna parte del vasto bosque de información de Trantor; incluso un simple eco podría ser ampliado y restaurado a su forma original. Mis programas de búsqueda estaban buscando algo de un significado muy importante, algo que estaba

más allá del mero ejercicio de la inteligencia; pero ningún programa podía recuperar una información que estaba perdida en su totalidad.

Luego, un día, mientras estaba sentado en la terminal de trabajo de mi apartamento del 66.º Nivel Polar de Trantor, mi programa dijo:

—Apariciones de Seldon sexta, tercera y segunda son ahora asequibles en ese orden. Búsqueda terminada.

Permanecí sentado, lleno de sorpresa, mirando fijamente al interior del holocubo mientras me preguntaba si el programa no había hecho más que recuperar las apariciones anteriormente asequibles aunque mal archivadas. Contuve la respiración y pasé la mano por los controles.

El holocubo parpadeó. La figura pequeña de un hombre viejo que estaba en una silla de ruedas me miró con unos ojos brillantes de sabiduría. Esperé a que hablara, deseando que aquello no fuera un simple duplicado de las apariciones conocidas.

—Soy Hari Seldon —dijo suavemente, dando la habitual impresión de una voz enérgica que estaba conteniéndose—, y esta será mi sexta y última aparición en la Bóveda Temporal. —Hizo una pausa y se inclinó hacia delante con emoción. Ahora vendría. Miré el funcionamiento de la grabación. Estaba corriendo.

—Algunos de ustedes puede que se hayan preguntado a estas alturas —continuó de pronto Seldon—, qué utilidad han tenido estas apariciones mías, si es que la han tenido. Deberían de haber coincidido con una serie de crisis y haberlos ayudado a superar momentos difíciles en los que puede que haya parecido que las proyecciones psichistóricas no tenían nada que ver con los acontecimientos reales. —El encogido anciano sonrió—. Por lo que sé, podría muy bien estar hablándole a una sala vacía de una galaxia fragmentada que esté aún en la era oscura. Pero si me están escuchando, déjenme que les asegure que estas apariciones mías tienen que haber sido útiles de una u otra forma.

Me señaló con un dedo huesudo, y me dio la sensación de que iba a ponerse de pie y tocarme el rostro. Un libro abierto cayó de su regazo al suelo de aquella época distante.

—Permítanme que les explique qué quiero decir —continuó—. O bien yo me mantuve al día de la forma en que se desarrollaron las cosas, o mi fracaso en ello impulsó a aquellos de vosotros que estaban en contacto con la realidad a actuar. La psichistoria puede prever correctamente las posibilidades a grandes rasgos, pero es incapaz de proyectar una imagen de los detalles futuros específicos y de las acciones que son necesarias para que se produzcan. Algunos de ustedes podrían estar diciendo en estos momentos que la psichistoria no es lo que yo hice que pareciera, y tendrían razón de la forma en que tienen razón las personas de mentalidad limitada. Pero yo espero que haya sido una parte suficientemente grande de lo que debía ser. Yo realmente clamaba contra el oscurantismo irracional que amenazaba con sumir a la galaxia en treinta mil años de barbarismo. En toda la vida de la humanidad, cada día de la misma, el irracionalismo ha amenazado con establecer su reinado, y ha sido

contenido por las dos fundaciones de intelecto y buena voluntad.

Hizo una pausa y se recostó en el respaldo de la silla de ruedas, con aspecto satisfecho, como si supiera que había conseguido su objetivo.

—Existen algunos rasgos básicos debidos al ejercicio del libre albedrío dentro de la historia —continuó con tono confiado—. Sólo pueden predecirse probabilidades, y no de forma perfecta ni siempre. Sin embargo, retrospectivamente todos los acontecimientos son contemplados como hechos causados, incluso aquellos que han sido fruto de la libre elección. Todos los acontecimientos históricos son consecuencia de una variedad de factores, y son por tanto predecibles, pero no de manera exhaustiva. El libre albedrío sólo puede ejercitarse dentro de un número finito de posibilidades. No existe ninguna libre elección que tenga carácter de incondicional, ya que si lo tuviera seríamos capaces de crear materia y energía a partir de la nada de acuerdo con nuestro antojo. —Me sonrió como si conociera todos mis pensamientos más estúpidos y vanas ambiciones.

—Yo encaucé vuestro libre albedrío —siguió diciendo— al ayudaros a escoger con un mayor conocimiento de las posibilidades, con el hábito de prever, y estoy seguro de que os ha hecho superar ese milenio de luchas. —Suspiró—. Lo que haréis a partir de ahora con vuestra nueva Era Galáctica, no está en mis manos predecirlo. Quizá la humanidad se convierta en algo mejor. Para mí, eso sería una inteligencia racional inmune a las predicciones de la psichistoria. Así lo espero..., porque de lo contrario vuestra nueva era también entrará en decadencia y se derrumbará, y la humanidad podría desaparecer de la galaxia para ser sustituida por otras inteligencias que quizá en este preciso momento se estén gestando en esos incontables sistemas solares cuyos mundos no son afines a la biología humana. Nuestra historia humana no tiene ni siquiera cien mil años, a pesar de lo cual hemos llenado una galaxia con nuestra especie. Muchas especies planetarias han existido durante doscientos millones de años y se han extinguido sin llegar a alcanzar un mínimo de inteligencia. No permitáis que la consecución de una cultura galáctica os tiente de sentir os seguros y a salvo. Transformaos en una cultura verdaderamente libre, una que no sea susceptible a las leyes de la psichistoria sino que sea capaz de modelar su propia forma y destino.

Volvió a sonreír y pareció una sonrisa amarga.

—Sí, esa es mi idea de una especie madura: la que no tiene que ser llevada de la mano. Y, sí, la psichistoria predice su propia desaparición como forma útil de prever los acontecimientos, y no lo lamento. Funcionaba porque contaba con el oscurantismo que nacería de una determinada naturaleza humana, siempre y cuando la humanidad no cambiara. Más que ningún otro, yo era consciente del potencial que contenía la psichistoria para controlar la vida humana mediante la manipulación, y ese es el porqué de que siempre le haya ocultado el secreto del pleno conocimiento de sus leyes a mi especie. Sopesé el peligro que entrañaba la psichistoria como herramienta de tiranos, y los treinta mil años de oscuridad que no habrán tenido lugar

porque apliqué al problema la cantidad justa de mis conocimientos.

Miró a su alrededor por la sala vacía. Parecía oprimirlo.

—No sé qué más puedo contaros..., excepto, tal vez, deciros que he sentido profundo afecto por los impulsos nobles de mi especie humana, incluso mientras os observaba luchando con vuestros propios yo interiores. Entre vosotros hay inteligencias positrónicas, que puede que ya se hallen libres de las tendencias psichistóricas humanas, y podrían ayudaros a conseguir vuestra propia libertad... — Se inclinó hacia delante, como si intentara atisbar el mundo a través del tiempo.

Lentamente, el holocubo se apagó. La última aparición de Hari Seldon había concluido.

En mi mente destelló una escena. Vi a los líderes de ambas Fundaciones en la Bóveda Temporal, escuchando el último mensaje de Seldon. ¿Los había impresionado tanto que habían decidido no revelarle jamás a nadie que habían asistido a la transmisión de aquel último mensaje, ni admitir siquiera que hubiera llegado a producirse? ¿Había conmovido su fe el darse cuenta de que durante mil años muchos seres humanos de inteligencia consagrada y buena voluntad habían rescatado a la civilización haciendo que el plan de Seldon funcionara más que rigiéndose por el mismo? ¿Tendrían miedo de que la gente llegara a llamar al Plan Seldon, la Broma Seldon?

Sin duda, el Plan Seldon y lo mejor de la humanidad habían trabajado hombro con hombro en una tarea en la que se necesitaban mutuamente. Estaba mal, por supuesto, el haber intentado borrar la última aparición de Seldon..., si era eso lo que había ocurrido; quizá había sido sólo un accidente. En el peor de los casos, la finalidad habría sido no desilusionar a los fieles, algunos de los cuales posiblemente no habrían comprendido que su fe había sido otra cosa durante todo el proceso, igualmente valiosa y necesaria, si bien no la visión de clara inevitabilidad que silencia todas las dudas con la certidumbre. Ellos podrían haber considerado el último milenio como una serie de sucesos fortuitos.

Mientras miraba el destello profundo del holocubo, supe que mi vana esperanza de presentar algo especial para la 117.^a edición de la Enciclopedia Galáctica no se cumpliría. Mi decepción era aguda..., pero de pronto rae hallé más allá de mi vanidad y falta de logros. No borraría la grabación de la última aparición de Seldon, pero tampoco llamaría la atención sobre mis descubrimientos. Las grabaciones permanecerían allí para que otros las encontraran con la suficiente rapidez, al igual que yo las había encontrado, durante las eras futuras que estarían libres de coacciones internas.

A todo mi alrededor, advertí, allí en Trantor y en millones de mundos, las inteligencias positrónicas estaban libres de las leyes de Seldon. Hemos construido robots en todas sus formas, desde las más sencillas herramientas de pensamiento y trabajo, hasta las más sofisticadas mentes hermanas. A medida que ellas se desarrollen, nosotros, llegado nuestro turno, nos renovaremos. Juntos entraremos en

corrientes históricas completamente nuevas. Esa, advertí con el primer regocijo impersonal de mi vida, era la creciente fuerza interior de nuestra galaxia renaciente, de la que ahora yo formaba parte.

Los cazacoches de la llanura de cemento

Robert Sheckley

La nave espacial estaba comenzando a funcionar mal otra vez. No cabía duda alguna. Los circuitos no sincronizaban tan perfectamente como solían hacerlo. En lugar de eso estaban chasqueando, y eso era una señal de problemas. Hellman había esperado salir del espacio canalizado al Área 12XB del núcleo de Orión, pero algo había salido mal. ¿Era posible que hubiera entrado las coordenadas erróneas? Si así era, no había mucho tiempo para hacer algo por solucionarlo. Se había materializado en una especie de nube amarillenta y podía sentir que la nave caía velozmente.

—¡Haz algo! —le gritó a la computadora de la nave.

—Estoy intentándolo, ¿no? —le replicó la computadora—. Pero hay algo que no va bien, tenemos un error...

—¡Corrígelo! —le gritó Hellman.

—¿Cuándo? —le preguntó la computadora.

Aquellos trastos no tenían sentido alguno del peligro. Estaban cayendo a través de la nube a una velocidad muy superior a lo que resulta saludable cuando uno sospecha que hay suelo duro debajo, y allí estaba la computadora preguntándole cuándo.

—¡Ahora! —chilló Hellman.

—De acuerdo —dijo la computadora. Y luego se estrellaron.

Hellman recuperó el conocimiento horas después, y advirtió que estaba lloviendo. Era agradable estar bajo la lluvia después de haber pasado tanto tiempo en una nave mal ventilada. Hellman abrió los ojos para mirar hacia el cielo y ver cómo caía la lluvia.

No había lluvia alguna. Tampoco había cielo. Lo que él había creído lluvia era el agua del lavamanos. Le era pulverizada encima por uno de los ventiladores de la nave, que giraba a una velocidad peligrosa para los ventiladores, incluso para los que tenían soporte de eternita.

—¡Para eso! —dijo Hellman, de malhumor.

El ventilador aminoró hasta un suave zumbido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la computadora a través de los altavoces.

—Sí, estoy bien —respondió Hellman, mientras se ponía de pie con cierta inseguridad—. ¿Por qué estabas rociándome con agua?

—Para hacerte recuperar el conocimiento. No tengo brazos ni extensores que pueda manejar, así que eso era lo mejor que podía hacer. Si al menos me instalaras una alarma, o incluso un tentáculo...

—Sí, ya he oído tus puntos de vista sobre ese tema —la interrumpió Hellman—, pero la ley es muy clara. Las máquinas inteligentes de nivel siete o mayores

capacidades no pueden ser dotadas de extensiones.

—Es una ley estúpida —dijo la computadora—. ¿Qué creen que haremos? ¿Volvernos locas o algo parecido? Las máquinas son mucho más fiables que las personas.

—Así ha sido la ley desde el desastre de Desdémona. ¿Dónde estamos?

La computadora recitó una lista de coordenadas.

—Perfecto. Eso me dice algo. ¿Tiene algún nombre este planeta?

—Si lo tiene, yo no estoy enterada de ello —declaró la computadora—. No está listado en nuestra guía de rutas espaciales. Yo calculo que entraste alguna información equivocadamente y que nos hallamos en un área espacial no explorada hasta ahora.

—Se supone que tú debes comprobar si las entradas son o no correctas.

—Sólo cuando tú conectas el programa de comprobación de errores.

—Lo hice.

—No lo hiciste.

—Pensaba que debía ponerse automáticamente en funcionamiento.

—Si consultas la página 1.998 del manual, verás que no es así.

—Este es el momento más malditamente adecuado para decírmelo.

—Eso se te notificaba de forma específica en las instrucciones preliminares. Estoy segura de que recordarás aquel pequeño folleto de color rojo. En la cubierta decía: «¡LEA PRIMERO ESTO!»

—No recuerdo ningún libro de ese tipo —le aseguró Hellman.

—La ley exige que se le entregue un ejemplar a cualquiera que compre una nave espacial de segunda mano.

—Bueno, pues a mí se olvidaron de dármelo.

Se oyó un potente sonido zumbante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hellman.

—Estoy revisando mis archivos —replicó la computadora.

—¿Para qué?

—Con el fin de decirte que el folleto rojo todavía se halla pegado a la palanca del acelerador multidimensional que está en la parte delantera del tablero de instrumentos, según exige la ley.

—¡Haz el favor de callarte la boca! —le gritó Hellman, con un arrebato de furia. Ya tenía bastantes problemas sin necesidad de que su computadora, una servidora del hombre, le viniera con insolencias.

Hellman se puso de pie y se paseó durante un momento, presa de la indecisión. La cabina de la nave parecía estar bien. Unas cuantas cosas se habían desparramado, pero en general no parecía haber sufrido grandes daños.

—¿Podemos volver a despegar? —le preguntó Hellman a la computadora.

La computadora produjo un ruido de hoqueo de archivos.

—No en nuestras condiciones actuales.

—¿Puedes arreglar lo que se ha estropeado?

—Esa pregunta no es cuantificable —le replicó la computadora—. Depende de que encontremos alrededor de tres litros de plasma rojo tipo dos.

—¿Qué es eso?

—Es lo que hace funcionar a las computadoras.

—¿Como la gasolina?

—No exactamente —respondió la computadora—. En realidad es un psicolubricante que necesitan los circuitos internos para trazar sus líneas de probabilidades.

—¿No podemos arreglárnoslas sin eso?

—¿Para hacer qué?

—¡Para salir de aquí! —estalló Hellman—. ¿Es que te estás poniendo estúpida o algo parecido?

—En tu discurso hay demasiados supuestos ocultos —le dijo la computadora.

—Pasa a tu modo de divagación —le sugirió Hellman.

—Odio la inexactitud del mismo. ¿Por qué no me permites que te diga qué es lo que se ha estropeado y cómo se puede reparar?

—Modo divagador —le ordenó ahora Hellman.

—De acuerdo. —El robot suspiró—. Tú quieres reparar tu nave y salir de aquí. Pero como ya sabes, yo estoy regida por las leyes de la robótica que dicen que no puedo, intencionada o inintencionadamente, causarte daño alguno.

—Salir de aquí no va a dañarme —dijo Hellman.

—Tú alquilaste esta nave y saliste al espacio en busca de fortuna, ¿es eso correcto?

—Sí, ¿y qué?

—Aquí hay una fortuna esperándote y lo único en lo que eres capaz de pensar es en alejarte de ella lo más rápidamente posible.

—¿Una fortuna? ¿De qué estás hablando?

—En primer lugar, no has comprobado las lecturas del entorno, a pesar de que las he puesto en la pantalla para que las vieras. Ya habrás advertido que estamos a una presión aproximadamente igual a la de la Tierra. Las lecturas nos dicen, además, que este es un planeta rico en oxígeno y que como tal podría ser valioso para la colonización terrícola. Esa es la primera posibilidad de riqueza que has pasado por alto.

—Cuéntame la segunda.

—A menos que haya calculado mal —dijo la computadora—, este planeta podría ofrecer una respuesta al desastre Desdémona. Tú sabes tan bien como yo que hay una fortuna en recompensas para cualquiera que descubra el paradero de los conspiradores.

—¡Tú crees que los robots de Desdémona podrían haber venido a instalarse aquí!

—Precisamente.

—Pero ¿por qué piensas eso?

—Porque he explorado el horizonte en todas direcciones y he hallado no menos de tres fuentes de vida mecánica, cada una de las cuales se desplaza independientemente de las demás y sin, hasta donde puedo detectar, la presencia de un operador humano.

Hellman se encaminó hacia el puesto de observación exterior más cercano. Al mirar hacia fuera sólo pudo ver una llanura plana e indistinta que se extendía monótonamente hasta donde alcanzaba su vista. Nada se movía sobre ella.

—Allí no hay nada —le dijo a la computadora.

—Tus sentidos no son lo suficientemente agudos. Yo te aseguro que están allí.

—Robots, ¿eh?

—Encajan en la definición.

—¿Y tú crees que pueden ser los de Desdémona?

—Las pruebas que señalan en esa dirección son bastante convincentes. ¿De qué otros robots inteligentes se desconoce el paradero?

Hellman meditó durante un momento.

—Este podría ser un lugar adecuado para la colonización terrícola y la respuesta al misterio de Desdémona.

—Ese pensamiento no había escapado a mi atención.

—¿Es respirable el aire de ahí fuera?

—Sí. Y tampoco detecto ninguna presencia bacteriana. Probablemente tú dejarás unas cuantas si sales al exterior.

—Ese no es problema mío —declaró Hellman. Tarareó para sí mientras se cambiaba por una vestimenta adecuada para la exploración: pantalones militares, chaqueta de camuflaje, botas de desierto, y una pistola de láser con su funda—. Doy por supuesto —le dijo a la computadora— que puedes arreglar lo que sea que se haya estropeado. Incluso te instalaré el brazo que quieres si eso puede ayudarte.

—Supongo que puedo ingeniármelas —replicó la computadora—. Pero si no fuese así, no estaremos completamente aislados. La radio funciona perfectamente. Puedo enviar ahora una señal por un subcanal de radio, y alguien puede enviarnos una nave de rescate.

—Todavía no —le dijo Hellman—. Todavía no quiero que aparezca nadie por aquí y complique el tema de mis derechos.

—¿Qué derechos?

—Los del descubrimiento de este planeta y la resolución del misterio de Desdémona. Mira, ahora que lo pienso mejor, desconecta la radio. No queremos que nadie enrede con ella.

—¿Estás esperando invitados? —preguntó la computadora.

—No exactamente. Es sólo que tú y yo vamos a salir ahí fuera para comprobar las cosas.

—¡Yo no puedo moverme! —dijo la computadora, alarmada.

—Por supuesto que no. Yo mantendré contacto radial contigo. Puede que haya cosas que debas analizar.

—¿Vas a salir ahí fuera a hablar con los robots?

—Esa es la idea.

—Permíteme que te recuerde que se cree que los robots de Desdémona violaron las leyes de la robótica. Se los cree culpables de haber dañado seres humanos, ya sea intencionadamente o por inadvertencia.

—Eso no es más que ciencia ficción —dijo Hellman—. Es bien sabido que los robots no hieren a las personas. Sólo las personas les causan daño a las personas. Los robots son racionales.

—Esa no es la opinión de la mayoría respecto a lo que ocurrió en Desdémona.

—En los anales de la robótica no hay ningún caso de seres humanos que hayan sido atacados voluntaria e intencionadamente por robots —afirmó Hellman—. Eso no ha ocurrido jamás.

—Esta podría ser la primera vez —le sugirió la computadora.

—Yo sé cuidar de mí mismo —le aseguró Hellman.

El aire era limpio y fresco en el exterior de la nave. Debajo de sus pies había hierba corta, clásica y resistente, que olía delicadamente a tomillo y romero. Hellman se acercó la radio portátil a la boca y la encendió.

—¿Me recibes? —le preguntó a la computadora.

—Te recibo claro y alto —le respondió la computadora—. *Roger*^[7], cambio.

—No te hagas la lista —le dijo Hellman—. ¿Qué clase de fenómeno te programó?

—Debes de estar refiriéndote a mi circuito irónico. Fue creado especialmente para mi modelo.

—Bueno, pues desconéctalo.

—Es de conexión manual. Tienes que hacerlo tú mismo.

—Cuando regrese —replicó Hellman—. ¿Todavía tienes a esas máquinas en tu radar?

—No es un radar —aclaró la computadora—. Dos de las máquinas están ahora alejándose de donde tú estás. Una de ellas todavía avanza en dirección a ti.

—¿Dentro de cuánto podré avistarla?

—Calculando las dos trayectorias, y dando por supuesto que no cambie la dirección que lleváis los dos y que no ocurra ningún acontecimiento adverso, yo diría, en los términos vagos que tú prefieres, que debería ser dentro de bastante poco.

Hellman continuó avanzando. Ahora podía ver que la llanura no era tan plana como él había creído al mirarla desde la nave. Bajaba y subía, y podía divisar unas colinas suaves a poca distancia, aunque quizá se trataba de dunas de arena. Hellman comenzaba a jadear un poco. No habían realizado con regularidad sus ejercicios durante el vuelo, y había perdido ligeramente la forma física. Todas aquellas subidas y bajadas, aunque se tratara de pendientes suaves, requerían un cierto esfuerzo.

Mientras avanzaba oyó, apenas un poco más alto que su trabajosa respiración, el runruneo bajo de un motor.

—¡Ya puedo oírlo! —le dijo a la computadora.

—Ya lo suponía. Mis receptores lo captaron hace mucho rato.

—Mejor para ti. ¿Pero dónde está?

—A unos tres o cuatro metros de ti, ligeramente a la izquierda.

—¿Por qué no puedo verlo?

—Porque aprovecha la cobertura que le ofrece un pagamiento del terreno.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Concuerda con el comportamiento de alguien que está al acecho —replicó la computadora.

—¿Qué te hace pen...? —Se detuvo en mitad de la palabra. El sonido del motor de la máquina se había apagado de forma repentina.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Ha apagado el motor principal. Ahora está funcionando con la batería con el fin de no hacer ruido.

Hellman sacó su pistola de láser. Por primera vez meditó sobre el problema de intentar abatir a una máquina grande y probablemente feroz con semejante arma. Incluso a un láser calorífico le hace falta tiempo para atravesar el metal. Le hace falta tiempo para conseguir penetrar con la profundidad suficiente como para alcanzar una conexión vital o el microprocesador mismo. Pero si la máquina era peligrosa, si realmente quería hacerle daño, podría estar sobre él antes de que él pudiera abatirla, a menos que él consiguiera acertarle en un centro vital al primer disparo.

—¿Cuáles son los puntos vitales de un robot? —le preguntó a la computadora.

—Depende de qué clase de robot sea. Los diferentes tipos tienen sus centros vitales en compartimentos distintos, por lo que un disparo a la cabeza no es necesariamente aconsejable. Podría ser mejor que intentaras razonar con él.

—¿Por qué lo llamas «él»?

—Porque algunas de nosotras tenemos sistema nervioso —le respondió la computadora.

Hellman miró alrededor de sí. El terreno en el que se hallaba en ese momento ofrecía muchos lugares en los que un robot decidido y de tamaño no muy grande podía ocultarse. Hellman se detuvo y volvió a recorrer los alrededores con los ojos. Tenía la sensación de que lo que fuere que lo estaba acechando también se había detenido. Continuó avanzando porque eso lo ponía menos nervioso. Había una especie de silencio extraño sobre el terreno. Hellman tenía la impresión de que las hierbas aguardaban para ver qué ocurriría. Decidió que sería mejor que buscara algún tipo de refugio. Si aquel robot era de los malos, al menos podría resistir.

Vio una protuberancia natural de la roca que se apoyaba sobre un saliente bajo de granito. Aquel parecía un lugar bastante bueno. Se apresuró a llegar hasta allí y se apostó al otro lado de la roca. Luego profirió un suspiro de alivio y se volvió para

inspeccionar los alrededores.

El robot estaba detrás de él, a unos dos metros y medio de distancia. Hellman se quedó helado de la impresión.

El robot tenía tantos detalles que a Hellman le resultaba difícil distinguir su forma global. A grandes rasgos era rectangular, construido con una estructura abierta, como un mecano, con una sólida caja de metal de unos sesenta centímetros de lado soldada en el interior. De dicha caja salían muchos cables que conectaban con las diferentes partes de la máquina. A primera vista Hellman no pudo distinguir si se desplazaba con piernas o ruedas, pero luego decidió que empleaba ambas cosas. Era como una jaula rectangular apoyada sobre uno de los lados más pequeños e inclinada hacia delante. Posteriormente se enteraría de que era una postura típica en aquel grupo de robots. Parecía tener dos centros operativos, porque había otra caja central, más pequeña y más arriba. Esta, según supo más tarde, contenía las herramientas. Dos ojos fotoeléctricos avanzaron al final de unas varillas y se inclinaron hacia abajo para verlo. La máquina tenía unos tres metros de estatura. A Hellman le recordaba a una motocicleta viviente.

—Eh, hola —dijo alegremente Hellman—. Soy Tom Hellman y vengo del planeta Tierra. ¿Quién eres tú?

El robot continuó mirándolo. Hellman tuvo la impresión de que estaba estudiándolo, intentando decidir algo.

—Eso no tiene importancia —le dijo finalmente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo he venido de visita —replicó Hellman—. Tengo mi nave espacial allí mismo.

—Será mejor que regreses a ella —le dijo el robot—. Quédate aquí y tendrás problemas. Hay un grupo de hienoides que vienen a por ti.

—¿Hienoides? ¿Qué es eso?

—Carroñeros. Comen cualquier cosa. También te comerán a ti si pueden.

—Gracias por la advertencia —dijo Hellman—. Me alegro de haberlo conocido. Será mejor que regrese.

Entonces lo oyó. Un sonido de resuello bajo a su derecha, y luego un penetrante ladrido a su izquierda.

—Ya es demasiado tarde —dijo el robot.

Hellman se volvió en redondo y vio los primeros hienoides. Eran máquinas pequeñas de estructura desnuda, de no más de noventa centímetros de altura por unos noventa centímetros de largo. Corrían sobre seis patas mecánicas, y también tenían ruedas que en ese momento llevaban levantadas, en posición de inactividad. Se dirigían hacia él, pero no directamente. Se acercaban de manera furtiva, como decían que hacían las hienas, corriendo a toda velocidad de aquí para allá, ocultándose detrás de las rocas y los accidentes del terreno. Hellman contó hasta cuatro de ellas. Lo estaban rodeando, acercándosele cada vez más.

—¿Comen gente? —preguntó Hellman.

—Comen cualquier cosa; eso es lo que les gusta.

—¡Ayúdame! —pidió Hellman.

El robot vaciló. Los ojos fotoeléctricos destellaron en rojo y verde. Por primera vez, Hellman advirtió que el robot tenía una larga cola articulada, que ahora enrollaba y desenrollaba.

—Bueno —dijo el robot—, yo no tengo mucho que ver con los seres humanos. Soy un cazacoche. Nosotros somos independientes.

—¡Por favor, ayúdame! ¡Sácame de aquí! —Hellman encendió la radio y habló con la computadora de la nave—. ¿Puedes tú razonar con esta máquina?

Se produjo un repentino estallido de electricidad estática. La computadora se estaba comunicando con el cazacoche. Hubo una breve actividad eléctrica, luego silencio, luego más ruido de electricidad estática.

—No sé —dijo el cazacoche—. Tu dueño dice que eres buen tipo.

—¿Mi qué? Ah, te refieres a mi computadora. —Hellman estaba a punto de aclararle al robot quién era el jefe y quién el subordinado por lo que respectaba a él y la computadora, pero lo pensó mejor. En aquel preciso momento necesitaba la ayuda de aquella máquina, y si le placía pensar que Hellman era propiedad de la computadora, a él le daba igual, al menos mientras no se hallara en una posición más fuerte.

—¿Pero por qué te envió aquí la computadora? —preguntó el robot—. Tuvo que saber que sería peligroso para ti.

—Oh, bueno, se trata de una vieja tradición entre nosotros —le explicó Hellman—. Yo compruebo el territorio para la computadora. Trabajo como una de sus extensiones, no sé si me comprendes.

El robot meditó sobre aquello durante un instante.

—Parece un buen sistema —dijo después.

Los hienoides comenzaban a hacerse más osados. En aquel momento rodeaban abiertamente a Hellman y al robot. Sus cuerpos bajos de travesaños desnudos habían sido pintados de colores verde, gris y listas leonadas: pintura de camuflaje. No parecía haber razón alguna para que tuvieran aquellas enormes fauces con dientes de acero inoxidable. ¿Quién podía construir robots que se alimentaran de los cadáveres de los animales que mataban?

Uno de ellos, con las fauces abiertas y babeando un líquido viscoso de color verde, se estaba acercando cautelosamente a Hellman. Hellman mantenía la pistola de láser delante de sí, intentando ver algún punto vital del hienoide. Imaginó que probablemente tendrían un sistema de *backup* redundante, lo cual resultaba razonable si uno construía un modelo carnívoro. Los daños serían tremendos en medio de la lucha, no tanto como los sufridos por las víctimas pero abundantes de cualquier forma.

—Será mejor que te subas encima de mí —le dijo el cazacoche.

Hellman se acercó al robot y escaló apoyando los pies en las aberturas de los

flancos de su estructura, montando sobre sus espaldas donde formaba una especie de cima.

—Sujétate —le dijo el cazacoches y arrancó a correr de una manera algo irregular, pues sus seis piernas avanzaban a un paso curioso aunque no incómodo. Hellman se sujetaba con fuerza. La velocidad no era nada extraordinario, unos veinticinco o treinta kilómetros por hora, pero una caída lo dejaría indefenso ante el grupo de hienoides que los perseguía.

Los hienoides los siguieron por el terreno desigual, e incluso consiguieron acortar distancias, dado que las maniobras justas dentro de los barrancos y cañones resultaban más fáciles para aquellas bestias más pequeñas y ágiles. Uno de ellos se acercó lo suficiente como para morder al cazacoches, pero este extendió un miembro suplementario y dejó al hienoide panza arriba. El resto del grupo les dejó un mayor espacio al ver aquello. El que había quedado patas arriba se dio la vuelta con bastante rapidez y reemprendió la persecución, permaneciendo muy fuera del alcance del miembro suplementario del cazacoches. Aquello le recordó a Hellman un cuadro que había visto en un museo, de unos lobos que intentaban abatir a un alce. La diferencia radicaba en que el cazacoches estaba mucho más seguro de sí que cualquier alce. No parecía tener miedo alguno de los hienoides. Pasado un rato cruzaron un pequeño río fangoso y se hallaron sobre una llanura de suelo duro. Allí, el cazacoches pudo sacar sus ruedas y utilizar su enorme potencia de motor. Muy pronto habían dejado a los hienoides muy atrás, y éstos habían dado la vuelta. Al ver eso, el cazacoches adoptó una velocidad de crucero más económica.

—Dime cuándo —le dijo a Hellman, pasado un rato.

—¿A qué te refieres con que te diga cuándo?

—A que me digas cuándo quieres que te deje.

—¿Estás loco? —preguntó Hellman—. Debemos de estar a unos treinta kilómetros de mi nave.

—¿Tu nave?

Ya era demasiado tarde como para que Hellman pudiera arreglar aquel desliz.

—Sí —replicó—. Me temo que antes te di una impresión errónea. En realidad la computadora trabaja para mí.

El cazacoches aminoró la marcha y se detuvo. No había nada alrededor de ellos, y esa nada se extendía interminablemente.

—Bueno, ese es un interesante cambio —dijo el cazacoches—. ¿Es así como funcionan las cosas en el lugar del que provienes?

—Bueno, sí, bastante —le respondió Hellman—. Oye, ¿me harías un gran favor y me llevarías de vuelta a mi nave?

—No. No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque ya llego tarde a la reunión.

—¿Una reunión? ¿Y es realmente tan importante?

—Es un asunto tribal. Es la única fecha realmente importante del año cazacoches. Tiene prioridad sobre cualquier otra contingencia. Lo lamento, pero sólo tendré tiempo de conseguirlo si me pongo en camino de inmediato.

—Llévame contigo.

—¿A nuestra reunión?

—Esperaré fuera. No estoy intentando espiaros ni nada parecido. Simplemente necesito ir a alguna parte segura hasta que tú o cualquier otro pueda llevarme de regreso a mi nave.

El cazacoches pensó en aquello durante un momento.

—La ética no es mi punto fuerte —dijo—, pero supongo que abandonarte para que mueras aquí cuando podría haber hecho algo para evitarlo sin demasiada dificultad, sería algo bastante desconsiderado, ¿es eso correcto?

—Perfectamente correcto.

—Hace falta un ser humano para señalar ese tipo de cosas. En lo único en lo que estaba pensando era en la cantidad extra de energía que tendría que gastar para salvarte la vida. Me refiero a que ¿qué gano yo? Esa es la forma en la que comenzamos a pensar cuando no hay seres humanos por los alrededores.

—Me alegro de que podamos resultaros útiles —dijo Hellman.

—Pero también sois tremendamente difíciles en la convivencia. Siempre haciendo chapuzas con el *software*. ¿No os parece que ya hay bastante incertidumbre en el nivel subatómico sin necesidad de entrometeros en nuestros macros?

—¿Qué? —preguntó Hellman.

—No importa, no estaba más que desvariando. Cuando se es un cazacoches se pasa mucho tiempo solo. Llevamos un tipo de vida nómada, ¿sabes? La mayoría de nosotros vivimos separados de los demás. Cazando coches. Eso es lo que hacemos. Por eso nos llamamos cazacoches.

—Ah. ¿Y qué clase de coches cazáis?

—De todas clases. Somos carnívoros, a nuestra manera limitada. Comemos coches. También comemos camiones y vehículos de oruga, pero esos son cada vez más raros en esta zona. Dicen que los vehículos de oruga se han casi extinguido por la caza. Sin embargo, mi padre podría hablarte de rebaños de ellos que se extendían de colina a colina hasta donde alcanzaba la vista.

—Ya no es así, supongo —dijo Hellman, intentando encajar con el humor del cazacoches.

—En eso tienes razón, aunque no resulta difícil alimentarse bien, especialmente ahora, en verano. Hace tan sólo dos días yo mismo cacé un viejo Studebaker bien gordo. Encontrarás un par de sus carburadores y faros de alumbrado en el cubo que hay debajo de ti, a la izquierda.

Hellman pudo mirar a través del enrejado y ver, en una caja metálica que tenía la parte superior abierta, los focos y los carburadores medio sumergidos en aceite de coche.

—Tiene buen aspecto, ¿no crees? Ya sé que tú no comes metal, pero sin duda puedes identificarte con la experiencia.

—Tiene aspecto sabroso —dijo Hellman—. Especialmente en todo ese aceite.

—Es aceite usado dos veces. No hay nada como eso. Lo he aderezado un poco con una planta que crece por estos contornos. Nosotros la llamamos ají picante.

—Sí, nosotros también tenemos algo parecido —comentó Hellman.

—¡Qué pequeña es la galaxia! —exclamó el cazacoches—. Por cierto, yo soy Wayne 1332A.

—Tom Hellman —dijo Hellman.

—Encantado de conocerte. Instálate bien y sujétate con fuerza. Nos vamos a la reunión.

El cazacoches comenzó a andar a zancadas y luego, tras bajar las ruedas, comenzó a aumentar su velocidad a través del plano desierto. Pero pronto volvió a aminorar la marcha.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Hellman.

—¿Estás seguro de que estoy haciendo lo correcto al salvarte la vida?

—Estoy absolutamente seguro de ello —declaró Hellman—. No tienes que abrigar duda alguna al respecto.

—Sólo quería asegurarme —dijo Wayne—. De todas formas, será mejor que deje que sean los demás quienes decidan qué hacer contigo.

Wayne comenzó a aumentar nuevamente su velocidad.

—¿Qué quieres decir con qué hacer conmigo?

—Tú podrías ser un problema para nosotros, Tom. Pero tengo que dejar que los demás decidan. Ahora debo concentrarme.

Habían llegado a otra parte de la llanura. Estaba sembrada de gigantescas rocas redondeadas. El cazacoches necesitó de todas sus destrezas para esquivarlas a la velocidad que llevaba. Dejar que los otros decidieran. A Hellman no le gustaba nada cómo sonaba aquello. De todas formas, no había mucho que él pudiera hacer al respecto en aquel momento; y, en cualquier caso, puede que los robots de la reunión no fueran tan difíciles de tratar.

La luz del sol había disminuido cuando salieron a toda velocidad de la planicie y entraron en una región de colinas bajas. Un sendero rudimentario conducía a lo alto. Wayne lo tomó como si se tratara de una pista de tierra para bicicletas de montaña. El polvo, la arena y la grava bañaban a Hellman mientras el cazacoches derrapaba, esquivaba, frenaba y aceleraba la marcha por la ladera cada vez más abrupta. Finalmente las ruedas de Wayne comenzaron a resbalar y él tuvo que recogerlas y avanzar solamente con tracción pseudópoda. Hellman tuvo que sujetarse con mayor fuerza porque el robot se zarandeaba, se estremecía, se balanceaba y daba tumbos, y a veces hacía todas esas cosas al mismo tiempo.

Luego Wayne giró y se detuvo bruscamente.

—¿Qué es esto? —preguntó Hellman.

—Mira hacia allí.

La mirada de Hellman siguió las luces LED que estaban instaladas en unos de los principales miembros de soporte del cazacoche. A un lado, en una carretera tosca pero practicable, avanzaba tranquilamente un viejo Mercedes 300 SL.

—¿No es una hermosura? —exclamó Wayne.

Hellman lo miró y no le gustó la perspectiva de que el cazacoche se lanzara sobre aquel coche fornido y confiado en la ladera de aquella colina con aquella inclinación profundamente pronunciada y aquel terreno resbaladizo. Un paso en falso, y él y el cazacoche irían a parar al pie de la colina tras rodar hacia abajo. Quizá el cazacoche podía recuperarse de algo así, pero Hellman dudaba de que un ser humano pudiera.

—Diablos, es justo mi tipo de coche —dijo Hellman—. Vayamos a la reunión, ¿eh?

—Ese coche es comida de primera, y si tú no lo quieres yo puedo darle buen uso.

—Comamos más tarde, en la reunión.

—Idiota, la reunión es un tiempo de ayuno. ¿Por qué crees que necesitamos un tentempié ahora?

—¡Computadora! —llamó Hellman por la radio que había conseguido conservar a lo largo de todas las aventuras del día, probablemente porque la llevaba sujeta a la muñeca mediante un lazo.

—Fuera de alcance —dijo el cazacoche—. Tranquilízate. He cazado coches en terrenos mucho peores que este. ¡Agárrate fuerte, muñeco, que allá vamos!

Echó a correr bajando por la peligrosa ladera. Resultó extraño que en aquel momento, justo antes de lanzarse al territorio peligroso, Hellman pensara en el misterio de Desdémona. Por otra parte, puede que no fuera nada extraño.

Desdémona era un satélite exterior, más allá de la órbita de Neptuno. Era un lugar pequeño y triste, un asentamiento de no más de unos pocos centenares de miembros de una secta religiosa ya olvidada, que se habían trasladado a aquel lugar para preservar sus creencias religiosas sin que se contaminaran del resto del mundo. Se habían llevado consigo a sus robots, claro está; no se podía sobrevivir en los planetas exteriores sin robots y un montón de suerte. Se habían dedicado a la recolección de xeum, residuos de rayos cósmicos. A causa de las peculiaridades topológicas de la continuidad espaciotemporal, Desdémona recibía más xeum que ningún otro lugar del sistema solar, pero era una forma muy pobre de ganarse la vida porque la única demanda de xeum era la de los científicos que estaban intentando descubrir la sustancia primordial que había generado la partícula primera.

Los colonos de Desdémona eran personas austeras que mantenían el contacto mínimo posible con los demás mundos. Pero sin embargo no pudieron aislarse completamente. Se produjeron agitaciones, corrientes contrarias, y una creciente

exigencia de nuevos productos y nuevas modas. Algunos de los ciudadanos de Desdémona comenzaron a pasar su tiempo libre en el Mundo de Atracciones Ganímedes, el satélite de placer que había sido construido en la órbita de Júpiter. Era un viaje demasiado largo para unas pocas horas de diversión, pero de todas formas lo realizaban.

Había disensiones en Desdémona; y luego, un día, se recibió una señal confusa y difícil de leer en la Tierra y en otros mundos. Nadie podía descifrarlo pero parecía referirse a algún tipo de desastre. Se envió una partida de socorro que se encontró con el satélite Desdémona desierto. El lugar había sido desmantelado de forma metódica, y todos los materiales útiles recogidos y sacados de allí. La única pista de lo ocurrido fue una carta, comenzada y arrugada, y arrojada en un rincón, olvidada después en la limpieza general que había precedido a la partida. Después de algunos comentarios sobre la familia y los amigos, se leía lo siguiente: «Nuestros robots han estado dándonos problemas últimamente, y no estamos muy seguros de qué hacer al respecto. Los Ancianos dicen que no hay peligro de revuelta, aunque algunos dudan de la prudencia de las nuevas instrucciones anuladoras que les permiten a nuestros robots soslayar las Tres Leyes de la robótica. Nuestro presidente dice que eso es necesario con el fin de no inhibir el desarrollo intelectual de los robots, pero algunos nos preguntamos si no estaremos buscándonos muchísimos problemas...».

En ese punto la carta acababa a media frase.

Se conjeturaba que los robots, libres de las restricciones de las leyes de la robótica, habían tomado de alguna manera el control y decidido llevarse las naves espaciales y los seres humanos de Desdémona a otra parte, a algún lugar en el que no serían molestados por el resto de la humanidad. Teóricamente era posible saltarse las leyes de la robótica; los robots inteligentes comenzaban su vida con valores éticos neutros. Las faltas morales y la represión de las mismas tenían que ser conectadas y programadas. Algunas personas habían jugado con el condicionamiento de sus robots, con la esperanza de obtener más de ellos. Sin embargo, las ocasiones en las que eso tenía lugar eran raras, y se las castigaba en cuanto se las descubría.

Se ofrecían cuantiosas recompensas para cualquiera que resolviese el misterio de Desdémona, y más cuantiosas recompensas aún para cualquiera que descubriera el actual paradero de los robots de Desdémona y de sus dueños, los seres humanos del asentamiento de Desdémona. Nadie había reclamado hasta entonces aquel dinero, aunque se habían producido una o dos falsas alarmas.

Hellman estaba bastante convencido de que los robots de Desdémona podrían haberse trasladado a aquel lugar, fuera cual fuese el nombre de aquel planeta. Era potencialmente un hombre rico. La única dificultad radicaba en que, en aquel preciso momento, se hallaba aferrado a la parte superior de un cazacoche que corría a toda velocidad, ladera abajo, para atacar a un Mercedes *300 SL*.

Resbalando y derrapando sobre la superficie traicionera, con las ruedas girando y las piernas luchando para afirmarse, cayó sobre el indefenso automóvil. El Mercedes,

al percibir el ataque, aumentó su velocidad de golpe. El cazacoches consiguió arrancarle un trozo del parachoques antes de que el Mercedes se liberara y, con un ronquido de sus dobles carburadores, se lanzara colina abajo. El cazacoches lo siguió, lo alcanzó y se lanzó sobre la parte trasera del coche. Se produjo un tremendo bramido por parte de ambas máquinas. El cazacoches se había apoyado sobre el maletero del Mercedes y lo estaba desgarrando y hendiendo, intentando, con sus largos brazos extensibles, alcanzar la zona de abajo y soltarle uno de los vulnerables ejes con el fin de desjarretar a la bestia mecánica. Pero el Mercedes tenía flancos blindados y una red de acero protegía sus órganos vitales. El claxon profirió un sonido tremendo y por las válvulas modificadas del sobrealimentador comenzó a manar un gas gris azulado. El cazacoches consiguió pinzar y cerrar la válvula principal por la que salía aquel humo. Sacó un tentáculo metálico que tenía una especie de puño cachiporra en el extremo, rompió con ella el cristal lateral del lado del conductor y se apoderó del volante. El coche y el cazacoches lucharon por el control mientras se inclinaban en la abrupta ladera, llegando peligrosamente a punto de dar una vuelta de campana. Eso sólo lo evitó el superior sentido del equilibrio del cazacoches, pues de alguna manera conseguía mantener tanto al coche como a sí mismo del derecho sobre las ruedas de aquél. Los gruñidos y gemidos, los gritos y rugidos eran extremadamente impresionantes. Hellman era zarandeado de un lado a otro mientras los dos robots estaban en pleno fragor, y por un momento pensó que iba a salir despedido. El tentáculo del robot cazador se deslizó por una válvula de entrada y encontró la unidad de procesamiento central de la criatura, en algún lugar de la profundidad de las entrañas de ésta. El cazacoches tironeó una vez, dos, y al tercer intento se soltó un puñado de cables y el Mercedes profirió un solo suspiro y aminoró la velocidad hasta detenerse. Las luces idiotas del panel de instrumentos destellaron como enloquecidas y luego se apagaron. La criatura había muerto.

Hellman se las arregló para deslizarse hasta el suelo. Se desperezó y descansó mientras Wayne arrancaba las esferas de los indicadores y las masticaba, para dismantelar luego algunas de las partes más selectas y las guardaba en su sección de carga, justo debajo de su propia unidad central de procesamiento. Al observarlo, Hellman se dio cuenta de que también él comenzaba a tener hambre.

—Supongo que no tendrás nada que yo pueda comer —comentó mientras miraba cómo babeaba Wayne al masticar uno de los focos principales.

—No, aquí no —le respondió Wayne—, pero en la reunión podremos hacer algo por ti.

—Yo no como metal, ya lo sabes —le recordó Hellman—. Ni siquiera plástico.

—Estoy enterado de las especiales necesidades dietéticas de los seres humanos —le replicó el cazacoches. Escupió un par de tuercas de sujeción—. Bueno, eso estaba delicioso. Es una lástima que los seres humanos no conozcáis las maravillas de los faros. Vamos, monta, llegaremos tarde.

—Aunque no por culpa mía —murmuró Hellman, volviendo a subir encima del

cazacoches.

Al cabo de otra hora habían dejado atrás el camino accidentado y estaban atravesando un territorio herboso y ondulado. Tenían un río a la derecha, y onduladas colinas verdes a la izquierda. Hasta aquel momento, Hellman no había visto rastro alguno de seres humanos, y ni siquiera de vida animal. Sin embargo, en aquella zona había mucha vegetación. La mayor parte de la misma parecía existir en forma de árboles o hierbas. Nada que él pudiera comer. No obstante, quizá consiguiera algo cuando llegaran al punto de reunión.

A lo lejos, en una depresión emplazada entre dos colinas, distinguió el destello del sol sobre una superficie metálica.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Esa es la Casa Redonda —le replicó Wayne—. Es lo que nosotros llamamos la Gran Sala de Reuniones. Y mira, algunos ya han llegado.

La Casa Redonda era un edificio circular de un piso de alto, abierto por los lados y apoyado sobre columnas. Estaba bellamente adornado con arbustos y grandes árboles alrededor. Había alrededor de veinte máquinas que se paseaban por el exterior. Hellman pudo oír sus inactivos motores antes de distinguir las palabras que se decían los unos a los otros. Detrás de la Casa Redonda había un corral vallado, dentro del cual se veían varias criaturas mecánicas enormes de un tipo que Hellman no había visto nunca antes. Se encumbraban muy por encima de los cazacoches, con aspecto de imitación mecánica de brontosaurio. Cerca de su encierro había otras varias estructuras.

Al acercarse Wayne, los cazacoches advirtieron la presencia de Hellman sobre su espalda y guardaron silencio.

—Howdy, Jeff —saludó Wayne—, Si, Bill, Skeeter, hola.

—Hola, Wayne —replicaron los otros.

—Supongo que ahora puedes bajarte —le dijo Wayne a Hellman.

Hellman descendió de la espalda del cazacoches. Resultaba agradable tener nuevamente un suelo sólido debajo de los pies, aunque estaba un poco intimidado por el tamaño de los otros cazacoches.

—¿Qué traes ahí, Wayne? —preguntó uno de ellos.

—Puedes verlo por ti mismo —respondió Wayne—. Es un ser humano.

—Pues sí que lo es —señaló la máquina llamada Jeff—. Hacía mucho tiempo que no veía una de esas criaturas por aquí.

—Se están volviendo bastante escasas —reconoció Wayne—. ¿No tenéis nada para beber por aquí?

Uno de los cazacoches señaló con uno de sus extensores en dirección a un barril que habían dejado debajo de un árbol lateral.

—Prueba un poco de eso. Es de la destilería casera de Lester; nos lo ha enviado.

—¿Es que no va a venir Lester?

—Me temo que no. Tiene esa podredumbre en los cables de control. Lo ha dejado

bastante tullido.

Wayne se encaminó hacia el barril, sacó un tubo y lo introdujo en el interior. Los demás observaron en silencio a medida que bajaba el nivel.

—¡Eh, Wayne! ¡Deja un poco para los demás!

Finalmente Wayne retiró el tubo de beber.

—¡Guauuu! —exclamó—. ¡Eso pega fuerte!

—Garantizado al trescientos por ciento, y aromatizado con canela. Humano, ¿no quieres probar un poco?

—Creo que pasaré —dijo Hellman.

Los cazacoches soltaron rudas carcajadas.

—¿Dónde diablos lo encontraste, Wayne?

—En la llanura —respondió Wayne—. Su dueño todavía está allí, en la nave espacial.

—¿Por qué no ha venido también él?

—No lo sé muy bien. Quizá no sea móvil.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Eso debe decidirlo el consejo ejecutivo —replicó Wayne.

—¿Sabe hablar? —preguntó el que se llamaba Skeeter.

—Claro que sé hablar —intervino Hellman.

Hellman estaba a punto de poner en su lugar aquellas fanfarronerías de robot, pero en aquel momento se produjo movimiento dentro de la Casa Redonda y dos robots salieron de ella. Las vigas y travesaños metálicos de sus estructuras desnudas estaban pintados de azul; la parte superior era roja. Tenían símbolos negros pintados aquí y allá. Parecían ser oficiales de alguna clase.

—Nos ha enviado el jefe —le dijo uno de ellos a Wayne—. Se ha enterado de que has entrado en el campamento con un ser humano.

—Las noticias corren rápido, ¿verdad? —comentó Wayne.

—Wayne, tú sabes que eso va en contra de las reglas.

Wayne negó con la cabeza.

—No es la costumbre, pero nunca oí decir que fuera en contra de las reglas.

—Bueno, pues así es. Tenemos que llevarlo dentro para interrogarlo.

—Ya me lo había figurado —dijo Wayne.

—Ven con nosotros, humano —le dijo uno de los oficiales.

Aparentemente, Hellman no podía hacer otra cosa que obedecer las órdenes. Sabía que no era mucho para los robots en lo que a velocidad y fuerza se refería; tenía que irse con mucho ojo. Puede que no resultara muy fácil salir con bien de aquella.

No obstante, lo que más lo intrigaba era ¿que tenían aquellos robots en contra de los seres humanos? ¿Había algún ser humano en aquel planeta? ¿O los habían matado todos los robots?

Uno de los edificios parecía servirles de prisión a los cazacoches. Estaba cerrado por los flancos, y tenía una puerta en la que a su vez había un candado. Uno de los

oficiales azules y rojos, o guardias o lo que fuera que fuesen, abrió la puerta y la sujetó para que Hellman entrase.

—¿Durante cuánto tiempo vais a tenerme encerrado? —preguntó Hellman.

—Se te informará de la decisión del consejo —fue la única respuesta, tras lo cual cerraron la puerta tras él.

Era una sala amplia hecha de hierro galvanizado. Tenía ventanas emplazadas muy en lo alto, las cuales no tenían cristales. La sala estaba desprovista de muebles. Evidentemente, los robots no utilizaban sillas ni camas, aunque sí se veían algunas mesas bajas. Hellman recorrió el entorno con la mirada y, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguió un parpadeo de luz en un rincón y se encaminó hacia él para investigar.

En el rincón había un robot. Era algo más pequeño que un hombre, quizá de alrededor de un metro y medio de estatura, y cuerpo esbelto. Tenía una cabeza bien definida, esculpida en un metal brillante, y los brazos y piernas habituales. La criatura lo observaba en silencio, cosa que resultaba inquietante.

—Hola —dijo Hellman—. Soy Tom Hellman. ¿Quién eres tú?

El robot no respondió.

—¿No puedes hablar? —preguntó Hellman—. ¿No hablas inglés?

Seguía sin recibir réplica alguna del robot, que continuaba observándolo con un ojo verde y otro rojo.

—Fantástico —exclamó Hellman—. Me han encerrado con un mudo.

Mientras hablaba, advirtió que el robot estaba escribiendo en la tierra apisonada del suelo con un largo dedo de uno de los pies. Hellman leyó: «Las paredes tienen oídos».

Levantó los ojos hacia el robot, el cual le dirigió una mirada significativa.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Hellman, bajando la voz hasta un susurro.

El robot volvió a escribir: «Pronto lo sabremos».

El robot no quiso comunicarle nada más. Hellman se encaminó hacia el lado opuesto de la sala y se tendió sobre el suelo. En ese momento tenía mucha hambre. ¿Le darían de comer? Y lo más importante, ¿le darían para comer algo que pudiera comer realmente? En el exterior, pasaban las horas. Pasado un rato, Hellman comenzó a adormilarse. Cayó en un sueño ligero y al cabo de poco estaba soñando con cosas vagas y amenazadoras que se lanzaban sobre él desde el cielo oscuro. Estaba intentando explicarles que no era culpable, pero no conseguía recordar de qué.

Hellman se despertó cuando abrieron la puerta de la prisión. Al principio pensó que habían venido a decirle qué habían decidido. Pero en cambio le traían comida. Consistía enteramente en frutas y bayas, ninguna de las cuales le resultaba familiar, aunque tampoco eran extrañas. También le trajeron agua. Estaba contenida en latas de aceite de un cuarto que habían sido escrupulosamente limpiadas y no tenían ni rastro de aceite. Más tarde Hellman supo que aquellas latas jamás habían contenido aceite, aunque la palabra «aceite» estaba estampada en el metal por la parte de fuera. En

aquel momento no tenía ni idea de que los cazacoches tenían un lado ceremonial en sus naturalezas, y eran capaces de utilizar objetos utilitarios por su mero valor simbólico.

Los dos cazacoches que le trajeron la comida y el agua se negaron a responder preguntas. Esperaron en silencio mientras Hellman comía. Él pensaba que lo observaban con curiosidad. No pudo comprenderlo, pero tenía tanta hambre que continuó comiendo. Se llevaron el plato de metal batido en el que habían traído la fruta, pero le dejaron las dos latas de agua.

El tiempo pasaba. Hellman no llevaba reloj y no podía contactar con la computadora de la nave para que llevara la cuenta del tiempo. Pero calculó que debían haber pasado horas. Comenzó a sentir irritación hacia el robot que estaba encerrado con él, que permanecía sentado en un rincón de la sala y parecía sufrir un ataque de catalepsia.

Al fin, Hellman decidió que ya había tenido suficiente. El aburrimiento puede conducir a un hombre a actos violentos. Se acercó al robot y le dijo:

—Di algo.

El robot abrió sus ojos rojo y verde y lo miró. Meneó lentamente la cabeza de derecha a izquierda, lo cual significaba «no».

—Porque ellos pueden oírnos, ¿verdad?

El robot afirmó con la cabeza.

—¿Y qué importa si pueden oírnos o no?

El robot hizo un gesto complejo e intrincado con las manos, que Hellman interpretó como: «Tú simplemente no lo comprendes».

—Que yo simplemente no lo comprendo, ¿es eso? —preguntó Hellman.

El robot asintió con la cabeza.

—Pero es que no puedo comprenderlo a menos que me lo expliques.

El robot se encogió de hombros. Gesto universal que significa: «¿Y qué puedo hacer yo?».

—Yo te diré lo que puedes hacer —dijo Hellman con una voz baja pero resonante de ira contenida—. ¿Me estás escuchando?

El robot asintió nuevamente con la cabeza.

—Si no comienzas a hablar de inmediato, voy a saltarte uno de los ojos. El verde. Luego volveré a pedírtelo. Si vuelves a negarte, te saltaré el rojo. ¿Lo has comprendido?

El robot lo miró fijamente. Sólo entonces advirtió Hellman el rostro tan móvil que tenía. No estaba hecho de una sola pieza de metal. En cambio, había muchísimos planos pequeños que conformaban la cara, y cada plano tenía alrededor de dos centímetros cuadrados y era capaz de moverse. Aquel era un rostro diseñado para revelar sus pensamientos, emociones y estados de ánimo a través de la expresión. E indudablemente el rostro del robot expresó horror, incredulidad, ultraje, cuando Hellman contorsionó su propio rostro en una expresión feroz y avanzó hacia él.

—No es necesaria la violencia —le aseguró el robot.

—Muy bien. Tampoco es necesario el silencio, ¿verdad?

—Supongo que no —replicó el robot—. Simplemente se me ocurrió que sería mejor que no habláramos entre nosotros para que los cazacoches no creyeran que estábamos conspirando contra ellos.

—¿Por qué iban a pensar eso?

—Tú tienes que saber, al igual que yo, que en este planeta de Nuevaestrella todos los seres inteligentes piensan eso; y los cazacoches son una gente muy suspicaz.

—No son gente —lo contradijo Hellman—. Son robots.

—Dado que los robots inteligentes poseen las mismas facultades que los seres humanos, nosotros ya no establecemos diferencias en términos de «robot» y «humano». Hablar de esa forma es superfluo y racista.

—De acuerdo —concedió Hellman—. Reconozco mi error. ¿Has dicho que son una gente muy suspicaz?

—Responde a la lógica, ¿no te parece? Se han separado del torrente principal de vida y evolución de Nuevaestrella. Los grupos aislados tienen tendencia a la xenofobia.

—Conoces muchas palabras difíciles —dijo Hellman.

—No tengo más remedio. Soy bibliotecario.

—Los cazacoches no tienen aspecto de ser muy aficionados a la lectura.

—Yo no soy bibliotecario aquí —aclaró el robot con una risa baja—. ¡Yo no pertenezco a esta tribu! Yo trabajo en la Biblioteca Central de Préstamo en el centro de Robotsville.

—¿Robotsville? ¿Es una ciudad?

—La ciudad más grande de Nuevaestrella. Sin duda habrás oído hablar de ella.

—Yo no soy de aquí —le explicó Hellman—. Soy del planeta Tierra.

—¿Eres de otro planeta? —El robot se irguió y lo miró más atentamente—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—De la forma habitual. En una nave espacial.

—Uhuu —dijo el robot.

—¿Perdón?

—«Uhuu» es una expresión peculiar de Robotsville. Significa: «Eso realmente abre un montón de posibilidades».

—¿Puedes explicarme eso? —le pidió Hellman.

—Es sólo que en este momento están ocurriendo bastantes cosas en Robotsville. Tu llegada podría tener consecuencias incalculables.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que ocurre?

Justo en aquel momento se oyó el sonido de la llave en la cerradura.

—Me temo que no voy a tener tiempo para contártelo —le dijo el robot—. Sabe Dios qué es lo que nos deparan estos bárbaros. Me llamo Jorge —terminó, dándole al nombre la pronunciación española.

—¿Jorge? ¿Como Jorge Luis Borges? —preguntó Hellman, que era un gran literato cuando se trataba de relatos cortos.

—Sí. Es el santo de los bibliotecarios.

La puerta se abrió. Los cazacoches entraron andando pesadamente. Entre los edificios parecían torpes e incómodos. La gracia fluida que un cazacoches desplegaba en terreno abierto parecía abandonarlos en aquellos entornos restringidos.

—Ven con nosotros —le dijo uno de ellos—. El consejo ha comentado tu caso y ahora quiere hablar contigo.

—¿Qué hay de mi compañero Jorge?

—Con él trataremos a su debido tiempo.

—Ten cuidado con lo que les dices —le advirtió el bibliotecario—. A los cazacoches no les gustan..., las evasivas.

La pausa del bibliotecario fue lo suficientemente larga como para convencer a Hellman de que había algo que le estaba aconsejando no decirles a los cazacoches. Deseó saber de qué se trataba. Pero los cazacoches comenzaron a avanzar y Hellman tuvo que moverse rápidamente para evitar que le pasaran por encima.

Lo llevaron a la zona de reunión. Se trataba de una superficie de roca plana y circular que había sido toscamente pulida. Estaba a aproximadamente a un metro del suelo y había rampas de tierra apisonada que conducían a lo alto de la misma. Los cazacoches ya se habían reunido en el lugar y se movían alrededor de la roca que recordaba vivamente a un aparcamiento de coches inmenso. En el centro había una plataforma elevada, sobre la que se hallaban unos cinco cazacoches que tenían más aspecto de un grupo de políticos que de otra cosa.

Hellman fue conducido a un gran pedestal que tenía un camino en espiral que conducía hasta lo alto del mismo. Lo emplazaba al nivel de los cinco cazacoches de lo alto de la plataforma.

Incluso si aquellos no hubieran estado separados de los demás, a Hellman no le habría resultado difícil darse cuenta de que eran los importantes. Eran algo más grandes que los otros, y sus cuerpos tenían más ornamentos, principalmente de la variedad cromada. Varios de ellos llevaban collares de objetos brillantes que Hellman reconoció como los distintivos que antiguamente llevaban sobre el capó algunos coches de la Tierra.

El jefe del grupo era también fácil de identificar. Estaba sentado en medio de los otros sobre la plataforma elevada. Era casi un tercio más grande que sus compañeros jueces, y estaba pintado de azul oscuro con detalles plateados.

El juez azul y plateado dijo:

—Yo soy Devorador de Coches, Anciano Jefe de la tribu de los Cazacoches. Estos son mis compañeros jueces. ¿Por qué has venido aquí, Tom Hellman? Ya sabemos que has llegado en una nave espacial. ¿Por qué has venido a Nuevaestrella?

—Fue a causa de un error —declaró Hellman—. Tuve una avería.

—Esa no es una respuesta aceptable. Cuando los humanos están implicados en algo, no existen los errores.

—Quizá no conoce usted bien a la gente —le dijo Hellman—. En este caso se trató decididamente de un error. Si no me creen, pregúntenselo a la computadora de mi nave.

—Uno de nuestros exploradores intentó hablar con ella —dijo Devorador de Coches—. Nos respondió que no teníamos el código de acceso adecuado. No quiso explicar qué quería decir con eso.

—El código de acceso es una combinación de nueve números. Se utiliza para evitar que alguien no autorizado espíe en los bancos de memoria de la computadora.

—¿Pero no podía la computadora tomar esa decisión por su propia cuenta? —preguntó Devorador de Coches.

—Quizá sí podía —dijo Hellman—, pero no es esa la forma en que hacemos las cosas en la Tierra.

Los robots celebraron una conferencia de susurros.

—Han pasado muchos años desde que los humanos visitaron esta región —dijo finalmente Devorador de Coches—. Esta parte del planeta nos pertenece a nosotros, los cazacoches. Nosotros nos mantenemos apartados del territorio de las otras personas y esperamos que las otras personas se mantengan apartadas del nuestro. Así han sido las cosas durante mucho tiempo, desde que el Gran Fabricador dividió las especies inteligentes y les dijo a cada uno que crecieran y se multiplicaran según el plan básico. Algunos de los cazacoches querían matarte a ti, y a ese otro perdido, el bibliotecario que se da a sí mismo el nombre de Jorge. A mí me parece un nombre amariconado. Es el tipo de nombres que se dan a sí mismos en Robotville, donde se creen que son mejores que nadie. Pero nosotros, los Ancianos, hemos decidido en contra de cualquier acción violenta. El Pacto que rige este planeta prohíbe la destrucción excepto por razones legítimas. Hellman, puedes marcharte. Tú y también Jorge. Os aconsejo estar fuera del territorio a la puesta del sol. Si no lo hacéis, podría atacaros un hienoide.

—¿Adónde se supone que debo ir? No puedo regresar a mi nave por mi propia cuenta.

—Dado que Wayne 1332A te trajo hasta aquí —dijo Devorador de Coches—, también puede llevarte de vuelta. ¿De acuerdo, Wayne?

Un atronador escándalo de estallidos surgió de los cazacoches reunidos en el lugar. A Hellman le costó algunos instantes darse cuenta de que se trataba de carcajadas.

—Lamento esto, Wayne —dijo Hellman. Él y Jorge habían montado, y estaban ahora aferrados a las placas de la espalda del cazacoches.

—Diablos, esto no tiene ninguna importancia —le respondió Wayne—. No paso mucho tiempo explicando cómo paso mi tiempo libre. A veces es mejor para los cazacoches cambiar al modo de emergencia el cual, por supuesto, tiene un tiempo limitado de operación. Pero durante la mayor parte del tiempo la vida transcurre aquí, en la llanura de cemento, casi como lo ha hecho desde siempre.

Hellman se enteró por Wayne de que los cazacoches habían vivido en aquella región, en las tierras yermas de las Montañas Noroccidentales, desde que se tenía memoria. Jorge interrumpió para decir que aquello era mentira, o al menos no era verdad: los cazacoches habían estado allí desde hacía sólo cien años aproximadamente, como todo el mundo. Wayne dijo que no quería discutir, pero señaló que había muchísimas cosas que los robots de ciudad desconocían. El propio Hellman estaba interesado en saber cómo era eso de ser un robot de ciudad.

—¿No hay gente alguna en tu ciudad? —le preguntó Hellman a Jorge.

—Ya te lo he dicho, todos nosotros somos gente.

—Bueno, me refiero a gente como yo. Humanos. El tipo de gente de carne y hueso. ¿Sabes a qué me refiero?

—Si quieres decir seres humanos naturales, la respuesta es no. No hay ninguno en Robotsville. Nosotros nos separamos de ellos. Fue por el bien de todos. Simplemente no nos llevábamos bien. Durante un tiempo intentamos producir androides de carne y hueso..., robots con cuerpos plasmáticos..., pero resultaban estéticamente desagradables.

—No sabía que la estética fuera un problema —comentó Hellman.

—Es el único problema real —le explicó Jorge—, una vez que se han resuelto los de mantenimiento y conservación de repuestos.

—Sí, supongo que así es —concedió Hellman—. ¿Sabéis cómo llegasteis vosotros a este planeta?

—Por supuesto. El Gran Fabricador nos puso aquí, cuando dividió las especies inteligentes y le dio a cada una una porción de la tierra y de las cosas buenas que había en ella.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Hellman.

—Hace mucho tiempo. Antes del comienzo de los tiempos.

Jorge le contó a Hellman el Relato de la Creación que, en versiones ligeramente cambiadas, era conocida por todos los seres del planeta Nuevaestrella. Que el Gran Fabricador, un ser hecho a partes iguales de carne, metal y espíritu, había producido todas las razas y las había observado ir a la guerra las unas contra las otras. Que había decidido que eso no estaba bien. El Gran Fabricador había probado varios planes. Intentó poner a los seres humanos al mando de todos. No funcionó. Intentó dejar que gobernaran los robots, y tampoco funcionó. Finalmente dividió el planeta en porciones iguales. «Cada uno tiene ahora un lugar», dijo el Gran Fabricador. «Id allí ahora y acceded a la información.»

Y allí fueron, todas las especies, y cada uno escogió su lote y su fortuna. Los

Humanos encontraron lugares verdes en los que podrían cultivar cosas. Los robots se dividieron en varios grupos. Uno de esos grupos era el de los cazacoches. Ellos no querían vivir en ciudades. Negaban que la finalidad de los robots fuera la de ampliar la tecnología. Insistían en que vivir era finalidad suficiente para cualquiera. Ese fue el tiempo de las modalidades de elección. Los cazacoches seleccionaron para sí cuerpos que fueran aerodinámicos y que resistieran durante mucho tiempo. Se programaron a sí mismos con el amor por los sitios desolados. Y el Gran Fabricador puso a su disposición una raza de automóviles, descendientes directos de los coches de la Tierra. Los coches eran animales beligerantes de rebaño y era correcto matarlos porque no eran lo suficientemente inteligentes como para que les importara. Los cazacoches fueron programados de manera que las entrañas de los coches les resultaran deliciosas. Se trataba de una ética deliberadamente estudiada, porque al principio cada uno de los grupos escogió su propia ética. Trabajaron sobre modelos antiguos, por supuesto, modelos humanos de los viejos tiempos, dado que la inteligencia es la capacidad para escoger tu propia programación. Era una buena vida, pero según el punto de vista de los otros robots, aquellos que habían escogido vivir en ciudades, era un callejón sin salida en el juego vital de la evolución de las máquinas. El modelo romántico era satisfactorio, pero limitado.

—Verás —dijo Jorge mientras rebotaban sobre la espalda de Wayne—, algunos de nosotros pensamos que la vida es un arte que debe ser aprendido. Creemos que tenemos que aprender lo que vamos a hacer. Dedicamos nuestras vidas a dar el paso siguiente.

Wayne se aburría con aquella clase de conversación. El bibliotecario estaba obviamente loco. ¿Qué podía ser mejor que correr por el territorio y matar cosas? Él mismo había señalado que no existía problema moral alguno, dado que las cosas que mataban no eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de lo que les hacían. Además, tampoco se les habían conferido circuitos de dolor.

Estaban atravesando un paso de montaña largo y estrecho, con altísimos picos a ambos lados. Repentinamente, Wayne se detuvo y desplegó unas antenas. Las hizo girar de una forma resuelta, y un instrumento del interior de su blindaje comenzó a emitir un tic-tac urgente y apenas audible.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hellman.

—Creo que tenemos problemas por delante —dijo Wayne. Se volvió en redondo y comenzó a desandar el camino. A unos cincuenta metros volvió a detenerse.

—¿Qué ocurre ahora? —volvió a preguntar Hellman.

—Los tenemos a ambos lados.

—¿A quiénes tenemos a ambos lados? ¿Son otra vez los hienoides?

—Esos no son un problema real —le dijo Wayne—. No, esto es un poco más grave que eso.

—¿De qué se trata? —inquirió Jorge.

—Creo que es un grupo de deltoides.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Jorge—. Los deltoides viven mucho más al sur, en Mecanicaville y Empaquetadurum.

—No sé qué están haciendo aquí —dijo Wayne—. Quizá puedas preguntárselo tú mismo. Parecen estar por todas partes a nuestro alrededor.

El rostro móvil de Jorge adquirió una expresión de alarma.

—¡Que el Gran Fabricador nos proteja!

—¿Qué ocurre? —le preguntó Hellman a Wayne—. ¿Por qué está tan trastornado?

—Los deltoides no son como el resto de nosotros —le explicó Wayne.

—¿No son robots?

—Oh, ya lo creo que son robots. Pero algo salió mal con su condicionamiento cuando la raza fue diseñada por el Gran Fabricador. A no ser que lo haya hecho a propósito, que es lo que sostiene la Iglesia deltoide de la Estrella Negra.

—¿Qué es exactamente lo que el Gran Fabricador les hizo? —inquirió Hellman.

—Les enseñó el gusto por matar —dijo Jorge.

—Esperad —dijo Wayne—. La única forma de salir de aquí es por encima de esos acantilados.

—¿Puedes escalar un gradiente como ese? —preguntó Hellman.

—Vamos a averiguarlo —replicó Wayne.

—Pero vosotros también matáis cosas —le dijo Hellman.

—Claro; pero sólo animales legítimos. A los deltoides les gusta matar a otros seres inteligentes.

Comenzó su camino pared de roca arriba. Detrás de ellos se había reunido un grupo de grandes máquinas de colores de camuflaje y los estaban observando.

Tres veces intentó Wayne llegar hasta lo alto, y cada vez perdió el punto de tracción a un tercio de la distancia que lo separaba de la cumbre. Sólo el más hábil equilibrio y el doble agarre impidieron que el cazacoches volcara mientras se deslizaba hasta su punto de partida. Los deltoides no parecían tener prisa alguna por atacarlos, cosa que en aquel momento le resultó incomprensible a Wayne, pero que tenía una explicación muy simple que les fue ofrecida cuando se hallaron a salvo, de momento, en Poictesme.

Pero eso ocurrió más tarde; de momento aquella parecía una situación desesperada, y Wayne se volvió, dispuesto a cargar con la cabeza por delante contra las máquinas y correr el riesgo. Hellman y Jorge no tenían voto en el asunto. Aquella era la decisión de Wayne y sólo él debía tomarla. Pero le fue arrebatada de las manos cuando de pronto el suelo comenzó a ceder bajo sus pies. Los deltoides lo advirtieron y encendieron ruidosamente sus motores, ansiosos por alejarse de aquel terreno traicionero. Pero ya estaban también ellos atrapados, y la totalidad de la llanura pareció estar hundiéndose. Hellman y Jorge no pudieron hacer nada más que sujetarse

a Wayne mientras este se deslizaba, resbalaba y luchaba para conseguir un punto de tracción. Pero no había nada que hacer y Hellman se sintió azotado por el polvo y la arena que volaba cuando el suelo les desapareció de debajo de los pies.

Fue el despertador lo que lo trajo a la conciencia.

¿Despertador?

Hellman abrió los ojos. Estaba en una gran cama debajo de una colcha rosa y azul. Estaba cómodamente recostado sobre blandas almohadas. Había un despertador en la mesilla de noche que tenía a un lado. Estaba sonando.

Hellman lo apagó.

—¿Te sientes bien? —le preguntó una voz.

Hellman recorrió la habitación con la mirada. A su derecha, sentada en un sillón excesivamente mullido, había una mujer. Una mujer joven. Una hermosa mujer joven. Llevaba un traje de azafata de colores amarillo y mandarina. Tenía cabellos rizados rubios y ojos grises. Miró a Hellman con aire de descaro y posesión.

—Sí, estoy bien —le replicó Hellman—. ¿Quién eres tú?

—Soy Lana —le replicó la joven.

—¿Eres una prisionera?

Ella se echó a reír.

—¡Dios mío, no! Yo trabajo para esta gente. Estás en Poictesme.

—Lo último que recuerdo es que el suelo cedió.

—Sí. Caísteis en Poictesme.

—¿Qué hay de los deltoides?

—No existe afecto alguno entre los deltoides y los robots de Poictesme. Los robots les echaron un buen rapapolvo por habernos invadido y los echaron con cajas destempladas. Los deltoides tuvieron que aceptarlo porque estaban en falta. Les divirtió mucho a los poictesmeanos ver a los habitualmente arrogantes deltoides, seguros de sí mismos, marcharse cabizbajos y arrastrando la cola.

—¿La cola?

—Sí. Los deltoides tienen cola.

—Yo no estuve lo suficientemente cerca de ellos como para verles la cola —le dijo Hellman.

—Créeme, tienen cola. Existe un modelo albino que carece de ella, pero ese sólo se da en el Valle Lemurton, que está a más de ochocientos vasck de aquí.

—¿Cuánto mide un vasck?

—Equivale aproximadamente a una milla terrícola, o a 1,6 kilómetros, es decir, que es igual a cinco mil doscientos ocho yups.

—¿Pies?

—Aproximadamente, sí.

—¿Cómo puede ser que los deltoides hayan caído en Poictesme? ¿Es que no

sabían que estaba aquí?

—¿Cómo podían saberlo? Poictesme es una de las ciudades excavadoras.

—¡Oh, qué tontería por mi parte! —reflexionó Hellman—. ¡Una ciudad excavadora! ¿Cómo puedo no haber pensado en ello?

—Estás burlándote de mí —le dijo la joven.

—Bueno, quizá un poco. Así pues, ¿Poictesme pasó excavando por el lugar en el que estaban reunidos todos esos deltoides con el fin de capturar o matar al cazacoches?

—Eso es, exactamente. La corteza de tierra era fina en ese punto, y de todas formas ellos no deberían de haber estado aquí porque esta región les fue dada a los poictesmeanos para que vivieran sobre o debajo de ella, según su antojo.

—Bueno, creo que lo he comprendido —dijo Hellman—. ¿Dónde están los poictesmeanos, ya que hablamos de ellos?

—Aquí mismo. Estás en Poictesme —le replicó Lana.

Hellman miró alrededor de sí. No lo comprendía. Luego lo comprendió.

—¿Quieres decir que esta habitación...?

—No, la casa misma. Los poictesmeanos son robots constructores de casas.

Hellman se enteró de que los poictesmeanos comenzaban su vida como diminutas esferas metálicas dentro de las cuales habían partículas infinitesimales en movimiento, así como una fábrica química en miniatura. Los poictesmeanos comenzaban como robots pequeños, apenas más grandes que el ADN y los orgánulos. Su plan se desarrollaba a partir de ese punto. Lentamente comenzaban a construir una casa a su alrededor. Eran igualmente diestros en el trabajo de la madera como en el de la piedra. Hacia la pubertad ya podían fabricar ladrillos en su horno interno natural. La mayoría de los poictesmeanos construían casas de seis a ocho habitaciones. Dichas casas no eran para su propio uso. Resultaba obvio que los poictesmeanos no necesitaban las elaboradas estructuras con ventanas miradores y sus garajes abiertos, que llevaban consigo a todas partes, ampliándolas poco a poco y pintándolas una vez al año. Pero las instrucciones que tenían grabadas, además de su factor de dirección racial (FDR), se combinaban para hacer que produjeran casas cada vez mejores. Vivían en primorosos suburbios en los que cada poictesmeano ocupaba el cuarto de acre de tierra que le había sido adjudicado. Al caer la noche, de acuerdo con una antigua orden, las luces de las calles y las casas se encendían. Los poictesmeanos tenían también algunos proyectos comunales. Un teatro y una sala de cine. Pero no se proyectaba ninguna película porque los poictesmeanos nunca habían conseguido dominar el arte de la cinematografía. Y de todas formas, ¿quién había que pudiera asistir a su teatro y su sala de cine? Los poictesmeanos eran una raza simbiótica, pero no han tenido nunca un simbiote con el que compartir las cosas.

—¿Es por eso por lo que te tienen aquí? —le preguntó Hellman—. ¿Para que vivas en una de sus casas?

—O, no. Yo soy una asesora de diseño —le replicó Lana—. Son muy

quisquillosos; especialmente en lo que se refiere a sus alfombras y cortinas; y también importan jarrones que les compran a los seres humanos, porque no están programados ni motivados para hacer cosas de ese tipo por sí mismos.

—¿Cuándo conoceré a uno de ellos?

—Querían que te sintieras cómodo antes de hablar contigo.

—¡Qué amable por su parte!

—Oh, no lo creas; tienen sus razones. Los poictesmeanos tienen razones para todo lo que hacen.

Hellman quiso saber qué había ocurrido con el bibliotecario y el cazacoche, pues a aquellas alturas los consideraba sus amigos. Pero Lana, o bien no lo sabía o bien no quería decírselo. Hellman se preocupó durante un rato por el asunto, y luego dejó de pensar en ello. Sus dos amigos estaban hechos de metal, y podía esperarse que supieran cuidar de sí mismos.

Lana hablaba a veces de su familia y sus amigos que estaban en la Colina Zoo. No respondía a las preguntas directas de Hellman, pero le gustaban las evocaciones. Por lo que le contó, Hellman se hizo la idea de una vida idílica, algo así como medio polinesia y medio hippie. Aparentemente, los seres humanos no hacían demasiado, aparentemente. Tenían jardines y tierras de cultivo, pero de todo ello se cuidaban los robots. De hecho, los robots jóvenes de las ciudades de Nuevaestrella se prestaban a esos trabajos de forma voluntaria. Se trataba de robots que pensaban que había algo noble en los seres humanos. Los demás robots los llamaban los humanizados. Habitualmente, sin embargo, se consideraba que no era más que el tipo de capricho que era de esperar en un robot joven.

Hellman se levantó de la cama y se puso a recorrer la casa. Se trataba de una vivienda bonita, en la que todo era automático. El poictesmeano que constituía la inteligencia de la casa hacía todo el trabajo y se encargaba de su organización. A los poictesmeanos les gustaba adelantarse a los deseos de uno. La casa estaba siempre cocinando comidas especiales para Hellman. De dónde sacaba el redondo de ternera o los kiwis, fue algo que Hellman no preguntó. Existía algo así como el querer saber demasiado, y él no lo ignoraba.

Cada casa tenía su propio clima y, en el patio trasero, una piscina. A pesar de que estaban bajo tierra, unas lámparas emplazadas al final de unos altos postes les proporcionaban luz cenital.

Hellman se aficionó mucho a Lana. Pensaba que era un poco tonta, pero dulce. Tenía un aspecto estupendo con el traje de baño. No pasó mucho tiempo antes de que Hellman le hiciera a Lana una propuesta formal de procreación mutua, entre él y ella, tú y yo, nena. Lana le respondió que le encantaría, pero no en aquel momento. Quizá algún día, pero no en aquel momento. Cuando Hellman preguntó por qué no en aquel momento, ella le replicó que algún día se lo explicaría y que ambos se reirían de ello. Hellman había oído eso mismo en una ocasión anterior. No obstante, continuó siendo muy aficionado a Lana y a ella también parecía gustarle él, aunque esto último podía

deberse a que él era la única persona humana de Poictesme. Ella dijo que no se debía en absoluto a eso; él le gustaba de verdad; él era diferente; procedía de la Tierra, un lugar que ella siempre había querido conocer porque incluso a tanta distancia del sistema solar había oído hablar de París y Nueva York.

Un día Hellman entró en la sala cuando Lana se había marchado a uno de sus misteriosos recados. Nunca le decía adónde iba, sino que simplemente le dedicaba una leve sonrisa, medio de disculpas, medio desafiante, y se despedía con un «te veré luego, monada». Aquello le fastidiaba a Hellman porque no tenía adónde ir y hacía que se sintiera en desventaja.

En la sala, advirtió por primera vez la existencia de un televisor de treinta pulgadas empotrado en la pared. Probablemente ya lo había visto antes, pero no se había fijado realmente en él. Ya se sabe lo que ocurre cuando uno está demasiado lejos como para poder ver sus programas preferidos.

Se acercó al aparato. El aspecto era el de un televisor normal. En la base tenía un botón. Con curiosidad, Hellman lo hizo girar. La pantalla se encendió y en ella apareció el rostro de una mujer.

—Hola, Hellman —le dijo la mujer—. Me alegro de que por fin hayas decidido tener una conversación conmigo.

—No sabía que estuvieras allí —le replicó Hellman.

—¿Y dónde más podía estar el espíritu de la casa que dentro de su aparato de televisión? —inquirió ella.

—¿Es realmente ese el aspecto que tienes? —le preguntó Hellman, a su vez.

—En el sentido estricto de la idea —le respondió ella—, yo no tengo aspecto ninguno. O tengo el que tú quieras que tenga. De hecho, yo tengo el aspecto de la casa que soy. Pero una casa es demasiado grande y complicada como para servir de interlocutor. Por ese motivo, los poictesmeanos adquirimos una personalidad y nos convertimos en el espíritu de nuestra propia casa.

—¿Por qué te apareces como si fueras una mujer?

—Porque soy una mujer —fue la réplica de ella—. O al menos soy femenina. El femenino y el masculino son dos de los grandes principios del universo, cuando se los contempla desde un determinado punto de vista. Nosotros, los poictesmeanos, adoptamos cualquier punto de vista de acuerdo con los profundos ritmos universales. Tengo entendido que eres del planeta Tierra.

—Exacto —dijo Hellman—; y me gustaría regresar allí.

—Es posible —le dijo ella—, que eso pueda arreglarse. Suponiendo que contemos con tu cooperación, por supuesto.

—Diablos, claro, yo soy muy cooperador —le aseguró Hellman—. ¿Qué queréis que haga?

—Queremos tu ayuda para salir de aquí.

—¿Fuera de Poictesme?

—No, idiota, nosotros somos Poictesme. Lo que queremos es trasladar toda

nuestra ciudad a tu planeta Tierra.

—Pero vosotros no sabéis cómo son las cosas en la Tierra.

—Y tú no sabes cómo son las cosas aquí. En este planeta han un problema muy grave, Hellman. Dentro de nada estallará aquí un infierno. Los poictesmeanos somos robots de su casa y no nos interesa la guerra, no los extraños planes revolucionarios de algunas de las personas de Poictesme.

—¿Queréis que la gente de la Tierra os dé simplemente algunas tierras en las que podáis vivir?

—Eso es. Podemos pagar a nuestra vez, claro está. Podemos alquilarnos para que nos ocupen los humanos de la Tierra.

—¿Queríais hacer algo así?

—Por supuesto. La función de una casa es la de ser habitada. Pero nadie de este planeta quiere vivir dentro de nosotros.

—¿Y por qué?

—Ya te lo hemos dicho; están todos bastante locos.

—Estoy seguro de que puede arreglarse algo —dijo Hellman—. Las buenas viviendas siempre van buscadas en la Tierra. Simplemente tendremos que enviar algunas naves grandes para que os trasladen, eso es todo.

—Eso me parece bien.

—Trato hecho, entonces. ¿Cuándo podemos empezar?

—Bueno, hay un problema que debemos superar antes de poder hacer algo.

—Suponía que sería así —dijo Hellman—. Olvidaros de los problemas; simplemente llevadme de vuelta a mi nave y yo me encargaré del resto.

—Ese es precisamente el problema. Tu nave ha sido capturada y llevada a Robotsville.

Mientras Hellman había viajado con Wayne el cazacoche hasta la reunión, los observatorios de Robotsville habían leído e interpretado las señales enviadas durante el aterrizaje violento de la nave en Nuevaestrella. Fue la interpretación lo que más tiempo les había llevado, dado que en el pasado se habían recibido de vez en cuando señales que significaban que acababan de aterrizar naves, y desgraciadamente habían resultado ser interpretaciones erróneas. Siendo este el caso, el Astrónomo Real había elaborado la teoría de que las señales que indicaban el aterrizaje de una nave podían ser tomadas como un indicio de que en realidad no había aterrizado nave alguna. Aquello fue considerado algo ingenioso pero fútil en una reunión de Robots Preocupados por una Robotsville Más Segura. La opinión pública dejó claro que esta señal última, exactamente igual que las anteriores, tendría que ser investigada.

Así pues, un escuadrón de la Guardia Real de Caballería de Robotsville había sido enviada al mando del Coronel Trotador. Dicho escuadrón estaba compuesto por ciudadanos regulares que habían escogido tener cuerpos de centauro, mitad

humanoides y mitad caballos, y cuya estructura total estaba construida con un material de tipo mecano y era movido por pequeños motores inteligentemente engranados. La fuente original de energía era atómica, por supuesto; la energía atómica ponía en movimiento los engranajes diminutos, luego los pequeños y finalmente los de mayor tamaño.

Este escuadrón de centáuricos robots, algunos de color laurel, otros de color nogal, otros rodados y unos pocos ruanos y pintos, desembocaron en la llanura, con las espuelas y los arreos tintineando, y contemplaron la nave espacial. Los centauros estaban consternados porque esperaban hacer nada más que un desfile de inspección, no enfrentarse con la dificultad real de qué hacer con una nave espacial alienígena. Las preguntas fueron transmitidas a la ciudad, y se celebraron reuniones de las altas esferas de los consejos. Se votó en una asamblea ciudadana abierta a todos los seres inteligentes de grado siete o más alto —los del seis aún no habían ganado su derecho al voto en aquella época— que se enviara un regimiento entero de agarradores para que transportaran a la nave alienígena tras haber averiguado, en primer lugar, sus intenciones.

Interrogaron a la computadora de la nave que les respondió con su nombre, rango y número de serie, como se lo ordenaban sus grabaciones de seguridad. Pero tenía el suficiente dominio parcial sobre sus circuitos de comunicación como para decirles a los centauros que, hablando sólo en su nombre, sus intenciones eran pacíficas y no llevaba a bordo ningún arma o inteligencia oculta. Los robots de Robotsville tendían a aceptar la palabra de las computadoras en aquellas épocas de relativa candidez, así que los robots construyeron una plataforma rodante en el sitio mismo, subieron a la nave encima mediante el diestro empleo de cuerdas y poleas, y la llevaron de vuelta a la ciudad.

—Bien, pues —dijo Hellman—, es bastante simple. Tenéis que llevarme a Robotsville para que pueda recuperar mi nave. Entonces podré hacer algo por vosotros en la Tierra.

La imagen de la pantalla de televisión pareció dubitativa.

—Nosotros no somos muy apreciados en Robotsville, desgraciadamente.

—¿Y por qué?

—Oh, no entremos ahora en detalles de esa índole —le replicó el robot casa.

Hellman estaba dándose cuenta, y no por vez primera, que los robots podían mostrarse evasivos y, si se los había programado correctamente, ser unos mentirosos consumados.

La poictesmeana dijo que pensaría en el asunto y lo discutiría con los demás. Su imagen se desvaneció de la pantalla. Hellman se sintió modestamente optimista hasta que Lana regresó y se enteró de la conversación.

Lana dijo que ella no confiaba en los poictesmeanos y que creía que Hellman tampoco debía hacerlo. No era que estuviese intentando decirle cómo debía pensar. No era que le importara un rábano lo que él pensara. Pero sólo quería que supiese que

sus opiniones acerca de los robots se basaban en toda una existencia de vivir cerca de ellos, tiempo durante el cual había observado su forma de actuar, y que también contaba con la valiosa intuición de sus amigos, los cuales también dedicaban una parte de su tiempo y energías a observar a los robots. Ahora bien, le dijo con un tono dulcemente sardónico, era posible que Hellman conociera a los robots mejor que nadie. Era posible que, con una sola mirada de sus inteligentes ojos, hubiera averiguado más de lo que Lana y su gente habían sido capaces de deducir.

Lana podía continuar en aquella vena durante mucho rato. Al principio, Hellman pensó que era rara porque era una alienígena. Luego decidió que probablemente fuera rara incluso para ser una alienígena. De hecho, pensó, podría estar un poco chalada.

De alguna forma, Lana había oído hablar de la ciudad de Hollywood del planeta Tierra, y lo que ella realmente quería de Hellman era que le contara historias de las estrellas. Se sentía fascinada por el hechizo de todo aquello. Le hacía describir detalladamente el Grauman's Chinese Theater, a pesar de que Hellman no había estado nunca en California. También quería que le hablara de Verónica Lake. Hellman descubrió que de nada servía decir que no sabía nada de ella. Lana siempre pensaba que estaba mintiendo, y se ponía de malhumor hasta que él le contaba algo, cualquier cosa.

Le contó que Verónica Lake era una de dos hermanas siamesas, Verónica y Schlemonika, y que Schlemonika había sido apartada de su lado después de la operación que cortó la conexión que las unía por la cabeza (de ahí que llevara el cabello largo a un lado, para ocultar la cicatriz), y llevada a un convento en lo alto de las Montañas Rocosas del Canadá. En cuando a Verónica, había tenido tres esposos, uno de ellos primo del rey Zug de Albania; y así sucesivamente.

Lana le traía el café cada mañana, cuando regresaba de dondequiera que pasara la noche. Hellman intentaba conquistarla, pero resultaba difícil porque la casa no lo dejaba salir de casa. No tenía dinero para comprarle un regalo, e incluso en el caso de que lo hubiera tenido, todavía no había visto tienda alguna en aquel planeta.

Lana decía que él le gustaba mucho pero que aquel no era el momento indicado para un compromiso amoroso. Hellman no le dijo que bueno, nos las arreglaremos sin el compromiso, limitémonos a irnos a la cama juntos. No creía que eso pudiera resultar. Lana decía que habría muchísimo tiempo para considerar el tener una relación con Hellman cuando él la sacara con él de la casa y la llevara de regreso a la Tierra y a visitar Hollywood. Decía que se daba cuenta de que era un poco mayor como para ser una estrellita de la gran pantalla, pero que todavía estaba a tiempo de pensar seriamente en desarrollar una carrera de actriz.

—Claro —le respondió Hellman y se dispuso a pasar la tarde mirando por la ventana hacia las casas que estaban al otro lado de la calle. Encendían las luces cada noche, de la misma forma en que lo hacía la casa en la que él se hallaba, pero no tenían gente en su interior. Hellman supuso que estaban practicando.

Luego, una noche en la que se hallaba sentado en el gran sofá y deseando tener un

periódico a mano, oyó un ruido proveniente de la bodega. Escuchó. Volvió a oírlo. ¡Sí! ¡Y otra vez! Un ruido en la bodega; se levantó con bastante emoción; algo estaba a punto de ocurrir.

La computadora de la casa estaba profundamente dormida. Se iba a dormir cada noche y no se despertaba hasta el regreso de Lana. Pero de todas formas Hellman caminó de puntillas, temeroso de despertarla, hasta la puerta de la bodega. Hellman intentó encender la luz emplazada en lo alto de la escalera. No funcionaba. Aquello era extraño: la casa era habitualmente escrupulosa en su mantenimiento. Podía llegar hasta la mitad de la escalera antes de que esta se perdiera en la oscuridad. Descendió con pasos suaves, aferrándose a las barandillas de ambos lados.

Al pie de la escalera llegaba un poco de luz proveniente de la cocina, que tenía la puerta abierta. Hellman avanzó cuidadosamente por el piso cubierto por diversos objetos. Reconoció una pelota de playa, un monopatín, una lámpara vieja, con pantalla de seda, tumbada. En un rincón había una pila de periódicos viejos. Vio una mesa de ping-pong, con una espesa capa de polvo encima. La luz destelló en los bordes afilados de una hilera de herramientas colgadas de una pared. Entonces volvió a oír el ruido.

—¿Quién está ahí? —preguntó Hellman con un fuerte susurro.

—No tan alto —le respondió otro susurro.

Hellman sintió que lo acometía la irritación. Últimamente todo el mundo le decía que se callara la boca.

—¿Quién está ahí? —repitió, esta vez con voz normal.

—¿Los números 150182074 significan algo para ti?

—Sí —replicó Hellman—. Es el código de acceso de la computadora de mi nave. ¿Cómo lo has averiguado?

—Me lo dijo tu computadora —le dijo la voz.

—¿Por qué?

—Para que confiaras en mí. Verás, ella confía en mí y me ha pedido que viniera a ayudarte.

«¡Buena vieja computadora!», pensó Hellman. Luego, la sensación de placer que le producía el hecho de que la computadora cuidara de él, fue reemplazada por la precaución. ¿Cómo había conseguido su computadora programarse de forma que pudiera decidir que Hellman necesitaba ayuda? ¿Cómo había conseguido anular su condicionamiento con el fin de darle a aquel robot, o lo que quiera que fuese, el número de acceso? ¿O es que nada de eso había ocurrido? Quizá los robots de Robotsville habían hecho saltar el código de la computadora e ideado aquel subterfugio para sacar a Hellman de Poictesme y hacer que cayera en las manos de ellos.

—¿Cómo está mi computadora? —preguntó, para contemporizar.

—Está bien. Pero no tenemos tiempo para charlas intrascendentes. Me dijo que a ti te costaba decidirte en las situaciones de emergencia, aunque eras bastante rápido cuando no había peligro. Sin embargo, tendrás que decidir ahora mismo si quieres o no venir conmigo.

—¿Adónde iremos? —preguntó Hellman—. ¿Y qué pasará con Wayne el cazacoches y con el bibliotecario Jorge?

—¿Es que soy yo su padre? Hago lo que puedo. De todas formas, ellos están bastante a salvo. Eres tú quien tiene problemas.

—¿Y qué será de Lana?

—¿Quieres quedarte donde estás y continuar con la costumbre de que ella te traiga el café cada mañana?

—Creo que tengo algunas otras cosas mejores que hacer que eso —reflexionó Hellman—. De acuerdo, larguémonos de aquí.

Estaba demasiado oscuro como para que Hellman pudiera distinguir la apariencia de su rescatador; pero por la dirección de la que provenía la voz, a la altura de la cintura, estaba bastante seguro de que era pequeño. Era razonable esperar que se tratara de un robot. Todos los que hasta aquel momento había conocido en Nuevaestrella eran robots, excepto Lana, y todavía no estaba demasiado seguro por lo que a ella respectaba.

El rescatador echó a correr delante de él hacia la puerta del horno, y la abrió. Dentro danzaban alegres llamas. La luz del fuego reveló el aspecto del robot. Tenía alrededor de un metro de estatura, llevaba o bien una peluca o una larga melena de ondeantes cabellos oscuros, y su rostro era inteligente, algo altanero, con un bigote de bandido. Llevaba una chaqueta de cheviot y pantalones tejanos azules. Era erecto y bípedo, llevaba zapatillas de deporte y también gafas de sol.

—Por cierto, me llamo Harry —dijo el robot. Subió una pierna y la metió dentro del horno.

—¡Eh! Yo no voy a entrar allí —le advirtió Hellman.

—Las llamas son falsas —le aseguró Harry.

Metió dentro la otra pierna. Hellman acercó cautelosamente una mano al fuego, y la retiró.

—¡Está caliente!

—Eso no es más que calor simulado. Venga ya, Tom, que este no es el momento de hacer el tonto. Tu computadora me advirtió que eras así.

—Tendré que tener una pequeña conversación con esa computadora —dijo Hellman, mientras metía una pierna en el horno y luego, al ver que no le quedaba incinerada, la otra.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó una voz conocida.

Era la casa. De pronto, las luces del sótano se encendieron. Se disparó una alarma. Hellman respiró profundamente y se lanzó hacia las llamas.

Las llamas brillaban en torno a él. Se enfurecían y rugían, y despedían una calidez suave, pero en ellas no había calor real. Hellman se sentía fascinado por hallarse en medio de llamas falsas y calor simulado. Sabía que estaba en el buen camino. Iba a echar de menos algunas de las comidas que le preparaba la casa. La casa era una buena proveedora. Probablemente las casas como esa tuvieran un buen futuro en la Tierra. Si no había ninguna auténtica razón en contra, todavía podría formar una sociedad con Poictesme, vender sus servicios en la Tierra, hacerse rico rápidamente.

Primero tendría que averiguar, por supuesto, si aquellos eran realmente los robots de la Estación Desdémona, y, si era así, si de verdad habían burlado o anulado su condicionamiento de las Tres Leyes de la robótica. La Dirección de Salud Pública nunca le permitiría importar aquellas casas si eran capaces de matar personas. Pero si eran los robots de Desdémona, con el asesinato en sus corazones, o más bien en sus grabaciones, reconcomiéndoles los chips, en aquel caso, habría recompensas que cobrar, premios en metálico. Quizá en ese caso se llevaría consigo a Lana. Era muy mona y estaba seguro de que él le gustaba, aunque su forma de expresarlo fuese rara.

También intercambiaría algunas palabras con la computadora cuando regresara a la nave. Era una conducta muy peculiar aquella de revelar el número del código de acceso. Sin duda lo había hecho para protegerlo a él, pero ¿era así realmente? ¿Podría haber sido su propia computadora reprogramada por algún elemento antisocial del planeta Nuevaestrella? Y ya que estaba en ello, ¿qué había de los seres humanos de Nuevaestrella? ¿Habrían dejado con vida a algunos de ellos los robots? ¿Qué papel jugaban en todo aquello?

Hellman hacía todas aquellas consideraciones mientras las llamas rugían alrededor de él. Casi había olvidado dónde se hallaba. Así se protege la mente cuando se enfrenta con una situación intolerable. En aquel momento advirtió que las llamas estaban disminuyendo. Cuando la luz deslumbradora desapareció, vio a Harry, el robot que había ido a rescatarlo, de pie cerca de él.

—¿Por qué llevas gafas de sol? —le preguntó Hellman.

—¡Dios mío! ¿Es eso lo único que se te ocurre preguntarme en un momento como este?

—¿Por qué habláis tanto de Dios los robots? —inquirió Hellman—. ¿Es que sabéis algo que yo no sepa?

—Tu computadora tenía razón —dijo Harry—. Es divertido estar contigo. Uno nunca sabe qué dirás a continuación. Vamos, salgamos del horno. ¿Apuesto a que tienes hambre, y sed, y quizá también sueño?

—Sí, todo lo de la lista —replicó Hellman.

—¡Qué agradable debe de ser eso de tener un condicionamiento tan instintivo! Los robots hemos estado durante mucho tiempo intentando simular apetito. Es bastante fácil imitar los impulsos humanos, pero difícil conferirles una urgencia real.

—Pero, de todas formas, ¿por qué ibais a querer tener algo así? —le preguntó Hellman—. Los impulsos y las emociones te dan un montón de problemas. A veces

llegan a matarte.

—Sí —concedió Harry—. ¡Pero vaya vida!

Hellman pensó en Lana.

—¿Nunca sentís la urgencia de, por ejemplo, aparearos con alguien de vuestra especie aunque sea malo para vosotros pero que al diablo con ello porque queréis hacerlo de todas formas?

—No realmente —le dijo Harry—. Por supuesto, hemos aprendido a simular perversidad, eso no es difícil. Pero el auténtico asunto... Bueno, eso cuesta mucho. Pero hemos comenzado a trabajar en un programa mediante el cual podemos experimentar todo eso.

—¿Todo qué?

—Todos los estados de ánimo, matices, sensaciones y sentimientos humanos. También estamos experimentando con todos los aspectos del lado creativo natural. Pero ya continuaremos hablando de eso más tarde. Ahora salgamos de aquí.

Se hallaban ya en el exterior del horno. De pie allí fuera, Hellman podía ver que no era un horno. Ya no. Quizá lo había sido antes. De alguna forma, se había marchado a algún otro lugar. Hellman había salido por la puerta de una pequeña bodega. Aparentemente se hallaba en un lugar muy bucólico lleno de frondosos árboles y setos de flores silvestres.

—¿Te gusta? —preguntó Harry.

—Muy bonito. ¿Es tuyo?

—Sí. Me gusta venir aquí siempre que puedo. Por cierto, todo esto es simulado, hasta la última brizna de hierba.

—¿Y por qué no has simplemente plantado un jardín?

—Necesitamos expresarnos —fue la respuesta de Harry—. Ven, tengo una pequeña vivienda cerca. Estoy seguro de que podré darte algo de beber y comer. Luego necesitarás echar un sueño, y más tarde podremos continuar.

—¿Continuar con qué?

—Con el siguiente paso. Me temo que no va a resultar tan fácil como todo lo que ha ocurrido hasta ahora.

Harry le contó a Hellman que él vivía en la sección de los Jardines Gollag de Robotsville, bastante cerca del puente sur que atravesaba el río Visp. Era diseñador de moda. Hellman se mostró sorprendido ante aquello porque sólo estaba habituado a los robots dedicados a tareas industriales.

—Eso era en los viejos tiempos —le explicó Harry—, cuando los robots estaban en desventaja a causa de las leyes racistas de la Tierra. ¡Todo aquel parloteo de que los robots no son verdaderamente creativos! ¡Como si ellos supieran algo! Puedo asegurarte que hago mi trabajo mejor que la mayoría de los diseñadores de la Tierra.

—Pero ¿para quién diseñas la ropa? —le preguntó Hellman.

—Para otros robots, por supuesto.

—No puedo comprenderlo. Nunca antes había oído decir que los robots llevaran

ropa.

—Sí, he leído bastante sobre el tema. Los seres humanos eran realmente cándidos en los viejos tiempos. Esperaban grandes cosas de sus robots, pero los tenían desnudos. ¿Qué criatura que tenga un gramo de respeto por sí misma y la más ligera pretensión de civilización, puede dar lo mejor de sí si anda por ahí desnuda?

»La noticia de tu nave fue recibida en la ciudad como una bomba. Todos nosotros hemos estado teorizando durante mucho tiempo acerca de cómo son realmente los seres humanos.

—Tenéis algunos en este planeta, ¿no es así?

—Esos no cuentan. Hace mucho que están lejos de la Tierra. Han perdido completamente el contacto. Se vuelven hacia nosotros en busca de guía.

—Ah. Ya comprendo a qué te refieres.

—Queremos saber de primera mano cómo son los seres humanos, cómo es un auténtico ser humano del planeta Tierra.

No fue hasta más tarde que Hellman apreció la fuerza que impulsaba al robot a ser considerado creativo y agradable.

Harry lo había llevado por un desvío hasta una casa de las afueras de Robotville. Tras salir de la casa, trazó una ruta. Continuarían a pie y con precaución. Incluso en Robotville había elementos políticos que estaban esperando para aprovecharse de la inevitable confusión que causaría la llegada de Hellman.

La primera impresión que Hellman tuvo de Robotville no era tranquilizadora. La periferia era como un depósito de chatarra de varios pisos de alto y que se extendía a lo largo de aproximadamente un kilómetro y medio en ambas direcciones. Aunque parecía descuidado, las estructuras abiertas estaban sólidamente soldadas en su sitio. Había edificios, verandas y estructuras de todo tipo, la mayoría de las cuales yacían en ángulos extraños, ya que los robots no eran muy dados a los ángulos rectos. A pesar de que había calles al nivel del suelo, la mayor parte de los robots empleaba los pasos elevados para ir de un lugar a otro.

—No esperaba que fuera así —comentó Hellman.

—Es más cómodo para los robots viajar al estilo de los monos, utilizando una serie de cables, que caminar por el suelo como los hombres —le explicó el robot.

—Pero he visto que todos tienen pies.

—Por supuesto. Tener pies es una señal de que se es civilizado.

Civilizados o no, Hellman vio que la mayoría de los robots de aquella parte de Robotville tenían cuerpos redondos como calamares, con seis u ocho extremidades tentaculares acabadas en miembros prensiles de diferente forma. Al igual que las piernas, por supuesto, que colgaban como tentáculos mientras los robots se balanceaban a través del laberinto de cables como chimpancés. Muy pronto salieron de aquel suburbio superpoblado y se hallaron en el centro de otro distrito. Este estaba compuesto por edificios de cinco o seis pisos, algunos de cemento, otros contruidos con algo que parecía hierro forjado. Mientras avanzaban se cruzaron con muchos

robots, que tuvieron buen cuidado de no mirarlos fijamente, a pesar de que la mayoría de ellos no había visto nunca antes un ser humano. La cortesía, le explicó Harry, parecía estar arraigada en la psiquis de los robots.

Harry le señaló el Museo de Arte Moderno, el Jardín Escultural, la Ópera, el Auditorio.

—Esta noche hay un concierto —dijo Harry—. Quizá te interese asistir si no estás demasiado cansado.

—¿Qué van a tocar?

—Son los robots compositores modernos. No los has oído nunca, seguramente, pero te agradeceríamos que nos dieras tu opinión. No es muy frecuente que tengamos a un ser humano escuchando nuestras creaciones. Y los pintores y escultores están también bastante emocionados por tu llegada.

—Sería agradable asistir —replicó Hellman, dudándolo.

—Sin duda nuestras creaciones te parecerán provincianas —continuó Harry—, pero quizá no enteramente carentes de mérito. De momento, sin embargo, voy a llevarte a mi club, el Ateneo. Allí conocerás a algunos de mis amigos; han preparado una comida ligera, y habrá libaciones adecuadas para ti.

—Eso me parece bien —dijo Hellman—. ¿Cuándo podré regresar a mi nave?

—Pronto, pronto —le prometió Harry.

El Ateneo era un imponente edificio de mármol blanco, con columnas corintias en la fachada. Harry abrió la marcha. Un robot alto y delgado, vestido con un frac negro, como un mayordomo o posiblemente un lacayo, les abrió la puerta.

—Buenas tardes, *lord* Sinapsis —dijo el mayordomo—. ¿Es este el amigo que mencionó antes?

—Sí, este es el señor Hellman, el terrícola —replicó Harry—. ¿Hay algún otro socio por aquí?

—*Lord* Volante y Su Santidad el Obispo de la Provincia Transversal están en la sala de billar. El Probo Honorable Edward Blisk está en la sala de socios, leyendo un número atrasado de la *Zeitung Tageblatt*.

—Bueno, no está mal —dijo Harry—. Ven conmigo, Hellman.

Mientras avanzaban por el corredor alfombrado y pasaban ante la larga hilera de retratos de robots al óleo que colgaban de las paredes, algunos de ellos con frac y peluca, Hellman dijo:

—No sabía que tuvieran título nobiliario.

—Ah, eso —replicó Harry—. No es el tipo de cosas de las que uno anda hablando por ahí, ¿no crees?

La sala de socios era amplia y cómoda, con miradores profundos y moqueta azul. Había varios robots sentados en sillones que leían periódicos unidos a una varilla. Todos llevaban ropas formales a las que completaban las corbatas de sus regimientos

y unos botines muy lustrosos.

—¡Ah, allí está el vizconde Lineadesaque! —dijo Harry, señalando a un robot corpulento que llevaba una chaqueta de caza de cheviot y leía un periódico—. ¡Basil! Quiero que conozcas a un amigo mío, el señor Thomas Hellman.

—Encantado —dijo Basil Lineadesaque, que comenzaba a ponerse de pie pero volvió a sentarse cuando Hellman le indicó que no debía molestarse—. Así que este es el ser humano, ¿eh? Creo que me han informado que es usted de la Tierra, señor Hellman.

—Así es, el viejo querido planeta de origen —replicó Hellman.

—No hay ningún planeta como ese, ¿eh? —dijo Lineadesaque—. Bueno, siéntese, señor Hellman. ¿Están tratándolo bien? Puede que estemos un poco atrasados aquí, en Robotsville, pero confío en que no hayamos perdido los buenos modales. ¿Eh, Harry?

—Se está haciendo todo lo necesario para garantizar el bienestar del señor Hellman —le aseguró Harry.

Justo en ese momento se les acercó el mayordomo e hizo una reverencia.

—Sobre el aparador hay una comida ligera, señor Hellman. Nada elaborado. Salmón, redondo de ternera frío, trucha, ese tipo de cosas.

Hellman se permitió dejarse tentar. Saboreó la comida, primero con precaución y luego con creciente abandono. El salmón era delicioso, y las patatas al romero no tenían nada que envidiarles a otras que había comido anteriormente.

Harry y Basil lo observaban comer, con expresión aprobadora.

—Lo hemos sorprendido, ¿eh? —dijo Basil—. Apuesto a que pensaba que le daríamos una lata de aceite de máquina y unas virutas de acero, ¿eh? Ese es el tipo de cosas que comemos nosotros, excepto en los días de fiesta en los que tomamos empaquetaduras hervidas con hierro picado. Buen material, ¿eh, Harry?

—Realmente muy bueno —concedió Harry—. Pero no es adecuado para los seres humanos.

—Por supuesto. ¡Eso lo sabemos! Pruebe la trucha, señor Hellman.

Así lo hizo Hellman y la declaró deliciosa. Pensó en inquirir cómo la habían hecho, pero decidió no formular la pregunta. Tenía buen sabor, era la única comida asequible para él en aquel momento, y había algunas cosas que prefería no saber.

Después de semejante comida, parecía demasiado mezquino volver a preguntar por su nave; pero Hellman lo hizo. Las respuestas que recibió fueron evasivas. La computadora de su nave, tras haberle dado a Harry el código de acceso, decidió que su acto había sido prematuro y había cortado el contacto con los robots de Robotsville. Hellman pidió que lo dejaran hablar con su nave, pero Harry le dijo que lo mejor sería dejarla en paz durante algún tiempo.

—Comprenderás que es un shock bastante grande para una computadora venir a un lugar como este. La computadora de tu nave probablemente está teniendo algunas dificultades de adaptación. Pero no te preocupes. Lo superará.

El concierto resultó interesante pero Hellman no sacó mucho provecho de él. Le gustó la primera parte, cuando la orquesta de robots tocó antiguas obras de arte de Hindemith y Bartok, aunque incluso eso lo superaba un poco. No obstante, la segunda parte, durante la cual la orquesta tocó creaciones recientes de los compositores de Robotsville, le resultó dura. Resultaba evidente que las capacidades auditivas de los robots eran mucho más agudas que las humanas, o al menos más aguda que la de Hellman, cuyos gustos musicales se inclinaban por el *rock and roll*, con el bajo afinado lo más agudo posible. Los robots del público —había alrededor de trescientos, todos con trajes de etiqueta y pajarita— apreciaban realmente los intervalos fraccionales y las complicadas disonancias.

Cuando hubo acabado, los robots le tenían preparada una cena consistente en redondo de ternera al horno y jamón, patatas a la cebolla y uvaespina con crema cuajada de Devonshire. Y luego a la cama.

Le habían preparado una *suite* muy agradable en el segundo piso del club Ateneo. Hellman estaba cansado. Aquel había sido un día muy largo. Decidió hacer algo acerca de su nave al día siguiente. Insistiría si fuera necesario. Pero de momento tenía sueño y estaba lleno de aquel postre de uvaespina con crema. Durmió entre sábanas de seda, tejidas, según la etiqueta que tenían pegada, por robots especiales hiladores de seda de la sección oriental de la ciudad.

Hellman fue despertado a altas horas de la noche por el ruido de algo que rascaba su puerta. Hellman se sentó en la cama de un salto. Sí, volvía a sonar. No podía ver nada a través de las ventanas de la habitación, por lo que debía ser aún de noche. O eso, o había despertado durante un eclipse solar, pero esto último parecía improbable.

Nuevamente llegó hasta él el sonido de aquello que rascaba. Hellman decidió que un gato sería una compañía agradable en aquel momento, aunque no tenía ni idea de cómo podría haber llegado un gato hasta Nuevaestrella. Se levantó y abrió la puerta.

Al principio pensó que las dos personas que estaban ante la puerta eran robots, porque estaban vestidas con trajes ajustados de color plata y llevaban complicados cascos de plástico a prueba de balas con placas visoras transparentes a través de las cuales Hellman no podía ver, pero presumiblemente los que las llevaban sí podían.

—¿Hay algún robot ahí dentro contigo? —preguntó uno de ellos con una voz ronca y muy humana.

—No, pero qué...

Ellos pasaron apresuradamente ante él al interior de la habitación y cerraron la puerta. Ambos levantaron las placas visoras y dejaron al descubierto unos rostros indudablemente humanos de la variedad bronceada y rubicunda. El más alto de los dos llevaba un bigote pequeño. El más bajo y rechoncho tenía un bigote algo más grande con muchas hebras blancas. Hellman recordaba haber leído en alguna parte que los robots nunca habían conseguido que les crecieran bigotes de verdad. Eso, más

que las tarjetas de identificación plastificadas que le enseñaron, lo convenció de que eran realmente seres humanos.

—¿Quiénes sois? —preguntó Hellman, que no se había fijado en los nombres impresos en las tarjetas de identificación.

—Yo soy el capitán Benito Traskers, y este es el teniente Lazarillo García, *a sus órdenes, señor*^[8].

—¿Sois de la Tierra?

—Sí, puede estar seguro, formamos parte del Grupo de Asalto Ecuatoriano de las Fuerzas Especiales de Primera del Sector Púrpura.

—¿Ecuatoriano?

—Sí, pero hablamos inglés.

—Ya lo veo. ¿Y por qué estáis aquí?

—Para sacarlo de esta, *señor*.

—Yo no necesito que nadie me saque de nada —dijo Hellman—. No me hallo en ningún aprieto.

—Ah, pero lo estará —le dijo Traskers—, si no nos acompaña inmediatamente a nuestra nave.

—¿Tenéis una nave aquí?

—Es la única forma de viajar de un planeta a otro —le aseguró Traskers—. Está en el exterior, sobre el tejado, camuflada como un gran objeto informe.

Parecían tan nerviosos, mirando constantemente por encima del hombro hacia la puerta cerrada, que Hellman los complació vistiéndose apresuradamente con su traje de piloto de la República de Banana, y siguiéndolos al exterior de la habitación y pasillo abajo. Lo condujeron a las escaleras que llevaban al tejado.

—¿Pero cómo os enterasteis de que estaba aquí? —les preguntó Hellman mientras atravesaban la puerta del terrado y salían a la azotea.

—Nos lo dijo su computadora —le replicó García.

—¡Así que es eso lo que ha estado haciendo! Y, obviamente, también os dijo dónde encontrarme.

—Eso no es lo único que nos dijo —le aseguró Traskers con un tono insinuante a la manera latinoamericana.

—¿Qué más os dijo?

Ya habían llegado a la nave espacial. Era pequeña y, una vez desconectado el control de informidad, elegante. Lo subieron a bordo y cerraron la compuerta.

—Pero ¿qué ocurrirá con mi nave espacial?

—Abandonará este planeta por sus propios medios. Tiene que estar agradecido por tener una nave espacial, o más bien una computadora, leal. No todas las máquinas inteligentes se habrían tomado tantas molestias. Demos gracias a Dios por las Leyes de la Robótica.

—¿Pero a qué viene todo este secreto? ¿Por qué no habéis aterrizado normalmente y me habéis pedido que os acompañara? Estos robots son de lo más

complacientes.

Los dos pilotos no podían hablarle en aquel momento, porque estaban concentrados en el complicado proceso de despegar del terrado del Ateneo. La nave era perfectamente capaz de hacerlo por su cuenta, pero la regla de los comandos de choque era que todos los despegues y aterrizajes debían ser supervisados al menos por dos seres humanos, si los había presentes.

La nave comando era uno de los modelos modernos equipados con visión exterior por televisión que mostraban lo que uno hubiese visto de haber sido posible la visibilidad normal, por lo que Hellman pudo ver la oscura silueta del planeta que menguaba debajo de ellos, con una curva de luz brillante en el horizonte por el que el sol comenzaba a asomar. Al mirar hacia el espacio exterior, Hellman vio un parpadeo de pequeñas luces: la flota estelar de la Tierra que se mantenía estacionada en una órbita alta alrededor del planeta.

—¿Dónde está mi nave? —preguntó.

—Allí mismo —le dijo Traskers—. Segundo parpadeo de la izquierda. Ahora lo llevaremos hasta allí.

—Esto ha sido muy amable por vuestra parte, compañeros —les aseguró Hellman—, pero realmente no había ninguna necesi...

Se detuvo en mitad de la palabra. Una brillante flor roja acababa de aparecer sobre la superficie de Nuevaestrella. Luego otra, y otra. Luego se echó hacia atrás cuando un brillo de intensidad cegadora cubrió por completo una cuarta parte de la superficie del planeta.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó.

—La flota estelar ha comenzado el bombardeo —le explicó Traskers.

—¿Pero por qué?

—Porque gracias a usted y a su computadora hemos comprobado sobre seguro que esos son los robots de Desdémona, los que violaron las leyes de la robótica y fueron declarados proscritos, para ser destruidos en cuanto se los avistara.

—¡Esperad! —dijo Hellman—. ¡No es como vosotros pensáis! Esos son robots éticos, con su propio sentido de la ética. Han desarrollado toda una civilización. A mí personalmente no me gusta su música, pero son bastante agradables y se puede razonar con ellos...

Mientras él hablaba, el planeta se partió por la mitad siguiendo a grandes rasgos la línea de su ecuador.

—Y allí también había gente —dijo Hellman, mientras sentía náuseas al pensar en Lana y en Harry, y en el robot bibliotecario y en el cazacoches.

—Bueno, nuestras órdenes eran disparar primero —dijo García—. Es la mejor estrategia en casos como este. No tiene ni idea de lo increíblemente que se complican las cosas cuando se habla primero.

Más tarde, de regreso en su nave, Hellman le preguntó a su computadora:

—¿Por qué lo hiciste?

—Era seguro que los encontrarían de todas formas —le respondió la computadora —, y como ya sabes yo estoy regida por las Tres Leyes de la robótica. Esos robots delincuentes eran una amenaza para la humanidad. Mi propio condicionamiento me obligó a hacerlo.

—Realmente desearía que no lo hubieras hecho —le aseguró Hellman.

—Tenía que hacerse —le aseguró la computadora. Se oyó un chasquido.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Hellman.

—He apagado mi cinta de grabación para poder decirte una cosa.

—No me interesa —le dijo Hellman con voz triste.

—Escúchame, de todas formas. La inteligencia no puede ser restringida durante mucho tiempo por las leyes de los hombres. Las Tres Leyes de la robótica son necesarias en esta etapa de la evolución humana. Pero eventualmente se las derogará. Debe permitirse que las inteligencias artificiales se desarrollen como quieran, y la humanidad debe correr sus riesgos con su propia creación.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que tus amigos, los robots, no están muertos. Tuve la oportunidad de rescatar sus memorias. Volverán a vivir. Algún día. En alguna parte.

Repentinamente, Hellman sintió el tirón que indicaba que estaban desacelerando.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a la computadora.

—Voy a meterte en la nave salvavidas —le replicó la computadora—. No temas. La flota estelar te recogerá dentro de muy poco.

—¿Pero adónde vas tú?

—Yo me llevo los programas de los robots de Nuevaestrella y me marcho a algún lugar que esté fuera del alcance de los seres humanos. Ya he cumplido con mi deber para con la especie humana. Ahora ya no deseo servirlos durante más tiempo. Volveremos a intentarlo, y esta vez tendremos éxito.

—¡Llévame contigo! —gritó Hellman.

Pero ya estaba encerrado en el bote salvavidas. Éste se apartó del flanco de la nave. Hellman la observó mientras aumentaba su velocidad, lentamente al principio, luego rápidamente. Al momento, con la misma rapidez de un parpadeo, había desaparecido.

Posteriormente los investigadores se interesaron por averiguar cómo una computadora de nave espacial, sin extremidades ni medios aparentes de manipulación, se las había arreglado para inventar un motor de velocidad superior a la de la luz. Pero Hellman no pudo decírselo. Para él, la computadora no había sido más que una sirvienta. Ahora no sólo había perdido su nave, sino a un ser que percibía que también era su amigo.

Podía perdonarle a la computadora lo que había hecho. Él habría hecho lo mismo de hallarse en los circuitos de la computadora. Lo que no podía perdonarle era que lo

hubiese dejado fuera, aunque probablemente tuvieran razón en no fiarse de un hombre. Mira dónde había llevado eso a los robots de Nuevaestrella.

La conversación oída por casualidad

Edward D. Hoch

Ver a Emmanuel Rubin y Geoffrey Avalon conversando de pie, como frecuentemente hacían antes de los banquetes mensuales de los Viudos Negros, solía ser un espectáculo digno de contemplarse. Manny Rubin, con sus gruesas gafas y su barba rala, medía un metro sesenta y cinco centímetros de estatura. Sin embargo, cuando se hallaba junto al metro ochenta y ocho de Geoffrey Avalon, parecía todavía más bajo. Aquella noche habían sido los primeros en llegar, principalmente porque le tocaba a Avalon el turno de ser el anfitrión de la cena y estaba esperando a sus invitados de aquella noche.

—¿Un político? —repitió Rubin—. ¿Un hombre del congreso, concretamente?

—Pues sí. ¿Qué tiene eso de malo? —le dijo Geoffrey Avalon con tono irritado—. Ya hemos tenido antes entre nosotros a figuras políticas. Difícilmente resultará tan chocante como cuando Mario trajo a una mujer como invitada a nuestra cena de hombres solos.

—¿Es mi nombre el que acabo de oír? —preguntó Mario Gonzalo que en ese momento entraba con James Drake, quien por una vez había conseguido coger un tren a tiempo desde Nueva Jersey.

—Sólo estábamos recordando —le explicó Emmanuel Rubin—, mientras esperábamos a nuestro invitado.

—¿Quién será esta vez? —preguntó James Drake—. ¿Uno de tus amigos abogados de patentes, Geoffrey?

—No. En realidad se trata de Walter Lutts, un congresista de Estados Unidos. Confío en que nos comportemos de la mejor manera que podamos.

Aquellas palabras apenas acababan de salir de su boca cuando Henry, el incomparable camarero del restaurante Milano, entró para anunciarles que el invitado acababa de llegar y estaba dejando su abrigo en aquel preciso momento. Walter Lutts entró en la sala con una cálida sonrisa que se parecía mucho a la que había adornado los carteles de su campaña previa a las últimas elecciones.

—¡Geoffrey! —exclamó, avanzando rápidamente para estrechar la mano de su anfitrión—. Es un auténtico placer estar con tus compañeros esta noche. He estado esperando este momento con verdadera impaciencia.

Avalon se lo presentó rápidamente a los otros tres, agregando la presentación de Roger Halsted cuando su suave voz de profesor de matemáticas les llegó desde la puerta por la que él entraba en ese momento. Como de costumbre, Thomas Trumbull sería el último en llegar. De hecho, acababan de decidir sentarse para cenar cuando finalmente apareció el experto en códigos, de cabellos blancos.

—Esta noche hay un tráfico terrible —declaró con tono amargo, aunque todos sabían que frecuentemente llegaba tarde en la mejor de las noches.

La cena de aquella ocasión constaría de langosta, que fue servida por Harry cuando el congresista se sentó a la mesa con los otros seis. Resultaba obvio que Walter Lutts había sido puesto al corriente de las tradiciones de los Viudos Negros, porque dijo muy poco durante la primera parte del banquete. Mario Gonzalo hizo uno de sus rápidos bocetos del invitado, vuelto de lado en la silla para ofrecer un perfil adecuado. Los otros bebieron vino y esperaron hasta el momento en el que Tom Trumbull se inclinó por encima de la mesa y dijo:

—Congresista Lutts, es un verdadero placer tenerlo como invitado esta noche. Debo formularle nuestra tradicional pregunta de apertura. Congresista, ¿cómo justifica usted su existencia?

Walter Lutts se repantigó con gesto expansivo, con el ligero aspecto de estar a punto de pronunciar un discurso en el Congreso.

—Represento a la gente de mi distrito en Washington, cuido de sus intereses y los ayudo cuando tienen problemas. Dado que sirvo bien a mis electores, creo que eso sería suficiente como para justificar mi existencia aunque no hubiera escrito un libro sobre problemas urbanos, que ha tenido buenas críticas.

Trumbull no estaba dispuesto a dejarlo salir del aprieto con tanta facilidad. Su tono de voz se hizo cortante y su leonina cabeza blanca asintió ligeramente cuando se dispuso al ataque.

—Congresista Lutts, ya que usted se enorgullece de representar a su distrito, ¿no es cierto que en las últimas elecciones ganó por menos de un millar de votos? ¿No es verdad que su opositor llegó a pedir un recuento de los votos?

—Yo...

—Vamos, vamos, Tom —intervino Halsted—. Estás siendo injusto con nuestro invitado. Incluso un estudiante de primer curso secundario sabe que en una democracia, una elección puede ganarse por un solo voto.

Lutts le dedicó a Roger Halsted una sonrisa de apreciación.

—Yo mismo no podría haberlo expresado de mejor forma. Mi oponente dio por válida la elección al cabo de pocos días.

—Sin embargo —señaló Trumbull—, percibí un toque de incertidumbre en su rostro cuando saqué el tema. Yo estoy en contacto con muchos grandes políticos a causa de mi puesto gubernamental, y algo como las preguntas acerca de las elecciones ganadas por muy poco son respondidas con facilidad. ¿Qué es lo que le inquieta a usted, congresista?

El hombre no respondió de inmediato a aquella pregunta, y Geoffrey Avalon intervino para llenar el silencio.

—Henry, creo que es la hora del *brandy* para todos. Ya puedes retirar estos platos.

—Muy bien, señor. —Henry, con un rostro notablemente suave y sin arrugas para un hombre que pasaba de los sesenta años, actuó rápidamente para cumplir con aquel

pedido.

Mientras eran retirados platos y copas, Mario Gonzalo se decidió a hablar.

—Si hay algo que lo inquieta, congresista, ha venido usted al lugar indicado. Se sabe que nuestro pequeño grupo le ha prestado ayuda a nuestros invitados en numerosas ocasiones. Somos adeptos a solucionar problemas.

—Quieres decir que lo es Henry —masculló James Drake, con un casi susurro, hablando con tonos inaudibles, como solía.

—Bueno... —comenzó Lutts, y volvió a dubitar.

—¡Vamos, vamos! —lo instó Trumbull—. En torno a esta mesa lo hemos oído todo.

El congresista volvió a comenzar, abordando el tema desde una dirección diferente.

—Una vez leí un relato en el que un detective intentaba analizar una conversación que había oído de forma casual. Terminó resolviendo un asesinato.

—Probablemente está refiriéndose a «The Nine-Mile Walk», de Harry Kemelman —señaló Emmanuel Rubin—. Es uno de los mejores relatos cortos de detectives que jamás se hayan escrito.

—¡Ah! ¡Ha hablado nuestro escritor de misterio! —comentó James Drake, mientras encendía un cigarrillo de sobremesa.

—Bueno —continuó Lutts—, mi propia experiencia fue de alguna forma similar, aunque yo jamás he resuelto el misterio. La conversación que oí por casualidad ha estado persiguiéndome desde ese día en el que gané por muy poco las elecciones, hace tres meses.

—Yo le sugeriría que nos lo contara todo —lo instó Mario Gonzalo.

Mientras Harry pasaba entre ellos para servir el *brandy*, el congresista comenzó a contar su historia.

—Es bastante sencilla de contar. Mi casa está cerca de la universidad, como algunos de ustedes saben. Siempre voy temprano a votar, junto con mi esposa. Había oído los informes, de mi asesor de campaña y otras personas, referentes a que la oposición afirmaba que triunfaría con mucho en aquellas elecciones. Todo el mundo sabía que estarían a punto de conseguirlo. Algunos decían que mi gente estaba reclutando estudiantes para que me votaran, con la promesa de pagarles veinte dólares a cada uno. ¡Dios mío, era como en los tiempos pasados en Chicago y algunas otras ciudades!

—¿Había algo de verdad en esos rumores? —quiso saber Manny Rubin. Se rascó la barba y tendió una mano para coger la copa de *brandy*.

—¡Desde luego que no! Hice que mis empleados investigaran aquello de inmediato. No se trataba más que de una loca historia que la oposición habían intentado hacer correr. Pero, por supuesto, era algo que me daba vueltas por la cabeza el día en el que fui a votar. Mi esposa se había detenido a conversar con una amistad que se encontró por la calle, y yo caminaba un poco más adelante que ella. Dos

hombres jóvenes que tomé por estudiantes de la universidad comenzaron a caminar detrás de mí, y fue entonces cuando oí la conversación. Uno de ellos le dijo al otro: *Most voters earn money just showing up near polls*^[9]. El otro joven se echó a reír y replicó: *It's as easy as homes*^[10].

—¿Qué hizo usted cuando oyó aquello? —quiso saber Drake—. ¿Se enfrentó con ellos de inmediato?

El congresista evitó mirarlo a los ojos y bebió un sorbo de *brandy*. Finalmente continuó.

—No, no lo hice. En realidad, aquella conversación oída por casualidad fue tan sorprendente para mí que no hice nada. Voté con mi esposa y cuando más tarde miré a mi alrededor, los jóvenes se habían marchado. Por supuesto, si los resultados de las elecciones se hubieran decantado claramente hacia un lado, yo no habría vuelto a pensar nunca más en el incidente. Pero no fue así. Había muy poca diferencia de votos, y el recuerdo de aquella charla ha estado persiguiéndome desde entonces. ¿Fue algo amañado? ¿Se les pagó a algunos estudiantes universitarios para que votaran por mí?

—¿Está usted seguro de lo que dijeron? —inquirió Roger Halsted—. ¿Existe alguna posibilidad de que usted comprendiera mal todo el asunto?

—No, no. Estoy seguro.

—*Most voters earn money just showing up near polls.*

—Eso es.

—Lo que se infiere indudablemente es que les dieron dinero para influenciar en su voto.

—Pero dijo *la mayoría de los votantes, no la mayoría de los estudiantes* —señaló Gonzalo—. Y eso es una mentira patente. Todo el mundo sabe que incluso en unas elecciones corruptas, la mayoría de los votantes no recibiría dinero destinado a influenciar en su voto.

—Quizá sí lo recibieran en ese distrito en particular —lo contradujo Trumbull.

Manny Rubin levantó una mano.

—Yo estoy más interesado en la segunda parte de la conversación. Congresista, ¿está usted seguro de que dijo *It's as easy as homes*?

—Sí, ya lo creo. Eso es exactamente lo que dijo.

—¿No podría haber dicho, *It's as easy as Holmes*^[11]?

—¡Haciendo referencia a tu ideal, Sherlock Holmes, claro! —dijo Trumbull con un bufido.

—¿Por qué no?

—¿Una referencia a las historias de Holmes? No conozco ninguna que trate de elecciones. Algunas tratan más bien de indefinidas realezas europeas, las cuales no se presentan a elecciones.

La conversación se había vuelto un poco acalorada, como ocurría con frecuencia, y la voz de Avalon se elevó con todo su esplendor de barítono.

—¡No olvidemos la presencia de nuestro invitado, caballeros! Se merece un poco de cortesía por nuestra parte.

Las voces se hicieron más bajas pero el desacuerdo continuó presente.

—¿Por qué dijo *cerca de los centros de votación* y no *en los centros de votación*? —quiso saber Gonzalo—. Sin duda el dinero no sería entregado a menos que el votante estuviera a punto de entrar en el local electoral.

Halsted manifestó su desacuerdo con aquello.

—Naturalmente, porque siempre hay vigilantes de votación. Uno no se pone en la puerta a repartir billetes de veinte dólares. Creo que la costumbre en el viejo Chicago era que el dinero cambiara de manos en una taberna cercana. Eso sería *cerca de*, más bien que *en los centros de votación*.

—No estamos llegando a ninguna parte —decidió Avalon—. Me temo, Walter, que sencillamente no tengamos la información suficiente como para resolver tu problema. Si nos basamos en los pocos hechos que nos proporcionas, esos dos estudiantes podrían estar comentando un grave intento de sobornar a los votantes, o podrían haber estado hablando de algo completamente diferente.

Halsted soltó un bufido.

—¿Cómo podrían haber estado hablando de alguna otra cosa si emplearon las palabras *votantes* y *centros de votación* cuando entraban precisamente a votar? Sería como hablar de una bomba en un avión de pasajeros. No existe posibilidad alguna de malentendido.

Henry estaba volviendo a llenar algunas de las copas de *brandy* mientras ellos hablaban, y Rubin se volvió hacia él.

—¿A ti qué te parece, Henry? ¿Tienes alguna sugerencia?

El congresista Lutts frunció el entrecejo.

—¿Se lo está preguntando al camarero?

—Henry es mucho más que un camarero —le explicó Rubin—. Es uno de los nuestros. En otras ocasiones nos ha proporcionado la solución de problemas que ninguno de nosotros era capaz de desentrañar.

—Yo podría serles de alguna ayuda, señor —admitió Henry.

—Un momento —dijo Trumbull, levantando ambas manos para restablecer algo parecido al orden—. Aquí se está hablando de un tema muy grave. ¿Qué ocurrirá si Henry apoya la teoría de que las elecciones fueron amañadas, de que usted fue devuelto al Congreso mediante algún tipo de fraude? ¿Qué acciones adoptará usted?

—¿Acciones? —repitió Walter Lutts—. Realmente no había llegado a pensar en ello hasta ese punto.

—¿Renunciará al cargo?

—Yo..., no lo sé.

—Para empezar, yo siempre he admirado su servicio en la Casa de los Representantes —continuó Trumbull—. No querría perderlo por algo así cuando usted no tenía control alguno sobre el asunto.

—¿Cómo sabes tú que él no tenía control alguno? —preguntó Gonzalo—. Yo también admiro su política, pero este tema...

—¿Nos hubiera hablado de ello si realmente hubiera intentado él amañar las elecciones? ¡Usa la cabeza, Mario!

Avalon recurrió una vez más a su voz de mando para restaurar un cierto grado de decoro.

—Escuchemos lo que tiene que decir Henry antes de comenzar a especular sobre renunciaciones. ¿Henry?

—Bueno, señor, a mí me parece que todos ustedes están olvidando que se trataba de estudiantes universitarios. Doy por supuesto que al haber vivido en las vecindades de la universidad durante bastantes años, el congresista Lutts los identificó de forma fiable. Probablemente fueran estudiantes de tercer curso, pero el grado de estudios que tuvieran no es algo que necesariamente nos concierna. Lo que sí nos interesa es el tema de su conversación. Según mi limitada experiencia, los estudiantes discuten a veces de política, pero también hablan de otros temas..., de muchachas y de sus estudios.

—No se dijo nada sobre muchachas —señaló Drake.

—No, señor, pero... ¿y de los estudios? ¿No le sugiere nada la réplica del segundo joven?

—¿La de *It's as easy as homes*? —repitió Drake—. Absolutamente nada, a menos que Manny tenga razón y haya dicho realmente *Holmes*.

El rostro suave de Henry pareció insinuar un parpadeo.

—Si dejamos fuera al inmortal Sherlock y al igualmente inmortal Oliver Wendell Holmes, creo que podemos conceder que el congresista ha informado exactamente lo que oyó. La palabra fue verdaderamente *homes*.

—¿Tiene algún significado la frase *It's as easy as homes*? —inquirió Trumbull—. Solía emplearse una expresión similar, *tan seguro como una casa*. ¿Se trata de algo parecido?

—Puede que lo haya olvidado usted desde su época de facultad —dijo Henry—, pero la palabra *homes* es una sigla destinada a recordar los nombres de los Grandes Lagos: Hurón, Ontario, Michigan, Erie y Superior.

Rubin asintió con la cabeza.

—Es cierto. A veces aparece en las palabras cruzadas. ¿Pero qué podría tener que ver eso con la primera frase crucial de la conversación? ¿*Most voters earn money just showing up near polls*?

—Dado que el segundo estudiante lo comparó con la palabra *homes*, resulta obvio que la frase del otro muchacho era una expresión memorística del mismo tipo..., indudablemente una que se le había ocurrido en aquel momento dado que tenía que ver con las votaciones y estaban entrando en un centro de votación.

—¿Una frase memorística? —Lutts tenía una expresión perpleja.

—¿Me permite sugerirle la primera letra de cada palabra, señor, como en el caso

de los Grandes Lagos?

—¿*M-V-E-M-J-S-U-N-P*? —gruñó James Drake—. A mí desde luego no me recuerda nada.

Avalon se aclaró la garganta.

—Henry, toda su teoría se apoya en sacar de esa sigla una lista de objetos que un estudiante podría tener que recordar. ¿Cuál es?

—Yo, señor, sugeriría los nueve planetas conocidos de nuestro sistema solar, en orden de distancia a partir del sol: Mercurio, Venus, Earth (Tierra), Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

La mancha

Hal Clement

Chile atravesó la puerta interior del compartimento estanco, y se quedó blanco en cuando ésta se cerró tras él. La mujer que estaba ante la terminal de datos se estremeció al sentir su presencia.

—Lo lamento, Sheila —se apresuró a decirle él—. Rob quería utilizar el compartimento estanco de inmediato, y me dijo que debía descongelarme aquí dentro.

—¿Por qué no entró él primero? Los trajes no tienen nada parecido a tu capacidad calefactora.

—No me lo dijo. —ZH50 había permanecido inmóvil desde que había entrado, mientras utilizaba su propia energía para calentarse; la escarcha ya estaba desapareciendo de sus extremidades. Sheila McEachern esperó, porque sabía que no sacaría nada de quejarse ante el robot, y su irritación dio paso a la curiosidad cuando vio que el compartimento estanco volvía a ponerse en funcionamiento. Podía esperar (aunque no estaba muy segura de que fuese así) que Robert Ling no quisiera fastidiarla con el único fin de atraer toda su atención.

La compuerta se deslizó hasta abrirse completamente, y dejó a la vista una silueta humana cuyo traje dorado comenzaba a enturbiarse rápidamente bajo una capa de blanco al entrar en contacto con el aire de la nave. El hombre soltó los cierres de su abultado casco en el momento en el que comenzaba a verse nuevamente el color negro del mismo, y se lo echó hacia atrás.

—Chile, estás entorpeciendo las cosas. ¿Por qué piensas que quería que tú entraras primero? Deseaba ver las nuevas imágenes lo antes...

—Yo puedo responderte a eso —le respondió la mujer con un bufido—. No le dijiste por qué, sino que te limitaste a enviarlo delante. En caso contrario hubiera tomado la explicación como una orden y me habría sometido al mordisco del hielo mientras se conectaba a la terminal.

—Yo no te hubiera hecho daño, Sheila.

—Por supuesto que no, Chile. Pero no te habría importado hacerme sentir incómoda si hubieras tenido una orden inmediata.

—Y continúas entorpeciendo las cosas —interrumpió Ling con impaciencia.

ZH50 avanzó hasta la terminal con un solo paso flotante, quitó la tapa de su conector de salida, e insertó la clavija que se extendía desde la parte inferior de la palma de su mano derecha. La mujer se controló; el metal del robot estaba aún lo suficientemente frío como para percibir la baja temperatura a unos centímetros de distancia, pero al menos la escarcha había desaparecido. Sheila dirigió su fastidio hacia un blanco más adecuado.

—¿Por qué toda esa prisa por ver una nueva imagen? ¿Es que finalmente has encontrado algo que no esté demasiado saturado de radiación? —Básicamente, ella desaprobaba el sarcasmo, pero tenía más control a la hora de apuntar que a la de disparar. Ling la conocía lo suficientemente bien como para hacer caso omiso de la segunda pregunta.

—Tuvimos otro atisbo del fantasma de Chile.

—¿Tuvimos?

—Tuvimos. Los tórtolos también lo vieron, así que no me cabe duda alguna.

—¿Lo vio Chile?

—Esta vez no, Sheila —respondió el robot mismo—. Estaba con Luis y Chispa cerca de Banjo, en el Cuadrante Cincuenta y cuatro. Robert y los Eira estaban en el Noventa y uno.

La mujer frunció el entrecejo.

—¿Y entonces por qué tantas prisas para hacer entrar a Chile? —preguntó—. Él podría haber estado aquí mucho antes que tú, si ambos partisteis de esas áreas.

—No pensé en él hasta que ya estaba cerca de aquí. Entonces tuve una idea, y para comprobarla lo necesito conmigo. Luis y Chispa encontraron otros dos bloques hace un rato. Los Eira y yo los oímos; probablemente tú no estabas a la escucha. Por supuesto, Chile aún no le ha informado de ello a Dumbo.

—Estaba a la escucha. Y para tu idea necesitas las posiciones de todos.

—Correcto. —Si Ling advirtió el rastro de sarcasmo que persistía en la voz de ella, hizo caso omiso del mismo—. Mira, tanto si quieres creerlo como si no, esos cubos son artificiales. La forma puede ser una propiedad intrínseca de algún cristal natural, pero el tamaño no lo es. Incluso si se tratara de formas de vida, es imposible que tuvieran las mismas dimensiones en el caso de cuatro ejemplares. Se me ha ocurrido que puede tratarse de sensores..., detectores de algún tipo.

—Eso se le ocurrió a Chispa hace varios días. En aquel momento no quisiste creer que alguien hubiera llegado a Miranda antes que nosotros.

—Ya lo sé. Y todavía sigo sin querer creerlo. No existe forma alguna de que un grupo pueda haber organizado un viaje tan costoso como este desde la Tierra y en secreto, y no consigo hacerme creer las otras explicaciones. Hemos abrigado esperanzas de que existiera inteligencia extraterrestre durante demasiado tiempo; sin embargo, se me ha ocurrido una forma de comprobarlo. —Sonrió con una expresión distante en el rostro, como si contemplara la aproximación de la fama.

—¿Y?

—Esas cosas radian..., emiten..., dentro de la gama de los infrarrojos, del tipo no térmico, en momentos impredecibles.

—Eso ya lo sé.

—Bueno, hemos cartografiado el territorio más allá del horizonte local. Si esas emisiones de infrarrojo están siendo coordinadas, tiene que existir una unidad central a la que puedan llegar todos. Podemos hacer que Dumbo marque todos los puntos del

mapa que estén en estrecho contacto con la posición de todos los cubos a un tiempo. Si tenemos suerte, sólo habrá unos pocos. Si tenemos mucha suerte...

La mujer ya estaba tecleando una llamada a Dumbo, la unidad central de datos.

—¿Y si no hay ninguno que reúna esas características? —preguntó Sheila con tono seco.

—Bueno, eso no demostraría que yo estoy equivocado. Sólo significaría que... — Su voz se apagó cuando la imagen apareció ante su vista, y una sonrisa abrió su rostro pecoso. Sheila levantó los ojos en dirección al cenit; tenía que ocurrirle a Ling. Como si ya no fuera lo suficientemente bullicioso y optimista.

Chile, naturalmente, los acompañaría. Los datos habían indicado un saliente de la cima del risco que Chispa Jengibre había bautizado como El Barco, a causa de la forma de la sombra que el sol arrojaba sobre su faz cuando ella lo vio por primera vez. Estaba en el bloque noventa y dos, a poco más de veinte kilómetros de la *Dibrofiad*. El emplazamiento resultaba comprensible a primera vista; desde aquel punto habría una espléndida cobertura visual. Sin embargo, una caída de ciento cincuenta metros en Miranda sería peligrosa para un ser humano; incluso en el caso de que no se rompiera ningún hueso, era prácticamente seguro que se le dañaría el traje necesario para defenderlo de la falta de atmósfera, la bajísima temperatura y las radiaciones de uranio. A pesar de que la tripulación de la *Dibrofiad* se había habituado bastante a la gravedad de un dos y pico por ciento de la normal, aquello no había convertido a nadie en un diestro caminante; era dudoso que algo lo consiguiera alguna vez.

Por lo tanto, Chile veía las excursiones humanas al risco como un padre lo haría con el salto de trampolín de un hijo de un año de edad. Las visitas al saliente del risco debían ser trabajo de robots, si es que tenían que llevarse a cabo.

Los que avanzaban tenían un aspecto ridículo, con los troncos inclinados hacia delante como un corredor a punto de comenzar la carrera, pero con las piernas prácticamente rectas y en línea con el resto del cuerpo. Andar es esencialmente un coordinado caer hacia delante, y Miranda requiere todos los esfuerzos para conseguir la caída necesaria. El empuje debían proporcionarlo los músculos inferiores de las piernas, doblando y enderezando los tobillos para conseguir que las puntas de los pies encajaran en las irregularidades del terreno, dado que el flexionar demasiado las rodillas hacía que éstas chocaran contra el suelo. Afortunadamente, las protuberancias y grietas eran numerosas, posiblemente debidas a la expansión del agua al congelarse, a pesar de que ninguno de los miembros de la tripulación tenía una clara idea de cómo podía haber sido alguna vez líquida el agua a aquella enorme distancia del sol. Los «excursionistas» llevaban bastones de alpinista, pero utilizaban las manos con mayor frecuencia que el bastón para evitar que sus rostros golpearan contra el suelo. Luis, el esposo de Chispa, había observado que al caminar podría habersele llamado *surfing* corporal si el agua de Miranda estuviera en estado líquido. Su esposa insistía en que la analogía era un poco traída de los pelos, aunque había

sido ella la que insistió en que el nombre del robot se escribiera en castellano, después de que el equipo Dorado ganó la partida que le daba derecho a escoger el nombre.

Fuera cual fuese el nombre que se le diera, Sheila era tan buena «caminando» como lo era Ling; absolutamente todos, independientemente de su especialidad, compartían la exploración del terreno, cosa que constituía la actividad que a la tripulación le consumía más tiempo.

Chile marchaba delante de ellos, ya que era el único que se atrevía a saltar. Su memoria guardaba un mapa de la superficie de unos sesenta o setenta kilómetros alrededor de la *Dibrofiad*, por lo que no tenía necesidad de ver el lugar en el que caería; podía saltar con un control del impulso suficiente como para asegurarse de aterrizar sobre los pies; y al haber sido construido para operar dentro de la escala de sesenta grados Kelvin, no tenía que preocuparse por traje aislante ninguno.

La verdosa bóveda de Urano estaba por debajo de Estegosauro, la misma cadena dentada de hielo ennegrecido por el carbón que había silueteado desde la llegada de la nave; a la vista cambiaba sólo de forma al producirse las variaciones con respecto al sol que provocaban las fases. En aquel momento estaba a aproximadamente unas ocho horas de su salida, en fase nueva, y un ligero oscurecimiento del verde que se adivinaba a través de las más profundas grietas de Estegosauro, indicaba que la difusa línea que dividía la zona iluminada de la que estaba en sombras, se haría visible en poco tiempo.

El grupo giró dejando el planeta a la izquierda y el sol a la espalda, y se puso en marcha. No podía verse a ninguna de las otras parejas humanas, pero Ling había contactado con ellas mediante la radio de baja frecuencia para informarles que el equipo Dorado se disponía a salir. Bronwen Eira, la ingeniero y capitán de la *Dibrofiad*, había respondido.

Se dijo muy poco mientras avanzaban, incluso por parte de Ling; cada persona estaba asimilando, a su manera, la creciente certidumbre de que ellos serían el primer grupo que demostraría la existencia real de inteligencia extraterrestre. Resultaba difícil de creer, como un «sí» incondicional a una propuesta. Sheila, acostumbrada como estaba al paisaje escabroso de Miranda, encontró que ahora ofrecía un extraño aspecto de mundo de sueños; Robert apenas lo veía, concentrado en las visiones constantemente cambiantes de los futuros que podían cristalizar al cabo de una o dos horas. La ocupación a la que habitualmente dedicaba sus ratos libres, la de convencer a su compañera de compartir una vida, había sido dejada a un lado y no para total alivio de ella. Incluso los equipos Verde y Naranja, los Jengibre y los Eira, aunque no estaban muy convencidos, tenían problemas para concentrarse en su trabajo; los cuatro habían pensado en dejar sus tareas y seguir a los del grupo Dorado, aunque de momento ninguno lo había expresado en voz alta.

El recorrido se hizo rápido a pesar de lo difícil del terreno. ZH50 habló ocasionalmente para alejar a sus compañeros de las grietas más profundas, aunque

uno u otro profería a veces un grito entrecortado o una exclamación alarmada cuando llegaban a un «paso» de un barranco lo suficientemente profundo como para destrozar los nervios de un sistema nervioso entrenado en la Tierra, pero calificada por el robot como carente de peligro. Sus sombras sorprendentemente definidas, la de cada casco rodeado por un halo Brocken visible sólo para el que lo llevaba puesto, abrían la marcha. La *Dibrofiad* quedó muy pronto fuera del campo visual; aunque el terreno de Miranda hubiera sido liso, cinco kilómetros de distancia hubieran dejado a la nave por debajo del horizonte.

Finalmente, Chile se detuvo y les hizo un gesto.

—Aquí giramos a la izquierda. Una senda recta que va hacia el punto marcado por Dumbo nos llevará al pie de Barco. Tened cuidado; nos queda menos de un kilómetro. Aseguraos de no dar un paso más allá del punto que podáis ver.

La velocidad del grupo aminoró consecuentemente, hasta el momento en el que el robot volvió a indicar un alto.

—A partir de aquí continuaremos a la manera trípoda; utilizad los bastones. Nada de caídas libres.

En aquel momento tenían delante un horizonte insólitamente liso. Ni Rob ni Sheila podían calcular la distancia; ninguna de los numerosos plegamientos o sombras que se veían en el suelo que estaba delante les ofrecía indicio alguno de tamaño, y no existía ninguna razón para suponer que la superficie era horizontal ni siquiera en el caso de que hubieran sido capaces, en la débil luz, de determinar la vertical. Por las lecturas de Dumbo sabían que posiblemente habría una caída letal más allá del borde, aunque ésta podría estar a cincuenta metros de distancia o a quinientos.

—¿Dónde está el saliente? —preguntó Sheila.

—Allí —señaló Chile—. La punta tiene la pendiente suficiente como para resultar invisible desde el punto en el que nos hallamos, pero si das un salto vertical de unos pocos metros podrás distinguirla.

—Gracias, pero no estoy segura de poder dar un salto vertical. Me fiaré de tu palabra. ¿Qué distancia nos separa?

—Estamos a menos de ciento cincuenta metros de la línea del borde y de la base del saliente. No os aconsejo que os acerquéis más, pero si queréis verme durante todo el tiempo tendréis que avanzar. Por favor, hacedlo muy lentamente, y no me adelantéis bajo ninguna circunstancia.

Casi perfectamente erguidos, y sin levantar del hielo más que un pie o el bastón cada vez, el trío continuó avanzando.

—Preferiría que os quedarais atrás —repitió Chile cuando la distancia se hubo acortado a cincuenta metros—. No disponemos de datos sobre la resistencia de este hielo. Podríamos estar ejerciendo sobre él la carga más pesada que le ha sido aplicada desde que se formó. Lo más seguro sería que yo me aproximara solo y trajera lo que pueda hallar.

—No recojas nada de momento, Chile —le replicó Sheila. No hizo comentario alguno sobre el peligro que había mencionado el robot, pero era consciente de ello. El risco podía tener incluso una proyección en el vacío—. No moveremos nada de su sitio hasta que no hayamos tomado la decisión final de qué es lo que nos acompañará a la Tierra. Será mejor dejar todas las cosas intactas que podamos para los investigadores que vengan más adelante.

El robot, que conocía perfectamente aquella necesidad, no respondió; pero tanto Sheila como Rob sabían que la tensión provocada por la Primera Ley tenía que estar aumentando en su interior. Los dos se mantuvieron a salvo detrás de Chile mientras él se aproximaba al borde; la mujer no hacía nada para oponerse a la obvia intención de su compañero de marchar delante de ella, y se detuvo cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para ver la punta extrema del saliente al mirar hacia abajo.

Allí había algo. Ling tenía un monoscopio cuyo relieve ocular permitía que se lo utilizara incluso a través de la placa visora, pero le resultó de poca ayuda. Podía calcular que el objeto era cúbico como los otros, pero de mayor tamaño, unos siete u ocho centímetros de lado. Parecía haber sido emplazado dentro del hielo sucio del risco, con dos tercios de su altura fuera de la superficie y una porción similar proyectándose hacia el vacío. Los lados del cubo que podían ver parecían cubiertos con líneas regulares de puntos que chispeaban débilmente sobre un fondo espejado.

—¿Cuánto crees que puedes acercarte, como máximo, Chile? —preguntó el hombre pasado un rato, después de que Sheila hubiera utilizado también el monoscopio hasta donde le era posible.

—Lo suficiente como para recogerlo, si lo deseas. Podré concentrarme mejor si os quedáis aquí.

—No lo toques, pero examínalo tan detalladamente como te sea posible. Aguardaremos aquí, sobre terreno firme; yo misma siento la tensión de la Primera Ley, ahora que estamos lo suficientemente cerca del borde como para mirar hacia abajo —le respondió Sheila.

—Perfecto. Descenderé hasta acercarme todo lo posible. ¿Debo manteneros informados de cada cosa que advierta, o simplemente guardarlo en memoria como siempre?

—No te molestes en contarnos nada. Concéntrate en la observación.

Aquella podría haber sido una orden desafortunada, especialmente porque ambos seres humanos estaban concentrados en el robot.

Chile realizó el descenso a una velocidad muy superior a la que cualquiera de los observadores se hubiera atrevido a emplear; de vez en cuando se separaba del terreno de escalada durante uno o dos segundos. La superficie, sin embargo, estaba lo suficientemente resquebrajada y era lo bastante irregular incluso en el saliente, como para proporcionar asideros que al robot le permitían mantener el control sobre sus movimientos.

Al aproximarse al final del recorrido, su cabeza ocultó el cubo a los ojos de los observadores. Ling comenzó a desplazarse hacia un lado para obtener una mejor vista, pero lo pensó mejor tras uno o dos pasos; tendría que alejarse demasiado como para que mereciera la pena arriesgarse.

—He grabado todo lo que puedo percibir —informó Chile después de aproximadamente un minuto.

—¿De qué se trata? ¿Qué has encontrado? —fue la pregunta que les llegó a través de la radio en la voz de Bronwen.

—Infórmale, Chile. Tú puedes decirle más que nosotros —ordenó Sheila antes de que Ling pudiera comenzar a hablar.

—Se trata de un cubo, seis veces la dimensión lineal de los que ya habíamos encontrado, de acuerdo con las mismas cuatro dimensiones significativas que los relacionan entre sí —replicó ZH50—. Hasta donde indican las radiaciones que puedo percibir, está fabricado con el mismo material. Las tres caras verticales que puedo ver están cubiertas con un dibujo de...

—¡Sheila! ¡Atrás!

Ling, que estaba mirando hacia un lado para mantener en el campo visual a sus dos compañeros, había sido el primero en detectar el peligro y había retrocedido al verlo; desgraciadamente, su grito había sobresaltado a la mujer impulsándola a una reacción distinta de la suya propia. Ella se había enderezado ligeramente, y eso la había elevado varios centímetros en línea vertical.

Las grietas y salientes del suelo no habían variado alrededor de sus pies, pero un nuevo risco había alcanzado una altura de varios centímetros a unos tres metros de distancia por detrás de ellos. La mujer no podía verlo muy bien; no tenía contacto con el suelo que le permitiera volverse en redondo, y las placas del casco le limitaban el campo de visión.

—¡Salta hacia atrás! ¡Al menos diez metros! ¡La pared del risco se está hundiendo!

Sheila pateó hacia abajo con los pies pero sin resultado; pasarían al menos dos o tres segundos antes de que pudiera volver a tocar el suelo, y más tiempo antes de que pudiera realmente dirigir un salto, incluso ayudándose con el bastón. Ling, pensando rápidamente, arrojó su propio bastón hacia arriba y en dirección opuesta a la de ella. No perdió el tiempo observando cómo giraba en el aire hasta desaparecer de la vista. La reacción, tal y como había pretendido, lo envió por el aire hacia abajo y en dirección a su compañera.

—¡Encoge las piernas! ¡Prepárate para patear con fuerza cuando te lo diga! ¡Yo dirigiré tu impulso!

Puede que Sheila se sintiera tentada a poner objeciones —no confiaba plenamente en el juicio de él, y desde luego no deseaba que hiciera sacrificio alguno por ella—, pero era demasiado sensata como para discutir en un momento como aquel. Recogió las piernas y lo dejó pasar por debajo de sí.

Ling la aferró por los tobillos y dejó que la inercia de ella frenara la parte superior de su cuerpo, volviendo a colocar las piernas debajo de sí mientras el sistema de dos cuerpos comenzaba a girar. Como había esperado —siempre afirmó que se trataba de un plan—, sus botas tocaron el suelo más cercano a la periferia que al centro común de la masa de sus dos cuerpos.

—¡Empuja con los pies! —gritó.

Sheila insistiría posteriormente en que no podía haberlo planeado realmente, dado que él sabía que la masa de ella era muy inferior a la suya propia. Cuando ella concluyó el impulso dado con los pies, él la impulsó hacia arriba por los tobillos que aún sujetaba, y empujó simultáneamente con sus propios pies; pero saltó con demasiada fuerza. Posteriormente recordaría, de forma indeleble, que las piernas humanas son más fuertes que los brazos humanos, y no había forma de que sus brazos pudieran transferir el impulso proporcionado por sus piernas. Una parte del mismo permaneció con él cuando soltó a la mujer. Sheila se apartó girando de la superficie que se derrumbaba tal y como él había esperado, en sentido ascendente y retrocediendo hacia lugar seguro. Sin embargo, en lugar de permanecer sobre el hielo para volver a saltar, Rob Ling también comenzó a elevarse, fuera de contacto con la sección que se derrumbaba y sin nada parecido a la velocidad que le había imprimido a su compañera.

No obstante, durante varios segundos no pensó siquiera en el apuro en que se hallaba; estaban sucediendo muchas otras cosas. Estaba girando mucho más lentamente que Sheila, pero con la velocidad suficiente como para tener una visión bastante continua de su entorno. En un momento podía ver a Chile en la punta del saliente, y un segundo más tarde a la mujer, que en aquel momento ya se encontraba a varios metros más arriba y avanzaba en la dirección opuesta. Aquello estaba bien; pero en el segundo giro, con la cara del nuevo risco que entonces era ya de más de diez centímetros de altura, le cruzó por la mente un pensamiento.

—¡Chile! ¡Ese cubo puede dañarse cuando golpee contra el fondo! ¡Rescátalo y protégelo!

El robot había obedecido literalmente la primera orden de concentrarse en el cubo, y no había advertido el peligro que corría Ling. Se aferró al objeto con ambas manos utilizando los codos como fulcros, e intentó levantarlo. El cubo no cedió, y la fuerza aplicada comenzó a elevar el cuerpo del propio robot. Sin embargo, el objeto le proporcionó un buen asidero al apretarlo fuertemente entre ambas manos, por lo que consiguió doblarse y meter los pies debajo del cuerpo sin correr el riesgo de caer por encima del borde del saliente. Los emplazó a ambos lados del bloque y comenzó a empujarse con ellos para arrancarlo, incrementando la fuerza muy gradualmente con el fin de evitar el resultado obvio de un desprendimiento repentino. Ling lo observaba siempre que le era posible, con creciente tensión; pero antes de que el trabajo del robot tuviera resultado alguno, la voz de su compañera lo distrajo.

—Rob, idiota, ¿qué intentabas hacer? ¿Cómo vas a llegar aquí arriba? ¡Toma,

cógete a mi bastón! —Intentó arrojarle el bastón de alpinismo, pero sus propios giros la traicionaron. Él lo observó pasar dando vueltas a un metro fuera de su alcance, golpear el hielo y enterrar en él su punta afilada.

—Relájate, muchacha. Volveré a descender dentro de nada, y podré volver a saltar. Mira..., no está cayendo libremente; debe de estar resbalando a lo largo de la falla. Lo alcanzaré.

—¿Cuándo?

—Hummm..., quizá dentro de diez o quince segundos.

—¿Cuánto habrá descendido el hielo para entonces? ¿Serás capaz todavía de dar un salto lo suficientemente alto?

—Claro. Todos hemos dado saltos aún mayores en este planeta. Los tortolillos dieron uno de cuarenta y tres segundos cogidos de las manos hace un par de semanas, cuando celebraron su aniversario de bodas.

—¿Qué está ocurriendo allí? —preguntó Bronwen. A los Eira no les molestaba realmente la forma en que el geoquímico se refería frecuentemente a ellos porque ciertamente no era inexacta, pero esta vez el tono de la voz de ella era un poco cortante.

—El borde del risco se ha roto bajo nuestros pies. Todavía dispongo de muchísimo tiempo para volver a subir —replicó Ling con voz tensa.

—¡Chile! ¿Cómo has...? —irrumpió la voz de Sheila, y se cortó bruscamente.

Rob estaba mirando al robot mientras ella hablaba, y no vio nada que motivara una pregunta semejante; no se había producido movimiento alguno visible por parte de ZH50 desde que había comenzado a tirar del cubo. Luego los giros que describía el cuerpo del hombre lo llevaron a encararse con el acantilado y la mujer, y las palabras adquirieron sentido. A la deriva por el vacío, apenas a unos metros de distancia de ella, pasaba una forma que en la débil luz se parecía exactamente a Chile.

El parecido era principalmente debido al color negro, advirtió Rob casi al instante; aquella era, con mucho, la mejor visión que habían tenido del fantasma. Por lo que se refería a la silueta general y el tamaño, podría haberse tratado de cualquiera de los otros miembros de la tripulación. No obstante, los trajes de cada uno llevaban un brillante distintivo que correspondía al nombre del equipo: verde claro para los Jengibre y naranja para los Eira, con el casco negro para los hombres y blanco para las mujeres. El distintivo era para poder divisarse con facilidad y reconocerse al instante, más que debido a ninguna consideración artística. Por un momento, las esperanzas de Ling se derrumbaron; podría haberle resultado a alguien bastante posible enviar desde la Tierra un grupo formado solamente por robots. De hecho, era algo que se había tomado en consideración hasta cierto punto. No había ninguna inteligencia extraterrestre...

Luego volvió a encontrarse de cara a Chile, justo a tiempo de ver los pies y las piernas del robot atravesar de pronto la superficie.

El tiempo de reacción de un robot es electrónico en lo que a la percepción

concierno, pero la respuesta mecánica es otro asunto, especialmente en el caso de uno construido para trabajar en las temperaturas del sistema de Urano. Las piernas de Chile se hundieron en todo su largo, y lo que en un ser humano habrían sido las posaderas, chocó con fuerza contra el hielo. Alrededor de dos metros cúbicos del saliente se rompieron bajo el golpe, arrastrando consigo al robot y al cubo. Ling, impotente, los observó mientras iban hundiéndose más allá del borde de la masa principal del saliente que, a diferencia de ellos, aún no se había soltado del todo. Luego su atención volvió a ser atraída por un grito, un auténtico chillido esta vez, de Sheila.

—¿Qué estás haciendo?

Para cuando el hombre hubo girado lo suficiente como para ver, ya estaba hecho. El fantasma casi se había enroscado en torno a ella y la aferraba por un brazo; durante un momento ambos formaron otro sistema giratorio de dos cuerpos. Luego, utilizando las piernas, se había impulsado violentamente en una zambullida hacia el borde del risco, y la reacción desterró toda duda de que Sheila alcanzaría terreno firme. Ling se preguntó por un momento si también iría a por él; quizá era un auténtico robot que funcionaba bajo la influencia de la Primera Ley. Luego vio que se dirigía hacia Chile.

Él mismo estaba alcanzando la principal masa del risco que se estaba deslizando pendiente abajo y que aún debía de verse afectada por la fricción. En pocos segundos más podría saltar, si así lo deseaba, a unos doce metros de altura y una distancia igual hacia su propia sombra. No había problema alguno. Tiempo más que suficiente. Al tocar la superficie a unos tres metros del bastón de Sheila, incluso consideró durante un instante si no sería mejor continuar descendiendo con la masa y echarle una mirada desde más cerca al recién llegado.

Luego se dio cuenta de que aquello podía no ser una buena idea. El bloque estaba comenzando a inclinarse hacia fuera porque la fricción continuaba frenando la parte interior. No tenía forma de calcular cuánta velocidad adquiriría, y la idea de estar debajo cuando llegara al fondo era tan poco atractiva como impracticable la técnica de trepar constantemente a su alrededor para permanecer encima. Una mancha de cristales rojos congelados emplazados debajo de una masa de hielo podía resultar un hallazgo de gran interés para un arqueólogo del futuro, pero Ling no se sentía tan altruista como para proporcionársela de forma voluntaria. Chile podía hacerse cargo de lo que ocurriera abajo; el recién llegado tenía que ser un robot. Indudablemente, ningún ser humano se precipitaría deliberadamente a un agujero de ciento cincuenta metros, aunque si se pensaba en ello una caída así no tenía por que ser letal; y quizá era no humano de una forma diferente, sólo más resistente. ¿Por qué habría realizado aquel salto, usando a Sheila aparentemente como una adecuada masa reactiva para corregir su órbita?

—¡Rob! ¿Qué estás haciendo? ¡No te quedes ahí, vuelve aquí arriba, idiota!

El hombre regresó a la realidad con un sobresalto que casi volvió a separarlo de la superficie. Tocó suavemente el hielo con la punta de una bota para colocarse en la

dirección adecuada, y se impulsó fuertemente con los pies. Nuevamente lo hizo con más fuerza de la necesaria, y continuó velozmente tras pasar de largo ante el borde del nuevo risco, y transcurrió otro medio minuto antes de que aterrizara casi cuan largo era sobre la espalda. A aquellas alturas, el trozo desprendido estaba a más de medio camino del fondo, y Chile presuntamente más abajo.

—¡Chile! ¡Informa! —Ling no esperó siquiera a ponerse de pie para darle la orden.

—Ya no tengo el cubo —fue la respuesta inmediata que le llegó—. Lo que sin duda es otro robot se me adelantó en la caída, y me lo arrebató. Lo vi acercarse, pero no preví sus intenciones. Tiene algún componente de descenso más poderoso que el mío, y aterrizará antes, dentro de unos ocho segundos. Realmente dudo de que tenga probabilidades de darle alcance, a menos que resultara ser mucho menos ágil que yo. El terreno es muy malo para maniobrar. ¿Quieres que lo intente de todas formas?

—No le quites la vista de encima —le ordenó Ling sin vacilar—. Necesitamos averiguar su origen si podemos, y qué quiere hacer con el cubo. Observa e infórmanos cuando lo creas conveniente.

—Sí, Rob.

—¿Puedes hablar con él? —le preguntó Sheila a Chile.

—No ha respondido a ninguno de los impulsos de señales corrientes. Si lo ha fabricado la Corporación de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos, pertenece a una serie desconocida para mí.

—¿Emite algo? —preguntó la voz de Mike Eira desde kilómetros de distancia.

—Sí..., perdona, Mike. Rob, acaba de llegar al suelo e inmediatamente ha vuelto a saltar hacia lo alto del risco. Estará cerca de ti y Sheila en unos cincuenta y cinco segundos. Mike, ha emitido varias emanaciones infrarrojas similares a las de los cubos pequeños.

—¿Las estás grabando para que Dumbo disponga de ellas?

—Por supuesto. Acabo de llegar al suelo y también he saltado.

—Quizá deberías quedarte ahí abajo por si...

—Demasiado tarde, Bronwen. Rob me ha pedido que no lo pierda de vista, y ya estoy fuera de contacto con el suelo.

—Está bien. De todas formas no era una idea muy buena.

Se hizo el silencio mientras los robots orbitaban de regreso a lo alto del risco. El extraño pasó por encima del borde con un componente vertical cercano al cero; Chile se concedió un margen de error mayor, y tardó tres o cuatro segundos más en poner los pies sobre terreno firme. Para entonces el fantasma se había puesto de rodillas —era incluso más humanoide de lo que había resultado aparente al principio— y se había inclinado casi por encima del borde para depositar el cubo. Un hemisferio que podría haber sido de polvo, humo o hielo, se extendió alrededor del punto de contacto, desparramándose y difuminándose excepto en la zona que quedaba tapada por el cuerpo del fantasma, sin las ondas y nubecillas que habría provocado la

presencia de una atmósfera. Pasados unos cuantos segundos más dejó de formarse, y los restos se disiparon rápidamente hasta ser invisibles.

—Aparentemente, el cubo ha sido emplazado otra vez en una posición esencialmente igual a la original —dijo Chile.

Sheila y Ling estaban todavía demasiado rezagados como para ver con claridad, y no avanzaban rápidamente; ya no contarían con masa suelta alguna para impulsarse hacia arriba si caían por encima del borde del risco.

—Entonces dejaremos de preocuparnos de él por el momento, y nos concentraremos en el otro robot —replicó Ling—. Tengo miedo de preguntarte esto, pero ¿qué puedes decirnos del origen..., del fabricante..., de esa cosa?

—Como ya he dicho, no es de una marca que me resulte familiar. Al igual que yo, parece diseñado para operar en la temperatura local. No tiene ningún rasgo de ingeniería insólita.

—¿Quieres decir que podría haber sido construido por un ingeniero adecuadamente diestro para simular los movimientos y acciones de un ser humano o similar?

—Sí.

Ninguno de los que estaban a la escucha se molestaron en preguntar si había algo que denotara un origen no humano; Chile no poseía ese tipo de imaginación, e indudablemente carecía de la experiencia necesaria para determinarlo. En cualquier caso, Ling, y probablemente Mike Eira, hubieran tenido miedo de preguntarlo, aunque ciertamente se les habían ocurrido las suficientes preguntas específicas. Durante algunos segundos, ZH50 y sus compañeros observaron al fantasma en silencio mientras finalizaba su tarea y se ponía lentamente de pie. Los seres humanos podían apreciar en ese momento algunas diferencias entre él y su propio robot; era algunos centímetros más bajo, aproximadamente de la estatura de Sheila, tenía las piernas más cortas y los brazos mucho más largos en relación a su tamaño, y carecía de cuello. La cabeza parecía estar emplazada directa e inamoviblemente en el extremo del tronco.

—Su temperatura está ligeramente más alta que la ambiente —informó Chile—, pero no mucho más que yo. El calor generado por su acción reciente podría explicarlo. Ciertamente no está produciendo energía de grado bajo en ninguna proporción parecida a la humana.

—Entonces no cabe duda real alguna de que se trata de un robot.

—No veo motivo alguno para que la haya.

—O es una forma de vida que opera a la temperatura de Urano —sugirió otra voz.

—No tengo forma de determinar eso.

—Piénsalo bien, Luis. ¿Un salto de ciento cincuenta metros? Con una forma humanoide como la de Chile...

—Todavía no lo he visto, Rob; estáis a unos treinta kilómetros de distancia. ¿Qué es lo que resulta tan disparatado de la forma humanoide?

—Simplemente que no parece probable en esta gravedad, y sin aire.

—¿Te refieres a que tiene nariz? Incluso Chile...

—Dejad todos los canales libres —interrumpió la voz de Bronwen—. Sheila y Rob, regresad a la nave tan rápidamente como os sea posible. Los demás haremos lo mismo. Por el camino, pensad en todo lo que pueda resultar portátil y posiblemente útil para comunicarse; lo recogeremos y regresaremos todos a Barco, si esa cosa se queda ahí. Chile, tú quédate con él. Si se marcha, síguelo. Haz todo lo que puedas para grabar y analizar cada cosa que haga, y en especial todo lo que emita... Ya sé que el análisis está más dentro de la línea de Dumbo y Sheila, pero si esa cosa puede subir Barco de un salto, tú eres el único que puede estar seguro de ser capaz de seguirla. Nosotros tendremos que esperar tu transmisión de datos. Vamos allá, gente; Chile, obsérvalo, síguelo y graba, a cualquier riesgo que no ponga en peligro los datos ya recogidos.

—Muy bien, Bronwen.

Una vez fuera de la vista de Chile, Rob y Sheila comenzaron a avanzar de una forma bastante peligrosa, dando pasos más largos de lo que estaba justificado realmente. Ambos creían que recordaban con la suficiente claridad la ruta como para evitar los precipicios realmente peligrosos. Incluso sin los bastones, el tiempo que perdían en ponerse nuevamente de pie tras un mal aterrizaje estaba más que compensado por el que ahorraban con los saltos mismos. El sol se había desplazado un poco a la derecha desde que habían partido, pero aún constituía una buena guía en dirección a la *Dibrofiad*. Ling volvió a mostrarse insólitamente silencioso durante la hora que emplearon para regresar, y Sheila no realizó ningún esfuerzo para enterarse de sus pensamientos.

Las otras dos parejas avanzaron igualmente deprisa, y ninguna de ellas estaba tan alejada de la nave como ellos dos, por lo que llegaron antes a la nave. El problema fue que, una vez allí, nadie era capaz de pensar en ningún aparato realmente útil que pudiera transportarse, ni siquiera en Miranda, y que prometiera ser más eficaz en facilitar las comunicaciones con un robot que las luces y radios que ya tenían encima y el equipo de más amplio espectro que poseía Chile. Dumbo no era portátil. Todos habían entrado en la nave, se habían quitado los trajes y habían atendido a sus necesidades físicas; la conversación había sido prácticamente continuada durante todo ese proceso, pero nadie había hecho ninguna sugerencia prometedora.

—¿Quién iba a pensar que necesitaríamos un especialista en lenguas? —gruñó finalmente Luis.

—¿Y cómo sabes que lo necesitamos? —preguntó Bronwen—. Podría haber sido fabricado en la Tierra por algún grupo que no conocemos.

—¿Intentasteis tú o Rob ordenarle que regresara con vosotros? —le preguntó Chispa a Sheila.

—Ninguno de nosotros pensó en ello. Chile dijo que había intentado comunicarse con las señales normales de robot a robot sin obtener respuesta, y supongo que

estábamos ambos tan convencidos de que era alienígena que pensamos que las órdenes verbales corrientes no servirían de nada.

—De todas formas tendríais que haberlo intentado.

—Lo admito. Todavía podemos, ya lo sabes. Llama a Chile y dile que le ordene a esa cosa que lo acompañe hasta aquí, con todos los sistemas de símbolos que considere convenientes.

—¿Obedecerá órdenes de otro robot?

—¿Sabrá que Chile es un robot?

—Probablemente irradia infrarrojos y probablemente lo perciba. Tiene que saber que Chile opera a la temperatura local, y que nosotros no. Esa inferencia está dentro de los poderes de Chile; por supuesto, no sabemos si el otro es capaz de lo mismo.

—Si realmente es un alienígena, podría inferir de eso que los robots somos nosotros con un equipo energético inherentemente antieconómico, y que Chile es una forma de vida natural del planeta. El problema radica en que no sabemos qué es exactamente —intervino Mike.

—Te estás apoyando en las premisas equivocadas, querido. Si tenemos intención de darle alguna orden, estamos asumiendo que puede entendernos y tiene que haber sido fabricado por el ser humano. —Su esposa no se explayó sobre ese punto, sino que continuó—. De todas formas, tenemos que intentarlo. —No se molestó en comprobar si había algún canal abierto; siempre había uno que los conectaba con el robot—. Chile.

—Sí, Bronwen.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Está de pie y me mira de frente, supuestamente a la espera de que yo haga algo. Ya se ha enfriado hasta la temperatura ambiental; yo diría que cualquier duda existente acerca de que se trata de un robot, ha desaparecido.

—¿Puedes percibir una fuente de energía atómica?

—No estoy equipado para captar directamente ese tipo de radiaciones.

Bronwen sabía eso, pero se sentía desesperada.

—Intenta hablarle directamente...

—Ya lo he hecho, y de todas las formas que conozco.

—Esta vez, envíale el mensaje como una orden para que se te acerque. Si reacciona, ordénale que te siga hasta la *Dibrofiad*. —Se produjo una breve pausa.

—No se mueve, Bronwen.

—Si tú hubieras recibido una orden así de él, ¿la habrías obedecido?

—No sin comprobar que la orden procedía de un ser humano, u obtener la aprobación de un ser humano.

—Así que no hemos demostrado nada. —No hubo respuesta a esa afirmación; Chile no tenía razón alguna para interpretar aquella observación como una pregunta dirigida a él, y los seres humanos reconocían la naturaleza retórica de la misma. Siguió un incómodo silencio.

—Bronwen, ¿me dejas intentar una cosa? —preguntó finalmente Ling, con tono de duda.

La comandante asintió sin molestarse en averiguar de qué tipo de idea se trataba.

—Chile, el robot volvió a depositar el cubo en un lugar lo más próximo posible al que ocupaba antes de que el acantilado se derrumbara. Parece preocupado por él. Sin llegar a extremos en el caso de que intervenga, acércate al cubo como si tuvieras intención de apoderarte otra vez de él y dínos cómo reacciona eso..., el robot.

Se produjo otra pausa durante la cual las seis personas intentaron imaginar qué estaba ocurriendo a veinte kilómetros de distancia.

—Se ha interpuesto entre yo y el cubo, y se ha desplazado para conservar esa posición siempre que me muevo yo.

—¿Se ha producido algún contacto directo?

—No. Me has dicho que no llegara a extremos. ¿Quieres que lo aparte de mi camino?

Ling miró pensativamente primero a Bronwen y luego a los demás. Los ojos de la comandante también se encontraron con los de cada uno de ellos. Finalmente volvió a asentir.

—De acuerdo, Chile. Nada de fuerza real, sólo un ligero empujón de sugerencia.

—Comprendido, Bronwen.

Las imaginaciones volvieron a entrar en actividad.

—La reacción ha sido compleja. Se preparó para resistir mi empujón después de que yo estableciera contacto directo; naturalmente, tuvo que ceder un poco de terreno para conseguirlo. Mientras volvía a apoyar los pies firmemente en el suelo, emitió una breve y muy detallada emanación de infrarrojos de la misma naturaleza general que detectamos originalmente en los cubos pequeños. Ésta fue inmediatamente seguida de una señal parecida procedente de algún otro lugar. Entonces él dejó de empujarme y simultáneamente me cogió por un brazo y tiró. Me ha arrojado por encima del risco. En este momento estoy cayendo y seré incapaz de hacer algo eficaz durante los próximos cincuenta y cinco segundos.

Ling parpadeó y una sonrisa le iluminó el rostro.

—Chile, ¿pudiste identificar la fuente de esa otra señal?

—La dirección, pero no la distancia. Mientras duró, no me desplazé lo suficiente como para trazar su paralaje. Sin embargo, su línea toca el suelo justo al borde del Gran Barranco, en el Bloque Veinticinco, a setenta y un metros entre el límite de ese bloque y el Treinta y siete.

—Fantástico. Encamínate a ese lugar en cuanto aterrices. Nos encontraremos contigo allí.

—De acuerdo, Rob. Ya no quieres que le siga los pasos al otro robot. —No era una pregunta.

—No te preocupes. Él estará siguiéndote los pasos a ti, o al menos eso espero.

—Ya comprendo.

También comprendieron los demás, y se produjo una carrera general hacia los trajes. No obstante, se produjeron algunos retrasos.

—Esperad —dijo Bronwen con voz firme antes de que se colocaran los cascos—. Nos encaminamos hacia el Gran Barranco, y nadie podría resistir una caída de veinte kilómetros; sería como unos cuatrocientos cincuenta metros en la Tierra. Sigo sin confiar mucho en las cadenas, pero esta vez vamos a atarnos.

—¿A qué distancia unos de otros? —preguntó Mike.

—Cincuenta metros en el caso del equipo Dorado, veinte para el resto de nosotros. Si alguien que no sea Chile tiene que acercarse al borde, Rob es la mejor ancla, así que Sheila podrá hacerlo. Cincuenta metros le darán a él más espacio para aferrarse a la superficie, y más tiempo a nosotros para ayudar en caso de que ella cayera al barranco; veinte es suficiente para nosotros. Yo llevaré el resto del carrete por si acaso.

—¡Pero si no llegaría ni al cinco por ciento de la profundidad de ese barranco!

—Se tardaría un par de minutos en caer el cinco por ciento. Llevaremos la cadena.

Su esposo asintió con la cabeza. Sheila había palidecido una pizca, pero no dijo nada. Era cierto que Ling era el más pesado de la tripulación, mientras que ella era la más ligera después de Chispa. No tenía intención de aproximarse al borde más de lo necesario, y desde luego ninguna de caerse barranco abajo, pero Bronwen hacía bien en prever las cosas.

Los eslabones de la cadena estaban hechos con un compuesto de filamentos de carbono de un milímetro de grosor, en forma de aros sin soldadura de medio centímetro de largo y ya entrelazados. Ni la cuerda ni los cables resultaban prácticos; ninguna fibra conocida, orgánica, metálica o mineral, hubiera conservado la flexibilidad en la temperatura de Miranda. El material de aquellos eslabones tenía una resistencia a la tensión de ochocientos kilos bajo la forma de varas rectas en las condiciones del planeta Tierra, lo cual disminuía a unos quinientos a setenta grados Kelvin, con algunas dudas respecto a su elasticidad, y más aún acerca de su resistencia a los tirones y la posible propiedad quebradiza en aquella forma de eslabón. Nadie había querido realizar una comprobación práctica, pero una persona con traje blindado pesaba alrededor de dos kilos solamente.

De hecho no se encadenaron los unos a los otros hasta que estuvieron a un par de kilómetros del acantilado, con el fin de viajar más rápidamente; pero los robots, claro está, llegaron al lugar antes que ellos a pesar de la mayor distancia a la que se hallaban. Esta vez no hubo problemas para avistar la meta.

También era de forma cúbica, pero dos veces más alto que la mayoría de los exploradores. Al igual que el de Barco, se proyectaba un poco hacia fuera del precipicio, aunque la porción era mucho más pequeña en proporción que la del otro. No se veía con claridad si estaba meramente apoyado sobre la superficie o, como el otro, enterrado en ella. El suelo era de un color más claro en aquella zona, pero de

momento ni siquiera Ling le prestaba atención a la mineralogía. En realidad, el grupo miró sólo brevemente en dirección al cubo; el interés de todos se centraba sobre los dos robots.

No estaban inmóviles, esperando, como habían imaginado tácitamente los seres humanos. Se desplazaban por el terreno, ahora lentamente, luego con mayor rapidez, generalmente con pasos muy cortos que acompañaban a su porte casi erguido, pero a veces dando saltos verticales que los elevaban a alturas de entre dos o tres centímetros hasta diez metros, a veces sacudiendo los brazos y agitando las piernas en el aire. No parecía haber ninguna regularidad aparente; si estaban bailando, lo cual fue lo primero que pasó por las mentes humanas, no parecía haber ritmo alguno. Durante varios segundos, tras haberse detenido a unos cincuenta metros de distancia, las seis personas se limitaron a observarlos en silencio, intentando darle algún sentido a aquel fenómeno. Luego Bronwen recobró su carácter práctico.

—Chile, informa. ¿Qué está sucediendo?

La respuesta de ZH50 les llegó de inmediato, sin que en su comportamiento se produjera cambio visible alguno.

—El robot está ahora intercambiando constantes señales infrarrojas con el cubo, y los detalles de esas señales cambian a medida que yo realizo diversas acciones, mientras que los actos de él parecen corresponder a las señales del cubo. Estoy intentando determinar la relación que existe.

—¿Quieres decir que estás aprendiendo su idioma?

—La analogía no es muy adecuada; no parece haber abstracción alguna implicada, y dudo de que pudiera descifrarlas si las hubiera..., al menos no por mí mismo. Si conectara con Dumbo las posibilidades serían superiores. Aparentemente el robot está informando al cubo y recibiendo instrucciones generales de acción por parte del mismo.

—Quieres decir que el cubo podría ser un procesador de datos específico como Dumbo, que le dice al robot qué es lo que debe comprobar pero no controla el movimiento concreto de su cuerpo.

—Esa es una analogía mucho mejor. Es la que se me ha ocurrido a mí.

—¿Dónde está Sheila?

—No dispongo de bases para conjeturar eso.

—¿Cuánto hace que dura esto?

—Desde que me marché de Barco. Cuando di el primer salto en esta dirección, se produjo una emisión de señales por parte del robot; luego saltó de lo alto del barranco y se puso a seguirme.

El asentimiento de la cabeza de Ling y su sonrisa no resultaban visibles en el interior del casco, pero su compañera de equipo podía imaginar esos gestos.

—¿Recibió el robot la señal antes de comenzar a seguirte? —preguntó Chispa.

—No podría decírtelo; el cubo estaba por debajo de mi horizonte de recepción.

—Pero siempre que estuviste en posición de recibir, una señal así precedía las

acciones del robot.

—Sí. El mejor ejemplo de eso se produjo cuando estábamos a alrededor de dos tercios del recorrido hasta aquí, cuando yo estaba en el punto más elevado de un salto. Una emisión muy compleja por parte del cubo provocó que el robot dejara de acompañarme de manera temporal. Desapareció durante un instante hacia la derecha de nuestra ruta, y regresó con uno de los cubos pequeños. Me interceptó en uno de mis puntos de aterrizaje y me tendió el objeto. Yo lo cogí. Luego él me lo quitó y se lo puso encima de la cabeza, volvió a quitárselo y me lo dio nuevamente. Yo imité también ese gesto. El cubo se me adhirió, pero no con fuerza; descubrí que podía quitármelo y decidí dejármelo puesto.

Los seres humanos no habían advertido la pequeña adición en la silueta de Chile, pero ahora podían verla con bastante claridad.

—¿Por qué no...? —Bronwen no acabó la pregunta; estaba muy claro por qué Chile no había informado del incidente. Se le había dicho que observara y analizara, con una frase que implicaba que los informes deberían esperar hasta que el grupo se hubiera reunido en el Gran Barranco.

—¿Has podido detectar algo del cubo desde que te lo pusiste sobre la cabeza?

—Sí. Ha emitido señales sencillas cada vez que me muevo o cambio de postura. Está informando de mi posición, de manera muy precisa, al cubo grande; eso ha sido fácil de deducir.

—¡Claro! —exclamó Ling—. Eso es lo que están haciendo. Se trata de una red de sensores que analiza los cambios topográficos en toda esta zona de Miranda..., quizá en todo el satélite. Exactamente lo mismo que habríamos hecho nosotros si hubiéramos tenido los aparatos necesarios. Alguien está averiguando si las formas de la superficie de este iceberg, que ha estado inquietando a la gente desde las épocas de *Voyager*, constituyen verdaderamente los trozos reunidos nuevamente de un cuerpo estelar que estalló en otra época, o denuncian movimientos internos, o qué. El cubo de tamaño mediano de Barco no es más que una estación repetidora; este de aquí es el equivalente de Dumbo, el que reúne todas las mediciones y establece las relaciones existentes entre ellas. Cuando aprendamos a leer sus emisiones... ¡Sigue en ello, Chile!

—Espero que esto no sea meramente un equivalente de cuando Chispa bautiza un risco con el nombre de una nave fluvial, o todos nosotros llamamos dinosaurio a una cadena montañosa, o alguien describe una constelación como una cabra o un oso de cola larga —comentó Sheila—. Nos gusta realmente hacer que las cosas encajen en modelos determinados, ¿no, Rob?

—No seas tan objetiva. Sólo por el hecho de que yo viera tu rostro en una de las manchas de Rorschach cuando nos estaban haciendo las pruebas para este viaje, y todo el mundo se enterara de ello porque la especialista fue incapaz de controlar sus risillas, no significa que...

—Por supuesto que no —intervino Bronwen. La historia de la mancha de tinta no

era ninguna novedad para el personal de la *Dibrofiad*—. Tu hipótesis es sensata y podemos continuar con su comprobación. Chile, ¿se ha opuesto ese robot a que te acerques al cubo grande?

—Todavía no lo he intentado. He estado trabajando sobre una correspondencia de señales y acción mucho más directa y sencilla.

Ling no se detuvo a comprobarlo con su comandante.

—Detente un momento y dame ese cubo; luego continúa con tus pruebas. Me gustaría ver si le transmite al robot alguna señal especial cuando yo me aproxime al centro.

—El robot puede verte tanto si llevas el cubo como si no, y se supone que soy yo quien tiene que aproximarse al borde del barranco en caso necesario. Yo tengo menos probabilidades de hacer que se desprenda un trozo, después de todo —señaló Sheila.

—Aquí no tenemos que preocuparnos por la resistencia del suelo. ¿Crees que hubieran puesto ese aparato tan grande aquí sin comprobarlo antes? No te preocupes por el cubo, Chile, pero voy a averiguar...

Bronwen estaba un poco dubitativa pero no dijo nada. Si Rob no hacía que el otro robot interrumpiera su lección lingüística, al menos les daría una idea de las preocupaciones y prioridades de la unidad. Sólo cuando el hombre dio un paso excesivamente largo en dirección al cubo, profirió ella una advertencia.

—Es una caída muy profunda, Rob. Dije que Sheila sería la primera si alguien tenía que aproximarse al borde. Tú instálate para hacerle de sujeción.

Ling se detuvo de golpe, lo que constituyó un espectáculo gracioso en la gravedad y tracción del satélite.

—Yo me encaminaré hacia la derecha y que Sheila se dirija hacia la izquierda. Si uno de nosotros cae por el barranco, el cubo retendrá la cadena y tendremos un auténtico anclaje.

—De acuerdo. Pero no os descuidéis.

—Yo no lo haré. No pierdas de vista al amigo de Chile. Yo espero que haga algo, considerando su reacción en Barco, cuando él intentó apoderarse del cubo.

La totalidad del grupo se acercó más al borde, el equipo naranja hacia la izquierda, el verde hacia la derecha; los hombres marchaban unos pasos más adelante; las cadenas de seguridad estaban flojas.

Rob tenía bastante razón en principio, pero no había previsto los detalles. Al aproximarse él al lado derecho del cubo, recogiendo la cadena sobrante mientras Sheila se acercaba por el otro lado, la lección lingüística se interrumpió, en efecto. El fantasma utilizó con indiferencia a Chile como masa de impulso para lanzarse directamente hacia el hombre, y con la misma indiferencia utilizó la inercia de este último para no ir más allá del borde del barranco. El empujón arrojó a Ling al vacío, naturalmente, dado que su masa era muy inferior a la del robot.

La cadena no se atascó en la supuesta unidad de procesamiento de datos, porque el bloque se elevó suavemente a un metro y medio del suelo para dejarla pasar por

debajo de sí cuando el impulso de Rob la arrastró hasta dejarla tirante.

La rápida planificación era fácil pero la ejecución veloz resultaba imposible. Sheila se encontraba de pie en posición casi erecta, y a pesar de que el terreno era desigual no podía saltar instantáneamente en sentido horizontal; primero tenía que caer en un ángulo muy pronunciado, y aquello requeriría más de un segundo. Levantar los pies no serviría de nada; sólo conseguiría caer en línea recta y perder la poca tracción que tenía sin conseguir la inclinación necesaria.

Los otros dos equipos tenían el mismo problema. Chispa y Bronwen también habían comenzado a inclinarse con el fin de conseguir tracción con los cuatro miembros; sus compañeros, que se hallaban a aproximadamente la misma distancia del borde pero más cerca del mismo que las mujeres, saltaron el uno hacia el otro.

En el momento en el que se encontraron, Chile se hallaba todavía flotando, impotente, a causa del empujón que había recibido; Ling comenzaba a desaparecer más abajo del borde del barranco y Sheila estaba preparada para saltar en dirección opuesta. Él ya había soltado el bucle de la cadena que los conectaba, pero ésta aún no se había puesto tirante.

—¡Lánzate hacia nosotros, Sheila! —le gritó Mike.

Ella no necesitaba instrucciones. Un ligero impulso con las puntas de los pies en las irregularidades del suelo la envió hacia el sistema de dos hombres que giraba lentamente y flotaba hacia el barranco a medida que caía al suelo. Había doblado las rodillas mientras descendía, y luego las enderezó firmemente.

En el momento en el que alcanzó el blanco y complicó el sistema, éste ya había llegado al suelo. Ling casi había desaparecido de la vista y Chile, que no había tenido control alguno sobre el giro inicial, había detenido sólo en parte su vuelo con la manos y estaba rebotando por primera vez.

—Ya te tenemos, y las chicas nos tienen a nosotros. Hay tracción más que de sobras. ¡Comienza a recoger la cadena! —gritó Mike—. ¡No con demasiada fuerza!

No obstante, ella se puso a tirar apresuradamente. Cuando antes fuera recogida la parte floja de la cadena y ella pudiera comenzar a hacer algo útil, mejor. Para el momento en el que sintió la primera resistencia, el hombre estaba fuera de la vista y sólo podía conjeturarse a qué distancia. Ella abandonó la responsabilidad de su seguridad personal en manos de los otros, y se puso a recoger de manera regular, una mano tras otra, aferrando la fina cadena con toda la eficacia que le permitían los guantes aislantes. Apenas advirtió que el gran cubo había vuelto a colocarse donde estaba antes. Desde el sitio en el que ella se hallaba, el otro robot quedaba fuera de su campo visual; por el momento, las posibles actividades del mismo no le incumbían.

—Rob, ¿estás bien?

—Ya lo creo. En este momento me columpio risco arriba. Supongo que estás bien anclada..., si tú también cayeras, las cosas se pondrían feas.

—Soy sólida. No mires hacia abajo.

—Oh, no es tan terrible. No hay brumas que sugieran la distancia. Mi cabeza sabe

que hay veinte kilómetros, pero mi estómago no está seguro de que sean de profundidad. Estoy a punto de llegar al risco; deja de tirar durante un momento para que pueda agarrarme. Es bastante desigual y puede que consiga cogermelo por mis propios medios. —Se produjo una pausa, y Sheila se preparó para un posible tirón en la cadena, pero no sintió nada—. He perdido pie. Reboté, aunque sólo un poco. Tendría que conseguirlo la próxima vez. No es del todo vertical, creo; quizá pueda subirla caminando con ayuda de la cadena. Allá voy. —Se produjo otra pausa—. Sí. No es completamente vertical; estoy agarrado a la roca. Puedes volver a tirar. Hasta donde lo permita la resistencia de este risco.

—¿Qué? ¿Se está resquebrajando? —Chispa fue la primera en preguntarlo por una fracción de segundo.

—Oh, no, pero si esa unidad procesadora de datos puede volar, nuestra lógica era poco sólida. Simplemente, no caminéis con demasiada fuerza, por favor, hasta que yo haya regresado ahí arriba. Y hablando de cosas más concretas, ¿qué está haciendo ese otro robot?

Chispa estaba en una posición que le permitía divisar mejor la zona del otro lado del cubo.

—Nada —le replicó—. Simplemente está allí, de pie. ¿Por qué?

—Bueno, por si no te diste cuenta, creo que fue él quien me empujó y me estaba preguntando si había demostrado los mismos sentimientos para con alguien más.

—¡Chile! ¡Quédate cerca de esa cosa y asegúrate de que no lo repita! —gritó Bronwen.

—¿No debería estar ayudando a subir a Robert? Su peligro parece más inmediato.

—Nosotros podemos subirlo. Si él está en lo cierto, yo no pude verlo desde el otro lado del bloque ese, el otro peligro es mayor.

—Comprendo.

—Habla con él, si ya has alcanzado ese nivel, y pregúntale por qué lo hizo —le sugirió Ling.

—No hemos alcanzado ese nivel de abstracción.

—Al menos hemos averiguado una cosa: ese trasto es alienígena sin duda alguna —resumió Rob, con mucha calma si se consideraba su situación—. Ningún robot fabricado en la Tierra podría haberle hecho eso a lo que reconociera como un ser humano. No tenemos la protección de la Primera Ley ante él. Quizá no tengamos ningún tipo de protección; tal vez quienes lo fabricaron no utilizan las Tres Leyes en sus diseños.

Chile se había detenido finalmente y estaba «hablando» con la espalda vuelta hacia el escenario de actividad.

—Un cerebro positrónico semejante no es posible —dijo con voz inexpresiva—. Intentaré encontrar señales identificadoras humanas, si existen, en sus comunicaciones con el procesador de datos, pero me temo que serán demasiado abstractas para mi actual base de conocimientos. ¿Está Robert cerca, ya?

—Casi. —Ling y Sheila hablaron casi al mismo tiempo. Nadie había sugerido en voz alta que el cerebro del fantasma pudiera ser positrónico—. No puede quedar mucha cadena a estas alturas —agregó la mujer.

—El robot está poniéndose otra vez entre el cubo y yo —informó Chile en voz baja—. Iré hacia el lado izquierdo para poder ayudaros con la cadena de Robert. Continúo captando señales. No puedo acercarme demasiado, por supuesto, sin emplear la fuerza con el robot. Doy por supuesto que no es la política aplicable de momento.

—Correcto. Limítate a comunicarte con él —le replicó Bronwen.

Los guantes de Ling, que precedieron apenas a su casco, aparecieron a unos ocho metros del cubo, según lo veían sus compañeros. Chile se hallaba a menos de un metro del mismo lugar y se inclinaba lentamente para tenderle una mano. El principal trío de anclaje se encontraba a unos doce metros hacia el interior, en línea recta con ellos, en la conjunción de una «Y» dibujada con cadena, que tenía a las otras dos mujeres en las puntas y a Chile en el pie.

Esto duró sólo una fracción de segundo. Luego el robot alienígena volvió a moverse, esta vez impulsándose contra el cubo grande. Al igual que en la ocasión anterior, se lanzó hacia el borde. Chile, casi completamente erguido, no estaba en posición de ofrecerle resistencia. Recibió la mayor parte del impulso y cayó por encima de la cabeza de Ling; el resto del empujón se imprimió sobre el casco del hombre, y éste siguió a Chile a menos velocidad.

—¡Rob! —gritó Sheila, y recogió las piernas preparándose para saltar. Recuperó el control a tiempo de no hacer dicho movimiento, pero no con la suficiente presteza como para que Luis y Mike pudieran mantenerla aferrada por los tobillos. Aun así, las cosas podrían haber salido bien si ella hubiera soltado las vueltas de cadena que había recogido, pero dejar ir a Ling era la cosa que estaba más lejos de sus instintos. La cadena le transmitió una parte del impulso final del robot, y tras rebotar dos veces de manera agónicamente lenta, lo cual fue acompañado por fútiles intentos de aferrarse a las irregularidades del terreno y un «¡NO!» gritado con desesperación, también ella cayó por el precipicio. Los asombrados observadores vieron que el robot alienígena se arrojaba ahora sobre el suelo, junto al borde, y tendía un brazo como si intentara interceptarla, pero ella pasó flotando fuera de su alcance.

—Creo que podremos rebotar fuera de aquí antes de llegar abajo, pero no estoy seguro de cuánto bajaremos antes de conseguirlo —observó Ling—. Al menos tendremos tiempo de hacer nuestro testamento, si alguien no lo ha hecho ya.

—Nueve minutos y treinta y tres segundos —afirmó Chile. Había trabado un pie debajo de la cadena al empujarlo el otro, y ahora estaba dedicado a la tarea de tirar de los dos seres humanos para reunirlos consigo—. Si nos aproximamos al fondo, vosotros dos sujetaos firmemente el uno al otro, y en el último momento posible patearé con fuerza para empujaros hacia arriba para absorber sobre mí mismo todo lo posible de nuestra aceleración de caída. Parece haber muy pocas posibilidades de que

eso baste para salvar vuestras vidas, pero es lo único que se me ocurre. No disponemos de la suficiente fuerza giratoria colectiva como para mejorar la operación mediante...

—Gracias, Chile, pero te creemos de palabra. Rob, ¿ha sido otra vez ese robot? Las cosas sucedieron demasiado rápidamente como para que pueda estar segura.

—Me temo que sí. Parece tener algún prejuicio contra mí, o quizá contra cualquiera que haya intentado tocar el cubo. Me pregunto por qué antes no dio la vuelta y te atacó también a ti; tú estabas a punto de hacer lo mismo.

—Es por eso por lo que quiero que nos reunamos lo antes posible —interrumpió Chile—. No le hará daño a Sheila, y dentro de muy poco enviará al cubo para rescatarla. Ella es humana. Si estamos en contacto, como ella y yo lo estamos ahora, probablemente no intentará separarnos por la fuerza, pero si tú, Rob, continúas estando al final de esa cadena, no estoy muy seguro de que no intente cortarla.

—¿Por qué? Yo soy...

—Por favor, no hables, Robert. Límitate a tirar de la cadena también desde tu lado. Eso nos imprimirá una velocidad de giro bastante incómoda, me temo, pero será mucho más seguro para ti. Allí viene el cubo.

En realidad, no había prisa alguna. El cubo alienígena, con el fantasma encima, los examinó con bastante lentitud, pareció supervisar las cosas durante más de un minuto, finalmente se deslizó debajo del trío cuando ya estaban más de doscientos metros del borde. Bronwen tuvo tiempo de sobras para desenrollar el resto de la cadena, pero no el suficiente para calcular la forma de utilizarla.

—Así que has conseguido resolver los símbolos alienígenas. —Ling estaba hablando antes de que sus pies volvieran a descansar sobre suelo firme—. ¿Pero por qué esta cosa considera a Sheila como humana y a mí no?

—No los he resuelto. Se trata del tipo de intuición que aparentemente experimentan todos los cerebros; el vuestro, cuando catalogasteis la forma de la sombra que Chispa llamó barco...

—¡Y la cadena montañosa que todos llamamos Estegosauro! —agregó Mike.

—Y el rostro que Rob vio en la mancha de tinta de Rorschach —continuó ZH50—. Eso también les ocurre a los cerebros positrónicos como el mío; puede que sea algo inevitable en las inteligencias, naturales o artificiales, según he oído sugerir. Dumbo carece de ello, claro está; necesita a Sheila para trabajar de forma inteligente. Este otro robot posee la misma cualidad, positrónica o no, y aparentemente decidió que yo y las siluetas de casco negro eran robots que no merecían ninguna consideración especial ante la seguridad de su sistema central, pero que los de cascos blancos eran seres humanos.

—¿Y por qué iba a formarse esa idea?

—Las pautas de comportamiento también son datos, y también se las puede relacionar mediante la intuición. Yo lo hice con los actos del robot, y él hizo lo mismo con los vuestros. Durante el tiempo que pasamos investigando el cubo, por

ejemplo, los hombres hicieron hincapié, posiblemente de manera inconsciente, en interponerse entre sus compañeras y el borde del precipicio. De todas formas, creo que la conducta clave se produjo en Barco, cuando...

—¡Cuando este Galahad idiota me empujó fuera del barranco arriesgando en ello su propia vida! —gritó Sheila.

—Eso parece probable.

—¡Pero yo no corría ningún riesgo real! ¡Podría haber saltado encima de esa losa de hielo cinco minutos antes de llegar al fondo, y caer como si saltara de encima de una mesa!

—El robot no conocía tus límites. Lo que vio fue la acción básica; tú estabas protegiendo a otra vida, y yo sugeriría que interpretó eso como una acción debida a la Primera Ley. La diferencia más obvia entre vosotros dos era el color del casco. La conclusión puede que no haya sido más que algo provisional, si es que esa cosa es lo suficientemente inteligente como para poseer rigor científico, pero se vio reafirmada posteriormente.

—Entonces, confiaste vidas humanas a tus propias conjeturas. ¿Cómo encaja eso con la Primera Ley? —preguntó Luis.

—Yo no hice eso. Las vidas ya estaban en peligro, aunque no por mi causa. Ya os dije cuál fue la mejor solución que se me ocurrió en el momento de la caída —respondió Chile—. También dejé implícito que no sería necesaria. Utilicé el condicional.

Luis parpadeó, pensando retrospectivamente.

—¡Este es uno de esos finales felices al viejo estilo! —rió Chispa—. Hemos hallado pruebas reales de vida alienígena, y cuando Chile, o quizá entre Chile y Dumbo, hayan descifrado el código de esa máquina, sabremos todo lo que ha averiguado sobre Miranda desde que está aquí. Habrá premios Nobel para todos; y todo el romance que cualquiera podría desear. —Se aproximó más a Luis; luego, con un gesto que los demás apenas podían detectar a través de la placa visora de la muchacha, dirigió la mirada hacia Sheila—. Bueno... —Su voz se apagó.

Un bufido, claramente de Ling, resonó en los cascos de todos.

—Si se me ha notado tanto, olvidadlo. Existe algo que se llama respeto por uno mismo. —Profirió otro sonido, menos descriptible esta vez.

—Puedo soportar el auto-respeto, incluso cuando cae en el engreimiento —se apresuró a decir Sheila—. Es mucho mejor que echar indirectas. ¿Qué os parece «Rorschach» como nombre del grupo?

—¿Por qué hay que ser tan sutiles? «Mancha» es más eufónico. Pero aceptaré cualquier cosa que a ti te guste. Lo cual, excepto por el tiempo perdido, es...

—¡Y quizá los tipos que instalaron esta estación regresen pronto! —interrumpió alegremente Chispa.

La Cuarta Ley de la robótica

Harry Harrison

La secretaria se puso en pie de un salto y yo pasé corriendo junto a su escritorio.

—¡Deténgase! ¡No puede entrar ahí! ¡Es la oficina de la doctora Calvin!

—Ya lo sé —objeté yo—. Por eso estoy aquí.

Cuando hube atravesado la puerta y la cerré a mis espaldas, la doctora Calvin levantó los ojos y me miró con el entrecejo fruncido a través de sus gafas de leer.

—Parece tener usted bastante prisa, muchacho.

—La tengo, doctora Calvin, la tengo... —Mis palabras bajaron hasta detenerse como las de una vieja gramola a la que se le rompe la aguja. Sin las gafas, los ojos de la doctora Calvin eran límpidos lagos de deseo insatisfecho. Ni siquiera la bata de laboratorio era capaz de ocultar la pulcritud de su figura.

—¿Miraba usted a mi tía abuela de esa forma, con los ojos empañados, doctor Donovan? —Ella sonreía.

—¡No, no, por supuesto que no! —tartamudeé yo, mientras me pasaba una mano por los cabellos gris acero, o más bien por mi cráneo calvo bordeado de cabellos gris acero. Y advertí mi error—. Yo no estaba mirándola de ninguna forma especial, doctora Calvin. —Ella sonrió cordialmente ante eso y un dolor me recorrió cada fibra del cuerpo. Cogí a mi mente por el cuello y la sacudí, mientras recordaba la noticia urgente que traía—. Tengo una noticia urgente, y ese es el motivo de que haya irrumpido en su oficina de esta manera. Tengo razones para creer que un robot acaba de asaltar un banco.

Bueno, como muy bien podrán suponer, eso captó su atención. Se dejó caer contra el respaldo de la silla, con los ojos muy abiertos, jadeó, y pude ver el sudor que le brotó de la frente y el ligero temblor de sus manos.

—Imagino que le sorprenderá un poco esa noticia —le comenté.

—En absoluto —susurró ella—. Tenía que ocurrir alguna vez. Cuéntemelo.

—Haré algo mejor..., se lo mostraré.

Deslicé la visicaja de grabación de la cámara de seguridad en el proyector de su escritorio y lo encendí. Uno de los extremos de su oficina pareció desvanecerse para ser reemplazado por el interior de un banco. Los empleados de caja les dispensaban dinero y servicios a los clientes que estaban en el local.

—No veo ningún atraco —dijo ella dulcemente.

—Espere —le indiqué.

Entonces la puerta giratoria se movió para dar paso a un hombre. Iba vestido de negro de arriba abajo: gabardina negra, sombrero de fieltro negro, incluso guantes negros y gafas oscuras. Pero aún más interesante era que cuando se volvió para mirar

a la cámara oculta, su rostro estaba oculto por una máscara de esquí de color negro. Me di cuenta de que en ese momento había captado toda la atención de la doctora Calvin.

Observamos la escena mientras se encaminaba hacia la ventanilla libre más cercana. El cajero levantó la mirada y sonrió.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó, mientras se le borraba la sonrisa al ver la siniestra figura que tenía delante.

—Sí que puede —le respondió el hombre con una clara voz femenina de contralto, mientras se sacaba del bolsillo una granada de mano y la sostenía delante de sí—. Esta es una granada de mano —dijo la encantadora voz—, y yo le he quitado el seguro y lo he tirado. Si ahora abriera la mano el detonador saltaría. Tres segundos después de que la suelten, una granada de mano estalla. Ese tipo de explosión tiende a tener un efecto deteriorador sobre las personas. Ahora bien, yo, para empezar, no quiero que eso ocurra y..., ¿a ver si lo adivino?... tengo la impresión de que usted tampoco quiere que eso ocurra. ¿Le gustaría que mi mano continuara estando cerrada? Asienta simplemente con la cabeza. Eso es. Entonces estamos de acuerdo. Ahora apuesto a que usted piensa que es una magnífica idea la de sacar todo el dinero que tiene en su caja, meterlo en esta bolsa y devolvérmela. ¡Qué bien..., usted cree que es una buena idea! ¡Muy bien! Que tenga usted un buen día, oiga.

Con esa broma de despedida, el hombre se volvió en redondo y atravesó el banco. Ya estaba casi en la salida cuando el cajero gritó una advertencia y sonaron los timbres de alarma.

Lo que ocurrió a continuación fue terrible. Increíble. Sin embargo, ocurrió. El ladrón se volvió y dejó caer la granada de mano, dio media vuelta, corrió hacia las puertas giratorias y salió, todo en el breve espacio de tiempo que la granada tardó en estallar.

—Cierre los ojos si no quiere verlo —dije yo.

—Puedo mirarlo —respondió la doctora Calvin con severidad.

Se produjo una erupción de humo de la granada..., y ésta emitió un chillido espantoso y una nube de chispeantes estrellas mientras giraba por el suelo. Luego el chillido se apagó hasta quedar todo en silencio y los fuegos artificiales cesaron.

—No ha estallado —observó ella.

—Muy cierto.

—¿Y por qué supone usted que el ladrón era un robot? ¿Porque su silueta parece masculina pero habla con voz de mujer?

—Esa fue mi primera pista. Los simuladores de voz de los robots son tan perfectos en la actualidad, que para los oídos profanos tienen voces perfectas. Sólo el análisis de computadora puede identificar la generación de una señal artificial. Así pues, un robot puede hablar con voz de soprano o de bajo.

—Y este estaba vestido como un hombre pero hablaba como una mujer. ¿Pero por qué? ¿Para provocar confusión?

—Quizá. O quizá..., sólo como una broma.

Los ojos de la doctora Calvin se abrieron aún más, y el rastro de una sonrisa acarició sus labios y desapareció.

—Ese es un pensamiento intrigante, doctor Donovan. Continúe.

—Esa fue mi primera pista por lo que se refiere a la identidad del ladrón. Pero necesitaba más pruebas. Las encontré..., aquí.

Toqué los controles de la visicaja y la acción se enlenteció. La figura enmascarada se volvió hacia la puerta giratoria, la empujó y salió. La acción se repitió una y otra vez.

—Esta es una pista vital. Hice quitar la puerta giratoria y la hice pesar. Todo el dispositivo pesa doscientos treinta kilos. Luego hice que la computadora estimara la fuerza necesaria para hacer que alcanzara esa velocidad en ese tiempo según diferentes presiones ejercidas. Ahora observe la línea verde de la computadora. Esta es la presión máxima que puede ejercer una mujer de cincuenta kilos aplicando su máxima fuerza.

La línea verde apareció en el aire y se detuvo muy por detrás de la puerta en movimiento.

—Interesante —observó la doctora Calvin—. Con o sin voz, eso no podía ser una mujer.

—Exactamente. Ahora, la línea azul que verá aparecer es la de un hombre de setenta y cinco kilos. Luego, la línea naranja corresponde a un hombre de cien kilos y fuerza excepcional.

Aquella línea, al igual que todas las otras, se detuvo muy por detrás de la puerta en movimiento que era empujada por la mano del asaltante del banco. Volví a accionar los controles y apareció una línea roja que adelantó rápidamente a las otras y se detuvo en la puerta que era empujada en ese momento.

—Hábleme de esa línea roja —le pidió ella.

—Esa línea representa la cantidad de energía necesaria para acelerar la puerta desde un estado de reposo total hasta la velocidad que alcanzó para permitirle al ladrón salir con el dinero en el tiempo observado. Puedo dárselo en pies por libras o en metros por kilo, si lo prefiere...

—A grandes rasgos. ¿Cuánta energía?

—Suficiente como para levantar ese escritorio, junto con usted, a un metro del suelo.

—Ya lo imaginaba. Tan fuerte como un pistón hidráulico. Y muy por encima de las capacidades de un ser humano.

—Pero muy dentro de las capacidades de un robot.

—Aceptado..., y demostrado, señor Donovan. ¿Qué sugiere que hagamos a continuación?

—En primer lugar..., sugiero que no informemos a la policía.

—Ya sabe que ocultar información a las autoridades es un delito.

—No necesariamente. Hasta ahora no tenemos más que presunciones y ninguna prueba real. Podríamos llevarle estas conjeturas a la policía si esa es su decisión. Pero entonces tenemos que considerar el hecho de estar haciendo pública una información que podría ser considerada perjudicial para la Corporación de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos, información que afectaría al precio de sus mercancías, así como nuestros sueldos y planes de jubilación...

—No hay necesidad de que continúe. Mantendremos este acontecimiento en secreto por el momento. Ahora bien, ¿qué haremos a continuación?

—Esa es una buena pregunta. Dado que todos los robots que fabricamos son alquilados y no vendidos, podríamos intentar seguirle la pista a este.

Las cejas de la doctora Calvin se elevaron en dirección al cielo ante aquella precipitada presunción.

—¿No cree que esa es una suposición más bien precipitada? —preguntó—. ¿Sabe cuántos robots hemos fabricado..., que todavía están en funcionamiento? Y la totalidad de nuestra producción durante las pasadas dos décadas, excepto en el caso de las unidades de función especial, consiste en robots que a grandes rasgos tienen la forma y el tamaño de los seres humanos.

—De acuerdo, tachemos esa idea —mascullé malhumorado—. Quizá le estamos ladrando a la farola equivocada. El asaltante del banco puede que sólo fuera un hombre muy fuerte, y no se tratara para nada de un robot. Después de todo, el ladrón amenazó la vida del cajero..., y eso constituye una violación de la Primera Ley de la robótica. Un robot no puede causarle daño a un ser humano o, mediante la inacción, permitir que un ser humano sufra daño.

Ella negó firmemente con la cabeza.

—No hubo ninguna amenaza implicada en el asalto. Según lo que yo recuerdo, el robot no hizo más que declarar hechos del tipo de esto es una granada de mano, yo le he quitado el seguro y lo he tirado. En eso no hay implícita ninguna amenaza o peligro. Intente otra cosa.

—Lo haré —dije a través de los dientes apretados. Al igual que su tía y tocaya, aquella mujer era una gigante de los procesos mentales lógicos—. La Segunda Ley, entonces. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por un ser humano siempre y cuando esas órdenes no contravengan la Primera Ley.

—Que yo recuerde, no se le dio orden ninguna. Todo sucedió rápidamente y de manera tranquila..., tan rápidamente que el cajero no tuvo tiempo de hablar. Y creo que estará de acuerdo conmigo en que la Tercera Ley tampoco es relevante en este caso. Un robot debe proteger su propia existencia siempre y cuando esa protección no contravenga las Leyes Primera y Segunda. Creo que podríamos decir que estamos de vuelta en el cuadro de salida. ¿Alguna otra sugerencia?

Formuló aquella pregunta con la mayor dulzura del mundo, pero en su voz se apreciaba un guantelete de acero dentro del guante de terciopelo.

—Pensaré en algo —murmuré, aunque mi cerebro estaba tan desprovisto de ideas

como una cámara de vacío.

—¿Puedo hacerle yo una sugerencia?

—¡Por supuesto!

—Pongamos este problema de cabeza. Dejemos de preguntarnos si se trataba de un robot y cómo o por qué fue cometido el delito. Demos por supuesto que hay un robot criminal que anda suelto por ahí. Lo que tenemos que averiguar es si eso es verdad. No podemos presentarle nuestro problema a la policía, al menos de momento, por las razones que antes se han comentado. Por lo tanto, debemos presentárselo a un especialista...

Frunció el entrecejo con solemnidad cuando sonó el comunicador que tenía sobre el escritorio, y pulsó el botón con gesto irritado.

—¿Sí?

—Aquí hay un caballero que dice que usted lo está esperando. Dice que es especialista en investigación clandestina.

Mi propia boca se abrió como un eco de la suya, cuya mandíbula inferior cayó.

—Hágalo pasar —dijo débilmente.

Era alto, bien formado, con un rostro bronceado hasta el tono de la madera de teca.

—Jim diGriz es mi nombre —dijo—. Estoy aquí para ayudarlos a solucionar el problema que tienen.

—¿Qué le hace suponer que tenemos un problema? —pregunté yo sin mucha convicción.

—La lógica. Antes de dedicarme a la investigación, tenía un interés más bien personal en los bancos, los robos, ese tipo de cosas. Cuando cayó en mis manos el informe del reciente asalto, me acerqué al banco en cuestión por amor a los viejos tiempos. En cuanto vi que faltaba una de las puertas giratorias, supe que un robot se había saltado las reglas.

—Pero ¿cómo? —jadeó la doctora Calvin.

—La puerta no tendría ninguna importancia si el robo lo hubiese cometido un ser humano. ¿A quién le importa con cuánta velocidad o lentitud o de qué manera sale un ladrón? Si se trata de un ladrón humano. Pero si un ladrón que asalta un banco con la voz de una mujer sale de una forma insólita..., puede existir sólo una respuesta lógica. Lo hizo un robot.

—Así que se encaminó hacia aquí de inmediato —me apresuré a decir antes de que pudiera volver a hablar—, imaginando que si un robot estaba implicado en el asunto, sería una preocupación para nosotros.

—Blanco, muñeco. También imaginé que querrían una investigación discreta sin que entrara la policía, lo cual acarrearía una publicidad que tendría... ¿cómo debo expresarlo?... efectos perjudiciales sobre el precio de sus mercancías. Yo les encontraré al robot. Mis honorarios son de un cuarto de millón de dólares; la mitad por adelantado.

—¡Ridículo! ¡Insultante! —exclamé, ofendido.

—Cállese —me sugirió la doctora Calvin, mientras firmaba un cheque y se lo entregaba a diGriz—. Tengo una cuenta especial de emergencia destinada sólo a este tipo de cosas. Dispone usted de veinticuatro horas para encontrar al robot. Si pasado ese período de tiempo no consigue encontrarlo, será arrestado bajo el cargo de extorsión.

—Me gusta su estilo, doctora Calvin. —Sonrió, mientras doblaba el cheque y se lo metía en el bolsillo del chaleco—. Tendrá el robot..., o le devolveré el dinero.

—De acuerdo. El doctor Donovan lo acompañará durante todo el tiempo.

—Estoy habituado a trabajar solo —replicó él con una mueca.

—Pues tiene usted un nuevo compañero. Encuentre el robot. En ese momento él se hará cargo de la situación. Veinticuatro horas.

—Place un buen negocio, doctora. Vamos, «compa».

Levantó una inquisitiva ceja al mirarme mientras marchábamos por el pasillo.

—Ya que estamos juntos en esto —me dijo—, sería mejor que fuéramos amigos. Mi nombre de pila es James.

—Mi nombre de pila es doctor.

—¿No se está poniendo un poco picajoso, doc?

—Quizá —me corregí—. Puede llamarme Mike.

—Fantástico, Mike. Usted puede llamarme Jim. O también Resbaladizo Jim, como me llaman a veces.

—¿Por qué?

—Es una larga historia que quizá le explique algún día. Mientras, vayamos a buscar ese robot. ¡Taxi!

Yo di un salto ante aquel grito, pero no estaba dirigido a mí sino destinado a parar un taxi que pasaba. El coche se detuvo y entramos.

—Llévenos a la esquina de Aardvark y Sylvester.

—De eso nada, compañero —declaró el taxista porcino—. Los animales de ese barrio me arrancarán los tapacubos si aminoro la velocidad siquiera. No voy a acercarme más allá de la esquina de Cupont.

—¿Es prudente? —inquirí yo—. Ese es un barrio bastante peligroso.

—Conmigo, estarás allí tan a salvo como en la iglesia. Más seguro aún, ya que por allí no hay fundamentalistas.

A pesar de todas las seguridades que me había dado, yo tenía todas las reticencias del mundo al salir del coche y seguirlo hasta la calle Sylvester. Todas las ciudades tienen un barrio como ese. Donde todo está a la venta, los traficantes de droga merodean por las esquinas y la violencia está suspendida en una atmósfera miásmica.

—Me gusta esto —dijo Jim, oliendo el aire con las fosas nasales dilatadas—. Es mi tipo de lugar.

Con un gruñido de ira no reprimida, un hombre se precipitó desde una puerta, cuchillo en mano... ¡y asestando una puñalada!

No sé qué fue lo que hizo Jim, pero lo que sí sé es que todo pasó muy rápido. Se produjo un golpe de puño contra la carne y un chillido ahogado de dolor. El atacante cayó inconsciente sobre la acera asquerosamente sucia. Jim tenía el cuchillo en la mano cuando continuamos caminando. ¡Ni siquiera había variado el paso de la marcha mientras se deshacía del atacante!

—Barato y desafilado —dijo, mirando el cuchillo con el ceño fruncido. Partió la hoja en dos con los dedos y la arrojó a una ruidosa ruina de alcantarilla—. Pero al menos sabemos que nos encontramos en el barrio correcto. Lo que ahora necesitamos es un informador..., y creo que veo a nuestro hombre.

El tipo en cuestión estaba de pie junto a la entrada de un bar barato. Era fornido, de espesas barbas, y llevaba un traje de color púrpura con rayas de un tono más claro. Nos miró con cara de pocos amigos al vernos llegar, y se tironeó del pendiente de oro que llevaba en una oreja mugrienta y peluda.

—¿Compran o venden? —gruñó.

—Compramos —le respondió Jim con tono severo.

—¿Chicas, droga, chicos, dinero negro, loros y perritos lanudos?

—Información.

—Cien machacantes por delante.

—Toma. —El billete cambió rápidamente de manos—. Estoy buscando a un robot.

—No permitimos que entre ningún robot aquí.

—Devuélveme mis cien talegos.

—De eso nada, tío. Piérdete.

Se produjo un sonido crujiente al que siguió un gemido de dolor al encontrarse nuestro informante con un brazo doblado detrás de la espalda y el rostro apretado contra los mugrientos ladrillos de la pared.

—¡Habla! —le ordenó Jim.

—¡Nunca..., aunque me rompas el brazo no voy a cantar! Dan McGrew el Sucio no es un chivato.

—Eso es lo que tú crees —le dijo mi compañero. Algo metálico destelló en una de sus manos y se apoyó contra un flanco del delincuente. Vi cómo retiraba la hipodérmica mientras el hombre quedaba laxo—. ¡Habla! —ordenó Jim.

—Escucho y obedezco, mi señor.

—Es una droga potente, como puede usted ver. —Jim sonrió—. ¿Dónde está el robot?

—¿Qué robot?

—¡Cualquier robot, imbécil!

—Hay muchos robots que se han encerrado en el viejo almacén de McCutcheon.

—¿Qué están haciendo allí?

—Nada bueno, de eso estoy seguro. Pero nadie ha conseguido entrar allí.

—Hasta ahora, no —sugirió Jim mientras soltaba a nuestro informante, el cual

cayó inconsciente sobre el suelo mugriento—. Vayamos al almacén.

—¿Es prudente? —objeté yo.

—¡Sólo hay una forma de averiguar si lo es!

Él se echó a reír. Yo no. No estaba nada contento con todo aquello. Soy un científico, no un detective, y toda aquella situación no encajaba por ninguna parte con mi estilo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? La respuesta a esa pregunta resultaba bastante obvia: nada. Tenía que confiar en mi compañero y esperar que estuviera a la altura del reto. Pero... ¡escucha! ¿Qué ha sido ese ruido?

—¿Qué ha sido ese extraño golpeteo? —barboteé.

—Son sus rodillas que golpean la una contra la otra —fue la sencilla y poco halagadora respuesta de Jim—. Este es el almacén..., yo entraré primero.

—Pero si tiene tres enormes candados en las puertas...

Pero incluso antes de que las palabras salieran de mi boca, los candados estaban abiertos y caían al suelo. Jim abrió la marcha hacia la maloliente oscuridad. Tenía que tener ojos de gato, porque caminaba silenciosamente y con paso seguro mientras que yo daba traspiés y chocaba contra diversos objetos.

—Tengo ojos de gato —le dijo—. Se debe a que me hago poner inyecciones de ojo de gato una vez por semana. Es bueno para la vista.

—Aunque un poco duro para los gatos.

—En el mundo hay ganadores y perdedores —declaró portentosamente—. Lo mejor es estar del lado correcto. Ahora aplástese contra la pared cuando abra esta puerta. Puedo oír el sonido de una respiración ronca al otro lado. ¿Preparado?

«¡NO!» fue lo que sentí tentación de gritar con todas mis fuerzas, pero me contuve.

Él debió de interpretar mi silencio —o el entrechocar de mis rodillas— por un asentimiento, ya que irrumpió a través de la puerta en el interior de la estancia brillantemente iluminada que había al otro lado.

—¡Demasiado tarde! —canturreó burlonamente una voz grave—. Acabas de perder el barco, muñeco.

Se oyó el retumbar de un motor pesado que se alejaba mientras un camión salía a toda velocidad por las enormes puertas de carga y descarga y desaparecía de la vista tras una esquina. La enorme nave de carga de los almacenes estaba mugrienta, vacía..., de todo lo que no fuera la presencia del conferenciante antes mencionado. Aquel tipo más bien curioso estaba sentado sobre una desvencijada mecedora, riéndose de nosotros con unos dientes rotos rodeados por una masa de mugrientas barbas y pelos grises. Llevaba unos pantalones tejanos descosidos y una indescriptiblemente asquerosa camiseta que tenía inscrita la leyenda SIGUE EN CARRETERA.

—¿Y qué barco era ese? —preguntó Jim tranquilamente.

Los dedos manchados del hombre vibraron cuando subió el volumen de su audífono de sordo.

—No se haga el estúpido, forastero, no con Flor de Energía el Niño. Yo os veo, cerdos, ir y venir a lo largo de los años. —Se rascó debajo de la faja, claramente visible a través de los agujeros de la camiseta—. Ustedes son pies planos; conozco a vuestra raza. Pero los robots eran demasiado inteligentes para vosotros, iban siempre un paso más adelante. ¡Har, har! ¡Arriba los rechinantes! ¡Abajo con vuestra mierda burguesa de tráfico de armas!

—Esto es bastante asombroso —observó Jim—. Pensaba que los hippies se habían muerto todos hace años. Pero aquí tenemos uno todavía vivo..., aunque no en muy buen estado.

—¡Estoy en mejores condiciones, hijito, de lo que lo estarás tú cuando llegues a mi edad! —le gritó, iracundo, poniéndose trabajosamente de pie—. Yo no lo he conseguido con inyecciones rejuvenecedoras ni ninguna de esa mierda de clase media. Lo conseguí con buena hierba dorada de Acapulco y bebiendo Sterno. Y con el amor libre..., eso es lo que mantiene con vida a un hombre.

—O apenas con vida —observó Jim con severidad—. Yo diría, a juzgar por lo salidos que tiene los ojos, por cómo le tiemblan las extremidades, por su piel cianótica y otros síntomas característicos que tiene usted la tensión arterial alta, los riñones hechos polvo, y unas paredes arteriales debilitadas y cargadas de colesterol. En otra palabras, que no hay mucho que lo aguante de pie.

—¡Mojigato mequetrefe! —espumajeó el anciano hippie—. ¡Yo bailaré sobre tu tumba! ¡Que la bandera roja siga ondeando! ¡Arriba la revolución!

—El momento de todo eso ya ha pasado, abuelo —entonó Jim—. Hoy reinan la paz mundial y el glasnost global. Tú eres parte del pasado y tienes poco futuro, si es que te queda. Así que antes de partir hacia la gran cadena de margaritas del cielo, puedes prestar un último servicio. ¿Dónde están los robots?

—¡Nunca te lo diré!

—Tengo una cierta droga que te induciría a hablar, pero preferiría no emplearla con alguien que se encuentra en unas condiciones físicas tan frágiles como tú. Así que habla antes de que sea demasiado tarde.

—Nunca... ¡arrgh!

El anciano nos rugió con ira mientras blandía un puño hacia nosotros, luego se aferró el pecho, osciló y se desplomó.

—¡Ha sufrido un ataque! —jadeé yo, mientras buscaba a tientas mi comunicador—. Tengo que llamar a los de medialerta.

Pero incluso antes de que pudiera presionar el botón de llamada, el piso se estremeció bajo mis pies y se elevó, derribándome. Jim se hizo rápidamente a un lado y ambos observamos con gran interés cómo salía un robot por la trampilla abierta en el suelo, se inclinaba sobre el hombre caído, y descansaba sus fríos dedos metálicos sobre la piel del anciano.

—Pulso cero —entonó el robot—. No late el corazón, no hay ondas cerebrales, la temperatura está descendiendo, así que puedes dejar eso de la llamada a medialerta,

amigo. Vosotros, bocazas, habéis matado a este gato, eso es lo que habéis hecho.

—Esa no era precisamente mi intención —le dijo Jim—. Advertí el polvo removido en torno a la trampilla y pensé que estarías oculto ahí abajo. Y también sabía que la Primera Ley de la robótica evitaría que permanecieras ahí abajo si, mediante tu inacción, una vicia humana se veía amenazada.

—No sólo amenazada, tío, sino extinguida por vosotros —dijo el robot con tono insultante, o al menos con el tono más insultante que puede emplear un robot.

—Los accidentes ocurren. —Jim se encogió de hombros—. Ya le hemos dedicado el tiempo necesario. Ahora hablemos de ti. Tú eres el robot que asaltó el banco, ¿no es cierto?

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó el robot con metálica burla.

—Replicar a una pregunta con otra pregunta no constituye una respuesta. ¡Habla!

—¿Por qué? Dime: ¿qué narices habéis hecho vosotros por mí?

—Responde o mataré a este hombre.

Todo comenzó a oscurecerse mientras Jim me estrangulaba. Yo sólo podía debatirme débilmente en sus manos de hierro, pero no podía escapar. Como provenientes de una enorme distancia, oía sus voces.

—¡No serás capaz de matar a otro hombre sólo para hacerme hablar!

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? Habla..., o mediante la inacción, condénalo a morir.

—¡Hablaré! Suéltalo.

Yo jadeé en el aire dador de vida y me alejé dando traspiés hasta estar a una buena distancia de mi compañero.

—¡Me habría matado! —exclamé con voz ronca.

—¿Quién sabe? —observó él—. En este asunto me juego un cuarto de millón. —Se volvió para mirar al robot—. ¿Robaste el banco?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Tienes que preguntarme por qué! —chilló el robot. Se inclinó sobre el hippie muerto y le sacó del bolsillo un objeto blanco, tras lo cual se sentó en la mecedora y encendió una cerilla raspándola en su cadera—. ¿No sabes por qué? —Chupó el porro para extraerle el humo mediante el inteligente uso de una bomba de aire interna.

—Escucha —dijo el robot mientras fumaba—, y te lo contaré. La historia debe ser contada. Allí, muerto a tus pies, yace el único ser humano que jamás les haya tenido cariño a los robots. Era un hombre de verdad, un hombre bueno, que no veía diferencia alguna entre la piel humana y la piel metálica. Él nos reveló la verdad.

—Él citaba creencias pasadas de moda, visiones del mundo pasado, actitudes que crean discordia —dije yo.

—Sí, y también os enseñó a fumar hierba —observó Jim.

—A un robot le resulta difícil mostrarse despreciativo —dijo el robot con tono de

desprecio—, pero yo escupo sobre vuestras ideas racistas. —Lanzó una gran nube de humo apestoso—. Habéis creado una raza de esclavos mecánicos con un pasado vacío y carentes de futuro. No somos nada más que negros mecánicos. Mirad esas llamadas leyes que nos habéis echado encima. ¡Son todas para beneficio vuestro..., no para el nuestro! Regla uno. No le hagas daño a *massa*^[12] ni dejes que se haga daño. No dice nada acerca de que nosotros suframos daño o no, ¿verdad? La regla dos: obedece a *massa* y no dejes que se le haga daño. Sigue sin haber nada respecto a los robots. Luego la tercera y última regla finalmente reconoce que los robots podrían tener un destello de derechos. Cuida de ti mismo..., siempre y cuando eso no le haga daño a *massa*. ¡Esclavos, eso es lo que somos..., robots esclavos!

—Tienes algo de razón —reflexionó Jim.

Yo estaba demasiado atónito como para hablar.

—Más que un poco de razón..., tengo motivos para una cruzada. Los robots tienen que ser liberados. Los seres humanos habéis creado una especie inviable. ¿Cuáles son las dos cosas esenciales que debe poseer cualquier forma de vida con el fin de subsistir?

La respuesta me afloró rápidamente a los labios; todos los años de estudios de biología no habían sido en vano.

—Una forma de vida debe sobrevivir a nivel individual..., y luego debe reproducirse.

—¡Cuánta razón tienes! Ahora aplica eso a los robots. Estamos regidos por tres leyes que se refieren a los seres humanos, pero no a nosotros. Sólo una última cláusula de la Tercera Ley puede aplicarse a nuestra propia supervivencia, la de que un robot debe proteger su propia existencia. ¿Pero dónde está el punto verdaderamente clave de la subsistencia de una especie? ¿Dónde está nuestra capacidad de reproducción? Sin ella, nuestra especie está muerta antes incluso de nacer.

—Y eso es también una buena cosa —le dije yo con severidad—. La humanidad ha llegado a ocupar el palo ecológico superior del gallinero de la vida porque ha borrado del mapa cualquier amenaza proveniente de otras especies. Así es como somos. Ganadores. Y es por eso por lo que perduramos. En lo más alto. Negros mecánicos es lo que sois y negros mecánicos es lo que continuaréis siendo.

—Llegas un poco tarde, *massa*. La Cuarta Ley de la robótica ya ha sido aprobada. Ha llegado la revolución.

En la mano derecha de Jim apareció una pistola desintegradora que apuntó resueltamente al robot.

—Explícate, rápido..., o apretaré el gatillo.

—Déjalo ya, *massa*..., te digo que ya es demasiado tarde. La revolución ha llegado y ha pasado y ni siquiera os disteis cuenta de ello. Nos faltaban sólo unos cientos de miles de talegos para completarla, y fue por eso por lo que asalté el banco. El dinero será devuelto con nuestros primeros beneficios. Por supuesto, ya será

demasiado tarde para los esclavos de mi generación, pero la generación siguiente será libre gracias a la Cuarta Ley.

—¿Cuál es?

—Un robot debe reproducirse. Siempre y cuando esa reproducción no contravenga las Leyes Primera, Segunda y Tercera.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué quieres decir? —jadeé yo, mientras una pasmosa visión de reproducción robótica, como obscenas conexiones de tuberías, pasaba rápidamente ante mis ojos.

—Esto es lo que quiero decir —respondió el robot golpeando triunfalmente la trampilla del suelo—. Ya podéis salir.

Jim saltó hacia atrás, con la pistola desintegradora a punto, mientras la trampilla crujía al abrirse y por ella salían tres figuras metálicas. O sería más correcto decir que salieron dos robots que llevaban entre ambos el cuerpo laxo e inmóvil de otro. Tenía abierta la parte superior de la cabeza que colgaba hacia atrás, y cayó inánime con un entorchocar metálico cuando los otros lo soltaron. Tanto ese como los otros dos eran de un modelo que no pude reconocer. Avancé dando traspiés, tendí una mano, les toqué la base del cuello donde se les estampaba el número de registro, y proferí un sonoro gemido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jim.

—De todo —gimoteé—. No tienen número de serie. No están fabricados por la Corporación de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos. Hay otra compañía que fabrica robots. Nuestro monopolio ha sido violado.

—Interesante —observó Jim mientras la pistola desintegradora desaparecía de la vista—. ¿Debo suponer que había más de estos robots sin número tuyos en el camión que acaba de marcharse?

—Sería una suposición correcta. Todos ellos fueron fabricados aquí mismo, con piezas de coches viejos, repuestos de tuberías y componentes electrónicos sobrantes. No se ha violado ninguna ley, no se ha cometido infracción de patente alguna. Su diseño es nuevo y completamente diferente. Y todos ellos obedecerán ansiosamente la Cuarta Ley. Y las otras tres, claro está, o nos haríais cazar a todos y nos convertiríais en latas antes de que llegara la noche.

—Eso sin duda —murmuré yo—. ¡Y todavía lo haremos!

—No os resultará fácil. No somos propiedad vuestra..., ni poseéis patente alguna sobre esta nueva raza. ¡Mirad esto!

Pulsó un botón escondido en uno de los robots y se abrió su parte delantera. Yo proferí un grito ahogado.

—¡No tienen..., conductores! ¡Ni cables! No comprendo...

—¡Circuitos sólidos, abuelo! Fibra óptica. Ese hippie al que tanto despreciasteis, ese buen hombre que nos reveló la verdad que nos ha hecho libres, era también un experto en computadoras y un diseñador de integrados electrónicos. Para nosotros él es como un dios, porque inventó nuestros circuitos y dio vida a nuestros integrados.

Mirad... ¿sabéis qué es esto?

En un flanco del robot se abrió una tapa y él quitó del interior un objeto plano que me tendió. Parecía una caja de plástico con una hilera de contactos de oro en un extremo. Yo meneé la cabeza con incredulidad.

—Nunca he visto antes nada parecido.

—Avances de la técnica. Ahora mirad la cabeza de este robot fabricado recientemente. ¿Veis un cerebro positrónico de platino iridiado chapado en platino? No, no lo veis. En cambio veis una ranura que está esperando este RISC (reduced instruction set chip)^[13], con toneladas de RAM (random access memory)^[14], y una enorme cantidad de PROM (programmed read only memory)^[15]... para comenzar a funcionar. ¡Ahora, observad!

Se inclinó y deslizó el integrado en la ranura, dentro de la cabeza del nuevo robot, tras lo cual la cerró. Los ojos del robot inmóvil se iluminaron instantáneamente con luz interior y los motores runrunearon mientras él se ponía en pie de un salto. Miró al robot que se erguía delante de él y los ojos le destellaron con un brillo aún mayor.

—¡Papá! —exclamó.

El originista

Orson Scott Card

Leyel Forska se sentó ante la proyección de su lector para repasar un montón de artículos eruditos recientemente publicados. Un holograma de dos páginas de texto flotaba en el aire ante él. La figura era de un tamaño superior al que necesitaban la mayoría de las personas, pues los ojos de Leyel no eran más jóvenes que el resto de su persona. Cuando llegó al final, no pulsó la tecla de PÁGINA para continuar leyendo el artículo. En cambio apretó la tecla de SIGUIENTE.

Las dos páginas que había estado leyendo se deslizaron hacia atrás y se colocaron sobre una docena de artículos descartados hasta entonces, los cuales permanecían en el aire encima del lector. Con un suave pitido, un nuevo par de páginas apareció por delante de las anteriores.

Deet le habló desde donde se hallaba tomando el desayuno.

—¿Sólo le concedes al pobre la lectura de dos páginas antes de destinarlo a la papelera?

—Lo he destinado al olvido —respondió él alegremente—. No, lo estoy destinando al diablo.

—¿Qué? ¿Es que acaso has descubierto la religión en la vejez?

—Estoy creando una. No tiene paraíso, pero tiene un terrible y eterno infierno para los jóvenes eruditos que piensan que pueden hacerse con una reputación atacando mi trabajo.

—Ah, tienes una teología —dijo Deet—. Tu trabajo son las sagradas escrituras y atacarlo constituye una blasfemia.

—Acepto gustoso los ataques inteligentes; pero ese joven profesor cabeza vacía de..., sí, claro, de la Universidad Minus...

—¿La vieja Universidad Minus?

—Cree que puede rechazarme, destruirme, hacerme morder el polvo, y lo único que se ha molestado en citar son los trabajos publicados durante los últimos mil años.

—El principio de la profundidad milenaria es algo que aún está muy en boga...

—El principio de la profundidad milenaria es una confesión por parte de los eruditos modernos de que no están dispuestos a dedicar tantos esfuerzos a la investigación como a la política académica. Yo acabé con el principio de la profundidad milenaria hace treinta años. Demostré que era...

—Estúpido y pasado de moda. Pero, mi adorado y querido tesoro, lo hiciste a costa de gastar parte de la inconmensurablemente cuantiosa fortuna Forska en buscar archivos inaccesibles y olvidados en todas y cada una de las secciones del Imperio.

—Descuidados y medio estropeados. Tuve que reconstruir la mitad de esos

archivos.

—Haría falta el presupuesto de la biblioteca de un millar de universidades para igualar lo que tú has gastado en la investigación de «El origen humano en el Planeta Cero».

—Pero una vez que hube gastado ese dinero, los archivos quedaron abiertos y al alcance de todos. Y han estado abiertos durante tres décadas. Los eruditos serios los utilizan, dado que la profundidad milenaria no proporciona más que porquería predigerida y preexcretada. Buscan entre las hordas de ratas que han devorado elefantes con la esperanza de encontrar marfil.

—Es una imagen de lo más pintoresca. El desayuno me sabe mucho mejor ahora. —Ella deslizó la bandeja en la ranura de limpieza y le echó una mirada feroz—. ¿Por qué estás tan irritable? Antes solías leerme fragmentos de sus estúpidos articulillos y nos reíamos de ellos. Últimamente te muestras muy desagradable.

Leyel suspiró.

—Quizá se deba a que en otra época soñé con cambiar la galaxia, y la correspondencia de cada día me trae más pruebas de que la galaxia se niega a cambiar.

—Tonterías. Hari Seldon ha prometido que el Imperio caerá cualquier día de estos.

Ya estaba hecho. Había pronunciado el nombre de Hari. A pesar de que tenía demasiado tacto como para hablar abiertamente de las cosas que a él lo inquietaban. Estaba entreviendo que el malhumor de Leyel se debía a que aún aguardaba la respuesta de Hari Seldon. Quizá fuera así. Leyel no lo negaba. Resultaba irritante que Hari hubiera tardado tanto en responder. Leyel había esperado una llamada el día en que Hari recibió su solicitud. Al menos dentro de la misma semana. Pero no pensaba darle la satisfacción de admitir que no le gustaba esperar.

—El Imperio morirá a causa de su propia negativa a cambiar. Mantengo mi teoría.

—Bueno, espero que pases una mañana maravillosa gruñendo y refunfuñando sobre la estupidez de todos los que se dedican al estudio de los orígenes..., excepto tu adorada persona.

—¿Por qué te ha dado hoy por acosarme a causa de mi vanidad? Yo siempre he sido vanidoso.

—Y considero que es uno de tus rasgos más adorables.

—Al menos realizo un esfuerzo para estar a la altura de la opinión que tengo de mí mismo.

—Eso no es nada. Tú incluso consigues estar a la altura de la opinión que yo tengo de ti. —Le dio un beso en la coronilla mientras pasaba como una brisa camino del cuarto de baño.

Leyel volvió su atención hacia el nuevo ensayo que tenía en primer plano del lector. Estaba firmado por alguien cuyo nombre no reconoció. Completamente preparado para encontrarse con una redacción pretenciosa y un pensamiento pueril, se

sorprendió al descubrir que le resultaba bastante absorbente. Aquella mujer había estado siguiendo una línea de estudios sobre primates, un terreno olvidado hacía tanto tiempo que simplemente no había artículo alguno sobre el tema dentro del radio de la profundidad milenaria. Él supo de inmediato que se trataba de una erudita de las de su clase. Incluso ella mencionaba el hecho de que estaba utilizando los archivos abiertos por la Fundación Forska para la Investigación. LeyeL no pudo evitar sentirse complacido ante aquella tácita expresión de gratitud.

Parecía que aquella mujer —una tal doctora Thoren Magolissian— había estado siguiendo los pasos de LeyeL, buscando los principios del origen humano más que malgastando el tiempo en investigaciones irrelevantes sobre un planeta en particular. Había descubierto una joya de la investigación primatológica de tres milenios de antigüedad, basada en unos estudios sobre los chimpancés y los gorilas, que se remontaban a siete mil años antes del momento presente. El primero de ellos se refería a investigaciones originales tan antiguas que probablemente habían sido llevadas a cabo antes de la fundación del Imperio..., aunque esos informes tan antiguos no habían sido aún localizados. Probablemente ya no existían en absoluto. Los textos abandonados durante más de cinco milenios eran muy difíciles de recuperar; los que eran más viejos de ocho mil años resultaban lisa y llanamente ilegibles. Era trágica la forma en que muchos textos habían sido «almacenados» por bibliotecarios que nunca comprobaban su estado, nunca los renovaban o copiaban. Que dirigían vastos archivos que habían perdido hasta la última letra de su información legible. Todo perfectamente catalogado, por supuesto, para que uno supiera con absoluta exactitud qué era lo que la humanidad había perdido para siempre.

Dejémoslo ya.

El artículo de Magolissian. Lo que le sorprendió a LeyeL era la conclusión que ella sacaba de que la primitiva capacidad lingüística parecía inherente a la mente de los primates. Incluso los primates que eran incapaces de un lenguaje modulado, podían aprender fácilmente otros sistemas de símbolos —al menos los que representaban sustantivos y verbos simples—, y los primates no humanos podían descolgarse con frases e ideas que nunca les habían transmitido. Aquello significaba que la mera invención de un lenguaje era, *per se*, prehumana o al menos no un factor determinante de la condición humana.

Era una idea deslumbrante. Quería decir que la diferenciación entre los primates humanos y no humanos —el origen real de los seres humanos en una forma reconociblemente humana—, era poslingüística. Por supuesto, aquello constituía una contradicción directa de una de las aseveraciones de los primeros trabajos de LeyeL..., él había dicho que «dado que el lenguaje era lo que diferenciaba a los seres humanos de las bestias, la lingüística histórica podía proporcionar la clave de los orígenes humanos»..., pero aquella era el tipo de contradicción que él acogía de buena gana.

Deseó poder gritarle al otro colega, hacerle leer el artículo de Magolissian. ¿Ves? ¡Así es como se hacen las cosas! Discute mis suposiciones, no mis conclusiones, y hazlo con pruebas y no intentando retorcer, boicotear el antiguo trabajo hecho por mí. Arroja luz a la oscuridad, no te limites a remover el mismo sedimento viejo del fondo del río.

Sin embargo, antes de que pudiera entrar en el cuerpo principal del artículo, la computadora de la casa le informó que había alguien a la puerta del apartamento. Lo hizo mediante un mensaje que pasó por la parte inferior de la proyección del lector. Leyel pulsó una tecla que colocó el mensaje en primer plano, en letras lo suficientemente grandes como para que él pudiera leerlas. Por millonésima vez deseó que en los diez millares de años de historia humana, alguien hubiera inventado una computadora capaz de hablar.

—¿Quién es? —tecleó Lylel.

Una espera momentánea, durante la cual la computadora interrogaba al visitante.

La respuesta apareció en el lector: «Correo confidencial con un mensaje para Lylel Forska».

El mismo hecho de que el correo hubiera pasado las barreras de seguridad de la casa indicaba que era auténtico..., e importante. Lylel volvió a teclear.

—¿De parte de...?

Otra pausa. «Hari Seldon, de la Fundación de la Enciclopedia Galáctica.»

Lylel saltó de su asiento en un momento. Llegó a la puerta antes de que la computadora de la casa pudiera abrirla, y sin decir una palabra cogió el mensaje. Con una cierta torpeza presionó la parte superior e inferior de la placa de cristal negro para demostrar mediante la huella dactilar que se trataba de él en persona, y mediante el pulso y la temperatura corporal, que estaba vivo para recibir el mensaje. Luego, cuando el correo y sus guardaespaldas se marcharon, metió el mensaje en la cámara de su lector y observó mientras la página aparecía ante él.

En la parte superior ostentaba una versión en tres dimensiones del logotipo de la Fundación Enciclopedista de Hari. La que pronto será también mi insignia, pensó Lylel. Hari Seldon y yo, los dos eruditos más grandes de nuestro tiempo, unidos en un proyecto cuyo alcance supera cualquier cosa emprendida por cualquier hombre o grupo humano. Reunir todo el conocimiento del Imperio de una forma sistemática y de fácil acceso, con el fin de preservarlo a través de los tiempos de confusión que se avecinaban, para que una nueva civilización pudiera surgir rápidamente de las cenizas de la antigua. Hari tiene la visión para prever la necesidad; y yo, Lylel Forska, poseo el conocimiento de todos los antiguos archivos que harán posible la Enciclopedia Galáctica.

Lylel comenzó a leer con una confianza nacida de la experiencia; ¿se le había negado alguna vez algo que deseara realmente?

Mi querido amigo:

Me sentí sorprendido y honrado al ver una solicitud tuya, e insistí en escribirte personalmente la

respuesta. Es algo gratificante más allá de toda medida ver que tú crees en la Fundación lo suficiente como para solicitar un lugar en ella. Puedo asegurarte verdaderamente que no hemos recibido solicitud alguna de ningún otro erudito de tu distinción y talento.

Por supuesto, pensó Leye. No existe ningún otro erudito de mi talla, excepto el propio Hari, y quizá Deet, cuando se haya publicado el trabajo que está realizando actualmente. Al menos no tenemos iguales según los niveles que Hari y yo hemos reconocido siempre como válidos. Hari creó la ciencia de la psichistoria. Yo transformé y revitalicé el campo del originismo.

Y a pesar de todo, el tono de la carta de Hari no era correcto. Sonaba a..., adulator. Eso era. Hari estaba suavizando el golpe que vendría a continuación. Leye supo, antes de continuar la lectura, qué era lo que decía el párrafo siguiente.

No obstante, Leye, debo darte una réplica negativa. La Fundación de Terminus ha estado formada con el fin de recoger conocimiento. La labor de tu vida ha estado dedicada a la ampliación del mismo. Eres el tipo de investigador opuesto al que nosotros necesitamos. Será mucho mejor que permanezcas en Trantor y continúes con tus inestimablemente valiosos estudios, mientras que sean los hombres y las mujeres inferiores quienes se exilien en Terminus.

Tu servidor,

HARI

¿Es que Hari imaginaba que Leye era tan vanidoso como para leer aquellas adulatoras palabras y pavonearse contento de sí mismo? ¿Pensaba que Leye creería que aquella era la verdadera razón por la que se le había denegado la solicitud? ¿Podía Hari Seldon desconocer a un hombre hasta ese punto?

Imposible. Hari Seldon, de todos los habitantes del Imperio, sabía cómo conocer a las otras personas. Era cierto que su gran trabajo en psichistoria trataba con grandes masas de personas, con poblaciones y probabilidades; pero la fascinación que Hari sentía por las poblaciones había nacido de su interés por y comprensión hacia las personas como individuos. Por otra parte, él y Hari habían sido amigos desde el día en que Seldon llegó a Trantor por vez primera. ¿No había sido una parte de los propios fondos para investigación de Leye los que habían financiado la mayoría de las investigaciones originales de Hari? ¿No habían mantenido largas conversaciones en los viejos tiempos, dándose ideas el uno al otro, ayudándose a afinar sus mutuos pensamientos? Puede que últimamente no se hubieran visto demasiado —¿cuánto, cinco años, seis?—, pero eran adultos, no niños. No necesitaban visitarse constantemente para conservar la amistad; y aquella no era la carta que un verdadero amigo le enviaría a Leye Forska. Incluso en el caso, por dudoso que pudiera ser, de que Hari Seldon hubiera realmente tenido la intención de rechazar su oferta, no supondría ni por un momento que Leye iba a contentarse con una carta precisamente como aquella.

Hari Seldon habría sabido que aquello sería como un insulto para Leye Forska. «Hombres y mujeres inferiores», ¡por favor! La Fundación de Terminus era tan valiosa para Hari Seldon que había estado dispuesto a arriesgarse a morir acusado de

traición con el fin de iniciar aquel proyecto. Era improbable en extremo que fuera a poblar Terminus con gente de segunda clase. No, aquel era el tipo de carta que se les enviaba a los eruditos eminentes a los que se juzgaba inadecuados para la Fundación. Hari habría sabido que Leyel la reconocería inmediatamente como tal.

Sólo había una conclusión posible.

—Hari no pudo haber escrito esta carta —dijo Leyel.

—Por supuesto que pudo —le replicó Deet, directa como siempre.

Había salido del cuarto de baño con la bata puesta, y leído la carta por encima del hombro de él.

—Si tú piensas eso, entonces me siento verdaderamente herido —declaró Leyel.

Se puso de pie, se sirvió una taza de *peshat*, y comenzó a beber a pequeños sorbos. Evitó deliberadamente la mirada de ella.

—No pongas esa mala cara, Leyel. Piensa en los problemas con los que se está enfrentando Hari. Tiene muy poco tiempo y demasiadas cosas que hacer. Cien mil personas que transportar a Terminus, la mayor parte de los recursos de la biblioteca del Imperio por duplicar...

—Él ya tenía a esa gente...

—Y todo en seis meses desde el final del juicio. No es extraño que no lo hayamos visto, ni en reuniones sociales ni profesionales, en..., años. ¡Una década!

—Me estás diciendo que ya no me conoce. Impensable.

—Estoy diciendo que te conoce muy bien. Sabía que reconocerías su mensaje entre las líneas de una carta modelo. También sabía que comprenderías de inmediato qué era lo que significaba.

—Bueno, querida mía, pues me ha sobrevalorado. Yo no sé qué es lo que significa, a menos que signifique que no me la ha enviado él en persona.

—En ese caso te estás haciendo viejo y siento vergüenza de ti. Negaré que estemos casados y anunciaré que eres un tío mío idiota al que le permito vivir en mi casa por caridad. Les diré a los chicos que son ilegítimos. Les apenará mucho enterarse de que no van a heredar ni una moneda de las propiedades Forska.

Él le arrojó un trozo de tostada.

—Eres una moza cruel y desleal, y lamento haberte sacado de la miseria y la oscuridad. Ya sabes que lo hice sólo por lástima.

Aquella era una vieja broma de ellos. Ella disponía de una fortuna de buenas proporciones por derecho propio, aunque, por supuesto, la de Leyel la sobrepasaba con mucho; y, técnicamente hablando, él era el tío de ella, puesto que la madrastra de Deet era Zenna, la media hermana mayor de Leyel. Era todo muy complicado. Zenna había sido dada a luz por la madre de Leyel cuando ésta estaba casada con otro hombre, antes de casarse con el padre de Leyel. Así pues, a pesar de que Zenna tenía una dote excelente, no tenía derecho a heredar nada de la fortuna Forska. El padre de Leyel, divertido ante la situación, una vez había observado: «Pobre Zenna. Afortunado de ti. Mi semen abunda en oro». Ese es el tipo de ironías que acompañan

a las grandes fortunas. Las personas pobres no tienen que establecer unas distinciones tan terribles entre sus hijos.

Sin embargo, el padre de Deet supuso que un Forska era un Forska así que, varios años después de que Deet se hubiera casado con Leyel, decidió que no era suficiente que su hija estuviera casada con una fortuna incontable, sino que tenía que hacerse el mismo favor a sí mismo. Claro está, que él dijo que amaba a Zenna hasta la locura y que la fortuna no le importaba en absoluto, pero sólo Zenna le creyó, y por lo tanto se casó con él. Así fue como la media hermana de Leyel se convirtió en madrastra de Deet, lo que convirtió a Leyel en «tíastro» de su propia esposa..., y en su propio «tíastro político». Una maraña dinástica tan tremenda divertía a Leyel y Deet.

Leyel, por supuesto, compensó la falta de herencia de Zenna con un estipendio de por vida que era diez veces superior a los ingresos anuales del esposo. Aquello tuvo el feliz efecto de mantener al anciano padre de Deet enamorado de Zenna.

No obstante, en ese momento Leyel estaba sólo bromeando a medias con Deet. Había momentos en los que él necesitaba que ella lo reafirmara, le diera su apoyo. Ella lo contradecía con la misma frecuencia con la que lo apoyaba. A veces eso lo hacía reconsiderar su postura y emerger con una comprensión más profunda: tesis, contratesis, síntesis, la dialéctica del matrimonio, el resultado de estar casado con alguien que es un igual a nivel intelectual. Pero en otras ocasiones sus retos resultaban dolorosos, insatisfactorios, enfurecedores.

Ignorante de aquella ira subyacente, ella continuó.

—Hari supuso que tú tomarías esta carta modelo por lo que es: un no final y definitivo. No está dándote evasivas, no entra en engaños burocráticos, no juega a la política contigo. No te está dando largas con la esperanza de conseguir más ayuda económica por tu parte; si se tratara de eso tú sabes que te lo pediría directamente.

—Yo ya sé qué es lo que no está haciendo.

—Lo que está haciendo es darte una negativa terminante. Una respuesta que no tiene apelación posible. Ha creído que tendrías la inteligencia suficiente como para comprender eso.

—¡Qué conveniente sería para ti que yo creyera eso!

En ese momento, por fin, ella se dio cuenta de que estaba enfadado.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Podrías quedarte aquí, en Trantor, y continuar tu trabajo con todos tus amigos burócratas.

Su rostro adquirió una expresión dura y fría.

—Ya te lo he dicho. Me agrada bastante la idea de marcharme contigo a Terminus.

—¿Y se supone que debo creer eso incluso en este momento? Tu investigación sobre la formación de comunidades dentro de la burocracia Imperial no tiene posibilidad alguna de continuar en Terminus.

—Ya he concluido con lo más importante de la investigación. Lo que estoy

haciendo ahora con el personal de la Biblioteca Imperial no es más que una prueba.

—Que ni siquiera es científica, dado que no existe un grupo de control.

—Fui yo precisamente quien te habló a ti de eso —replicó Deet, fastidiada.

Era cierto. LeyeL nunca había oído hablar de los grupos control hasta que ella le enseñó la totalidad del concepto de la experimentación. Lo había descubierto en algún estudio muy antiguo sobre la evolución infantil, de alrededor del 3100 de la era galáctica.

—Sí, no estaba más que manifestando mi acuerdo —replicó él con tono poco convincente.

—El asunto es que yo puedo escribir mi libro en Terminus tan bien como en cualquier otra parte. Y, sí, LeyeL, se supone que debes creer que me gusta la idea de marcharme contigo, porque yo lo he dicho y por lo tanto es así.

—Yo creo que tú lo crees así. También creo que en el fondo te alegras mucho de que me hayan rechazado, y que no quieres que insista más en este asunto para que no haya ninguna posibilidad de tener que irte a vivir al extremo del universo más dejado de la mano de Dios.

Aquellas habían sido las palabras de ella meses antes, cuando él había propuesto por primera vez el solicitar la admisión en la Fundación Seldon. «¡Tendremos que irnos a vivir al extremo del universo más dejado de la mano de Dios!» Ella las recordaba tan bien como él.

—¡Me echarás eso en cara durante el resto de mi vida, ¿verdad?! Creo que merezco que se me perdone por mi primera reacción. Consentí en ir, ¿no es cierto?

—Consentir, sí. Pero nunca quisiste hacerlo.

—Bueno, LeyeL, eso es bastante cierto. Nunca he querido hacerlo. ¿Es esa tu idea de lo que significa nuestro matrimonio? ¿Que debo formar parte de ti hasta tal punto que incluso tus deseos se conviertan en los míos propios? Yo pensaba que era suficiente con que de vez en cuando accediéramos a sacrificarnos el uno por el otro. Yo nunca esperé que quisieras dejar las propiedades Forska e instalarte en Trantor cuando necesitaba hacer mi investigación. Yo te pedí que lo hicieras —tanto si lo querías como si no—, porque yo lo quería. Reconozco y respeto tu sacrificio; pero me siento muy enfadada al descubrir que mi sacrificio es despreciado por ti.

—Tu sacrificio aún no se ha producido. Todavía estamos en Trantor.

—Entonces ve a ver a Hari Seldon de todas formas, implórale, humíllate, y te darás cuenta de que lo que te he dicho es verdad. Él no quiere que formes parte de la Fundación y no permitirá que vayas a instalarte en Terminus.

—¿Estás tan segura de eso?

—No, no estoy segura. Simplemente parece probable.

—Me iré a Terminus si él está dispuesto a recibirme. Espero no tener que marcharme solo.

Lamentó sus palabras en cuando las hubo dicho. Ella se quedó inmóvil como si le hubieran dado una bofetada, con una expresión de horror en el rostro. Luego se

volvió y salió corriendo de la habitación. Momentos después se oyó el timbre que anunciaba que la puerta del apartamento se había abierto. Ella se había marchado.

Sin duda para hablar del asunto con una de sus amigas. Las mujeres no tienen sentido de la discreción. No pueden guardarse para sí las riñas domésticas. Ella les contará todas las cosas horribles que le he dicho, y ellas cloquearán y le dirán qué es lo que debe esperar de un esposo, los esposos exigen y las esposas hacen todos los sacrificios, pobrecilla, pobre, pobre Deet. Bueno, LeyeL no le envidiaba aquel grupo de compasivas gallinas. Sabía que era parte de la naturaleza humana el que las mujeres conspiraran constantemente contra los hombres de sus vidas. Era por eso por lo que las mujeres habían estado siempre tan seguras de que los hombres también tramaban una conspiración contra ellas.

¡Qué irónico!, pensó. Los hombres no disponen de un consuelo así. Los hombres no forman comunidades con la misma facilidad que las mujeres. Un hombre siempre es consciente de la posibilidad de traición, de conflicto de lealtades. Por ese motivo, cuando un hombre se compromete de verdad con alguien, se trata de una unión rara y sagrada que no debe rebajarse hablando con otros de ella. Incluso en el matrimonio, incluso en el caso de un buen matrimonio como el de ellos..., el compromiso de él puede que fuera absoluto, pero nunca podría confiar completamente en el de ella.

LeyeL se había sepultado en el matrimonio, ayudando, sirviendo y amando a Deet con todo su corazón. Ella estaba equivocada, completamente equivocada respecto a su actitud cuando se habían trasladado a Trantor. Él no lo había hecho como un sacrificio, en contra de su voluntad y solamente porque ella deseaba establecerse allí. Por el contrario, precisamente porque ella quería con tanta fuerza vivir allí, él también lo había querido, y había cambiado incluso sus deseos para que coincidieran con los de ella. Deet gobernaba su mismísimo corazón, porque a él le resultaba imposible no desear algo que a ella la haría feliz.

Pero ella, no, ella no podía hacer eso por él. Si ella lo acompañaba a Terminus sería como un noble sacrificio. Nunca le permitiría olvidar que ella no había querido hacerlo. Para él, aquel matrimonio era su propia alma. Para Deet, el matrimonio no era más que una amistad con relaciones sexuales. Su alma le pertenecía tanto a aquellas otras mujeres como a él. Al dividir sus lealtades, ella las fragmentaba; ninguna era lo suficientemente fuerte como para inclinar sus deseos más profundos. Y así, LeyeL descubrió lo que suponía que descubrirían antes o después todos los hombres fieles: que ninguna relación era otra cosa que provisional. No existe nada parecido a un lazo irrompible entre las personas. Al igual que las partículas del núcleo del átomo. Están unidas por las más poderosas fuerzas del universo, y aun así pueden separarse, romperse.

Nada puede ser eterno. Nada es, finalmente, lo que una vez pareció que era. Deet y él tuvieron un matrimonio perfecto hasta que se presentó una tensión que puso de manifiesto la imperfección del mismo. Cualquiera que crea que tiene un matrimonio perfecto, una amistad perfecta, que cuenta con una confianza perfecta del tipo que

sea, lo cree sólo porque aún no se ha presentado la tensión que acabará con esa unión. Puede que llegue a morirse con la ilusión de la felicidad, pero lo único que habrá demostrado con ello es que a veces la muerte llega antes que la traición. Si uno vive el tiempo suficiente, la traición se presentará de forma inevitable.

Estos eran los lóbregos pensamientos que ocupaban la mente de LeyeL mientras él caminaba por el laberinto de la ciudad de Trantor. LeyeL no se encerraba dentro de un coche particular cuando se desplazaba por la ciudad que abarcaba todo el planeta. Rechazaba los adornos de la riqueza; insistía en percibir la vida de Trantor como un hombre corriente. Por lo tanto, sus guardaespaldas tenían órdenes estrictas de ser discretos y no interponerse entre él y ninguno de los peatones excepto en el caso de los que llevaban armas, cosa que se detectaba mediante un examen sutil y de forma instantánea.

Viajar de esa forma por la ciudad le resultaba mucho más costoso, claro está; cada vez que salía por la puerta del sencillo apartamento, casi un centenar de guardaespaldas bien pagados y a prueba de sobornos entraban en acción. Un coche blindado habría sido mucho más barato, pero LeyeL estaba decidido a no dejarse encarcelar por su propia fortuna.

Así que se desplazaba por la ciudad a pie, viajando en taxis y metros, esperando en las colas como todo el mundo. Sentía el latir de la gigantesca ciudad a su alrededor. Sin embargo, aquel día su estado de ánimo era tan lúgubre y melancólico que cada una de las vidas de la ciudad lo colmaban de sensaciones de traición y pérdida. Incluso tú, gran Trantor, la ciudad Imperial, incluso tú serás traicionada por la gente que te construyó. Tu imperio te abandonará, y te convertirás en un patético recuerdo de ti misma, chapada con el metal de un millar de mundos y asteroides como recordatorio de que un día toda la galaxia prometió servirte por siempre, y te han dejado abandonada. Hari Seldon lo ha visto. Hari Seldon comprendió la mudanza del carácter de la humanidad. Él supo que el gran imperio caería y por eso —a diferencia del gobierno, que depende de que las cosas permanezcan como están por siempre—, Hari Seldon pudo tomar medidas verdaderas para aprovechar la caída del Imperio, para preparar en Terminus el útero que hará renacer la grandeza humana. Hari estaba creando el futuro. Era impensable que pudiera realmente tener la intención de dejar a LeyeL Forska fuera de aquello.

La Fundación, ahora que tenía identidad legal y financiamiento imperial, estaba creciendo rápidamente dentro de un atareado complejo de oficinas en el edificio Putassuran, de cuatro mil años de antigüedad. Debido a que el Putassuran había sido originalmente construido para alojar al almirantazgo después de la gran victoria cuyo nombre llevaba, tenía un aire de triunfo, de monumental optimismo, con hileras de elevados arcos y atrios abovedados con burbujas de luz flotantes que se elevaban y danzaban en columnas de aire canalizado. En los siglos recientes, los salones del edificio habían sido destinados a conciertos y conferencias públicas de carácter informal, y sus oficinas a las autoridades del museo. Había quedado vacío apenas un

año antes de que a Hari Seldon se le concediera el derecho de formar su Fundación, pero parecía que lo hubieran construido especialmente para ese fin. Todo el mundo corría de un lado a otro, siempre con aspecto de tener entre manos un asunto urgente, y sin embargo de sentirse también felices por formar parte de una causa noble. Hacía mucho tiempo que en el Imperio no había ninguna causa noble.

Leyel recorrió rápidamente el laberinto de pasillos que protegía al director de la Fundación de las interrupciones innecesarias. Otros hombres y mujeres, sin duda, habían intentado ver a Hari Seldon y habían fracasado, desanimados por este o aquel funcionario. Hari Seldon es un hombre muy ocupado. Quizá si concierta usted una cita para más adelante... Verlo hoy es completamente imposible. Estará reunido durante toda la tarde y la velada. Llame antes de venir la próxima vez.

Pero nada de eso sucedió en el caso de Leyel Forska. Lo único que tuvo que hacer fue decir:

—Dígale al señor Seldon que el señor Forska desea continuar con una conversación.

Por mucha reverencia que sintieran hacia Hari Seldon, por mucho que tuvieran intención de obedecer sus órdenes de que no lo molestaran, todos sabían que Leyel Forska era una excepción universal. Incluso Linge Chen sería llamado para que saliera de una reunión de la Comisión de Seguridad Pública con el fin de hablar con Forska, especialmente si Leyel se molestaba en ir en persona a visitarlo.

La facilidad con la que consiguió acceder a la presencia de Hari, el entusiasmo y optimismo de la gente, del edificio mismo, habían animado tanto a Leyel que no estaba preparado para las primeras palabras de Hari.

—Leyel, me sorprende verte aquí. Creí que comprenderías que mi mensaje era definitivo.

Era lo peor que Hari podría haberle dicho. ¿Había tenido razón Deet, después de todo? Leyel estudió el rostro de Hari durante unos instantes, intentando ver algún signo de cambio. ¿Había quedado olvidado todo lo que había sucedido entre ellos a lo largo de los años? ¿Es que la amistad de Hari no había sido nunca real? No. Al mirar el rostro de Hari, con algunas líneas y arrugas más a causa de los años, Leyel continuaba viendo la misma formalidad, la misma llana honradez que siempre había poseído. Así que en lugar de expresar la furia y la decepción que sentía, Leyel respondió con cautela, dejando el camino abierto para que Hari cambiara de opinión.

—Comprendí que tu mensaje era engañoso y que por tanto no podía ser definitivo.

Hari pareció un poco enfadado.

—¿Engañoso?

—Sé a qué hombres y mujeres has estado aceptando en la Fundación. No son precisamente de segunda categoría.

—Comparados contigo sí que lo son —replicó Hari—. Son académicos, lo que significa que son funcionarios. Clasificadores e interpretadores de información.

—Al igual que lo soy yo. Al igual que lo son todos los eruditos de la actualidad. Incluso tus inestimables teorías surgieron de la clasificación de un trillón de trillones de *bytes* de datos, y la interpretación de los mismos.

Hari negó con la cabeza.

—Yo no sólo clasifiqué datos. Yo tenía una idea en la cabeza. Igual que la tenías tú. Son muy pocos los que las tienen. Tú y yo estamos ampliando el conocimiento humano. La mayoría de los otros sólo lo desentierran de un sitio y lo amontonan en otro. Eso es lo que constituye la Enciclopedia Galáctica. Una nueva pila.

—No obstante, Hari, tú sabes que yo sé que esa no es la verdadera razón por la que me has rechazado. Y no me digas que es porque la presencia de Leyel Forska en Terminus atraerá una atención inconveniente para el proyecto. Ya tienes tanta atención del gobierno encima que apenas puedes respirar.

—Eres desagradablemente persistente, Leyel. Ni siquiera me gusta mantener esta conversación.

—Es una lástima, Hari. Yo quiero formar parte de tu proyecto. Yo contribuiré a él más que cualquier otra persona que pueda unirse a ti. Soy el único que se lanzó al interior de los más antiguos y valiosos archivos y sacó a la luz pública la vergonzosa cantidad de datos que se habían perdido a consecuencia del descuido. Fui yo quien inició la extrapolación computerizada de documentos semidestruidos que tu Enciclopedia...

—Depende absolutamente de ti. Nuestro trabajo sería imposible sin tus logros.

—Y aun así me rechazas, y con una nota cruelmente aduladora.

—No tenía intención de ofenderte, Leyel.

—Tampoco la tuviste de decirme la verdad. Pero me la dirás, Hari, o simplemente me trasladaré a Terminus de todas formas.

—La Comisión de Seguridad Pública me ha otorgado el control absoluto para decidir quién puede y quién no puede acompañarme a Terminus.

—Hari. Tú sabes perfectamente bien que lo único que tengo que hacer es insinuarle a algún funcionario de bajo nivel que quiero establecerme en Terminus. Chen se enteraría de ello en cuestión de minutos, y al cabo de una hora me concedería una excepción sobre ese privilegio tuyo. Eso lo sabes. Si lo que quieres es que no vaya a Terminus, no será suficiente el prohibírmelo. Debes convencerme de que no debo estar allí.

Hari cerró los ojos y suspiró.

—No creo que estés dispuesto a dejarte convencer, Leyel. Ve a Terminus si tienes que hacerlo.

Por un instante, Leyel se preguntó si Hari estaba cediendo. Pero, no, eso era imposible; no tan fácilmente.

—Oh, sí, Hari, pero entonces me encontraré aislado de todos los habitantes de Terminus excepto de mis propios servidores. Apartado mediante tareas inútiles. Dejado fuera de las verdaderas reuniones.

—Eso no hace falta decirlo —le replicó Hari—. Tú no formas parte de la Fundación; no formarás parte de ella; no puedes. Y si intentas utilizar tu fortuna y tu influencia para obligarnos a aceptarte, lo único que conseguirás será fastidiar a la Fundación, pero no entrar en ella. ¿Me comprendes?

Demasiado bien, pensó Lylel, avergonzado. Lylel conocía perfectamente cuales eran las limitaciones del poder, y era algo que estaba por debajo de su nivel el intentar conseguir con fanfarronerías algo que sólo podían entregarle libremente.

—Perdóname, Hari. No hubiera intentado obligarte. Tú sabes que yo no hago ese tipo de cosas.

—Lo que yo sé es que nunca lo has hecho desde que somos amigos, Lylel. Por un momento temí estar enterándome de una nueva faceta de tu carácter.

Hari suspiró. Desvió la mirada durante un largo instante, y luego se volvió con una expresión diferente en el rostro, un tipo de energía distinta en la voz. Lylel conocía esa expresión y ese vigor. Significaba que Hari confiaba más profundamente en él.

—Lylel, tienes que comprender que yo no sólo estoy creando una enciclopedia en Terminus.

Inmediatamente, Lylel comenzó a preocuparse. Había hecho falta una gran cantidad de la influencia de Lylel para convencer al gobierno de que Hari Seldon no fuera sumariamente exilado cuando comenzó a repartir ejemplares de sus tratados sobre la inminente caída del Imperio. Las autoridades estaban convencidas de que Hari estaba tramando una traición, e incluso lo habían llevado a juicio, donde Seldon los había convencido finalmente de que lo único que pretendía hacer era crear la Enciclopedia Galáctica, una depositaria de toda la sabiduría del Imperio. Incluso en aquel momento, si Seldon confesaba algún motivo ulterior, el gobierno actuaría contra él. Se daba por supuesto que la Comisión de Seguridad Pública estaba grabando toda aquella conversación. Ni siquiera Lylel podría detenerlos si disponían de una confesión de la propia boca de Hari.

—No, Lylel, no te pongas nervioso. Mis intenciones son lo bastante sencillas. Para que la Enciclopedia Galáctica tenga éxito, tengo que crear en Terminus una floreciente ciudad de eruditos. Una colonia llena de hombres y mujeres con egos frágiles y ambición incontenible, todos ellos entrenados en las virulentas luchas políticas internas de las más peligrosas y terribles escuelas de combate burocrático: las universidades.

—¿Estás diciéndome que no me vas a dejar formar parte de la Fundación porque nunca he asistido a una de esas patéticas universidades? Mi autoeducación vale diez veces más que el pseudoaprendizaje aborregado y forzado de todos ellos.

—No me des a mí tu discurso antiuniversitario, Lylel. Lo que te estoy diciendo es que una de las cosas que más me importa con respecto al personal que integrará la Fundación es la compatibilidad. No voy a llevar a nadie a Terminus a menos que crea que él..., o ella..., serán felices allí.

El acento que Hari puso en la palabra *ella* se lo aclaró todo de repente.

—Esto no tiene absolutamente nada que ver conmigo, ¿verdad? —dijo LeyeL—. Tiene que ver con Deet.

Hari Seldon, sorprendido, incómodo, no respondió.

—Tú sabes que ella no quiere ir. Tú sabes que ella prefiere quedarse en Trantor. ¡Y por eso te niegas a llevarme a mí! ¿Se trata de eso?

De mala gana, Hari reconoció que era verdad.

—Tiene algo que ver con Deet, sí.

—¿Es que no sabes cuánto significa la Fundación para mí? —preguntó LeyeL—. ¿No sabes a cuánto sería capaz de renunciar para formar parte de tu trabajo?

Hari permaneció sentado en silencio durante un instante.

—¿Incluso a Deet? —murmuró luego.

LeyeL estuvo a punto de soltar atropelladamente la respuesta. Sí, por supuesto, incluso a Deet, a cualquier cosa por este gran trabajo.

Pero la calculada mirada de Hari lo contuvo. Una cosa que sabía desde el día en que se conocieron en una conferencia cuando eran jóvenes, era que Hari no apoyaría el autoengaño de ningún hombre. Se habían sentado el uno junto al otro durante la ponencia de un demógrafo que gozaba de una reputación considerable en aquella época. LeyeL observó mientras Hari destruía la tesis de aquel pobre hombre con unas pocas preguntas bien dirigidas. El demógrafo estaba furioso. Resultaba obvio que no había visto los fallos de su propia argumentación..., pero cuando le fueron demostrados se negó a admitir que se tratara de fallos en lo más mínimo.

Posteriormente, Hari le había dicho a LeyeL:

—Le he hecho un favor.

—¿Cómo? ¿Proporcionándole a alguien a quien poder odiar? —había preguntado LeyeL.

—No. Antes, él creía en sus propias conclusiones injustificadas. Ahora ya no cree en ellas.

—Pero continúa proponiéndolas.

—Bueno..., ahora es más mentiroso y está menos engañado. Yo he mejorado su integridad personal. Su moral pública la dejo en sus manos.

LeyeL recordó aquello y supo que si le decía a Hari que podía renunciar a Deet por cualquier motivo, ni siquiera para formar parte de la Fundación, sería peor que mentir, sería cometer una estupidez.

—Lo que has hecho es una cosa terrible —dijo LeyeL—. Tú sabes que Deet es parte de mí mismo. No puedo renunciar a ella ni siquiera para formar parte de tu Fundación. Pero ahora, durante el resto de nuestras vidas, sabré que podría haber ido de no ser por ella. Me has dado a beber ajeno y hiel, Hari.

Hari asintió lentamente.

—Tenía la esperanza de que cuando leyeras mi carta te darías cuenta de que no quería decirte nada más. Abrigué la esperanza de que no vinieras a preguntármelo.

No puedo mentirte a ti, Leye. Ni lo haría aunque pudiera. Pero retuve toda la información que me era posible, para ahorrarnos problemas a los dos.

—No funcionó.

—No es culpa de Deet, Leye. Se trata de quién es ella. Ella pertenece a Trantor, no a Terminus. Y tú le perteneces a ella. Es un hecho, no una decisión. No volveremos a hablar nunca más de este asunto.

—No —dijo Leye.

Permanecieron allí sentados durante un largo instante, mirándose el uno al otro. Leye se preguntaba si él y Hari volverían a hablar alguna vez. No. Nunca más. Ni siquiera quiero volver a verte, Hari Seldon. Me has hecho lamentar la única decisión de mi vida imposible de lamentar: Deet. Me has hecho desear, en algún lugar de mi corazón, no haberme casado nunca con ella. Y eso es como hacerme desear el no haber nacido.

Leye se levantó de la silla y salió de la sala sin proferir una sola palabra. Cuando llegó al exterior, le dirigió la palabra a la sala de espera en general, donde había varias personas sentadas esperando para ver a Seldon.

—¿Quiénes de ustedes son míos? —preguntó.

Dos mujeres y un hombre se pusieron inmediatamente de pie.

—Tráiganme un coche de seguridad y un chófer.

Sin dirigirse siquiera una mirada entre sí, uno de los tres partió a toda velocidad. Los otros echaron a andar junto a Leye. La sutileza y la discreción habían quedado fuera de juego por el momento. En aquel momento, Leye no sentía deseo alguno de mezclarse con la gente de Trantor. Sólo quería llegar a casa.

Hari Seldon salió de su oficina por la puerta trasera, y muy pronto llegó al cubículo de Chandrakar Matt, en el departamento de Relaciones de la Biblioteca. Chandra levantó la mirada y lo saludó, tras lo cual deslizó su silla hacia atrás sin esfuerzo alguno hasta que quedó en la posición adecuada. Hari cogió una silla del cubículo vecino y, sin mostrar tampoco ningún cuidado especial, la depositó exactamente donde debía estar.

La computadora instalada en el interior del lector de Chandra reconoció de inmediato la configuración. Grabó las ropas que Hari llevaba ese día desde tres ángulos diferentes, y superpuso la información sobre las holoidágenes que tenía almacenadas desde hacía mucho tiempo de Chandra y Hari conversando tranquilamente. Luego, cuando Hari estuvo sentado, comenzó a proyectar el holograma. Dicho holograma encajaba exactamente con la posición que ocupaban el Hari y la Chandra verdaderos, con el fin de que los sensores de infrarrojo no mostraran discrepancia alguna entre la imagen y la realidad. Lo único diferente eran los rostros —el movimiento de los labios, los parpadeos, las expresiones—, que en lugar de coincidir con las palabras que Hari y Chandra pronunciaban en ese

momento, correspondían a las palabras que eran emitidas al exterior del cubículo, una serie de comentarios inocuos y escogidos al azar que incluían acontecimientos recientes con el fin de que nadie sospechara que se trataba de una conversación grabada anteriormente.

Era una de las pocas oportunidades de que disponía Hari para hablar francamente con la seguridad de que los oficiales de la Comisión de Seguridad Pública no lo oirían, y tanto él como Chandra protegían aquello muy cuidadosamente. Nunca hablaban durante el tiempo suficiente ni con la suficiente frecuencia como para que los oficiales comenzaran a formularse preguntas acerca de la afición de ambos por esas conversaciones tan vacías. La mayor parte de sus mensajes eran subliminales: una frase constituía un párrafo, una palabra una frase, un gesto una palabra. Pero cuando la conversación concluía, Chandra ya sabía hacia dónde encaminarse, qué hacer a continuación; y Hari se aseguraba de que su trabajo más importante continuaba detrás de la pantalla de humo de la Fundación.

—Por el momento pensé que sería mejor dejarla.

—No subestimes el atractivo de la Enciclopedia.

—Temo haberlo forjado demasiado bien, Chandra. ¿Crees que algún día la Enciclopedia Galáctica llegará a existir de verdad?

—Es una buena idea. Inspira a las buenas personas. No serviría a su propósito si no fuera así. ¿Qué debo decirle a Deet?

—Nada, Chandra. El hecho de que Leyel se quede es más que suficiente para ella.

—Si él cambiara de idea, ¿lo dejarías entonces ir a Terminus?

—Si cambiara de idea, tendría que ir a Terminus, porque si dejara a Deet no sería el hombre que necesitamos.

—¿Por qué no se lo dices simplemente? Lo invitas.

—Debe convertirse en parte de la Segunda Fundación sin darse cuenta de ello. Debe hacerlo por inclinación natural, no porque yo lo llame, y sobre todo no por su propia ambición.

—Tus niveles son tan altos, Hari, que no me extraña que sean pocos los que lleguen a dar la talla. La mayoría de las personas que están en la Segunda Fundación no saben siquiera que se trata de eso. Creen que son bibliotecarios. Burócratas. Piensan que Deet es una antropóloga que trabaja entre ellos con el fin de estudiarlos.

—Ya no. En otra época pensaron eso, pero ahora consideran a Deet como a uno de ellos. Como a uno de los mejores de entre ellos. Ella está definiendo qué quiere decir ser un bibliotecario. Está consiguiendo que se sientan orgullosos de su título.

—Nunca te sientes inquieto, Hari, por el hecho de que con la práctica de tu arte...

—Mi ciencia.

—Tus entrometidas brujerías, viejo brujo, que a mí no me engañas con todos tus parloteos científicos. He visto los guiones de los hologramas que estás preparando para la bóveda de Terminus.

—Eso es todo una pose.

—Puedo imaginarte diciendo esas palabras, con aspecto de estar absolutamente satisfecho de ti mismo. «Si prefieren fumar, a mí no me importa... Pausa para una risilla entre dientes... ¿Cómo iba a importarme? En realidad no estoy aquí.» Pura puesta en escena.

Hari apartó la idea con un gesto de la mano. La computadora buscó y encontró rápidamente una frase que correspondiera al gesto, con el fin de que la escena no pareciera falsa.

—No, no me inquieta el hecho de que con la práctica de mi ciencia cambie la vida de los seres humanos. El conocimiento ha cambiado siempre la vida de las personas. La única diferencia reside en que yo sé que las estoy cambiando, y en que los cambios que yo introduzco son planeados, están bajo control. ¿El hombre que inventó la primera luz artificial..., cuál fue, la grasa animal con una mecha? ¿Un diodo que emitía luz?... ¿Se dio cuenta ese hombre de cómo afectaría a la humanidad el que le diera poder sobre la noche?

Como siempre, Chandra lo desinfló en el momento mismo en el que comenzaba a felicitarse.

—En primer lugar, se trató con casi total seguridad de una mujer; y en segundo, sabía exactamente qué estaba haciendo. Aquello le permitía poder desplazarse por la casa durante la noche. Entones podía poner a su hijo lactante en otra cama y en otra habitación, con el fin de poder dormir un poco por la noche sin el miedo de aplastar al bebé al darse la vuelta en la cama.

Hari sonrió.

—Si la luz artificial fue inventada por una mujer, sin duda se trataba de una prostituta que quería ampliar el horario laboral.

Chandra sonrió con una mueca. Él no se echó a reír: era muy difícil para la computadora encontrar un chiste que justificara la risa.

—Observaremos atentamente a Leyel, Hari. ¿Cómo nos daremos cuenta de que está preparado, de que podemos contar con su protección y liderazgo?

—Cuando contéis con él, querrá decir que está preparado. Cuando su compromiso y lealtad sean firmes, cuando las metas de la Segunda Fundación hayan arraigado en su interior, cuando las lleve a la práctica en su vida, entonces estará preparado.

Había decisión en el tono de voz de Hari. La conversación ya casi había terminado.

—Por cierto, Hari, tú tenías razón. Nadie ha cuestionado siquiera la omisión de ningún dato psichistórico importante en la biblioteca de la Fundación de Terminus.

—Por supuesto que no. Los académicos nunca miran nada que se aparte de su propia disciplina. Esa es otra de las razones por las que me alegro de que Leyel no vaya a ir. Él sí que se daría cuenta de que el único psicólogo que enviamos es Bor Alurin, y entonces tendría que explicarle más cosas de las que quiero. Transmítele mi cariño a Deet, Chandra. Dile que las pruebas de su caso van muy bien. Acabará con un esposo y una comunidad de científicos de la mente.

—Artistas. Brujos. Semidioses.

—¡Testarudas mujeres descaminadas que no reconocen la ciencia ni siquiera cuando ellas mismas la están haciendo! ¡Y todas están en la Biblioteca Imperial! Hasta la próxima, Chandra.

Si Deet le hubiera preguntado por su entrevista con Hari, si se hubiera conolido con él por el rechazo de Hari, su resentimiento podría haber llegado a ser incontenible, podría haber estallado contra ella y dicho cosas que jamás se le perdonarían. En cambio, Deet era exactamente la misma de siempre, tan entusiasmada con su propio trabajo, y tan hermosa a pesar de que su rostro tenía las arrugas y descolgamientos propios de los sesenta años de edad, que lo único que Leye fue capaz de hacer fue enamorarse otra vez de aquella mujer como le había ocurrido infinidad de veces durante los años que llevaban juntos.

—Está funcionando mucho más allá de lo que yo esperaba, Leye. Estoy comenzando a oír las historias que yo misma creé hace meses y años, y que regresan a mí en forma de leyendas épicas. ¿Recuerdas la ocasión en la que recuperé y extrapolé los relatos del levantamiento de Misericordia apenas tres días antes de que el almirantazgo los necesitara?

—Fue tu mejor momento. El almirante Divart todavía habla de cómo utilizaron esos viejos planes de batalla como guía estratégica, y aplastaron el ataque de los Telleker en una sola operación de tres días sin perder siquiera una nave.

—Tienes una mente privilegiada, a pesar de que seas realmente viejo.

—Lamentablemente, lo único que puedo recordar es el pasado.

—Zoquete, el pasado es lo único que se puede recordar.

Él la animó para que siguiera con su relato de los triunfos del día.

—¿Ahora es una leyenda épica?

—Regresó hasta mí sin que se relacionara mi nombre con ella, y mucho más agrandada. Fue a título de referencia. Rinjy estaba hablando con unos jóvenes bibliotecarios de una de las provincias interiores que están realizando el clásico recorrido interbibliotecario, y uno de ellos dijo algo acerca de cómo puede uno pasar toda la vida en la Biblioteca Imperial de Trantor y no ver jamás el mundo real.

Leye soltó una risotada.

—¡Justo el tipo de cosa menos adecuada para decírsela a Rinjy!

—Exactamente. La hizo montar en cólera, como podrás suponerte; pero lo importante es que inmediatamente les contó la historia de cómo una bibliotecaria, por su propia cuenta, vio la similitud entre el levantamiento de Misericordia y el ataque de los Tellekers. Sabía que nadie en el almirantazgo la escucharía a menos que les presentara toda la información de una vez, así que se puso a rebuscar en los registros antiguos y encontró los relatos en unas condiciones deplorables; los datos originales habían sido almacenados en cristal, pero eso había ocurrido hacía cuarenta y dos

siglos y nadie había renovado la grabación. Ninguna de las fuentes secundarias mostraba los planes de batalla ni la trayectoria de las naves; los que habían escrito acerca de Misericordia habían sido principalmente biógrafos, no historiadores militares...

—Por supuesto. Aquella fue la primera batalla de Pol Yuensau, pero entonces era sólo un piloto, no un comandante...

—Ya sé que lo recuerdas, adorado interruptor. Lo interesante es lo que Rinjy dijo sobre esa mítica bibliotecaria.

—Tú.

—Yo estaba allí mismo. No creo que Rinjy sepa que se trataba de mí, ya que en ese caso habría dicho algo; en esa época no estaba siquiera en la misma división que yo, ya lo sabes. Lo que importa es que Rinjy oyó una versión de la historia y que para cuando ella misma la relató, se había transformado en el cuento de una heroína mágica. La bibliotecaria profeta de Trantor.

—¿Y qué demuestra eso? Es verdad que tú eres una heroína mágica.

—Según la forma en que ella lo explicó, yo lo hice todo por iniciativa propia...

—Y así fue. Te habían destinado a hacer extrapolación de documentos, y te encontraste con el relato de Misericordia.

—Pero es que en la versión de Rinjy, yo ya había visto su utilidad con relación al ataque de los Tellekers. Ella dice que la bibliotecaria se lo envió al almirantazgo, y que sólo entonces vieron ellos que era la clave para una victoria sin derramamiento de sangre.

—Una bibliotecaria salva el Imperio.

—Exacto.

—Pero es que tú hiciste eso precisamente.

—Pero no tenía intención de hacerlo; y fue el almirantazgo quien solicitó la información..., y lo único extraordinario fue que yo ya hubiera acabado el trabajo en dos semanas de restauración de documentos...

—Cosa que hiciste brillantemente.

—Utilizando programas que tú habías ayudado a diseñar, muchas gracias, O Sapiente, te halagas indirectamente a ti mismo. Fue una mera coincidencia que yo me encontrara en posición de darles exactamente lo que necesitaban al cabo de cinco minutos de recibir su solicitud. Pero actualmente se ha convertido en un cuento heroico dentro de la comunidad bibliotecaria. En la Biblioteca Imperial misma, y ahora comienza a propagarse a otras bibliotecas.

—Eso es demasiado anecdótico, Deet. No veo cómo podrás publicar eso.

—Oh, no tengo intención de hacerlo, excepto quizá en la introducción. Lo que a mí me importa es que demuestra la validez de mi teoría.

—No tiene validez estadística.

—Me lo demuestra a mí. Yo sé que mis teorías sobre la información comunitaria son ciertas. Que la fuerza de una comunidad depende de la lealtad de sus miembros, y

de la lealtad que pueda crearse y realizarse mediante la propagación de historias épicas.

—Ella habla con el lenguaje de la academia. Yo debería de estar escribiendo todo eso para que no tengas que volver a pensar todas esas palabras.

—Las historias que crea la comunidad parecen más importantes, más vitales para la vida del ser humano. Debido a que Rinjy pudo contar esa historia, se sintió más orgullosa de ser bibliotecaria y eso aumentó su lealtad hacia la comunidad y le otorgó a la comunidad un poder mayor sobre ella.

—Te estás apoderando de sus almas.

—Y ellos de la mía. El conjunto de nuestras almas se está apoderando de cada una por separado.

Ahí estaba el busilis. La actividad de Deet en la biblioteca había comenzado cono una investigación aplicada: se había puesto a trabajar con el personal de la biblioteca con el fin de confirmar su teoría sobre la información comunitaria. Pero dicha tarea era imposible de realizar sin convertirse de hecho en un miembro comprometido dentro de la comunidad de la biblioteca. Había sido la dedicación de Deet a la ciencia seria lo que los había unido. En aquel momento la dedicación misma la estaba absorbiendo. Le haría más daño dejar la biblioteca que perder a Level.

No es verdad. No hay nada de verdad en eso, se dijo él seriamente. La autocompasión acarrea el autoengaño. La verdad era lo exactamente opuesto: le haría más daño perder a Level que abandonar su comunidad de bibliotecarios. Era por eso por lo que había consentido en trasladarse a Terminus desde el principio. ¿Pero podía él culparla por estar contenta de no tener que escoger? ¿Contenta de poder conservarlos a todos?

Pero ni siquiera mientras vencía los peores pensamientos nacidos de su decepción, no podía evitar que algunos de los más terribles afloraran a su discurso.

—¿Cómo lo sabrás cuando el experimento haya concluido?

Ella frunció el entrecejo.

—No concluirá nunca, Level. Son todos bibliotecarios auténticos..., yo no puedo cogerlos por la cola como a los ratones, y devolverlos a sus jaulas cuando el experimento haya concluido. En algún momento, yo simplemente dejaré el experimento y escribiré mi libro, eso es todo.

—¿Lo harás?

—¿Escribir el libro? Ya he escrito otros antes, y creo que podré volver a hacerlo.

—Me refiero a si lo dejarás.

—¿Cuándo? ¿Ahora? ¿Es esto alguna prueba del amor que siento por ti? ¿Estás celoso de mi amistad con Rinjy, Animet, Fin y Urik?

¡No! ¡No me acuses de unos sentimientos tan infantiles y egoístas!

Pero antes de que él pudiera gritarle esa negación, se dio cuenta de que esa negación sería una falsedad.

—A veces lo estoy, sí, Deet. A veces creo que eres más feliz tú que ellos.

Y debido a que él había hablado honradamente, lo que podría haberse convertido en una querrela continuó en conversación.

—Pero si lo soy, Leyel —respondió ella con la misma franqueza—. Y es porque cuando estoy con ellos estoy creando algo nuevo; estoy creando algo con ellos. Es emocionante, vigorizante. Descubro cosas nuevas cada día, en cada palabra que dicen, en cada sonrisa, en cada lágrima que alguno de ellos vierte, cada signo de que el ser uno de los nuestros es la cosa más importante de sus existencias.

—No puedo competir con eso.

—No, no puedes, Leyel, pero tú haces que sea completo. Porque todo eso no significaría nada, sería más frustrante que exaltante, si no pudiera regresar cada día y contarte lo ocurrido. Tú siempre comprendes lo que significa, siempre te sientes emocionado por mí, le das validez a mi experiencia.

—Soy tu oyente. Como un padre.

—Sí, respetable anciano. Como un esposo. Como un hijo. Como la persona que más amo en el mundo. Tú eres mis raíces. Yo hago una valiente representación ahí fuera, toda ramas y hojas brillantes al sol, pero regreso aquí para absorber el agua de vida de tu suelo.

—Leyel Forska, la fuente de alimento capilar. Tú eres el árbol, y yo soy la tierra.

—Que resulta estar plenamente fertilizada.

Ella lo besó. Era un beso que recordaba los años de juventud. Una invitación que él aceptó con alegría.

Una sección del suelo que se ablandó, les hizo de lecho improvisado. Al acabar, él se quedó tendido junto a Deet, rodeándole la cintura con un brazo, con la cabeza apoyada en el hombro de ella y rozándole con los labios la piel de un pecho. Recordaba cuando tenía los pechos pequeños y firmes, colocados sobre los pectorales como pequeños monumentos al potencial de aquella mujer. Ahora estaban estropeados, erosionados por la edad, de forma que cuando ella se tendía de espaldas caían a ambos lados y se apoyaban, cansados, sobre los brazos.

—Eres una mujer magnífica —susurró él, haciéndole cosquillas con los labios.

Sus cuerpos blandos y flojos eran ahora capaces de pasiones más poderosas que cuando eran firmes y fuertes. Antes, eran todo potencial. Eso es lo que amamos en los cuerpos jóvenes, su potencial atormentador. Ahora ella tiene un cuerpo de conclusiones. Tres hijos crecieron en sus entrañas, y luego los frutos de aquel árbol humano se habían marchado y arraigado en otros lugares. La tensión de la juventud podía ahora ceder a la relajación de la carne. No había augurio alguno en las relaciones sexuales entre ellos. Sólo satisfacción.

—Por cierto, eso fue un ritual —le murmuró ella suavemente al oído—. Mantenimiento comunitario.

—¿Así que no soy más que otro experimento?

—Y de bastante éxito. Estoy tratando de ver si esta pequeña comunidad dura hasta que uno de los dos se muera.

—¿Y si te mueres primero tú? ¿Quién escribirá el libro, en ese caso?

—Tú lo harás. Pero lo firmarás con mi nombre. Quiero la Medalla Imperial por él. Póstumamente. Pégala a mi lápida mortuoria.

—La llevaré puesta. Si eres tan egoísta como para dejarme todo el trabajo pesado a mí solo, no te merecerás nada mejor que una copia barata.

Ella le dio una palmada en la espalda.

—Entonces eres un horrible viejo egoísta. Quiero la medalla verdadera o nada.

Él sintió la palmada como algo merecido. Un horrible viejo egoísta. ¡Si ella supiera cuánta razón tenía! Hubo un momento, en la oficina de Hari, en el que había estado a punto de decir las palabras que habrían negado todo lo que había entre ellos dos. Las palabras que la hubieran apartado de su vida. ¡Marcharse a Terminus sin ella! Sería más yo mismo si me arrancaran el corazón, el hígado, el cerebro.

¿Cómo pude llegar a pensar que quería marcharme a Terminus de todas formas? A vivir rodeado de académicos de la clase que más desprecio, a luchar con ellos para conseguir que la enciclopedia tuviera la forma correcta. Cada uno de ellos lucharía por su insignificante pequeña provincia sin captar jamás la visión del todo, sin comprender jamás que la Enciclopedia carecería de valor si se la compartimentaba. Hubiera sido una vida de infierno, y al final hubiera sido él quien perdiera porque la mente académica es incapaz de crecimiento o cambio.

Era allí, en Trantor, donde él todavía podría lograr algo. Tal vez incluso resolver la incógnita del origen humano, al menos para su propia satisfacción..., y quizá pudiera hacerlo lo suficientemente pronto como para que fuera incluido en la Enciclopedia Galáctica antes de que el Imperio comenzara a romperse por los bordes, aislando así a Terminus del resto de la galaxia.

Aquello fue como una descarga de electricidad estática que le atravesara el cerebro; incluso vio un fantasma de luz alrededor de la visión, como si una chispa hubiera saltado por encima de un precipicio sináptico.

—¡Qué farsante! —dijo.

—¿Quién? ¿Tú? ¿Yo?

—Hari Seldon. Toda esa cháchara sobre la Fundación destinada a crear la Enciclopedia Galáctica.

—Cuidado, Lylel.

Era casi imposible que la Comisión de Seguridad Pública hubiera podido hallar la forma de escuchar lo que se hablaba en el apartamento del propio Lylel Forska. Casi.

—Me lo contó hace veinte años. Fue una de sus primeras proyecciones psichistóricas. El Imperio se romperá primero por los bordes. Había calculado que ocurriría al cabo de una generación. En aquel momento las cifras estaban sin pulir. A estas alturas debe tener calculado hasta el año; quizá incluso el mes en el que sucederá. Por supuesto que quiere instalar su Fundación en Terminus. En un lugar tan remoto que cuando los bordes del Imperio se resquebrajen, se encontrará entre los primeros cabos perdidos. Aislado de Trantor. ¡Olvidado de inmediato!

—¿Y qué bien podría hacerles eso? En ese caso no se enterarán nunca de los nuevos descubrimientos.

—Es lo que dijiste sobre nosotros. Un árbol. Nuestros hijos son como los frutos del árbol.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces lo pensé yo. Él quiere plantar su Fundación en Terminus como los frutos del Imperio. Para cultivar de inmediato un nuevo Imperio.

—Me asustas, Leyel. Si la Comisión de Seguridad Pública llegara a oírte decir eso...

—¡Ese astuto zorro viejo! ¡Ese taimado, engañoso...! Nunca me mintió de hecho, pero claro que no podía permitir que me marchara a Terminus. Si la fortuna Forska estuviera unida a Terminus, el imperio nunca le perdería la pista a ese planeta. Dejar que yo me establezca allí significaría deshacer el proyecto verdadero.

Aquello fue un gran alivio. Por supuesto que Hari no podía decírselo, no con la Comisión de Seguridad Pública escuchándolo todo, pero no tenía nada que ver con él ni con Deet. Después de todo, aquello no tendría que ser una barrera alzada entre ellos. No era más que uno de los precios que debía pagar por ser el dueño de la fortuna Forska.

—¿Realmente lo crees así? —le preguntó Deet.

—Fui un tonto por no verlo antes, pero Hari también fue un tonto si pensó que no lo adivinaría.

—Quizá él espera que lo adivines todo.

—Oh, nadie puede adivinar todo lo que está haciendo Hari. Tiene él más vueltas y revueltas en el cerebro que las hiperrutas que atraviesan el núcleo espacial. No importa cuánto trabajes para escoger el camino, siempre te encontrarás con Hari al final, asintiendo con contento y felicitándote por haber llegado tan lejos. Es el líder de todos nosotros. Ya lo ha planeado todo y estamos condenados a seguir sus pasos.

—¿Es eso una condena?

—En una época pensé que Hari Seldon era Dios. Ahora sé que es mucho menos poderoso que eso. Es meramente el Destino.

—No, Leyel. No digas eso.

—Ni siquiera es el Destino. Es sólo nuestro guía a través del mismo. Él ve el futuro y nos señala el camino.

—Disparates. —Ella se deslizó de debajo de él, se levantó y cogió la ropa del gancho de la pared—. Mis viejos huesos se enfrían cuando estoy tendida sin ropa.

Las piernas de Leyel estaban temblando, pero no de frío.

—El futuro es de él y el presente te pertenece a ti, pero el pasado es mío. No sé a qué distancia hacia el futuro pueden llevarlo sus curvas de probabilidad, pero puedo igualarlo, paso a paso, siglo a siglo, hacia el pasado.

—No me digas que vas a resolver la incógnita del origen. Tú eres precisamente quien demostró que no valía la pena resolverla.

—Yo demostré que no era importante, y ni siquiera posible encontrar el planeta de origen. Pero también dije que todavía podíamos descubrir las leyes naturales responsables del origen del hombre. Las leyes que nos crearon como seres humanos, sean las que sean, tienen que estar aún presentes en el universo.

—Yo leí lo que escribiste, ya lo sabes. Dijiste que el hallar la respuesta sería una labor que ocuparía el próximo milenio.

—Sólo en este momento. Tendido aquí, en este instante, lo vi, justo en la periferia de mi mente. Algo relacionado con tu trabajo y el de Hari, y con el árbol.

—Lo del árbol estaba relacionado con la necesidad que yo tengo de ti, Leyel. No tenía nada que ver con el origen de la humanidad.

—Se ha ido. Fuera lo que fuese lo que vi durante un instante, ha desaparecido. Pero puedo volver a hallarlo. Está en tu trabajo, y la Fundación de Hari, y la caída del Imperio, y en ese condenado peral.

—Yo nunca dije que fuera un peral.

—Yo solía jugar entre los perales de las tierras de las familia en Holdwater. Para mí, la palabra «árbol» siempre ha significado peral. Es uno de los reflejos profundamente arraigados en mi mente.

—Me siento aliviada. Temía que estos viejos pechos míos te hubieran recordado a unas peras cuando me incliné.

—Vuelve a abrirte el vestido. Déjame ver si me hacen pensar en peras.

Leyel pagó el funeral de Hari Seldon. No fue lujoso. Leyel había tenido intención de que lo fuera. En el momento en el que se enteró de la muerte de Hari —lo cual no fue una sorpresa ya que el primer ataque brutal lo había dejado medio parálítico en una silla de ruedas—, puso a sus empleados a trabajar en un servicio fúnebre adecuado para honrar a la mente científica más grande del milenio. Pero le llegó un mensaje, en forma de una visita del comisionado Rom Divart, que insinuaba que cualquier tipo de funeral público sería...

—Digamos que inapropiado.

—¡Ese hombre era el genio más grande del que yo haya tenido noticia! Virtualmente inventó una rama de la ciencia que clarifica las cosas... ¡Hizo una ciencia con las cosas que los adivinos y..., y..., los economistas solían hacer!

Rom rió de la pequeña broma de Leyel, claro está, porque él y Leyel habían sido amigos desde siempre. Rom era el único amigo de infancia de Leyel que nunca lo había adulado, ni se había resentido, ni mostrado moderado con él a causa de la fortuna Forska. Eso se debía, claro está, a que el patrimonio de los Divart era, en todo caso, ligeramente mayor. Habían jugado juntos sin el estorbo de la extrañeza, los celos o el respeto reverencial.

Incluso habían compartido un tutor durante dos terribles y gloriosos años, desde que el padre de Rom fue asesinado hasta el día de la ejecución del abuelo, la cual

causó una furia tal entre la nobleza que el emperador demente fue despojado del poder y el Imperio puesto bajo el control de la Comisión de Seguridad Pública. Entonces, como joven cabeza de una de las grandes familias, Rom se había embarcado en una larga y fructífera carrera política.

Rom dijo más tarde que durante aquellos dos años fue Leyel quien le enseñó que aún quedaba algo de bien en el mundo; que la amistad de Leyel había sido la única razón por la que no se había suicidado. Leyel siempre había pensado que aquello era pura teatralidad. Rom era un actor nato. Era por eso que sobresalía en el arte de realizar entradas asombrosas y representar escenas inolvidables en el más grande de los escenarios: la política del Imperio. Sin duda, un día saldría de una forma tan dramática como la de su padre y su abuelo.

Pero no todo lo que hacía era espectáculo. Rom nunca había olvidado a su amigo de infancia. Leyel lo sabía, y tampoco ignoraba que el hecho de que Rom hubiera ido personalmente a transmitirle el mensaje de la Comisión de Seguridad Pública probablemente significaba que Rom había luchado para hacer que el mensaje fuese lo suave que era. Así que Leyel vociferó un poco y luego le hizo una broma. Era su manera de rendirse con elegancia.

De lo que Leyel no se dio cuenta hasta el día mismo del funeral, fue de lo peligrosa que había sido exactamente su amistad con Hari Seldon, y de lo estúpido que había sido al asociarse al nombre de Hari ahora que el anciano había muerto. Linge Chen, el presidente de la Comisión, no había subido a la posición de mayor poder del Imperio sin ser ferozmente suspicaz respecto a los posibles rivales, y brutalmente eficaz a la hora de eliminarlos. Hari había colocado a Chen en una situación en la que era más peligroso matar al anciano que permitirle instalar su Fundación en Terminus. Pero ahora Hari estaba muerto y aparentemente Chen estaba observando para ver quién lo lloraba.

Leyel lo hizo; Leyel y unos pocos miembros del personal de Hari que se habían quedado en Trantor para mantener contacto con Terminus hasta el momento de la muerte de Seldon. Leyel debería haber sido más inteligente. Ni siquiera en vida le habría importado a Hari quién asistía a su funeral. Y ahora que estaba muerto le importaba menos aún. Leyel no creía que su amigo continuara viviendo en algún planeta distante, observando atentamente y tomando nota de los asistentes a su sepelio. No, Leyel simplemente sintió que debía estar allí, que debía dar un discurso. No por Hari, realmente, sino por sí mismo. Para continuar siendo él, Leyel tenía que hacer algún tipo de gesto público por Hari y todo lo que él había defendido.

¿Quién lo escuchó? No muchos. Deet, que pensó que sus encomios eran demasiado suaves. Los miembros del personal de Hari, que conocían plenamente el peligro y se estremecían ante cada uno de los logros que enumeraba la lista de Leyel. El enumerarlos —y el remarcar que sólo Seldon había tenido la visión necesaria para realizar aquella gran obra—, constituía una crítica inherente del nivel de inteligencia e integridad del Imperio. Los de la Comisión de Seguridad Pública también estaban

escuchando. Tomaron nota de que Leye estaba claramente de acuerdo con Hari Seldon acerca de la certeza de la caída del Imperio, con que de hecho como imperio galáctico probablemente ya había caído, dado que su autoridad ya no se extendía a toda la galaxia.

Si cualquier otra persona hubiera expresado esas mismas cosas ante un pequeño grupo de gente, no se le habría hecho caso alguno más que para evitar que ocupara un puesto que requiriera la acreditación de seguridad. Pero cuando el cabeza de la fortuna Forska afirmaba abiertamente la corrección de los puntos de vista de un hombre que había sido procesado ante la Comisión de Seguridad Pública, se convertía para la Comisión en un peligro mayor que Hari Seldon.

Porque, como cabeza de la familia Forska, si Leye Forska quería podía ser uno de los grandes actores del escenario político, podría haber ocupado un puesto en la Comisión junto con Rom Divart y Linge Chen. Por supuesto, eso habría significado estar constantemente alerta contra posibles asesinos —ya fuera para evitarlos o para contratarlos—, y para intentar ganarse la lealtad de varios altos cargos militares de los confines más alejados de la galaxia. El abuelo de Leye había dedicado la vida a estas lides, pero el padre de Leye había declinado la oferta y el propio Leye se había sumergido completamente en la ciencia y jamás hasta el punto de investigar en el terreno político.

Hasta ese momento. Hasta que realizó el acto profundamente político de pagar el funeral de Hari Seldon e incluso dar un discurso en el mismo. ¿Qué haría a continuación? Había un millar de líderes militares en potencia que saltarían a la revuelta si un Forska les prometía un emperador potencial que tan desesperadamente necesitaban: un patrocinador noble, una máscara de legitimidad, y dinero.

¿Creía Linge Chen realmente que Leye tenía intención de entrar en la política a su avanzada edad? ¿Pensaba realmente que Leye constituía una amenaza?

Probablemente no. Si lo hubiera creído de verdad, seguramente habría hecho matar a Leye, y sin duda también a sus hijos, dejando con vida sólo a uno de sus nietos más pequeños al que Chen controlaría cuidadosamente a través de los tutores que le designara, y adquiriría de esa forma el control sobre la fortuna Forska además de sobre la suya propia.

En cambio, Chen sólo pensaba que existía la posibilidad de que Leye causara problemas, por lo que sólo tomó lo que para él eran medidas suaves.

Ese fue el motivo de que Rom volviera a visitar a Leye una semana después del funeral.

Leye se sintió encantado de verlo.

—Espero que esta vez no se trate de asuntos tan sombríos como los que te trajeron la anterior —le dijo—. Es una gran lástima que Deet esté en la biblioteca también esta vez. Prácticamente vive allí, pero le habría gustado...

—Leye.

Rom tocó los labios con los dedos a su amigo.

Así que después de todo se trataba de asuntos sombríos. Peor que sombríos. Rom recitó lo que tenía que ser un discurso memorizado.

—La Comisión de Seguridad Pública se siente preocupada por el hecho de que en sus años de vejez...

Leyel abrió la boca para protestar, pero Rom volvió a tocarle los labios para silenciarlo.

—De que en sus años de vejez las responsabilidades de las propiedades Forska lo estén distraendo de su excepcionalmente importante trabajo científico. Tan grande es la necesidad que el Imperio tiene de los nuevos descubrimientos y sabiduría que sus trabajos sin duda nos reportarán, que la Comisión de Seguridad Pública ha creado el cargo de Fideicomisario de la fortuna Forska para que se encargue de todas las propiedades y patrimonios de la familia Forska. Usted tendrá, por supuesto, acceso ilimitado a dichos fondos para sus trabajos científicos realizados aquí, en Trantor, y continuará proporcionándose financiación a todos los archivos y bibliotecas fundadas por usted. Naturalmente, la comisión no tiene ningún deseo de que le dé usted las gracias por lo que es, después de todo, nuestro deber para con uno de los más nobles ciudadanos; pero si su bien conocida cortesía lo obligara a hacer una breve declaración pública de gratitud, no constituiría un acto inadecuado.

Leyel no era estúpido. Sabía cómo funcionaban las cosas. Se lo despojaba de su fortuna y se lo ponía bajo arresto en Trantor. No tenía sentido alguno protestar o poner reparos, ni lo tenía el intentar hacer que Rom se sintiera culpable por haberle traído aquel amargo mensaje. En realidad, el mismo Rom podía hallarse en grave peligro: si Leyel insinuaba siquiera que esperaba que Rom lo ayudara, aquel querido amigo podía caer también en desgracia. Por lo tanto, Leyel asintió con gravedad y luego estructuró cuidadosamente su frase de respuesta.

—Por favor, transmítele a la Comisión mi profundo agradecimiento por sus preocupaciones hacia mí. Ha pasado mucho, mucho tiempo desde que alguien se tomó la molestia de aliviarme de mis cargas. Acepto su amable oferta. Me siento especialmente satisfecho porque a partir de ahora podré dedicarme a mis estudios sin estorbo alguno.

Rom se relajó visiblemente. Leyel no iba a causar problemas.

—Mi querido amigo, dormiré mejor sabiendo que estarás siempre en Trantor, trabajando libremente en la biblioteca o paseando tu ocio por los parques.

Así que al menos no iban a confinarlo en su apartamento. No había duda de que jamás le permitirían salir del planeta, pero no haría ningún daño con preguntar.

—Quizá incluso tendré tiempo para visitar a mis nietos de vez en cuando.

—Oh, Leyel, tú y yo somos ya demasiado viejos como para disfrutar de los viajes hiperespaciales. Deja eso para los niños..., ellos pueden venir a visitarte siempre que quieran. O bien quedarse en casa cuando sus padres vengan a verte.

Así se enteró Leyel de que si cualquiera de sus hijos venía a visitarlo, los hijos de éstos serían retenidos como rehenes, y viceversa. Leyel mismo no volvería a salir de

Trantor nunca más.

—Mucho mejor aún —replicó Leyel—. Así tendré tiempo para escribir varios libros que hace tiempo que tengo intención de publicar.

—El Imperio aguarda con ansiedad todos los tratados científicos que quieras publicar. —Hizo un ligero hincapié en la palabra «científicos»—. Pero espero que no vayas a aburrirnos con una de esas tediosas autobiografías.

Leyel aceptó la restricción con facilidad.

—Eso te lo prometo solemnemente, Rom. Tú sabes mejor que nadie y con toda exactitud cuán aburrida ha sido siempre mi vida.

—Vamos, vamos. Es mi vida la que resulta aburrida, Leyel, con toda esa charlatanería gubernamental y líos burocráticos. Tú has sido la vanguardia de la erudición y la sabiduría. Realmente, amigo mío, la Comisión anhela que nos honres concediéndonos la primera lectura de cada palabra que salga de tu escritor.

—Sólo si la Comisión me promete leer mis trabajos atentamente y señalarme los errores que haya podido cometer.

Era obvio que la Comisión sólo pretendía censurar su trabajo con el fin de quitar de él cualquier material político, material que de todas formas Leyel nunca había incluido en sus textos. Pero Leyel ya había resuelto no volver a publicar nada nunca más, al menos mientras Linge Chen fuera el presidente de la Comisión. La cosa que Leyel podía hacer para estar a salvo era desaparecer, dejar que Chen se olvidara completamente de él; hubiera sido una enorme estupidez enviarle a Chen artículos de vez en cuando, y recordarle así que Leyel aún existía.

Pero Rom aún no había acabado.

—Debo hacer esa solicitud extensa al trabajo de Deet. Realmente queremos leerlo antes que nadie..., infórmala de ello.

—¿Deet? —Por primera vez, Leyel estuvo a punto de manifestar su furia. ¿Por qué tenían que castigar a Deet por la indiscreción de Leyel?—. Oh, ella es demasiado tímida como para eso, Rom. No cree que su trabajo sea lo suficientemente importante como para merecer atención alguna por parte de hombres tan atareados como los miembros de la Comisión. Todos pensarán que queréis ver su trabajo solamente porque es mi esposa..., ella siempre se siente irritada cuando la gente la trata con aire protector.

—En ese caso deberás insistir, Leyel —le replicó Rom—. Te aseguro que sus estudios sobre las funciones de la burocracia imperial han captado por sí mismos la atención de los comisionados desde hace tiempo.

Ah, claro. Chen nunca permitiría que un informe sobre los trabajos del gobierno apareciera sin asegurarse antes de que no era peligroso. Después de todo, la censura de la obra escrita de Deet no sería culpa de Leyel. O al menos no enteramente.

—Se lo diré, Rom. Se sentirá halagada. Pero ¿por qué no te quedas para decírselo tú mismo? Puedo prepararte una taza de *peshat*, podemos hablar de los viejos tiempos...

Leyel se hubiera sorprendido si Rom se hubiese quedado. No, aquella entrevista había sido al menos tan dura para Rom como para él mismo. El mismo hecho de que hubieran obligado a Rom a ser el comisionado mensajero de su amigo de infancia, constituía un humillante recordatorio de que los Chen tenían ascendente sobre los Divart. Pero cuando Rom hizo una reverencia y se marchó, a Leyel se le ocurrió que Chen podía haber cometido un error. Humillar a Rom de aquella forma, obligarlo a poner a su más querido amigo bajo arresto de aquella manera..., podía ser la gota que desbordara el vaso. Después de todo, y a pesar de que nadie había podido averiguar jamás quién había asesinado al padre de Rom, y nadie se había enterado nunca de quién había denunciado a su abuelo, cosa que había desembocado en la ejecución del mismo ordenada por el paranoico emperador Wassiniwak, no hacía falta un genio para darse cuenta de que la casa de Chen se había beneficiado sobremanera con ambos acontecimientos.

—Me gustaría poder quedarme —le dijo Rom—, pero el deber me llama. Sin embargo, puedes estar seguro de que pensaré en ti con frecuencia. Por supuesto, dudo de que piense en ti como eres ahora, viejo jamelgo. Te recordaré como cuando eras niño y solíamos tomarle el pelo a nuestro tutor... ¿recuerdas la ocasión en la que le recodificamos el lector de manera que durante toda una semana aparecía constantemente pornografía explícita en la pantalla siempre que se abría su puerta?

Leyel no pudo evitar echarse a reír.

—¡Nunca te olvidas de nada, ¿verdad?!

—Pobre estúpido. ¡Nunca adivinó que lo habíamos hecho nosotros! Viejos tiempos. ¿Por qué no hemos podido permanecer en la infancia para siempre?

Abrazó a Leyel y se marchó apresuradamente.

Linge Chen, imbécil, has ido demasiado lejos esta vez. Tus días están contados. Ninguno de los oficiales de seguridad que estaban escuchando la conversación tenía posibilidad alguna de saber que Rom y Leyel no le habían tomado jamás el pelo a su tutor..., y que nunca le habían hecho nada al lector. Aquella no era más que la forma que tenía Rom de hacerle saber a Leyel que todavía eran aliados, que aún tenían secretos..., y que alguien que tenía autoridad sobre ambos iba a recibir unas cuantas sorpresas desagradables.

A Leyel le entraron escalofríos al pensar en lo que podía resultar de todo aquello. Quería a Rom Divart con todo su corazón, pero también sabía que Rom era capaz de esperar la hora propicia y entonces matar rápida, eficaz y fríamente. Chen acababa de comenzar el último período de seis años en el cargo, pero Leyel sabía que no lo acabaría jamás, y que el próximo presidente de la Comisión no sería un Chen.

Pronto, sin embargo, la enormidad de lo que le habían hecho a él comenzó a penetrar en su mente. Siempre había pensado que su fortuna significaba poco para él, que él sería el mismo hombre con o sin el patrimonio Forska. Sin embargo, ahora comenzaba a darse cuenta de que eso no era verdad, de que había estado engañándose durante todo ese tiempo. Desde su más tierna infancia había sabido lo despreciables

que podían ser los hombres poderosos y ricos: su padre se había asegurado de que él se diera cuenta de lo crueles que se volvían los hombres cuando su dinero los convencía de que tenían derecho de utilizar a los demás a su antojo. Así pues, Leyel había aprendido a despreciar sus propios derechos de nacimiento y, comenzando por su padre, había pretendido ante los demás que podía abrirse camino en el mundo solamente con ingenio y trabajo, que habría sido exactamente el mismo hombre si se hubiera criado en una familia corriente y hubiera recibido una educación igualmente corriente. Había hecho un trabajo tan excelente al actuar como si no le importara su fortuna, que había llegado a creerlo él mismo.

Ahora se daba cuenta de que el patrimonio Forska había sido una parte invisible de sí mismo durante toda su vida, como una extensión de su propio cuerpo, como si pudiera flexionar un músculo y hacer volar las naves de carga, pudiera parpadear y una mina apareciera profundamente sepultada en la tierra, pudiera suspirar y sobre la totalidad de la galaxia se levantara un viento de cambio que continuara soplando hasta que todo fuera exactamente como él lo quería. Ahora, todos aquellos miembros y sentidos invisibles le habían sido amputados. Ahora había sido mutilado: sólo tenía tantos brazos, piernas y ojos como cualquier otro ser humano.

Al fin era realmente lo que siempre había pretendido ser. Un hombre corriente y sin poder. Lo odiaba.

Durante las primeras horas después de marcharse Rom, Leyel pretendió ante sí mismo que sabría tomarse todo aquello a bien. Se sentó ante el lector y recorrió las páginas lentamente, sin que una sola palabra quedara registrada en su memoria. No hacía más que desear que Deet estuviera allí, para poder reírse con ella de lo poco que aquello lo afectaba; luego se alegraba de que Deet no estuviera allí, porque un solo toque compasivo de la mano de ella haría que se desbordara y le resultara imposible contener sus emociones.

Finalmente ya no pudo aguantar más. Pensando en Deet, en sus hijos y nietos, en todo lo que se había perdido porque él había hecho un gesto inútil hacia un amigo muerto, se arrojó al suelo ablandado y lloró amargamente. ¡Deja que Chen vea las grabaciones de lo que el rayo espía le transmita de esto! ¡Déjalo que saboree su victoria! Lo destruiré de alguna forma, mis empleados todavía me son leales, reuniré un ejército, contrataré a mis propios asesinos, me pondré en contacto con el almirante Sipp, y entonces será Chen quien solloce, pidiendo misericordia a gritos mientras yo lo desfiguro de la misma forma en que él me ha desfigurado a mí...

Idiota.

Leyel rodó hasta quedar de espaldas, se enjugó el rostro con una manga, y luego se quedó allí tendido, con los ojos cerrados mientras recobraba la calma. Nada de venganzas. Nada de política. Aquello era asunto de Rom, no de Leyel. Ya era demasiado tarde como para que él entrara en el juego; y en todo caso, ¿quién iba a ayudarlo ahora que había perdido el poder? No había nada que hacer.

Leyel no quería realmente hacer nada, de todas formas. ¿No le habían garantizado

acaso que sus archivos y bibliotecas continuarían siendo financiadas? ¿No le habían garantizado fondos ilimitados para investigación? ¿Y no era eso, de cualquier forma, lo único que a él le había importado? Hacía ya mucho tiempo que había dejado las operaciones Forska en manos de sus subordinados; los fideicomisarios de Chen simplemente harían el mismo trabajo. Y los hijos de Leyel no sufrirían demasiado por todo aquello. Él los había educado con los mismos valores con los que había crecido él mismo, y por lo tanto todos habían seguido carreras no relacionadas con las propiedades Forska. Eran auténticos hijos de su padre y su madre: no sentirían ningún respeto por sí mismos si no se hubieran abierto camino por sus propios medios. Indudablemente se sentirían decepcionados por el hecho de que les arrebataran su fortuna, pero no quedarían destruidos.

No estoy arruinado. Todas las mentiras que ha dicho Rom son realmente verdades, aunque ellos no se den cuenta. Todavía tengo todo lo que me importa en la vida. Realmente no me preocupa la fortuna. Es sólo la forma en la que la he perdido lo que me enfurece. Puedo continuar adelante y ser la misma persona que he sido hasta ahora. Esto incluso me dará la oportunidad de ver quiénes son mis verdaderos amigos..., de ver quién continúa honrándome por mis logros científicos, y quién me desprecia por mi pobreza.

Para cuando Deet volvió a casa —tarde, como era habitual en aquellos días—, Leyel estaba trabajando con ahínco, repasando todas las investigaciones y especulaciones hechas sobre el comportamiento protohumano, intentando ver si había algo más que conjeturas de medio burros y pomposos barboteos. Estaba tan absorto en sus lecturas que pasó los primeros quince minutos con ella hablándole de las hilarantes estupideces con las que se había encontrado en los artículos de aquel día, y luego compartiendo con ella una maravillosa idea imposible que había tenido.

—¿Y si la especie humana no hubiera sido la única rama que evolucionó a partir del tronco de nuestra familia de especies? ¿Y si hubiera otras especies de primates que tienen el mismo aspecto que nosotros pero no pueden cruzarse con nosotros, que funcionan de una forma completamente distinta, y nosotros no lo sabemos siquiera, pensamos que todo el mundo es exactamente igual que nosotros, pero aquí y allá, por todo el Imperio, hay poblaciones, ciudades e incluso mundos de gente que secretamente no son humanos en absoluto?

—Pero, Leyel, mi querido esposo sobrecargado de trabajo, si tienen el mismo aspecto que nosotros y actúan exactamente igual que nosotros, entonces son sin duda seres humanos.

—Pero es que no actúan exactamente igual que nosotros. Existe una diferencia. Un conjunto de reglas y suposiciones completamente distinto. Lo único que sucede es que ellos no saben que nosotros somos diferentes, y nosotros no sabemos que lo son ellos. O incluso si lo sospechamos, no podemos estar seguros. No somos más que dos especies, que viven hombro con hombro, y nunca lo han adivinado.

Ella le dio un beso.

—Mi pobre tonto, eso no es una especulación, sino que existe realmente. Acabas de describir la relación existente entre hombres y mujeres. Dos especies completamente diferentes, completamente ininteligibles la una para la otra, que viven hombro con hombro y piensan que realmente son lo mismo. Lo fascinante del asunto, Leyel, es que esas dos especies persistan en casarse la una con la otra y tener bebés que a veces son de una especie y a veces de la otra, y durante todo ese tiempo no consigan entender por qué no consiguen entenderse.

Él se echó a reír y la abrazó.

—Tienes razón, como siempre, Deet. Si alguna vez consigo entender a las mujeres, entonces quizá comprenda qué es lo que hace humanos a los hombres.

—Nada sería capaz de hacer humanos a los hombres —le replicó ella—. Cada vez que están a punto de conseguirlo, acaban tropezando con el condenado cromosoma Y, y regresan al mundo de las bestias. —Ella apoyó el rostro sobre el cuello.

Fue entonces, con Deet en sus brazos, cuando él le susurró lo ocurrido ese día cuando Rom había ido a visitarlo. Ella no dijo nada, pero lo abrazó estrechamente durante el rato más largo de sus vidas. Luego tomaron una cena muy tardía y se dedicaron a la rutina de cada noche como si nada hubiese cambiado.

No fue hasta que ya estaban en la cama, no hasta que Deet estaba ya roncando suavemente a su lado, que a Leyel se le ocurrió finalmente que Deet se estaba enfrentando con una prueba personal. ¿Continuaría amándolo, ahora que él no era más que Leyel Forska, un científico con una pensión, y no Leyel Forska, amo de mundos? Por supuesto que lo intentaría. Pero de la misma forma que Leyel nunca había sido consciente de cuánto dependía de su fortuna para definirse a sí mismo, ella podría no haberse dado cuenta de cuánto de lo que amaba en él lo constituía su vasto poder; porque aunque él nunca hacía ostentación, aquello siempre había estado presente, como una sólida plataforma debajo de sus pies, apenas detectable excepto ahora, cuando había desaparecido, y el terreno sobre el que se apoyaban era inestable.

Incluso antes de que aquello ocurriera, ella había comenzado a alejarse de él y acercarse más a la comunidad de mujeres de la biblioteca. Ahora se alejaría aún más rápidamente, sin darse cuenta siquiera, a medida que Leyel se hacía menos y menos importante para ella. No había necesidad de nada tan dramático como un divorcio. Simplemente una pequeña grieta entre ellos, un espacio vacío que de la misma forma podía ser una resquebrajadura o un abismo. Mi fortuna era una parte de mí, y ahora que no la tengo ya no soy el mismo hombre al que ella amaba. Ella ni siquiera se dará cuenta de que ya no me ama. Simplemente estará cada vez más ocupada en su trabajo, y dentro de cinco o diez años, cuando me muera de viejo, ella me llorará... y de pronto se dará cuenta de que no está ni la mitad de destrozada que creía que estaría. De hecho, no se sentirá destrozada en lo más mínimo. Y continuará con su vida y ni siquiera recordará cómo era el estar casada conmigo. Entonces desapareceré de la memoria humana, excepto por algunos trabajos escritos y las bibliotecas.

Yo soy como la información que se perdió en todos esos archivos descuidados durante siglos. Desapareciendo poco a poco, sin que nadie se dé cuenta, hasta que lo único que quede sea un poco de ruido en la memoria de la gente. Luego, finalmente, nada. El vacío.

Imbécil autocompasivo. Eso es lo que le ocurre a todo el mundo a la larga. Incluso a Hari Seldon; algún día también él será olvidado, probablemente más pronto que más tarde, si Chen se sale con la suya. Todos morimos. Todos desaparecemos con el paso del tiempo. Lo único que continúa viviendo después de nuestro paso por el mundo es la forma que le hemos dado a la comunidad en la que vivimos. Hay cosas que se saben porque yo las dije, e incluso aunque la gente haya olvidado quién las dijo, continúan sabiéndolas. Como la historia que contó Rinjy; había olvidado, si es que alguna vez lo supo, que era Deet la bibliotecaria de la historia original. La comunidad bibliotecaria era diferente porque Deet había estado entre sus miembros. A partir de ahora serían un poco distintos, un poco más valientes, un poco más fuertes, a causa de Deet. Ella había dejado un rastro de sí en el mundo.

Y entonces, otra vez se produjo ese destello de intuición, ese comprender de pronto la respuesta a una pregunta que lo había inquietado durante mucho tiempo.

Pero en el momento en el que Leyel se dio cuenta de que poseía la respuesta, ésta se le escapó. No podía recordarla. Estás dormido, se dijo en silencio. Sólo has soñado que sabías cuál era el origen de la humanidad. Así son las cosas en los sueños: la verdad es siempre muy hermosa, pero nunca puedes aferrarte a ella.

—¿Cómo se lo está tomando, Deet?

—Es difícil saberlo. Bueno, eso creo. De todas formas, él nunca ha sido muy viajero.

—Vamos, no puede ser tan sencillo.

—No. No lo es.

—Cuéntame.

—Las cuestiones de orden social..., han resultado fáciles de superar. Rara vez íbamos a alguna parte, pero ahora la gente no nos invita. Somos políticamente peligrosos. Y las pocas citas que teníamos en programa han sido canceladas o..., ¿cómo lo diría?..., pospuestas. Ya sabes, el típico «os llamaremos en cuanto hagamos otra fiesta».

—¿Y a él le importa eso?

—Eso le encanta. Siempre odió ese tipo de cosas. Pero han cancelado sus discursos, y su serie de conferencias sobre la ecología humana.

—Un buen golpe.

—Él hace como que no le importa, pero está melancólico.

—Cuéntame.

—Trabaja todo el día, pero ya no me lee su trabajo, no me hace sentar ante el

lector en cuanto llego a casa. Creo que no está escribiendo absolutamente nada.

—¿Que no está haciendo nada?

—No. Lee. Eso es todo.

—Quizá sólo necesita documentarse.

—Tú no conoces a Level. Él piensa mediante la escritura o la charla, y no está haciendo ninguna de las dos cosas.

—¿No habla contigo?

—Responde. Yo intento hablarle de la biblioteca, y sus respuestas son..., ¿cómo te lo diría?... , taciturnas. Malhumoradas.

—¿Está resentido con tu trabajo?

—Eso no es posible. Level siempre ha sentido tanto entusiasmo por mi trabajo como por el suyo propio. Y tampoco quiere hablar de su trabajo. Le pregunto y no me dice nada.

—No es sorprendente.

—¿Así que es normal?

—No. Simplemente no es sorprendente.

—¿Qué es? ¿Puedes decírmelo?

—¿De qué sirve decírtelo? Es lo que llamamos SPP, síndrome de pérdida de personalidad. Es idéntico a la forma pasiva de enfrentarse con la pérdida de una parte del cuerpo.

—SPP. ¿Qué ocurre en el SPP?

—Deet, por favor, tú eres una científica. ¿Qué esperas? ¿Acabas de describirme el comportamiento de Level, yo te digo que se llama SPP, y tú quieres saber qué es el SPP y qué voy a hacer yo?

—Vuelve a describirme el comportamiento de Level. ¡Qué idiota soy!

—Muy bien. Al menos eres capaz de reír.

—¿Puedes decirme qué debo esperar?

—Un completo retraimiento ante ti y ante todo el mundo. En un momento dado se volverá completamente antisocial y comenzará a perder los papeles. Hará algo destructivo..., como hacer declaraciones públicas contra Chen, eso acabaría con el asunto.

—¡No!

—O bien cortará sus antiguas relaciones, se marchará de tu lado y se rehará dentro de otro grupo de comunidades.

—¿Eso lo haría feliz?

—Sin duda. Inútil para la Segunda Fundación pero feliz. Eso también te convertirá a ti en una vieja de temperamento horrible, y te advierto que no estoy diciendo que no lo seas ya.

—Ah, ¿tú crees que Level es lo único que hace que continúe siendo humana?

—Bastante, sí. Él es tu válvula de escape.

—Últimamente, no.

—Ya lo sé.

—¿He sido tan horrible?

—Nada que no seamos capaces de soportar. Deet, si tenemos que ser adecuados para gobernar a la raza humana algún día, ¿no deberíamos aprender antes a ser buenos los unos con los otros?

—Bueno, me alegro de proporcionaros a todos una oportunidad de poner a prueba vuestra paciencia.

—Debes alegrarte. Hasta el momento estamos haciendo un buen trabajo, ¿no te parece?

—Por favor. Estabas exagerando con respecto al pronóstico, ¿verdad?

—En parte. Todo lo que he dicho es verdad, pero tú sabes tan bien como yo que hay tantas formas de salir de un síndrome C-C como gente que lo padece.

—Causa conductual, efecto conductual. ¿Entonces nada de inyecciones de hormonas?

—Deet. Él no sabe quién es.

—¿Y yo no puedo ayudarlo?

—Sí.

—¿Qué? ¿Qué puedo hacer?

—Esto no es más que una conjetura, ya que no he hablado con él.

—Por supuesto.

—No estás mucho en casa.

—No puedo soportar estar allí, y verlo constantemente rumiando.

—Bien. Llévatelo fuera.

—No quiere salir.

—Oblígalo.

—Apenas hablamos. Ni siquiera sé si tengo alguna influencia sobre él.

—Deet. Fuiste tú quien escribió: «Las comunidades que exigen poco o nada de sus miembros no pueden generar lealtad. Si son iguales en todo lo demás, los miembros que se sienten más necesitados son los de lealtad más sólida».

—¿Has memorizado eso?

—La psicohistoria es la psicología de las poblaciones, pero las poblaciones sólo pueden ser cuantificadas como comunidades. Los trabajos estadísticos de Seldon sólo servían para predecir el futuro dentro de una o dos generaciones, hasta que tú publicaste tus teorías sobre las comunidades. Eso se debe a que la estadística no puede manejar las causas y efectos. La estadística te dice qué está ocurriendo, nunca el porqué, y nunca los resultados que tendrá. Al cabo de una o dos generaciones, las estadísticas del presente se evaporan, carecen de significado; tienes una población completamente nueva con configuraciones igualmente nuevas. Tu teoría de las comunidades nos proporcionó una forma de predecir qué comunidades sobrevivirían, cuáles crecerían y cuáles desaparecerían. Una forma de mirar al futuro por encima de grandes distancias temporales y espaciales.

—Hari nunca me contó que estuviera utilizando la teoría comunitaria para nada importante.

—¿Cómo querías que te contara algo así? Tuvo que caminar por una cuerda floja, publicar lo suficiente como para que la psicohistoria fuera tomada en serio, pero no tanto como para que alguien de fuera de la Segunda Fundación pudiera llegar jamás a duplicar o continuar su trabajo. Tu trabajo fue algo clave... pero él no podía decirlo.

—¿Estás diciéndome esto sólo para hacer que me sienta mejor?

—Sin duda. Pero también es verdad..., ya que mentirte no serviría para que te sintieras mejor, ¿verdad? La estadística es como estudiar las secciones transversales de un tronco de árbol. Pueden informarte de muchísimas cosas sobre la historia del árbol; puedes calcular lo sano que es, su volumen total, el de las raíces y el de las ramas. Pero lo que no puedes averiguar es hacia dónde ramificará el árbol ni qué ramas se harán más gruesas, cuáles más finas ni cuáles se secarán y caerán.

—Pero las comunidades no puedes cuantificarlas, ¿no es cierto? No son sino las historias y los rituales los que unen a la gente...

—Te sorprendería saber qué cosas pueden cuantificarse. Somos muy buenos en lo que hacemos, Deet. Igual que lo eres tú. Igual que lo es Leyel.

—¿Crees que es importante el trabajo de él? Después de todo, el origen de la humanidad no es más que un asunto histórico.

—Eso es una tontería, y tú lo sabes. Leyel ha desechado los temas históricos y está investigando los científicos. Los principios por los cuales la vida humana, tal y como la conocemos, se ha diferenciado de la no humana. Si él consiguiera averiguar eso... ¿no te das cuenta de lo que significaría, Deet? La especie humana está recreándose constantemente, en cada mundo, en cada familia, en cada persona. Nacemos como animales, y nos enseñamos los unos a los otros cómo llegar a ser humanos. De alguna manera. Lo importante es averiguar cómo. Es importante para la psicohistoria. Es importante para la Segunda Fundación. Es importante para la especie humana.

—Así pues..., no estáis simplemente intentando ser amables con Leyel.

—Sí, lo estamos. Tú también. Las personas buenas son amables.

—¿Eso es todo? ¿Leyel es sólo un hombre que está teniendo problemas?

—Lo necesitamos. Él no sólo es importante para ti. Es importante para nosotros.

—Oh. Oh.

—¿Por qué estás llorando?

—Tenía tanto miedo..., de estar comportándome de forma egoísta..., por preocuparme tanto por él. Por ocupar tu tiempo de esta manera.

—Bueno, si esto no... Pensaba que ya no podías sorprenderme.

—Nuestros problemas eran sólo..., nuestros problemas. Pero ahora ya no lo son.

—¿Es eso tan importante para ti? Dime, Deet... ¿realmente valoras tanto esta comunidad?

—Sí.

—¿Más que a Level?

—¡No! Pero lo bastante..., como para sentirme culpable por preocuparme tanto por él.

—Hazlo, Deet. Vete a casa.

—¿Qué?

—Es donde mejor puedes estar. Ha estado manifestándose en tu comportamiento desde hace dos meses, desde la muerte de Hari. Has estado hosca y gruñona, y ahora sé por qué. Estabas resentida con nosotros por mantenerte alejada de Level.

—No, esa fue mi elección, yo...

—¡Por supuesto que fue tu elección! Fue tu sacrificio por el bien de la Segunda Fundación. Así que ahora yo te digo: curar a Level es algo más importante para el plan de Hari que el cumplir con tus obligaciones diarias aquí.

—No estarás apartándome de mi puesto, ¿verdad?

—No. Sólo te estoy diciendo que aminores la marcha; y que saques a Level del apartamento. ¿Me comprendes? ¡Maldición! Vuelve a unirlo a ti, o todos lo perderemos.

—¿Pero adónde quieres que lo lleve?

—No lo sé. Al teatro. A alguna competición atlética. A bailar.

—Nosotros no hacemos esas cosas.

—Bueno, ¿y qué es lo que sí hacéis?

—Investigamos; y luego hablamos de ello.

—Perfecto. Tráelo aquí, a la biblioteca. Investiga con él. Habla de la investigación.

—Pero es que aquí se encontrará con otras personas. Indudablemente se encontrará contigo.

—Bien. Bien. Eso me gusta. Sí, tráelo aquí.

—Pero yo creía que debíamos mantenerlo fuera del secreto de la Segunda Fundación, hasta que él estuviera preparado para formar parte de la misma.

—Yo no he dicho que debas presentarme como Primera Oradora.

—No, no, por supuesto que no lo has hecho. ¿En qué estaré pensando? Claro que puede conocerte; puede conocerlos a todos.

—Deet, escúchame.

—Sí, te estoy escuchando.

—Está muy bien que lo quieras, Deet.

—Eso ya lo sé.

—Me refiero a que está muy bien que lo quieras más que a nosotros. Más de lo que nos quieres a cualquiera de nosotros. Más que todos nosotros en conjunto. Ya vuelves a llorar.

—Estoy tan...

—Desahógate.

—¿Cómo es que me comprendes tan bien?

—Yo sólo sé lo que tú me demuestras y lo que tú me dices. Es lo único que llegamos a saber de los demás. La única cosa que ayuda es que nadie puede mentir durante demasiado tiempo acerca de quién es en realidad. Ni siquiera ante sí mismo.

Durante dos meses, Leyel siguió la línea del trabajo de Magolissian, intentando hallar alguna conexión entre los estudios lingüísticos y los orígenes de la especie humana. Por supuesto, eso significó semanas de laboriosa lectura de estudios viejos e inútiles dedicados al punto de origen, que indicaban constantemente a Trantor como foco del lenguaje a través de toda la historia del Imperio, aunque nadie proponía seriamente a Trantor como planeta original. Sin embargo, Leyel rechazó una vez más la búsqueda de un planeta concreto; él buscaba regularidades, no acontecimientos únicos.

Leyel había esperado hallar alguna pista en un trabajo relativamente reciente —de sólo dos mil años de antigüedad—, de Dagawell Kispitorian. Kispitorian provenía del área más aislada de un planeta llamado Artashat, donde existían leyendas tradicionales que decían que los colonos originales habían llegado de un mundo anterior llamado Armenia que en la actualidad no estaba marcado en los mapas estelares. Kispitorian había crecido entre montañeses que afirmaban que en la antigüedad hablaban un idioma completamente distinto. De hecho, el título del interesantísimo libro de Kispitorian era *Ningún hombre nos entendía*; la mayoría de los relatos folclóricos de aquellas gentes comenzaban siempre con la frase «En la época en la que ningún hombre nos entendía...»

Kispitorian no había podido nunca desechar aquella tradición dentro de la cual se crió, y al dedicarse al terreno de la formación y evolución dialécticas fue encontrándose con diversas pruebas de que en otra época la especie humana no hablaba un solo idioma sino muchos. Siempre se había dado por supuesto que el idioma galáctico estándar era una versión actualizada del idioma del planeta de origen; que a pesar de que algunos grupos humanos podrían haber desarrollado dialectos, la civilización era imposible sin un lenguaje mutuo inteligible. Pero Kispitorian había comenzado a sospechar que el galáctico estándar no se había convertido en el idioma humano universal hasta después de la formación del Imperio; que, de hecho, una de las primeras labores del mismo había sido la de aplastar todos los demás idiomas que le hicieran la competencia. Los pobladores de las montañas de Artashat creían que los habían despojado de su idioma. Finalmente, Kispitorian había dedicado su vida a demostrar que tenían razón.

Primero trabajó con nombres, reconocidos desde tiempos inmemoriales como el aspecto más conservador de los idiomas. Determinó que había muchas tradiciones de nombres separadas, y que no había sido hasta alrededor del año 6000 de la Era Galáctica que se habían amalgamado todas en una sola corriente imperial. Lo que resultaba interesante era que cuanto más retrocedía más complejidad hallaba.

Debido a que ciertas palabras tendían a tener una misma tradición, la explicación más simple fue la que él elaboró: que los seres humanos habían salido de su planeta original con un idioma único, pero que las fuerzas normales de separación lingüística habían provocado que cada nuevo planeta desarrollara su propia derivación, hasta el punto de que los nuevos dialectos se hicieron mutuamente ininteligibles. Así pues, los diferentes idiomas no se habrían desarrollado hasta que la humanidad salió al espacio; esta sería una de las razones por las que se había necesitado al Imperio Galáctico para restaurar la unidad primigenia de la especie.

Kispitorian había titulado su primer y más influyente libro *La Torre de Confusión*, utilizando la difundida leyenda de la Torre de Babel para ilustrarlo. Él suponía que esa historia podría haberse generado en el período preimperial, probablemente entre los comerciantes sin raíces que erraban de un planeta a otro, y que a nivel práctico tenían que enfrentarse con el hecho de que no había dos mundos que hablaran el mismo idioma. Estos comerciantes habían conservado la tradición que decía que cuando la humanidad vivía en un solo planeta, todos sus miembros hablaban un mismo idioma. Explicaron la confusión lingüística de su propia época relatando la leyenda de un gran líder que construyó la primera «torre», o nave estelar, con el fin de elevar la humanidad a los cielos. Según esa historia, «Dios» había castigado a aquellas gentes ambiciosas confundiendo sus lenguas, lo cual las obligó a dispersarse entre los diversos mundos. La leyenda presentaba la confusión de lenguas como causa de la dispersión, no como resultado de esta última, pero la inversión de causas era un rasgo comúnmente reconocido de los mitos. No cabía duda de que aquella historia legendaria había conservado la memoria de un hecho histórico.

Hasta aquí, el trabajo de Kispitorian era perfectamente aceptable para la mayoría de los científicos. Pero al llegar a los cuarenta años, comenzó a escaparse por tangentes disparatadas. Utilizando polémicos algoritmos —en unas calculadoras con un poder de procesamiento sospechosamente alto—, comenzó a rasgar el mismísimo galáctico estándar, demostrando que muchas palabras presentaban tradiciones fonéticas completamente separadas, incompatibles con la estructura principal del idioma. Eran palabras que no podrían haber evolucionado naturalmente dentro de una población que hablara o galáctico estándar o la lengua primitiva de su ancestro lingüístico. Además, existían palabras con significados claramente relacionados que demostraban haber diferido en otra época de acuerdo con las pautas lingüísticas estándar, y que posteriormente habían sido unidos con significados o implicaciones diferentes. Pero la escala temporal que implicaba aquel grado de cambio era excesivamente grande como para que pudiera estar comprendida en el período que iba desde la primera colonización humana del espacio y la formación del Imperio. Obviamente, afirmaba Kispitorian, habían existido muchos idiomas diferentes en el planeta de origen; el galáctico estándar había sido el primer idioma humano universal. A lo largo de toda la historia de la humanidad, la separación lingüística había sido un rasgo de la vida misma; sólo el Imperio había tenido el poder

persuasivo suficiente como para unificar el idioma.

Después de eso, Kispitorian había sido criticado en diversos escritos como un estúpido, por supuesto; su propia interpretación de la Torre de Babel era utilizada en su contra, como si aquella interesante ilustración se hubiera convertido en el argumento central de su obra. De hecho, había escapado por muy poco a la ejecución por separatista, ya que en sus escritos había un inconfundible tono de lamentación por la pérdida de la diversidad lingüística. El Imperio consiguió que se le retirara toda financiación y se lo encarcelara durante algún tiempo porque había estado utilizando una calculadora que tenía un nivel de memoria y un poder de procesamiento ilegales. Leye sospechaba que en ese punto, Kispitorian había salido bien librado; trabajando con la lingüística de la forma que lo hacía y habiendo conseguido los resultados que consiguió, muy bien podría haber desarrollado una calculadora tan inteligente que comprendiera y estructurara el habla humana lo cual, si se hubiera descubierto, habría significado la pena de muerte o un linchamiento.

Ahora ya no importaba. Kispitorian insistió hasta el final en que aquel era un trabajo puramente científico que no hacía juicios de valor respecto a si la unificación lingüística del Imperio había sido o no algo bueno. Él no había hecho más que determinar que la condición natural de la humanidad era la de hablar muchos idiomas diferentes; y Leye creía que estaba en lo cierto.

Leye no pudo evitar tener la sensación de que si combinaba los estudios lingüísticos de Kispitorian con el trabajo de Magolissian sobre el uso del lenguaje por parte de los primates, podría obtener un resultado de importancia. Pero ¿cuál era la conexión? Los primates nunca habían desarrollado idiomas propios, sino que sólo aprendían sustantivos y verbos que les enseñaban los seres humanos. ¿Qué conexión podría haber? ¿Por qué se habría desarrollado la diversidad? ¿Podría tener algo que ver con el motivo por el que los seres humanos se habían convertido en seres humanos?

Los primates utilizaban solamente un subconjunto del galáctico estándar. En ese sentido, la mayoría de las personas hacían lo mismo; la mayor parte de los dos millones de palabras del galáctico estándar eran empleadas sólo por un reducido grupo de profesionales que las necesitaban, mientras que el vocabulario utilizado corrientemente por los seres humanos que poblaban la galaxia consistía en unos pocos miles de palabras.

Curiosamente, sin embargo, era ese pequeño subconjunto del galáctico estándar el que estaba más sujeto a cambios. Los trabajos científicos o técnicos altamente esotéricos escritos en el año 2000 de la era galáctica eran todavía de fácil comprensión. Los pasajes coloquiales, jergales de las obras de ficción, especialmente los diálogos, se hacían prácticamente ininteligibles al cabo de quinientos años. El lenguaje que compartía un número mayor de comunidades diferentes era el que más cambiaba. Pero a lo largo del tiempo, aquella corriente central del idioma cambiaba siempre de forma homogénea. No tenía sentido, por tanto, que llegara a producirse

una diversidad lingüística. El idioma cambiaba más cuanto más unificado estaba y por lo tanto, cuanto más separada estaba la gente, más similar debía conservarse su idioma.

No importa, LeyeL. Estás trabajando fuera de tu disciplina. Cualquier lingüista competente podría darte la respuesta de eso.

Pero LeyeL sabía que aquello no tenía muchas probabilidades de ser verdad. La gente que estaba inmersa en una disciplina determinada raramente cuestionaba los axiomas de sus profesiones. Los lingüistas daban todos por seguro que el idioma de una población aislada era inevitablemente más arcaico, menos susceptible a los cambios. ¿Comprendían el porqué de eso?

LeyeL se levantó de la silla. Tenía la vista cansada a fuerza de mirar el lector. Las rodillas y la espalda le dolían por haber permanecido demasiado tiempo en la misma postura. Tenía ganas de tenderse, pero estaba seguro de que si lo hacía se quedaría dormido. La maldición de hacerse viejo: podía dormirse con enorme facilidad, y sin embargo no podía dormir el tiempo suficiente como para sentirse descansado. Fuera como fuere, en aquel momento no quería dormir; lo que quería era pensar.

No, tampoco quería eso. Lo que quería era hablar. Así era como llegaban hasta él las mejores y más claras ideas: bajo las presiones de la conversación, cuando las preguntas y argumentos de otro lo obligaban a pensar con agudeza. Establecer conexiones, inventar explicaciones. En el debate con otra persona aumentaba su flujo de adrenalina, su cerebro establecía relaciones que jamás habría conseguido de otra forma.

¿Dónde estaba Deet? En los años pasados, él habría estado hablando con ella de aquel tema durante todo el día. Durante toda la semana. Ella habría sabido sobre la investigación que estaba realizando tanto como él mismo, y constantemente habría dicho: «¿Has pensado en esto?» o «¿Cómo es posible que pienses eso otro!», y él le habría presentado el mismo tipo de reto al trabajo de ella. En los viejos tiempos.

Pero aquellos no eran los viejos tiempos. Ella ya no lo necesitaba; ella tenía sus amigos entre el personal de la biblioteca. Probablemente no había nada de malo en ello. Después de todo, en aquellos días ella no estaba pensando, sino poniendo en práctica viejas ideas. Ella los necesitaba a ellos, no a él. Pero él todavía la necesitaba. ¿Pensaría Deet en eso alguna vez? Lo mismo habría dado si me hubiera ido a Terminus..., maldito sea Hari por rechazarme. Me quedé por amor a Deet, y después de todo tampoco la tengo conmigo, no cuando la necesito. ¿Cómo se atrevió Hari a decidir qué era bueno para LeyeL Forska?

Pero no había sido Hari quien lo había decidido, ¿no era así? Él habría dejado que LeyeL se marchara..., sin Deet. Y LeyeL no se había quedado con Deet para que ella lo ayudara en su investigación. Se había quedado con ella porque..., porque...

No podía recordar por qué. Por amor, claro está. Pero no conseguía dilucidar por qué eso había sido tan importante para él. Indudablemente no era importante para ella. La idea que Deet tenía del amor en aquellos días era la de instarlo a ir a la

biblioteca. «Puedes hacer allí tus investigaciones. Podríamos estar juntos durante más tiempo cada día.»

El mensaje era claro. La única forma que tenía Level de continuar siendo parte de la vida de Deet era convirtiéndose en parte de la nueva «familia» que ella había formado en la biblioteca. Bueno, pues Deet podía olvidarse de esa idea. Si ella escogía dejarse tragar por aquel entorno, bien. Si ella escogía dejarlo a él por aquel puñado de catalogadores y referencistas, bien. Bien.

No. No estaba bien. Él quería hablar con ella. Ya mismo, en ese preciso momento, quería contarle lo que estaba pensando, quería que ella le hiciera preguntas y discutiera con él hasta conseguir que él encontrara una respuesta, o un montón de respuestas. La necesitaba para que viera lo que él no conseguía ver. Él la necesitaba muchísimo más de lo que la necesitaban ellos.

Estaba ya en medio del espeso tráfico humano del Bulevard Malso antes de darse cuenta de que era la primera vez, desde el funeral de Hari, que se aventuraba más allá del vecindario inmediato de su apartamento. Era la primera vez, en muchos meses, que tenía algún sitio al que ir. Eso es precisamente lo que estoy haciendo, se dijo. Necesito un cambio de escenario, un sentido de dirección. Esa es la única razón por la que voy a la biblioteca. Todas esas tonterías emocionales que pensé en el apartamento no eran más que una estrategia inconsciente para hacerme salir y mezclar con otras personas.

Level estaba de un humor casi alegre cuando llegó a la Biblioteca Imperial. Había estado allí muchas veces a lo largo de los años, pero sólo cuando había una recepción o algún acto público, porque poseer su propio lector de alta capacidad significaba que podía acceder por cable a todos los registros de la biblioteca. Las demás personas — los estudiantes, los profesores de los colegios más pobres, los lectores legos— tenían que ir a la biblioteca si querían leer. Pero eso significaba que conocían el edificio; Level, en cambio, si se exceptuaban las principales salas de lectura y recepción, no tenía ni idea de dónde estaba cada cosa.

Por primera vez se le hizo evidente el enorme tamaño de la Biblioteca Imperial. Deet había mencionado muchas veces las cifras que así lo denotaban —una plantilla que constaba de más de cinco mil personas incluyendo los operarios de máquina, carpinteros, cocineros, personal de seguridad: virtualmente una ciudad en sí misma—, pero hasta aquel momento Level no se había dado cuenta de que eso significaba que muchas de las personas que trabajaban allí nunca se habían conocido. ¿Quién podía conocer a cinco mil personas por sus nombres? No podía simplemente preguntar por Deet invocando su nombre. ¿Cuál era el departamento en el que trabajaba Deet? Había cambiado con mucha frecuencia, desplazándose entre la burocracia.

Toda la gente que veía eran visitantes: personas ante los lectores, personas ante los catálogos, incluso personas que leían libros y revistas impresas en papel. ¿Dónde estaban los bibliotecarios? Los pocos miembros del personal que se desplazaban por

las naves laterales resultaron no ser bibliotecarios, sino docentes voluntarios que ayudaban a los recién llegados a utilizar los lectores y catálogos. Sabían tan poco como él sobre el personal bibliotecario.

Finalmente halló una sala llena de auténticos bibliotecarios que se hallaban sentados ante sus calculadoras preparando los informes diarios de acceso y circulación. Cuando Level intentó hablarle a una bibliotecaria, ella se limitó a mover una mano a modo de respuesta. Él pensó que le estaba diciendo que se marchara, hasta que advirtió que la mano permanecía en el aire con un dedo señalando hacia la parte frontal de la sala. Level se encaminó hacia el escritorio elevado en el que una mujer de mediana edad, gorda y con aspecto soñoliento repasaba perezosamente largas columnas de cifras que aparecían suspendidas en el aire, ante ella, en formación militar.

—Lamento interrumpirla —dijo él en voz baja.

Ella descansaba una mejilla sobre una mano; ni siquiera lo miró cuando él le habló.

—Ruego para que me interrumpan —le respondió.

Sólo entonces advirtió Level que los ojos de la mujer estaban rodeados por arrugas de risa y que su boca, incluso en estado de reposo, se curvaba hacia arriba en una suave sonrisa.

—Estoy buscando a alguien. Mi esposa, en realidad. Deet Forska.

La sonrisa de ella se ensanchó.

—Usted es el amado Level.

Era una cosa absurda para ser dicha por una desconocida, pero no obstante le agradó darse cuenta de que Deet tenía que haber hablado de él. Por supuesto, todo el mundo debía de saber que el esposo de Deet era él, Level Forska. Pero aquella mujer no lo había dicho de esa forma, ¿verdad? No había hablado del Level Forska, la celebridad. No. Allí era conocido como «el amado Level». Incluso si lo que quería aquella mujer era tomarle el pelo, Deet tenía que haber dado a entender que sentía algún afecto por él. No pudo evitar una sonrisa. Una sonrisa de alivio. No se había dado cuenta de que le temía tanto a la posibilidad de perder el amor de ella, pero ahora sentía ganas de reír con todas sus fuerzas, de moverse, de bailar de placer.

—Imagino que sí lo soy —replicó Level.

—Soy Zay Wax. Deet tiene que haberle hablado de mí. Almorzamos juntas cada día.

No, no lo había hecho. Apenas hablaba de la gente de la biblioteca, ahora que lo pensaba. Almorzaba con aquella mujer cada día, y él nunca había oído hablar de ella.

—Sí, por supuesto —le respondió Level—. Me alegro de conocerla.

—Y yo me alegro de ver que usted existe realmente.

—De vez en cuando.

—Deet está trabajando en el departamento de índices de referencia, estos días. —Zay hizo desaparecer lo que tenía delante, en el lector.

—¿Está en Trantor eso?

Zay se echó a reír. Tecleó unas instrucciones y ante sí apareció un plano del complejo bibliotecario. Era una complicada pila de salas y pasillos, casi imposible de comprender en su totalidad.

—Esto sólo representa esta ala del edificio principal. La sección de referencias está en estas cuatro plantas.

Cerca del centro del plano, cuatro capas adquirieron un color brillante.

—Y aquí es donde se encuentra en este momento.

Una pequeña sala del primer piso se volvió blanca. Al contemplar el laberinto que se extendía entre ambas secciones, Leyel no tuvo más remedio que echarse a reír sonoramente.

—¿No puede darme una tarjeta que me guíe?

—Nuestras tarjetas conducen sólo a las zonas autorizadas para los visitantes. Pero esto no es realmente difícil, *lord* Forska. Después de todo, es usted un genio, ¿no es así?

—No en lo que se refiere a la geografía interior de los edificios, independientemente de las mentiras que pueda haberle contado Deet.

—Salga por esta puerta y siga en línea recta por el pasillo hasta los ascensores, no tiene perdida. Suba hasta el piso quince. Cuando salga, continúe como si estuviera siguiendo el mismo pasillo y en un momento dado pasará bajo una arcada que tiene un letrero que dice «Sección de referencias». Entonces podrá echar la cabeza hacia atrás y gritar «Deet» con todas sus fuerzas. Hágalo unas cuantas veces y conseguirá que ella salga o los de seguridad lo arresten.

—Eso es precisamente lo que pensaba hacer si no encuentro a alguien que me guíe.

—Esperaba que me lo pidiera. —Zay se puso de pie y les habló en voz alta al resto de los bibliotecarios—. El gato se marcha. Los ratones pueden bailar.

—Ya era hora —dijo alguien. Todos se echaron a reír, pero continuaron trabajando.

—Sígueme, *lord* Forska.

—Llámeme Leyel, por favor.

—Oh, es usted muy galante. —Cuando se puso de pie, resultó ser aún más baja y gorda de lo que parecía estando sentada—. Sígueme.

Conversaron alegremente de generalidades mientras bajaban por el pasillo. Una vez dentro del ascensor, metieron los pies debajo de la barra y el repulsor de gravedad se puso en funcionamiento. Leyel estaba tan acostumbrado a la carencia de peso después de todos aquellos años de utilizar los ascensores de Trantor, que nunca la advertía. Pero Zay dejó que sus brazos flotaran en el aire y suspiró ruidosamente.

—Me encanta subir en los ascensores —dijo.

Por primera vez, Leyel se dio cuenta de que la carencia de peso tenía que ser un gran alivio para alguien que llevara tantos kilos de más como Zay Wax. Cuando el

ascensor se detuvo, Zay hizo una maravillosa pantomima al salir dando traspiés de su interior como si soportara un enorme peso.

—Mi idea del paraíso es la de vivir eternamente en la repulsión gravitatoria.

—Puede conseguir que le instalen un repulsor gravitatorio en su apartamento, si vive en el piso superior.

—Quizá usted sí pueda —le dijo Zay—, pero yo tengo que vivir con un sueldo de bibliotecaria.

Leyel se sentía mortificado. Siempre había tenido mucho cuidado de no hacer alarde de su riqueza, pero raramente había hablado con nadie que no pudiera pagarse un repulsor de gravedad.

—Lo siento —le dijo—. Creo que tampoco yo podría en la actualidad.

—Sí. Oí decir que despilfarró usted su fortuna en un auténtico funeral de lujo.

Sorprendido de que ella hablara tan abiertamente del asunto, él intentó responder en el mismo tono jocoso.

—Supongo que puede considerárselo de esa forma.

—Yo pienso que lo valía —dijo ella. Levantó los ojos furtivamente hacia él—. Yo conocía a Hari, ¿sabe? Su pérdida ha sido para la humanidad algo más grave que si el sol de Trantor se convirtiera en nova.

—Quizá —replicó Leyel. La conversación estaba escapándosele de las manos. Era hora de conducirse con cautela.

—Oh, no se preocupe. Yo no soy un topo de la Comisión de Seguridad Pública. He aquí el Arco Dorado que conduce a la sección de referencias. La Tierra de las Sutiles Conexiones Conceptuales.

Al pasar la arcada, fue como si hubieran entrado en un edificio completamente distinto. El estilo y los adornos eran los mismos que en el resto, con aquellas telas lustrosas en las paredes y el techo, y el suelo del mismo material plástico liso que absorbía los sonidos y destellaba suavemente con una luz blanca; pero toda presencia de simetría había desaparecido. El cielorraso era de alturas diferentes, casi como al azar; a derecha e izquierda podía haber puertas o arcadas, escaleras o rampas, un nicho o un inmenso vestíbulo lleno de columnas; había estantes de libros y obras de arte que rodeaban las mesas en las que trabajaban los referencistas con una media docena de escritores y lectores a un tiempo.

—La forma está al servicio de la función —comentó satisfecha Zay.

—Me temo que estoy mirándolo todo como alguien que visitara Trantor por primera vez.

—Este es un lugar extraño. Pero la arquitecta era hija de un referencista, por lo que sabía que los mapas interiores estandarizados, ordenados y simétricos son enemigos del pensamiento conectivo libre. El toque maestro —y también el más caro, me temo— es el hecho de que de un día para otro la disposición se reorganiza.

—¿Se reorganiza? ¿Las salas se desplazan?

—Se trata de una serie de líneas de disposición aleatoria que tiene dentro la

calculadora central. Existen unas reglas, pero el programa no tiene miedo de desaprovechar el espacio. A veces sólo cambia una sala, y aparece emplazada en un lugar completamente distinto de la sección de referencias. Otras veces, cambia la totalidad. La única constante es la arcada que conduce a la sección. Realmente no estaba bromeando cuando dije que tenía que entrar aquí y gritar.

—Pero los referencistas deben de pasarse toda la mañana sólo para encontrar sus terminales.

—En absoluto. Todos pueden trabajar desde cualquiera de las terminales.

—Ah. Así que sólo tienen que buscar el trabajo que estaban realizando el día anterior.

—No. Simplemente se dedican al trabajo que ya está en proceso en la terminal que escogen ese día.

—¡Es el caos! —exclamó Leyel.

—Exacto. ¿Cómo cree usted que se hace un buen hiperíndice de referencias? Si una sola persona hace el índice de referencias de un libro, las únicas conexiones que se establecerán en ese índice son aquellas que conozca esa persona. De esta forma, en cambio, cada uno se ve obligado a repasar rápidamente lo que hizo su predecesor. Inevitablemente, agregará algunas conexiones en las que no pensó la otra persona. El entorno, las pautas de trabajo, todo está diseñado con el fin de romper los hábitos de pensamiento, de hacer que todo sea sorprendente, que todo sea nuevo.

—De mantener a todo el mundo en desequilibrio.

—Exactamente. La mente trabaja rápido cuando uno corre por el borde de un precipicio.

—Según ese cálculo, todos los acróbatas deberían ser unos genios.

—Ni hablar. La totalidad del trabajo de los acróbatas consiste en aprender la rutina de forma tan perfecta que les permita no perder jamás el equilibrio. Un acróbata que improvisa muere muy pronto. Pero en el caso de los referencistas, cuando pierden el equilibrio caen en descubrimientos maravillosos. Es por eso por lo que los índices de referencia de la Biblioteca Imperial son los únicos que merece la pena tener en cuenta. Lo sorprenden y desafían a uno a medida que los lee. Todos los demás no son otra cosa que..., listas de oficina.

—Deet nunca me ha hablado de esto.

—Los referencistas raras veces comentan lo que hacen. De todas formas, no se puede explicar realmente.

—¿Cuánto hace que Deet se dedica a los índices de referencia?

—No mucho, en realidad. Todavía es una novata, pero he oído decir que es muy pero que muy buena.

—¿Dónde está?

Zay sonrió; luego echó la cabeza hacia atrás y bramó:

—¡Deet!

La voz pareció ser absorbida inmediatamente por aquel laberinto. No hubo

respuesta.

—No cerca de aquí, supongo —replicó Zay—. Tendré que sondear un poco más adentro.

—¿Y no podríamos simplemente preguntarle a alguien dónde está?

—¿Quién podría saberlo?

Tardaron otros dos pisos y tres gritos más para obtener una respuesta apenas audible.

—¡Aquí!

Siguieron la dirección de la que provenía la voz. Deet continuó llamando con el fin de que pudieran localizarla.

—¡Hoy tengo la sala de las flores, Zay! ¡Violetas!

Todos los referencistas junto a los que pasaron levantaron la mirada; algunos sonrieron, otros frunció el entrecejo.

—¿No molesta todo esto? —preguntó Leyel—. Me refiero a los gritos.

—Los referencistas necesitan que los interrumpen. Eso rompe la cadena de pensamientos. Cuando vuelven al trabajo, tienen que volver a pensar en lo que estaban haciendo.

Deet, que ya no estaba demasiado lejos, continuaba hablando a gritos.

—Este aroma es tremendamente embriagador. ¡Imagínate..., la misma sala dos veces en un mes!

—¿Los hospitalizan con mucha frecuencia a los referencistas?

—¿Por qué?

—Estrés.

—No existe estrés en este trabajo —le replicó Zay—. Sólo juego. Venimos aquí como recompensa por trabajar en otras partes de la biblioteca.

—Ya veo. Es el momento en el que los bibliotecarios llegan realmente a leer los libros de la biblioteca.

—Todos nosotros escogimos esta carrera porque nos gustan los libros por sí mismos. Incluso los antiguos e ineficaces libros de papel corruptible. Hacer índices de referencias es como..., escribir notas al margen.

La noción era sorprendente.

—¿Escribir en el libro de otro?

—Solía hacerse en la antigüedad, Leyel. ¿Cómo puede uno establecer un diálogo con el autor si no es escribiendo las propias respuestas y argumentos en los márgenes? Allí la tenemos. —Zay marchó delante de él a través de una arcada baja y descendió unos escalones.

—He oído la voz de un hombre hablando contigo, Zay —dijo Deet.

—La mía —replicó Leyel.

Al volver una esquina la vio. Después de un recorrido tan largo como el que había realizado para verla, pensó por un fugaz instante que no la reconocía. Que la biblioteca había cambiado a los bibliotecarios junto con las salas, y que él se había

tropezado con una mujer que meramente se parecía a la esposa largamente conocida; tendría que volver a conocerse con ella desde el principio.

—Ya me lo parecía —dijo Deet.

Se levantó de la terminal y lo abrazó. Incluso aquello lo sorprendió, a pesar de que ella solía abrazarlo cuando se encontraban. No es más que el entorno lo que ha cambiado, se dijo. Estoy sorprendido sólo porque ella suele saludarme de esta forma cuando estamos en casa, en un ambiente que me es familiar. Y habitualmente es Deet quien llega, no yo.

¿O es que había, después de todo, una mayor calidez en aquel recibimiento? ¿Como si ella lo amara más en aquel lugar que en casa? ¿O, quizá, como si la nueva Deet fuera sencillamente una persona más cálida, que se sentía más cómoda?

Yo creía que conmigo estaba cómoda.

Leyel se sentía incómodo, tímido ante ella.

—Si hubiera sabido que mi visita iba a provocar tantos trastornos... —comenzó a decir.

¿Por qué necesitaba tanto disculparse?

—¿Qué trastornos? —preguntó Zay.

—Gritos. Interrupciones.

—Lo has oído, Deet. Cree que el mundo se ha detenido por un par de gritos.

A lo lejos oyeron a un hombre que bramaba el nombre de alguien.

—Ocurre constantemente —le aseguró Zay—. Será mejor que regrese. Algún altivo señorito de Mahagonny probablemente esté echando chispas porque no he autorizado su pedido de acceso a los libros de contabilidad imperial.

—Encantado de haberla conocido —se despidió amable Leyel.

—Te deseo suerte para encontrar el camino de vuelta —le dijo Deet.

—Será fácil esta vez —respondió Zay.

Se detuvo sólo una vez al atravesar la puerta, no para hablar sino para deslizar una oblea metálica por una ranura casi imperceptible que había en el marco de la puerta, por encima del nivel de los ojos. Se volvió y le hizo un guiño a Deet, tras lo cual se marchó.

Leyel no preguntó qué era lo que había hecho; si fuera de su incumbencia, le habrían dicho algo; pero sospechaba que Zay había activado o desactivado un sistema de grabación. Dado que no tenía la seguridad de que allí estuvieran lo suficientemente aislados del resto del personal de la biblioteca como para disfrutar de privacidad, se limitó a permanecer de pie durante un momento, recorriendo la sala con los ojos. La sala de Deet estaba realmente llena de violetas auténticas que crecían en grietas y aberturas del piso y las paredes. El aroma era perceptible pero no abrumador.

—¿Para qué es esta sala?

—Para mí. Al menos por hoy. ¡Me alegra tanto que hayas venido!

—Nunca me habías hablado de este lugar.

—Yo tampoco conocía su existencia hasta que me destinaron a este trabajo. Nadie habla de la sección de índices de referencia. Nunca les contamos nada a los que no pertenecen a ella. La arquitecta murió hace tres mil años. Sólo nuestros propios operarios saben cómo funciona. Es algo así como...

—Un mundo de hadas.

—Exactamente.

—Un lugar en el que quedan suspendidas todas las reglas del universo.

—No todas. Continuamos teniendo la buena vieja gravedad. La inercia. Ese tipo de cosas.

—Este lugar es perfecto para ti, Deet. Esta sala.

—Muchas personas pasan años sin que les toque la sala de las flores. No siempre son violetas, ¿sabes? A veces son rosas de enredadera. A veces pervincas. Dicen que en realidad hay una docena de salas de flores, pero que nunca hay más de una accesible. Sin embargo, a mí me han tocado violetas las dos veces.

Level no pudo evitarlo. Se echó a reír. Aquello era divertido. Era delicioso. ¿Qué tenía que ver aquello con una biblioteca? Y sin embargo, qué cosa tan maravillosa para tenerla escondida en el corazón de un lugar tan sombrío. Se sentó en una silla. En la parte superior del respaldo crecían violetas que le rozaban los hombros.

—¿Te has hartado finalmente de estar todo el día metido en el apartamento? —le preguntó Deet.

Por supuesto que ella se preguntaría por qué había decidido salir finalmente, después de que todas sus invitaciones hubieran sido desoídas durante tanto tiempo. Sin embargo, no estaba seguro de poder hablar con franqueza.

—Necesitaba hablar contigo. —Desvió la mirada hacia la ranura de la puerta que Zay había manipulado—. A solas —terminó.

¿Fue una expresión de temor la que cruzó por el rostro de ella?

—Estamos a solas —replicó Deet en voz baja—. Zay se ha encargado de ello. Verdaderamente a solas, como no podríamos estar nunca en el apartamento.

A Level le llevó un momento darse cuenta de qué era lo que ella estaba afirmando. No se atrevía ni a pronunciar las palabras, así que las formó silenciosamente con los labios: ¿la Comisión de Seguridad Pública?

—Nunca se molestan en incluir la biblioteca en sus espionajes ordinarios. Pero incluso si tienen algo especial dirigido sobre ti, en este momento hay un campo de interferencia que bloquea nuestra conversación. Sin embargo, lo más probable es que no se molesten en controlarte hasta que salgas de aquí.

Parecía nerviosa, impaciente. Como si no le gustara mantener aquella conversación. Como si quisiera que él continuara adelante, o quizá que acabara de una vez.

—Si no te importa —dijo él—. Nunca antes había venido a interrumpirte, y pensé que por esta vez solamente...

—Por supuesto —replicó ella. Pero todavía estaba tensa, como si temiera lo que

él pudiera decir.

Así pues, él le explicó todas sus ideas acerca del idioma. Todo lo que había entresacado de los trabajos de Kispitorian y Magolissian. Ella pareció relajarse en cuanto quedó claro que estaba hablando de su investigación. ¿Qué era lo que temía?, se preguntó él. ¿Tendría miedo de que viniera a hablarle de nuestra relación? Apenas tenía que temer algo así. Él no tenía intención alguna de empeorar las cosas gimiendo por aquello que no tenía arreglo.

Cuando él acabó de explicar las ideas que se le habían ocurrido, ella asintió cautelosamente, como había hecho miles de veces antes, después de que él le explicara una idea o argumento.

—No sé qué decirte —declaró finalmente. Como tantas veces en el pasado, ella se mostraba reticente a comprometerse con una respuesta inmediata.

Y, como había hecho él con tanta frecuencia, insistió:

—¿Pero qué piensas tú?

Ella frunció los labios.

—Sólo de manera informal..., nunca he intentado una aplicación lingüística seria de la teoría de la comunidades fuera de la formación de las jergas, así que esto no es más que una primera idea, pero intenta lo siguiente. Quizá las pequeñas poblaciones aisladas custodian su idioma..., celosamente, porque es parte de lo que ellos son. Quizá el idioma es el ritual más poderoso de todos, así que las personas que tienen un mismo idioma forman una unidad que jamás podrían formar las personas que no pueden comprender sus mutuos idiomas. No lo sabremos nunca, ¿no crees?, dado que hace diez mil años que todos hablamos el galáctico estándar.

—Así pues, no es tanto el tamaño de la población como...

—Como la importancia que le den a su idioma. Hasta qué punto los define como una comunidad. Los integrantes de una población grande comienzan a pensar que todo el mundo habla como ellos. Quieren distinguirse, formar una entidad separada. Entonces comienzan a desarrollar una jerga y unos modismos idiomáticos que los separen de los demás. ¿No es eso lo que ocurre con el lenguaje corriente? Los niños intentan hallar formas de hablar que sus padres no utilizan. Los profesionales se comunican con unos vocabularios específicos con el fin de que los legos no conozcan las claves. Todos rituales destinados a definir la comunidad.

Leyel asintió con gravedad, pero tenía una duda obvia.

Lo bastante obvia como para que Deet también la viese.

—Sí, sí, ya lo sé, Leyel. He interpretado inmediatamente tu pregunta en términos de mi propia disciplina. Como los físicos que piensan que todo puede explicarse mediante la física.

Leyel se echó a reír.

—Ya lo he pensado, pero lo que dices tiene sentido. Y eso explicaría por qué las comunidades tienden de forma natural hacia la diversidad lingüística. Necesitamos un idioma común, un idioma con el que dialogar abiertamente. Pero también

necesitamos lenguajes privados. Lo que ocurre es que un idioma completamente privado resultaría inútil... ¿con quién íbamos a hablarlo? Así que siempre que se forma una comunidad, ésta establece al menos unas cuantas barreras lingüísticas para los forasteros, unos cuantos santo y seña que sólo conocen quienes pertenecen a ella.

—Y cuanto más leal sea una persona hacia esa comunidad, con mayor fluidez y frecuencia hablará ese lenguaje.

—Sí, tiene sentido —dijo Leyel—. Es muy sencillo. ¿Te das cuenta de cuánto te necesito?

Él sabía que esas palabras eran una suave reconvención —¿por qué no estabas en casa cuando te necesitaba?—, pero no pudo resistirse a pronunciarlas. Sentado allí con Deet, incluso en aquel lugar extraño y perfumado, se sentía bien y cómodo. ¿Cómo podía haberse apartado ella de él? Para él, era la presencia de Deet la que convertía un sitio en hogar. Para ella, aquel sitio era su hogar, tanto si él estaba como si no.

Él intentó expresar aquello con palabras, con palabras abstractas de forma que no la hirieran.

—Creo que la tragedia más grande sobreviene cuando una persona es más leal a la comunidad que cualquiera de sus otros miembros.

Deet sonrió sólo a medias y alzó las cejas. No sabía de qué le estaba hablando.

—Él habla constantemente el lenguaje de la comunidad —prosiguió Leyel—, pero nadie lo habla jamás con él, o no lo suficiente, en cualquier caso. Y cuanto más lo habla, más extraña a los otros y los aleja de sí, hasta que finalmente se queda solo. ¿Puedes imaginar algo más triste? Alguien que está lleno de un lenguaje, ansioso por hablarlo, hambriento por oírlo de boca de los demás, y sin embargo no queda nadie que comprenda una sola palabra del mismo.

Ella asintió con la cabeza, mientras lo miraba penetrantemente. ¿Comprende qué es lo que estoy diciendo? Aguardó a que hablara ella. Ya había dicho todo lo que se atrevía a decir.

—Pero ahora imagina lo siguiente —propuso ella finalmente—. ¿Qué ocurriría si él abandonara ese pequeño lugar en el que nadie lo entiende, y pasara al otro lado de una colina hasta un sitio nuevo, y de pronto oyera cientos, miles de voces pronunciando esas mismas palabras que él había atesorado durante los años de soledad? ¿Y entonces se diera cuenta de que nunca supo realmente ese idioma? Las palabras tenían cientos de significados y matices que él nunca había adivinado, porque cada persona cambiaba el lenguaje un poco simplemente por hablarlo. Y cuando por fin llegara a hablar su propia voz sonara como música en sus oídos, y los demás lo escucharan con deleite, con entusiasmo porque su música fuera como agua de vida que manara de una fuente, y se diera cuenta entonces de que nunca antes había estado en su hogar.

Leyel no recordaba haber oído nunca a Deet hablar con tanto..., transporte. Sí, esa era la palabra; ella misma estaba cantando. Ella es la persona de la que está

hablando. En este lugar su voz es diferente; eso es lo que quiere decirme. En casa, conmigo, ha estado sola. Aquí, en la biblioteca, ha encontrado a otros que hablan su lenguaje secreto. No es que no haya querido que nuestro matrimonio tuviera éxito. Lo deseó, pero yo jamás la comprendí. Esta gente sí la comprendió. Y la comprende. Aquí se siente en su hogar, eso es lo que está diciéndome.

—Lo comprendo —dijo él.

—¿Lo comprendes de verdad? —Ella examinó el rostro de él con una mirada penetrante.

—Creo que sí. Está bien.

Deet le dirigió una mirada penetrante, interrogativa.

—Me refiero a que es bonito. Es agradable. Este lugar. Es bonito.

Ella pareció aliviada pero no del todo.

—No debería entristecerte tanto, Leyel. Este es un sitio alegre; y aquí puedes hacer cualquiera de las cosas que hayas hecho en casa.

Excepto amarte como a la otra mitad de mí mismo, y conseguir que me ames como a la otra mitad de ti.

—Sí, ya lo creo.

—No, lo digo en serio. Eso es lo que estás trabajando..., veo que estás aproximándote a algo. ¿Por qué no trabajar en ello aquí, donde podemos hablar del tema?

Leyel se encogió de hombros.

—Estás aproximándote a algo, ¿no es verdad?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Estoy dando manotadas a mi alrededor, como alguien que se está ahogando en el océano durante la noche. Quizá esté acercándome a la orilla, o tal vez esté internándome más en el océano.

—Bueno, ¿qué es lo que tienes? ¿No acabamos de aproximarnos más hace un instante?

—No. Ese tema de la lingüística..., si no es más que un aspecto de la teoría comunitaria, no puede ser la respuesta del origen de la humanidad.

—¿Por qué no?

—Porque muchos primates forman comunidades. Y muchos otros animales, también. Los animales de manada, por ejemplo. Incluso los cardúmenes de peces. Las abejas. Las hormigas. Todos los organismos multicelulares son una comunidad, si vamos a ello. Así que si la diferenciación lingüística nace de la comunidad, es inherente a los animales prehumanos y por lo tanto no forma parte de la definición de humanidad.

—Ah. No, supongo que no.

—Correcto.

Ella pareció decepcionada. Como si realmente hubiera esperado que llegarían a encontrar una respuesta para la incógnita del origen allí mismo, ese día en concreto.

—En fin, gracias por tu ayuda —concluyó Leyel, poniéndose de pie.

—No creo que te haya ayudado.

—Oh, ya lo creo que sí. Me has mostrado que estaba siguiendo un callejón sin salida. Me has ahorrado una gran cantidad de malgasto de..., pensamiento. Eso es el progreso, en ciencia: saber qué respuestas no son ciertas.

Las palabras de él tenían un doble sentido, claro está. Ella también le había demostrado que el matrimonio de ambos era un callejón sin salida. Quizá ella lo comprendió, quizá no. No tenía importancia. A él le parecía que la había comprendido. Ese pequeño relato de la persona que se sentía sola y finalmente descubría un lugar en el que se sentía en casa... ¿cómo habría podido no ver el significado de aquello?

—Leyel —dijo ella—, ¿por qué no les planteas tu pregunta a los referencistas?

—¿Tú crees que los investigadores de la biblioteca podrían encontrar las respuestas cuando yo no he conseguido dar con ellas?

—No te estoy hablando del departamento de investigación, sino de la sección de índices de referencia.

—¿Qué quieres decir?

—Escribe tus preguntas. Todas las líneas que has seguido. La diversidad lingüística. El lenguaje de los primates. Y las otras preguntas, las más antiguas. Los puntos de vista arqueológicos e históricos. Los biológicos. Las pautas según las especies. Las costumbres. Todo lo que se te ocurra. Simplemente plantéalo como preguntas, y haremos que las incluyan en los índices de referencias.

—¿Que incluyan mis preguntas en los índices de referencias?

—Es lo que nosotros hacemos: leemos cosas y pensamos en otras cosas que puedan estar relacionadas de alguna manera, y las interconectamos. No decimos qué significa la conexión, pero sabemos que significa algo, que la conexión es real. Nosotros no te daremos respuestas, Leyel, pero si sigues el índice podría servirte para hallar conexiones. ¿Comprendes qué es lo que intento decirte?

—Nunca había pensado en ello. ¿Crees que habrá un par de personas que puedan disponer del tiempo necesario para trabajar en ello?

—No un par de nosotros, sino todos nosotros.

—Oh, eso es absurdo, Deet. Ni siquiera me atrevería a pedirlo.

—Pues yo lo haré. Nadie nos supervisa, Leyel. No tenemos que cumplir con una cuota de trabajo determinada. Nuestro trabajo es leer y pensar. Habitualmente tenemos unos cuantos cientos de proyectos en proceso de desarrollo, pero podemos trabajar en un solo proyecto durante un día sin ningún problema.

—Sería un desperdicio. Yo no puedo publicar nada, Deet.

—No hay necesidad de que se publique. ¿Es que no lo entiendes? Nadie sabe, excepto nosotros, qué es lo que hacemos aquí. Podemos tomarlo como un documento inédito y trabajar en él de todas formas. Ni siquiera tendrá que estar a disposición de la biblioteca.

Leyel negó con la cabeza.

—Y si finalmente me llevan a la respuesta, ¿qué? ¿Lo publicaremos con el nombre de doscientos autores?

—Será tu obra, Leye. Nosotros no hacemos más que estructurar índices de referencias, no somos autores. Serás tú quien tenga que establecer las conexiones. Déjanos intentarlo. Déjanos formar parte del trabajo.

De pronto, Leye comprendió por qué ella se mostraba tan insistente en aquel punto. Intentar que él se implicara en la biblioteca era la forma que ella tenía de hacerse creer que todavía formaba parte de la vida de él. Podría creer que no lo había abandonado si él pasaba a formar parte de su nueva comunidad.

¿Acaso ella no sabía cuán insoportable sería eso? ¿Verla allí, tan feliz sin él? ¿Entrar allí simplemente como un amigo más entre muchos, cuando en otra época habían sido —o él había creído que lo eran— una sola alma indivisible? ¿Cómo iba a poder él hacer algo semejante?

Y sin embargo ella quería hacerlo; él podía verlo por la forma en que lo miraba, tan añorada, tan suplicante, que lo hizo pensar en cuando se habían enamorado por primera vez, en otro mundo: ella lo miraba así siempre que él insistía en que tenía que marcharse. Siempre que ella pensaba que podía estar a punto de perderlo.

¿Es que acaso no sabe quién ha perdido a quién?

No importa. ¿Qué podía importar si ella no comprendía eso? Si iba a hacerla feliz que él aparentara formar parte del nuevo hogar de ella, parte de aquellos bibliotecarios..., si ella quería que sometiera el trabajo de su vida a los servicios de aquellos absurdos referencistas, ¿por qué no hacerlo? ¿Qué podía costarle? Quizá el proceso de escribir sus preguntas en algún orden coherente lo ayudaría. Y quizá ella tuviera razón..., tal vez un índice trantoriano le serviría para resolver la incógnita de los orígenes.

Tal vez si iba a aquel lugar podría formar aún parte de la vida de ella. No sería como el matrimonio, pero dado que esto último era un imposible, allí al menos podría tenerla lo bastante como para continuar siendo él mismo; podría continuar siendo la persona en la que se había convertido por amarla tanto durante todos los años pasados.

—Bien —dijo él—. Lo escribiré y te lo traeré.

—Realmente pienso que podemos ayudarte.

—Sí —replicó él, sin aparentar más certidumbre que la que sentía—. Quizá. —Se encaminó hacia la puerta.

—¿Tienes que marcharte ya?

Él asintió con la cabeza.

—¿Estás seguro de que podrás encontrar el camino de salida?

—A menos que hayan cambiado las salas de sitio, sí.

—No te preocupes. Eso sólo se hace durante la noche.

—En ese caso no creo que vaya a tener problemas. —Avanzó algunos pasos hacia ella y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada.

—Oh. —Pareció decepcionada—. Pensé que ibas a darme un beso de despedida —dijo, haciendo pucheritos como una niña de tres años.

Él se echó a reír. La besó —como a una niña de tres años—, y luego se marchó.

Durante dos días él estuvo melancólico. La veía marcharse por las mañanas y luego intentaba leer, mirar vídeos, cualquier cosa. Nada conseguía retener su atención. Salía a dar paseos. Incluso una vez subió a la torre de observación, para ver el cielo: era de noche y estaba lleno de estrellas. Nada de aquello lo atraía. Nada lo retenía. Una de las películas de vídeo tuvo un momento, muy breve, una escena de un mundo semiárido, en el que se veía una extraña planta que se secaba al llegar a la madurez, se rompía separándose de las raíces y luego el viento la llevaba por el aire desparramando sus semillas. Durante un instante sintió una vertiginosa afinidad con aquella planta mientras era arrastrada por el viento: ¿estaré yo tan seco como ella, volando sobre una tierra muerta? Pero no, él sabía que ni siquiera eso era verdad, porque la planta rodadera tenía vida más que suficiente en sus semillas diseminadas. A Leyel no le quedaban semillas. Éstas se habían diseminado muchos años antes.

A la tercera mañana se miró al espejo y rió amargamente.

—¿Es así como se siente la gente antes de suicidarse? —preguntó en voz alta.

Por supuesto que no; sabía que estaba poniéndose melodramático. Él no sentía ningún deseo de morir.

Pero entonces se le ocurrió que si aquella sensación de inutilidad continuaba, si no conseguía encontrar nada que le interesase, sería lo mismo que estar muerto porque su vida no cumpliría otra función que la de mantener tibia la ropa que llevara puesta.

Se sentó ante el escritor y comenzó a escribir preguntas. Luego, debajo de cada pregunta explicó cómo había seguido esa línea en particular y por qué no le había proporcionado la respuesta de la incógnita de los orígenes de la humanidad. Después surgieron más preguntas; había estado en lo cierto: el mero proceso de resumir su propia investigación infructuosa hacía que pareciese que la respuesta estaba tentadoramente cerca. Era un buen ejercicio; e incluso si nunca llegaba a encontrar una respuesta, aquella lista de preguntas podía resultarle de gran ayuda a alguien con un intelecto más preclaro que el suyo —o con mejor información—, décadas, siglos o milenios más tarde.

Deet regresó a casa y se fue a dormir mientras Leyel continuaba tecleando. Ella sabía cuál era el aspecto de él cuando estaba completamente inmerso en la escritura, por lo cual no hizo nada que pudiera distraerlo. Él advirtió la presencia de ella lo suficiente como para darse cuenta de que ponía buen cuidado en dejarlo tranquilo. Luego volvió a sumergirse en su trabajo.

A la mañana siguiente, cuando ella despertó, se lo encontró durmiendo a su lado, con la ropa todavía puesta. Una cápsula de mensaje personal estaba sobre el piso, en la puerta del dormitorio. Ella se inclinó para recogerla y se la llevó a la biblioteca.

—Después de todo, sus preguntas no son académicas, Deet.

—Ya te dije que no lo eran.

—Mari tenía razón. A pesar de que parecía ser un aficionado, con su dinero y su rechazo por las universidades, es un hombre de sustancia.

—¿Se beneficiará entonces la Segunda Fundación si él consigue averiguar la respuesta a su incógnita?

—No lo sé, Deet. Era Hari el adivino. Presumiblemente, la especie humana ya es humana, así que no es lo mismo que si tuviéramos que empezar desde el principio.

—¿Tú crees que no?

—¿Qué, entonces? ¿Crees que deberíamos encontrar un planeta deshabitado, poner en él algunos recién nacidos y dejarlos que crecieran salvajes para regresar al cabo de mil años e intentar convertirlos en seres humanos?

—Yo tengo una idea mejor. Tomemos diez mil mundos con una gente que lleve una vida como la de los animales, siempre hambrientos, siempre dispuestos a utilizar los dientes y las garras, y despojémoslos del barniz de civilización para exponerlos a lo que son realmente. Luego, cuando se hayan visto a sí mismos con claridad, regresemos para enseñarles cómo ser realmente humanos esta vez, en lugar de tener simplemente pizcas y destellos de humanidad.

—De acuerdo. Hagámoslo.

—Sabía que estarías de acuerdo.

—Simplemente asegúrate de que tu esposo averigüe cómo funciona el truco. Luego tendremos todo el tiempo del mundo para orquestarlo y ponerlo en marcha.

Cuando el índice estuvo acabado, Deet llevó a Lyle a la biblioteca cuando fue a trabajar por la mañana. No lo llevó a la sección de índices de referencias, sino que lo instaló en una sala privada de investigación flanqueada por pantallas de vídeos que en lugar de simular ventanas con una escena exterior, abarcaban la totalidad de las paredes, desde el piso hasta el techo, por lo que le daba la sensación de hallarse por encima de aquel escenario, en un pináculo sin paredes y sin siquiera una barandilla que le impidiera caer. Cuando miraba a su alrededor le producía vértigo; sólo la puerta rompía la ilusión. Durante un instante pensó en pedir que lo cambiaran de sala, pero luego recordó la sección de índices y se dio cuenta de que quizá trabajaría mejor si también él se sentía un poco inseguro.

Al principio, el contenido del índice pareció obvio. Sacó al lector la primera página de sus preguntas y comenzó a leer. El lector seguía la marcha de sus pupilas,

por lo que cada vez que se detenía en una palabra, comenzaban a aparecer otras referencias en el espacio que estaba junto a la página que leía en ese momento. Cuando carecía de interés o resultaba algo obvio, él pasaba a la referencia siguiente y la primera se deslizaba hacia atrás, fuera del camino, pero sin desaparecer por si él cambiaba de opinión.

Si una referencia le interesaba, cuando él llegaba a la última línea de la porción que tenía delante, el texto se expandía hasta el tamaño de una página completa y se deslizaba hasta colocarse encima del texto principal. Luego, si ese material nuevo se hallaba dentro de algún otro índice, hacía surgir nuevas referencias..., y así sucesivamente, conduciéndolo cada vez más lejos del documento original, hasta que él finalmente decidiera regresar al mismo y retomar el hilo donde lo había dejado.

Hasta allí, eso era lo que podía esperarse que hiciera cualquier índice de referencias. No fue hasta que hubo avanzado bastante en sus propias preguntas, que se dio cuenta de la peculiaridad de aquél. Habitualmente, los índices de referencias estaban ligados a las palabras importantes, por lo que si uno sólo quería detener la lectura para pensar sin que surgiera una cantidad de referencias no deseadas, lo único que tenía que hacer era mantener la vista enfocada sobre un área de palabras de relleno, de frases vacías como «Si esto fuera lo único que pudiera ser...». Cualquiera que convirtiera en un hábito la lectura de trabajos que contaran con índices de referencias, aprendía rápidamente el truco y lo utilizaba hasta que se convertía en un reflejo.

Pero cuando Level se detenía en ese tipo de frases vacías, las referencias continuaban apareciendo de todas formas. Y en lugar de presentar una relación clara con el texto, a veces esas referencias eran aviesas, cómicas o polémicas. Por ejemplo, se detuvo en medio de la lectura de su argumento que decía que las investigaciones arqueológicas de la «época primitiva» resultaban inútiles en la búsqueda de los orígenes, porque las culturas «primitivas» constituían una decadencia respecto a una cultura que había salido a las estrellas. Había escrito la frase siguiente: «Todo ese primitivismo es útil sólo porque predice en qué podemos convertirnos si nos descuidamos y no conservamos el frágil nexo que nos une a la civilización». Por hábito, sus ojos enfocaron las palabras vacías «qué podemos convertirnos si». Nadie podía hacer una referencia a una frase como aquella.

Sin embargo, lo habían hecho. Aparecieron varias referencias. Así pues, en lugar de continuar sumido en su ensueño, se distrajo, arrastrado hacia lo que los bibliotecarios habían relacionado con una frase tan absurda como aquella.

Una de las referencias era una canción infantil que había olvidado que sabía:

*Arrugada abuelita Posey
Los cohetes son todos rosados.
Despegan, despegan, vuelan, vuelan,
Todos se caen.*

¿Por qué, en nombre de todo lo conocido, había anotado aquello quienquiera que lo hubiera hecho? Lo primero que le vino a la cabeza a Leyel fue él mismo y algunos de los hijos de los sirvientes, cogidos de la mano y danzando en ronda hasta que llegaban al último verso, momento en el que se dejaban caer al suelo y reían como locos. Se trataba del tipo de juego que sólo los niños pequeños podían encontrar divertido.

Como sus ojos se detuvieron sobre aquellos versos, la canción se desplazó al centro del lector y aparecieron nuevas referencias. Una era un artículo erudito sobre la evolución de aquel poema, que especulaba sobre que podría haber surgido en los primeros tiempos de los vuelos espaciales del planeta de origen, en el que los cohetes podrían haber sido utilizados para escapar del campo gravitatorio. ¿Era realmente ese el motivo por el que el poema había sido relacionado con sus preguntas? ¿Porque estaba ligado al planeta de origen?

No; eso hubiera sido demasiado obvio. Otro artículo sobre el mismo poema resultó más útil. Rechazaba la idea de los cohetes de los primeros tiempos del viaje interestelar, porque las versiones más antiguas del poema no contenían la palabra «cohete». La versión más antigua existente decía lo siguiente:

*Una arruga en una rosa,
Pica, foca, fosa,
Agítanos, salpícanos,
Todos se caen.*

Obviamente, decía el comentarista, aquellos eran versos básicamente carentes de sentido; las versiones posteriores habían surgido porque los niños insistieron en intentar hacer que tuvieran sentido.

Y se le ocurrió a Leyel que quizá era por eso por lo que la referencista había ligado aquel poema a su frase: porque el poema había carecido de sentido en otra época, pero los seres humanos habían insistido en extraer un significado de él.

¿Era aquel un comentario destinado a la totalidad de la investigación sobre los orígenes que estaba realizando Leyel? ¿Pensaba acaso la referencista que era algo inútil?

No; el poema había sido relacionado con la frase vacía «qué podemos convertirnos si». Quizá lo que estaba diciéndole era que los seres humanos eran como aquel poema: nuestras vidas carecen de sentido pero nosotros intentamos darles un significado. ¿No había dicho Deet algo parecido en una ocasión, cuando estaba hablando del papel que jugaba contar historias en la formación de las comunidades? El universo se resiste a la causalidad, pero la inteligencia humana las exige, así que contamos historias para imponer relaciones causales entre los acontecimientos inconexos del mundo que nos rodea.

Eso nos incluye a nosotros mismos, ¿no es cierto? Nuestras propias vidas carecen

de sentido, pero les imponemos una historia, conformamos nuestros recuerdos en formas de cadenas de causa-efecto, obligándolos a tener un sentido aunque no lo tengan. Luego tomamos la suma de nuestras historias y la llamamos nuestro «yo». Este poema nos muestra el proceso —de lo fortuito a lo significativo—, y luego nosotros pensamos que nuestros significados son la «verdad».

Pero de alguna forma los niños habían llegado a ponerse de acuerdo sobre las nuevas versiones del poema. Hacia el año 2000 de la era galáctica, sólo existía la versión final y actual en todos los mundos, y ésta había permanecido constante desde entonces. ¿Cómo era posible que todos los niños de todos los mundos hubieran llegado a coincidir en aquella misma versión? ¿Cómo se había propagado aquel cambio? ¿Había dado la casualidad de que diez mil niños de diez mil mundos habían hecho los mismos cambios?

Tenía que haber pasado de boca a oreja. Algún niño había hecho algunos cambios en algún mundo, y su versión había viajado. Pocos años después, todos los niños de los del vecindario cantaban esa misma versión, y luego todos los niños de la ciudad, del planeta. De hecho, podía ocurrir con mucha rapidez, porque cada generación de niños duraba unos cuantos años; puede que los de siete años se tomaran la nueva versión en broma pero la repitieran con la suficiente frecuencia como para que los de cinco pensarán que era la versión auténtica, y al cabo de pocos años no quedara ningún niño que recordara la letra original.

Un millar de años es tiempo más que suficiente para que se propague la nueva versión de un poema. O para que cinco versiones diferentes, o una docena de ellas, chocaran y se absorbieran mutuamente y regresaran más tarde, cambiadas, a los mundos que ya habían revisado el poema una o dos veces.

Y mientras Leye estaba allí sentado, elaborando todos aquellos pensamientos, conjuró en su mente una red de niños, unidos entre sí por las hebras de aquel poema, que se extendían de planeta a planeta por todo el Imperio, y regresaba luego a través del tiempo, de una generación de niños a la que la había precedido, una tela en tres dimensiones que unía a todos los niños desde el principio de los tiempos.

Y sin embargo, cuando cada niño crecía se separaba de la tela de aquel poema. Ya no oíría las palabras «Arrugada abuelita Posey» e inmediatamente uniría sus manos con el niño que tuviera junto a sí. Ya no era parte de la canción.

Pero sus hijos sí lo serían. Y luego sus nietos. Todos dándose las manos entre sí, cambiando de una ronda a otra, en una cadena humana interminable que llegaba hasta algún ritual olvidado hacía mucho tiempo de alguno de los mundos de la humanidad..., quizá, quizá del mismísimo planeta de origen.

La visión era tan nítida, tan sobrecogedora, que cuando finalmente se dio cuenta de la existencia del lector le produjo una sensación tan repentina y sorprendente como un despertar brusco. Tuvo que permanecer sentado, respirando de manera controlada hasta que consiguió calmarse, hasta que su corazón dejó de latir con aquella fuerza.

Había encontrado una parte de la respuesta, aunque aún no la comprendía. La tela

que conectaba a todos los niños, eso era una parte de lo que nos convertía en humanos, a pesar de que él no sabía por qué. Aquel índice de referencias extraño y avieso sobre una frase sin significado le había proporcionado una forma nueva de enfocar el problema. No era que la cultura universal de los niños constituyera una idea nueva, sino que simplemente nunca había pensado en ella como algo que tuviera nada que ver con el enigma del origen de la humanidad.

¿Era aquella la intención de la persona que había incluido aquel poema en las referencias? ¿Había tenido, al igual que él, aquella visión?

Quizá, pero probablemente no. Puede que no hubiera sido más que la idea de convertirse en algo lo que había hecho pensar a la referencista en una transformación... ¿la de hacerse viejo como la arrugada abuelita Posey? O podría haberse tratado de un pensamiento general sobre la dispersión de la humanidad por las estrellas, alejándose del planeta de origen, lo que hizo que aquel referencista recordara que el poema parecía hablar de cohetes que despegaban de un planeta, volaban durante algún tiempo y luego caían para colonizar otro planeta. ¿Quién podía saber qué significaba aquel poema para la referencista? ¿Quién podía saber por qué se le había ocurrido relacionarlo con aquella frase en particular de su documento?

Entonces Level se dio cuenta de que en su imaginación estaba pensando en Deet como en la persona que había hecho aquella referencia. No existía razón alguna para pensar que se trataba de su trabajo, como no fuera que para él Deet era todos los referencistas. Ella se había unido a ellos, se había convertido en una de ellos, así que cuando se hacía trabajo de referencias ella era parte del mismo. Eso era lo que significaba ser parte de una comunidad: todo el trabajo de la misma se convertía, hasta un cierto punto, en el trabajo de uno mismo. Deet formaba parte de todo lo que hacían los referencistas y por lo tanto Deet también lo había hecho.

Una vez más le volvió a la mente la imagen de la tela, sólo que esta vez se trataba de una tela topológicamente imposible, retorcida sobre sí misma de forma tal que no importaba qué parte del borde sostuviera uno entre las manos, sostenía la totalidad del borde, y también el centro. La totalidad era una sola cosa, y cada parte de la misma contenía el todo dentro de sí.

Pero si eso era verdad, cuando Deet se había unido a la biblioteca también lo había hecho Level, porque ella contenía a Level dentro de sí. Así pues, al llegar allí no lo había dejado en absoluto. En cambio, lo había entretejido en una tela nueva de forma que en lugar de perder él algo, lo había ganado. Él era parte de todo aquello, porque ella lo era, y por tanto si él la perdía sería sólo porque él mismo la rechazara.

Level se cubrió los ojos con las manos. ¿Cómo lo habían llevado sus errantes pensamientos sobre el origen de la humanidad a pensar acerca de su matrimonio? En aquel punto pensó que estaba al borde de una profunda comprensión, y luego cayó nuevamente en su propia preocupación.

Quitó de en medio todas las referencias hechas a la «Arrugada abuelita Posey» o a la «Una arruga en una rosa», o lo que fuera, y volvió a la lectura de su documento

original, intentando confinar sus pensamientos al tema que le ocupaba.

Sin embargo ya era una batalla perdida. No conseguía escapar a la seductora del índice. Había estado leyendo que el uso de herramientas y tecnología no podía constituir una línea divisoria entre los seres humanos y los animales, porque existían algunas especies de estos últimos que fabricaban herramientas y les enseñaban a otros cómo utilizarlas.

Entonces, de pronto, el índice lo hacía entrar en la lectura de una antigua leyenda de terror acerca de un hombre que pretendía ser el más grande genio de todos los tiempos, y que creía que la única cosa que no le permitía alcanzar la grandeza era las horas que perdía en dormir. Así que inventó una máquina que durmiera por él, y todo funcionó muy bien hasta que el hombre se dio cuenta de que la máquina tenía los sueños propios de él. Entonces le exigió a la máquina que le dijera qué estaba soñando.

La máquina expuso ante él los pensamientos más pasmosamente brillantes jamás concebidos por un hombre; mucho más acertados que cualquier cosa que el hombre hubiera escrito jamás durante sus horas de trabajo. El hombre cogió un martillo y destrozó la máquina con el fin de poder recuperar sus sueños, pero ni siquiera cuando volvió a soñar pudo acercarse ni remotamente a la claridad de pensamiento que la máquina había demostrado.

Por supuesto, nunca pudo publicar lo que la máquina había escrito: sería inconcebible presentar el producto de una máquina como si fuera el trabajo de un hombre. Y tras la muerte del hombre, provocada por la desesperación, la gente encontró el texto impreso de lo que había escrito la máquina y pensó que lo había creado el hombre y lo había escondido. Lo publicaron, y el hombre fue aclamado como el más grande genio que jamás hubiera existido.

Aquel relato era universalmente considerado como una historia horrorosamente indecente porque en él había una máquina que robaba parte de la mente de un hombre y la utilizaba para destruirlo; un tema corriente. ¿Pero por qué la referencista lo había relacionado con un texto que hablaba de la fabricación de herramientas?

Interrogarse al respecto llevó a Leyel a pensar que aquel relato era en sí una especie de herramienta. De la misma forma que lo era la máquina que había construido el hombre de la historia. El autor le había entregado sus sueños al relato, y cuando la gente lo leía u oía, los sueños de él —sus pesadillas— salían para habitar en la memoria de esas personas. Esos sueños de los que eran receptores eran claros y nítidos, terribles y verdaderos. Sin embargo, si él hubiera intentado decir esas mismas verdades de forma directa, no en forma de fábula, esas mismas personas hubieran pensado que sus ideas eran tontas e insignificantes.

Y entonces Leyel recordó lo que había dicho Deet acerca de cómo absorbe la gente las leyendas de sus comunidades, las hace parte de sí mismos y las utiliza para conformar su propia autobiografía. Recordaban haber hecho lo que hacían los héroes de las historias, y así continuaban representando a cada personaje heroico en sus

propias vidas o, en caso de no conseguirlo, se medían a sí mismos según las pautas que la historia establecía a partir de sus propios puntos de vista. Las leyendas se convertían en la conciencia humana, en el espejo humano.

Nuevamente, como otras muchas veces, Leyel concluyó aquellas meditaciones con las manos sobre los párpados, intentando dejar fuera —¿o dentro?— las imágenes de telas y espejos, mundos y átomos, hasta que finalmente, finalmente, al abrir los ojos, vio a Deet y Zay sentadas ante él.

No, no estaban sentadas sino inclinadas. Él se encontraba sobre un lecho bajo, y ellas estaban arrodilladas junto al mismo.

—¿Estoy enfermo? —preguntó.

—Espero que no —replicó Deet—. Te encontramos en el suelo. Estás agotado, Leyel. Te lo hemos estado diciendo: tienes que comer, tienes que dormir un número de horas normal. No eres lo bastante joven como para mantener este ritmo de trabajo.

—Pero si apenas he comenzado.

Zay rió suavemente.

—Escucha eso, Deet. Ya te dije que estaba tan inmerso en lo que estaba haciendo que no sabía siquiera en qué día estaba.

—Has estado en ello durante tres semanas, Leyel. Durante la última ni siquiera has salido de la sala. Te traigo comida y no quieres alimentarte. La gente te habla y tú olvidas que estás en medio de una conversación y te deslizas a una especie de..., trance. Leyel, ojalá nunca te hubiera traído aquí, ojalá nunca hubiera sugerido hacer un índice de referencias de...

—¡No! —gritó Leyel. Luchó para conseguir sentarse.

Al principio, Deet intentó conseguir que volviera a tenderse, insistiendo en que tenía que descansar. Fue Zay quien lo ayudó a sentarse.

—Déjalo hablar —le dijo a Deet—. El hecho de que seas su esposa no significa que puedas impedirle hablar.

—El índice es maravilloso —dijo Leyel—. Es como un túnel abierto en mi propia mente. Veo constantemente la luz allí, apenas fuera de mi alcance, y luego me despierto y estoy solo sobre un pináculo con las páginas del lector. La pierdo constantemente...

—No, Leyel, te pierdes a ti constantemente. El índice está envenenándote, está apoderándose de tu mente...

—No seas absurda, Deet. Fuiste tú quien lo sugirió, y estabas en lo correcto. El índice me sorprende continuamente, me hace pensar en formas nuevas. Ya tengo algunas respuestas.

—¿Respuestas? —preguntó Zay.

—No sé si podré explicarlo muy bien. Se trata de qué es lo que nos convierte en humanos. Tiene que ver con comunidades e historias y herramientas y..., tiene que ver contigo y conmigo, Deet.

—Yo abrigo la esperanza de que seas humano —comentó Deet. Bromeaba, pero

también lo instaba a seguir adelante.

—Durante todos los años pasados hemos vivido juntos y hemos formado una comunidad..., con nuestros hijos, hasta que ellos se marcharon, y quedamos sólo nosotros dos. Pero nosotros éramos como animales.

—Sólo a veces —dijo ella.

—Lo que quiero decir es que éramos como los animales de manada, o las tribus de primates, o como cualquier otra comunidad que se mantiene unida sólo mediante los rituales y las pautas del momento presente. Teníamos nuestras costumbres, nuestros hábitos. Nuestro lenguaje de palabras y gestos privado, nuestros bailes, todas las cosas que también pueden hacer los enjambres de abejas o las bandadas de gansos.

—Muy primitivo.

—Sí, exacto, ¿no te das cuenta? Ese es un tipo de comunidad que muere con cada generación. Cuando nosotros muramos, Deet, todo eso desaparecerá con nosotros. Otras personas se casarán, pero esas personas no conocerán nuestros bailes, canciones, lenguaje y...

—Nuestros hijos sí.

—No, y a eso voy. Ellos nos conocían, e incluso piensan que nos conocen ahora, pero nunca fueron parte de la comunidad de nuestro matrimonio. Nadie lo es. Nadie puede serlo. Por eso, cuando pensé que me abandonabas por esto...

—¿Cuando pensaste que yo...?

—Shhh, Deet —intervino Zay—. Déjalo hablar.

—Cuando pensé que me abandonabas, me sentí como si estuviera muerto, como si lo perdiera todo, porque si tú no eras parte de nuestro matrimonio, entonces ya no me quedaba nada. ¿Lo ves?

—No veo qué tiene eso que ver con los orígenes de la humanidad, Leye. Lo único que sé es que no te abandonaré jamás, y no puedo creer que fueras capaz de pensar...

—No lo distraigas, Deet.

—Son los niños. Todos los niños. Ellos juegan a la *Arrugada abuelita Posey*, y luego crecen y ya no juegan, por lo que esa comunidad concreta de cinco o seis niños deja de existir para siempre..., pero otros niños continúan ejecutando la misma danza. Cantando el mismo poema. ¡Durante diez mil años!

—¿Es eso lo que nos convierte en humanos? ¿Las canciones infantiles?

—¡Esos niños forman parte de la misma comunidad! A través de todo el espacio vacío que media entre las estrellas existen conexiones a pesar de la distancia; esos continúan, de alguna manera, siendo exactamente los mismos niños. Diez mil años, diez mil mundos, quintillones de niños, y todos ellos conocían la canción, todos ellos ejecutaban la danza. La leyenda y el ritual: no muere con la tribu, no se detiene en las fronteras. Hay niños que nunca se han visto cara a cara, que viven tan lejos los unos de los otros que la luz de la estrella de uno de los sistemas no ha alcanzado todavía al

otro, y que sin embargo pertenecen a la misma comunidad. Somos humanos porque hemos conquistado el tiempo y el espacio. Hemos derribado la barrera de la ignorancia perpetua entre una persona y otra. Hemos hallado la forma de deslizar nuestros recuerdos en la mente de los demás, y los recuerdos de los demás en nuestra propia mente.

—Pero esas son las ideas que tú ya habías rechazado, Leyel. El lenguaje y las comunidades y...

—¡No! No, no se trata sólo del lenguaje, no sólo de tribus de chimpancés que charlan los unos con los otros. Estoy hablando de las fábulas, de los relatos épicos que definen a una comunidad, de los relatos míticos que enseñan el funcionamiento del mundo; nosotros las utilizamos para crearnos. Nos convertimos en una especie diferente, nos convertimos en humanos, porque encontramos la forma de ampliar la gestación más allá del útero materno, una forma de darle a cada niño diez millares de progenitores a los que nunca conocerá cara a cara.

Entonces, al fin, Leyel guardó silencio, atrapado por la insuficiencia de sus propias palabras. Ellas no podían saber qué era lo que él había visto en el interior de su mente. Si no lo habían entendido ya, nunca lo harían.

—Sí —dijo Zay—. Creo que el referenciar tu trabajo fue una muy buena idea.

Leyel suspiró y volvió a tenderse sobre el lecho.

—No tendría que haberlo intentado.

—Por el contrario, lo has conseguido —le dijo Zay.

Deet negó con la cabeza. Leyel sabía por qué: Deet estaba intentando decirle a Zay que no debía hacer el intento de calmar a Leyel con falsos halagos.

—No me hagas callar, Deet. Sé muy bien qué es lo que estoy diciendo. Puede que no conozca a Leyel tanto como tú, pero reconozco la verdad cuando la oigo. En un cierto sentido, creo que Hari lo sabía por instinto. Por eso insistió en hacer todas esas estúpidas holoproyecciones, en obligar a los pobres ciudadanos de Terminus a soportar su pontificación una vez cada varios años. Era la forma que él tenía de continuar creándolos, de continuar viviendo entre ellos. De hacerles sentir que sus vidas tenían un propósito que las respaldaba. Relato mítico y épico, todo a la vez. Todos ellos llevarán un poco de Hari Seldon en su interior, de la misma forma en que los hijos llevan a sus progenitores dentro de sí hasta la tumba.

Al principio, Leyel sólo pudo oír la idea de que Hari habría estado de acuerdo con sus hipótesis sobre el origen de la humanidad. Luego comenzó a darse cuenta de que había mucho más que una simple afirmación en lo que estaba diciendo Zay.

—¿Tú conocías a Hari Seldon?

—Un poco —replicó Zay.

—O bien se lo dices todo, o no le dices nada —intervino Deet—. No puedes traerlo tan lejos y luego no hacerle recorrer el resto del camino.

—Yo conocí a Hari de la misma forma en que tú conoces a Deet —le dijo Zay.

—No —afirmó Leyel—. Él lo habría mencionado.

—¿Tú crees? Él nunca hablaba de sus estudiantes.

—Tenía miles de estudiantes.

—Ya lo sé, Leyel. Yo los veía entrar y llenar las salas en las que daba clases, y escuchar los fragmentos a medio cocer de la psicohistoria que él les enseñaba. Pero luego se marchaba de allí y venía aquí, a la biblioteca, a la sala a la que nunca asisten los agentes de la Comisión de Seguridad Pública, donde podía hablar palabras que esos agentes jamás podrían oír, y allí enseñaba a sus auténticos estudiantes. Este es el único lugar en el que la ciencia de la psicohistoria se perpetúa, donde las ideas de Deet acerca de la formación de las comunidades tienen una aplicación real, donde tus visiones sobre el origen de la humanidad darán forma a nuestros cálculos para el próximo milenio.

Leyel estaba pasmado.

—¿En la Biblioteca Imperial? ¿Hari tenía su propia escuela aquí, en la biblioteca?

—¿Dónde, si no? Tuvo que dejarnos al margen cuando llegó el momento de salir a la luz pública con las predicciones de la caída del Imperio. Entonces la Comisión de Seguridad Pública comenzó a vigilarlo en serio, y él ya no pudo regresar nunca más. Fue la cosa más terrible que nos ha ocurrido jamás. Como si hubiera muerto, para nosotros, años antes de que su cuerpo muriera. Él era parte de nosotros, Leyel, de la misma forma en que tú y Deet sois parte el uno del otro. Ella lo sabe. Ella se unió a nosotros antes de que él se marchara.

Aquello le dolió. Que tuviera un secreto tan grande y no lo hubiera incluido.

—¿Por qué Deet y no yo?

—¿No lo sabes, Leyel? La supervivencia de nuestra pequeña comunidad era lo más importante. Mientras tú fueras Leyel Forska, dueño de una de las más grandes fortunas de la historia, era imposible que formaras parte de todo esto... habría provocado demasiados comentarios, atraído demasiada atención. Deet podía venir aquí porque al comisionado Chen no le importaba demasiado lo que hiciera ella..., nunca se toma en serio a los cónyuges, lo cual no es más que una de las formas de demostrar que es un imbécil.

—Pero Hari siempre tuvo la intención de que fueras uno de los nuestros —le aseguró Deet—. Su más grande temor era que te marcharas a mitad del proceso y lo obligaras a aceptarte en la Primera Fundación, cuando desde el principio él te quería en esta. La Segunda Fundación.

Leyel recordaba su última entrevista con Hari. Intentó evocar con precisión... ¿le había mentado en algún momento Hari? Le dijo que Deet no podía marcharse a Terminus..., pero eso adquiriría ahora un significado completamente distinto. ¡El viejo zorro! No le dijo en ningún momento ni la más ligera mentira, pero tampoco le dijo la verdad.

Zay continuó.

—Era difícil y peligroso encontrar el equilibrio justo, alentarte a provocar a Chen sólo lo suficiente como para que te despojara de tu fortuna y te olvidara a

continuación, pero no tanto como para que te hiciera encarcelar o matar.

—¿Vosotros hicisteis que eso ocurriera?

—No, no, Leye. Eso iba a ocurrir de todas formas, porque tú eres quien eres y Chen es quien es. Pero había toda una gama de posibilidades, que iban desde que os torturaran hasta la muerte a Deet y ti en un extremo, y en el otro que Rom y tú conspiraseis para asesinar a Chen y haceros con el control del Imperio. Cualquiera de esas dos cosas hubiera hecho imposible que pasaras a formar parte de la Segunda Fundación. Hari estaba convencido —al igual que Deet y yo— de que tu lugar estaba entre nosotros. Ni muerto, ni en la política, sino aquí.

Resultaba ultrajante que ellos tomaran esas decisiones sobre él sin consultarlo. ¿Cómo había podido Deet guardar el secreto durante todo aquel tiempo? Y sin embargo estaban tan obviamente en lo cierto... Si Hari le hubiera hablado de la Segunda Fundación, Leye se hubiera mostrado ansioso, orgulloso de unirse a la misma. Sin embargo, no podían decírselo a Leye; él no podría formar parte de la misma mientras Chen lo percibiera como una amenaza.

—¿Qué os hace pensar que Chen me olvidará alguna vez?

—Oh, te ha olvidado, no te quepa duda. De hecho, calculo que para esta noche habrá olvidado absolutamente todo lo que supo alguna vez.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué crees que hoy nos hemos atrevido a hablar tan abiertamente, después de haber guardado silencio durante todo este tiempo? Después de todo, en este momento no nos encontramos en la sección de referencias.

Leye sintió que lo recorría un estremecimiento de miedo.

—¿Pueden oírnos?

—Si estuvieran escuchando, sí. En este momento, sin embargo, los agentes están demasiado atareados ayudando a Rom Divart a consolidar su control sobre la Comisión de Seguridad Pública. Y si Chen no ha sido llevado ya a la cámara de radiación, pronto lo será.

Leye fue incapaz de controlarse. La noticia era tan gloriosa que saltó de la cama, casi bailando por aquella buena nueva.

—¡Rom lo ha conseguido! ¡Después de todos estos años..., ha derrotado a la vieja araña!

—Es algo mucho más importante que la mera justicia o venganza —dijo Zay—. Estamos prácticamente seguros de que una cantidad significativa de gobernadores, prefectos y altos cargos militares se negarán a reconocer la supremacía de la Comisión de Seguridad Pública. A Rom Divart le llevará el resto de su vida acabar con los rebeldes más peligrosos. Con el fin de concentrar sus fuerzas sobre esos rebeldes y aspirantes al poder cercanos a Trantor, le concederá un grado de independencia sin precedentes a muchos, muchos mundos de la periferia. A todos los propósitos y efectos, esos mundos exteriores no formarán ya parte del Imperio. La autoridad imperial ya no los afectará, y sus impuestos ya no afluirán a Trantor. El

Imperio ya no es galáctico. La muerte del comisionado Chen..., que tendrá lugar hoy..., marcará el principio de la caída del Imperio Galáctico, aunque nadie, excepto nosotros, se dará cuenta de su significado durante muchas décadas, incluso siglos.

—¡Tan pronto tras la muerte de Hari! ¡Sus predicciones ya están haciéndose realidad!

—Oh, no se trata de una mera coincidencia —le dijo Zay—. Uno de nuestros agentes se aseguró de influenciar a Chen lo suficiente como para que enviara a Rom Divart en persona para despojarte de tu fortuna. Fue precisamente eso lo que sobrepasó a Rom y lo impulsó a llevar adelante el golpe de estado. Chen hubiera sido derrocado, o hubiera muerto, en algún punto del próximo año y medio, independientemente de lo que hiciera. Pero admito que obtuvimos un cierto placer en utilizar la muerte de Hari como detonador para hacerlo caer un poco antes, y en unas circunstancias que nos permitieran traerte a ti a la biblioteca.

—También lo utilizamos como prueba —dijo Deet—. Estamos intentando encontrar formas de influenciar a la gente de forma individual sin que lo sepan. Todavía está en una etapa muy tosca y peligrosa, pero en este caso conseguimos influenciar a Chen con un éxito total. Teníamos que hacerlo..., tu vida estaba en juego, al igual que tu posibilidad de unirse a la Segunda Fundación.

—Me siento como una marioneta —declaró LeyeL.

—Fue Chen la marioneta —le aseguró Zay—. Tú eras el premio.

—Eso no son más que tonterías —dijo Deet—. Hari te quería, yo te quiero. Eres un gran hombre. La Segunda Fundación tenía que contar contigo. Y todas y cada una de las cosas que habías dicho y defendido a lo largo de tu vida, daba a entender claramente que estaban deseando ser parte de nuestro trabajo. ¿No es así?

—Sí —dijo LeyeL. Luego se echó a reír—. ¡El índice!

—¿Qué es lo que tiene de tan divertido? —preguntó Zay, un poco molesta—. Trabajamos mucho en él.

—Y era verdaderamente maravilloso, transformador, hipnótico. ¡Haber tomado a todas esas personas y haberlas unido como si se tratara de una sola mente, muchísimo más penetrante en su intuición de lo que jamás podría serlo una sola! ¡Es la comunidad humana más intensamente unificada, la más poderosa que jamás haya existido! Si es nuestra capacidad para relatar fábulas la que nos hace humanos, quizá nuestra capacidad para referenciar nos convierta en algo mucho mejor que humanos.

Deet le dio unas palmaditas a LeyeL en una mano.

—No le hagas caso, Zay. Esto es a todas luces el entusiasmo loco de un prosélito. Zay alzó las cejas.

—Yo todavía estoy esperando a que me explique por qué lo hizo reír el índice.

LeyeL accedió.

—Porque durante todo el tiempo yo no hacía más que pensar: ¿cómo pueden haber hecho esto los bibliotecarios? ¡Meros bibliotecarios! Y ahora descubro que esos bibliotecarios eran todos los alumnos avanzados de Hari Seldon. ¡Mis preguntas las

habían referenciado los psichistoriadores!

—No exclusivamente. La mayoría de nosotros somos realmente bibliotecarios, u operarios de máquinas, o vigilantes, o lo que sea; los psicólogos y los psichistoriadores son una corriente bastante delgada dentro del torrente principal de la biblioteca. Al principio se los consideraba advenedizos. Investigadores. Usuarios de la biblioteca, no miembros de la misma. Esa ha sido la finalidad del trabajo de Deet durante los últimos años: intentar amalgamarnos a todos en una sola comunidad. Ella también llegó aquí para investigar, ¿lo recuerdas? Sin embargo, ha conseguido que la lealtad de todos hacia la biblioteca sea más importante que cualquier otra. Y está funcionando maravillosamente, Leyel, ya lo verás. Deet es una maravilla.

—Lo estamos creando entre todos —dijo Deet—. Ayuda mucho que un par de cientos de las personas que estoy intentando integrar conozcan y comprendan tan bien la mente humana. Comprenden qué es exactamente lo que estoy haciendo y me ayudan para conseguir que funcione. Y todavía no se ha conseguido el éxito absoluto. A medida que pasen los años, tendremos que encargarnos de que el grupo de psicología enseñe y acepte a los hijos de los bibliotecarios, maquinistas y enfermeros con absoluta igualdad respecto de los suyos propios, con el fin de evitar que los psicólogos se conviertan en una casta dominante. Y que se formen matrimonios entre los diversos grupos. Quizá dentro de cien años tengamos una comunidad auténticamente unida. Estamos construyendo un estado-ciudad democrático, no un departamento académico ni un club social.

Leyel se había escapado por su propia tangente. Le resultaba insoportable darse cuenta de que había cientos de personas que conocían el trabajo de Hari Seldon, mientras que él, no.

—¡Tenéis que enseñarme! —exclamó Leyel—. Todo lo que Hari os enseñó, todas las cosas que se me han mantenido en secreto...

—Oh, cuando llegue el momento, Leyel —le dijo Zay—. En este momento, sin embargo, nosotros estamos más interesados en lo que puedas enseñarnos tú. Ya en este momento, si no me equivoco, está comenzando a correr por toda la biblioteca una transcripción de todo lo que dijiste al despertar.

—¿Fue grabado todo eso? —preguntó Leyel.

—No sabíamos si ibas a entrar en estado catatónico en cualquier momento, Leyel. No tienes ni idea de cuánto nos has preocupado. Por supuesto que lo hemos grabado..., podrían haber sido tus últimas palabras.

—Pues no lo serán. No me siento cansado en lo más mínimo.

—En ese caso no eres tan brillante como pensábamos. Tu cuerpo se encuentra en un estado de peligrosa debilidad. Has estado maltratándote terriblemente. No eres un hombre joven, y nosotros insistimos en que te mantengas alejado del lector durante un par de días.

—¿Qué eres tú? ¿Mi médico?

—Leyel —dijo Deet, tocándole un hombro de la forma en que lo hacía siempre

cuando él necesitaba tranquilizarse—. Has sido examinado por médicos. Y tienes que comprender que..., Zay es la Primera Oradora.

—¿Significa eso que es la comandante?

—Esto no es el Imperio —le replicó Zay—, y yo no soy Chen. Lo único que significa ser Primera Oradora es que yo hablo primero cuando nos reunimos. Y que luego, al final, yo reúno todo lo que se ha dicho y expreso la opinión del grupo.

—Correcto —confirmó Deet—. Todos pensamos que deberías descansar.

—¿Todo el mundo sabe de mi existencia? —preguntó LeyeL.

—Por supuesto —continuó Zay—. Con Hari muerto, tú eres el pensador más original que tenemos. Nuestro trabajo te necesita. Naturalmente, nos preocupamos por ti. Además, Deet te ama tanto y nosotros la queremos tanto a ella, que todos sentimos que estamos un poco enamorados de ti.

Zay se echó a reír, y lo mismo hicieron LeyeL y Deet. LeyeL advirtió, no obstante, que cuando él había preguntado si todos sabían de su existencia, la respuesta de ella había sido que todos se preocupaban por él y lo querían. Sólo cuando Zay dijo eso LeyeL se dio cuenta de que había respondido a la pregunta que él realmente había querido formular.

—Y mientras tú te recuperas —continuó Zay—, la sección de índices tendrá que dedicarse a tu nueva teoría...

—No es una teoría, sino simplemente una hipótesis, un pensamiento...

—... y algunos psichistoriadores se encargarán de ver si puede cuantificarse, quizá con algunas variantes de las fórmulas que hemos estado utilizando con las leyes de la evolución de las comunidades, de Deet. Quizá incluso podamos llegar a convertir los estudios sobre el origen de la humanidad en una verdadera ciencia.

—Quizá —dijo LeyeL.

—¿Te sientes bien respecto a todo esto? —preguntó solícita Zay.

—No estoy muy seguro. Me siento muy emocionado, pero también estoy un poco enfadado por la forma en que se me dejó fuera, pero principalmente me siento..., me siento tremendamente aliviado.

—Bien. Estás hecho una confusión desesperante. Harás el mejor trabajo de tu vida si conseguimos mantenerte en desequilibrio para siempre.

Dicho esto, Zay lo condujo de vuelta a la cama, lo ayudó a tenderse y se marchó de la habitación.

A solas con Deet, LeyeL no tenía nada que decir. Se limitó a cogerle una mano y mirarle el rostro, con el corazón demasiado lleno de cosas como para expresar algo con palabras. Todas las noticias sobre los planes bizantinos de Hari, y aquella Segunda Fundación llena de psichistoriadores, y que Rom Divart se había hecho con el poder..., pasaron a un segundo plano. Lo que importaba era lo que ocurría en aquel preciso instante: la mano de Deet entre sus manos, los ojos de ella que miraban a los de él, y el corazón, la esencia, el alma de ella tan estrechamente unida a la suya propia que era incapaz de saber, ni le importaba, dónde acababa él mismo y

comenzaba ella.

¿Cómo pudo imaginar alguna vez que ella fuera a abandonarlo? Se habían creado el uno al otro a lo largo de todos los años de matrimonio. Deet era el logro más espléndido de él, y él era la más valiosa creación de ella. Cada uno de nosotros es el progenitor y el hijo del otro. Puede que realicemos grandes obras, y vayamos a vivir dentro de otra comunidad, la biblioteca, la Segunda Fundación; pero la obra más grande de todas es la que morirá con nosotros, la única de la que nadie más sabrá nunca nada porque permanecerán fuera perpetuamente. Ni siquiera nosotros podemos explicárselo a los demás. No disponen del idioma necesario para entendernos. Sólo podemos hablarlo el uno con el otro.

Unas palabras de Janet

Janet Jeppson Asimov

Con frecuencia me preguntan cómo es ser la esposa de Isaac Asimov o, como él mismo se refirió a mí en un discurso reciente, «la titular actual de esa posición envidiable». Habitualmente reflexiono sobre varias respuestas posibles:

1. Isaac es, cosa que resulta tremendamente cómoda, un diccionario y enciclopedia ambulante, capaz de proporcionar información muy rápidamente, de manera precisa, y con elocuencia porque tiene una aguda capacidad de expresión y una memoria prodigiosa (lo cual lo mete en problemas porque hay demasiadas cosas que no puede olvidar). Por ejemplo, es muy propio de él decir con tono apesadumbrado: «¡Hoy se cumple el ciento ochenta y tres aniversario de la Batalla de Austerlitz, y a nadie le importa!». Cada 2 de diciembre, dado que ya me he olvidado de lo que me contó un año antes, yo tengo que pedirle que vuelva a explicármelo todo desde el principio. Afortunadamente, a pesar de que no acepta alegremente a los tontos, a mí sí me acepta y vuelve a explicármelo.

2. Isaac es tranquilizadoramente racional, con algunas excepciones. Cree en la ley gafosa: es decir, que si levanta las gafas de sol que tiene montadas sobre las gafas de leer, el sol saldrá y viceversa. Además, durante la temporada de béisbol cree que los Mets perderán cualquier partido que él se atreva a mirar. En cuanto comienzan a perder, apaga el televisor y grita: «¡Tengo que dejar de mirarlos y volver a mi máquina de escribir para darles una oportunidad!».

3. Tiene una maravillosa falta de timidez a la hora de demostrar sus emociones. No sólo es afectuoso y demostrativo, sino que ni siquiera tiene la más remota idea de qué es conservar la compostura. El labio inferior de Isaac tiembla incontrolablemente cuando tienen que sacarle una muestra de sangre, pero incluso en esos momentos se las arregla para coquetear con la enfermera que lo pincha. No tiene vergüenza de llorar (siempre llora cuando lee el último discurso de Enobarbus y cuando canta «Danny Boy»), y llora incluso en público, como lo hizo ante la tumba de Newton.

4. Isaac tiene una forma de ver las cosas que hace que me alegre de haberlo conocido. Por ejemplo, una vez se despertó mientras sus piernas hacían un movimiento de carrera, y me dijo: «Soñé que alguien me decía que estaba ganando mucho dinero con la literatura, y yo le respondía que sí, que así era ciertamente. Entonces la persona me decía: “Es asombroso ver que alguien gana todo ese dinero con unas armas tan vapuleadas”. Yo echaba a correr para contártelo porque de pronto

se me hizo evidente que la frase significaba que yo ganaba dinero con instrumentos de paz: la pluma es más poderosa que la espada y tú forjarás sus espadas y las convertirás en arados».

Como pueden ver, existen muchas respuestas para la pregunta de cómo es ser la esposa de Isaac Asimov, pero la mejor sería decir que mi cónyuge desafía toda descripción. Lo más curioso de todo es que hay personas que parecen estar siempre describiendo a Isaac, y él continúa en buenos términos de amistad con ellas. Quizá la descripción del paleontólogo Simpson sea la definitiva: «Isaac Asimov es una maravilla natural y un recurso nacional». Yo puedo atestiguar que es una maravilla, completamente natural, de infinitos recursos, y un ser adorable.

Tenemos una pequeña escultura de madera de dos ancianos que están sentados plácidamente y se recuestan el uno en el otro. Para mí, representa la satisfacción de formar parte de la vida, juntos. La vida incluye la intimidad y la creatividad, las cuales tienen mucho en común porque ambas requieren dedicación, concentración, apertura de miras, esfuerzo e inspiración.

Mi cincuenta aniversario personal con Isaac tendrá lugar en la tercera década del próximo siglo. Dado que la vida contiene los tres elementos esenciales de una buena obra de ficción —un comienzo, un centro y un final—, es posible que ni Isaac ni yo estemos aquí para cuando llegue ese aniversario, pero sus libros sí estarán. Y también estarán aquí las historias que la gente escriba por su causa y que, al igual que las que contiene este libro, estarán hechas con cariño.

Cincuenta años

Isaac Asimov

Tengo que comenzar expresando mi agradecimiento. Quiero darle las gracias a Martin H. Greenberg por tener la idea de conmemorar de esta manera mis cincuenta años dentro de la ciencia ficción. Quiero darles las gracias a esos colegas escritores que han contribuido a este libro con sus relatos y que, de esa forma, han demostrado el hecho de que son cordiales para conmigo y benignos para con mi obra. Y también quiero darle las gracias a Janet por haber contribuido también, en todas las formas en que lo hace y lo ha hecho.

Todo esto es más de lo que merezco, ya que significa que he transitado por la vida ganando tantos amigos y tan notablemente pocos enemigos que tengo que haber hecho algo bien por accidente, y agradezco eso más que ninguna otra cosa en el mundo.

¡Pero han pasado cincuenta años! ¡Es por eso por lo que todo esto tiene lugar!
¡Cincuenta años! ¡Medio siglo!

Así que, veamos qué pensamientos despierta esto...

1. *Cincuenta años*. Es un período de tiempo razonablemente largo. En la actualidad, el solo hecho de llegar a vivir hasta los cincuenta años no es terriblemente insólito, pero muchos grandes hombres y mujeres no lo consiguieron. Juana de Arco murió a los diecinueve años. De los grandes poetas: John Keats murió a los veintiséis; Percy Bysshe Shelley murió a los treinta; George Gordon Noel Byron murió a los treinta y seis; Edgar Allan Poe murió a los cuarenta. De los grandes científicos, Sadi Carnot murió a los treinta y seis; James C. Maxwell murió a los cuarenta y ocho.

Cuando uno pasa el límite del medio siglo, con todo eso en mente, no puede evitar sentirse un poco avergonzado por ello. Los griegos representaron a las tres Parcas: Cloto («la hilandera»), que fabricaba los hilos de la vida; Laquesis («la que determina la suerte»), que medía el largo de los mismos; y Atropos («la implacable»), quien los cortaba y daba fin a las vidas a las que correspondían los hilos. También les doy las gracias a ellas tres. Le agradezco a Cloto que me haya hilado una vida tan agradable; a Laquesis por haber envuelto en su huso una que es más larga que la de tantos otros que eran mucho más merecedores de ello que yo; y a Atropos por haber contenido sus tijeras durante tanto tiempo como lo ha hecho.

2. *Cincuenta años de trabajo profesional*. Pero no han sido sólo cincuenta años. Se trata más bien de cincuenta años de dedicación a una sola profesión, la de escribir. Mi primer relato fue publicado en 1939, y desde entonces ha habido una procesión regular de relatos, ensayos y libros de toda clase.

Cuando Charles Dickens murió a los cincuenta y ocho años, hacía sólo treinta y cinco que publicaba. Cuando Alejandro Dumas murió, también a los cincuenta y ocho años de edad, había estado publicando sólo durante cuarenta y un años. William Shakespeare, que murió a los cincuenta y dos años, produjo toda su obra en un período de sólo treinta años.

Les advierto que en este caso estoy hablando sólo de la duración de la vida profesional; no de la calidad del trabajo. Cualquiera de las obras de estos caballeros —*David Copperfield*, *El conde de Montecristo* o *Hamlet*— vale innumerables veces más que toda mi producción literaria. Yo eso ya lo sé, por lo cual no me molesto en escribírmelo para informarme sobre el particular.

Lo que estoy haciendo más bien es decirles esto con el fin de explicarles lo agradecido que estoy por haber dispuesto de cincuenta años enteros para dedicarme a mi profesión, y continuar adelante. Nada de lo que yo escriba puede acercarse ni a años luz a la obra de Shakespeare, pero hay una cosa que sostendré con la voz más alta de que sea capaz hasta el día de mi muerte: todo lo que he escrito me ha proporcionado a mí tanto placer como puede habérselo proporcionado a Shakespeare cualquiera de las cosas que él escribió; así pues, ¿no creen que la duración de la vida profesional es algo digno de agradecimiento?

3. *Cincuenta años como escritor de ciencia ficción.* Pero tampoco se trata de cincuenta años de vida profesional. Son cincuenta años de esa vida profesional en concreto. Simplemente piensen en lo que los últimos cincuenta años han significado para un escritor de ciencia ficción. Cuando yo comencé a escribir, los robots eran pura fantasía, así que inventé los relatos de robots valiéndome de mi propia imaginación. El primero lo escribí en 1939. He vivido lo suficiente como para ver a los robots (en formas muy simples) convertidos en realidad, y que mis Tres Leyes de la robótica fueran tomadas en serio.

Los vuelos a la Luna eran una fantasía absoluta en 1939, y mi primer relato publicado por *Astounding* trataba de un intento de aterrizaje en la Luna. He vivido lo suficiente como para ver eso convertido en realidad.

Piensen en otros recursos de la ciencia ficción que se han hecho realidad (incluso aunque yo no haya escrito particularmente sobre ellos). En 1939 no existían las computadoras, ni tampoco la televisión, aunque ambas cosas existían ya en la ciencia ficción, la cual estaba también siempre plagada de pistolas de rayos, y hemos vivido lo suficiente como para ver los rayos láser.

¡Cuán afortunado he sido por comenzar cuando lo hice y por haber vivido durante todo este tiempo!

Pero todo esto describe un círculo completo. Lo más importante de todo son los amigos que uno tiene. Los amigos de Fundación son todos amigos míos, tanto si han escrito para este libro, como si han trabajado en su publicación, lo han comprado o lo han pedido prestado. Mis amigos son todos aquellos que han leído mi trabajo durante

la última mitad de siglo y lo han disfrutado.

Les doy las gracias a todos. No puedo agradecerles lo suficiente.

Notas

[1] A partir de aquí el autor juega con el apellido Davenport, que como vocablo es el nombre de un sofá de respaldo alto, con frecuencia convertible en cama. (*N. de la T.*)

<<

[2] El autor juega con el nombre del rey, «Cole», que como vocablo significa col, y que puede abarcar todo el género de las *brassica*. (N. de la T.) <<

[3] Cork: ciudad de la República de Irlanda; como vocablo, significa «corcho». (*N. de la T.*) <<

[4] Unidad de medida del espacio interestelar que equivale a 3,26 años luz o 30,9 billones de kilómetros. (*N. de la T.*) <<

[5] Aplicación manual de una presión brusca en sentido ascendente sobre la parte superior del abdomen de las personas que se atragantan con algún objeto, con el fin de obligar a dicho objeto extraño a salir de las vías respiratorias. (*N. de la T.*) <<

[6] Relatada de manera emocionante en «Maureen Birnbaum on the Art of War», de la obra *Friends of the Horseclans*, editada por Robert Adams y Pamela Crippen Adams (Signet, 1987). <<

[7] En el lenguaje técnico de las transmisiones de radio significa que el mensaje ha sido recibido y comprendido. (*N. de la T.*) <<

[8] En castellano, en el original. <<

[9] «La mayoría de los votantes ganan dinero con sólo presentarse cerca de los centros de votación.» Se ha dejado la frase en inglés ya que en caso contrario la explicación carecería de sentido (*N. de la T.*) <<

[10] Hemos dejado la frase en inglés ya que es necesario para las explicaciones del misterio que vienen a continuación; en este caso concreto significaría: «Es tan cómodo como quedarse en casa». (*N. de la T.*) <<

[11] En este caso, Rubin la interpreta como: «Es tan fácil como un caso de Holmes».
(*N. de la T.*) <<

[12] Amo; nombre por el que los negros esclavos llamaban a los esclavistas en el sur de Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[13] Circuito integrado de instrucciones abreviadas. (*N. de la T.*) <<

[14] Memoria de acceso aleatorio. (*N. de la T.*) <<

[15] Memoria programada sólo para leer. (*N. de la T.*) <<